

RAYMOND E. FEIST

MAGO: APRENDIZ

LA SAGA DE LA TRACTERA - LIBRO I (ES)



Lectulandia

En el mundo llamado Midkemia, Pug, huérfano y aprendiz a cargo de un mago, y su amigo guerrero Tomas, son aparentemente sólo dos chicos ordinarios en una villa mediana cerca de los bordes semisalvajes del Reino de las Islas. Sin embargo, su vida cambia cuando un navío que no parece venir de ninguna tierra conocida embarranca. Bajo la hipótesis de que puede haber llegado de otro mundo se verán embarcados en una aventura, junto al Duque y una compañía, que les enfrentará a la compleja política de Krondor y a su malvado soberano. También a toda clase de temibles magos y a poderosos enemigos que brotan de una fractura entre los mundos, el acceso a inimaginables poderes de una extraña nueva forma de magia.

Lectulandia

Raymond E. Feist

Mago: Aprendiz

Saga de la Fractura 1

ePub r1.0

epublector 21.10.13

Título original: *Magician*

Raymond E. Feist, 1982

Traducción: Antonio Calvario, 2003

Diseño de portada: Don Maitz

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

Tormenta

La tormenta se había disipado.

Pug bailó a lo largo del filo de las rocas, sus pies encontrando escaso apoyo mientras se abría camino entre los charcos que había dejado la marea. Sus ojos oscuros fueron de un lado a otro mientras miraba en el agua que había quedado retenida bajo la pared del acantilado, buscando las criaturas espinosas que la recién pasada tormenta había traído hasta zonas menos profundas. Sus juveniles músculos se tensaron bajo la fina camisa cuando cambió de mano el saco de reptadores de las arenas, garras de roca y cangrejos que había arrancado de este jardín acuático.

El sol de la tarde provocaba destellos en la espuma de mar que se arremolinaba a su alrededor, mientras el viento del oeste hacía ondear su pelo castaño vetado de claro por el sol. Pug dejó su saco en el suelo, lo comprobó para asegurarse de que estaba bien atado, y luego se agachó en un trozo de arena limpia. El saco no estaba completamente lleno, pero a Pug le entusiasmaba la hora o poco más que iba a poder relajarse. Megar el cocinero no le pondría pegas con el tiempo siempre que el saco estuviese casi lleno. Descansando con la espalda contra una gran roca, Pug pronto estuvo adormilado bajo la calidez del sol.

Una salpicadura de agua fría lo despertó horas después. Abrió los ojos sobresaltado, dándose cuenta de que se había quedado demasiado tiempo.

Hacia el oeste, por encima del mar, empezaban a formarse nubarrones de tormenta sobre el contorno de las Seis Hermanas, las pequeñas islas del horizonte. Las agitadas nubes que surgían, dejando un rastro de lluvia bajo ellas como un velo negro de hollín, anunciaban otra de las tormentas repentinas habituales en esta parte de la costa durante principios del verano. Al sur, los altos acantilados del Lamento del Marino se recortaban contra el cielo, mientras las olas se estrellaban contra la base del pináculo rocoso. Se empezaba a formar marejada detrás de los rompientes, señal segura de que la tormenta llegaría pronto. Pug sabía que estaba en peligro, puesto que las tormentas veraniegas podían ahogar a cualquiera que se encontrase en las playas o, si eran lo bastante intensas, en las tierras bajas aledañas.

Recogió su saco y se dirigió al norte, hacia el castillo. Mientras se movía entre los charcos, sintió como el fresco del viento se convertía en un frío más intenso y húmedo. El día empezó a quedar roto por un parcheado de sombras cuando las primeras nubes pasaron por delante del sol, haciendo que los colores brillantes se desvanecieran en matices del gris. En el mar, los rayos resplandecían contra la negrura de las nubes, y el distante retumbar del trueno sobresalía por encima del sonido de las olas.

Pug cogió velocidad en cuanto alcanzó el primer tramo de playa abierta. La tormenta llegaba más rápido de lo que él pensó posible, haciendo subir la marea ante ella. Para cuando hubo llegado a la segunda franja de charcas, apenas quedaban unos pasos de arena seca entre el agua y los acantilados.

Corrió por las rocas tanto como le permitía la seguridad, y dos veces estuvo a punto de que su pie quedase atrapado. Cuando alcanzó la siguiente franja de arena, no calculó bien el salto desde la última roca y aterrizó mal. Cayó en la arena, agarrándose el tobillo. Como si hubiera estado esperando el fallo, la marea se abalanzó hacia delante, cubriéndolo un momento. Extendió los brazos y sintió como se le escapaba el saco. Tratando de agarrarlo frenéticamente, se adelantó, pero le falló el tobillo. Se cayó, y tragó agua. Levantó la cabeza, escupiendo y tosiendo. Había empezado a levantarse cuando una segunda ola, más alta que la última, le golpeó en el pecho y lo hizo caer de espaldas. Pug había crecido jugando con las olas y era un nadador experimentado, pero el dolor en su tobillo y el golpeteo de las olas lo estaban llevando al borde del pánico. Se enfrentó a ello y emergió en busca de aire mientras la ola retrocedía. Medio nadando medio andando a trompicones, se dirigió hacia la pared del acantilado, sabiendo que allí el agua sólo tendría unos pocos palmos de profundidad.

Alcanzó el acantilado y se recostó contra él, tratando de apoyar el menor peso posible en su tobillo herido. Se movió poco a poco a lo largo de la pared de roca, mientras cada ola hacía subir el nivel del agua. Cuando finalmente alcanzó un sitio desde el que podría emprender la subida, el agua le llegaba a la cintura. Tuvo que usar todas sus fuerzas para subir al sendero. Yació jadeando un momento y luego empezó a arrastrarse para subir por el sendero, ya que no se fiaba de su tobillo herido en este suelo rocoso.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer mientras él se esforzaba por avanzar, arañándose las rodillas y las espinillas contra las rocas, hasta que alcanzó la pradera de la cima del acantilado. Cayó hacia delante exhausto, jadeando por el esfuerzo del ascenso. Las pocas gotas aumentaron hasta convertirse en una lluvia ligera pero constante.

Cuando hubo recuperado el aliento, Pug se sentó y examinó el tobillo hinchado. Estaba blando al tacto, pero se tranquilizó cuando pudo moverlo: no estaba roto.

Tendría que cojear todo el camino de vuelta, pero habiendo dejado tras de sí la amenaza de morir ahogado en la playa, se sentía relativamente animado.

Sería un desecho empapado y helado cuando llegase a la ciudad. Tendría que encontrar alojamiento allí, porque las puertas del castillo estarían cerradas durante la noche, y con el tobillo torcido no podría intentar escalar el muro de detrás de los establos. Además, si esperaba y se colaba en el castillo al día siguiente, sólo Megar tendría unas palabritas con él, pero si se lo encontraban trepando por el muro, el Maestre de Armas Fannon y el Maestre de Caballerizas Algon le iban a preparar algo peor que simples palabras.

Mientras descansaba, la lluvia se hizo insistente y el cielo se oscureció cuando el sol quedó completamente envuelto por los nubarrones. Su alivio momentáneo fue sustituido por el enfado consigo mismo por perder el saco del marisco. Su desagrado se duplicó cuando consideró la estupidez de haberse quedado dormido. Si hubiera estado despierto, habría hecho el trayecto de vuelta sin prisas, no se habría dislocado el tobillo y habría tenido tiempo de explorar el lecho del arroyo que había sobre los Acantilados en busca de los guijarros que tanto le gustaba emplear con su honda. Ahora se había quedado sin piedras, y pasaría al menos otra semana antes de que pudiera volver. Eso si Megar no mandaba en su lugar a otro chico, lo cual era posible ahora que él volvía con las manos vacías.

La atención de Pug se dirigió hacia la incomodidad de estar sentado bajo la lluvia, y decidió que era tiempo de moverse. Se puso de pie y probó su tobillo. Éste se quejó del maltrato, pero Pug pudo soportarlo. Cojeó por la hierba hasta donde había dejado sus pertenencias y recogió su zurrón, el cayado y la honda. Profirió un juramento que había oído usar a los soldados del castillo cuando se encontró con que el zurrón estaba roto y faltaban el pan y el queso. Mapaches, o quizá lagartos de las arenas, pensó. Tiró a un lado la bolsa ahora inútil y se preguntó el porqué de sus desgracias.

Tras respirar hondo, se apoyó en el cayado y empezó a atravesar las colinas bajas que separaban los acantilados de la carretera. Por todo el paisaje había repartidos grupos de arbolillos, y Pug se lamentó de que no hubiese un cobijo más efectivo en las cercanías, ya que no lo había en la zona de los acantilados. No se iba a mojar más pateando hasta la ciudad que quedándose bajo un árbol.

El viento ganó fuerza, y Pug sintió el frío en su espalda húmeda. Tiritó y apretó el paso todo lo que pudo. Los arbolitos empezaron a doblarse por la fuerza del viento, y sintió como si una mano gigantesca empezara a empujarlo hacia atrás. Al alcanzar la carretera, se dirigió al norte. Podía oír el sobrecogedor sonido del gran bosque que había al este, el silbido del viento al pasar por entre las ramas de los antiquísimos robles, añadido a su aspecto imponente. Los oscuros senderos del bosque probablemente no fueran más peligrosos que la carretera real, pero al recordar las historias de bandidos y otros malhechores menos humanos, al muchacho se le

erizaron los pelos de la nuca.

Saliéndose de la carretera real, Pug encontró algo de abrigo en la hondonada que corría paralela a ella. El viento se intensificó y la lluvia hizo que le picaran los ojos, trayendo lágrimas a unas mejillas que ya estaban mojadas. Una racha de viento le dio de lleno y perdió el equilibrio por unos instantes. Se estaba acumulando agua en la hondonada de al lado de la carretera, y tenía que pisar con cuidado para no caerse por la inesperada profundidad de algunos charcos.

Durante casi una hora se abrió camino por la tormenta, que cada vez iba a más. La carretera giró al noroeste, poniéndolo de cara frente al viento aullante. Pug se inclinó hacia delante, con la camisa ondeando tras de sí. Tragó saliva para detener el pánico asfixiante que empezaba a apoderarse de él. Sabía que ahora estaba en peligro, puesto que la tormenta estaba alcanzando una furia muy superior a la normal en esos meses del año. Grandes rayos zigzagueantes iluminaban el oscuro paisaje, perfilando brevemente los árboles y la carretera en blanco intenso y brillante, y negro opaco. Las deslumbrantes imágenes, en negativo, permanecían en sus ojos unos instantes, confundiendo sus sentidos. Los enormes truenos que sonaban en el cielo le golpeaban como si fueran puñetazos. Ahora su miedo a la tormenta superaba al que tenía por los bandidos y trasgos imaginarios. Decidió caminar entre los árboles próximos a la carretera; el viento quedaría reducido un poco por los troncos de los robles.

Mientras Pug se acercaba a la floresta, un estrépito lo hizo detenerse. En la penumbra de la tormenta apenas pudo vislumbrar la silueta de un jabalí negro del bosque mientras emergía entre los matorrales. El cerdo saltó desde los arbustos, se resbaló y volvió a levantarse a unos pasos de distancia. Pug pudo verlo claramente cuando el animal se quedó parado mirándolo, moviendo la cabeza a un lado y a otro. Dos grandes colmillos parecían brillar en la tenue luz mientras goteaban el agua de lluvia. Tenía los ojos desencajados de miedo, y arañaba el suelo con sus pezuñas. Los cerdos salvajes del bosque tenían mal temperamento, como poco, pero solían evitar a los humanos. Éste en particular estaba horrorizado por la tormenta, y Pug sabía que si embestia podía provocarle heridas graves, incluso la muerte.

Quieto como un poste, Pug se preparó para golpear con su cayado, pero con la esperanza de que el cerdo volviese al bosque. La cabeza del jabalí se alzó, siguiendo el olor del muchacho en el viento. Sus ojos de color rosa parecieron brillar mientras temblaba de indecisión. Un sonido lo hizo volverse hacia los árboles durante un momento, luego bajó la cabeza y embistió.

Pug golpeó con su cayado, propinando un golpe lateral no muy fuerte en la cabeza del cerdo que la hizo volverse. El animal se deslizó a un lado en el suelo fangoso, golpeando a Pug en las piernas. El chico cayó mientras el cerdo le sobrepasaba. Tirado en el suelo, Pug vio trastabillar al jabalí mientras se daba la vuelta para embestir de nuevo. De repente, el cerdo se le echó encima y no tuvo tiempo de levantarse. Colocó

el bastón por delante en un vano intento de desviar de nuevo al animal. El jabalí esquivó el cayado y Pug trató de alejarse rodando, pero un peso cayó sobre su cuerpo. Pug se cubrió el rostro con las manos, manteniendo los brazos sobre el pecho, y esperó que le clavara los colmillos.

Tras un instante se dio cuenta de que el puerco estaba inmóvil. Al destaparse la cara, descubrió al cerdo tumbado sobre sus piernas, con una flecha con penachos negros y cubierta con tela clavada en el costado. Pug miró hacia el bosque. Un hombre vestido de cuero marrón estaba de pie cerca del borde de los árboles, envolviendo rápidamente un arco largo de hombre de armas con un hule encerado. Una vez la valiosa arma estuvo a salvo de las inclemencias del tiempo, el hombre se acercó hasta el muchacho y la bestia.

Llevaba una capa con capucha que ocultaba su cara. Se arrodilló junto a Pug y gritó para hacerse oír por encima del viento.

—¿Estás bien, chico? —dijo mientras levantaba con facilidad el jabalí muerto de las piernas de Pug—. ¿Algún hueso roto?

—No creo —gritó Pug en respuesta, mientras se hacía cargo de la situación. Le dolía el costado derecho, y las piernas también parecían contusionadas. Con el tobillo todavía inflamado, en esos momentos se sentía hecho polvo, pero nada parecía roto ni dañado permanentemente.

Unas manos grandes y carnosas le ayudaron a ponerse en pie.

—Toma —le ordenó el hombre, entregándole su cayado y el arco. Pug los sostuvo mientras el extraño destripaba rápidamente al jabalí con un enorme cuchillo de monte. Completó su trabajo y se volvió hacia Pug—. Ven conmigo, chico. Mas vale que te quedes con mi amo y conmigo. No está lejos, pero mejor que nos demos prisa. Esta tormenta empeorará antes de acabarse. ¿Puedes andar?

Dando un paso con dificultad, Pug asintió. Sin una palabra, el hombre se echó al hombro el jabalí y recogió su arco.

—Ven —dijo mientras se volvía hacia el bosque. Empezó a andar con vigorosas zancadas, que Pug a duras penas pudo seguir.

El bosque hacía tan poco para amortiguar la furia de la tormenta que la conversación era imposible. Un rayo iluminó la escena por un instante, y Pug pudo entrever el rostro del hombre. Trató de recordar si había visto antes al extraño. Tenía el aspecto habitual de los cazadores y leñadores que vivían en el bosque de Crydee: ancho de hombros, alto y de constitución robusta. Tenía el pelo y la barba oscuros, y la apariencia dura y curtida del que pasa la mayor parte del tiempo al aire libre.

Durante un momento de imaginación el chico se preguntó si podría ser algún miembro de una banda de forajidos, oculta en el corazón del bosque. Abandonó la idea, puesto que ningún forajido se preocuparía por un mozo del castillo que obviamente estaba sin blanca.

Al recordar que el hombre había mencionado tener un amo, Pug sospechó que se trataba de un vasallo, alguien que vivía en las tierras de un terrateniente. Estaría al servicio del terrateniente, pero no vinculado a él como siervo. Los vasallos eran hombres libres que entregaban una parte de su cosecha o su ganado a cambio del usufructo de la tierra. Tenía que ser un hombre libre. A ningún siervo se le permitiría llevar un arco largo, porque eran demasiado valiosos, y peligrosos. Aun así, Pug no podía recordar ninguna hacienda en el bosque. Para el chico era un misterio, pero el efecto de los padecimientos del día estaba alejando rápidamente cualquier curiosidad.

Tras lo que parecieron ser horas, el hombre se adentró en una espesa arboleda. Pug casi lo perdió en la oscuridad, puesto que el sol se había puesto hacía algún tiempo, llevándose con él la poca luz que había permitido la tormenta. Seguía al hombre más por el sonido de sus pisadas y una percepción de su presencia que por la vista. Pug sintió que se encontraba en un sendero que atravesaba la espesura, puesto que sus pisadas no encontraban la resistencia de matorrales ni detritus. Desde donde habían estado momentos antes, el sendero sería difícil de encontrar a la luz del día, e imposible por la noche a menos que uno lo conociera. Pronto entraron en un claro, en medio del cual se encontraba una pequeña casita de piedra. La luz brillaba a través de una única ventana, y el humo se alzaba desde una chimenea. Cruzaron el claro, y a Pug le llamó la atención la relativa calma de la tormenta en este punto del bosque.

Una vez estuvieron ante la puerta, el hombre se echó a un lado y dijo:

—Entra tú, muchacho. Yo tengo que preparar el cerdo.

Asintiendo en silencio, Pug abrió empujando la puerta de madera y entró.

—¡Cierra esa puerta chico! ¡Que vas a hacerme coger frío y causar mi muerte!

Pug obedeció sobresaltado, cerrando la puerta con más fuerza de la que pretendía.

Se volvió, asimilando la escena que había ante él. El interior de la casita era una sola habitación. Contra una de las paredes estaba la chimenea, con un hogar de buenas dimensiones. En él ardía un fuego brillante y alegre que desprendía un cálido resplandor. Cerca de la chimenea se encontraba una mesa, tras la cual se sentaba en un banco una figura oronda vestida con una túnica amarilla. Su pelo y barba grises cubrían su cabeza casi por completo, excepto por un par de ojos de vivo color azul que brillaban a la luz del fuego. Una larga pipa emergía entre la barba, produciendo grandes nubes de humo pálido.

Pug conocía al hombre.

—Maestro Kulgan... —empezó a hablar, puesto que el hombre era el mago y consejero del duque, un rostro familiar en el castillo.

Kulgan dirigió una mirada intensa al muchacho, y luego habló con una voz grave, dada a los sonidos fuertes y los tonos potentes.

—Así que me conoces, pues.

—Sí, señor, del castillo.

—¿Cómo te llamas, chico del castillo?

—Pug, maestro Kulgan.

—Ahora te recuerdo. —El mago agitó la mano con aire ausente—. No me llames maestro, Pug; aunque por derecho propio se me llama maestro de mis artes —dijo mientras se formaban arrugas de diversión en torno a sus ojos—. Soy de más alta cuna que tú, es cierto, pero no demasiado. Ven, hay una manta colgada cerca del fuego y estás empapado. Cuelga tu ropa para que se seque y siéntate ahí. —Señaló un banco que había frente al suyo.

Pug hizo como le había dicho, sin perder de vista al mago en ningún momento. Era un miembro de la corte del duque, pero seguía siendo un mago, un objeto de recelo generalmente mal considerado por la gente común. Si la vaca de un granjero paría un ternero deforme, o una plaga atacaba los cultivos, los aldeanos seguramente lo achacarían al trabajo de algún mago que acechaba en las sombras. En tiempos no muy lejanos habría sido muy posible que echaran a Kulgan de Crydee a pedradas. Su puesto junto al duque le había ganado en la actualidad la tolerancia de los aldeanos, pero los viejos miedos tardaban en desaparecer.

Tras haber colgado sus ropas, Pug se sentó. Había empezado a hacerlo cuando vio un par de ojos rojos que lo miraban justo desde el otro lado de la mesa del mago. Una cabeza escamosa se alzó por encima de la mesa y estudió al muchacho.

Kulgan se rio ante la incomodidad del joven.

—Tranquilo chico. Fantus no va a comerte. —Dejó caer su mano sobre la cabeza de la criatura, que estaba sentada a su lado en el banco, y le rascó justo detrás de los ojos. La criatura cerró los ojos y emitió un suave canturreo, muy similar al ronroneo de un gato.

Pug cerró la boca, que se le había abierto por la sorpresa, y preguntó:

—¿Es un dragón de verdad, señor?

El mago se rio, un sonido rico y agradable.

—A veces piensa que lo es, chico. Fantus es un draco de fuego, un primo del dragón, aunque de menor tamaño. —La criatura abrió uno de sus ojos y lo fijó en el mago—. Pero con el mismo corazón —añadió Kulgan con rapidez, y el draco volvió a cerrar el ojo. Kulgan hablaba en voz baja, con un tono de complicidad—. Es muy inteligente, así que ten cuidado con lo que le dices. Es una criatura de sensibilidad muy refinada.

Pug asintió que así lo haría.

—¿Tiene aliento de fuego? —preguntó, con los ojos abiertos como platos por la impresión. Para cualquier chico de trece años, incluso un primo de los dragones era merecedor de un temor reverencial.

—Cuando le apetece puede eructar una o dos llamaradas, aunque no suele

apetecerle muy a menudo. Creo que se debe a la excelente dieta que le suministro, chico. No ha tenido que cazar desde hace años, así que está algo desentrenado en la forma de ser de los dracos. En realidad, creo que lo mimo demasiado.

Pug descubrió que la idea era tranquilizadora. Si el mago se preocupaba lo suficiente para mimar a esta criatura, sin importar lo rara que fuese, entonces parecía algo más humano, menos misterioso. Pug estudio a Fantus, admirando como el fuego provocaba reflejos dorados en sus escamas color esmeralda. El draco, aproximadamente del tamaño de un sabueso pequeño, tenía un cuello largo y sinuoso sobre el que descansaba una cabeza similar a la de un lagarto. Sus alas estaban plegadas sobre su espalda, y dos patas acabadas en garras se extendían ante él, dando zarpazos al aire sin ton ni son mientras Kulgan le rascaba la cabeza. Su larga cola se movía de un lado a otro, a un palmo del suelo.

La puerta se abrió y entró el corpulento arquero, sosteniendo ante sí un trozo de lomo de cerdo ya preparado y ensartado en un espetón. Sin decir ni palabra cruzó hasta la chimenea y puso a asar la carne. Fantus levantó la cabeza, aprovechando su largo cuello para mirar por encima de la mesa. Con un chasquido de su lengua bífida, el draco se bajó del banco y, de forma majestuosa, se acercó al hogar. Escogió un sitio cálido junto al fuego y se enroscó para dormir la espera antes de la cena.

El vasallo se desabrochó la capa y la colgó de un pivote que había detrás de la puerta.

—La tormenta pasará antes del amanecer, creo. —Volvió al fuego y preparó una salsa de vino y especias para el cerdo. Pug se asustó al ver una larga cicatriz que recorría el lado izquierdo del rostro del hombre, brillando roja y enfadada a la luz del fuego.

Kulgan señaló con su pipa en dirección al vasallo.

—Conociendo lo callado que es mi amigo, no habréis sido presentados adecuadamente. Meecham, este muchacho es Pug, del Castillo de Crydee. —Meecham asintió y volvió a dedicar su atención al asado de lomo.

Pug asintió en respuesta, aunque un poco tarde para que Meecham se diera cuenta.

—Se me ha pasado agradecerle que me salvara del jabalí.

Meecham contestó:

—No hay necesidad de agradecer nada, chico. Si yo no hubiera asustado a la bestia es muy poco probable que te hubiera embestido. —Dejó el hogar y cruzó hasta otra parte de la habitación, sacó un poco de masa marrón de un cubo tapado con un trapo y empezó a amasarla.

—Bueno, señor —dijo Pug a Kulgan—, fue su flecha la que mató al cerdo. Fue una suerte que estuviera siguiendo al animal.

Kulgan rio.

—La pobre criatura, que es nuestro bienvenido invitado a la cena, resultó ser una víctima de las circunstancias, igual que tú.

Pug miró asombrado.

—No lo entiendo, señor.

Kulgan se levantó y cogió un objeto del estante superior de la estantería de los libros y lo colocó en la mesa ante el muchacho. Estaba envuelto en terciopelo azul oscuro, así que Pug supo enseguida que debía ser un objeto muy valioso para que se usase un material tan caro para protegerlo. Kulgan quitó el terciopelo, revelando un orbe de cristal que resplandecía a la luz del fuego. A Pug se le escapó un suspiro de admiración ante su belleza, porque no tenía ningún defecto aparente y era espléndido aun con su sencilla forma.

Kulgan señaló la esfera de cristal.

—Este objeto fue fabricado como regalo por Althafain de Carse, un poderoso artífice de magia que me consideró digno de tal presente, porque le he hecho uno o dos favores en el pasado, aunque esto tiene poca importancia. Como acabo de volver este día de estar con el maestro Althafain, estaba probándolo. Mira en lo profundo del orbe, Pug.

Pug fijó sus ojos en la esfera e intentó seguir el brillo de las llamas que parecían bailar en lo profundo de su interior. Los reflejos de la habitación, multiplicados por cien, se mezclaron y danzaron mientras sus ojos trataban de fijarse en cada aspecto que había dentro del orbe. Fluyeron y se mezclaron, y luego se volvieron nebulosos y se oscurecieron. Un suave resplandor blanco en el centro de la esfera sustituyó el rojo del fuego, y Pug sintió que su mirada quedaba atrapada por su placentera calidez. Como la calidez de la cocina del castillo, pensó de forma ausente.

De repente la blancura lechosa dentro de la esfera se desvaneció, y Pug pudo ver una imagen de la cocina ante sus ojos. Alfan el Gordo, uno de los cocineros, estaba haciendo pastas, chupando los restos dulces de sus dedos. Esto hizo caer la ira de Megar, el cocinero jefe, sobre su cabeza, puesto que Megar lo consideraba una costumbre repugnante. Pug se rio de la escena, una de la que había sido testigo muchas veces, y entonces ésta se desvaneció. De repente se sintió cansado.

Kulgan envolvió el orbe en la tela y se lo llevó.

—Lo has hecho bien, muchacho —dijo de forma pensativa. Permaneció observando al joven durante un momento, como si considerara algo, y luego se sentó—. No habría sospechado que fueses capaz de lograr una imagen tan nítida en un intento, pero parece que eres más de lo que aparentas.

—¿Señor?

—No importa, Pug. —Hizo una pausa durante un momento, y luego dijo—: Estaba usando este juguete por primera vez, comprobando a cuánta distancia podía mandar mi vista, cuando te vi dirigiéndote a la carretera. Por tu cojera y aspecto

magullado supuse que nunca llegarías a la ciudad, así que mandé a Meecham a recogerte.

Pug se mostró azorado por la desacostumbrada atención, y el color subió a sus mejillas. Dijo, con la alta estima en la que tienen sus habilidades los niños de trece años:

—No era necesario que hiciera tal cosa, señor. Habría llegado a la ciudad a tiempo.

Kulgan sonrió.

—Quizá sí, quizá no. La tormenta es demasiado fuerte para esta estación y muy peligrosa para viajar.

Pug escuchó el suave golpeteo de la lluvia sobre el tejado de la casa. La tormenta parecía haber amainado un poco, y Pug dudó de las palabras del mago. Como si le estuviera leyendo la mente, Kulgan dijo:

—No dudes de mí, Pug. Este claro está protegido por algo más que los grandes troncos. Si atravesases el círculo de árboles que marca los límites de mi propiedad, sentirías la furia de la tormenta. Meecham, ¿qué opinas del viento?

Meecham dejó la masa de pan que estaba amasando y pensó durante unos instantes.

—Casi tan malo como la tormenta que hundió seis barcos hace tres años. —Se paró un momento, como si estuviera reconsiderando su apreciación, y luego asintió reafirmandose—. Sí, casi tan malo, aunque no durará tanto.

Pug hizo retroceder su pensamiento hasta tres años antes, hasta la tormenta que había empujado a una flota comercial quegana que se dirigía a Crydee contra los arrecifes del Lamento del Marino. En su momento álgido, los guardias de las murallas del castillo se vieron obligados a refugiarse en las torres para no ser arrancados de los parapetos por la fuerza del viento. Si esta tormenta era tan fuerte, entonces la magia de Kulgan era impresionante, puesto que en el exterior de la casita no sonaba peor que un chaparrón de primavera.

Kulgan volvió a sentarse en el banco, intentando encender la pipa que se le había apagado. Mientras emitía una nube de humo blanco y dulzón, la atención de Pug viajó hasta la estantería de libros que se encontraba tras el mago. Sus labios se movieron en silencio mientras trataba de discernir lo que estaba escrito en los lomos, pero no pudo.

Kulgan levantó una ceja.

—Así que sabes leer ¿no?

Pug se asustó, pensando que podía haber ofendido al mago entrometiéndose en sus asuntos.

—No pasa nada, chico. Conocer las letras no es ningún delito —dijo Kulgan, sintiendo su vergüenza.

Pug sintió que disminuía la incomodidad.

—Puedo leer un poco. Megar el cocinero me ha enseñado a leer los inventarios de los almacenes que la cocina tiene en los sótanos. También se algo de números.

—Números también —exclamó el mago con un tono agradable—. Vaya vaya, eres algo poco común. —Se volvió y sacó de la estantería un lomo encuadernado en cuero rojo. Lo abrió y ojeó una página, luego otra, y por fin encontró una que parecía cumplir los requisitos. Se dio la vuelta con el libro y lo colocó abierto en la mesa, delante de Pug. Kulgan señaló una página iluminada con un magnífico diseño de serpientes, flores y ramas entrelazadas en torno a una enorme letra en la esquina superior izquierda—. Lee esto, chico.

Pug nunca había visto nada ni remotamente parecido. Sus lecciones habían sido en simple pergamino con las letras en la tosca escritura de Megar, hechas usando un trozo de carbón. Se quedó fascinado por los detalles del trabajo, y entonces se dio cuenta de que el mago lo miraba fijamente. Recomponiéndose, empezó a leer.

—Y entonces llegó un men... mensaje de... —miró a la palabra, atascándose en las complejas combinaciones que eran totalmente nuevas para él— *Zacara*. —Hizo una pausa y miró a Kulgan para ver si lo había dicho bien. El mago le asintió para que continuase—. *Puesto que el norte debía ser olvi... olvidado, no fuere que el corazón del imperio lan... languideciera y todo se perdiera. Aunque de Bosania por nacimiento, aquellos soldados seguían siendo leales a Kesh la Grande en su servicio. Así que por la gran necesidad de ésta, tomaron sus armas y se pusieron sus armaduras y abandonaron Bosania, embarcándose hacia el sur para salvarlo todo de la destrucción.*

Kulgan dijo:

—Es suficiente —y cerró el libro con suavidad—. Estás bien dotado para las letras para ser un mozo del castillo.

—Este libro, señor ¿qué es? —preguntó mientras Kulgan se lo llevaba—. Nunca he visto nada parecido.

Kulgan miró a Pug durante un momento, con una mirada que le volvió a hacer sentirse incómodo, y luego sonrió, rompiendo la tensión. Mientras volvía a poner el libro en la estantería, dijo:

—Es una historia de esta tierra, chico. Me la dio como regalo el abad de un monasterio ishapiano. Es una traducción de un texto keshiano, de unos cien años de antigüedad.

Pug asintió.

—Todo sonaba muy extraño. ¿De qué hablaba?

Kulgan miró una vez más a Pug como si tratase de ver algo dentro del muchacho.

—Hace mucho tiempo, Pug, todas estas tierras, desde el Mar Sin Fin pasando por las Montañas de las Torres Grises hasta el Mar Amargo, formaban parte del Imperio de Kesh la Grande. Lejos al este existía un pequeño reino, en una pequeña isla llamada

Rillanon. Creció hasta abarcar los reinos de las islas vecinas, y se convirtió en el Reino de las Islas. Más tarde, volvió a expandirse, esta vez por el continente, y aunque sigue siendo el Reino de las Islas, la mayoría de nosotros lo llama sencillamente «el Reino». Nosotros, los que vivimos en Crydee, somos parte del Reino, aunque vivimos tan lejos de la capital en Rillanon como se puede vivir y seguir estando dentro de sus fronteras. Una vez, hace largos años, el Imperio de Kesh la Grande abandonó estas tierras, porque estaba enzarzado en un largo y sangriento conflicto con sus vecinos del sur, la Confederación de Kesh.

Pug estaba atrapado en la grandiosidad de los imperios perdidos, pero lo bastante hambriento para darse cuenta de que Meecham estaba colocando varias pequeñas piezas de pan moreno en el horno del hogar. Devolvió su atención al mago.

—¿Quiénes eran la Con...?

—La Confederación de Kesh —Kulgan acabó la frase por el muchacho—. Es un grupo de pequeñas naciones que habían sido tributarias de Kesh la Grande durante siglos. Doce años antes de que se escribiera el libro, se unieron contra su opresor. Cada una de ellas por separado era incapaz de enfrentarse a Kesh la Grande, pero unidas demostraron ser su igual. Demasiado iguales, de hecho, puesto que la guerra se alargó año tras año. El Imperio se vio obligado a sacar a sus legiones de las provincias norteñas y mandarlas al sur, dejando el norte expuesto al avance de este nuevo y más joven reino. Fue el abuelo del duque Borric, el hijo menor del rey, el que trajo el ejército al oeste, ampliando el Reino Occidental. Desde entonces todo lo que una vez fue la antigua provincia imperial de Bosnia, excepto las Ciudades Libres de Natal, se ha llamado el Ducado de Crydee.

Pug pensó durante un momento, y luego dijo:

—Creo que me gustaría viajar algún día a esta Kesh la Grande.

Meecham gruñó, algo parecido a una risa.

—¿Y cómo viajarías? ¿Como filibustero?

Pug sintió como se le sonrojaba la cara. Los filibusteros eran hombres sin tierra, mercenarios que luchaban a cambio de dinero, y a los que se consideraba sólo un peldaño por encima de los forajidos.

—Quizá lo hagas algún día, Pug —dijo Kulgan—. El camino es largo y está lleno de peligros, pero no es algo inaudito que un individuo valiente y animoso sobreviva al viaje. Cosas más raras han pasado.

La charla en torno a la mesa se volvió hacia temas más mundanos, puesto que el mago había estado en el castillo sureño de Carse durante algo más de un mes y quería enterarse de los chismorreos de Crydee. Cuando el pan acabó de hornearse, Meecham lo sirvió caliente, cortó el lomo de cerdo y sacó platos con queso y verduras. Pug nunca había comido tan bien en su vida. Aunque había trabajado en las cocinas, su posición de mozo del castillo sólo le permitía ganarse un magro sustento. Dos veces

durante la cena, Pug se encontró con que el mago lo miraba atentamente.

Cuando acabó la comida, Meecham recogió la mesa y luego empezó a fregar los platos con arena limpia y agua clara, mientras Kulgan y Pug se quedaban sentados charlando. En la mesa quedaba un solo trozo de carne, que Kulgan lanzó a Fantus, que estaba tumbado delante del fuego. El draco abrió un ojo para mirar el trozo. Sopesó un momento la elección entre su cómodo lugar de descanso y la jugosa loncha, y luego se movió los quince centímetros necesarios para tragarse el premio y volvió a cerrar los ojos.

Kulgan encendió la pipa, y una vez que estuvo satisfecho con su producción de humo, prosiguió.

—¿Cuáles son tus planes para cuando llegues a edad adulta, chico?

Pug estaba combatiendo el sueño, pero la pregunta de Kulgan lo despejó de nuevo. El momento de la Elección, cuando los chicos de la ciudad y el castillo eran tomados como aprendices, se acercaba, y Pug se emocionó cuando respondió.

—Este Medio Verano espero entrar al servicio del duque bajo el Maestre de Armas Fannon.

Kulgan miró a su pequeño huésped.

—Pensaba que todavía te faltaban uno o dos años para ser aprendiz, Pug.

Meecham emitió un sonido a medio camino entre una risa y un gruñido.

—Algo pequeño para ir acarreado espada y escudo, ¿no, chaval?

Pug se sonrojó. Era el chico más bajito de su edad en el castillo.

—Megar el cocinero dijo que mi crecimiento se estaba retrasando —dijo con un cierto tono de desafío—. Nadie sabe quiénes eran mis padres, así que no saben a qué atenerse.

—¿Huérfano entonces? —preguntó Meecham levantando una ceja, su gesto más expresivo hasta el momento.

Pug asintió.

—Me dejaron con los sacerdotes de Dala, en la abadía de las montañas. Fue una mujer que dijo haberme encontrado en la carretera. Me llevaron al castillo porque no tenían forma de cuidarme.

—Sí —terció Kulgan—, me acuerdo de cuando los que veneran al Escudo de los Débiles te trajeron por vez primera al castillo. No eras más que un bebé recién destetado. Sólo gracias a la amabilidad del duque eres un hombre libre hoy en día. Pensó que sería un mal menor liberar al hijo de un siervo antes que vincular en servidumbre al hijo de un hombre libre. Sin pruebas, tenía el derecho de declararte siervo.

Meecham habló en un tono neutro.

—Un buen hombre, el duque.

Pug había oído la historia de su origen cien veces antes de labios de Magya en la

cocina del castillo. Se sentía completamente extenuado y apenas podía mantener los ojos abiertos. Kulgan se dio cuenta y le hizo un gesto a Meecham. El alto vasallo cogió algunas mantas de una estantería y preparó un catre. Para cuando hubo terminado, Pug se había quedado dormido con la cabeza en la mesa. Las manos del hombretón lo levantaron suavemente del taburete y lo colocaron sobre las mantas, tapándolo luego.

Fantus abrió los ojos y observó al chico dormido. Con un bostezo lobuno, se tambaleó hasta llegar junto a Pug y se acurrucó a su lado. Pug se dio la vuelta dormido y pasó un brazo por el cuello de la criatura. El draco de fuego emitió un gruñido de aprobación, en lo más profundo de su garganta, y volvió a cerrar los ojos.

2

Aprendiz

El bosque estaba en calma.

La ligera brisa del atardecer agitaba los altos robles y amortiguaba el calor del día, mientras hacía susurrar levemente las hojas. Los pájaros que provocarían un coro bullicioso con la salida y la puesta del sol estaban en su mayoría callados en este momento de la mañana. El débil olor acre del salitre se mezclaba con el dulce aroma de las flores y el olor fuerte de las hojas que se pudrían.

Pug y Tomas caminaban lentamente por el sendero, con el andar zigzagueante y sin rumbo fijo de los jóvenes que no tienen ningún sitio en especial a donde ir y todo el tiempo del mundo para llegar allí. Pug lanzó una piedra contra un blanco imaginario y luego se volvió para mirar a su compañero.

—¿No creerás que tu madre estaba enfadada, no? —preguntó.

Tomas sonrió.

—No, comprende como son las cosas. Ha visto a otros chicos en el día de la Elección. Y la verdad es que hoy hemos estorbado más que ayudado en la cocina.

Pug asintió. Había derramado un valioso tarro de miel mientras se lo llevaba a Alfan, el pastelero. Luego se le había caído una bandeja entera de hogazas de pan recién hechas mientras la estaba sacando del horno.

—Hoy he hecho el ridículo, Tomas.

Tomas se rio. Era un muchacho alto, de pelo rubio y brillantes ojos azules. Por su facilidad para sonreír era muy querido en el castillo, a pesar de su tendencia infantil a meterse en líos. Era el mejor amigo de Pug, más hermano que amigo, y por ese motivo Pug se había ganado cierta aceptación por parte de los otros muchachos, puesto que todos consideraban a Tomas su líder no oficial.

—No has hecho más el ridículo que yo —dijo éste—. Al menos a ti no se te olvidó colgar en alto las lonchas de ternera.

Pug sonrió.

—De todos modos los sabuesos del duque están contentos. —Soltó una risita, y luego empezó a reírse—. Está enfadada ¿no?

Tomas se rio junto con su amigo.

—Está enfadada, pero a fin de cuentas los perros sólo se comieron un poco antes de que ella los espantara. Además, más que nada está enfadada con Padre. Dice que la Elección no es más que una excusa para que los Maestros Artesanos se sienten por ahí fumando en pipa, bebiendo cerveza y contándose batallitas todo el día. Dice que ya saben quién escogerá a cada chico.

—Por lo que dicen las otras mujeres, no es la única que lo piensa. —Pug sonrió a Tomas—. Y quizá tampoco esté equivocada.

Tomas perdió la sonrisa.

—Realmente no le gusta que Padre no esté en la cocina supervisándolo todo. Creo que lo sabe, y por eso nos ha echado del castillo esta mañana, para no pagar el enfado con nosotros. O por lo menos contigo —añadió con una sonrisa interrogativa—. Te juro que eres su favorito.

La sonrisa de Pug volvió y se rio de nuevo.

—Bueno, yo causo menos problemas.

—Querrás decir que te pillan menos veces —replicó Tomas con un puñetazo amistoso en el brazo.

Pug sacó la honda de debajo de su camisa.

—Si volvemos con un par de perdices o codornices, podría recuperar algo de buen humor.

Tomas sonrió.

—Podría —asintió, sacando su propia honda. Ambos muchachos eran excelentes honderos, siendo Tomas el campeón indiscutible entre los chicos, superando a Pug sólo por muy poco. No era muy probable que alguno de los dos pudiera derribar a un pájaro en vuelo, pero si encontraban uno posado, tenían buenas posibilidades de acertarle. Además, les proporcionaría algo que hacer para pasar las horas y a lo mejor olvidarse de la Elección durante algún tiempo.

Empezaron a arrastrarse con un sigilo exagerado, haciendo como que eran cazadores. Tomas encabezó la marcha cuando dejaron el sendero, dirigiéndose a una charca donde solían abreviar los animales que sabían que no estaba lejos. Era poco probable que encontrasen caza a esta hora del día a menos que tropezasen con ella por casualidad, pero si hubiera alguna que encontrar, lo más posible era que estuviese cerca de la charca. Los bosques al nordeste de la ciudad de Crydee eran menos imponentes que el gran bosque del sur. Muchos años de tala de árboles para leña habían dado a las verdes arboledas un aspecto abierto y luminoso del que carecían las profundidades de la floresta meridional. Los muchachos del castillo habían jugado aquí muy a menudo a lo largo de los años. Con un poco de imaginación, los bosques se transformaban en un lugar maravilloso, un mundo verde de aventuras épicas. Algunas de las hazañas más grandes que se recuerdan habían tenido lugar aquí.

Osadas fugas, terribles empeños y poderosas contiendas habían sido observadas por los silenciosos árboles mientras los chicos desataban sus sueños sobre el mundo adulto que les esperaba. Criaturas abyectas, monstruos poderosos y viles bandidos habían sido combatidos y derrotados, a menudo acompañados por la muerte de un gran héroe, con las apropiadas palabras de despedida a sus apenados compañeros, y todo esto con el tiempo justo para volver al castillo a la hora de la cena.

Tomas alcanzó una pequeña elevación desde la que se dominaba la charca, oculta por unas hayas jóvenes, y apartó algunos arbustos para poder tener un apostadero. Se detuvo, impresionado, y susurró:

—¡Pug, mira!

En pie cerca de la charca se encontraba un ciervo, con la cabeza levantaba mientras buscaba la fuente de algo que le molestaba al abreviar. Era un animal viejo, que tenía casi todo el pelo en torno al hocico blanco, y la cabeza coronada por unas astas magníficas.

Pug contó con rapidez.

—Tiene catorce puntas.

Tomas asintió que estaba de acuerdo.

—Tiene que ser el ciervo más viejo del bosque. —El ciervo volvió su atención en la dirección en que se encontraban los muchachos, agitando una de sus orejas de forma nerviosa. Ellos se quedaron quietos, ya que no deseaban asustar a una criatura tan bella. Durante un minuto largo y silencioso el ciervo estudió la elevación, olfateando, y luego bajó lentamente la cabeza y se puso a beber.

Tomas agarró a Pug de un hombro y señaló con la cabeza a un lado. Pug siguió el movimiento de Tomas y vio a una figura que entraba silenciosamente en el claro. Era un hombre alto vestido con ropas de cuero, teñidas de color verde bosque. En su espalda colgaba un arco largo y en su cinturón un cuchillo de monte. La capucha de su capa verde estaba echada hacia detrás, y caminaba hacia el ciervo con paso firme y regular.

—Es Martin —dijo Tomas.

Pug también reconoció al Maestro de Caza del duque. Huérfano como Pug, a Martin se le conocía en el castillo como Arcolargo, puesto que tenía pocos iguales con dicha arma. Algo misterioso, Martin Arcolargo le caía muy bien a los muchachos, porque aunque era muy distante con los adultos del castillo, siempre se mostraba amistoso y accesible con los chicos. Como Maestro de Caza, también era el Guardabosque del duque. Sus deberes le obligaban a ausentarse del castillo durante días, a veces incluso semanas, mientras mantenía a sus rastreadores ocupados buscando señales de cazadores furtivos, posibles peligros de fuego, migraciones de trasgos o forajidos acampados en el bosque. Pero cuando estaba en el castillo y no estaba organizando una caza para el duque, siempre tenía tiempo para los muchachos.

Sus ojos oscuros estaban alegres cuando los muchachos le incordiaban con preguntas acerca de los bosques o le pedían historias de las tierras fronterizas con Crydee. Parecía poseer una paciencia interminable, lo que lo diferenciaba de la mayoría de los Maestros Artesanos de la ciudad y del castillo.

Martin se acercó al ciervo, alargó la mano con suavidad y lo tocó en el cuello. La gran cabeza se levantó de repente, y el ciervo acarició con el hocico el brazo de Martin, que susurró:

—Si salís lentamente, sin hablar, puede que os deje acercaros.

Pug y Tomas intercambiaron miradas sorprendidas y luego salieron al claro. Caminaron lentamente por la orilla de la charca mientras el ciervo seguía sus movimientos con la cabeza, temblando ligeramente. Martin lo acarició tranquilizador, y el ciervo se apaciguó. Tomas y Pug llegaron al lado del cazador.

—Alargad las manos y tocadlo, pero lentamente, no vayáis a asustarlo.

Tomas fue el primero en extender la mano, y el ciervo tembló bajo sus dedos. Pug empezó a alargar el brazo y el ciervo retrocedió un paso. Martin le susurró al animal en un idioma que Pug nunca había oído antes, y el ciervo se quedó quieto. Pug lo tocó y quedó maravillado por la sensación que le provocaba su piel; tan parecida a las pieles curtidas que había tocado antes, pero tan diferente por la sensación de vida que palpitaba bajo las yemas de sus dedos.

De repente, el ciervo retrocedió y se dio la vuelta. Entonces, con un solo salto, desapareció entre los árboles. Martin Arcolargo soltó una carcajada.

—Mejor. No me gustaría que se acostumbrase demasiado a los hombres. Esas astas acabarían encima de la chimenea de algún furtivo con demasiada rapidez.

—Es precioso, Martin —murmuró Tomas.

Arcolargo asintió, con los ojos aún fijos en el punto por el que el ciervo se había desvanecido en el bosque.

—Lo es, Tomas.

—Pensaba que cazabas ciervos, Martin —dijo Pug—. ¿Cómo...?

—El viejo Barbablanca y yo tenemos algo así como un acuerdo, Pug —respondió Tomas—. Yo sólo cazo ciervos solteros, sin hembras, o hembras que ya están demasiado viejas para criar. Cuando Barbablanca pierda su harén en favor de otro ciervo más joven, puede que lo cace. Por ahora nos dejamos en paz el uno al otro. Llegará el día en que lo mire desde la punta de una flecha. —Sonrió a los muchachos—. Y no sabré hasta entonces si dejaré volar la flecha. Quizá lo haga, quizá no. —Se quedó callado durante algún tiempo, como si la idea de que Barbablanca estuviese envejeciendo le entristeciera, entonces, mientras una leve brisa mecía las ramas, dijo —: Ahora, ¿qué trae a dos cazadores tan osados a los bosques del duque tan temprano en esta mañana? Tiene que haber mil cosas por hacer para la fiesta del Medio Verano de este mediodía.

—Mi madre nos echó de la cocina —respondió Tomas—. Estábamos dando más problemas que ayuda. Siendo hoy la Elección... —Su voz se apagó, y se sintió avergonzado de repente. Gran parte de la misteriosa reputación de Martin provenía de cuando llegó por primera vez a Crydee. Cuando le llegó el momento de la Elección, el duque lo colocó directamente con el viejo Maestro de Caza, en vez de que tuviera que presentarse ante los Maestros Artesanos con el resto de los muchachos de su edad. Esta violación de una de las tradiciones más antiguas que se recordaban había ofendido a mucha gente en la ciudad, aunque nadie se atreviese a expresar abiertamente dichos sentimientos ante Lord Borric. Como era natural, Martin se convirtió en el objetivo de sus iras, en vez del duque. Con el pasar de los años Martin había justificado más que de sobra la decisión de Lord Borric, pero mucha gente seguía resentida con el tratamiento especial del duque que había recibido ese día. Incluso después de doce años algunas personas seguían considerando que Martin Arcolargo era diferente, y por lo tanto merecedor de su desconfianza.

—Lo siento, Martin —dijo Tomas.

Martin asintió en agradecimiento, pero sin humor.

—Te comprendo Tomas. Puede que yo no haya tenido que soportar tu incertidumbre, pero he visto a muchos otros esperar el día de la Elección. Y durante cuatro años yo mismo me he encontrado entre los demás Maestros Artesanos, así que sé un poco de vuestras preocupaciones.

A Pug le vino un pensamiento a la cabeza, y dijo de buenas a primeras:

—Pero no estás con los demás Maestros Artesanos.

Martin agitó la cabeza, con una expresión triste en el rostro.

—Había pensado que, debido a tus preocupaciones, era posible que no te dieras cuenta de lo obvio. Pero eres muy astuto, Pug.

Durante unos momentos, Tomas no entendió de lo que estaban hablando, entonces lo comprendió.

—¡Entonces es que no vas a coger aprendices!

Martin se llevó un dedo a los labios.

—Ni una palabra, chaval. No, con el joven Garret al que cogí el año pasado ya tengo una compañía completa de rastreadores.

Tomas estaba decepcionado. Deseaba más que nada entrar al servicio del Maestro de Armas Fannon, pero si no lo escogían como soldado prefería la vida del montaraz, a las órdenes de Martin. Ahora se le negaba su segunda opción. Tras un momento de pensamientos lúgubres, se animó: quizá Martin no le había seleccionado porque Fannon ya lo había hecho.

Viendo como su amigo entraba en un ciclo de exultación y depresión mientras consideraba todas las posibilidades, Pug dijo:

—Llevas casi un mes fuera del castillo, Martin. —Se guardó la honda que todavía

llevaba en la mano y preguntó—: ¿Por dónde has andado?

Martin miró a Pug y el muchacho se arrepintió al instante de su pregunta. Por muy amistoso que fuera Martin, seguía siendo el Maestro de Caza, un miembro de la casa del duque, y los mozos del castillo no tenían por costumbre el entrometerse en las idas y venidas del personal del duque.

Martin alivió el azoramiento de Pug con una leve sonrisa.

—He estado en Elvandar. La reina Aglaranna ha finalizado sus veinte años de luto por la muerte de su marido, el rey de los elfos. Hubo una gran celebración.

Pug se sorprendió de la respuesta. Para él, lo mismo que para la mayor parte de la gente de Crydee, los elfos eran poco más que una leyenda. Pero Martin había pasado su juventud cerca de los bosques élficos y era uno de los pocos humanos que podía ir y venir por dichos bosques del norte a voluntad. Era otra cosa que separaba a Martin Arcolargo de los demás. Aunque Martin había compartido antes historias de los elfos con los muchachos, ésta era la primera vez que Pug recordara que había hablado de su relación con los elfos. El joven tartamudeó.

—¿Estuviste en un banquete con la reina de los elfos?

Martin asumió una actitud de modesta intrascendencia.

—Bueno, me senté en la mesa más alejada del trono, pero sí; estuve allí. —Viendo las preguntas no formuladas en sus ojos, continuó—. Sabéis que cuando niño me criaron los monjes de la Abadía de Silban, cerca del bosque élfico. Jugué con niños elfos, y antes de venir aquí cacé con el príncipe Calin y su primo Galain.

Tomas casi saltó de la excitación. Los elfos eran un tema que le fascinaba especialmente.

—¿Conociste al rey Aidan?

La expresión de Martin se nubló y sus ojos se entrecerraron; de repente se envaró.

—Lo siento Martin. ¿He dicho algo malo? —dijo Tomas viendo la reacción.

El montaraz le hizo un gesto de disculpa con la mano.

—No es culpa tuya, Tomas —dijo mientras su actitud se relajaba un poco—. Los elfos no usan los nombres de aquellos que se han ido a las Islas Benditas, en especial si han tenido una muerte prematura. Creen que hacerlo vuelve a llamar a aquellos de los que se habla de su viaje allí, negándoles su descanso final. Yo respeto sus creencias. Bien, para responderte, no, nunca lo vi. Lo mataron siendo yo un niño pequeño. Pero he oído el relato de sus hazañas, y por lo que se dice era un rey bueno y sabio. —Martin miró a su alrededor—. Se acerca el mediodía. Deberíamos volver al castillo.

—¿Cómo fue el banquete, Martin? —preguntó Tomas.

Pug suspiró a la vez que el cazador empezaba a relatar las maravillas de Elvandar. También estaba fascinado con las historias de los elfos, pero ni de cerca tanto como lo estaba Tomas. Éste podía aguantar horas de historias acerca de la gente de los bosques élficos, sin importar la credibilidad del narrador. Al menos, pensó Pug, con el Maestro

de Caza tenían un testigo de confianza. La voz de Martin continuó, y la atención de Pug se apartó de ella, y de nuevo se encontró pensando en la Elección. No importaba que se dijera que las preocupaciones eran inútiles: se preocupaba. Se encontró con que se acercaba a la tarde con algo parecido al pánico.

Los muchachos estaban de pie en el patio. Era Medio Verano, el día que daba por finalizado un año y marcaba el inicio de otro. Hoy todos los que habitaban el castillo se considerarían un año mayores. Para los nerviosos muchachos esto era especialmente significativo, puesto que era el último día de su infancia. Hoy era la Elección.

Pug se tocó el cuello de su nueva blusa. Realmente no era nueva, ya que era una de las antiguas de Tomas, pero era la más nueva que Pug había tenido nunca. Magya, la madre de Tomas, se la había dado al muchacho más bajito, para asegurarse de que estaba presentable ante el duque y su corte. Magya y su marido, Megar el cocinero, eran lo más parecido a unos padres que tenía el huérfano en el castillo. Lo cuidaban cuando estaba enfermo, se preocupaban de alimentarlo y le daban unos cachetes cuando se los merecía. También le querían como si fuera el hermano de Tomas.

Pug miró alrededor. Los demás muchachos llevaban sus mejores ropas, porque éste era uno de los días más importantes de sus jóvenes vidas. Cada uno de ellos se presentaría delante de la reunión de Maestros Artesanos y personal del duque, y a cada uno se lo tendría en cuenta para un puesto de aprendiz. Era un ritual cuyos orígenes se perdían en el tiempo, puesto que las elecciones ya estaban hechas. Los artesanos y la gente del duque habían pasado muchas horas discutiendo entre ellos los méritos de cada muchacho y ya sabían a quiénes iban a llamar.

La práctica de hacer que los niños de entre ocho y trece años de edad trabajasen en los diferentes oficios y servicios había demostrado ser a lo largo de los años un medio inteligente de encontrar al más adecuado para cada oficio. Además, proporcionaba un contingente de individuos semicualificados para el resto de los oficios por si hicieran falta. La desventaja del sistema era que algunos chicos no eran seleccionados ni para un oficio ni para una posición en el personal del duque. A veces había demasiados chavales para un puesto, o no había ninguno considerado válido aunque hubiera un puesto libre. Incluso cuando el número de puestos y de muchachos estaba más o menos equilibrado, como este año, no había garantías. Para aquellos que tenían dudas, eran momentos de ansiedad.

Pug arrastraba distraídamente los pies por el suelo. A diferencia de Tomas, que parecía hacerlo bien en cualquier cosa que intentase, Pug a menudo era culpable de intentarlo con demasiada intensidad y pifiarla. Miró alrededor y vio que algunos de los demás muchachos también mostraban signos de tensión. Algunos bromeaban sonoramente, fingiendo que no les preocupaba que los escogieran o no. Otros estaban

como Pug, perdidos en sus pensamientos, tratando de no pensar qué harían si no los seleccionaban.

Si no lo escogían, Pug, igual que los otros, sería libre de abandonar Crydee para tratar de buscarse un oficio en otro pueblo o ciudad. Si se quedaba, tendría que dedicarse a trabajar la tierra del duque como vasallo, o en uno de los barcos de pesca de la ciudad. Ambas ideas eran igual de poco atractivas, pero no podía imaginarse dejar Crydee.

Pug recordó lo que Megar le había dicho la noche anterior. El viejo cocinero le había advertido sobre preocuparse demasiado por la Elección. Después de todo, le había señalado, había muchos aprendices que nunca avanzaban al puesto de oficial, y si se tenían todas las cosas en cuenta, había más hombres sin oficio que con oficio en Crydee. Megar le había contado que los hijos de muchos pescadores y granjeros prescindían de la Elección, decidiendo seguir a sus padres. Pug se preguntaba si Megar estaba tan distanciado de su propia Elección que no se acordaba de que los muchachos que no eran seleccionados se quedaban de pie frente a la comitiva reunida de Maestros Artesanos, miembros del personal del castillo y los aprendices recién escogidos, bajo su mirada hasta que el último nombre era pronunciado y ellos se iban avergonzados.

Mordiéndose el labio inferior, Pug trató de ocultar su nerviosismo. No era del tipo que saltaría desde las alturas del Lamento del Marino si no lo escogían, como habían hecho algunos en el pasado, pero no podría soportar la idea de mirar a la cara a los que habían sido seleccionados.

Tomas, que estaba junto a su bajito amigo, sonrió a Pug. Sabía que Pug estaba preocupado, pero no podía comprenderlo por completo porque su propia excitación lo superaba. Su padre había admitido que él sería el primero al que llamase el Maestre de Armas Fannon. Y aún más, el Maestre de Armas le había confiado que si Tomas lo hacía bien en el entrenamiento, se le podría encontrar un puesto en la guardia personal del duque. Sería un signo de honor y aumentaría las posibilidades de ascenso de Tomas, incluso ganándole un cargo de oficial después de quince o veinte años en la guardia.

Le dio con el codo en las costillas a Pug, puesto que el heraldo del duque había aparecido en el balcón que dominaba el patio. El heraldo le hizo una señal a un guardia, que abrió la puerta de judas que había en el gran portón, y los Maestros Artesanos entraron. Cruzaron hasta quedar al pie de las anchas escaleras del torreón del homenaje. Como era tradicional, se quedaron dando la espalda a los muchachos, esperando al duque.

Las grandes puertas de roble del torreón empezaron a abrirse lentamente, y varios guardias vestidos del marrón y dorado del duque salieron a toda prisa para tomar sus puestos en las escaleras. En cada uno de sus tabardos estaba emblasonada la gaviota

dorada de Crydee, y sobre ella una pequeña corona dorada que marcaba al duque como miembro de la familia real.

El heraldo gritó:

—¡Oídmel! Su Gracia, Borric conDoin, tercer Duque de Crydee, Príncipe del Reino; Señor de Crydee, Carse y Tulan; Protector del Oeste; Caballero-General de los Ejércitos Reales; de la línea sucesoria al trono de Rillanon. —El duque esperó pacientemente mientras se completaba la lista de títulos, y luego salió al sol.

Pasados los cincuenta, el duque de Crydee seguía moviéndose con la gracia fluida y el paso firme de un guerrero nato. Excepto por el gris en las sienes de su pelo marrón, parecía ser al menos veinte años más joven que su edad real. Estaba vestido de arriba abajo de negro, como lo había estado durante los últimos siete años, puesto que aún estaba de luto por su amada esposa, Catherine. En su cinto colgaba una espada con la vaina negra y la empuñadura de plata, y en su mano el anillo con su sello ducal, el único adorno que se permitía.

El heraldo levantó la voz.

—Sus Altezas Reales, los Príncipes Lyam conDoin y Arutha conDoin, herederos de la casa de Crydee; Caballeros-Capitanes del Ejército Occidental del Rey; Príncipes de la casa real de Rillanon.

Ambos hijos se adelantaron para estar al lado de su padre. Los dos jóvenes eran seis y cuatro años mayores que los aprendices, porque el duque se había casado tarde, pero la diferencia entre los incómodos candidatos a aprendiz y los hijos del duque era mucha más que unos simples años de edad. Ambos príncipes parecían tranquilos y serenos.

Lyam, el mayor, un hombre rubio de constitución recia, estaba a la derecha de su padre. Su abierta sonrisa era la viva imagen de la de su madre, y siempre parecía a punto de empezar a reír. Iba vestido con una blusa de color azul brillante y calzas amarillas, y llevaba una barba corta, tan rubia como los cabellos que le llegaban al hombro.

Arutha era a las sombras y la noche lo que Lyam era a la luz y el día. Era casi tan alto como su hermano y su padre, pero mientras que ambos eran de constitución fuerte, él era delgado casi hasta el punto de ser demacrado. Vestía una blusa marrón y calzas de color rojizo. Su pelo era negro e iba afeitado. Todo acerca de Arutha le daba a uno la impresión de rapidez. Su fuerza estaba en su velocidad: velocidad con el estoque, velocidad con el ingenio. Su carácter era seco, y a menudo cortante. Mientras que Lyam era abiertamente adorado por los súbditos del duque, Arutha era respetado y admirado por sus habilidades, pero la gente no lo miraba con afecto.

Juntos, ambos hijos parecían capturar la mayor parte de la compleja naturaleza de su padre, puesto que el duque era tan capaz del robusto humor de Lyam como del lúgubre temperamento de Arutha. Sus caracteres eran casi opuestos, pero ambos eran

hombres capaces que beneficiarían al ducado y al reino en los años venideros. El duque amaba a ambos hijos.

El heraldo habló de nuevo.

—La Princesa Carline, hija de la casa real.

La esbelta y grácil chica que hizo su entrada era de la misma edad que los muchachos que esperaban abajo, pero ya empezaba a mostrar el porte y la gracia de alguien nacido para gobernar y la belleza de su difunta madre. Su vestido amarillo pálido contrastaba fuertemente con su pelo casi negro. Sus ojos eran azules como los de Lyam, como habían sido los de su madre, y Lyam sonrió cuando su hermana se cogió del brazo de su padre. Incluso Arutha mostró una de sus escasas sonrisas, porque su hermana también le era muy querida.

Muchos de los muchachos del castillo le profesaban un amor secreto a la princesa, un hecho del que ella se aprovechaba a menudo cuando había travesuras de por medio. Pero ni siquiera su presencia pudo sacarles de la cabeza el asunto del día.

Entonces apareció la corte del duque. Pug y Tomas pudieron ver que todos los miembros del servicio estaban presentes, incluyendo a Kulgan. Pug le había visto fugazmente en el castillo de cuando en cuando desde la noche de la tormenta, y una vez habían intercambiado palabras cuando Kulgan se interesó por su estado, pero la mayor parte del tiempo el mago estaba fuera de la vista. Pug se sorprendió un poco de ver al mago, porque no se le consideraba un miembro pleno de la casa del duque, sino un consejero ocasional. Casi todo el tiempo Kulgan estaba encerrado en su torre, oculto a la vista mientras hacía lo que sea que hicieran los magos en esos sitios.

El mago estaba enfrascado en una conversación con el padre Tully, un sacerdote de Astalón el Constructor y uno de los ayudantes más antiguos del duque. Tully había sido consejero del padre del duque, y ya entonces parecía viejo. Ahora parecía antiquísimo, al menos desde la perspectiva juvenil de Pug, pero sus ojos no dejaban entrever ningún signo de senilidad. Muchos de los mozos del castillo habían quedado empalados en la penetrante mirada de esos ojos gris claro. Su ingenio y su lengua eran igualmente juveniles, y más de una vez uno de los mozos del castillo había deseado una sesión con la correa de cuero del Maestro de Caballerizas Algon antes que un azote verbal del padre Tully. El sacerdote de pelo blanco casi podía arrancar la piel de la espalda de un gamberrete con sus cáusticas palabras.

Cerca estaba alguien que había experimentado la cólera de Tully alguna que otra vez, el escudero Roland, hijo del barón Tolburt de Tulan, uno de los vasallos del duque. Era compañero de los dos príncipes, siendo el único otro chico de noble cuna en el castillo. Su padre lo había mandado a Crydee el año anterior, para que aprendiese algo acerca de la administración del ducado y las formas de la corte del duque. En la un tanto tosca corte fronteriza, Roland descubrió un hogar fuera del hogar. Ya era un tanto bribón cuando llegó, pero su contagioso sentido del humor y

su rápido ingenio a menudo dulcificaban gran parte del enfado que provocaba su traviesa forma de ser. Casi siempre solía ser Roland el cómplice de la princesa Carline en cualquiera de las travesuras en las que se embarcaba. Con el pelo castaño claro y los ojos azules, Roland era alto para su edad. Era un año mayor que los muchachos reunidos, y había jugado con ellos a menudo a lo largo del último año, puesto que Lyam y Arutha solían estar ocupados con las obligaciones de la corte. Tomas y él habían sido rivales al principio, y luego muy buenos amigos, con Pug convirtiéndose en su amigo por asociación; puesto que donde estaba Tomas, era seguro que Pug iba a estar cerca. Roland vio a Pug, que no paraba de moverse cerca del borde de la reunión de chicos, y le dirigió una inclinación de cabeza y un guiño. Pug sonrió brevemente, porque aunque era objetivo de las bromas de Roland tanto como cualquier otro, le seguía gustando el joven y loco escudero.

Una vez toda su corte estuvo presente, el duque habló:

—Ayer fue el último día del undécimo año del reinado de nuestro Rey y Señor, Rodric IV. Hoy es el Festival de Banapis. El día de mañana verá a los muchachos aquí reunidos incluidos entre los hombres de Crydee, ya no niños, sino aprendices y hombres libres. En este momento debo preguntar si cualquiera de entre vosotros desea ser liberado del servicio al ducado. ¿Hay entre vosotros alguien que así lo desee?

La pregunta era una mera formalidad y no se esperaba respuesta, puesto que muy pocos solían desear abandonar Crydee. Pero un muchacho dio un paso al frente.

El heraldo preguntó:

—¿Quién desea ser liberado de su servicio?

El chico miró al suelo, claramente nervioso. Se aclaró la garganta y dijo:

—Soy Robert, hijo de Huguen. —Pug lo conocía, pero no muy bien. Era el hijo de un redero, un chico de la ciudad, y estos raras veces se mezclaban con los del castillo. Pug había jugado con él en algunas ocasiones y tenía la impresión de que el chaval estaba bien considerado. Era una cosa muy rara rehusar el servicio, y Pug se sentía tan curioso como todos por oír las razones.

El duque habló amablemente.

—¿Cuál es tu propósito, Robert hijo de Huguen?

—Su Gracia, mi padre es incapaz de tomarme en su oficio, puesto que mis cuatro hermanos son bien capaces de ascender en él como oficiales y maestros, al igual que los hijos de otros muchos rederos. Mi hermano mayor está casado y tiene un hijo, así que mi familia ya no tiene sitio para mí en nuestra casa. Si no puedo quedarme con mi familia y dedicarme al oficio de mi padre, suplico el permiso de Su Gracia para entrar a servir como marinero.

El duque consideró el asunto. Robert no era el primer muchacho de la villa atraído por el encanto del mar.

—¿Has encontrado un armador dispuesto a incluirte en su compañía?

—Sí, Su Gracia. El capitán Gregson, armador de la nave *Profundidades Verdes*, del Puerto del Margrave, está dispuesto.

—Conozco a este hombre —dijo el duque, sonriendo levemente—. Es un hombre bueno y justo. Te recomiendo a su servicio y te doy mis mejores deseos para tus viajes. Serás bienvenido en Crydee siempre que vuelvas con tu barco.

Robert hizo una reverencia, algo rígida, y abandonó el patio, concluida su parte en la Elección. Pug reflexionó sobre la aventurera elección de Robert. En menos de un minuto el muchacho había renunciado a sus lazos con su familia y su hogar y ahora era ciudadano de una ciudad que no había visto nunca. Era costumbre considerar que un marinero debía su lealtad a la ciudad que era el puerto de origen de su barco. El Puerto del Margrave era una de las Ciudades Libres de Natal, en el Mar Amargo, y ahora era el hogar de Robert.

El duque le indicó al heraldo que debía continuar.

El heraldo anunció al primero de los Maestros Artesanos, el Velero Holm, que llamó por su nombre a tres chicos. Los tres entraron a su servicio y ninguno pareció descontento. La Elección transcurrió con tranquilidad, puesto que ningún muchacho rehusó el servicio. Cada chico se fue a quedarse al lado de su nuevo maestro.

Mientras pasaba la tarde y el número de muchachos disminuía, Pug se estaba poniendo cada vez más y más incómodo. Pronto sólo quedaron dos chicos aparte de Pug y Tomas de pie en el centro del patio. Todos los Maestros Artesanos habían llamado a sus aprendices, y sólo quedaban por hablar dos de los miembros de la casa del duque aparte del Maestre de Armas. Pug estudió al grupo encima de la escalera, con el corazón palpitando de ansiedad. Los dos príncipes miraron a los muchachos, Lyam con una sonrisa amistosa, Arutha sumido en algún pensamiento u otro. La princesa Carline estaba aburrida de todo el asunto y se molestaba más bien poco en ocultarlo, puesto que le estaba murmurando a Roland. Esto provocó una mirada de desaprobación de Lady Marna, su gobernanta.

El Maestre de Caballerizas Algon salió al frente; su tabardo marrón y dorado llevaba una pequeña cabeza de caballo bordada en el lado izquierdo del pecho. El Maestre de Caballerizas pronunció el nombre de Rulf, hijo de Dick, y el grueso hijo de uno de los caballeros del duque avanzó hasta ponerse al lado de su maestro. Cuando se volvió, le sonrió de forma condescendiente a Pug. Los dos muchachos nunca se habían llevado bien, ya que el chico de la cara picada de viruelas pasaba muchas horas provocándolo y atormentándolo. Cuando ambos trabajaron en el establo a las órdenes de Dick, el caballero miraba para otro lado siempre que su hijo le hacía alguna jugarreta a Pug, y el huérfano siempre cargaba con las culpas de cualquier problema que surgiera. Había sido un periodo terrible para Pug, y el muchacho había jurado rehusar el servicio antes que enfrentarse a la posibilidad de trabajar junto a Rulf el resto de su vida.

El Mayordomo Samuel llamó al otro muchacho, Geoffry, que se convertiría en miembro del servicio del castillo, dejando a Pug y Tomas como los únicos que quedaban. El Maestre de Armas Fannon se adelantó entonces, y Pug sintió que se le paraba el corazón cuando el viejo soldado llamó:

—Tomas, hijo de Megar.

Hubo una pausa, y Pug esperó que se pronunciase su nombre, pero Fannon retrocedió y Tomas cruzó para situarse a su lado. Pug se sintió empequeñecido por las miradas de todos sobre él. El patio era ahora más grande de lo que nunca había recordado, y se sintió mal hecho y mal vestido. Se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que no quedaban Maestros Artesanos ni miembros del personal presentes que no hubieran escogido un aprendiz. Iba al ser el único chico al que no habían llamado. Luchando para contener las lágrimas, esperó que el duque despidiera a la concurrencia.

Mientras el duque empezaba a hablar, con la simpatía por el muchacho claramente reflejada en el rostro, fue interrumpido por otra voz.

—Su Gracia, si fuerais tan amable.

Todas las miradas se volvieron para ver adelantarse a Kulgan el mago.

—Necesito un aprendiz y llamaría a Pug, huérfano del castillo, a mi servicio.

Una oleada de murmullos recorrió la reunión de Maestros Artesanos. Se pudieron oír algunas voces diciendo que no era apropiado que un mago participase en la Elección. El duque los silenció con un barrido de su mirada, el rostro serio. Ningún Maestro Artesano osaría desafiar al duque de Crydee, el tercer noble en rango del reino, por el puesto de un niño. Lentamente, todas las miradas volvieron al muchacho.

El duque dijo:

—Puesto que Kulgan es un reconocido maestro en su oficio, es su derecho escoger. Pug, huérfano del castillo, ¿entrarás a su servicio?

Pug permaneció rígido. Se había imaginado a sí mismo encabezando el ejército real al combate como Caballero-Teniente, o descubriendo algún día que era un hijo perdido de la nobleza. En su imaginación infantil había navegado en barcos, cazado grandes monstruos y salvado a la nación. En momentos más tranquilos de reflexión se había preguntado si pasaría la vida construyendo barcos, haciendo alfarería o aprendiendo el oficio del mercader, y había especulado sobre cómo se le darían dichos oficios. Pero la única cosa en la que no había pensado, el sueño que nunca había capturado su imaginación, era convertirse en mago.

Salió de repente de su estado de conmoción, consciente de que el duque esperaba pacientemente su respuesta. Miró a los rostros de los que estaban ante él. El padre Tully le dedicó una de sus poco frecuentes sonrisas, al igual que el príncipe Arutha. El príncipe Lyam le asintió levemente, y Kulgan lo miró expectante. Había signos de

preocupación en el rostro del mago, y de repente Pug se decidió. Puede que no fuera una vocación completamente adecuada, pero cualquier oficio era mejor que ninguno. Dio un paso al frente y uno de sus pies tropezó con el otro, cayéndose de cara contra el suelo. Tras levantarse medio trastabilló medio corrió al lado del mago. El tropiezo rompió la tensión, y la atronadora risa del duque llenó el patio. Sonrojado de vergüenza, Pug se quedó detrás de Kulgan. Miró a cubierto por la ancha cintura de su nuevo maestro y se encontró al duque observándolo, atemperando el sonrojo del chico con una cortés inclinación de cabeza. El duque se volvió hacia aquellos que esperaban que acabase la Elección.

—Declaro que cada muchacho hoy presente queda al cargo de su maestro, para obedecerle en todos los asuntos dentro de las leyes del Reino, y todos y cada uno serán considerados verdaderos y buenos hombres de Crydee. Que los aprendices vayan con sus maestros. Hasta el banquete, os deseo a todos un buen día.

Se volvió y le presentó el brazo izquierdo a su hija. Ella colocó delicadamente su mano sobre él y ambos entraron al castillo entre las filas de cortesanos, que se echaron a un lado. Les siguieron los dos príncipes y el resto de la corte. Pug vio que Tomas se iba en dirección a los barracones de la guardia, tras el Maestre de Armas Fannon.

Devolvió su atención a Kulgan, que estaba de pie, perdido en sus pensamientos. Tras un momento, el mago dijo:

—Espero que ninguno de los dos haya cometido un error este día.

—¿Señor? —preguntó Pug, que no había entendido qué quería decir el mago. Kulgan agitó una mano distraídamente, haciendo que su túnica amarillo pálido se moviera como el oleaje del mar.

—No importa, chico. Lo hecho, hecho está. Saquémosle todo el provecho que podamos a las cosas.

Puso su mano en el hombro del muchacho.

»Ven, retirémonos a la torre donde resido. Hay una pequeña habitación encima de la mía que debería servirte. Tenía la intención de usarla para algún proyecto u otro, pero nunca he encontrado tiempo para prepararla.

Pug se quedó anonadado.

—¿Mi propia habitación? —Tal cosa era inaudita para un aprendiz. La mayoría de los aprendices dormía en los talleres de sus maestros o cuidando sus rebaños o algo parecido. Sólo cuando un aprendiz se convertía en oficial era normal que tuviese habitaciones privadas.

Kulgan arqueó una ceja poblada.

—Por supuesto. No puedo tenerte colgado de mí todo el tiempo. Así nunca podría hacer nada. Además, la magia necesita soledad para la contemplación. Necesitarás la tranquilidad tanto o más que yo. —Sacó su larga y delgada pipa de un pliegue de la túnica y empezó a llenarla de tabaco de una bolsa que también había salido del

interior de la túnica—. No nos preocupemos discutiendo demasiado los deberes y tal, muchacho. Porque realmente, no estoy preparado para ti. Pero en poco tiempo ya lo tendré todo listo. Hasta entonces podemos ocupar el tiempo en conocernos mejor el uno al otro, ¿de acuerdo?

Pug estaba asustado. No sabía cómo trabajaba un mago, a pesar de la noche pasada con Kulgan hacía semanas, pero sí que sabía cómo trabajaban los Maestros Artesanos, y ninguno de ellos habría pensado en preguntar si un aprendiz estaba de acuerdo o no con sus planes. Sin saber qué decir, Pug se limitó a asentir.

—Bien entonces —dijo Kulgan—. Vayamos a la torre para encontrarte algo de ropa nueva, y luego pasaremos el resto del día en el banquete. Ya habrá tiempo suficiente para aprender cómo ser maestro y aprendiz. —Con una sonrisa para el chico, el corpulento mago hizo a Pug dar la vuelta y se lo llevó.

La tarde estaba clara y brillante, con una suave brisa del mar que refrescaba el calor veraniego. Por todo el castillo de Crydee, y la villa de abajo, avanzaban los preparativos del Festival de Banapis.

Banapis era una de las festividades más antiguas que se recordaban, y sus orígenes se habían perdido en el tiempo. Se celebraba todos los días de Medio Verano, un día que ni pertenecía al año pasado ni al que venía. Banapis, que era conocido por otros nombres en otras naciones, se celebraba por todo el mundo de Midkemia de acuerdo con la leyenda. Algunos creían que el festival había sido tomado prestado de los elfos y los enanos, puesto que las razas longevas se decía que habían celebrado la fiesta del Medio Verano desde que ambas razas podían recordar. La mayoría de los entendidos discutía esta afirmación, sin citar otro argumento que lo poco probable que era que los humanos tomaran algo prestado del pueblo elfo o del enano. Se rumoreaba que incluso los habitantes de las Tierras Norteñas, las tribus de trasgos y los clanes de la Hermandad de la Senda Oscura, celebraban Banapis, aunque nunca nadie había constatado ver tal celebración.

El patio era un hervidero. Se habían colocado enormes mesas para contener la miríada de variedades de comida que había llevado una semana preparar. Se habían sacado de la bodega gigantescos barriles de cerveza enana, importada de Montaña de Piedra, que ahora descansaban sobre unos armazones de madera que se quejaban de la sobrecarga. Los trabajadores, alarmados por la frágil apariencia de los armazones, estaban vaciando a toda prisa parte del contenido. Megar salió de la cocina y los espantó enfadado.

—¡Largo, si seguís a ese ritmo no va a quedar nada para la cena! ¡Volved a la cocina, imbéciles! Todavía queda mucho trabajo por hacer.

Los trabajadores se fueron gruñendo, y Megar se llenó una jarra para comprobar que la cerveza estuviera a la temperatura adecuada. Después de bebérsela entera y

quedarse satisfecho de que todo estaba como debería, volvió a la cocina.

No había un inicio formal para el festín. Tradicionalmente, la gente y la comida, el vino y la cerveza, se acumulaban hasta alcanzar una cierta densidad, y entonces de repente el banquete estaba en su apogeo.

Pug salió corriendo de la cocina. Su habitación en la torre norte, la torre del mago, como se la conocía, le proporcionaba un atajo por la cocina, que usó en vez de las puertas principales de la torre del homenaje. Iba eufórico mientras atravesaba a toda prisa el patio con su blusa y sus pantalones nuevos. Nunca había llevado una ropa tan lujosa y estaba deseoso de enseñársela a su amigo Tomas.

Se lo encontró saliendo de las dependencias de los soldados, casi con tanta prisa como el propio Pug. Cuando ambos se encontraron, se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—Mira mi nueva blusa... —dijo Pug.

—Mira mi tabardo de soldado... —dijo Tomas.

Ambos se pararon y rompieron a reír.

Tomas fue el primero en recuperar la compostura.

—Son ropas de muy buena calidad, Pug —dijo mientras tocaba con los dedos el caro material del que estaba hecha la blusa roja de Pug—. Y el color va contigo.

Pug devolvió el cumplido, puesto que Tomas tenía un aspecto impresionante con su tabardo marrón y dorado. Importaba bien poco que bajo él llevase su blusa y sus pantalones de confección casera. No recibiría un uniforme de soldado hasta que el Maestre Fannon estuviera satisfecho de su valía como hombre de armas.

Ambos amigos vagaron de una mesa repleta a otra. La boca de Pug se le hacía agua por los ricos aromas del aire. Llegaron hasta una mesa hasta arriba de empanadas de carne con la corteza aún humeante, quesos fuertes y pan caliente. En la mesa había situado un joven pinche de cocina con un matamoscas. Su trabajo era alejar a los bichos de la comida, fuesen de la variedad insecto o de la variedad aprendiz crónicamente hambriento. Al igual que la mayor parte de las situaciones que implicaban a los chicos, la relación entre este guardián del festín y los aprendices, de mayor edad, estaba rígidamente regulada por la tradición. Se consideraba de malos modales y peor gusto limitarse a amenazar o avasallar al chico más joven para quitarle comida antes de que empezase el banquete. Pero se consideraba justo usar la astucia, el sigilo o la velocidad para obtener un premio de la mesa.

Pug y Tomas observaron con interés como el niño, llamado Jon, propinaba un fuerte golpe a la mano de un aprendiz que intentaba apoderarse de una gran empanada. Con una inclinación de cabeza, Tomas mandó a Pug al otro lado de la mesa. Pug pasó por el campo visual de Jon, y el niño lo miró atentamente. Pug se movió de repente, fintando hacia la mesa, y Jon fue en su dirección. Entonces, repentinamente, Tomas agarró una empanada de la mesa y se quitó de en medio antes

de que el matamoscas empezase a descender. Mientras huían de la mesa, Pug y Tomas pudieron oír los enfadados gritos del chico cuya mesa habían saqueado.

Tomas le dio a Pug media empanada una vez que estuvieron a una distancia segura, y el aprendiz más bajito se rio.

—Me apuesto a que eres la mano más rápida del castillo.

—O la vista del joven Jon fue demasiado lenta al concentrarse en ti.

Compartieron una carcajada. Pug se metió su mitad de la empanada en la boca. Estaba suavemente condimentada, y el contraste entre el salado relleno de carne de cerdo y la dulce masa de la empanada era delicioso.

El sonido de flautas y tambores llegó desde un lado del patio cuando los músicos del duque se acercaron al patio de armas principal. Para cuando hubieron salido y se hubieron situado en torno al torreón del homenaje, parecía haber circulado un mensaje silencioso por la concurrencia. De repente los pinches de cocina estaban ocupados repartiendo platos de madera para que los comensales se los llenaran de comida, y se empezaban a sacar jarras de cerveza y vino de los barriles.

Los muchachos corrieron a toda prisa hasta colocarse en la cola de la primera mesa. Pug y Tomas aprovecharon bien su tamaño y su rapidez, atravesando la cola y apoderándose de comida de todo tipo y de una gran jarra de espumeante cerveza para cada uno.

Encontraron un rincón relativamente tranquilo y se lanzaron a ello con un apetito voraz. Pug probó por primera vez la cerveza y se sorprendió de su sabor fuerte y ligeramente amargo. Pareció calentarle mientras bajaba, y tras otro sorbo de prueba, decidió que le gustaba.

Pug pudo ver al duque y a su familia mezclándose con los plebeyos. También podía verse a otros miembros de la corte haciendo cola delante de las mesas. Esta tarde no se observaba ceremonia, ritual ni rango alguno. A cada cual se le servía según llegaba, puesto que el día del Medio Verano era el momento en que todos compartirían por igual los beneficios de la cosecha.

Pug entrevió a la princesa y sintió como el pecho se le encogía un poco. Tenía un aspecto radiante, y muchos de los muchachos del patio le decían cumplidos acerca de su apariencia. Llevaba un adorable vestido azul oscuro y un sencillo sombrero de ala ancha del mismo color. Daba las gracias a cada autor de un piropo y aprovechaba al máximo sus oscuras pestañas y radiante sonrisa, dejando tras de sí un rastro de muchachos locamente enamorados.

Malabaristas y payasos hicieron su aparición en el patio, el primero de muchos grupos de cómicos que se encontraban en la ciudad para el festival. Los actores de otra compañía habían montado un escenario en la plaza del pueblo e iban a dar una representación más avanzada la tarde. Las celebraciones continuarían hasta las primeras horas de la mañana siguiente. Pug sabía que muchos muchachos del año

anterior habían tenido que ser excusados del servicio el día después de Banapis, puesto que ni sus cabezas ni sus estómagos se encontraban en condiciones para el trabajo honrado. Estaba seguro de que dicha escena se repetiría mañana.

Pug deseaba que avanzase la tarde, puesto que era costumbre que los nuevos aprendices visitasen muchas casas en la ciudad, recibiendo felicitaciones y jarras de cerveza. También era el momento perfecto para conocer a chicas de la ciudad. Aunque los flirteos no eran algo desconocido, sí que estaban mal vistos. Pero las madres solían estar menos atentas durante Banapis. Ahora que los muchachos ya tenían oficio, se les veía menos como molestos incordios y más como posibles yernos, y había habido más de un caso en el que una madre había mirado hacia otro lado mientras su hija usaba sus dones naturales para atrapar a un joven marido. Pug, siendo de baja estatura y aspecto infantil, apenas llamaba la atención de las chicas del castillo. Tomas, por el contrario, era cada vez más y más el objeto de los coqueteos de las chicas a medida que crecía en tamaño y apostura, y últimamente Pug se había dado cuenta de que su amigo estaba siendo evaluado por una u otra de las chicas del castillo. Pug aún era lo bastante joven para considerar que el asunto era una tontería, pero lo bastante mayor como para estar fascinado por él.

Masticó un improbable bocado y miró alrededor. Por allí pasaba gente de la ciudad y del castillo, felicitando a los muchachos por su aprendizaje y deseándoles feliz año nuevo. Pug sintió en lo más profundo que todo estaba como debía. Era aprendiz, aunque Kulgan pareciese completamente inseguro sobre qué hacer con él. Estaba bien comido y de camino a estar ligeramente achispado, lo que contribuía a su sensación de bienestar. Y, lo más importante, estaba entre amigos. No puede haber nada mejor en la vida que esto, pensó.

3

Castillo

Pug estaba sentado de mal humor en su catre.

Fantus el draco de fuego adelantó su cabeza, invitando a Pug a que le rascara detrás de los ojos. Viendo que no iba a conseguir satisfacción alguna, el draco se abrió paso hasta la ventana de la torre y con un resoplido de disgusto, completado con una pequeña nubécula de humo negro, se lanzó a volar. Pug no se dio cuenta de que la criatura se iba, tan ensimismado estaba en su propio mundo de problemas. Desde que había cogido el puesto de aprendiz de Kulgan hacía catorce meses, todo lo que había hecho parecía haberle salido mal.

Se dejó caer en el catre, tapándose los ojos con el antebrazo; podía oler la salobre brisa marina que entraba por la ventana y sentir la calidez del sol en sus piernas. Todo en su vida había cambiado para mejor desde que comenzó su aprendizaje, excepto la cosa más importante: sus estudios.

Durante meses Kulgan había estado trabajando para enseñarle los principios básicos de las artes mágicas, pero siempre había algo que hacía fracasar sus esfuerzos. En la teoría del lanzamiento de conjuros, Pug aprendía rápido y comprendía bien los conceptos básicos. Pero cada vez que trataba de usar sus conocimientos algo parecía retenerlo. Era como si parte de su mente se negase a seguir con la magia, como si existiese un bloqueo que le impidiese pasar de cierto punto en los conjuros. Cada vez que lo intentaba podía sentirse acercándose a dicho punto y, como el jinete de un caballo inseguro, no parecía capaz de obligarse a saltar por encima del obstáculo.

Kulgan no daba importancia a sus preocupaciones, diciéndole que todo se arreglaría con el tiempo. El rechoncho mago siempre era comprensivo con el muchacho y nunca le reñía por no hacerlo mejor, puesto que sabía que el chico lo intentaba.

Lo sacó de su ensoñación alguien que abría la puerta. Mirando allí, vio entrar al padre Tully con un libro enorme bajo el brazo. La túnica blanca del clérigo susurró mientras éste cerraba la puerta. Pug se sentó.

—Muchacho, es la hora de tus clases de escritura... —Se paró cuando vio la

expresión abatida del joven—. ¿Qué pasa, chaval?

A Pug había llegado a gustarle el viejo sacerdote de Astalón. Era un maestro estricto, pero justo. Alababa al muchacho por sus éxitos tanto como lo regañaba por sus fracasos. Tenía la mente despierta y un sentido del humor que estaba abierto a preguntas, sin importar lo estúpidas que a Pug pudieran parecerle.

Poniéndose de pie, el joven suspiró.

—No lo sé, padre. Es que no parece que las cosas vayan bien. Con todo lo que intento, lo único que consigo es armar un desastre.

—Pug, no puede ser todo tan negro —dijo el sacerdote colocando una mano en su hombro—. ¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa y practicamos la escritura en otro momento? —Se fue hacia un taburete que había junto a la ventana y se arregló la túnica al sentarse. Mientras colocaba el libraco a sus pies, estudió al muchacho.

Pug había crecido a lo largo del pasado año, pero seguía siendo bajito. Sus hombros empezaban a hacerse un poco más anchos y su cara ya mostraba signos del hombre que sería algún día. Tenía un aspecto lamentable con su blusa y sus pantalones de confección casera, con un ánimo tan apagado como los colores que vestía. Su habitación, que solía estar limpia y ordenada, era un desastre de libros y pergaminos, reflejando el desorden de su mente.

Se sentó en silencio durante un momento, pero cuando el sacerdote no dijo nada, empezó a hablar.

—¿Recuerda cuando le conté que Kulgan estaba intentando enseñarme tres trucos básicos para calmar la mente, para poder practicar el lanzamiento de conjuros sin tensiones? Bueno, la verdad es que dominé esos ejercicios hace meses. Ahora puedo llevar mi mente a un estado de calma en cuestión de instantes, con muy poco esfuerzo. Pero hasta ahí llego. Después de eso, todo parece caerse a pedazos.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siguiente que hay que aprender es a disciplinar la mente para que haga cosas que no son naturales para ella, como pensar en una cosa solamente ignorando todas las demás, o no pensar en algo, lo cual es bastante difícil una vez que te han dicho lo que es. La mayor parte de las veces puedo hacer esas cosas, pero de vez en cuando siento que hay algunas fuerzas dentro de mi cabeza, luchando, ordenándome que haga las cosas de otro modo. Es como si en mi cabeza hubiera algo más de lo que me ha dicho Kulgan que esperase. Cada vez que intento uno de los conjuros sencillos que me ha enseñado, como hacer que un objeto se mueva, o levantarme del suelo, las cosas que hay en mi cabeza interrumpen mi concentración, y pierdo el control. No puedo dominar ni siquiera el conjuro más simple. —Pug se sintió temblar, porque ésta era la primera oportunidad que había tenido de hablar de esto con alguien aparte de Kulgan—. Kulgan simplemente dice que siga con ello y que no me preocupe. —Cerca de las lágrimas, continuó—. Tengo talento. Kulgan dice que lo supo desde la

primera vez que nos encontramos, cuando usé el cristal. Usted me ha dicho que tengo talento. Pero es que no consigo hacer que los conjuros funcionen como se supone que tienen que hacerlo. Todo es muy confuso.

—Pug —dijo el sacerdote—, la magia tiene muchas propiedades, y comprendemos muy poco de su funcionamiento, incluso aquellos de nosotros que la practicamos. En los templos se nos enseña que la magia es un regalo de los dioses, y aceptamos eso basándonos en nuestra fe. No comprendemos cómo puede ser así, pero no lo cuestionamos. Cada orden tiene su propia provincia mágica, y no hay dos que sean ni siquiera parecidas. Soy capaz de magias de las que no son capaces los seguidores de otras órdenes, pero nadie sabe el porqué. Los magos trabajan con una clase de magia distinta, y sus prácticas son muy diferentes de las nuestras en los templos. Gran parte de lo que ellos hacen, nosotros no podemos hacerlo. Son ellos los que estudian el arte de la magia, buscando su naturaleza y su funcionamiento, pero ni siquiera ellos pueden explicar cómo funciona. Sólo saben trabajar con ella, y transmitir ese conocimiento a sus estudiantes, como Kulgan está haciendo contigo.

—*Intentando* hacer, Padre. Creo que está equivocado conmigo.

—Yo creo que no, Pug. Yo sé algo de esas cosas, y desde que te has convertido en discípulo de Kulgan he sentido crecer en ti el poder. Quizá llegarás a él tarde, como le ha pasado a otros, pero estoy seguro de que encontrarás tu camino.

Pug no se sentía reconfortado. No dudaba de la sabiduría del sacerdote o de su opinión, pero creía que podía estar equivocado.

—Espero que tenga razón, Padre. Yo no comprendo qué va mal conmigo.

—Yo creo que sé lo que no va bien —vino una voz desde la puerta. Sorprendidos, Pug y el Padre Tully se volvieron para ver a Kulgan de pie en el portal. Sus ojos azules tenían aspecto preocupado, y sus gruesas cejas grises formaban una uve sobre el puente de su nariz. Ni Pug ni Tully habían oído abrirse la puerta. Kulgan se remangó la larga túnica verde y entró en la habitación, dejando la puerta abierta.

—Ven aquí, Pug —dijo con un leve gesto de la mano. Pug se acercó al mago, que le puso las manos en los hombros—. Los muchachos que se quedan sentados en sus habitaciones día tras día preocupándose por qué las cosas no van bien hacen que las cosas no vayan bien. Te doy el día libre. Como es sextodía, debería haber suficientes muchachos para ayudarte en cualquier clase de problemas que podáis encontrar los chicos. —Sonrió, y su pupilo se sintió lleno de alivio—. Necesitas descansar del estudio. Ahora vete. —Y al decir esto le dio en la cabeza al muchacho un juguetón golpecito, y lo mandó corriendo escaleras abajo. Cruzando hasta la cama, Kulgan sentó allí su pesado cuerpo y miró al sacerdote—. Niños —dijo moviendo la cabeza—. Organizas una celebración, les das la insignia de un oficio y esperan convertirse en hombres de repente. Pero siguen siendo niños, y no importa cuanto lo intenten, siguen actuando como niños y no como hombres. —Sacó la pipa y empezó a llenarla

—. Los magos se consideran jóvenes e inexpertos a los treinta años, pero en cualquier otro oficio con treinta años ya se es oficial o maestro, y casi seguro que se tiene un hijo al que se está preparando para la elección. —Acercó una larga varilla de madera a los carbones aún candentes del brasero de Pug y se encendió la pipa.

Tully asintió.

—Lo comprendo, Kulgan. El sacerdocio también es una vocación para hombres mayores. A la edad de Pug todavía tenía ante mí trece años más como acólito. —El viejo sacerdote se inclinó hacia delante—. Kulgan, ¿qué pasa con el problema del chico?

—El chico está bien ¿sabes? —lo miró directamente—. No hay explicación para que no pueda usar las habilidades que he tratado de enseñarle. Las cosas que puede hacer con los pergaminos y los dispositivos me asombran. El chico está tan dotado para esas cosas que habría apostado lo que fuera a que tenía las hechuras de un mago de artes muy poderosas. Pero esa inestabilidad a la hora de usar sus poderes interiores...

—¿Crees que puedes encontrar una solución?

—Espero que sí. Odiaría tener que retirarlo del aprendizaje. Sería peor para él que si nunca lo hubiera escogido. —Su rostro mostró una preocupación genuina—. Es difícil de entender, Tully. Creo que estarás de acuerdo en que tiene el potencial para un gran talento. Tan pronto como lo vi usar el cristal en mi cabaña aquella noche, supe por primera vez en años que por fin podía haber encontrado mi aprendiz. Cuando no lo seleccionó ningún maestro, supe que el destino había dispuesto que nuestros caminos se cruzasen. Pero hay algo más dentro de la cabeza de ese chico, algo que nunca he visto antes, algo poderoso. No sé lo que es, Tully, pero rechaza mis ejercicios, como si de algún modo fueran... incorrectos, o... inapropiados para él. No sé si puedo explicar mejor lo que me he encontrado con Pug. No tiene una explicación sencilla.

—¿Has pensado acerca de lo que dijo el chico? —preguntó el sacerdote, con una mirada pensativa de preocupación en el rostro.

—¿Quieres decir acerca de que estoy equivocado?

Tully asintió. Kulgan rechazó la pregunta con un gesto de la mano.

»Tully, tú sabes tanto acerca de la naturaleza de la magia como yo, puede que más. A tu dios no se le llama el Dios que Trajo el Orden por nada. Tu secta desentrañó gran parte del orden de este universo. ¿Dudas por un solo instante que el chico tenga talento?

—Talento no, pero por el momento la cuestión es su habilidad.

—Bien pensado, como siempre. Bueno, entonces ¿Tienes alguna idea? ¿Deberíamos convertir al muchacho en sacerdote, quizá?

Tully se echó hacia atrás, con una expresión de desaprobación en el rostro.

—Sabes que el sacerdocio es una vocación, Kulgan —dijo secamente.

—No te alteres, Tully. Era una broma —suspiró—. Aun así, si no tiene la vocación de un sacerdote ni la habilidad del arte de un mago, ¿qué podemos hacer con ese talento natural suyo?

Tully meditó sobre la cuestión en silencio durante un momento, y luego dijo:

—¿Has pensado en el arte perdido?

Los ojos de Kulgan se abrieron como platos.

—¿Esa vieja leyenda? —Tully asintió—. Dudo que haya un mago vivo que en un momento u otro no haya pensado en la leyenda del arte perdido. Si ha existido, explicaría muchas de las carencias de nuestro oficio. —Entonces miró fijamente a Tully con los ojos entrecerrados, mostrando su desaprobación—. Pero las leyendas son bastante comunes. Levanta una piedra y encontrarás una. Yo por mi parte prefiero buscar respuestas reales a nuestras carencias, no echar las culpas a antiguas supersticiones.

La expresión de Tully se volvió seria y su voz sonó a reproche.

—¿En el templo no la consideramos una leyenda, Kulgan! Se la considera parte de la verdad revelada, enseñada por los dioses a los primeros hombres.

Molesto por el tono de Tully, Kulgan lo cortó.

—Igual que la idea de que el mundo era plano, hasta que Rolendirk, un mago, te recuerdo, envió su vista mágica lo bastante alto como para descubrir la curvatura del horizonte, ¡demostrando con claridad que el mundo es una esfera! ¡Era un hecho conocido por casi todos los marinos y pescadores, que habían visto aparecer una vela en el horizonte antes que el resto del barco desde el principio de los tiempos! —Su voz se elevó hasta ser casi un grito. Viendo que a Tully le había dolido la referencia a un antiquísimo dogma de la iglesia abandonado ya hacía mucho, Kulgan bajó el tono—. No es por faltarte al respeto, Tully, pero no intentes enseñar a robar a un ladrón viejo. Sé que tu orden es capaz de vérselas en asuntos de lógica contra los mejores, y que la mitad de tus hermanos clérigos sufre ataques de risa cuando oyen a esos acólitos tan serios debatir temas teológicos abandonados hace un siglo. Aparte de eso, ¿no es el arte perdido un dogma ishapiano?

Ahora fue el turno de Tully de mirar a Kulgan con ojos reprobadores. Replicó con un tono de exasperación divertida.

—Tu educación religiosa sigue siendo insuficiente, a pesar de cierta percepción implacable del funcionamiento interno de mi orden. —Sonrió un poco—. Pero tienes razón acerca de los tribunales de asamblea evangélica. La mayoría de nosotros los encuentra divertidos porque recordamos lo dolorosamente serios que éramos acerca de ellos cuando éramos acólitos. —Luego, poniéndose serio, dijo—: Pero hablo en serio cuando te digo que tu educación está incompleta. Los ishapianos tienen algunas creencias extrañas, eso es cierto, y son un grupo al que le gusta el aislamiento, pero

también son la orden más antigua conocida y se les reconoce como la iglesia preeminente en asuntos relacionados con las diferencias entre confesiones.

—Quieres decir guerras de religión —dijo Kulgan con una sonrisa divertida.

Tully ignoró el cometario.

—Los ishapianos son los conservadores de las leyendas e historias más antiguas del Reino, y tienen la biblioteca más extensa de éste. He visitado su biblioteca en el templo de Krondor, y es absolutamente impresionante.

Kulgan sonrió, respondiendo con cierto tono condescendiente.

—Y yo también, Tully, y también he consultado las estanterías de la Abadía de Sarth, que es diez veces más grande. ¿Adónde quieres llegar?

Tully se inclinó hacia delante.

—Aquí: di lo que quieras acerca de los ishapianos, pero cuando ellos dicen que algo es historia, no leyenda, normalmente pueden enseñar antiguos volúmenes para respaldar sus afirmaciones.

—No —dijo Kulgan, rechazando los comentarios de Tully con un gesto de la mano—. No me tomo a risa tus creencias, ni las de ningún otro hombre, pero no puedo aceptar esta tontería de artes perdidas. Podría estar dispuesto a creer que Pug está de algún modo más predispuesto hacia algún aspecto de la magia del que yo soy ignorante, quizá algo relacionado con la conjuración de espíritus o la ilusión, aspectos de los que no me importa admitir que casi no tengo ni idea ¡Pero no puedo aceptar que nunca llegará a dominar su oficio porque el largo tiempo destruido dios de la magia murió durante las Guerras del Caos! No, que hay saberes desconocidos lo acepto. Hay demasiadas carencias en nuestro oficio incluso para empezar a pensar que nuestra comprensión de la magia es remotamente completa. Pero si Pug no puede aprender magia, es sólo porque he fracasado como profesor.

Tully miraba ahora fijamente a Kulgan, habiéndose dado cuenta de repente de que el mago no consideraba las posibles carencias de Pug, sino las suyas propias.

—Ahora estás siendo un tonto. Eres un hombre muy preparado, y si hubiera sido yo quien hubiera descubierto el talento de Pug, no podría haber imaginado un mejor maestro con quien colocarlo que tú. Pero no puede haber fracaso si no sabes lo que necesita que le enseñen. —Kulgan empezó a murmurar una objeción, pero Tully lo cortó—. No, déjame continuar. Lo que nos falta es entenderlo. Pareces olvidar que ha habido otros como Pug, talentos salvajes que no pudieron dominar sus dones, otros que fracasaron como sacerdotes o magos.

Kulgan dio una calada de la pipa, con el ceño fruncido por la concentración. De repente emitió una risita, y luego empezó a reírse. Tully miró al mago. Kulgan agitó la mano con la pipa.

—Se me acaba de ocurrir que si un pastor de cerdos no lograra enseñarle a su hijo la vocación familiar, podría echarle la culpa a la muerte del dios de los cerdos.

Los ojos de Tully se abrieron como platos ante el pensamiento casi blasfemo, y luego se rio también, un corto ladrido.

—¡Esa es una para los tribunales de asamblea evangélica! —Ambos hombres se rieron largamente, una risa liberadora de tensiones. Tully suspiró y se levantó—. Aun así, no cierres tu mente por completo a lo que te he dicho, Kulgan. Puede que Pug sea uno de esos talentos salvajes y podrías tener que hacerte a la idea de dejarlo marchar.

Kulgan movió la cabeza tristemente ante la idea.

—Me niego a creer que haya una explicación sencilla para esos otros fracasos, Tully. Ni tampoco para las dificultades de Pug. El defecto estaba en cada hombre o mujer, no en la naturaleza del universo. A menudo he tenido la sensación de que donde fallamos con Pug es en comprender cómo llegar hasta él. Quizá me convendría buscarle otro maestro, colocarle con otro más capaz de encauzar sus habilidades.

Tully suspiró.

—Ya te he dicho lo que pienso acerca de este asunto, Kulgan. Aparte de lo dicho, no puedo darte más consejos. Aun así, un mal maestro es mejor que no tener maestro, como suele decirse. ¿Cómo se las habría apañado el muchacho si nadie hubiera decidido enseñarle?

Kulgan se levantó de del asiento como impulsado por un resorte.

—¿Qué has dicho?

—He dicho: ¿Cómo se las habría apañado si nadie hubiera decidido enseñarle?

Los ojos de Kulgan parecieron desenfocarse cuando se quedó mirando a la nada. Empezó a dar fuertes caladas a la pipa.

—¿Qué pasa, Kulgan? —dijo el sacerdote tras quedarse mirándolo un momento.

—No estoy seguro, Tully, pero puede que me hayas dado una idea.

—¿Qué clase de idea?

Kulgan desestimó la pregunta con un movimiento de la mano.

—No estoy completamente seguro. Dame tiempo para pensarlo. Pero considera tu pregunta, y luego pregúntate esto: ¿Cómo aprendieron a usar su poder los primeros magos?

Tully se recostó, y ambos hombres empezaron a considerar la pregunta en silencio. A través de la ventana podían oír el sonido de los muchachos jugando, que llenaba el patio del castillo.

Todos los sextodías, a los chicos y chicas que trabajaban en el castillo se les permitía pasar la tarde como quisieran. Los chicos, en edad de ser aprendices y más jóvenes, eran un grupo chillón y bullicioso. Las chicas trabajaban en el servicio de las damas del castillo, limpiando y cosiendo, y también ayudando en la cocina. Todos trabajaban la semana completa, del amanecer al anochecer y más, pero el sexto día de la semana se reunían en el patio del castillo, cerca del jardín de la princesa. La mayoría de los

chicos jugaban a un rudo juego de pelota que consistía en que uno de los equipos debía capturar un balón de cuero relleno de trapos, entre empujones y gritos, patadas y la ocasional pelea a puñetazos. Todos llevaban sus ropas más viejas, puesto que los desgarrones, las manchas de sangre y las de barro eran habituales.

Las chicas se sentaban a lo largo de la tapia baja que rodeaba el jardín de la princesa, ocupadas en los cotilleos acerca de las damas de la corte del duque. Casi siempre se ponían sus mejores faldas y blusas, y sus cabellos brillaban por el lavado y el cepillado. Ambos grupos hacían ostensibles muestras de ignorarse mutuamente, y ambos eran igual de poco convincentes.

Pug corrió hasta donde estaban jugando el partido. Como era habitual, Tomas estaba en medio de la refriega, con el pelo rubio ondeando como una bandera, gritando y riendo por encima del ruido. Entre codazos y patadas parecía tener una alegría salvaje, como si el dolor ocasional hiciera que la competición valiera más la pena. Corrió entre el grupo, pateando alto la pelota, intentando evitar los pies de quienes querían zancadillearlo. Nadie estaba seguro de cómo había aparecido este juego o de cuáles eran exactamente las reglas, pero los muchachos lo jugaban con la intensidad de un campo de batalla, como habían hecho sus padres años antes.

Pug entró corriendo al campo y colocó el pie delante de Rulf justo cuando éste se disponía a golpear a Tomas por detrás. Rulf cayó al suelo en una maraña de cuerpos y Tomas se escapó. Corrió hacia la meta y, dejando caer la pelota delante de él, la metió de una patada en un gran tonel volcado, marcando un tanto para su equipo. Mientras los otros chicos gritaban celebrándolo, Rulf se puso en pie de un salto y empujó a otro muchacho para ponerse justo enfrente de Pug.

—¡Intenta eso de nuevo y te rompo las piernas, cuco! —le espetó, mirándolo ferozmente desde debajo de sus gruesas cejas.

El cuco era un pájaro de hábitos notoriamente repugnantes, el más destacado de los cuales era dejar sus huevos en los nidos de otros pájaros para que a sus polluelos los criasen otros. Pug no estaba dispuesto a pasarle ningún insulto a Rulf. Con las frustraciones de los últimos meses a flor de piel, se sentía especialmente susceptible este día.

De un salto se lanzó contra la cabeza de su rival, rodeando el cuello del chico más grueso con su brazo izquierdo. Golpeó con su puño derecho el rostro de Rulf y pudo sentir como la nariz de éste se aplastaba con el primer golpe. Enseguida, ambos muchachos estaban rodando por el suelo. El mayor peso de Rulf empezó a imponerse, y pronto estaba sentado sobre el pecho de Pug, golpeando con sus gruesos puños el rostro del muchacho más pequeño.

Tomas lo contemplaba impotente, puesto que por mucho que quisiera ayudar a su amigo, el código de honor de los chicos era tan estricto e inviolable como el de cualquier noble. Si intervenía a favor de su amigo, Pug nunca superaría la vergüenza.

Tomas saltaba arriba y abajo, animando a su compañero, haciendo gestos de dolor cada vez que éste recibía un golpe, como si él mismo sintiera los puñetazos.

Pug trató de escurrirse de debajo del grandullón, haciendo que muchos de sus golpes fallasen, golpeando la tierra en vez del rostro. Aun así, bastantes seguían dando en el blanco, y Pug pronto empezó a sentir una extraña desvinculación del proceso. Pensó que era extraño que todo el mundo sonase tan lejano, y que los golpes de Rulf no parecieran hacerle daño. Su visión empezaba a llenarse de colores rojos y amarillos, cuando sintió que se aliviaba el peso que tenía sobre el pecho.

Tras un breve instante las cosas volvieron a su sitio, y Pug vio al príncipe Arutha de pie sobre él, con su mano agarrando firmemente el cuello de la camisa de Rulf. Aunque no era una figura tan imponente como su hermano o su padre, el príncipe seguía siendo capaz de sostener a Rulf lo bastante alto para que los pies del mozo de cuadra apenas tocasen el suelo. El príncipe sonrió, pero sin humor.

—Creo que el chaval ya ha tenido suficiente —dijo tranquilamente, con una mirada feroz en los ojos—. ¿No estás de acuerdo? —La frialdad de su tono dejaba claro que no estaba pidiendo una opinión. La sangre todavía le corría por la cara a Rulf del golpe inicial de Pug cuando logró emitir un sonido entrecortado que el príncipe tomó como una señal de asentimiento. Arutha soltó el cuello de la camisa y el mozo de cuerdas se cayó de espaldas, para regocijo de los espectadores. El príncipe se inclinó y ayudó a Pug a levantarse.

Aguantando al tambaleante muchacho, le dijo:

—Admiro tu valor, jovencito, pero no podemos consentir que al mejor mago joven del ducado le machaquen el intelecto ¿no? —Su tono sólo era levemente burlón, y Pug estaba demasiado atontado como para hacer algo más que quedarse pasmado mirando al hijo del duque. El príncipe le dirigió una leve sonrisa y se lo entregó a Tomas, que se había puesto al lado de Pug, con un trapo húmedo en la mano.

Pug salió de la niebla mientras Tomas le frotaba la cara con el trapo, y se sintió incluso peor cuando vio, al unírseles Arutha, que la princesa y Roland estaban sólo a unos metros de distancia. Recibir una paliza delante de las chicas del castillo ya era suficientemente malo; ser apaleado por un niño como Rulf delante de la princesa era una catástrofe.

Emitiendo un gruñido que tenía poco que ver con su estado físico, Pug trató de parecer otra persona tanto como pudo. Tomas lo agarró con fuerza.

—Intenta no moverte tanto. No has acabado tan mal. Después de todo casi toda esta sangre es de Rulf. Mañana su nariz parecerá un pimiento morrón.

—Igual que mi cabeza.

—No tanto. Un ojo morado, quizá los dos, y una mejilla hinchada para completar el lote. Teniéndolo todo en cuenta, te ha ido bien, pero la próxima vez que quieras meterte con Rulf espera a tener algo más de tamaño, ¿vale? —Pug observó como el

príncipe se llevaba a su hermana del campo de batalla. Roland le dedicó una amplia sonrisa y el aprendiz de mago deseó estar muerto.

Pug y Tomas salieron de la cocina con los platos de la cena en la mano. Era una noche cálida, y preferían la refrescante brisa del océano al calor de los fogones. Se sentaron en el porche y Pug movió su mandíbula de lado a lado, sintiéndola suelta. Probó con un trozo de cordero y dejó el plato a un lado...

Tomas lo observó.

—¿No puedes comer?

Pug asintió.

—La mandíbula me duele demasiado. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en los puños—. Me debería haber aguantado. Entonces me habría ido mejor.

Tomas habló con la boca llena de comida.

—El Maestro Fannon dice que un soldado debe mantener la cabeza fría en todo momento o la perderá.

Pug suspiró.

—Kulgan dijo algo parecido. Tengo algunos ejercicios que hacen que me tranquilice, debería haberlos usado.

Tomas se tragó una enorme porción de su comida.

—Practicar en tu habitación es una cosa. Ponerte a usar esas cosas cuando alguien te está insultando en la cara es otra muy diferente. Supongo que yo hubiera hecho lo mismo.

—Pero tú hubieras ganado.

—Probablemente. Y esa es la razón por la que Rulf nunca habría venido a por mí. —Su actitud indicaba que no se estaba pavoneando, simplemente diciendo las cosas como eran—. Por eso hiciste lo correcto. Nariz de pimiento se lo pensará dos veces antes de volver a meterse contigo, estoy seguro, y de eso es de lo que se trata, a fin de cuentas.

—¿Qué quieres decir?

Tomas dejó su plato y eructó. Con una expresión de satisfacción ante el sonido, dijo:

—Con los bravucones siempre pasa lo mismo: no importa que les puedas o no. Lo que importa es si te enfrentas a ellos o no. Rulf puede ser grande, pero debajo de toda esa fanfarronería es un cobarde. Ahora volverá su atención a los chavales pequeños y se meterá con ellos un poco. No creo que vaya a querer nada que ver contigo otra vez. No le gusta el precio. —Tomas dirigió a Pug una sonrisa amplia y cálida—. Ese primer puñetazo que le diste fue una belleza. Directo a la tocha.

Pug se sintió algo mejor. Tomas echaba miradas a la cena que Pug no había

tocado.

—¿Te lo vas a comer?

Pug miró su plato. Estaba rebosante de cordero caliente, verdura y patatas. A pesar del delicioso olor, Pug no sentía apetito.

—No, tómalo.

Tomas rebañó el plato y empezó a meterse la comida en la boca. Pug sonrió. Tomas era conocido por no hacerle nunca ascos a la comida.

Pug volvió la mirada hacia la muralla del castillo.

—Me sentí como un tonto.

Tomas paró de comer, con un trozo de carne medio metido en la boca. Estudió a su amigo durante un momento.

—¿Tú también?

—¿Yo también qué?

Tomas se rio.

—Estás avergonzado porque la princesa vio como Rulf te pegaba una paliza.

Pug se soliviantó.

—No fue una paliza. Di tanto como recibí.

—¡Ahí! Lo sabía, es la princesa —exclamó Tomas.

Pug se echó hacia atrás, resignado.

—Supongo que sí.

Tomas no dijo nada y Pug lo miró. Estaba ocupado acabándose la segunda cena.

—Y supongo que a ti no te gusta —dijo finalmente.

Tomas se encogió de hombros, hablando entre bocado y bocado.

—Nuestra señora Carline es muy guapa, pero conozco mi sitio. Y de todas forma ya tengo puesta la mirada en alguien.

Pug se sentó.

—¿Quién? —preguntó, picado por la curiosidad.

—No te lo digo —dijo Tomas con una sonrisa pícara.

Pug se rio.

—Es Neala ¿no?

A Tomas se le desencajó la mandíbula.

—¿Cómo lo sabes?

Pug intentó parecer misterioso.

—Los magos tenemos nuestros medios.

Tomas resopló.

—Valiente mago. Tú eres tan mago como yo Caballero-Capitán de los ejércitos reales. Dime, ¿cómo te has enterado?

Pug volvió a reírse.

—No es ningún misterio. Cada vez que la ves te pones tieso dentro de ese tabardo

tuyo y te pavoneas como un pavo real.

Tomas parecía preocupado.

—¿Crees que no lo sabe, o sí?

Pug sonrió como un gato bien alimentado.

—No lo sabe, seguro. —Hizo una pausa—. A menos que no sea ciega y el resto de las chicas del castillo no se lo hayan dicho ya cien veces.

Un gesto de angustia cruzó el rostro de Tomas.

—¿Qué pensará la chica?

—¿Quién sabe lo que piensan las chicas? Por lo que yo sé, probablemente le gusta.

Tomas miró pensativo su plato.

—¿Has pensado alguna vez en casarte?

Pug parpadeó como un búho atrapado en una luz brillante.

—Yo... yo nunca he pensado en eso. No sé si los magos se casan. No creo que lo hagan.

—Ni los soldados, en su mayor parte. El Maestre Fannon dice que un soldado que está pensando en su familia no está pensando en su trabajo. —Tomas se quedó en silencio durante un minuto.

Pug rompió el silencio.

—Eso no parece que haya sido un estorbo para el sargento Gardan y algunos otros soldados.

Tomas resopló, como si dichas excepciones sólo sirvieran para demostrar lo que decía.

—A veces intento imaginarme cómo sería tener una familia.

—Tú tienes una familia, estúpido. El huérfano soy yo.

—Quiero decir una esposa, tontaina. —Tomas le dirigió a Pug su mejor mirada de «tú eres tonto»—. E hijos algún día, no un padre y una madre.

Pug encogió los hombros. La conversación empezaba a orientarse a territorios que le resultaban molestos. Nunca pensaba acerca de esas cosas, puesto que estaba menos ansioso por crecer que Tomas.

—Yo creo que nos casaremos y tendremos hijos si es lo que se supone que debemos hacer.

Tomas miró a Pug muy serio, para que no se tomase el asunto a la ligera.

—Me he imaginado una habitación en algún lugar del castillo, y... no puedo imaginarme quién sería la chica. —Masticó la comida—. Hay algo que no cuadra, creo.

—¿Algo que no cuadra?

—Como si hubiera algo más que no comprendo... no lo sé.

—Bueno, si tú no lo comprendes, ¿cómo se supone que voy a hacerlo yo?

Tomas cambió de repente el tema de conversación.

—¿Somos amigos, no?

A Pug lo pilló por sorpresa.

—Por supuesto que somos amigos. Eres como mi hermano. Tus padres me han tratado como a su propio hijo. ¿Por qué me preguntas eso?

Tomas dejó el plato, preocupado.

—No lo sé. Sólo es que a veces pienso que todo esto va a cambiar. Vas a ser un mago, y a lo mejor viajarás por el mundo, viendo a otros magos de tierras lejanas. Yo voy a ser un soldado, atado a seguir las órdenes de mi señor. Probablemente nunca vea más que una pequeña parte del reino, y eso sólo como escolta en la guardia personal del duque, si tengo suerte.

Pug se alarmó. Nunca había visto a Tomas tan serio acerca de algo. El chico mayor siempre era el primero en reírse y nunca parecía tener preocupaciones.

—No me preocupa lo que creas, Tomas —dijo Pug—. Nada cambiará. Seremos amigos pase lo que pase.

Tomas sonrió ante eso.

—Espero que estés en lo cierto. —Se recostó, y ambos muchachos contemplaron las estrellas sobre el mar y las luces de la ciudad, enmarcadas como un cuadro por la puerta del castillo.

Pug intentó lavarse la cara a la mañana siguiente, pero encontró que la tarea era demasiado ardua para llevarla a cabo. Su ojo izquierdo se había hinchado hasta cerrarse por completo, y el derecho lo tenía abierto a medias. Grandes manchas moradas decoraban su rostro, y su mandíbula hacía ruido cuando la movía de un lado a otro. Fantus estaba tumbado en el catre de Pug, con sus ojos rojos brillando al sol de la mañana que entraba por la ventana de la torre.

La puerta de la habitación del muchacho se abrió de repente y entró Kulgan, con su rotunda osamenta envuelta en una túnica verde. Tras pararse para contemplar al muchacho durante un momento, se sentó en el catre y rascó al draco detrás de los ojos, haciendo surgir un gruñido de alegría de la garganta de Fantus.

—Ya veo que no te pasaste la tarde de ayer sentado sin hacer nada —dijo.

—Tuve algún que otro problema, señor.

—Bueno, pelearse es la provincia de los chicos y de los hombres crecidos, pero espero que el otro muchacho tenga al menos el mismo mal aspecto. Sería una vergüenza que no hubiera disfrutado del placer de recibir aparte del de dar.

—Se burla usted de mí.

—Sólo un poco, Pug. La verdad es que en mi juventud tuve mi parte de peleas, pero ya ha pasado el tiempo para las riñas infantiles. Debes aprovechar mejor tus energías.

—Ya lo sé, Kulgan, pero he estado tan frustrado últimamente que cuando ese

mamarracho de Rulf dijo lo que dijo acerca de que yo era huérfano, se me subió el enfado a la cabeza.

—Bien, admitir tu parte de culpa es una buena señal de que te estás haciendo un hombre. La mayoría los niños habría intentado justificar sus actos, echándole la culpa al otro o a una obligación moral para luchar.

Pug cogió el taburete y se sentó, de cara al mago. Kulgan sacó la pipa y empezó a rellenarla.

»Pug, creo que en tu caso puede que nos hayamos dedicado al asunto de tu educación por el camino equivocado. —Tras buscar alguna varilla de madera que prender en la lamparilla de noche que aún ardía y no encontrar ninguna, el rostro de Kulgan se nubló mientras se concentraba durante un momento; entonces apareció una pequeña llamita en la punta del dedo índice de su mano derecha. Aplicándola a la pipa, pronto tuvo toda la habitación medio llena con grandes nubes de humo blanco. La llamita desapareció con un gesto de la mano—. Una habilidad muy útil, si te gusta la pipa.

—Daría cualquier cosa para poder hacer aunque fuera eso —dijo Pug disgustado.

—Como te decía, creo que es posible que nos hayamos estado equivocando. Quizá deberíamos considerar un enfoque nuevo para tu educación.

—¿Qué quiere decir?

—Pug, los primeros magos del pasado distante no tuvieron maestros en las artes mágicas. Ellos desarrollaron las habilidades que conocemos en la actualidad. Algunas de las habilidades antiguas, como oler los cambios del tiempo, o la habilidad de encontrar agua con un palo, datan de nuestros primeros comienzos. He pensado que durante un tiempo te voy a dejar a ti solo. Estudia lo que quieras en los libros que tengo. Sigue con el resto de tus deberes, aprendiendo las artes del escribano de Tully, pero no te incordiaré con más lecciones durante un tiempo. Por supuesto, responderé cualquier pregunta que tengas. Pero creo que por el momento necesitas poner tus ideas en orden.

—¿Estoy más allá de toda esperanza? —preguntó Pug cariacontecido.

Kulgan sonrió tranquilizadamente.

—Ni mucho menos. Ya ha habido antes casos de magos que han tenido inicios lentos. Recuerda que tu aprendizaje es por nueve años más. No te dejes amilanar por los fallos de estos últimos meses. Por cierto, ¿te gustaría aprender a montar?

El ánimo de Pug cambió por completo.

—¡Oh, sí! ¿Puedo? —gritó.

—El duque ha decidido que le gustaría que algún muchacho saliese a montar a caballo con la princesa de vez en cuando. Sus hijos tienen muchas responsabilidades ahora que han crecido, y cree que podrías ser una buena elección para cuando ellos estén demasiado ocupados para acompañarla.

La cabeza de Pug le daba vueltas. No sólo iba a aprender a montar, una habilidad habitualmente reservada para la nobleza, ¡sino que además iba a estar en compañía de la princesa!

—¿Cuándo empiezo?

—Hoy mismo. La misa matinal ya casi ha acabado. —Siendo primerdía, aquellos inclinados a ello acudían a sus devociones, bien en la capilla del castillo bien en el pequeño templo que había abajo en la ciudad. El resto del día se trabajaba lo mínimo, sólo lo necesario para poner comida en la mesa del duque. Puede que los chicos y chicas tuvieran medio día libre extra los sextodías, pero sus mayores sólo descansaban los primerdías—. Ve a ver al Maestro de Caballerizas Algon; tiene instrucciones del duque y comenzará con tus lecciones ahora mismo.

Sin decir ni una palabra más, Pug saltó y se fue a la carrera hacia los establos.

4

Ataque

Pug cabalgaba en silencio.

Su caballo iba al paso sobre los riscos desde los que se dominaba el mar. La cálida brisa traía el olor de las flores, y al este los árboles del bosque se mecían lentamente. El sol estival hacía rielar el aire sobre el océano. Por encima de las olas se podía ver a las gaviotas colgadas del aire, para luego lanzarse en picado al agua buscando comida. En el cielo, grandes nubes blancas se dejaban llevar por el viento.

Pug recordó esa mañana mientras miraba la espalda de la princesa en su magnífico palafrén blanco. Lo habían tenido esperando en los establos casi dos horas antes de que la princesa apareciese con su padre. El duque había sermoneado largamente a Pug sobre sus responsabilidades para con la señora del castillo. Pug había permanecido en silencio mientras el duque repetía todas las instrucciones del Maestro de Caballerizas Algon de la noche anterior. El jefe de las caballerizas lo había estado instruyendo durante una semana y consideraba que ya estaba listo, apenas, para montar con la princesa.

Pug la había seguido afuera por el portón, aún maravillado ante su inesperada suerte. Estaba exultante, a pesar de haber pasado la noche dando vueltas en la cama y luego haberse saltado el desayuno.

Ahora su estado de ánimo iba cambiando de la admiración adolescente al enfado más absoluto. La princesa se negaba a responder a ninguno de sus educados intentos de iniciar una conversación, excepto para darle órdenes. Su tono de voz era imperioso y brusco, e insistía en llamarlo «chico», ignorando varios cortesés recordatorios de que su nombre era Pug. Ahora mismo actuaba bien poco como la elegante jovencita de la corte, y no parecía más que una niña mimada e irritante.

Al principio se había sentido incómodo cuando se montó en el caballo de tiro gris que habían considerado adecuado para sus habilidades. La yegua era de naturaleza tranquila y no se mostraba inclinada a moverse más rápido de lo estrictamente necesario.

Pug vestía su blusa roja brillante, la que le había dado Kulgan, pero aun así parecía

pobremente vestido al lado de la princesa. Ella iba ataviada con un sencillo pero exquisito traje de amazona de color amarillo con resaltes en negro, y sombrero a juego. Incluso sentada en una silla de amazona, Carline tenía el aspecto de alguien nacido para montar a caballo, mientras que Pug sentía que debería ir andando tras su yegua, con un arado entre ambos. El caballo de Pug tenía una molesta tendencia a querer pararse cada cuatro metros para mordisquear la hierba o algún arbusto, ignorando las frenéticas patadas en el costado que le daba su jinete, mientras que el caballo de la princesa, excelentemente entrenado, respondía al instante al más leve toque de su fusta. Ella cabalgaba en silencio, ignorando los gruñidos de esfuerzo del muchacho que iba tras ella, intentando mantener a su recalcitrante montura en movimiento tanto por fuerza de voluntad como por habilidad de jinete.

Pug sintió los primeros tirones del hambre, a la vez que sus sueños románticos se rendían ante su apetito, normal en un chaval de quince años. Mientras cabalgaban, sus pensamientos se volvían cada vez más hacia la cesta con el almuerzo que colgaba del pomo de su silla de montar. Tras lo que le pareció una eternidad a Pug, la princesa se volvió hacia él.

—Chico, ¿cuál es tu oficio?

Cogido por sorpresa por la pregunta tras el largo silencio, Pug tartamudeó una contestación.

—Yo... yo soy el aprendiz del Maestro Kulgan.

Ella lo miró fijamente, con una expresión que le hubiera venido bien si se hubiera encontrado un insecto correteando por un plato de la cena.

—Ah, eres ese chico.

Cualquier breve chispa de interés que hubiera habido se extinguió, y ella le dio la espalda. Cabalgaron durante un rato más, y entonces la princesa dijo:

—Chico, nos paramos aquí.

Pug detuvo a su yegua y, antes de que pudiera llegar al lado de la princesa, ésta ya había desmontado ágilmente, sin esperar a que él le tendiera la mano como el Maestre de Caballerizas Algon le había dicho que haría. Ella le entregó las riendas de su caballo y caminó hasta el borde de los acantilados.

Observó fijamente el mar durante un minuto y luego, sin mirar a Pug, dijo:

—¿Crees que soy bella?

Pug se quedó en silencio, sin saber qué decir. Ella se volvió y lo miró.

»¿Y bien?

—Sí, Su Alteza.

—¿Muy bella?

—Sí, Su Alteza, muy bella.

La princesa pareció pensar acerca de esto durante un momento, y luego devolvió su atención a la vista que se extendía abajo.

—Para mí es muy importante ser bella, chico. Lady Marna dice que debo ser la dama más bella del reino, puesto que algún día habré de encontrar un marido poderoso, y sólo las damas más bellas del reino pueden elegir. Las de aspecto sencillo deben conformarse con cualquiera que pida su mano. Dice que tendré muchos pretendientes porque mi padre es muy importante. —Se dio la vuelta, y durante un breve instante Pug creyó ver un gesto de aprensión sobre sus adorables rasgos—. ¿Tienes muchos amigos, chico?

Pug encogió los hombros.

—Algunos, Su Alteza.

Ella lo estudió durante un instante.

—Eso debe de ser bonito —dijo, mientras se apartaba del rostro con gesto ausente un mechón de pelo que se había escapado de debajo de su sombrero de amazona de ala ancha. Algo en ella pareció tan herido y solitario en ese momento que Pug volvió a sentir el corazón en un puño. Obviamente su expresión tuvo que indicarle algo a la princesa, puesto que de repente sus ojos se entrecerraron y su temperamento pasó del pensativo al altivo. Con su tono de voz más imponente, anunció:

—Almorzaremos ahora.

Rápidamente, Pug clavó una estaca al suelo, donde ató los caballos, y descolgó la cesta. La colocó en el suelo y la abrió. Carline se adelantó.

—Yo prepararé la comida, chico. No quiero manos torpes tirando los platos y derramando el vino.

Pug retrocedió un paso mientras ella se arrodillaba y empezaba a desempaquetar el almuerzo. Deliciosos aromas de queso y pan asaltaron las fosas nasales de Pug, y se le hizo la boca agua. La princesa levantó la cabeza y lo miró.

—Lleva los caballos al otro lado de la colina, al arroyo, y que beban. Puedes comer mientras vamos de vuelta. Ya te llamaré cuando yo haya acabado.

Conteniendo un gruñido, Pug cogió las riendas de los caballos y empezó a andar. Pateó algunas piedras sueltas, sintiendo el conflicto emocional en su interior mientras se llevaba a los caballos. Se suponía que no debía dejar sola a la chica, pero tampoco podía desobedecerla. No había nadie más a la vista, y era poco probable que tan lejos del bosque hubiera problemas. Además, se alegraba de estar lejos de Carline durante un rato.

Llegó hasta el arroyo y les quitó las sillas de montar a los caballos; los cepilló las marcas húmedas de las sillas y las cinchas, y dejó las riendas en el suelo. El palafrén estaba entrenado para quedarse parado cuando las riendas estaban en el suelo, y el caballo de tiro no mostraba inclinación alguna de alejarse mucho. Mordisqueaban la hierba mientras Pug encontraba un sitio cómodo en el que sentarse. Reflexionó acerca de la situación y se encontró perplejo. Carline seguía siendo la chica más atractiva que había visto nunca, pero sus modales estaban quitándole el lustre rápidamente a su

fascinación. Por el momento su estómago era una preocupación mayor que la chica de sus sueños. Pensó que quizá había algo más de lo que él había imaginado en esto del amor.

Se entretuvo durante un rato pensando acerca de eso. Cuando se aburríó, se fue a buscar piedras al agua. Últimamente no había tenido muchas oportunidades de practicar con la honda, y ahora era un buen momento. Encontró varios guijarros y sacó la honda. Practicó escogiendo blancos entre los arbolillos que había a alguna distancia, asustando a los pájaros que vivían allí. Dio de lleno en varios manojos de bayas amargas, fallando sólo una de seis. Satisfecho de que su puntería fuese tan buena como siempre, se guardó la honda en el cinturón. Encontró varias piedras más que parecían especialmente prometedoras y se las guardó en la bolsa. Consideró que la chica ya debería casi haber acabado, y empezó a ir hacia los caballos para tenerlos ensillados y, cuando ella lo llamase, estar listo.

Cuando llegaba hasta el caballo de la princesa, sonó un grito al otro lado de la colina. Dejó caer la silla de montar de la chica, corrió hasta la cima de la colina y, cuando la superó, se detuvo conmocionado. Los pelos del cuello y los brazos se le pusieron de punta.

La princesa estaba corriendo, perseguida de cerca por dos trolls. Los trolls no solían aventurarse tan lejos del bosque, y Pug no estaba preparado para verlos. Eran humanoides, aunque bajos y anchos, con brazos largos y gruesos que colgaban hasta casi llegar al suelo. Corrían a cuatro patas tan a menudo como andaban sobre dos, con el aspecto de una parodia cómica de un mono, sus cuerpos cubiertos por una gruesa piel grisácea y los labios retraídos, mostrando largos colmillos. Las feas criaturas raras veces molestaban a los grupos de humanos, pero atacaban a viajeros solitarios de cuando en cuando.

Pug dudó durante un momento, sacando la honda del cinturón y cargando una piedra; luego cargó ladera abajo, haciendo girar la honda por encima de su cabeza. Las criaturas casi habían alcanzado a la princesa cuando disparó la piedra. Le pegó al troll que iba más adelantado en la sien, haciéndolo caer con una voltereta. El segundo tropezó con él, y ambos fueron al suelo enredados. Pug se detuvo cuando se levantaron, con su atención dirigida ahora de Carline a su atacante. Rugieron hacia Pug y luego se lanzaron a la carga. Pug corrió de vuelta hacia la colina. Sabía que si lograba alcanzar los caballos podría dejarlos atrás, rodear hasta la chica y huir a lugar seguro. Miró por encima del hombro y los vio venir: inmensos colmillos desnudos, largas garras arañando el suelo. A favor del viento, podía sentir su olor rancio a carne podrida.

Superó la cima de la colina, con el aliento entrecortado. Se le paró el corazón cuando vio que los caballos habían cruzado el arroyo y ahora estaban unos veinte metros más lejos que antes. Bajando la colina a toda prisa, esperó que esa diferencia

no resultase fatal.

Pudo oír a los trolls tras él mientras entraba en el arroyo a toda velocidad. Aquí el agua era poco profunda, pero aun así le hizo ir más lento.

Chapoteando por la corriente, tropezó con una piedra y se cayó. Puso los brazos ante sí y amortiguó la caída con las manos, manteniendo la cabeza fuera del agua. El impacto sacudió sus brazos mientras trataba de incorporarse. Trastabilló de nuevo y se volvió, a la vez que los trolls alcanzaban la orilla del agua. Aullaron ante la visión de su atormentador tropezando en el agua y se pararon un instante. Pug sintió pánico mientras intentaba poner una piedra en la honda con los dedos entumecidos. Se hizo un lío y la honda se le cayó, perdida en la corriente. Sintió un grito formarse en su garganta.

A la vez que los trolls entraban en el agua, un destello de luz explotó tras los ojos de Pug. Un dolor agudo recorrió su frente mientras parecían surgir letras grises en su mente. Le resultaron familiares, de un pergamino que Kulgan le había enseñado en varias ocasiones. Sin pensar, vocalizó el encantamiento y cada palabra se desvaneció de su mente a medida que la fue pronunciando.

Cuando llegó a la última, el dolor se detuvo y un fuerte gruñido resonó ante él. Abrió los ojos y vio a los dos trolls retorciéndose en el agua, con los ojos desencajados por la agonía mientras pataleaban indefensos, gritando y gruñendo.

Arrastrándose fuera del agua, Pug observó cómo luchaban las criaturas. Ahora emitían sonidos de asfixia y gorgoteos mientras se revolvían. Tras un momento, uno se convulsionó y dejó de moverse, quedándose flotando boca abajo en el agua. El segundo tardó unos minutos más en morir, pero al igual que su compañero también se ahogó, incapaz de mantener la cabeza fuera del agua.

Sintiéndose mareado y débil, Pug volvió a cruzar el arroyo. Su mente estaba abotargada y todo parecía nebuloso e inconexo. Se detuvo tras dar unos pocos pasos, al acordarse de los caballos. Miró a su alrededor y no pudo ver ni rastro de los animales. Habrían salido corriendo en cuanto olieron a los trolls y ahora estarían de camino a pastos seguros.

Pug siguió andando hacia donde había estado la princesa. Llegó a lo alto de la colina y miró a su alrededor. Ella estaba fuera de la vista, así que se dirigió hacia la cesta de la comida volcada. Tenía problemas para pensar, y un apetito voraz. Sabía que debería estar haciendo o pensando algo, pero todo lo que podía entresacar del calidoscopio de sus pensamientos era la comida.

Cayendo de rodillas, cogió una cuña de queso y se la metió en la boca. Cerca había una botella de vino medio derramada, y bajó el queso con ella. El delicioso queso y el vino fuerte lo reanimaron, y sintió como se le aclaraba la mente. Arrancó un trozo grande de pan de una hogaza y empezó a roerlo mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Mientras recordaba los acontecimientos, una cosa destacaba. De

algún modo había logrado lanzar un conjuro mágico. Y lo que era más, lo había hecho sin la ayuda de un libro, un pergamino o un objeto. No estaba seguro, pero eso le parecía de algún modo extraño. Sus pensamientos volvieron a nublarse. Más que nada lo que quería era tumbarse y dormir, pero mientras masticaba la comida, un pensamiento se abrió paso por entre la maraña de sus impresiones. ¡La princesa!

Se puso en pie de un salto y la cabeza le dio vueltas. Tranquilizándose, cogió algo de pan y el vino y fue en la dirección hacia la que la había visto correr. Se obligó a avanzar, arrastrando los pies mientras intentaba andar. Tras algunos minutos se dio cuenta de que su capacidad de pensar mejoraba y el cansancio desaparecía. Empezó a gritar el nombre de la princesa y oyó unos sollozos que surgían de detrás de unas matas de arbustos. Abriéndose paso, se encontró a Carline acurrucada tras los matorrales, con los puños cerrados y apretados sobre el estómago. Tenía los ojos desorbitados de terror, y su vestido estaba sucio y desgarrado. Cuando Pug se situó delante de ella se puso en pie de un salto y se le echó a los brazos, hundiéndole la cabeza en el pecho. Grandes sollozos sacudieron su cuerpo mientras se aferraba a la tela de la blusa. De pie con los brazos aún extendidos, con las manos ocupadas por el pan y el vino, Pug estaba totalmente confundido acerca de lo que hacer. Rodeó torpemente a la chica con un brazo.

—Está bien. Se han ido. Estás a salvo —dijo.

Ella se mantuvo aferrada a él durante un momento; luego, cuando pararon sus lágrimas, dio un paso atrás.

—Pensé que te habían matado y volvían por mí —sollozó.

Pug se encontró con que esta situación era más asombrosa que cualquier otra que hubiera vivido. Justo cuando acababa de pasar por la experiencia más angustiada de su joven vida, se enfrentaba a otra que hacía tambalearse su mente con una confusión de un tipo diferente. Sin pensar, había abrazado a la princesa, y ahora de pronto era consciente del contacto, y de su suave y cálido atractivo. Un sentimiento protector, varonil, creció en su interior, y empezó a andar hacia ella.

Como si sintiera su cambio de ánimo, Carline retrocedió. A pesar de todas sus costumbres y su educación cortesana, seguía siendo una chica de quince años y se sentía preocupada por el torrente de emociones que había sentido cuando él la abrazó. Se refugió en aquello que conocía mejor, su papel de princesa del castillo.

—Me alegro de verte ileso, chico —dijo, tratando de aparentar autoridad. Pug hizo una visible mueca ante eso. Ella luchó por recuperar su porte aristocrático, pero la nariz enrojecida y el rostro manchado por las lágrimas socavaron sus intentos—. Encuentra mi caballo y volveremos al castillo.

Pug sintió que sus nervios estaban a flor de piel, pero mantenía su voz bajo control.

—Lo siento, Su Alteza, pero los caballos se han escapado. Me temo que tendremos

que caminar.

Carline se sentía maltrecha y maltratada. Pug no tenía la culpa de que hubieran pasado ninguno de los acontecimientos de la tarde, pero su carácter tan a menudo consentido se disparó contra el objetivo más cercano.

—¡Caminar! No puedo caminar todo el camino de vuelta al castillo —dijo secamente, mirando a Pug como si se supusiera que él debía hacer algo al respecto enseguida y sin preguntas.

Pug sintió como toda la ira, la confusión, el daño y la frustración del día explotaban en su interior.

—Pues entonces podéis quedaros sentadita aquí hasta que os echen en falta y manden a alguien a recogeros. —Estaba gritando—. Calculo que será como unas dos horas después del anochecer.

Carline retrocedió, con el rostro ceniciento; parecía que la hubieran abofeteado. Su labio inferior tembló, y pareció de nuevo estar al borde de las lágrimas.

—A mí no se me habla en ese tono, chico.

Los ojos de Pug se desencajaron y avanzó hacia ella haciendo gestos con la botella de vino.

—Casi hago que me maten tratando de manteneros con vida —gritó—. ¿Oigo una palabra de agradecimiento? ¡No! Todo lo que oigo son lloriqueos acerca de que no podéis caminar hasta el castillo. Los del castillo podemos ser de baja cuna, pero al menos tenemos los modales suficientes para darle las gracias a alguien cuando se lo merece. —Mientras hablaba podía sentir como la ira salía de él—. Podéis quedaros aquí si queréis, pero yo me voy... —De repente se dio cuenta de que estaba de pie con la botella levantada por encima de su cabeza, en una pose ridícula. Los ojos de la princesa estaban en la hogaza de pan, y él se dio cuenta de que la tenía pegada a su cinturón, con el pulgar metido en una de las trabillas, lo que no hacía sino incrementar lo extraño de su postura. Tartamudeó durante un instante, y luego sintió como se le evaporaba el enfado y bajó la botella. La princesa lo miró, con sus grandes ojos espionando por encima de los puños, que mantenía pegados a la cara. Pug empezó a decir algo, pensando que estaba asustada de él, cuando se dio cuenta de que se estaba riendo. Era un sonido musical, cálido y desprovisto de burla.

—Lo siento, Pug —dijo ella—, pero tienes un aspecto tan estúpido plantado ahí de esa manera. Pareces una de esas horribles estatuas que erigen en Kronador, con la botella sostenida en alto en vez de una espada.

Pug movió la cabeza.

—Yo soy el que lo siente, Su Alteza. No tenía derecho a gritaros de ese modo. Por favor, perdonadme.

La expresión de ella cambió al instante a una de preocupación.

—No, Pug. Tenías todo el derecho a decir lo que dijiste. Realmente te debo la vida,

y he actuado de una forma horrible. —Se acercó a él y le colocó una mano en el brazo —. Gracias.

Pug quedó abrumado por la visión de su rostro. Toda su determinación para librarse de sus fantasías infantiles acerca de ella fue arrastrada lejos por la brisa marina. El hecho maravilloso de que había usado magia quedó sustituido por consideraciones más básicas y urgentes. Empezó a alargar una mano para tocarla; entonces la realidad de su posición se interpuso, y él le ofreció la botella.

—¿Vino?

Ella se rio, sintiendo el cambio repentino que habían sufrido los pensamientos del chico. Ambos estaban agotados y un poco mareados por la experiencia, pero ella seguía en pleno uso de sus facultades y comprendía el efecto que estaba teniendo en él. Asintiendo, cogió la botella y bebió un trago. Recobrando un retazo de su dignidad, Pug habló.

—Mejor que nos demos prisa. Quizá lleguemos al castillo antes de la puesta de sol.

Ella asintió, manteniendo sus ojos sobre él, y sonrió. Pug se sentía incómodo bajo su mirada y se volvió hacia el camino que llevaba al castillo.

—Bueno, entonces. Más vale que partamos.

Ella empezó a andar tras él.

—¿Puedo comer algo de pan también, Pug? —preguntó tras un momento.

Pug había recorrido corriendo la distancia entre los acantilados y el castillo muchas veces, pero la princesa no estaba acostumbrada a andar tanta distancia, y sus suaves botas de montar eran inadecuadas para dicho propósito. Cuando llegaron a la vista del castillo, ella iba con un brazo sobre los hombros de Pug y cojeando ostensiblemente.

Un grito surgió de la torre de la puerta, y unos guardias se les acercaron corriendo. Tras ellos venía Lady Marna, la gobernanta de la chica, con la parte delantera del vestido rojo remangada mientras se dirigía hacia la princesa a toda velocidad. Aunque era del doble del tamaño que las damas de la corte (y que algunos de los guardias también), los estaba dejando detrás a todos. Venía como una osa cuyo cachorro estuviera siendo atacado. Su gran busto subía y bajaba del esfuerzo cuando llegó hasta la pequeña chica y se aferró a ella con un abrazo que amenazaba con enterrar a Carline entre sus carnes por completo. Pronto las damas de la corte estuvieron reunidas alrededor de la princesa, agobiándola con preguntas. Antes de que pasase la excitación, Lady Marna se volvió y cayó sobre Pug como la osa feroz que parecía.

—¡Cómo te *atreves* a permitir que la princesa quede en este estado! Cojeando, con el vestido destrozado y sucia. Haré que te corran a latigazos de un extremo del castillo a otro. Antes de que acabe contigo ya desearás no haber visto nunca la luz del día.

Retrocediendo ante la ofensiva, Pug estaba abrumado por la confusión, incapaz de pronunciar palabra. Creyendo que de algún modo Pug era responsable del estado de la princesa, uno de los guardias se acercó y lo cogió por el brazo.

—¡Dejadlo en paz!

Cayó el silencio mientras Carline se abría paso entre la gobernanta y Pug. Unos pequeños puños golpearon al guardia mientras éste soltaba a Pug y retrocedía con expresión asombrada en el rostro.

—¡Me ha salvado la vida! Casi lo matan salvándome. —Las lágrimas corrían por su cara—. No ha hecho nada malo. Y no voy a tolerar que lo avasalléis.

El círculo de gente se cerró alrededor de ellos, mirando a Pug con un nuevo respeto. Surgieron murmullos de todos lados, y uno de los guardias corrió a llevar las nuevas al castillo. La princesa volvió a colocar su brazo sobre los hombros de Pug y empezó a ir hacia las murallas. El grupo se abrió y los dos cansados viajeros pudieron ver como se encendían antorchas y linternas en las almenas.

Para cuando hubieron alcanzado la puerta del patio, la princesa había permitido que dos de sus damas la ayudasen, para alivio de Pug. No hubiera creído que una muchacha tan pequeña pudiera convertirse en una carga tan grande. Habiendo oído del regreso de Carline, el duque corrió hacia ella, la abrazó y empezó a hablarle. Pug los perdió de vista cuando lo rodearon los curiosos, acosándolo a preguntas. Intentó abrirse paso hasta la torre del mago, pero la presión de la gente se lo impidió.

—¿No hay trabajo que hacer? —rugió una voz.

Las cabezas se volvieron para ver al Maestre de Armas Fannon, seguido de cerca por Tomas. Toda la gente del castillo se retiró rápidamente, dejando a Pug de pie ante Fannon, Tomas y aquellos de la corte del duque con suficiente posición para ignorar el comentario. Pug pudo ver a la princesa hablando con su padre, Lyam, Arutha y el escudero Roland.

—¿Qué ha pasado, chico? —preguntó Fannon.

Pug trató de hablar, pero se detuvo cuando vio acercarse al duque y a sus hijos. Kulgan llegó corriendo detrás del duque, habiendo sido alertado por la conmoción general en el patio. Todos se inclinaron ante el noble cuando éste se aproximó, y Pug vio a Carline librarse de las atenciones de Roland y seguir a su padre, para ponerse al lado de Pug. Lady Marna miró desconsolada al cielo y Roland siguió a la chica, con una abierta expresión de sorpresa en el rostro. Cuando la princesa cogió la mano de Pug con la suya propia, la expresión de Roland se convirtió en una de negros celos.

—Mi hija ha dicho algunas cosas muy destacables acerca de ti, muchacho —dijo el duque—. Me gustaría oír tu versión.

Pug se sintió repentinamente cohibido, y soltó la mano de Carline con suavidad. Contó los acontecimientos del día, con Carline embelleciendo los detalles de forma entusiasta. Entre ellos dos, el duque logró un relato casi exacto de los hechos. Cuando

Pug hubo acabado, Lord Borric preguntó:

—¿Cómo es que los trolls se ahogaron en el arroyo, Pug?

Pug parecía incómodo.

—Les lancé un conjuro y no pudieron alcanzar la orilla —dijo en voz baja. Seguía confundido por este logro y no había pensado mucho en él, puesto que la princesa había echado a un lado todos los demás pensamientos. Pudo ver la sorpresa en el rostro de Kulgan. Pug empezó a decir algo, pero fue interrumpido por el siguiente comentario del duque.

—Pug, el servicio que has prestado a mi familia no tiene precio, pero encontraré una recompensa apropiada para tu valor.

En un estallido de entusiasmo, Carline rodeó con sus brazos el cuello de Pug, abrazándolo fuertemente. Pug estaba avergonzado y no sabía hacia dónde mirar, como si intentase comunicar que esta familiaridad no era cosa suya.

Lady Marna parecía a punto de desmayarse y el duque carraspeó, indicando a su hija que se retirase con un movimiento de cabeza. Cuando la princesa se fue con la gobernanta, Kulgan y Fannon se limitaron a mostrar su diversión, al igual que Lyam y Arutha. Roland le dirigió a Pug una mirada enfadada y envidiosa, luego se volvió y se fue hacia sus habitaciones. Lord Borric volvió a hablar.

—Llévate al chico a su habitación. Parece agotado. Ordenaré que le manden comida. Haz que venga al gran salón mañana después de la comida de la mañana. — Se volvió hacia Pug—. De nuevo, gracias. —El duque hizo un gesto a sus hijos para que lo siguieran y se alejó. Fannon agarró a Tomas por el codo, puesto que el muchacho rubio había empezado a hablar con su amigo. El viejo Maestre de Armas hizo un gesto con la cabeza para que él lo siguiera, dejando a Pug tranquilo. Tomas asintió, aunque ardía con mil preguntas.

Cuando todos se hubieron ido, Kulgan colocó sus manos en los hombros del muchacho.

—Vamos, Pug. Estás cansado, y hay mucho de que hablar.

Pug estaba tendido en su catre, con los restos de la comida en un plato a su lado. No podía recordar haber estado nunca tan cansado. Kulgan andaba de un lado para otro por la habitación.

—Es absolutamente increíble. —Agitó una mano en el aire y su túnica roja se movió sobre su cuerpo como el agua fluyendo sobre una roca—. Cierras los ojos y aparece la imagen de un pergamino que habías visto hacía semanas. Encantas el conjuro, como si tuviera el pergamino en tus manos ante ti, y los trolls caen derribados. Absolutamente increíble. —Sentándose en el taburete que había junto a la ventana, continuó—: Pug, nunca antes se ha hecho nada parecido. ¿Sabes lo que ha pasado?

Pug empezó a hablar desde el borde de un sueño cálido y suave, y miró al mago.

—Sólo lo que te he dicho que hice, Kulgan.

—Sí, pero ¿tienes alguna idea de lo que significa?

—No.

—Ni yo. —El mago pareció derrumbarse en su interior, como si le hubiera abandonado su excitación, sustituida por la más completa incertidumbre—. No tengo ni la más remota idea de lo que significa todo esto. Los magos no lanzan conjuros de cabeza. Los clérigos pueden, pero ellos tienen un foco diferente y una magia diferente. ¿Recuerdas lo que te enseñé acerca de los focos, Pug?

Pug hizo una mueca, puesto que no se encontraba con ganas de recitar una lección, pero se obligó a sentarse.

—Cualquiera que emplee magia necesita un foco para canalizar el poder que utilice. Los sacerdotes tienen el poder de canalizar su magia a través de la oración; sus encantamientos son una forma de oración. Los magos usan sus cuerpos, o cosas, o libros y pergaminos.

—Correcto —dijo Kulgan—, pero tú acabas de violar dicho principio. —Sacó su larga pipa y llenó distraídamente la cazoleta de tabaco—. El conjuro que has lanzado no puede usar el cuerpo del lanzador como foco. Ha sido desarrollado para causar gran dolor a otros. Puede ser un arma terrible. Pero sólo puede lanzarse leyéndolo de un pergamino en el que esté escrito *en el momento de lanzarlo*. ¿Por qué?

Pug obligó a sus párpados a abrirse.

—El pergamino en sí mismo es magia.

—Cierto. Alguna magia es intrínseca al mago, como tomar la forma de un animal u oler el tiempo atmosférico. Pero lanzar conjuros fuera del cuerpo, sobre otro, necesita un foco externo. Tratar de encantar de memoria el conjuro que usaste debería haberte provocado un dolor terrible a *ti*, no a los trolls ¡y eso si hubiera funcionado! *Por eso* los magos crearon los pergaminos, los libros y el resto de los objetos, para canalizar este tipo de magia de forma que no dañe al lanzador. Y hasta hoy, habría jurado que no había nadie en el mundo capaz de hacer funcionar ese conjuro sin el pergamino en la mano.

Apoyado en el alféizar de la ventana, Kulgan dio algunas caladas a su pipa, mirando al vacío.

—Es como si hubieras descubierto un tipo de magia completamente nuevo —dijo en voz baja. Al no oír respuesta, Kulgan miró al chico, que estaba profundamente dormido. Moviendo la cabeza asombrado, el mago tapó con una manta al exhausto muchacho. Apagó la lámpara que colgaba de la pared y salió. Mientras subía las escaleras hacia su propia habitación, movió la cabeza—. Absolutamente increíble.

Pug esperaba mientras el duque celebraba audiencia en el gran salón. Todo el mundo

del castillo y de la ciudad que había podido idear algún modo de conseguir entrar estaba allí. Maestros artesanos, mercaderes y nobles menores, ricamente vestidos, componían la asistencia. Miraban al muchacho con expresiones que iban del asombro a la incredulidad. Los rumores de su hazaña se habían difundido por la ciudad y habían engordado a medida que iban pasando de boca en boca.

Pug llevaba ropas nuevas, que estaban en su habitación cuando se despertó. En su nuevo esplendor se sentía cohibido y extraño. La blusa era una prenda amarilla brillante de la seda más cara, y las calzas eran de un azul pastel suave. Trató de mover los dedos dentro de sus botas nuevas, las primeras que había llevado nunca. Caminar con ellas le resultaba raro e incómodo. En su costado, una daga enjoyada colgaba de un cinto de cuero negro con una hebilla dorada con forma de gaviota en vuelo. Pug sospechaba que la ropa había pertenecido una vez a alguno de los hijos del duque; la habrían dejado de lado cuando se había quedado pequeña, pero aún parecía nueva y bonita.

El duque estaba acabando con el asunto de la mañana: la petición de uno de los constructores de barcos para que los guardias acompañasen una expedición de tala al gran bosque. Borric iba vestido, como era usual, de negro, pero sus hijos y su hija llevaban sus mejores galas cortesanías. Lyam escuchaba atentamente el asunto del que se ocupaba su padre. Roland estaba tras él, como era costumbre. Arutha estaba de un infrecuente buen humor, riendo con la boca tapada por una mano alguna ocurrencia que el padre Tully acababa de tener. Carline estaba sentada tranquilamente, con una cálida sonrisa en el rostro, mirando directamente a Pug, lo que acrecentaba su incomodidad y la irritación de Roland.

El duque dio su permiso para que una compañía de guardias acompañase a los artesanos al bosque. El Maestro Artesano dio las gracias e hizo una reverencia, y luego volvió al grupo, dejando a Pug solo frente al duque. El muchacho dio un paso al frente como Kulgan le había indicado e hizo una reverencia de la forma adecuada, aunque un poco rígida, ante el señor de Crydee. Borric sonrió al muchacho e hizo un gesto al padre Tully. El sacerdote sacó un documento de la manga de su voluminosa túnica y se lo entregó a un heraldo. El heraldo dio un paso al frente y desenrolló el pergamino.

En voz alta, leyó:

—Sepan todos cuantos están dentro de nuestros dominios: puesto que el joven Pug, del castillo de Crydee, ha demostrado un coraje ejemplar en el acto de arriesgar su vida y su persona en defensa de la real persona de la princesa Carline; puesto que estamos en deuda eterna con el joven, Pug de Crydee; es mi deseo que sea conocido por todos en el reino como nuestro amado y leal sirviente, y también es mi deseo que se le dé un lugar en la corte de Crydee, con el rango de escudero, y todos los derechos y privilegios correspondientes. Y que además se sepa que el título de la heredad de Bosque Profundo se le otorga a él y a su progenie mientras vivan, para que lo tengan y

lo mantengan, con los sirvientes y las propiedades correspondientes. El título de ésta será mantenido por la corona hasta el día de su mayoría de edad. Otorgado este día por mi mano y mi sello. Borric conDoin, tercer Duque de Crydee; Príncipe del Reino; Señor de Crydee, Carse y Tulan; Protector del Oeste; Caballero-General de los ejércitos reales; en línea sucesoria al trono de Rillanon.

Pug sintió que se le aflojaban las rodillas pero logró sostenerse antes de caer. La habitación prorrumpió en vítores. La gente se agolpaba alrededor de él, ofreciéndole sus felicitaciones y dándole palmaditas en la espalda. Era escudero y terrateniente, con vasallos, una casa y rebaños. Era rico. O al menos lo sería dentro de tres años, cuando alcanzase su mayoría de edad. Aunque se le consideraba un hombre del reino al llegar a los catorce años, las tierras y títulos no se podían otorgar hasta los dieciocho. La multitud retrocedió cuando se acercó el duque, con su familia y Roland tras él. Ambos príncipes le sonrieron, y la princesa parecía completamente radiante. Roland dirigió a Pug una sonrisa triste, incrédula.

—Me siento honrado, Su Gracia —tartamudeó Pug—. No sé qué decir.

—Entonces no digas nada, Pug. Eso te hace parecer sabio cuando los demás están farfullando. Ven y charlaremos. —El duque hizo un gesto para que colocasen una silla junto a la suya, mientras él pasaba un brazo por los hombros de Pug y lo conducía a través de la multitud. Tras sentarse, dijo:

—Ahora podéis dejarnos. Deseo hablar con el escudero. —El grupo agolpado en torno a ellos murmuró decepcionado, pero empezó a salir de la estancia—. Excepto vosotros dos —añadió el duque, señalando a Kulgan y a Tully.

Carline se quedó junto a la silla de su padre, con un dubitativo Roland a su lado.

—Tú también, hija mía —dijo el duque.

Carline empezó a protestar pero fue atajada por la firme afirmación de su padre.

—Ya podrás incordiarlo luego, Carline.

Ambos príncipes estaban en la puerta, obviamente divertidos ante la indignación de ella; Roland trató de ofrecer su brazo a la princesa, pero ésta se apartó bruscamente y pasó como una exhalación al lado de sus sonrientes hermanos. Lyam palmeó a Roland en el hombro cuando el azorado escudero se unió a ellos. Roland miró furioso a Pug, que sintió la ira como un mazazo.

Cuando las puertas se cerraron con un fuerte ruido y el salón quedó vacío, el duque comenzó a hablar.

—No le prestes atención a Roland, Pug. Mi hija lo tiene firmemente hechizado; está enamorado de ella y desea algún día poder pedir su mano. —Manteniendo la mirada sobre la puerta cerrada, añadió casi sin darse cuenta—: Pero tendrá que demostrarme que es algo más que el calavera en el que se está convirtiendo, si espera conseguir mi aprobación. —Abandonó el tema con un gesto de la mano—. Ahora, vamos a otros asuntos. Pug, tengo un regalo adicional para ti, pero primero quiero

explicarte algo. Mi familia está entre las más antiguas del reino. Yo mismo desciendo de un rey, puesto que mi abuelo, el primer duque de Crydee, era el tercer hijo del rey. Siendo de sangre real, nos preocupan mucho los asuntos del deber y del honor. Ahora eres al mismo tiempo miembro de mi corte y aprendiz de Kulgan. En asuntos del deber, eres responsable ante él. En asuntos del honor eres responsable ante mí. En esta habitación están colgados los trofeos y estandartes de nuestros triunfos. Hayamos estado resistiendo a la Hermandad Oscura en sus esfuerzos incesantes para destruirnos, o repeliendo a los piratas, siempre hemos combatido con valentía. La nuestra es una herencia orgullosa que nunca ha conocido la mancha del deshonor. Ningún miembro de nuestra corte ha traído nunca el deshonor a este salón, y espero lo mismo de ti.

Pug asintió, con los relatos de gloria y honor que recordaba de su infancia dando vueltas por su cabeza. El duque sonrió.

—Ahora, al asunto de tu otro regalo. El padre Tully tiene un documento que le pedí que redactase anoche. Voy a pedirle que lo guarde, hasta el momento en que considere adecuado dártelo. No te diré nada más del tema, excepto que cuando te lo dé, espero que recuerdes este día y tengas muy en cuenta lo que dice.

—Lo haré, Su Gracia. —Pug estaba seguro de que el duque estaba diciendo algo muy importante, pero con todos los acontecimientos de la última media hora, no lo comprendió muy bien.

—Te esperaré para la cena, Pug. Como miembro de la corte, ya no comerás más en la cocina. —El duque le sonrió—. Haremos un joven caballero de ti, muchacho. Y algún día, cuando viajes hasta la ciudad real de Rillanon, nadie tendrá nada que objetar a los modales de aquellos que vienen de la corte de Crydee.

5

Naufragio

La brisa era fresca.

Habían pasado los últimos días del verano y pronto llegarían las lluvias del otoño. Pocas semanas después, las seguirían las primeras nieves del invierno. Pug estaba sentado en su habitación, estudiando un libro de antiguos ejercicios destinados a preparar la mente para el lanzamiento de conjuros. Había vuelto a su vieja rutina una vez que la excitación de su ascenso a la corte del duque había pasado.

Su prodigiosa hazaña con los trolls seguía siendo motivo de especulación para Kulgan y el padre Tully. Pug se encontró con que seguía sin poder hacer muchas de las cosas que se esperaban de un aprendiz, pero otras habilidades empezaban a llegarle. Ahora algunos pergaminos eran más fáciles de utilizar y, una vez, en secreto, había intentado reproducir su hazaña.

Había memorizado un conjuro de un libro, uno destinado a hacer levitar objetos. Había sentido los familiares bloqueos mentales cuando había tratado de conjurarlo de memoria. Había fracasado en mover el objeto, un candelabro, pero éste había temblado algunos segundos y Pug había tenido una breve sensación, como si hubiera tocado el candelabro con una parte de su mente. Satisfecho por estar haciendo algún progreso, perdió la mayor parte de su anterior pesimismo y volvió a los estudios con fuerza.

Kulgan seguía dejándolo a su propio ritmo. Habían tenido muchas largas discusiones acerca de la naturaleza de la magia, pero Pug trabajaba principalmente en solitario.

De abajo, del patio, llegaron gritos. Pug anduvo hasta la ventana. Viendo una figura familiar, se asomó y gritó:

—¡Eh! ¡Tomas! ¿Qué pasa?

Tomas miró hacia arriba.

—¡Eh! ¡Pug! Esta noche ha naufragado un barco. Los restos han llegado a la costa bajo el Lamento del Marino. Ven y vamos a verlo.

—Bajo enseguida.

Pug corrió hasta la puerta y cogió una capa, porque aunque el día estaba soleado, cerca del agua haría frío. Bajó las escaleras a la carrera y cortó camino por la cocina, casi derribando a Alfan el pastelero. Mientras salía a toda prisa por la puerta, oyó gritar al rechoncho repostero.

—¡Escudero o no, te voy a dar un buen par de tortas si no miras por donde vas, chico!

El personal de la cocina no había cambiado su actitud hacia el muchacho, al que seguían considerando uno de los suyos, aparte de sentirse orgullosos de su logro.

Pug gritó en respuesta, con la risa filtrándose en su voz.

—¡Mis disculpas, Gran Chef!

Alfan le dirigió un saludo amable con la mano mientras Pug se desvanecía por la puerta que daba al exterior y volvía la esquina hasta donde Tomas lo esperaba. Éste se volvió hacia la puerta nada más ver a su amigo.

Pug lo cogió por el brazo.

—Espera. ¿Se le ha dicho a alguien de la corte?

—No lo sé. La noticia acaba de llegar de la aldea de los pescadores hace sólo un momento —dijo Tomas con impaciencia—. Vamos, o los aldeanos van a limpiar el naufragio.

Era la costumbre que se podía reclamar legalmente y llevarse cualquier parte de los restos antes de que llegase alguien de la corte del duque. Como resultado, los aldeanos y la gente de la ciudad no solían ser muy puntuales a la hora de informar a las autoridades de dichos acontecimientos. También había el riesgo de derramamiento de sangre, si en la nave embarrancada quedaban marineros dispuestos a mantener intacta la carga de su jefe para conseguir su prima. Se habían producido violentos enfrentamientos, e incluso muertes, como resultado de tales disputas. Sólo la presencia de hombres de armas podía garantizar que ningún plebeyo resultara herido a manos de los marineros que quedasen.

—Oh, no —dijo Pug—. Si hay problemas ahí abajo y el duque se entera de que no se lo he dicho a nadie, me voy a meter en un lío.

—Mira, Pug. ¿Crees que con toda la gente que hay corriendo arriba y abajo el duque va a tardar mucho en enterarse? —Tomas se pasó la mano por el cabello—. Posiblemente ya haya alguien en el salón principal contándole la noticia. El Maestre Fannon ha salido de patrulla, y Kulgan todavía tardará algo en volver. —Kulgan debía volver más tarde ese mismo día de su cabaña en el bosque, donde él y Meecham habían pasado la última semana—. Podría ser nuestra única oportunidad de ver un naufragio. —Una expresión de inspiración repentina le iluminó el rostro—. ¡Pug, lo tengo! Ahora eres miembro de la corte. Ven conmigo, y cuando lleguemos puedes tomar posesión en nombre del duque. —Su expresión se volvió calculadora—. Y si encontramos una o dos chucherías valiosas, ¿quién tiene que saberlo?

—Yo lo sabría. —Pug pensó durante un momento—. No puedo tomar posesión en nombre del duque, y luego coger algo para mí... —Miró a Tomas fijamente con gesto de reproche—, ni tampoco permitir que uno de sus hombres de armas coja algo para él. —El rostro de Tomas mostraba su vergüenza—. ¡Pero seguimos pudiendo ver el naufragio! ¡Vamos! —De repente se le vino a la cabeza la idea de usar su nueva posición, y si podía llegar hasta allí antes de que la gente se llevase mucho o alguien resultara herido, el duque estaría contento con él—. Vale —dijo—. Ensillaré un caballo y así podremos cabalgar hasta allí antes de que lo roben todo.

Se volvió y salió corriendo hacia el establo. Tomas lo alcanzó cuando abría las grandes puertas de madera.

—Pero, Pug, yo nunca he ido a caballo en mi vida. No sé cómo.

—Es fácil —dijo Pug mientras sacaba unas bridas y una silla de la habitación de los arreos. Ojeó el gran caballo gris que había montado el día en que la princesa y él tuvieron su aventura—. Yo cabalgo y tú te sientas detrás de mí. Mantente abrazado a mi cintura y no te caerás.

Tomas parecía dubitativo.

—¿Tengo que depender de ti? —Movió la cabeza—. Después de todo, ¿quién ha cuidado de ti todos estos años?

Pug le dedicó una sonrisa pícaro.

—Tu madre. Ahora coge una espada de la armería por si hay problemas. Todavía puede que llegues a jugar a soldadito.

A Tomas pareció agradaarle la idea y salió corriendo por la puerta. Algunos minutos más tarde, la jaca gris, con ambos muchachos a sus lomos, salió avanzando pesadamente por la puerta principal, dirigiéndose por la carretera hasta el Lamento del Marino.

La espuma del mar golpeaba la costa cuando los muchachos llegaron a la vista del naufragio. Sólo un puñado de aldeanos se estaba acercando al lugar, y se dispersaron tan pronto aparecieron caballo y jinetes, puesto que sólo podía ser un noble de la corte para tomar posesión de los restos en nombre del duque. Para cuando Pug detuvo al caballo, no quedaba nadie por allí.

—Vamos —dijo—. Tenemos algunos minutos para mirar antes de que llegue alguien más.

Tras desmontar, los muchachos dejaron a la yegua pastando en un pequeño parche de hierba que había a sólo cincuenta metros de las rocas. Corriendo por la arena, los muchachos se rieron mientras Tomas levantaba en alto la espada, tratando de parecer feroz profiriendo viejos gritos de guerra aprendidos de las sagas. No es que se hiciera ninguna ilusión acerca de su habilidad para usarla, pero quizá hiciera que alguien se lo pensara dos veces antes de atacarlos, al menos lo suficiente hasta que

llegasen los guardias del castillo.

Mientras se acercaban al naufragio, Tomas silbó.

—Este barco no ha encallado él solo en las rocas, Pug. Parece que fue arrojado por una tormenta.

—Desde luego que no queda mucho ¿no?

Tomas se rascó detrás de la oreja izquierda.

—No, sólo un trozo de la proa. No lo entiendo. Anoche no hubo ninguna tormenta, sólo viento fuerte. ¿Cómo es posible que la nave esté tan destrozada?

—No lo sé. —Repentinamente, Pug se dio cuenta de algo—. Mira la proa. Mira cómo está pintada.

La proa descansaba sobre las rocas, aprisionada allí hasta que subiera la marea. Desde la línea de cubierta hasta abajo, el casco estaba pintado de un verde brillante y resplandecía reflejando la luz del sol, como si estuviera esmaltado. En lugar de un mascarón de proa, tenía pintados unos intrincados dibujos en amarillo brillante hasta la línea de flotación, que era de color negro mate. Varios metros por detrás de la proa había un gran ojo blanco y azul, y toda la borda del barco que tenían a la vista estaba pintada de blanco.

Pug cogió a Tomas del brazo.

—¡Mira! —Señaló al agua tras la proa, y Tomas pudo ver un mástil blanco roto que surgía un par de metros por encima de la espuma.

Tomas avanzó un paso.

—No es un navío del Reino, eso seguro. —Se volvió hacia Pug—. ¿Serían quizá de Queg?

—No —respondió Pug—. Tú has visto tantos barcos queganos como yo. Éste no es ni de Queg ni de las Ciudades Libres. No creo que un barco así haya pasado antes por estas aguas. Echemos un vistazo.

De repente, Tomas parecía cohibido.

—Cuidado, Pug. Aquí hay algo raro, y tengo una sensación extraña. Puede que todavía quede alguien por aquí.

Ambos muchachos miraron a su alrededor durante unos momentos, antes de que Pug concluyera:

—Creo que no, lo que fuera que partió ese mástil y trajo la nave a la orilla con fuerza suficiente para destrozarla de este modo debe haber matado a cualquiera que intentase quedarse a bordo.

Acercándose, los muchachos encontraron pequeños artículos desparramados por ahí, arrojados entre las rocas por el oleaje. Vieron trozos de vasijas y tablones rotos, fragmentos de velamen encamado y partes de cuerda. Pug se paró y recogió una daga de aspecto extraño fabricada con algún material desconocido. Era de un gris mate y más ligera que el acero, pero aun así estaba bastante afilada.

Tomas trató de elevarse hasta la borda, pero no halló ningún punto de apoyo apropiado en las rocas. Pug se movió alrededor del casco hasta que se encontró en peligro de que la marea le mojase las botas; podían abordar el pecio si se metían en el mar, pero Pug no estaba dispuesto a arruinar su ropa buena. Volvió hasta donde Tomas estaba estudiando el naufragio.

Éste señaló detrás de Pug.

—Si trepamos hasta esa cornisa, podríamos bajar hasta la cubierta.

Pug vio la cornisa, un trozo de roca prominente que empezaba siete metros a su izquierda, y se extendía hacia arriba y afuera hasta quedar sobre la proa. Parecía una subida fácil, y Pug estuvo de acuerdo. Se subieron a ella y avanzaron centímetro a centímetro, con las espaldas pegadas a la base del acantilado. El camino era estrecho pero, yendo con cuidado, corrían poco riesgo de caerse. Llegaron a un punto sobre el casco; Tomas señaló.

—¡Mira, cuerpos!

Yaciendo en la cubierta había dos hombres, ambos vestidos con armaduras azul brillante de diseño desconocido. Uno tenía la cabeza aplastada por una verga caída, pero el otro, que estaba tumbado boca abajo, no mostraba herida alguna más allá de su inmovilidad. Colgada de la espalda del hombre había una espada ancha de diseño rarísimo, con el extraño filo serrado. Su cabeza estaba cubierta por un yelmo azul de aspecto igualmente extraño, de forma parecida a una olla, con un reborde prominente en los lados y la parte posterior. Tomas gritó por encima del sonido del oleaje.

—Voy a bajar. Cuando llegue a la cubierta, pásame la espada y luego descuélgate tú para que pueda agarrarte.

Tomas le entregó la espada a Pug, y luego se dio la vuelta lentamente. Se arrodilló, con la cara contra la pared del acantilado. Deslizándose hacia atrás, se descolgó hasta que estuvo colgado por las manos. Con un movimiento se dejó caer el metro y medio escaso que quedaba, aterrizando sin problemas. Pug cogió la espada por la hoja y se la pasó a Tomas; luego siguió el camino de su amigo, y en un momento ambos estaban de pie sobre la cubierta. El castillo de proa se inclinaba hacia el agua de forma alarmante, y podían sentir el barco moverse bajo sus pies.

—La marea está subiendo —gritó Tomas—. Se llevará lo que queda del barco y lo estrellará contra las rocas. Todo se perderá.

—Mira por ahí —contestó gritando Pug—. Todo lo que parezca que merece la pena salvar podríamos tratar de lanzarlo hasta la cornisa.

Tomas asintió, y los muchachos empezaron a registrar la cubierta. Pug mantuvo toda la distancia que pudo sobre los cuerpos cuando pasó a su lado. Por toda la cubierta, los restos creaban un confuso espectáculo para la vista. Tratar de distinguir lo que podría ser valioso de lo que no era difícil. En la parte trasera de la cubierta había una barandilla destrozada a ambos lados de una escalera hacia lo que quedaba

de la cubierta inferior. Pug estaba seguro de que sólo uno o dos metros más allá estaría el nivel del agua, o de lo contrario el barco estaría más elevado sobre las rocas. La parte trasera del navío debía de haber sido ya arrastrada por la marea. Se tumbó en la cubierta y asomó la cabeza por el borde. Vio una puerta a la derecha de la escalera. Llamando a gritos a Tomas para que se le uniese, se abrió paso cuidadosamente por la escalera. La cubierta inferior se estaba cayendo, puesto que los travesaños ya se habían derrumbado. Se sujetó a lo que quedaba de la barandilla; un momento después Tomas estaba a su lado, rodeándolo y acercándose a la puerta. Ésta colgaba entreabierta, y Tomas se escurrió a través de ella con Pug un paso por detrás. El camarote estaba oscuro porque sólo había una portilla en la pared al lado de la entrada. En la penumbra pudieron contemplar muchos trozos de tela de aspecto lujoso y los restos destrozados de una mesa. Lo que parecía ser un catre o una cama baja estaba volcado en un rincón. Se podían ver varios cofrecillos, con su contenido esparcido por la habitación como si lo hubiese desparramado una mano gigante.

Tomas trató de buscar entre el desorden, pero nada era reconocible como importante o valioso. Encontró un pequeño cuenco de extraño diseño esmaltado con figuras de colores brillantes en los lados, y se lo metió en la blusa.

Pug se quedó de pie en silencio, porque algo dentro del camarote llamaba su atención. Una sensación extraña y urgente se había apoderado de él tan pronto como había entrado.

El pecio dio una sacudida, haciendo que Tomas perdiera el equilibrio. Se agarró a un baúl, dejando caer la espada.

—La nave se mueve. Mejor que nos vayamos.

Pug no respondió, con su atención concentrada en las extrañas sensaciones. Tomas lo cogió del brazo.

—Vamos. El barco se va a hacer pedazos en un minuto.

Pug se soltó de su mano.

—Un momento. Hay algo... —Su voz se fue apagando. Bruscamente, cruzó la desordenada habitación y abrió un cajón de una cómoda. Estaba vacío. Forzó otro, y luego un tercero. En él se encontraba el objeto de su búsqueda. Sacó un pergamino enrollado con una cinta negra y un sello también negro, y se lo metió dentro de la camisa—. Vamos —gritó mientras pasaba al lado de Tomas.

Subieron corriendo las escaleras y anduvieron a trompicones por la cubierta. La marea había elevado el barco lo suficiente para que pudieran subirse a la cornisa con facilidad, y se dieron la vuelta para sentarse.

Ahora la nave flotaba en la marea, meciéndose adelante y atrás, mientras las olas salpicaban el rostro de los muchachos. Contemplaron como la proa se deslizaba por las rocas, con los maderos rompiéndose con un sonido de desgarró alto y grave, como el gemido de un moribundo. La proa se alzó y los muchachos fueron salpicados por

las olas que daban contra el acantilado por debajo de la cornisa.

El casco flotó adentrándose en el mar, inclinándose lentamente hacia su costado de babor, hasta que la resaca se detuvo.

Lentamente, volvió a dirigirse hacia las rocas. Tomas cogió a Pug del brazo y le hizo un gesto para que lo siguiera. Se levantaron y se abrieron camino hasta la playa. Cuando llegaron al sitio en el que la roca quedaba sobre la arena, saltaron abajo.

Un fuerte rechinar les hizo volverse para ver el casco arrastrado contra las rocas. Los maderos se hicieron pedazos y se separaron con un chirrido. El casco volcó a babor, y los restos empezaron a deslizarse de la cubierta al mar.

Repentinamente, Tomas alargó la mano y tocó a Pug en el brazo.

—Mira. —Señaló al pecio que retrocedía con la resaca.

Pug no pudo distinguir lo que estaba señalando.

—¿Qué es?

—Por un momento creí que sólo había un cuerpo en la cubierta.

Pug lo miró. El rostro de Tomas tenía una expresión preocupada. Súbitamente, ésta pasó a ser de enfado.

—¡Maldición!

—¿Qué?

—Cuando me caí en el camarote solté la espada. Fannon me va a cortar las orejas.

Un sonido como la explosión de un trueno señaló la destrucción final del pecio cuando la marea lo estrelló contra la pared del acantilado. Ahora, los restos del magnífico —aunque extraño— navío serían arrastrados mar adentro, para volver a ser escupidos por el mar a lo largo de la costa hasta varias millas hacia el sur durante los próximos días.

Un gruñido gutural acabado en un grito seco hizo volverse a los muchachos. De pie tras ellos estaba el hombre que faltaba en el barco, con la extraña espada ancha sostenida casi sin fuerzas en la mano y arrastrando los pies en la arena. Tenía el brazo derecho apretado contra su costado; se podía ver salir la sangre de debajo de su coraza y del casco. Se tambaleó un paso al frente. Su rostro estaba ceniciento, sus ojos desencajados por el dolor y la confusión. Gritó algo incomprensible a los muchachos. Estos retrocedieron lentamente, levantando las manos para mostrar que iban desarmados.

Avanzó otro paso hacia ellos, y le fallaron las rodillas. A duras penas se levantó y cerró los ojos durante un momento. Era bajo y robusto, con brazos y piernas bastante musculosos. Bajo la coraza llevaba una túnica corta de tela azul. En los antebrazos llevaba brazales, y en las piernas grebas que tenían el aspecto del cuero, por encima de unas sandalias de tiras. Se llevó la mano al rostro y movió la cabeza. Sus ojos se abrieron y volvió a mirar a los muchachos. Una vez más habló en su extraña lengua. Cuando los jóvenes no dijeron nada, pareció enfadarse y gritó otra serie de palabras

raras, que por el tono parecían ser preguntas.

Pug midió la distancia necesaria para escabullirse corriendo del hombre, que bloqueaba la estrecha franja de playa. Decidió que no merecía la pena arriesgarse a comprobar si el extraño estaba en condiciones de usar esa espada de aspecto terrible. Como si pudiera leer los pensamientos del muchacho, el soldado se desplazó a duras penas un par de metros a su derecha, cortando cualquier ruta de escape. Volvió a cerrar los ojos y perdió el poco color que le quedaba en el rostro. Su mirada comenzó a perderse y la espada se le cayó de unos dedos sin fuerza. Pug empezó a avanzar lentamente hacia él, puesto que ahora era obvio que no podía hacerles ningún daño.

Mientras se acercaba al hombre resonaron gritos en la playa. Pug y Tomas vieron al príncipe Arutha cabalgando al frente de una tropa de jinetes. El soldado herido volvió trabajosamente la cabeza hacia el sonido de los caballos que se aproximaban, y los ojos se le desorbitaron. Una expresión de puro horror cruzó su rostro, e intentó huir. Se tambaleó tres pasos en dirección al agua y se cayó de cara en la arena.

Pug estaba de pie junto a la puerta de la cámara del consejo del duque. A pocos metros de distancia, un grupo preocupado se sentaba alrededor de la mesa redonda del consejo del duque Borric. Aparte del duque y sus hijos, se sentaban en asamblea el padre Tully, Kulgan, que había vuelto sólo una hora antes, el Maestre de Armas Fannon y el Maestre de Caballerizas Algon. El tono era serio, puesto que la llegada del extraño navío se consideraba potencialmente peligrosa para el Reino.

Pug le echó un vistazo a Tomas, que estaba de pie en el otro extremo de la puerta. Tomas nunca había estado en presencia de la nobleza, salvo cuando servía en el comedor, y encontrarse en la cámara del consejo del duque lo estaba poniendo nervioso. El Maestre Fannon habló, y Pug devolvió su atención a la mesa.

—Repasando lo que sabemos —dijo el viejo Maestre de Armas—, es obvio que esa gente nos resulta completamente ajena. —Cogió el cuenco que Tomas había obtenido del barco—. Este cuenco está fabricado de alguna manera desconocida para nuestro Maestro Alfarero. Al principio pensó que era sencillamente porcelana esmaltada y cocida, pero una inspección más cuidadosa demostró que no lo era. Está fabricado con alguna clase de piel, con tiras finas como el pergamino entretejidas en torno a un molde, quizá de madera, y luego laminadas con resinas de algún tipo. Es mucho más fuerte que cualquier cosa que conozcamos. —Para demostrarlo, golpeó el cuenco con fuerza contra la mesa. En lugar de hacerse trizas, como hubiera hecho un cuenco de porcelana, produjo un ruido sordo—. Luego, esas armas y armaduras son incluso más asombrosas. —Señaló la coraza azul, el casco, la espada y la daga—. Parecen haber sido fabricadas de un modo parecido. —Levantó la daga y la dejó caer. Hizo el mismo sonido sordo que el cuenco—. A pesar de toda su ligereza es casi tan fuerte como el mejor de nuestros aceros.

Borric asintió.

—Tully, tú has estado aquí más tiempo que cualquiera de nosotros. ¿Has oído de algún barco construido como éste?

—No. —Tully se pellizó distraídamente su mejilla afeitada—. No, nunca he oído hablar de un barco así del Mar Amargo, el Reino del Mar y ni si quiera de Kesh la Grande. Podría mandar un mensaje al templo de Ishop en Kronдор. Tienen archivos que se remontan más tiempo atrás que los de nadie. Quizá ellos tengan algún conocimiento de esta gente.

El duque asintió.

—Por favor, hazlo. También debemos mandar mensajes a los elfos y los enanos. Han vivido aquí muchas eras más que nosotros, y haríamos bien en buscar su sabiduría.

Tully indicó que estaba de acuerdo.

—Puede que la reina Aglaranna conozca a esta gente si han viajado desde la otra orilla del Mar Sin Fin. Quizá hayan visitado estas costas antes.

—Ridículo —bufó el Maestre de Caballerizas Algon—. No hay naciones al otro lado del Mar Sin Fin. De lo contrario sí que tendría fin.

Kulgan asumió una expresión indulgente.

—Hay teorías de que existen otras tierras al otro lado del Mar Sin Fin. Sólo que no tenemos barcos capaces de hacer una travesía tan larga.

—Teorías —fue todo lo que dijo Algon.

—Quienesquiera que sean esos extranjeros, —intervino Arutha— más nos vale asegurarnos de saber todo lo que podamos sobre ellos. —Algon y Lyam le dirigieron una mirada interrogativa, mientras que Kulgan y Tully miraron de forma inexpresiva. Borric y Fannon asintieron mientras Arutha continuaba—. Por la descripción de los muchachos, la nave era obviamente un barco de guerra. La proa pesada con bauprés está diseñada para embestir, y el castillo de proa alto es un lugar perfecto para los arqueros, al igual que la sección central más baja es apropiada para abordar otros navíos una vez que estos han sido trabados. Supongo que la popa también sería elevada. Si hubiera sobrevivido más del casco, creo que también hubiéramos encontrado bancos de remeros.

—¿Una galera de guerra? —preguntó Algon.

Fannon parecía impaciente.

—Por supuesto, tontaina. —Entre ambos maestros había una rivalidad amistosa, que a veces degeneraba en discusiones poco amistosas—. Mira el arma de nuestro huésped. —Señaló la espada ancha—. ¿Cómo cargarías a caballo contra un hombre decidido que empuñase ese juguete? Te quitaría el caballo de entre las piernas de un tajo. Esa armadura es ligera, y está bien construida a pesar de su ostentoso colorido. Yo diría que era soldado de infantería. Con lo musculoso que es, posiblemente podría

correr durante medio día y seguir luchando. —Se retorció el bigote distraídamente—. Esa gente tiene buenos guerreros entre ellos.

Algon asintió lentamente. Arutha se recostó en su asiento y unió sus manos por la punta de los dedos.

—Lo que no llevo a comprender —dijo el hijo menor del duque— es por qué trató de correr. No llevábamos las armas desenfundadas ni íbamos a la carga. No tenía motivos para huir.

Borric miró al anciano sacerdote.

—¿Lo sabremos algún día?

Tully parecía preocupado, con el ceño fruncido.

—Tenía un trozo largo de madera clavado en el costado derecho, bajo la coraza, y también un fuerte golpe en la cabeza. Ese casco le salvó el cráneo. Tiene la fiebre alta y ha perdido mucha sangre. Quizá no sobreviva. Puede que tenga que recurrir al contacto mental, si recupera la suficiente consciencia como para poder usarlo.

Pug conocía el contacto mental; Tully se lo había explicado antes. Era un método que sólo unos pocos sacerdotes podían emplear, y era extremadamente peligroso tanto para el sujeto como para quien lo empleaba. El viejo sacerdote debía sentir una fuerte necesidad de conseguir información del herido para arriesgarse.

Borric volvió su atención a Kulgan.

—¿Qué hay del pergamino que encontraron los muchachos?

Kulgan hizo un gesto con la mano de forma ausente.

—He realizado una breve inspección preliminar. Sin duda alguna tiene propiedades mágicas. Por eso Pug sintió el impulso de inspeccionar el camarote y aquella cómoda, creo. Cualquiera tan sensible a la magia como él lo hubiera sentido. —Miró directamente al duque—. No obstante, no estoy dispuesto a romper el sello hasta que lo haya estudiado de forma más profunda, para determinar su función de forma más precisa. Romper sellos encantados puede ser peligroso si no se hace adecuadamente. Si se manipulara el sello, el pergamino podría destruirse, o peor aún, destruir a aquellos que tratan de abrirlo. No sería la primera trampa de ese tipo que he visto para un pergamino de gran poder.

El duque tamborileó con los dedos en la mesa durante un momento.

—Está bien. Pospondremos esta reunión. Tan pronto como se sepa algo nuevo, sea del pergamino o el hombre herido, volveremos a reunirnos. —Se volvió hacia Tully—. Ve a ver como está el hombre, y si se despertase, usa tus artes para enterarte de lo que puedas. —Se levantó, y los otros también lo hicieron—. Lyam, envía un mensaje a la reina de los elfos y a los enanos de Montaña de Piedra y las Torres Grises con lo que ha pasado. Pídeles consejo.

Pug abrió la puerta. El duque salió y los demás lo siguieron, Pug y Tomas fueron los últimos en irse, y mientras caminaban por el pasillo, Tomas se inclinó hacia su

compañero.

—Realmente hemos empezado algo.

Pug agitó la cabeza.

—Sólo fuimos los primeros en encontrar al hombre. Si no hubiéramos sido nosotros, lo habría hecho otro.

Tomas parecía aliviado de encontrarse fuera de la cámara y lejos del escrutinio del duque.

—Si esto acaba mal, espero que se acuerden de eso.

Kulgan subió las escaleras hasta su habitación de la torre mientras Tully se alejaba hacia su propio alojamiento, donde el hombre herido estaba siendo atendido por sus acólitos. El duque y sus hijos se desviaron por una puerta hacia sus habitaciones privadas, dejando a los muchachos solos en el pasillo.

Pug y Tomas cortaron camino por un almacén hasta la cocina. Megar estaba supervisando a los trabajadores, varios de los cuales saludaron con la mano a los muchachos. Cuando vio a su hijo y a su protegido, el cocinero sonrió.

—Bueno, ¿en qué os habéis metido ahora vosotros dos?

Megar era un hombre ágil, de pelo rubio y aspecto abierto. Se parecía a Tomas, como un boceto se parece a un dibujo acabado. Era un hombre con buen aspecto y de edad mediana, pero carecía de los finos rasgos que hacían destacar a Tomas.

—Todo el mundo está alterado con el hombre que está en las habitaciones de Tully, y los mensajeros corren de acá para allá, de un sitio a otro —sonrió—. ¡No había visto tanta agitación desde que el príncipe de Krondor nos visitó hace siete años!

Tomas cogió una manzana de un plato y se sentó en una mesa de un salto. Entre bocado y bocado, le contó a su padre lo que había pasado.

Pug se inclinó sobre un mostrador mientras escuchaba. Tomas contó la historia con un mínimo de aderezo. Cuando acabó, Megar agitó la cabeza.

—Bueno, bueno. Extranjeros ¿no? Espero que no sean piratas saqueadores. Últimamente hemos vivido bastante en paz. Diez años desde que la Hermandad de la Senda Oscura —hizo el gesto de escupir—, malditas sean sus almas asesinas, provocaron ese lío con los trasgos. No puedo decir que me agrade la idea de un desorden parecido de nuevo, mandando todos esos suministros a las aldeas vecinas... tener que cocinar según lo que se va a estropear primero y qué va a durar más... No iba a poder hacer ni una comida decente al mes.

Pug sonrió. Megar tenía la habilidad de coger incluso las posibilidades más difíciles y reducirlas a su núcleo fundamental: cuántas inconveniencias iban a causarles al personal de cocina.

Tomas se bajó del mostrador de un salto.

—Más vale que vuelva a los barracones y espere al Maestre Fannon. Hasta luego.

—Salió corriendo de la cocina.

—¿Es grave, Pug? —preguntó Megar.

Pug movió la cabeza.

—Realmente no sabría qué decir. No lo sé. Sé que Tully y Kulgan están preocupados, y que el duque se toma el problema lo bastante en serio como para querer hablar con los elfos y los enanos. Podría ser.

Megar miró hacia fuera por la puerta que había usado Tomas.

—Sería un mal momento para la guerra y las muertes.

Pug pudo ver la malamente oculta preocupación en el rostro de su padrastro y no pudo pensar en nada que decirle al padre de un hijo que acababa de convertirse en soldado. Se alejó del mostrador.

—Más vale que yo también me vaya, Megar. —Se despidió con un gesto de la mano del resto de los cocineros y salió andando de la cocina al patio. Tenía poco ánimo para ponerse a estudiar, alarmado por el tono serio de la reunión en las habitaciones del duque. Nadie se había atrevido a decirlo abiertamente, pero era obvio que consideraban la posibilidad de que el extraño navío fuera la vanguardia de un flota de invasión.

Pug vagó hasta un lado del castillo y subió los tres peldaños hasta el pequeño jardín de flores de la princesa. Se sentó en un banco de piedra, donde los setos y las hileras de rosales ocultaban de la vista la mayor parte del patio. Seguía pudiendo ver la cima de los altos adarves, con los guardias patrullando los parapetos. Se preguntó si era su imaginación, ¿o es que los guardias estaban hoy especialmente vigilantes?

El sonido de un delicado carraspeo le hizo darse la vuelta. De pie al otro lado del jardín se encontraba la princesa Carline, con el escudero Roland y dos de sus damas de compañía más jóvenes. Las chicas ocultaron sus sonrisas, puesto que Pug seguía siendo una especie de celebridad en el castillo. Carline los despidió.

—Me gustaría hablar con el escudero Pug en privado. —Roland dudó, y luego hizo una rígida reverencia. Pug se irritó por la oscura mirada que le dedicó Roland mientras se alejaba con las dos damas.

Las dos damiselas se volvieron para mirar a Pug y Carline por encima del hombro, con una risita que sólo pareció contribuir al enfado de Roland.

Pug se levantó mientras Carline se acercaba y le hizo una torpe reverencia. Ella replicó con tono brusco.

—Oh, siéntate, me cansan esas pamplinas y ya recibo todas las que necesito de Roland.

Pug se sentó. La chica ocupó el lugar a su lado, y ambos estuvieron callados durante unos instantes. Finalmente, fue ella quien rompió el silencio.

—No te había visto desde hace más de una semana. ¿Has estado ocupado?

Pug se sentía incómodo, aún confundido por la chica y su temperamento voluble.

Había sido muy amable con él desde el día, hacía tres semanas, en que la había salvado de los trolls, desatando una tormenta de cotilleos entre el personal del castillo. No obstante, seguía manteniendo su mal carácter con los demás, en especial el escudero Roland.

—He estado ocupado con mis estudios.

—Oh, venga. Pasas demasiado tiempo en esa horrible torre.

Pug no consideraba su habitación de la torre horrible ni mucho menos, salvo por que había un poco de corriente. Era suya, y allí se sentía cómodo.

—Podríamos salir a montar a caballo, Su Alteza, si os pareciese bien.

La chica sonrió.

—Me gustaría. Pero me temo que Lady Marna no lo consentiría.

Pug se sorprendió. Pensó que, después del modo en que había protegido a la princesa, incluso el ama de cría de la muchacha lo consideraría un acompañante adecuado.

—¿Por qué no?

Carline suspiró.

—Dice que cuando eras un plebeyo sabías cual era tu sitio. Ahora que eres miembro de la corte, sospecha que tienes aspiraciones. —Una leve sonrisa danzó en sus labios.

—¿Aspiraciones? —dijo Pug sin entender nada.

—Piensa que tienes ambiciones de subir a una posición más alta —explicó ella tímidamente—. Piensa que tratas de influirme de algún modo.

Pug miró fijamente a Carline. De repente, comprendió.

—Oh. —Y luego—. ¡Oh! Su Alteza. —Se levantó—. Yo nunca haría tal cosa. Quiero decir. Nunca se me ocurriría... Quiero decir...

Carline se levantó bruscamente y le lanzó a Pug una mirada exasperada.

—¡Chicos! Sois todos idiotas. —Recogiendo su larga falda verde, se fue como un huracán.

Pug se sentó, más asombrado por la chica que antes. Era casi como... Dejó que el pensamiento se disipara. Cuanto más plausible parecía el que ella estuviera interesada en él, más nervioso le ponía la posibilidad. Carline era bastante más que la princesa de cuento de hadas que se había imaginado hasta hacía poco. Con el pisotón de uno de sus piecitos podía provocar un terremoto, uno que podía sacudir el castillo. Una chica de mente compleja era la princesa, con una naturaleza contradictoria incluida en el lote.

Los posibles pensamientos posteriores fueron interrumpidos por Tomas, que pasaba cerca a toda prisa. Al ver por el rabillo del ojo a su amigo, subió de un salto los tres escalones y se paró sin aliento ante él.

—El duque nos llama. El hombre del barco ha muerto.

Se reunieron apresuradamente en la cámara del consejo del duque, con la excepción de Kulgan, que no había respondido cuando un mensajero llamó a su puerta. Supusieron que estaba absorto en el problema del pergamino mágico.

El padre Tully parecía pálido y demacrado. Pug quedó impresionado por su aspecto. Sólo había pasado algo más de una hora, pero el viejo clérigo parecía como si hubiera pasado varias noches en vela. Sus ojos estaban enrojecidos y enmarcados en círculos negros. Su rostro era ceniciento, y el tenue brillo del sudor cubría su frente.

Borric le sirvió una copa de vino de una jarra que había sobre una mesita y se la entregó. Tully dudó un momento, puesto que era abstemio, y luego bebió un gran trago. Los otros volvieron a sentarse en sus sitios alrededor de la mesa.

Borric miró a Tully.

—¿Y bien? —se limitó a decir.

—El soldado de la playa recuperó la consciencia sólo durante algunos minutos, un último esfuerzo antes del final. Durante ese tiempo tuve oportunidad de entrar en contacto mental. Estuve con él durante sus últimos sueños febriles, intentando aprender tanto de él como pude. Casi no logro cortar el contacto a tiempo.

Pug palideció. Durante el contacto mental, la mente del sacerdote y la del sujeto se hacían una. Si Tully no hubiera roto el contacto con el hombre antes de que éste muriera, el sacerdote podría haber muerto o haberse vuelto loco, puesto que ambos compartían sentimientos, miedos y sensaciones aparte de los pensamientos. Ahora comprendió el aspecto agitado de Tully: el viejo sacerdote había gastado mucha energía manteniendo el vínculo con un sujeto que se resistía, y había compartido el dolor y el terror del hombre moribundo.

Tully dio otro sorbo de vino, y luego siguió.

—Si los sueños de moribundo de este hombre no eran el producto de una imaginación enfebrecida, entonces me temo que su aparición anuncia una grave situación. —Tomó otro sorbo de vino y dejó la copa a un lado—. El nombre del individuo era Xomich. Era un simple soldado de una nación, Honshoni, en algo llamado el Imperio de Tsuranuanni.

—Nunca he oído hablar de esa nación ni de ese imperio —dijo Borric.

Tully asintió.

—Me hubiera sorprendido que lo hubierais hecho. El barco de ese hombre no vino de ningún mar de Midkemia. —Pug y Tomas se miraron el uno al otro y Pug sintió un escalofrío, como al parecer sintió Tomas, cuyo rostro se puso pálido. Tully siguió—. Sólo podemos especular acerca de cómo lograron dicha proeza, pero estoy seguro de que esa nave venía de otro mundo, separado del nuestro por el tiempo y el espacio. —Antes de que se pudieran hacer preguntas, continuó—: Déjenme explicarme. Este hombre estaba enfermo de fiebre, y su mente vagaba. —El rostro de

Tully reflejó por un momento los recuerdos del dolor—. Formaba parte de la guardia de honor de alguien en quien pensaba como el «Grande». Había imágenes contradictorias, y no estoy seguro, pero parece que el viaje que estaban llevando a cabo les parecía raro, tanto por la presencia de este Grande como por la naturaleza de la misión. El único pensamiento concreto que pude discernir era que este Grande no tenía necesidad de viajar en barco. Más allá de eso tengo poco más que impresiones rápidas e inconexas. Había una ciudad que él conocía como Yankora, luego una terrible tormenta y un repentino brillo cegador, que podrían ser los rayos cayendo sobre la nave, pero creo que no. Había un pensamiento de su capitán y sus compañeros siendo arrastrados por la borda. Luego, un choque contra las rocas. — Paró un momento—. No estoy seguro de que esas imágenes vayan en orden, porque creo que es probable que se perdiese la tripulación antes de la luz cegadora.

—¿Por qué? —preguntó Borric.

—Me estoy adelantando —dijo Tully—. Primero me gustaría explicar por qué creo que este hombre es de otro mundo. Este Xomich creció en una tierra gobernada por grandes ejércitos. Son una raza guerrera, cuyos barcos controlan los mares. ¿Pero qué mares? Nunca, que yo sepa, se ha hecho mención de contactos con esta gente. Y hay otras visiones que son incluso más convincentes. Grandes ciudades. Mucho más que las del corazón de Kesh, las más grandes que conocemos. Ejércitos desfilando durante las celebraciones importantes, marchando ante una tribuna; guarniciones urbanas más grandes que el Ejército Real del Oeste.

—Aun así, no hay nada que diga que no son de... —intervino Algon. Se paró, como si la afirmación le resultase difícil—, del otro lado del Mar Sin Fin. —Esa idea parecía preocuparle menos que el concepto de un lugar que no era de este mundo.

Tully pareció irritado por la interrupción.

—Hay más, mucho más. Lo seguí por sus sueños, muchos de ellos de su patria. Recuerda criaturas muy diferentes de cualquiera que yo haya visto o de la que haya oído hablar, cosas con seis patas que tiran de carretas como si fueran bueyes, y otras criaturas, algunas que parecen insectos o reptiles pero hablan como los hombres. Su tierra era calurosa, y sus recuerdos del sol eran de uno más grande que el nuestro y de un color más verde. Este hombre no era de nuestro mundo.

Esto último lo dijo con firmeza, quitándole a todos los de la habitación cualquier duda que pudiera quedarles. Tully nunca haría una afirmación como esa a menos que estuviese seguro.

La habitación quedó en silencio mientras todos reflexionaban acerca de lo que se había dicho. Los muchachos observaban y compartían las sensaciones. Era como si nadie se atreviese a hablar, como si hacerlo certificase para siempre como real la información del sacerdote, mientras que permanecer en silencio pudiera hacerla pasar de largo como un mal sueño. Borric se levantó y avanzó hasta la ventana. Desde ésta

sólo se divisaba un lienzo de muralla desnudo de la parte trasera del castillo, pero se quedó mirándolo fijamente como si buscara algo allí, algo que le proporcionara respuestas a las preguntas que bullían en su mente. Se volvió rápidamente.

—¿Cómo llegaron hasta aquí, Tully?

El sacerdote se encogió de hombros.

—Quizá Kulgan pueda aportar alguna teoría acerca de los medios. Lo que yo supongo que fue la cadena de acontecimientos más probable es lo siguiente: el barco se iba a pique en la tormenta; se perdieron el capitán y la mayor parte de la tripulación. Como último recurso, el tal Grande, quienquiera que sea, invocó un conjuro para sacar la nave de la tormenta, o para cambiar el tiempo, o alguna otra poderosa hazaña. Como resultado, la nave fue arrojada de su propio mundo a éste, apareciendo cerca de la costa a la altura del Lamento del Marino. Al estar el barco moviéndose a gran velocidad en su propio mundo, es posible que apareciera aquí con el mismo impulso, y con el fuerte viento de poniente, y poca o ninguna tripulación, el barco fuera arrojado directamente contra las rocas. O simplemente puede que apareciera sobre las rocas, aplastado en el mismo momento en que se materializó aquí.

Fannon movió la cabeza.

—De otro mundo. ¿Cómo puede ser posible?

El viejo sacerdote alzó las manos en un gesto de perplejidad.

—Sólo puedo especular. Los ishapianos tienen pergaminos antiguos en sus templos. Se dice que algunos son copias de obras anteriores, que a su vez eran copias de pergaminos aún más antiguos. Afirman que los originales datan, en una línea ininterrumpida, de la época de las Guerras del Caos. En ellos se hace mención a «otros planos» y «otras dimensiones», y a conceptos que se han perdido en la actualidad. Sin embargo, una cosa está clara: hablan de tierras y de gentes desconocidas y sugieren que una vez la humanidad viajó a otros mundos, o a Midkemia desde otros mundos. Esos conceptos han sido objeto de debate religioso durante siglos, y nadie podría decir con certeza qué parte de verdad había en ellos...

—Hizo una pausa—. Hasta hoy. Si no hubiera visto lo que había en la mente de Xomich, no habría aceptado una teoría así para explicar los sucesos de hoy. Pero ahora...

Borric atravesó la habitación hasta su silla y aferró los lados del respaldo.

—Parece imposible.

—Que la nave y el hombre estaban aquí es un hecho, padre —dijo Lyam.

Arutha continuó el comentario de su hermano con otro.

—Y tenemos que dilucidar cuáles son las posibilidades de que pueda duplicarse la proeza.

—Tenías razón cuando dijiste que esto podía anunciar una situación grave —dijo

Borric a Tully—. Si un gran imperio estuviese volviendo su atención hacia Crydee y el Reino...

Tully movió la cabeza.

—Borric, ¿llevas tanto tiempo separado de mi tutela que no te das cuenta del meollo del asunto? —Levantó una mano huesuda mientras el duque empezaba a protestar—. Perdóname, mi señor. Soy viejo y estoy cansado, y olvido mis modales. Pero la verdad sigue siendo la verdad. Son una nación poderosa, o mejor dicho un imperio de naciones, y si tienen medios para llegar hasta nosotros, podría ser terrible. Pero lo más importante es el hecho de que el tal Grande es un mago o un sacerdote de grandes poderes. Porque si no es el único, si hay más en este imperio, y si realmente tratan de alcanzar este mundo con magia, entonces sí que nos esperan tiempos muy difíciles.

Como todos los que estaban sentados en torno a la mesa seguían aparentemente sin darse cuenta de lo que decía, Tully siguió, como un profesor paciente hablándole a un grupo de estudiantes prometedores pero a veces algo lentos.

—La aparición de la nave puede ser cosa del azar y, si es así, sólo es motivo de curiosidad. Pero si llegó hasta aquí de forma intencionada, entonces puede que estemos en peligro, puesto que trasladar un barco a otro mundo requiere una magia más allá de mi imaginación. Si esa gente, los tsurani, como se llaman a sí mismos, saben que estamos aquí, y poseen los medios para llegar hasta nosotros, entonces no sólo debemos temer ejércitos que rivalizan con los de Kesh la Grande en la cima de su poder, cuando sus dominios se extendían incluso hasta este remoto rincón del mundo: también debemos enfrentarnos a una magia muchísimo más poderosa que ninguna que conozcamos.

Borric asintió, puesto que la conclusión era obvia, una vez insinuada.

—Necesitamos el consejo de Kulgan sobre este asunto enseguida.

—Una cosa, Arutha —dijo Tully. El príncipe miró desde su silla, donde había estado perdido en sus pensamientos—. Sé por qué Xomich trató de huir de ti y de tus hombres. Pensó que erais criaturas que conocía de su propio mundo, unos seres parecidos a los centauros y llamados thün, a los que temen los tsurani.

—¿Y por qué pensaría eso? —preguntó Lyam con aspecto intrigado.

—Nunca había visto un caballo, ni ninguna criatura remotamente parecida. Espero que esta gente no tenga ninguno.

El duque volvió a sentarse, tamborileando con los dedos en la mesa.

—Si lo que dice el padre Tully es cierto, tenemos que tomar algunas decisiones, y hacerlo rápido. Si lo que ha traído a esa gente a nuestra costa no hay sido más que un accidente, hay poco que temer. No obstante, si hay intencionalidad en su llegada, entonces deberíamos esperar una amenaza seria. La de aquí es la guarnición más pequeña de todo el reino, y lo pasaríamos mal si vinieran en gran número. —Los

otros murmuraron su asentimiento y el duque prosiguió—. Todos haríamos bien en intentar comprender que lo que se ha dicho aquí son sólo especulaciones, aunque me siento inclinado a coincidir con Tully en casi todo. Deberíamos consultar a Kulgan acerca de esta gente. —Se volvió hacia Pug—. Chaval, ve a ver si tu maestro puede unirse a nosotros.

Pug asintió y abrió la puerta, y luego recorrió a la carrera el castillo. Subió corriendo de dos en dos los escalones de la torre. Levantó el puño para llamar a la puerta y sintió una extraña sensación, como si estuviera cerca de un sitio donde hubiera caído un rayo, haciendo que se le pusiera de punta el pelo de los brazos y la cabeza. Lo inundó una repentina sensación de que algo iba mal, y aporreó la puerta.

—¡Kulgan, Kulgan! ¿Estás bien? —gritó, pero no hubo respuesta. Probó el picaporte y se encontró con que la llave estaba echada. Colocó el hombro en la puerta y trató de derribarla, pero ésta aguantó. La extraña sensación había desaparecido, pero empezó a asustarse por el silencio de Kulgan. Miró a su alrededor buscando algo para forzar la entrada y, al no encontrar nada, volvió a bajar corriendo los escalones.

Llegó a toda prisa al gran salón. Aquí había en su puesto varios guardias con la librea de Crydee.

—Vosotros dos, venid conmigo —gritó a los más cercanos—. Mi maestro tiene problemas.

Sin dudar, ambos siguieron al muchacho escaleras arriba, sus botas resonando contra los escalones de piedra.

—¡Derribadla! —ordenó Pug cuando alcanzaron la puerta del mago.

Rápidamente soltaron lanzas y escudos y apoyaron los hombros contra la hoja. Una, dos y tres veces empujaron, y con un gruñido de protesta la madera se agrietó alrededor de la cerradura. Un último empujón y la puerta se abrió. Los guardias se detuvieron antes de atravesar el umbral, y retrocedieron con el asombro y la confusión en sus rostros. Pug se abrió paso entre ambos y miró dentro de la habitación.

En el suelo yacía Kulgan, inconsciente. Su túnica azul estaba desarreglada, y tenía un brazo tapándose la cara, como para protegerse. A medio metro de él, donde debería haber estado su escritorio, flotaba un vacío reluciente. Pug miró fijamente ese punto en el espacio. Una gran esfera gris, que no era exactamente gris, rielaba con trazos de un espectro de luz descompuesto. No podía ver a través de ella, pero tampoco había allí nada sólido. Saliendo del espacio gris había dos brazos humanos, que se dirigían hacia el mago. Cuando tocaron el material de su túnica, se pararon y tantearon la tela. Como si se hubiera tomado una decisión, recorrieron su cuerpo hasta que identificaron el brazo de Kulgan. Las manos lo agarraron y trataron de levantar su brazo hasta el vacío. Pug quedó horrorizado, puesto que quien fuera —o lo que fuera— que estuviese al otro lado del vacío estaba tratando de arrastrar allí al

orondo mago. Otro par de manos salieron y agarraron el brazo del mago cerca de donde las primeras lo tenían, y Kulgan empezó a ser arrastrado hacia el vacío.

Pug se volvió y agarró una de las lanzas de la pared donde los conmocionados guardias las habían dejado. Antes de que ninguno de los hombres de armas pudiera actuar, apuntó hacia el punto gris y arrojó el arma.

La lanza atravesó el metro escaso que los separaba de Kulgan y desapareció en el vacío. Un breve segundo después, los brazos dejaron caer a Kulgan y se retiraron. De repente, el vacío gris se desvaneció de la existencia, con el sonido del aire llenando de repente el espacio que había ocupado. Pug corrió al lado de Kulgan y se arrodilló junto a su maestro.

El mago respiraba, pero tenía la cara blanca y perlada de sudor. Su piel estaba fría y húmeda. Pug corrió hasta la cama del brujo y quitó una manta. Mientras lo tapaba al mago, gritó a los guardias.

—Traed al padre Tully.

Pug y Tomas pasaron la noche en vela, incapaces de dormirse. Tully había atendido al mago, dando un diagnóstico favorable. Kulgan estaba conmocionado pero se recuperaría en un día o dos.

El duque Borric había interrogado a Pug y a los guardias sobre lo que habían presenciado, y ahora el castillo estaba totalmente alborotado. Se había llamado a todos los guardias, y se habían doblado las patrullas por la periferia del ducado. El duque seguía sin saber qué conexión había entre la aparición del navío y la extraña manifestación en las habitaciones del mago, pero no estaba dispuesto a correr ningún riesgo con la seguridad de su ducado. A lo largo de todas las murallas del castillo ardían antorchas, y se habían enviado guardias al faro de Puntalarga y a la ciudad de abajo.

Tomas estaba sentado junto a Pug en un banco del jardín de la princesa Carline, uno de los pocos lugares tranquilos del castillo. Miró pensativo a su amigo.

—Creo que esa gente tsurani viene de camino.

Pug se pasó una mano por el pelo.

—Eso no lo sabemos.

Tomas parecía cansado.

—Me da la impresión.

Pug asintió.

—Lo sabremos mañana, cuando Kulgan pueda decirnos lo que pasó.

Tomas miró hacia la muralla.

—Nunca he visto este sitio tan raro. Ni siquiera cuando la Hermandad Oscura y los tragos atacaron siendo nosotros pequeños. ¿Te acuerdas?

Pug asintió, guardando silencio durante unos instantes antes de responder.

—Entonces sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Los elfos oscuros han estado atacando castillos día sí y día no desde siempre. Y los trasgos... bueno, son trasgos.

Estuvieron sentados en silencio durante un buen rato; entonces, el sonido de botas sobre el pavimento anunció que alguien se acercaba. El Maestre de Armas Fannon, con la cota de mallas y el tabardo puestos, se detuvo ante ellos.

—¿Qué? ¿De pie tan tarde? Los dos deberíais estar durmiendo. —El viejo guerrero se dio la vuelta para inspeccionar con la vista las murallas del castillo—. Hay muchos incapaces de conciliar el sueño esta noche —devolvió su atención a los muchachos—. Tomas, un soldado debe aprender la habilidad de dormir cuando pueda, puesto que habrá muchos largos días donde no podrá hacerlo. Y tú, escudero Pug, también deberías estar durmiendo. Ahora, ¿por qué no intentáis descansar?

Los muchachos asintieron, le desearon buenas noches al Maestre de Armas y se fueron. El canoso comandante de la guardia del duque los observó mientras se iban y permaneció en silencio durante algún tiempo en el pequeño jardín, solo con sus intranquilos pensamientos.

A Pug lo despertó el sonido de pisadas ante su puerta. Se puso rápidamente los pantalones y la blusa y corrió escaleras arriba hasta la habitación de Kulgan. Al atravesar la puerta, sustituida a toda prisa, se encontró con el duque y el padre Tully de pie junto a la cama de Kulgan. Pug oyó la voz de su maestro, que sonaba débil, quejándose de que lo mantuvieran en cama.

—Digo que estoy bien —insistía Kulgan—. Sólo necesito andar un poco y volveré a estar a punto enseguida.

—Querrás decir que volverás a estar en la cama —dijo Tully, que aún parecía cansado—. Has sufrido una fuerte conmoción, Kulgan. Lo que fuera que te dejó inconsciente no tenía poca fuerza que digamos. Has tenido suerte, podría haber sido mucho peor.

Kulgan se dio cuenta de la presencia de Pug, que estaba de pie, callado, junto a la puerta, sin querer molestar a nadie.

—Ah, Pug —dijo, y su voz recuperó algo de su volumen habitual—. Entra, entra, creo que tengo que agradecerte el no haber hecho un viaje inesperado en compañía desconocida.

Pug sonrió, puesto que Kulgan parecía tan jovial como siempre, a pesar de su aspecto lánguido.

—Realmente no hice nada, señor. Simplemente sentí que algo no iba bien y actué.

—Actuaste bien y rápido —dijo el duque con una sonrisa—. De nuevo el muchacho es responsable del bienestar de alguien de mi casa. Si sigue así puede que tenga que otorgarle el título de Defensor de la Casa Ducal.

Pug sonrió, complacido por la alabanza del duque. Borric se volvió hacia el mago.

—Bueno, dado que estás tan lleno de energía, creo que deberíamos hablar acerca de ayer. ¿Te sientes lo suficientemente bien?

La pregunta provocó un gesto de irritación en Kulgan.

—Por supuesto que estoy lo bastante bien. Es lo que llevo tratando de decir desde hace un rato. —Kulgan empezó a levantarse de la cama, pero sufrió un mareo y Tully le puso una mano en el hombro, guiándolo de vuelta a la pila de almohadas sobre la que había estado descansando.

—Así puedes hablar bien, gracias. Ahora quédate en la cama.

Kulgan no protestó. Pronto se sintió mejor.

—Bueno, pero dadme mi pipa, ¿no? Por favor.

Pug cogió la pipa de Kulgan y su bolsa de tabaco y, mientras el mago llenaba la cazoleta, él prendía una varilla de madera en el fuego. Kulgan encendió la pipa y, cuando estuvo satisfecho con la combustión, se recostó con expresión satisfecha en el rostro.

—Y bien —dijo—, ¿por dónde empezamos?

El duque lo puso rápidamente al día de los descubrimientos de Tully, y el sacerdote añadió algunos detalles que el duque había pasado por alto. Cuando hubieron acabado, Kulgan asintió.

—Tus suposiciones acerca del origen de esta gente posiblemente son acertadas. Sospeché de esa posibilidad cuando vi los objetos que se habían sacado del barco, y los acontecimientos de ayer en esta habitación me lo confirman. —Se detuvo durante un momento para organizar sus pensamientos—. El pergamino era una carta privada de un mago de esa gente, los tsurani, a su esposa, pero también era algo más. El sello estaba preparado mágicamente para obligar al que la leyera a invocar un conjuro contenido al final del mensaje. Es un hechizo muy notable que permite a cualquiera leer el mensaje, sepa leer o no.

—Esto es algo extraño —dijo el duque.

—Es asombroso —replicó Tully.

—Los conceptos empleados me resultan completamente nuevos —asintió Kulgan—. De cualquier modo, había neutralizado dicho conjuro para poder leer la carta sin miedo a las trampas mágicas, habituales en los mensajes privados escritos por los magos. El idioma por supuesto era extraño, así que emplee un hechizo de otro pergamino para traducirlo. Incluso comprendiendo el idioma mediante el conjuro, no comprendo plenamente todo lo que decía. Un mago llamado Fanatha iba en barco hacia una ciudad de su mundo. Tras varios días en el mar, sufrieron una fuerte tormenta. La nave perdió el mástil, y muchos tripulantes fueron arrastrados por la borda. El mago dedicó unos breves momentos a escribir el pergamino, que se notaba elaborado a toda prisa, y lanzó los conjuros sobre él. Parece que este hombre podía haber abandonado el barco en cualquier momento y haber vuelto a su casa u otro

lugar seguro, pero su preocupación por el barco y su carga le impedía hacerlo. Este asunto no me ha quedado muy claro, pero el tono de la carta sugería que arriesgar su vida por el resto de la gente del barco no era muy normal. Otra cosa intrigante era una mención de su deber hacia alguien a quien llamaba el «Señor de la Guerra». Puede que sean sólo suposiciones mías, pero el tono me hace pensar que esto era un asunto de honor o una promesa, no algún tipo de deber personal. De cualquier forma escribió la nota, la selló, y se dispuso a mover mágicamente el barco.

Tully agitó la cabeza, incrédulo.

—Increíble.

—Y, tal y como nosotros comprendemos la magia, imposible —añadió Kulgan excitado.

Pug notó que el duque no compartía el interés profesional del mago, y tenía un aspecto de abierta preocupación. El muchacho recordó los comentarios de Tully acerca de lo que significaría una magia de tal magnitud si esa gente fuera a invadir el reino. El mago continuó.

—Esta gente posee poderes acerca de los cuales sólo podemos especular. El mago fue muy claro en una serie de cosas; su capacidad de comprimir tantas ideas en un mensaje tan corto muestra una mente inusualmente bien organizada. Se esforzó todo lo que pudo en asegurarle a su esposa que haría todo lo que estuviera en su mano para volver. Se refirió a abrir una fractura hacia el «nuevo mundo» porque, y esto no lo comprendo del todo, ya se había establecido un puente y, un objeto que él poseía carecía... de algún tipo de capacidad para mover la nave en su propio mundo. Según todos los indicios, fue una apuesta desesperada. Colocó un segundo conjuro en el pergamino, y ése fue el que me atrapó al final. Pensé que al neutralizar el primero también había contrarrestado el segundo, pero me equivoqué. El segundo conjuro había sido dispuesto para activarse tan pronto como alguien acabase de leer el pergamino en voz alta, otra obra de arte mágica desconocida. El conjuro hizo que se abriera otra de esas fracturas mágicas, para que el mensaje fuera transportado a un lugar llamado la «Asamblea», y de allí a su mujer. Casi quedé atrapado en la brecha con el mensaje.

Pug dio un paso al frente. Sin pensar, terció:

—Entonces puede que esas manos fueran sus amigos tratando de encontrarlo.

Kulgan miró a su aprendiz y asintió.

—Es una posibilidad. En cualquier caso, podemos deducir mucho de este episodio. Estos tsurani poseen la capacidad de controlar magia sobre la que nosotros sólo podemos especular. Nosotros conocemos un poco acerca de la aparición de fracturas, y nada acerca de su naturaleza.

El duque pareció sorprendido.

—Explícate, por favor.

Kulgan dio una calada de la pipa antes de responder.

—La magia, por su propia naturaleza, es inestable. Ocasionalmente, un conjuro se deforma, el porqué no lo sabemos, hasta un punto en que... desgarrar el tejido mismo del mundo. Durante un breve periodo de tiempo se forma una fractura, y un pasaje que va a... alguna parte. Poco más se sabe acerca de dichos sucesos, excepto que implican enormes descargas de energía.

—Hay teorías, pero nadie comprende por qué, de vez en cuando, un conjuro o un objeto mágico explotan repentinamente de este modo y por qué se crea esta irregularidad en la realidad —añadió Tully—. Ha habido varios casos de este tipo, pero sólo tenemos observaciones de segunda mano con las que trabajar. Los que fueron testigos de la creación de estas fracturas murieron o desaparecieron.

Kulgan retomó la narración.

—Se considera un axioma que fueron destruidos junto con todo lo que se encontraba hasta a varios metros de la fractura. —Estuvo pensativo durante un momento—. Por lógica, yo debería haber muerto cuando esa brecha apareció en mi estudio.

El duque interrumpió.

—Por tu descripción, esas fracturas, como tú las llamas, son peligrosas.

Kulgan asintió.

—E impredecibles también. Son una de las fuerzas más incontrolables jamás descubiertas. Si esa gente sabe cómo fabricarlas y controlarlas, para usarlas como puertas entre mundos y atravesarlas de forma segura, entonces es que tienen artes sumamente poderosas.

—Hemos sospechado antes acerca de la naturaleza de las fracturas, pero ésta es la primera vez que tenemos algo parecido a una evidencia física —añadió el sacerdote.

—¡Bah! —protestó el mago—. A lo largo de los años han ido apareciendo de cuando en cuando gente extraña y objetos desconocidos, Tully. Esto seguramente podría explicar de dónde venían.

Tully no parecía dispuesto a darle la razón.

—Son sólo teorías, Kulgan; no hay pruebas. Toda la gente estaba muerta, y los objetos... nadie comprende los dos o tres que no estaban quemados y retorcidos más allá de toda identificación.

Kulgan sonrió.

—¿De verdad? ¿Y que hay del hombre que apareció hace veinte años en Salador? —Se dirigió al duque—. Este hombre no hablaba ningún idioma conocido e iba vestido de la forma más extraña.

Tully dirigió una mirada crítica a Kulgan.

—También estaba rematadamente loco y nunca pudo pronunciar una palabra comprensible. Los templos emplearon mucho tiempo en él.

Borric palideció.

—¡Dioses! Una nación de guerreros, con ejércitos de muchas veces el tamaño de los nuestros, que pueden acceder a nuestro mundo a voluntad... Esperemos que no hayan puesto sus ojos en el Reino.

Kulgan asintió y expulsó una bocanada de humo.

—De momento no hemos oído hablar de ninguna otra aparición de esta gente, y puede que no debamos temerlos, pero tengo una sensación... —Dejó la idea inacabada durante un instante. Se echó un poco hacia un lado, para aliviar una pequeña incomodidad, y luego dijo—: Puede que no sea nada, pero me preocupa la referencia que se hace en el mensaje a un puente. Huele a que ya hay un camino permanente entre los mundos. Espero equivocarme.

El sonido de pisadas en la escalera les hizo volverse. Un guardia entró apresuradamente y se cuadró ante el duque, entregándole una pequeña nota.

El duque despidió al hombre y abrió el papel doblado. Lo leyó rápidamente y se lo entregó a Tully.

—Mandé jinetes rápidos a los elfos y a los enanos, con palomas para que envíen respuesta. La reina de los elfos nos dice que ya viene de camino a Crydee y que llegará en dos días.

Tully agitó la cabeza.

—En toda mi vida, nunca he oído que la dama Aglaranna dejase Elvandar. Esto hace que se me hiele la sangre.

—Las cosas se tienen que estar poniendo serias para que venga hasta aquí —asintió Kulgan—. Espero equivocarme, pero me parece que no somos los únicos que hemos tenido noticias de esos tsurani.

El silencio cayó sobre la habitación, y Pug fue asaltado por una sensación de desesperanza. Se la quitó de encima, pero su eco lo siguió durante días.

6

Consejos élficos

Pug estaba asomado a la ventana.

A pesar de la fuerte lluvia que había comenzado por la mañana, el patio estaba de bote en bote. Aparte de los preparativos necesarios para cualquier visita importante, estaba la novedad añadida de que los visitantes eran elfos. Incluso los infrecuentes mensajeros de la reina Aglaranna eran objeto de gran curiosidad cuando uno de ellos aparecía por el castillo, puesto que muy raras veces se aventuraban al sur del río Crydee. Los elfos vivían separados de la sociedad humana, y sus costumbres eran consideradas extrañas y mágicas. Habían vivido en estas tierras desde mucho antes de la llegada de los hombres al Oeste, y había un acuerdo tácito de que, a pesar de las afirmaciones hechas por el Reino, eran un pueblo libre.

Un carraspeo hizo que Pug se girara y viera a Kulgan sentado, consultando un grueso volumen. El mago indicó con una mirada que el muchacho debía volver a sus estudios. Pug cerró las contraventanas y se sentó en el catre.

—Habrás bastante tiempo para que te quedes mirando como un pasmarote a los elfos, chico, dentro de unas horas. Entonces habrá poco tiempo para estudiar. Debes aprender a aprovechar al máximo el que tengas.

Fantus se acercó tambaleándose hasta colocar la cabeza en el regazo del muchacho. Pug le rascó de forma ausente detrás de los ojos mientras cogía un libro y se ponía a estudiar. Kulgan le había encargado la tarea de formular las cualidades que compartían los conjuros, según las descripciones de diferentes magos, con la esperanza de que le ayudase a profundizar en su conocimiento acerca de la naturaleza de la magia.

Kulgan opinaba que el conjuro que Pug había lanzado contra los trolls había sido el resultado de la tremenda tensión del momento. Tenía la esperanza de que el estudio de las investigaciones de otros magos pudiera ayudar al chico a romper las barreras que le mantenían atascado en los estudios. El trabajo con los libros también le resultaba fascinante, y su capacidad de lectura había mejorado notablemente.

Pug miró por el rabillo del ojo a su maestro, que estaba leyendo a la vez que emitía

grandes nubes de humo de su larga pipa. Kulgan no mostraba signo alguno de la debilidad del día anterior y había insistido en que el muchacho usase estas horas para estudiar, en vez de estar sentado mano sobre mano esperando la llegada de la reina de los elfos y su corte.

Pocos minutos después, los ojos de Pug empezaron a picarle por el fuerte humo, así que se volvió hacia la ventana y abrió las contraventanas.

—¿Kulgan?

—¿Sí, Pug?

—Se trabajaría mucho mejor si pudiéramos mantener el fuego para calentarnos pero echar fuera el humo. —Entre el humo del brasero y el de la pipa del mago, la habitación estaba cubierta de una niebla blancoazulada.

El mago se rio sonoramente.

—Estás en lo cierto.

Cerró los ojos durante un instante, sus manos volaron en un furioso movimiento y susurró una serie de encantamientos. Enseguida, se encontró sosteniendo una gran esfera de humo blanco y gris, que sacó por la ventana y tiró fuera, dejando la habitación fresca y limpia.

Pug agitó la cabeza, riéndose.

—Gracias, Kulgan. Pero yo tenía una solución más mundana en mente. ¿Qué te parecería hacerle una chimenea al brasero?

—No es posible, Pug —dijo Kulgan mientras se sentaba, señalando a la pared—. Si se hubiera instalado una cuando se construyó la torre, perfecto. Pero intentar quitar los sillares de la torre, desde aquí hasta el techo, pasando por mi habitación, sería muy difícil, por no decir caro.

—No me refería a una chimenea en la pared, Kulgan. ¿Sabes que la fragua que hay en la herrería tiene una campana de piedra sobre ella que recoge el humo y lo expulsa por el techo? —El mago asintió—. Bueno, si pudiera conseguir una metálica hecha por el herrero, y una chimenea de metal que saliera de la campana para llevarse el humo, funcionaría igual ¿no?

Kulgan reflexionó sobre el asunto durante un momento.

—No veo por qué no. ¿Pero donde pondrías la chimenea?

—Allí. —Pug señaló dos sillares arriba a la izquierda de la ventana. No los habían puesto bien cuando se construyó la torre, y ahora había entre ellos una gran grieta que permitía que el viento entrase aullando en la habitación—. Podríamos sacar esa piedra —dijo, señalando la que estaba más a la izquierda—, lo he comprobado y está suelta. La chimenea podría venir desde encima del brasero, doblarse aquí —señaló a un punto en el aire sobre el brasero y al mismo nivel que el sillar— y salir por aquí. Si tapamos el espacio que quedase alrededor, mantendría fuera el viento.

Kulgan parecía impresionado.

—Es una idea novedosa, Pug. Podría funcionar. Hablaré con el herrero por la mañana y le pediré su opinión sobre el asunto. Me pregunto por qué nadie lo habrá pensado antes.

Sintiéndose complacido consigo mismo por haber pensado en la chimenea, Pug volvió a sus estudios. Releyó un pasaje que le había llamado la atención y meditó acerca de una ambigüedad. Finalmente levantó la vista para mirar al mago.

—¿Kulgan?

—¿Sí, Pug? —respondió levantando la vista de su libro.

—Aquí está de nuevo. El mago Lewton usa la misma técnica que Marsus para amortiguar el efecto de un conjuro sobre sí mismo, dirigiéndolo hacia un objetivo externo. —Colocó el libro boca abajo para no perder la página y cogió otro—. Pero aquí Dorcas escribe que el uso de esta técnica debilita el conjuro, aumentando las posibilidades de que no funcione. ¿Cómo puede haber tanto desacuerdo acerca de la naturaleza de una sola técnica?

Kulgan entornó los ojos un momento mientras miraba a su discípulo. Luego se recostó en su asiento y dio una larga calada a la pipa, emitiendo una nube de humo azulado.

—Muestra lo que ya te he dicho antes, chaval. A pesar de toda la vanidad que los magos sentimos acerca de nuestro oficio, en realidad hay bastante poca ciencia y orden implicados. La magia es una colección de saberes populares y habilidades pasadas de maestro a aprendiz desde el principio de los tiempos. Prueba y error, prueba y error, ése es el camino. Nunca ha habido un intento de crear un sistema para la magia, con leyes y reglas y axiomas que sean bien comprendidos y ampliamente aceptados. —Miró pensativo a Pug—. Todos nosotros somos como carpinteros haciendo una mesa, pero cada uno escoge maderas diferentes, diferentes tipos de serruchos, algunos usan tubillones y cola, otros clavos, otros ensamblan a cola de milano, algunos usan tinturas, otros no... Al final hay una mesa, pero los medios usados para hacerla han sido diferentes en cada caso. Lo que tenemos aquí es casi seguro una muestra de las limitaciones de estos venerables sabios a los que estudias, más que una prescripción para la magia. Para Lewton y Marsus, la técnica en cuestión ayudaba en la construcción del conjuro; para Dorcas era un estorbo.

—Comprendo tu ejemplo, Kulgan, pero nunca entenderé cómo todos estos magos podían hacer la *misma* cosa, pero de formas tan diferentes. Comprendo que cada uno de ellos quería conseguir un objetivo y encontró un medio diferente, pero echo algo en falta en la forma de hacerlo.

Kulgan parecía intrigado.

—¿Qué echas en falta, Pug?

El chico parecía pensativo.

—Yo... no lo sé. Es como si esperase encontrarme con algo que me dijera «esto

debe hacerse así, es el único modo», o algo parecido. ¿Tiene algún sentido?

Kulgan asintió.

—Creo que te conozco lo bastante bien como para comprenderlo. Tienes una mente muy bien ordenada, Pug. Comprendes la lógica mucho mejor que la mayoría de la gente, incluso que los que son mayores que tú. Ves las cosas como un sistema, en lugar de una serie de acontecimientos inconexos. Quizá eso sea parte de tu problema.

La expresión de Pug mostraba su interés por lo que decía el mago. Kulgan siguió.

—Buena parte de lo que estoy tratando de enseñarte está basado en un sistema lógico, causa y efecto, pero otra buena parte no. Es como intentar enseñar a alguien a tocar el laúd. Puedes mostrarle cómo se tocan las cuerdas, pero ese conocimiento por sí solo no hace a un gran trovador. Tu problema es el arte, no los conocimientos.

—Creo que lo comprendo, Kulgan. —Su voz sonaba desesperanzada.

Kulgan se levantó.

—No le des demasiadas vueltas; aún eres muy joven y todavía tengo esperanza en ti. —Su tono era amable y Pug sintió el humor en él.

—¿Entonces no soy un completo desperdicio? —dijo con una sonrisa.

—En realidad no. —Kulgan miró pensativamente a su pupilo—. De hecho, tengo la impresión de que algún día usarás esa mente lógica tuya en provecho de la magia.

Pug quedó algo impresionado. No se consideraba a sí mismo alguien que fuera a llevar a cabo grandes logros.

Por la ventana llegaron gritos, y Pug se apresuró a asomarse. Una tropa de guardias corría hacia el portón principal. Pug se volvió hacia Kulgan.

—¡Los elfos tienen que estar al llegar! Ya ha salido la guardia.

—Muy bien. Ya hemos acabado con el estudio por este día. No te voy a poder echar mano hasta que consigas ver a los elfos. Corre.

Pug salió a la carrera por la puerta y escaleras abajo. Bajó los escalones de dos en dos y saltó los últimos cuatro, aterrizando en el suelo a toda velocidad. Atravesó a toda prisa la cocina y salió por la puerta. Mientras rodeaba la torre del homenaje hasta el patio de armas delantero, se encontró con Tomas de pie sobre una carreta de heno. Pug trepó a su lado, para poder ver mejor la llegada por encima de las cabezas de los curiosos del castillo que se habían reunido.

—Pensé que no venías, que ibas a estar todo el día encerrado con tus libros —dijo Tomas.

—No me perdería esto por nada del mundo. ¡Elfos!

Tomas le dio a Pug un jugueteón codazo en el costado.

—¿No has tenido ya suficiente excitación por esta semana?

Pug le dirigió una mirada torva.

—Si esto te da igual, ¿por qué estás de pie bajo la lluvia subido a esta carreta?

Tomas no respondió. En vez de eso, señaló.

—¡Mira!

Pug se volvió para ver a la compañía de la guarda ponerse firmes mientras unos jinetes cubiertos con capas verdes entraban por el portón. Cabalgaron hasta la puerta principal de la torre del homenaje, donde los esperaba el duque. Pug y Tomas observaban asombrados, puesto que cabalgaban sobre los caballos blancos más perfectos que los muchachos habían visto en su vida, sin usar silla ni bridas. Los caballos parecían no estar tocados por la humedad, y su piel brillaba tenuemente; si era por alguna magia o por un truco de la luz del gris atardecer, Pug no era capaz de decirlo. El líder cabalgaba sobre un animal especialmente grandioso, de diecisiete palmos de alto, con crines largas y ondeantes y una cola que parecía una pluma. Los jinetes irguieron los caballos sobre sus patas traseras en saludo, y se pudo oír a la muchedumbre conteniendo la respiración.

—Corceles élficos —susurró Tomas. Los caballos eran las legendarias monturas de los elfos. Martin Arcolargo les había contado una vez que vivían en claros ocultos en la profundidad de Elvandar. Se decía que poseían inteligencia y una naturaleza mágica, y que ningún humano podía montarse en su lomo. También se decía que sólo alguien con sangre real élfica podía ordenarles que llevaran jinetes.

Los mozos de cuadra se adelantaron para hacerse cargo de los caballos, pero una voz musical lo interrumpió.

—No hay necesidad.

Provenía de la primera jinete, la que iba montada en el caballo más grande. Se bajó de un salto, ágilmente y sin ayuda, aterrizando grácil de pie, y se echó hacia atrás la capucha de la capa, revelando una espesa melena pelirroja. Incluso en la penumbra de la lluvia vespertina parecía despedir reflejos dorados. Era alta, casi tanto como Borric. Subió los escalones mientras el duque se adelantaba a su encuentro.

Borric extendió sus manos y tomó las de ella en un saludo.

—Bienvenida, mi señora; me hacéis un gran honor a mí y a mi casa.

—Sois muy amable, Lord Borric —respondió la reina de los elfos. Su voz era sonora y sorprendentemente clara, capaz de atravesar a la muchedumbre para que todos cuantos había en el patio la oyeran. Pug sintió que la mano de su amigo se aferraba a su hombro. Se volvió para ver una expresión embelesada en el rostro de Tomas.

—Es preciosa —dijo el chico más alto.

Pug devolvió su atención a la bienvenida. Se vio obligado a admitir que la reina de los elfos sí que era bella, aunque no fuese en términos completamente humanos. Sus ojos eran grandes y de un azul pálido, casi luminosos en la penumbra. Su rostro estaba finamente cincelado, con pómulos altos y una mandíbula fuerte, aunque no por ello masculina. Su sonrisa era amplia, y sus dientes brillaban blancos entre labios casi rojos. Llevaba una sencilla diadema de oro que le recogía el cabello, dejando a la

vista las orejas puntiagudas y sin lóbulo características de su raza.

El resto de su compañía desmontó, todos ricamente vestidos. Sus blusas eran de colores brillantes, contrastados con los de sus calzas. Uno llevaba una blusa de color rojizo oscuro, otro una amarillo pálido con una chaqueta verde brillante. Algunos llevaban fajines de color púrpura, y otros calzas escarlatas. A pesar de los colores brillantes, eran prendas elegantes y bien confeccionadas, nada ostentosas ni de mal gusto. Había once jinetes con la reina, todos de aspecto parecido, altos, de apariencia juvenil y movimientos gráciles.

La reina dio la espalda al duque y dijo algo en su musical idioma. Los corceles élficos se irguieron sobre las patas traseras en saludo y salieron corriendo por el portón, pasando al lado de los sorprendidos espectadores. El duque apremió a sus huéspedes a entrar, y pronto la multitud se dispersó. Tomas y Pug se quedaron sentados en silencio bajo la lluvia.

—Si llego a los cien años, no creo que vuelva a verla como ahora —dijo Tomas.

Pug se sorprendió, porque su amigo rara vez demostraba esa clase de sentimientos. Sintió un breve impulso de reñirle por su chifladura infantil, pero había algo en la expresión de su amigo que hacía que una reprimenda pareciera inapropiada.

—Vamos —dijo—, que nos estamos calando. —Tomas siguió a Pug abajo de la carreta—. Más vale que te pongas ropa seca, y mira a ver si consigues que te presten un tabardo en condiciones.

—¿Por qué?

—Oh ¿no te lo había dicho? —dijo Pug con una sonrisa maliciosa—. El duque quiere que cenes con la corte; quiere que le cuentes a la reina de los elfos lo que viste en el barco.

Tomas parecía que iba a salir huyendo aterrorizado.

—¿Yo? ¿Cenar en el gran salón? —Su rostro se puso blanco—. ¿Hablar? ¿Con la reina?

Pug se rio con regocijo.

—Es fácil. Abres la boca y salen las palabras.

Tomas le lanzó un gancho a Pug, que se agachó para esquivar el puñetazo, y agarró a su amigo por detrás cuando el impulso le hizo girarse. Los brazos de Pug eran fuertes, aunque no tenía el tamaño de Tomas, y levantó con facilidad a su amigo del suelo. Tomas forcejeó y pronto ambos reían incontrolablemente.

—Bájame.

—No hasta que te calmes.

—Ya estoy bien.

Pug lo bajó.

—¿A qué vino eso?

—A cuenta de tu engrimiento, y de no habérmelo dicho hasta última hora.

—Vale. Siento haber esperado para decírtelo. ¿Y qué más?

Tomas parecía incómodo, más de lo razonable por la lluvia.

—No sé comer con gente de posición. Tengo miedo de hacer algo estúpido.

—Es fácil. Tú obsérvame y haz lo que yo haga. Coge el tenedor con la mano izquierda y corta con el cuchillo. No bebas de los cuencos de agua; son para lavarse, y úsalos a menudo, porque las manos se te pondrán grasientas de los huesos de las costillas. Y acuérdate de tirar los huesos por encima del hombro a los perros, y no al suelo frente a la mesa del duque. Y no te limpies la boca con la manga, usa el mantel, que para eso está.

Caminaron hacia los barracones de los soldados, mientras Pug daba a su amigo instrucciones acerca de los detalles de los modales cortesanos. Tomas estaba impresionado por todo lo que sabía Pug.

Tomas oscilaba entre enfermo y dolorido. Cada vez que alguien lo miraba, se sentía como si le hubieran encontrado culpable de la más grave rotura del protocolo y se ponía enfermo. Cada vez que su mirada vagaba hasta la mesa principal y sus ojos se posaban en la reina elfa, se le hacía un nudo en el estómago y se sentía dolorido.

Pug se las había arreglado para que Tomas se sentase a su lado en una de las mesas más apartadas de la del duque. El sitio habitual de Pug era en la mesa de Lord Borric, al lado de la princesa. Pug se alegraba de esta posibilidad de estar lejos de ella, puesto que la princesa seguía demostrándole su desagrado. Normalmente charlaba con él acerca de los miles de pequeños cotilleos que las damas de la corte encontraban tan interesantes, pero la noche anterior lo había ignorado por completo, dedicando todas sus atenciones a un sorprendido y obviamente complacido Roland. Pug se encontró intrigado con su propia reacción, alivio mezclado con una buena dosis de irritación. Aunque se sentía aliviado de estar libre de las iras de la princesa, sentía las atenciones que Roland dedicaba a ésta como un picor que no podía rascarse.

Últimamente, Pug había estado preocupado por la hostilidad de Roland hacia él, apenas oculta tras unos modales envarados. Él nunca había estado tan próximo a Roland como Tomas, pero tampoco habían tenido motivos para estar enfadados el uno con el otro. Roland siempre había sido uno más del grupo de chicos de la edad de Pug. Nunca se había escondido tras su posición cuando había tenido problemas con los chicos plebeyos, y siempre había estado dispuesto a solucionar el asunto de cualquier forma que fuese necesaria. Y como ya era un luchador experimentado cuando llegó a Crydee, solía solucionar sus problemas de inmediato, de forma pacífica o no. Ahora había esta siniestra tensión entre ellos, y Pug deseaba ser igual que Tomas en la lucha; Tomas era el único chico al que Roland no podía vencer con los puños, y su único encontronazo había acabado enseguida con Roland recibiendo

una sonora tunda. Tan cierto como que el sol salía por las mañanas, Pug sabía que se acercaba un confrontación con el joven e impulsivo escudero. La temía, pero sabía que una vez que llegase, se sentiría aliviado.

Miró a Tomas por el rabillo del ojo y encontró a su amigo perdido en su propia incomodidad. Pug devolvió su atención a Carline. Se sentía abrumado por la princesa, pero su atractivo se veía templado por una extraña incomodidad que sentía cada vez que ella estaba cerca. Por muy bella que la encontrase, y sus rizos negros y sus ojos azules desataban un fuego muy incómodo en su imaginación, las imágenes eran siempre de alguna forma huecas, carentes de color en el fondo, sin el brillo ambarino y rosado que dichas ensoñaciones habían tenido cuando Carline era una figura distante, inabordable y desconocida. Observarla de cerca incluso durante un periodo tan corto como el de ahora hacía que esa idealización fuera imposible. Estaba demostrando ser demasiado complicada para encajar en simples fantasías. Globalmente, consideraba que la cuestión de la princesa era algo problemática, pero verla con Roland lo hacía olvidar sus conflictos internos sobre ella, a la vez que una emoción menos intelectual y más básica salía a la superficie. Se estaba poniendo celoso.

Pug suspiró, agitando su cabeza mientras reflexionaba sobre su mala situación en esos momentos, ignorando la de Tomas. Al menos, pensó Pug, no estaba solo. Para obvia incomodidad de Roland, Carline estaba inmersa en aquellos mismos instantes en una conversación con el príncipe Calin de Elvandar, el hijo de Aglaranna. El príncipe parecía ser de la misma edad que Arutha o Lyam, pero es que su madre también, ya que aparentaba poco más de veinte años. Todos los elfos, excepto el principal consejero de la reina, Tathar, tenían un aspecto bastante juvenil, y Tathar no parecía ser mayor que el duque.

Cuando acabó la comida, la mayor parte de la corte ducal se retiró. Borric se levantó y le ofreció su brazo a Aglaranna, conduciendo a aquellos a quienes se les había ordenado asistir a la cámara del consejo.

Por tercera vez en dos días, los muchachos se encontraron en la cámara del consejo del duque. Pug estaba más tranquilo que las veces anteriores, gracias en parte a la opípara comida, pero Tomas parecía más inquieto que nunca. Si el joven soldado había pasado la hora anterior a la cena observando fijamente a la reina de los elfos, en esta habitación cerrada parecía estar mirando a cualquier sitio excepto en su dirección. Pug pensó que Aglaranna había notado el comportamiento de Tomas y había sonreído levemente, pero no estaba seguro.

Los dos elfos que habían ido con la reina, Calin y Tathar, se acercaron al unísono a la mesita auxiliar donde estaban el cuenco y los artefactos obtenidos del soldado tsurani. Los examinaron atentamente, fascinados por cada detalle.

El duque anunció que comenzaba la reunión, y los dos elfos vinieron a sentarse a

ambos lados de la reina. Pug y Tomas estaban de pie junto a la puerta, como era habitual.

—Ya os hemos contado lo que pasó tan bien como hemos podido, y ahora habéis visto las pruebas con vuestros propios ojos —comenzó el duque—. Si vos creéis que sería de ayuda, los chicos pueden volver a relatar lo que pasó en el barco.

La reina inclinó la cabeza, pero fue Tathar quien habló.

—Me gustaría oír la historia de primera mano, Su Gracia.

Borric hizo un gesto a los muchachos para que se acercasen. Estos dieron un paso al frente.

—¿Cuál de vosotros encontró a este ultramundano? —preguntó Tathar.

Tomas le lanzó a Pug una mirada que indicaba que era él quien debía hablar.

—Los dos, señor —dijo Pug, sin saber el tratamiento adecuado para el elfo. Tathar pareció contentarse con el tratamiento genérico. Pug volvió a narrar los acontecimientos de aquel día, sin dejar fuera nada de lo que se acordase. Cuando hubo acabado, Tathar hizo una serie de preguntas, cada una de las cuales puso a prueba la memoria de Pug, sacando a la superficie pequeños detalles que había olvidado.

Cuando acabó, Pug retrocedió un paso, y Tathar repitió el proceso con Tomas. Tomas empezó titubeando, obviamente desconcertado, y la reina de los elfos le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Eso sólo sirvió para ponerlo aún más nervioso, y pronto lo dejaron.

Las preguntas de Tathar proporcionaron más detalles acerca del navío, pequeñas pinceladas olvidadas por los chicos: cubos contra incendios llenos de arena desperdigados por la cubierta o soportes para lanzas vacíos, dando crédito a la suposición de Arutha de que era un barco de guerra.

Tathar se recostó en su asiento.

—Nunca hemos oído de un barco como ese. En muchos sentidos es como cualquier otro barco, pero no en todos. De eso estamos convencidos.

Como si le hubiera sido indicado por una señal silenciosa, Calin habló:

—Desde la muerte de mi Padre-rey, yo soy el Caudillo Guerrero de Elvandar. Es mi deber supervisar los exploradores y patrullas que protegen nuestras arboledas. Durante algún tiempo hemos estado al tanto de que había extraños sucesos en el gran bosque, al sur del río Crydee. En varias ocasiones, nuestros mensajeros han encontrado huellas de hombres en zonas aisladas de la espesura. Se han encontrado en puntos tan cercanos como las fronteras de Elvandar y tan lejanos como el Paso del Norte, cerca de Montaña de Piedra. Nuestros exploradores han intentado encontrar a esos hombres durante semanas, pero sólo se pudo ver huellas. No se encontró ninguna de las cosas que suelen ser habituales en un grupo de incursores o exploradores. Esa gente estaba tomándose muchas molestias para ocultar su

presencia. Si no se hubieran acercado tanto a Elvandar podrían haber pasado desapercibidos, pero nadie entra en nuestro hogar sin que nosotros lo sepamos. Hace varios días, uno de nuestros exploradores vio una banda de extraños que cruzaba el río, cerca del borde de nuestro bosque en dirección al Paso del Norte. Los siguió durante medio día, luego los perdió.

Fannon enarcó las cejas.

—¿Un rastreador elfo los perdió?

Calin inclinó levemente la cabeza.

—No debido a su falta de habilidad. Sencillamente entraron en una densa arboleda y nunca volvieron a salir. Siguió sus huellas hasta el punto donde se desvanecieron.

—Creo que ahora ya sabemos a dónde se fueron —afirmó Lyam. Tenía un aspecto inusualmente sombrío, pareciéndose a su padre más de lo habitual.

Calin siguió.

—Cuatro días antes de que llegase vuestro mensaje, yo conducía una patrulla que vio a una partida cerca del lugar del último avistamiento. Eran hombres bajos y robustos, sin barba. Algunos eran de piel clara y otros de piel oscura. Había diez de ellos, y se movían por el bosque con intranquilidad; el más leve sonido los ponía en guardia. Pero a pesar de toda su cautela no tenían ni idea de que los iban siguiendo. Todos llevaban armaduras de colores vivos, rojas y azules, algunos verdes y otros amarillas, excepto uno que vestía una túnica negra. Llevaban espadas como la que hay en la mesa, y otras sin el filo aserrado, escudos redondos y unos arcos muy raros, cortos y con una extraña curvatura doble.

Algon se echó hacia delante en su asiento.

—Son arcos compuestos, como los que usan los soldados-perro de Kesh.

Calin abrió los brazos.

—Kesh hace ya mucho que desapareció de estas tierras; y cuando nosotros conocimos el imperio, usaban arcos sencillos de tejo o fresno.

Algon interrumpió, con la excitación en su voz.

—Tienen un medio, secreto, de fabricar dichos arcos con madera y cuerno de animal. Son pequeños, pero poseen gran potencia, aunque no tanta como el arco largo. Su alcance es sorprendentemente...

Borric se aclaró la garganta sonoramente, porque no estaba dispuesto a permitir que el Maestro de Caballerizas divagase sobre su interés por las armas.

—Si su alteza quisiera continuar, por favor.

Algon se recostó en su asiento, rojo como un tomate.

—Los seguí durante dos días —continuó Calin—. Se detuvieron para acampar al anochecer y se tomaron muchas preocupaciones para no dejar rastro alguno de su paso. Todos los restos de comida y desechos corporales los reunieron en un saco que

llevaba uno del grupo. Se movían cuidadosamente, y no resultó fácil seguirlos. Cuando llegaron hasta el borde del bosque, cerca de la boca del Paso del Norte, hicieron algunas anotaciones en un pergamino, como habían hecho varias veces durante su recorrido. Entonces el que iba de negro activó un extraño objeto y se desvanecieron. —El duque y su gente se agitaron. Kulgan parecía especialmente preocupado. Calin hizo una pausa—. Sin embargo, lo que era más raro era su idioma, puesto que su lenguaje era totalmente diferente de ninguno que conociéramos. Hablaban en susurros, pero podíamos oírlos, y sus palabras no tenían sentido.

Entonces habló la reina.

—Tras oír esto me alarmé, puesto que estos ultramundanos están claramente haciendo mapas del Oeste, moviéndose con total libertad por el gran bosque, las colinas de Montaña de Piedra y ahora las costas del Reino. Incluso mientras nos preparábamos para enviaros noticias, los informes de avistamientos de esos ultramundanos se hicieron más frecuentes. Se han visto varios grupos más en la zona del Paso del Norte.

Arutha se echó hacia delante en su asiento, dejando descansar los brazos en la mesa.

—Si cruzan el Paso del Norte, descubrirán el camino hacia Yabon y las Ciudades Libres. La nieve habrá empezado a caer en las montañas y podrían descubrir que durante el invierno nos encontramos aislados de toda ayuda.

Durante un momento la alarma se reflejó en el rostro del duque, traicionando su actitud serena. Recuperó la compostura antes de hablar.

—Sigue estando el Paso del Sur, y es posible que no hayan llegado tan lejos haciendo sus mapas. Si estuvieran en esa zona, lo más seguro es que los enanos hayan visto signos de ellos, puesto que las aldeas de las Torres Grises están más dispersas que las de Montaña de Piedra.

—Lord Borric —dijo Aglaranna—, nunca me habría aventurado a salir de Elvandar si no pensase que la situación es crítica. Por lo que nos habéis contado de este imperio de otro mundo, si son tan poderosos como decís, entonces temo por las gentes libres del Oeste. Aunque los elfos sentimos poco aprecio por el reino como tal, respetamos a la gente de Crydee, porque siempre habéis sido honorables y nunca habéis tratado de extender vuestros dominios por nuestro reino. Nos aliaríamos con vos si esos ultramundanos vinieran con planes de conquista.

Borric estuvo sentado en silencio durante algunos instantes.

—Agradezco a la señora de Elvandar la ayuda de los elfos si llegase la guerra. También estamos en deuda con vos por vuestros consejos, puesto que ahora podemos actuar. Si no hubiéramos conocido dichos sucesos en los grandes bosques, lo más probable es que les hubiéramos dado a los ultramundanos más tiempo para cualquier problema que estén preparando. —Volvió a hacer una pausa durante un momento,

como si estuviera considerando sus siguientes palabras—. Y estoy convencido de que esos tsurani traen malas intenciones respecto a nosotros. Podría entender que estuviesen explorando una tierra alienígena y extraña, tratando de determinar la naturaleza y el carácter de la gente que vive allí, pero si lo que hay son guerreros haciendo mapas de grandes extensiones eso sólo puede ser el prelude a una invasión.

Kulgan parecía cansado cuando intervino.

—Lo más probable es que vengan con una poderosa hueste.

Tully negó con la cabeza.

—Quizá no. —Todos los ojos se volvieron hacia él mientras hablaba—. Yo no estoy tan seguro. Muchas de las cosas que leí en la mente de Xomich eran confusas, pero hay algo acerca de este Imperio de Tsuranuanni que lo hace ser muy diferente a cualquier otra nación que conozcamos; hay algo muy extraño acerca de su sentido del deber y de las alianzas. No puedo decir cómo, pero sospecho que primero pueden intentar probarnos, sólo con una pequeña parte de su poder. Es como si tuvieran su atención puesta en otro sitio, y nosotros fuéramos algo secundario. —Admitió su confusión moviendo la cabeza—. Es simplemente que tengo esta sensación, nada más.

El duque se irguió en su asiento, y su voz adquirió un tono imperioso.

—Actuaremos. Enviaré mensajes al duque Brucal de Yabon, y de nuevo a Montaña de Piedra y las Torres Grises.

—Estaría bien oír lo que saben los enanos —opinó Aglaranna.

—Esperaba que ya hubiéramos recibido respuesta, pero nuestros mensajeros no han vuelto, ni las palomas que llevaban.

—Halcones, quizá —intervino Lyam—. No siempre se puede depender de las palomas, o quizá los mensajeros nunca llegaron hasta los enanos.

Borric se giró hacia Calin.

—Hace ya cuarenta años del asedio de Carse, y hemos tenido poco contacto con los enanos desde entonces. ¿Quién está ahora al frente de los clanes?

El príncipe elfo respondió.

—Como entonces, Montaña de Piedra está bajo la bandera de Harthorn, de la línea de Hogarn, en la villa de Delmoria. Las Torres Grises se agrupan en torno al estandarte de Dolgan, de la línea de Tholin, en la villa de Caldara.

—Ambos me son conocidos, aunque yo no era más que un niño cuando rompieron el asedio de los Hermanos Oscuros a Carse —dijo Borric—. Demostrarán ser fieros aliados si llegan los problemas.

—¿Qué hay de las Ciudades Libres y del príncipe en Krondor? —preguntó Arutha.

Borric volvió a sentarse.

—Debo pensar en eso, porque hay problemas en el este, o al menos eso he oído. Esta noche pensaré sobre dicho asunto. —Se levantó—. Os agradezco a todos estos

consejos. Volved a vuestras habitaciones y disponed de descanso y refrigerios. Os pido que consideréis posibles planes para encargarnos de los invasores, si vinieran, pues mañana nos encontraremos de nuevo.

Mientras la reina de los elfos se levantaba, Borric le ofreció su brazo y luego la escoltó atravesando las puertas que Tomas y Pug mantenían abiertas. Los chicos fueron los últimos en salir. Fannon se llevó a Tomas a los barracones de los soldados, mientras que Kulgan se quedó fuera de la estancia con Tully y los dos consejeros elfos.

El mago se volvió hacia su aprendiz.

—Pug, el príncipe Calin ha expresado cierto interés en tu pequeña biblioteca de libros de magia. ¿Querías enseñárselos, por favor?

Pug dijo que lo haría y condujo al príncipe por las escaleras hacia su puerta, que abrió para él. Calin entró y Pug pasó detrás. Fantus estaba durmiendo y se despertó sobresaltado. Le lanzó al elfo una mirada de desconfianza.

Calin cruzó lentamente la habitación hacia el draco y le susurró algunas palabras en un idioma que Pug no pudo comprender. Fantus se tranquilizó y estiró el cuello para que el príncipe le rascara la cabeza. Tras un momento, el draco miró expectante al aprendiz de mago.

—Sí, la cena ya ha acabado —le dijo Pug—. La cocina estará llena de sobras. — Fantus se movió hacia la ventana con una sonrisa lobuna y usó su hocico para abrirla. Con un chasqueo de las alas estaba fuera, planeando hacia la cocina.

Pug le ofreció un taburete a Calin, pero el príncipe rehusó.

—Gracias, pero vuestras sillas y taburetes no son muy cómodas para mi gente. Mejor me siento en el suelo, con tu permiso. Tienes una mascota de lo más peculiar, escudero Pug.

Le dedicó a Pug una pequeña sonrisa. Pug se sentía un tanto incómodo recibiendo al príncipe en su pobre habitación, pero la actitud de éste estaba haciendo que el muchacho se tranquilizase.

—Fantus es más un huésped permanente que una mascota. Tiene sus propias ideas. No es raro que desaparezca durante semanas, de vez en cuando, pero generalmente se queda aquí. Debe comer fuera de la cocina ahora que Meecham se ha ido.

Calin preguntó quién era Meecham. Pug se lo explicó, añadiendo:

—Kulgan lo ha mandado al otro lado de las montañas, a Bordon, con algunos de los guardias del duque, antes de que la nieve cierre el Paso del Norte. No dijo por qué se iba, Alteza.

Calin miraba uno de los libros del muchacho.

—Preferiría que me llamasen Calin, Pug.

Pug asintió, complacido.

—Calin, ¿qué crees que tiene en mente el duque?

El elfo le dedicó una sonrisa enigmática.

—Ya revelará el duque sus planes, creo. Mi suposición es que Meecham está preparando el camino por si el duque decidiera viajar al este. Lo más probable es que lo sepas por la mañana. —Sostuvo el libro que había estado hojeando—. ¿Te pareció interesante?

Pug se inclinó y leyó el título.

—¿El *Tratado Sobre la Animación de Objetos* de Dorcas? Sí, aunque poco claro.

—Una buena opinión. Dorcas era un hombre poco claro, o al menos a mí me lo parecía.

—Pero Dorcas murió hace más de treinta años...

Calin sonrió ampliamente, mostrando una dentadura blanca y regular. Sus ojos pálidos brillaron a la luz de la lámpara.

—Entonces no sabes mucho acerca de los elfos.

—Poco —asintió Pug—. Eres el primer elfo con el que he hablado aunque puede que haya visto otro una vez, cuando era muy pequeño pero no estoy seguro. —Calin dejó de lado el libro—. Sólo sé lo que Martin Arcolargo me ha dicho: que de algún modo podéis hablar con los animales, y con algunos espíritus. Que vivís en Elvandar y los bosques élficos que la rodean, y que principalmente os relacionáis con vuestra propia gente.

El elfo se rio, un sonido suave y melódico.

—Casi todo es cierto. Conociendo al amigo Arcolargo, me apuesto a que algunos de los relatos eran pintorescos, porque aunque no es hombre engañoso, tiene el sentido del humor de un elfo. —La expresión de Pug demostraba que no entendía nada—. Según vuestra medida vivimos mucho tiempo. Aprendemos a apreciar el humor que hay en el mundo, y a menudo encontramos divertidas cosas que a los hombres no les parecen tanto. O podrías decir que tenemos una forma diferente de ver la vida. Martin aprendió esto de nosotros, creo.

Pug asintió.

—Ojos burlones.

Calin levantó una ceja en señal de interrogación. Pug se explicó.

—Mucha gente de aquí encuentra difícil convivir con Martin. Lo consideran diferente de algún modo. Una vez oí decir a un soldado que tenía ojos burlones.

Calin suspiró.

—La vida ha sido difícil para Martin. Se quedó solo a una edad muy temprana. Los monjes de Silban son hombres buenos y gentiles, pero no están preparados para criar a un niño. Martin vivía en los bosques como un salvaje cuando podía escaparse de sus tutores. Me lo encontré un día, peleándose con dos de nuestros niños. No somos muy diferentes de los hombres cuando somos niños. Con el paso de los años, ha crecido para convertirse en uno de los pocos humanos que es libre de ir a Elvandar

cuando lo desea. Es un amigo muy apreciado. Pero yo creo que lleva una carga muy pesada de soledad, ya que no pertenece completamente al mundo de los elfos ni al de los hombres, sino que está en medio de ambos.

Pug vio entonces a Martin bajo una nueva luz, y tomó la resolución de intentar conocer mejor al Maestro de Caza. Volvió al tema original.

—¿Es verdad lo que contaba?

Calin asintió.

—En algunos aspectos. Podemos hablar con los animales sólo como lo hacen los hombres, tranquilizándolos con nuestro tono de voz, aunque lo hacemos mejor que la mayoría de los humanos, puesto que podemos comprender mejor el estado de ánimo de las bestias. Martin tiene algo de este talento. Sin embargo, no hablamos con los espíritus. Conocemos criaturas a las que los humanos consideran espíritus: dríadas, duendes, hadas... pero son seres naturales que viven cerca de nuestra magia.

Esto despertó el interés de Pug.

—¿Vuestra magia?

—La nuestra es una magia que es parte de nuestro ser, y es más poderosa en Elvandar. Es una herencia que se remonta a eras pasadas, que nos permite vivir en paz con nuestros bosques. Allí trabajamos como hacen otros, cazando, cuidando de nuestros jardines, celebrando nuestras alegrías, enseñando a nuestros jóvenes. El tiempo pasa lentamente en Elvandar, porque es un lugar intemporal. Por eso me acuerdo de haber hablado con Dorcas, porque a pesar de mi apariencia juvenil tengo más de cien años.

—Cien... —Pug agitó la cabeza—. Pobre Tomas, le molestó saber que eras el hijo de la reina. Ahora se va a quedar desolado.

Calin inclinó la cabeza, con una media sonrisa jugueteando en su rostro.

—¿El chaval que estaba con nosotros en la cámara del consejo?

Pug asintió.

—No es la primera vez que mi madre tiene ese efecto en un humano, aunque los hombres mayores pueden ocultarlo con más facilidad.

—¿No te importa? —dijo Pug, sintiéndose protector de su amigo.

—No, Pug, por supuesto que no. Todo Elvandar está enamorado de la reina, y se reconoce que su belleza es insuperable. No me sorprende que tu amigo quedara fascinado. Desde que mi Padre-rey nos dejó, más de un atrevido noble de tu raza ha venido a pedir la mano de Aglaranna. Ahora su luto está al acabar, y podría tomar otro esposo si quisiera. Que fuera uno de tu raza es muy poco probable, puesto que aunque ha habido algunos matrimonios así, han sido muy pocos, y suelen acabar siendo tristes para los nuestros. Ella todavía vivirá por espacio de muchas vidas humanas, quieranlo los dioses. —Calin miró a su alrededor por la habitación, y luego añadió—: Lo más probable es que nuestro amigo Tomas supere sus sentimientos por

la gran señora de los elfos. Al igual que vuestra princesa cambiará sus sentimientos hacia ti, opino.

Pug se sintió azorado. Había sentido curiosidad acerca de la conversación entre Carline y el príncipe élfico durante la cena, pero no se había atrevido a preguntar.

—Me di cuenta de que hablasteis largo y tendido.

—Esperaba encontrarme con un héroe de dos metros, con el trueno danzando sobre sus hombros. Al parecer mataste a una veintena de trolls con un simple gesto de la mano.

Pug se sonrojó.

—Fueron sólo dos, y casi por accidente.

Las cejas de Calin salieron disparadas hacia arriba.

—Incluso dos es un logro. Había pensado que la chica era culpable de un ataque de fantasía. Me gustaría oír la historia.

Pug le contó lo que había sucedido.

—Es un relato poco habitual, Pug —dijo Calin cuando hubo acabado—. Sé poco de la magia humana, pero sí lo suficiente como para pensar que lo que hiciste fue tan extraño como dice Kulgan. La magia élfica es muy diferente de la humana, pero nosotros comprendemos la nuestra mejor de lo que vosotros comprendéis la vuestra. Nunca había oído nada así, pero hay algo que puedo compartir contigo. A veces, en momentos de gran necesidad, puede hacerse una llamada interior, sacando a la superficie poderes que yacen latentes en lo más profundo de nosotros.

—Yo había pensado algo así, aunque estaría bien comprender un poco mejor lo que pasó.

—Puede que llegue el momento en el que lo hagas.

Pug miró a su invitado y emitió un sonoro suspiro.

—También me gustaría comprender a Carline.

Calin se encogió de hombros y sonrió.

—¿Quién puede entender la mente de otro? Creo que durante algún tiempo serás el objeto de sus atenciones. Entonces, puede, otro la distraerá, quizá el joven escudero Roland. Parece que ella lo tiene sometido bajo sus...

Pug gruñó.

—Roland, ese... incordio.

Calin sonrió.

—¿Entonces te gusta la princesa?

Pug levantó la mirada como buscando ayuda de una fuente superior.

—Me gusta —admitió con un suspiro—, pero no sé si me importa de esa forma tan especial. A veces creo que sí, especialmente cuando veo a Roland rondándola, pero otras veces no. Hace que me sea *muy* difícil pensar claramente, y parece que nunca le digo nada bien.

—A diferencia del escudero Roland —terció Calin.

Pug asintió.

—Ha nacido y ha crecido en una corte. Siempre sabe qué decir. —Pug se recostó en el asiento apoyándose en los codos y suspiró—. Creo que me molesta más por envidia que por cualquier otra cosa. Me hace sentirme como un mamarracho sin modales que tuviera piedras por manos y troncos de árbol por pies.

Calin asintió comprensivo.

—No me considero un experto en todas las costumbres de tu gente, Pug, pero he pasado el tiempo suficiente con humanos como para saber que sois vosotros los que elegís como os sentís; Roland te hace sentirte torpe porque tú lo dejas. Me arriesgaría a decir que quizá el joven Roland se sienta igual cuando vuestros puestos están cambiados. Los defectos que vemos en los demás nunca parecen tan terribles como los que vemos en nosotros mismos. Puede que Roland envidie tu forma directa de hablar y tu actitud franca. De cualquier modo, lo que tú o Roland hagáis tendrá poco efecto sobre la princesa mientras ella siga decidida a salirse con la suya. Se ha enamorado de ti del mismo modo que tu amigo lo ha hecho de nuestra reina. A menos que te conviertas en un palurdo sin remedio, no va a cambiar de actitud hasta que lo consiga. Creo que te tiene en mente como su futuro consorte.

Pug abrió la boca durante un momento antes de responder.

—¿Consorte?

Calin sonrió.

—Los jóvenes suelen preocuparse de asuntos que deberían dejarse para años posteriores. Sospecho que su determinación en este asunto se debe tanto a tu reluctancia como a un genuino aprecio por tu valía. Ella, al igual que muchos niños, simplemente quiere aquello que no puede tener. —En tono amistoso añadió—: El tiempo lo dirá.

Pug se inclinó hacia delante, con expresión preocupada en el rostro.

—Oh, cielos, la he liado. La mitad de los chicos del castillo creen estar enamorados de la princesa. Si supieran lo terrorífica que puede ser la realidad... —Cerró los ojos y los mantuvo apretados unos instantes—. Me duele la cabeza. Pensé que ella y Roland...

—Puede que sólo sea una herramienta para provocar tu interés. Por desgracia, eso parece haber producido problemas entre vosotros.

Pug asintió lentamente.

—Creo que sí. A fin de cuentas, Roland tampoco es mala persona; casi todo el tiempo hemos sido amigos, pero desde que subí de posición ha sido abiertamente hostil. Intento ignorarlo, pero se me mete en las tripas apenas pasa un poco de tiempo. Quizá debería intentar hablar con él.

—Eso sería inteligente, supongo, pero no te sorprendas si no se muestra receptivo

ante tus palabras. Lo más posible es que esté atrapado por su hechizo.

A Pug el asunto le estaba provocando un dolor de cabeza, y la mención de la palabra hechizo le hizo preguntar:

—¿Podrías contarme más acerca de la magia élfica?

—Nuestra magia es antigua. Es parte de lo que somos y está en lo que creamos. Las botas élficas pueden hacer incluso que un humano camine en silencio, y los arcos élficos dan mejor en el blanco, pues esa es la naturaleza de nuestra magia. Está en nosotros, en nuestros bosques, en nuestras creaciones. A veces puede ser controlada, sutilmente, por aquellos que la entienden completamente... los tejedores de magia, como Tathar. Pero esto no es fácil, ya que nuestra magia se resiste a la manipulación. Se parece más al aire que a cualquier otra cosa, siempre nos rodea, aunque nunca la vemos. Pero al igual que el aire, que se siente cuando sopla el viento, tiene sustancia. Los hombres llaman encantados a nuestros bosques, porque hemos vivido tanto tiempo en ellos que nuestra magia ha creado el misterio de Elvandar. Todos los que viven allí están en paz. Nadie puede entrar en Elvandar si no se le ha invitado, a menos que use artes poderosas, e incluso las distantes fronteras de los bosques élficos perturban a aquellos que entran con malas intenciones. No siempre ha sido así; en eras pasadas compartimos nuestra vida con los *moredhel*, aquellos a quienes vosotros llamáis la Hermandad de la Senda Oscura. Desde la gran ruptura, cuando los expulsamos de nuestros bosques, Elvandar ha estado cambiando, convirtiéndose más en nuestro sitio, nuestro hogar, nuestra esencia.

—¿Son realmente los Hermanos de la Senda Oscura primos de los elfos?

Los ojos de Calin se oscurecieron. Hizo una pausa durante un momento antes de responder.

—Hablamos poco de tales cosas, porque hay mucho que nos gustaría que no fuera cierto. Esto es lo que puedo decirte: hay un vínculo entre los *moredhel*, a los que vosotros llamáis la Hermandad, y mi gente, aunque es antiguo y tenso. Desearíamos que no fuera así, pero realmente son nuestros primos. Muy de tarde en tarde alguno vuelve a nosotros, lo que nosotros llamamos el Retorno. —Parecía que el tema le incomodaba.

—Lo siento si...

Calin rechazó la disculpa con un gesto de la mano.

—La curiosidad no es nada por lo que deba disculparse un estudiante, Pug. Simplemente no me gustaría hablar más acerca de este tema.

Siguieron hablando hasta bien entrada la noche, de muchas cosas. Pug estaba fascinado por el príncipe elfo, y se sentía muy halagado de que muchas de las cosas que decía le parecieran interesantes a Calin.

—Debería retirarme —anunció al fin el elfo—. Aunque necesito descansar poco, requiero reposo, y creo que tú también.

Pug se levantó para despedirse.

—Gracias por contarme tanto. —Entonces sonrió, un tanto azorado—. Y por hablarme de la princesa.

—Necesitabas hablar.

Pug condujo a Calin hasta el salón principal, desde donde un sirviente lo llevó hasta sus estancias. Pug volvió a su habitación y se acostó para dormir, junto con un Fantus mojado que gruñía de indignación por haber tenido que volar a través de la lluvia. Fantus pronto estuvo dormido; Pug, sin embargo, se quedó mirando fijamente la titilante luz del brasero que danzaba en el techo, incapaz de dormirse.

Trató de sacar de su cabeza los relatos de extraños guerreros, pero las imágenes de los luchadores ataviados con brillantes colores acechando en los bosques occidentales hizo que dormirse fuera imposible.

Se respiraba un ambiente sombrío por todo el castillo de Crydee la mañana siguiente. Los chismorreos de los sirvientes habían difundido las noticias acerca de los tsurani, aunque faltaban detalles. Todo el mundo se puso a sus tareas con las orejas abiertas esperando cualquier minucia acerca de lo que haría el duque. Todo el mundo estaba de acuerdo en una cosa: Borric conDoin, duque de Crydee, no era de la clase de hombres que se quedan sentados esperando. Algo iba a hacerse, y pronto.

Pug estaba sentado sobre una bala de heno, observando a Tomas practicar con una espada, golpeando un poste de madera, lanzando estocadas y tajos una y otra vez. Sus golpes carecían de empeño, y finalmente tiró la espada al suelo, disgustado.

—No voy a conseguir nada. —Se acercó a Pug y se sentó a su lado—. Me pregunto de qué estarán hablando.

Pug se encogió de hombros. Ese «estarán» se refería al consejo del duque; hoy no se les había pedido a los chicos que fueran, y las cuatro últimas horas habían pasado lentamente.

De repente el patio se llenó de actividad cuando los sirvientes salieron apresurados hacia la puerta principal.

—Vamos —dijo Tomas.

Pug saltó de la bala y siguió a su amigo.

Rodearon la torre del homenaje justo a tiempo de ver a los guardias salir como lo habían hecho el día anterior. Hacía más frío que ayer, pero no llovía. Los muchachos se subieron al mismo carromato, y Tomas tiritó.

—Creo que las nieves vendrán pronto este año. Quizá mañana.

—Si lo hacen será la nevada más tempranera que se recuerde. Deberías haberte puesto la capa. Ahora estás sudando por el entrenamiento y el aire te está helando.

Tomas parecía ofendido.

—Dioses, pareces mi madre.

Pug imitó un tono enfadado.

—Y no vengas corriendo a mí buscando alivio cuando estés azul de frío, y tosiendo y estornudando, porque no lo vas a encontrar, Tomas Megarson —dijo con voz aguda y nasal.

Tomas sonrió.

—Ahora eres clavadito a ella.

Se volvieron hacia el sonido del gran portón abriéndose. El duque y la reina elfa conducían al resto de los huéspedes fuera de la torre del homenaje, mientras el duque sostenía la mano de la reina en un gesto de despedida y amistad. Entonces la reina se acercó la mano a la boca y cantó una musical sucesión de palabras, no en un tono de voz fuerte, pero que se elevaron sobre el sonido de la muchedumbre. Los sirvientes que se encontraban en el patio quedaron en silencio, y pronto pudo oírse sonido de cascos de caballo fuera del castillo.

Doce corceles blancos entraron galopando por las puertas y se irguieron sobre las patas traseras en saludo a la reina. Los elfos montaron rápidamente, subiendo de un salto a la grupa sin ayuda. Levantaron las manos en saludo hacia el duque, y luego se volvieron y partieron al galope por las puertas.

Durante algunos minutos después de que se hubieran ido, la multitud permaneció allí, como si les costase admitir que habían visto a los elfos por última vez, posiblemente en su vida. Poco a poco empezaron a volver al trabajo.

Tomas miraba a la distancia, y Pug se volvió hacia él.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría ver Elvandar algún día —respondió Tomas en voz baja.

Pug comprendió.

—Quizá algún día lo veas. —Y luego añadió en un tono de voz menos serio—: Pero lo dudo. Porque yo seré mago y tú serás un soldado, y la reina reinará en Elvandar mucho después de que hayamos muerto.

Tomas saltó juguetonamente sobre su amigo, haciéndolo caer sobre la paja.

—Así que esas tenemos. Vale, yo iré a Elvandar algún día. —Atrapó a Pug bajo el sentándose en su pecho—. Y cuando lo haga, seré un gran héroe, con decenas de victorias sobre los tsurani. Ella me dará la bienvenida como a un huésped honorable. ¿Qué opinas de eso?

Pug rio, tratando de quitarse de encima a su amigo.

—Y yo seré el mago más grande de toda la tierra.

Ambos rieron. Una voz interrumpió sus juegos.

—¡Pug! Ahí estás.

Tomas se levantó y Pug se sentó. Acercándose venía la robusta figura de Gardell el herrero. Era un hombre de pecho ancho, con poco pelo pero una densa barba negra. Sus brazos estaban manchados por el humo, y su delantal tenía multitud de pequeños

agujeros de quemaduras. Se acercó al costado del carromato y colocó los brazos en jarras.

—Te he estado buscando por todo el castillo. Ya tengo la campana que Kulgan me pidió que te fabricara para el brasero.

Pug bajó a trompicones de la carreta, y Tomas le siguió de cerca. Siguieron a Gardell hacia la herrería que había detrás del torreón del homenaje.

—Una idea condenadamente inteligente, esa campana —dijo el forzado—. He trabajado en la forja durante casi treinta años y nunca se me ocurrió usar una campana para un brasero. Supe que tenía que hacerla en cuanto Kulgan me habló del plan.

Entraron en la herrería, un gran cobertizo con una fragua grande y otra pequeña, y varios yunques de diferentes tamaños. Cosas de todo tipo estaban desperdigadas esperando ser reparadas: armaduras, hierros de estribos, y utensilios de cocina. Gardell caminó hasta la forja más grande y recogió la campana. Medía como un metro de lado por uno de alto, y formaba un cono con un agujero arriba del todo. Cerca había varios trozos de tubería metálica cilíndrica, fabricada en chapa especialmente delgada.

Gardell sostuvo su creación para que los muchachos la examinaran.

—La he hecho muy fina, usando bastante hojalata para que fuera más ligera, porque si fuese más pesada se combaría. —Señaló con el pie varias barras metálicas—. Haremos unos pequeños agujeros en el suelo y usaremos eso como soporte. Pude que tome algo de tiempo ponerlo en marcha, pero creo que esta cosa tuya va a funcionar.

Pug sonreía ampliamente. Encontraba una gran satisfacción en ver una de sus ideas tomando una forma concreta. Era una sensación nueva y gratificante.

—¿Cuándo la instalamos?

—Ahora mismo si quieres. Tengo que confesar que me gustaría verla funcionar.

Pug recogió parte de las tuberías, y Tomas el resto, junto con las barras. Haciendo malabarismos con la incómoda carga, se pusieron en marcha hacia la torre del mago, con el risueño herrero tras ellos.

Kulgan estaba sumido en sus pensamientos cuando empezó a subir la escalera hacia su habitación. De repente, resonó un grito desde arriba.

—¡Cuidado!

Kulgan miró justo a tiempo de ver un bloque de piedra que bajaba rodando las escaleras, botando sobre los escalones como si sufriera un ataque de ebria locura. Saltó a un lado justo cuando el bloque golpeaba contra la pared donde él había estado y quedaba detenido debajo de las escaleras. El polvo del cemento inundaba el aire, y Kulgan estornudó.

Tomas y Pug llegaron corriendo por las escaleras, con expresión preocupada en el

rostro. Cuando vieron que nadie había resultado herido, ambos parecieron aliviados.

Kulgan dirigió a la pareja una mirada funesta.

—¿Qué es todo esto?

Pug parecía avergonzado, mientras que Tomas trataba de camuflarse contra la pared. Pug fue el primero en hablar.

—Estábamos intentando bajar la piedra hasta el patio, y como que se nos cayó.

—¿Cómo que se os cayó? Más bien parecía una huida enloquecida por su libertad. Ahora, ¿por qué estabais cargando la piedra y de dónde ha salido?

—Es la piedra suelta de mi pared —respondió Pug—. La sacamos para que Gardell pudiera poner la última tubería en su sitio. —Como parecía que Kulgan seguía sin entender nada, Pug continuó—: Es para la campana de mi brasero, ¿te acuerdas?

—Ah —dijo Kulgan—, sí. Ahora sí.

Un criado llegó para investigar el ruido, y Kulgan le pidió que cogiese un par de trabajadores del patio para que se llevasen el bloque. El criado se fue, y Kulgan se volvió hacia los muchachos.

—Creo que sería mejor que alguien un poco más grande se llevase esa piedra. Ahora veamos esa maravilla.

Subieron por las escaleras hasta la habitación del aprendiz y se encontraron a Gardell instalando el último tramo de la tubería. El herrero se dio la vuelta cuando entraron.

—¿Y bien, qué opináis?

Se había movido el brasero un poco hacia la pared, y la campana estaba sostenida sobre el mismo por cuatro barras metálicas. La campana atrapaba todo el humo y lo evacuaba por la ligera tubería metálica. Por desgracia, el agujero que había dejado la piedra era bastante más grande que la tubería, así que la mayor parte del humo volvía a entrar en la habitación a causa del viento.

—Kulgan, ¿qué opinas? —dijo Pug.

—Bueno, chico. Parece muy impresionante, pero no veo mucha mejora en la atmósfera de aquí.

Gardell le dio un fuerte golpe a la campana con la mano, haciéndola tintinear con un sonido metálico. Sus gruesos callos impidieron que se quemara con el metal caliente.

—Lo hará, tan pronto como tape ese agujero, mago. Voy a coger piel de toro de la que utilizo para hacer los escudos de los jinetes, hacer un agujero en el centro de una pieza, pasarla en torno a la tubería y clavarla a la pared. Unos pocos brochazos de tanino, y el calor al secarla la dejará fuerte y rígida. Retendrá el calor y mantendrá la lluvia y el viento fuera de la habitación, junto con el humo. —El herrero parecía satisfecho con su trabajo—. Bueno, voy a por la piel. Vuelvo enseguida.

Pug parecía que iba a reventar de orgullo al ver su invención ante él, y Tomas reflejaba la gloria de Pug. Kulgan se rio para sí durante un instante. De repente, Pug se volvió hacia el mago, al recordar dónde había pasado éste el día.

—¿Qué noticias hay del consejo?

—El duque envía mensajes a todos los nobles occidentales, explicando lo que ha ocurrido detalladamente, y pidiendo que se apresten los Ejércitos del Oeste. Me temo que a los escribanos de Tully les quedan por delante unos días bastante ocupados, porque el duque quiere que acaben lo antes posible. Tully está de los nervios, porque se le ha ordenado que se quede y actúe como consejero de Lyam, junto con Fannon y Algon, durante la ausencia del duque.

—¿Consejero de Lyam? ¿Ausencia? —preguntó Pug sin entender casi nada.

—Sí. El duque, Arutha y yo vamos a viajar a las ciudades libres, y de allí a Kronador, para hablar con el príncipe Erland. Esta noche voy a mandarle un mensaje mediante sueños a un colega mío, si puedo. Belgan vive al norte de Bordon. Él se pondrá en contacto con Meecham, que ya debería estar allí, para que nos busque un barco. El duque cree que lo mejor es llevar las nuevas en persona.

Pug y Tomas parecían excitados. Kulgan sabía que ambos querían ir. Visitar Kronador sería la mayor aventura de sus jóvenes vidas. Kulgan se atusó la barba gris.

—Será difícil continuar tus lecciones, pero Tully podría ayudarte con un truco o dos.

Parecía que Pug iba a reventar.

—Por favor, Kulgan, ¿puedo ir yo también?

Kulgan fingió sorpresa.

—¿Venir tú? No se me había ocurrido. —Se paró unos instantes mientras crecía el suspense—. Bueno... —los ojos de Pug suplicaron—, me parece que no habría problema. —Pug gritó y dio un salto en el aire.

Tomas se esforzó en ocultar su desilusión. Se obligó a sonreír tibiamente y trató de aparentar que se alegraba por Pug.

Kulgan se fue hacia la puerta. Pug notó la expresión entristecida de Tomas.

—¿Kulgan? —dijo Pug. El mago se volvió con una leve sonrisa en los labios.

—¿Sí, Pug?

—¿Tomas también?

Tomas agitó la cabeza, porque no era ni un miembro de la corte ni el pupilo del mago, pero sus ojos miraron suplicantes a Kulgan.

Kulgan sonrió ampliamente.

—Me parece que va a ser mejor teneros a los dos juntos, y así sólo tendremos que esperar problemas en un sitio. Tomas también. Arreglaré el asunto con Fannon.

Tomas gritó, y los dos muchachos se palmearon la espalda.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Pug.

Kulgan rio.

—Dentro de cinco días. O antes, si el duque tiene noticias de los enanos. Se han mandado corredores al Paso del Norte para ver si está practicable. Si no, iremos por el Paso del Sur.

Kulgan se fue, dejando a los dos muchachos bailando hombro con hombro y dando gritos de excitación.

7

Entendimiento

Pug atravesó a toda prisa el patio.

La princesa Carline le había mandado una nota citándolo en su jardín floral. Era la primera vez que se dirigía a él desde que había abandonado abruptamente su último encuentro, y Pug estaba ansioso. No quería llevarse mal con Carline, a pesar de los conflictos interiores que sentía. Tras su breve discusión con Calin, dos días antes, había buscado al padre Tully y había hablado con él largo y tendido.

El viejo sacerdote había estado dispuesto a dedicar algún tiempo a hablar con el muchacho, a pesar de las exigencias del duque sobre su personal. La charla le había venido bien a Pug, haciéndolo estar más seguro de sí mismo. El mensaje final del viejo clérigo había sido: deja de preocuparte por lo que siente y piensa la princesa, y empieza a descubrir lo que siente y piensa Pug.

Había aceptado el consejo del clérigo y ahora estaba seguro de lo que diría si Carline empezase a referirse a cualquier tipo de «entendimiento» entre ellos. Por primera vez en semanas se sentía en el buen camino, aunque no estaba muy seguro de adónde llegaría si seguía dicho camino.

Al llegar al jardín de la princesa, torció una esquina y luego se detuvo, porque en vez de la princesa Carline, era el escudero Roland quien estaba junto a los escalones. Con una sonrisita, Roland inclinó la cabeza.

—Buenos días, Pug.

—Buenos días, Roland. —Pug miró a su alrededor.

—¿Esperando a alguien? —dijo Roland forzando un tono alegre que hizo poco para ocultar su hostilidad. Su mano descansaba de forma despreocupada en el pomo de su espada. Aparte de la hoja, iba vestido como siempre, con unas calzas de colores vivos y una blusa verde y oro, junto con unas altas botas de montar.

—Bueno... de hecho estaba esperando ver a la Princesa —dijo Pug, con una pequeña nota de desafío en su tono.

Roland fingió sorprenderse...

—¿De verdad? Lady Glynis mencionó algo de una nota, pero tenía entendido que

las cosas no iban bien entre vosotros dos...

Aunque Pug había tratado de ser comprensivo a lo largo de los últimos días con la situación de Roland, su actitud prepotente de superioridad y su hostilidad crónica se unían para irritarlo.

—*De escudero a escudero*, Roland —le espetó, dejándose llevar por su exasperación—, déjame que te lo diga de este modo: ¡Cómo estén las cosas entre Carline y yo *no es asunto tuyo!*

El rostro de Roland se contorsionó en un gesto de ira. Se adelantó, bajando la vista hacia el muchacho, de menor estatura.

—¡Al infierno con que no es asunto mío! No sé a lo que juegas, Pug, pero si haces algo para herirla, yo...

—¡Yo herirla! —interrumpió Pug. Estaba conmocionado por la ira de Roland y furioso por su amenaza—. Es ella la que nos está enfrentando uno contra otro...

De repente Pug sintió como el suelo se inclinaba bajo sus pies, levantándose para golpearlo por la espalda. Ante sus ojos destellaron unas luces y en sus oídos sonaron campanas. Tardó un rato en darse cuenta de que Roland acababa de golpearlo. Pug agitó la cabeza y su vista volvió a enfocarse. Vio como el escudero, mayor y más grande, se alzaba sobre él, con los puños cerrados. A través de dientes apretados, Roland escupió sus palabras.

—Si vuelves a hablar mal de ella te daré una paliza de muerte.

La cólera de Pug ardía en su interior, creciendo a cada momento. Se levantó con cuidado, los ojos fijos en Roland, que estaba listo para pelear. Sentía el amargo sabor de la ira en su boca al hablar.

—Tuviste dos años y más para ganártela, Roland. Déjala en paz.

El rostro de Roland se puso pálido, y éste embistió, derribando a Pug. Cayeron al suelo en un amasijo, mientras Roland golpeaba inofensivamente a Pug en hombros y brazos. Agarrados rodando, ninguno lograba hacer mucho daño. Pug pasó su brazo por el cuello de Roland y se colgó de él mientras el escudero pataleaba frenético. De repente, Roland puso una rodilla contra el pecho de Pug y se lo quitó de encima. Pug rodó y se levantó. Roland se puso en pie un instante después, y se pusieron frente a frente. La expresión de Roland había pasado de la cólera a una furia fría y calculadora mientras medía la distancia entre ellos. Avanzó cuidadosamente, con el brazo izquierdo flexionado extendido, y el puño derecho levantado ante la cara. Pug no tenía experiencia con esta clase de lucha, llamada boxeo de puños, aunque la había visto practicar por dinero en espectáculos itinerantes. Roland había demostrado en varias ocasiones que tenía un conocimiento más que superficial del deporte.

Pug intentó conseguir ventaja y lanzó un furioso gancho contra la cabeza de Roland. Roland lo esquivó a la vez que Pug daba la vuelta por completo; entonces el escudero saltó al frente lanzando su puño izquierdo, que alcanzó a Pug en la mejilla y

le hizo volver la cabeza con un doloroso golpe. Pug trastabilló hacia atrás, y el puño derecho de Roland no golpeó la barbilla de Pug por los pelos.

Pug alzó las manos para cubrirse de otro ataque y agitó la cabeza para aclararla de las lucecitas danzarinas que le obstruían la visión, y apenas logró agacharse para esquivar el siguiente golpe de Roland. Bajo la guardia de su rival, Pug se lanzó y golpeó al otro chico en el estómago con su hombro, volviendo a derribarlo. Pug cayó sobre él y forcejeó para inmovilizar los brazos del chico más grande contra su cuerpo. Roland golpeó, alcanzando la sien de Pug con un codazo, y el aturdido aprendiz de mago cayó, momentáneamente confuso.

Mientras volvía a ponerse en pie, el dolor explotó en el rostro de Pug, y el mundo volvió a inclinarse. Desorientado, incapaz de defenderse, sintió los golpes de Roland como acontecimientos distantes, algo amortiguados e irreconocibles por sus abotargados sentidos. Un flojo timbre de alarma sonó en una parte de su mente. Sin previo aviso, se pusieron en marcha una serie de procesos bajo una conciencia atontada por el dolor. Instintos básicos, más animales, se hicieron con el control, y una conciencia distante y apenas percibida emergió con nueva fuerza. Como en el encuentro con los trolls, unas letras cegadoras de luz y fuego aparecieron en el ojo de su mente, y las invocó en silencio.

El ser de Pug se tornó primitivo. En la conciencia que le quedaba era una criatura pretérita luchando por su supervivencia con una tenacidad asesina. En lo único que podía pensar era en arrancarle la vida a su adversario.

Repentinamente, sonó una alarma en la mente de Pug. Una profunda sensación de que algo no estaba bien, de malignidad, lo golpeó de frente. Los meses de entrenamiento salieron a la superficie, y fue como si estuviera oyendo la voz de Kulgan gritando «*¡Así no es como debe usarse el poder!*».

Sacudiéndose el velo mental que lo cubría, Pug abrió los ojos.

A través de la visión borrosa y las luces destellantes, Pug vio a Roland arrodillado a poco más de un metro de él, con los ojos desorbitados, forcejeando en vano con los dedos invisibles que le rodeaban el cuello. Pug se sentía desvinculado de lo que veía, y a medida que recuperaba la claridad mental supo lo que pasaba. Echándose hacia delante, cogió a Roland por las muñecas.

—¡Para, Roland! ¡Para! No es real. Las únicas manos en tu garganta son las tuyas.

Roland, ciego de terror, parecía incapaz de oír los gritos de Pug. Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, Pug le arrancó las manos del cuello y luego le abofeteó el rostro. Los ojos de Roland se llenaron de lágrimas y tomó aliento apresuradamente, un sonido jadeante e irregular.

—Era una ilusión —dijo Pug, aún conmocionado—. Te estabas ahogando tú mismo.

Roland jadeó y empujó a Pug lejos de sí, mientras el miedo se evidenciaba en su

rostro. Débilmente trató de desenvainar la espada. Pug se inclinó hacia delante y agarró con firmeza la muñeca de Roland. Apenas capaz de hablar, negó con la cabeza.

—No hay motivo.

Roland miró a Pug a los ojos, y el miedo en los suyos empezó a retroceder. Algo dentro del escudero mayor pareció romperse, y ya sólo hubo un cansado y agotado joven sentado en el suelo. Respirando a duras penas, Roland se sentó y en sus ojos empezaron a formarse lágrimas.

—¿Por qué?

El propio cansancio de Pug le hizo recostarse apoyado en las manos. Estudió el joven y atractivo rostro que tenía delante de él, contorsionado por la duda.

—Porque estás preso de un conjuro más fuerte que cualquiera de los que yo podría hacer. —Miró a Roland a los ojos—. La amas de verdad ¿no?

El último vestigio de la cólera de Roland se evaporó lentamente; sus ojos aún mostraban algo de miedo, pero Pug también vio profundo dolor y angustia mientras una lágrima caía por la mejilla de Roland. Sus hombros se hundieron a la vez que asentía, y le faltó el aliento cuando trató de hablar. Por un instante pareció al borde del llanto, pero combatió su dolor y recuperó la dignidad. Respirando hondo, Roland se limpió las lágrimas y volvió a inspirar profundamente.

—¿Y tú? —preguntó con cierta cautela, mirándolo a los ojos.

Pug se despatarró en el suelo, sintiendo como volvía algo de su fuerza.

—Yo... no estoy seguro. Me hace dudar de mí mismo. No lo sé. A veces no puedo pensar en nadie más, y otras veces me gustaría estar tan lejos de ella como pudiera.

Roland indicó que lo comprendía, y su último residuo de miedo se desvaneció.

—En lo que respecta a ella, me siento como un tonto.

Pug soltó una risita. Roland lo miró, y luego empezó a reírse también.

—No sé por qué —dijo Pug—. Pero lo que has dicho me parece muy gracioso. — Roland asintió y continuó riéndose. Pronto ambos estuvieron sentados con las lágrimas corriendo por sus rostros mientras el vacío emocional dejado por la ira era llenado por la euforia.

Roland se recuperó un tanto, conteniendo la risa, cuando Pug lo miró.

—Un tonto —dijo, lo cual les provocó un nuevo ataque de risa.

—¡Bueno! —interrumpió una voz cortante.

Ambos se volvieron y se encontraron con Carline, flanqueada por dos damas de compañía que observaba la escena. Instantáneamente ambos muchachos se callaron. La chica lanzó una mirada de reprobación a la pareja despatarrada en el suelo.

—Puesto que los dos parecéis tan prendados el uno del otro, no me entrometeré.

Pug y Roland intercambiaron miradas y de repente empezaron a reírse a mandíbula batiente. Roland se cayó de espaldas, mientras que Pug se quedó sentado con las piernas extendidas, riéndose con las manos tapándole la cara. Carline se

sonrojó de furia y los ojos se le desencajaron.

—¡Excusadme! —dijo con voz gélida y se dio la vuelta, pasando como una exhalación entre sus damas. Mientras se iba, la pudieron oír gritando «¡Chicos!».

Pug y Roland se quedaron sentados durante un minuto hasta que el ataque casi histérico se les pasó; entonces Roland se levantó y le tendió la mano a Pug. Éste la cogió y Roland le ayudó a ponerse en pie.

—Lo siento, Pug. No tenía derecho a enfadarme contigo —su voz se suavizó—. Paso las noches sin dormir pensando en ella. Espero los pocos momentos al día en que estamos juntos. Pero desde que la salvaste lo único que oigo es tu nombre. —Tocándose el cuello enrojecido, Roland siguió—. Me enfadé tanto que pensé que iba a matarte. Y en vez de eso casi consigo que me mates a mí.

Pug miró hacia la esquina por la que había desaparecido la princesa, asintiendo.

—Yo también lo siento, Roland. Todavía no soy muy bueno controlando la magia, y cuando pierdo los nervios, parece que puede suceder toda clase de cosas terribles. Como con los trolls. —Pug quería que Roland comprendiera que seguía siendo Pug, aunque ahora fuese aprendiz de mago—. Nunca haría eso a propósito, especialmente a un amigo.

Roland estudió el rostro de Pug durante un momento y luego sonrió, mitad irónico mitad arrepentido.

—Lo comprendo. Actué mal. Tú tenías razón, sólo nos está enfrentado el uno contra el otro. Soy un tonto. Eres tú quien le importa.

Pug pareció perder el ánimo.

—Créeme Roland, no estoy tan seguro de que debas envidiarme.

La sonrisa de Roland se ensanchó.

—Es una chica de carácter fuerte, eso está claro. —Pillado a medio camino entre mostrar abiertamente su autocompasión o una fanfarronada medio en broma medio en serio, escogió la fanfarronada.

Pug agitó la cabeza.

—¿Qué hacemos, Roland?

Roland pareció sorprendido, y luego se rio sonoramente.

—No me pidas consejo a mí, Pug. Yo bailo al son que me canta como el que más. Pero como dice el refrán, «el corazón de una jovencita es tan cambiante como el viento». No te culparé por los actos de Carline. —Le hizo a Pug un guiño de complicidad—. Aun así, espero que no te importe si me mantengo alerta por si cambia el tiempo.

Pug se rio a pesar de su agotamiento.

—Ya decía yo que parecías demasiado generoso en tus concesiones. —Un gesto pensativo se aposentó en su rostro—. Sabes, sería más sencillo, no mejor, sino más sencillo, si me ignorase para siempre, Roland. No sé qué pensar acerca de todo esto.

Tengo que completar mi aprendizaje. Algún día tendré tierras que administrar. Y luego está este asunto de los tsurani. Todo me ha venido tan rápido que no sé lo que hacer.

Roland miró a Pug con algo de simpatía. Puso sus manos en los hombros del otro.

—Me olvidaba de que esto de ser aprendiz y noble es algo bastante nuevo para ti. Aun así, no puedo decir que yo mismo haya dedicado mucho tiempo a pensar en cosas tan importantes, aunque mi destino fue decidido antes de que yo naciera. Esto de preocuparse por el futuro es inútil. Creo que nos vendría bien una jarra de cerveza fuerte.

Sintiendo los dolores y los magulladuras, Pug asintió.

—Y tanto que nos vendría. Pero me temo que Megar no piense lo mismo.

Roland se puso el dedo en la nariz.

—Entonces no dejaremos que el Maestro Cocinero nos huela. Vamos, sé un sitio donde los tablones del cobertizo de la cerveza están sueltos. Podemos tomarnos una copa o dos en privado.

Roland empezó a irse, pero Pug lo detuvo.

—Roland, siento que llegáramos a los puños.

Roland se paró, estudió a Pug durante unos instantes y sonrió.

—Y yo —extendió la mano—. ¿En paz?

Pug la estrechó.

—En paz.

Doblaron la esquina, dejando atrás el jardín de la princesa, y luego se detuvieron. Ante ellos se desarrollaba una escena de tragedia sin parangón. Tomas desfilaba a lo largo del patio, desde los barracones de los soldados hasta la poterna lateral, vestido con la impedimenta completa: una vieja cota de mallas sobre el jubón acolchado, yelmo completo y pesadas grebas metálicas sobre botas altas. En un brazo llevaba un gran escudo, y en la otra una lanza pesada, de cuatro metros de largo y punta metálica, que se apoyaba cruelmente en su hombro derecho.

También le proporcionaba un aspecto cómico, ya que le hacía inclinarse hacia la derecha y tambalearse un poco mientras intentaba mantenerla equilibrada durante la marcha.

El sargento de la guardia del duque estaba a su lado marcándole el paso. Pug conocía al sargento, un hombre alto y amistoso llamado Gardan. Era de origen keshiano, como evidenciaba su piel oscura. Sus dientes blancos partieron en dos la oscura y tupida barba con una sonrisa cuando vio a Pug y Roland. Era casi tan ancho de hombros como Meecham, con el mismo movimiento desenvuelto de cazador o guerrero. Aunque su pelo negro estaba algo salpicado de gris, su rostro era juvenil y sin arrugas, a pesar de sus treinta años de servicio. Con un guiño a Pug y Roland, ladró:

—¡Aaaaalto! —y Tomas se paró de inmediato.

Mientras Pug y Roland recorrían la distancia entre ellos, Gardan ordenó:

—¡Vista a la derecha! —Tomas obedeció—. Atención, miembros de la corte. ¡Presenten armas! —Tomas extendió su brazo derecho, bajando la lanza como saludo. Bajó demasiado la punta y casi salió de firmes para ponerla bien.

Pug y Roland llegaron junto a Gardan, y el enorme soldado les dedicó un saludo amistoso y una cálida sonrisa.

—Buenos días, escuderos. —Se volvió hacia Tomas un instante—. ¡Armas al hombro! Adelante. ¡Maaarchen! —Tomas emprendió el camino hacia su puesto, en este caso el tramo de patio frente a los barracones de los soldados.

—¿Qué es esto? —dijo Roland con una carcajada—. ¿Entrenamiento especial?

Gardan estaba de pie con una mano apoyada en la espada y la otra señalando a Tomas.

—El Maestre de Armas Fannon pensó que sería beneficioso para nuestro joven guerrero que hubiera alguien aquí para cerciorarse de que su marcha no se veía obstaculizada por el cansancio o cualquier otra pequeña inconveniencia. —Bajando un poco el tono de voz, añadió—. Es un chaval duro, estará bien, aunque le van a doler un poco los pies.

—¿Por qué el entrenamiento especial? —preguntó Roland. Pug agitó la cabeza mientras Gardan se lo contaba.

—Nuestro joven héroe perdió dos espadas. La primera era comprensible, porque el asunto del barco era vital, y en el nerviosismo del momento un olvido así es perdonable. Pero la segunda la encontraron tirada en el suelo embarrado cerca del poste la tarde en la que se fueron la reina de los elfos y su séquito, y el joven Tomas no estaba visible. —Pug sabía que su amigo se había olvidado de volver a su entrenamiento cuando Gardell había llegado con la campana para su brasero.

Tomas llegó al final de su camino, dio media vuelta y empezó a volver. Gardan miró a los dos muchachos sucios y magullados.

—¿Qué han estado haciendo los dos jóvenes caballeros?

Roland se aclaró la garganta de forma teatral.

—Ah... le estaba dando a Pug una lección de boxeo de puños.

Gardan se acercó y tomó la mejilla de Pug con la mano, volviendo la cara del muchacho para inspeccionarla.

—Recuérdame que nunca te pida que instruyas a mis hombres en esgrima —dijo tras evaluar los daños—; no podríamos soportar el nivel de bajas. —Soltando la cara de Pug, le dijo—: Tendrás un bonito ojo mañana por la mañana, escudero.

Pug cambió de tema.

—¿Cómo están tus hijos, Gardan?

—Bastante bien, Pug. Aprenden su oficio y sueñan con hacerse ricos, excepto el

más joven, Faxon, que tiene la intención de hacerse soldado la próxima Elección. Los demás se están convirtiendo en expertos fabricantes de carros bajo la tutela de mi hermano Jehheil. —Sonrió con melancolía—. Sólo con Faxon en casa, ésta parece muy vacía, aunque mi mujer agradece la tranquilidad. —Entonces sonrió, una sonrisa contagiosa ante la que era imposible resistirse—. Pero no queda mucho para que se casen los mayores, y habrá nietos y suficiente ruido alegre de nuevo, de vez en cuando.

—¿Puedo hablar con el condenado? —preguntó Pug mientras Tomas se acercaba. Gardan se rio, atusándose la corta barba.

—Supongo que puedo mirar para otro lado un momento, pero sé breve, escudero. Pug dejó a Gardan hablando con Roland y empezó a caminar tras Tomas cuando éste pasó a su lado, camino del otro extremo del patio.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Oh, bien —dijo Tomas con un lado de la boca—. Dos horas más de esto y estaré listo para que me entierren.

—¿No puedes descansar?

—Cada media hora tengo cinco minutos de firmes. —Llegó hasta el fin de su ruta e hizo una media vuelta razonable, y luego siguió marchando hacia Gardan y Roland—. Después de acabar con la campana del brasero, volví al poste y vi que faltaba la espada. Pensé que se me paraba el corazón. Miré por todos los lados. Casi le pego una paliza a Rulf porque pensé que la había escondido para fastidiarme. Cuando volví a los barracones, Fannon estaba sentado en mi litera, aceitando la espada. Creí que los demás soldados se iban a hacer daño de aguantar la risa cuando dijo «Si te crees lo bastante bueno con la espada, quizá te gustaría pasar el tiempo aprendiendo la manera apropiada de desfilar con un arma de poste». Un día de marcha de castigo. Me voy a morir —concluyó tristemente.

Pasaron junto a Roland y Gardan, y Pug se esforzó por sentir simpatía. Al igual que los otros, encontraba la situación cómica. Ocultando su diversión, bajó la voz hasta un tono de complicidad.

—Mejor me voy. Si viniera el Maestre de Armas, podría ponerte otro día más de marcha.

Tomas gimió ante la idea.

—Que los dioses me ayuden. Lárgate, Pug.

—Cuando hayas acabado, vente con nosotros al cobertizo de la cerveza si puedes —murmuró. Pug se separó de Tomas y volvió a unirse a Gardan y Roland—. Gracias, sargento.

—De nada, Pug. Nuestro joven futuro caballero estará bien, aunque ahora se sienta desgraciado. También le molesta tener público.

Roland asintió.

—Bueno, espero que tarde mucho en volver a perder una espada.

Gardan rio.

—Muy cierto. El Maestro Fannon podía perdonar la primera pero no la segunda. Pensó que sería bueno asegurarse de que no se convirtiera en una costumbre para Tomas. Vuestro amigo es el mejor estudiante que el Maestro de Armas ha tenido desde el príncipe Arutha, pero no se lo digáis a Tomas. Fannon siempre es más duro con los que tienen más potencial. Bien, buenos días a los dos, escuderos. Y, chicos... —se pararon—; no mencionaré la lección de boxeo de puños.

Le agradecieron al sargento su discreción y fueron hasta el cobertizo de la cerveza, con la medida cadencia de la voz de Gardan inundando el patio.

Pug ya llevaba bien entrada su segunda jarra de cerveza y Roland acababa la cuarta cuando Tomas apareció por los tablones sueltos. Sucio y sudoroso, se había librado de la armadura y las armas.

—El mundo se tiene que estar acabando —dijo con grandes muestras de cansancio—; Fannon me ha perdonado el castigo antes de tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Pug.

Roland se inclinó perezosamente hasta una alacena cerca de donde él estaba sentado, en un saco de grano que pronto se usaría para hacer cerveza, y cogió una jarra de una pila de ellas. Se la lanzó a Tomas, que la atrapó y la llenó en la barrica donde Roland descansaba sus pies.

Tras tomar un buen trago, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Pasa algo. Fannon apareció de repente, me dijo que dejase los juguetes y casi se llevó a Gardan a rastras, de la prisa que tenía.

—Quizá el duque se está preparando para cabalgar hacia el este —dijo Pug.

—Quizá. —Tomas estudió a sus dos amigos, notando su apariencia magullada—. Vale, ¿qué ha pasado?

Pug miró a Roland, indicando que era él quien debía explicar su lamentable estado. Roland le dedicó a Tomas un sonrisa torcida.

—Hemos tenido un combate de entrenamiento para el torneo ducal de boxeo de puños.

Pug casi se atragantó con la cerveza y rompió a reír. Tomas agitó la cabeza.

—Menudo par. ¿Peleándoos por la princesa?

Pug y Roland intercambiaron miradas; luego, los dos a una saltaron sobre Tomas y lo tiraron al suelo con su peso combinado. Roland inmovilizó a Tomas contra el suelo y luego, mientras Pug lo sostenía, cogió una jarra medio llena de cerveza y la sostuvo en alto. Con burlona solemnidad, dijo:

—¡Y sea pues que sois unguido, Tomas, como Primer Adivino de Crydee! —Y tras decir esto volcó el contenido de la jarra en la cara del forcejeante muchacho.

Pug eructó.

—¡Que así sea! —y volcó lo que le quedaba en la jarra sobre su amigo.

Tomas escupió cerveza, riendo.

—¡Sí! ¡Yo tenía razón! —Forcejeando contra el peso que tenía sobre él, dijo—: ¡Ahora quitaos de encima! O necesito recordarte, Roland, quién fue el último que te partió la cara.

Roland se apartó muy lentamente, ya que la dignidad del borracho le hacía moverse con precisión glacial.

—Muy cierto. —Volviéndose hacia Pug, que también se había quitado de encima de Tomas, dijo—: Pero debe quedar claro que, en esos momentos, la *única razón* por la que Tomas logró partirme la cara fue porque durante nuestra pelea tenía una ventaja injusta.

Pug miró a Roland con ojos vidriosos.

—¿Qué ventaja injusta?

Roland se levó el índice a los labios, indicando secreto.

—Iba ganando.

Roland se derrumbó sobre el saco de grano y Pug y Tomas se deshicieron en carcajadas. Pug encontró tan divertido el comentario, que no podía parar, y oír la risa de Tomas sólo hacía que la suya aumentara. Al fin se sentó, jadeando y con dolor en los costados.

—Eso me lo perdí —dijo Pug, recuperando el aliento—. Estaba haciendo otra cosa, pero no recuerdo qué.

—Estabas abajo, en el pueblo, aprendiendo a remendar redes, si no recuerdo mal, cuando Roland llegó aquí por primera vez de Tulan.

—Me metí en una discusión con alguien, ¿recuerdas quién? —preguntó Roland con un rictus de sonrisa. Tomas negó con la cabeza—. De cualquier forma, me metí en una discusión con alguien, y Tomas vino y trató de separarnos. No podía creerme que este delgaducho... —Tomas empezó a protestar, pero Roland le hizo callar levantando un dedo y moviéndolo—. Sí que lo eras. Muy delgaducho. No podía creerme que este delgaducho, este *plebeyo* delgaducho, *osara* decirme a mí, un miembro recién nombrado de la corte del duque y *un caballero*, he de añadir, la forma de comportarme. Así que hice la única cosa apropiada para un caballero en tales circunstancias.

—¿Qué? —preguntó Pug.

—Le di en la boca.

Los tres volvieron a reírse.

Tomas agitó la cabeza al recordarlo, mientras Roland seguía.

—Entonces procedió a pegarme la paliza más grande que me habían dado desde la última vez que mi padre me cogió metido en algo. Entonces fue cuando empecé a

tomarme en serio el boxeo de puños.

Tomas replicó con aire de burlona solemnidad.

—Bueno, es que entonces éramos más jóvenes.

Pug rellenó las jarras. Moviendo la mandíbula con incomodidad.

—Bueno, pues ahora me siento como si tuviera cien años.

Tomas los estudió a ambos durante unos instantes.

—En serio. ¿De qué iba la pelea?

—La hija de nuestro señor —dijo Roland con una mezcla de humor y arrepentimiento—, una chica de inefable encanto.

—¿Que significa inefable? —preguntó Tomas.

Roland lo miró lleno de ebrio desdén.

—¡Indescriptible, tontaina!

Tomas negó con la cabeza.

—Yo no creo que la princesa sea una indescriptible tontaina...

Se agachó mientras la jarra de Roland pasaba volando por el espacio que momentos antes había ocupado su cabeza. Pug se cayó de espaldas riéndose de nuevo.

Tomas sonrió mientras Roland, ceremoniosamente, cogía otra jarra de la alacena.

—Como decía —comenzó mientras llenaba la jarra en la barrica—, a nuestra señora, una damisela de inefables encantos, aunque juicio un tanto cuestionable, se le ha metido en la cabeza, por razones que sólo los dioses pueden comprender por completo, favorecer al joven mago aquí presente con sus atenciones. *Por qué*, cuando puede pasar el tiempo conmigo, no puedo entenderlo. —Hizo una pausa para eructar—. De cualquier modo, estábamos discutiendo acerca de la manera más apropiada de aceptar tales larguezas.

Tomas miró a Pug con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—Tienes mis condolencias Pug. Realmente te has metido en una buena.

Pug sintió que se sonrojaba.

—¿Ah, sí? —dijo entonces con una mueca pícaro—. ¿Y qué hay de cierto joven aprendiz de soldado, bien conocido por aquí, que ha sido visto colándose en la despensa con cierta chica de la cocina? —Se recostó y, con expresión de burlona preocupación en el rostro dijo—: Odiaría pensar lo que pasaría si Neala se enterase.

Tomas abrió la boca de par en par.

—Tú no lo harías... ¡no podrías!

Roland estaba tumbado, abrazándose los costados.

—Nunca había visto una imitación tan perfecta de un pez recién pescado. —Se sentó, se puso bizco y abrió y cerró la boca rápidamente. Los tres volvieron a sumirse en las carcajadas.

Se sirvió una ronda, y Roland levantó su jarra.

—Caballeros, un brindis.

Pug y Tomas levantaron sus jarras.

La voz de Roland se volvió seria.

—No importan las diferencias que hemos tenido en el pasado, sois dos tipos a los que me alegro de tener como amigos. —Levantó aún más su jarra—. ¡Por la amistad!

Los tres apuraron sus jarras y las volvieron a llenar.

—Mano sobre mano —dijo Roland. Los tres muchachos unieron sus manos, una encima de otra—. Sin importar a dónde vayamos, sin importar cuántos años pasen, nunca más estaremos sin amigos.

Pug quedó impactado por la repentina solemnidad del juramento.

—¡Amigos!

Tomas repitió las palabras de Pug, y los tres se dieron la mano en un gesto de afirmación.

De nuevo se vaciaron las jarras, y el sol del atardecer pronto desapareció tras el horizonte mientras los tres muchachos perdían la noción del tiempo entre el rosado brillo de la camaradería y la cerveza.

Pug se despertó, aturdido y desorientado. El leve resplandor de su casi apagado brasero sumía la habitación en tonalidades de rosa y negro. Un leve pero persistente golpeteo sonaba en su puerta. Se levantó lentamente y casi se cayó, aún afectado por la farra. Se había quedado con Tomas y Roland en el almacén toda la tarde y hasta bien entrada la noche, saltándose por completo la cena. «Haciendo buena mella» en las existencias de cerveza del castillo, como Roland lo había descrito. No es que hubieran bebido mucho, pero como su aguante era limitado les pareció una empresa heroica.

Pug se puso los pantalones y se tambaleó hasta la puerta. Los párpados le pesaban y tenía la boca seca como un trapo. Preguntándose quién querría entrar en mitad de la noche, abrió la puerta.

Un torbellino de movimiento pasó a su lado, y se dio la vuelta para encontrarse con Carline de pie en la habitación, envuelta en una pesada capa.

—¡Cierra la puerta! —siseó—. Alguien podría pasar por debajo de la torre y ver luz en la escalera.

Pug obedeció, todavía desorientado. La única cosa que logró penetrar su mente abotargada fue el pensamiento de que era poco probable que la tenue luz de los rescoldos alumbrase mucho la escalera. Agitó la cabeza, tratando de hacerse cargo de la situación, y fue hasta el brasero. Prendió una varilla de madera en los rescoldos y encendió su lámpara. La habitación se llenó de un alegre resplandor.

Los pensamientos de Pug empezaron a aclararse un poco mientras Carline curioseaba por la habitación, fijándose en las desordenadas pilas de libros y pergaminos que había junto al catre. Miró en cada rincón de la habitación antes de hablar.

—¿Dónde está ese bicho dragón que tienes?

Los ojos de Pug se enfocaron un poco.

—¿Fantus? —dijo, forzando su reticente lengua a moverse—. Estará por ahí, haciendo lo que sea que hacen los dracos de fuego.

—Bien, me asusta —respondió ella quitándose la capa. Se sentó en la cama deshecha de Pug y lo miró con expresión seria—. Quiero hablar contigo.

Pug puso los ojos como platos y se quedó mirándola fijamente, puesto que Carline sólo llevaba un ligero camisón de algodón. Aunque la cubría del cuello hasta los tobillos, era fino y se pegaba a su figura con una tenacidad alarmante. Pug se dio cuenta de repente de que sólo llevaba puestos los pantalones, y a toda prisa cogió su blusa de donde la había tirado en el suelo y se la pasó por la cabeza. Mientras forcejeaba con la camisa, los últimos retazos de la niebla alcohólica se evaporaron.

—¡Dioses! —dijo con un murmullo dolorido—. Si tu padre se entera de esto pedirá mi cabeza.

—No si eres lo bastante inteligente para mantener baja la voz —respondió ella con una mirada de irritación.

Pug fue hasta el taburete que había junto a su catre, liberado de la fuerte resaca por el recién llegado terror. Ella estudió su lamentable aspecto con reproche.

—Has estado bebiendo. —Como él no lo negó, continuó—. Cuando ni tú ni Roland aparecisteis para la cena, me pregunté dónde os habríais metido. Menos mal que mi padre también se saltó la cena con la corte, o si no habría mandado a alguien a buscaros.

La incomodidad de Pug crecía a un ritmo alarmante, a la vez que todos los relatos del horrible destino que aguarda a los plebeyos que se enamoran de mujeres nobles se agolpaban en su cabeza. Que Carline fuera una huésped no invitada y que no hubiese pasado nada eran menudencias que el duque no iba a encontrar especialmente atenuantes.

—Carline —dijo, tragándose el pánico—, no puedes quedarte aquí. Nos vas a meter en más problemas de los que puedo imaginarme.

La expresión de ella se volvió firme.

—No me iré hasta que te diga lo que vine a decirte.

Pug sabía que discutir iba a ser inútil. Había visto esa mirada demasiadas veces en el pasado. Suspiró resignado.

—Vale, ¿de qué se trata?

Carline abrió los ojos de par en par ante su tono de voz.

—¡Bueno! ¡Si te vas a poner así, no te lo diré!

Pug reprimió un gemido y se sentó con los ojos cerrados.

—Muy bien, lo siento —dijo, moviendo lentamente la cabeza—. Por favor, ¿qué quieres que haga?

Ella palmeó el catre a su lado.

—Ven, siéntate aquí.

Él obedeció, tratando de ignorar la sensación de que su destino, una vida abruptamente corta, estaba siendo decidido por aquella muchacha caprichosa. Se derrumbó más que se sentó al lado de ella. La princesa soltó una risita ante el gemido de él.

—¿Te has emborrachado! ¿Cómo es?

—En estos momentos no muy entretenido. Me siento como un trapo de cocina usado.

Ella trató de aparentar comprensión, pero sus ojos azules chispeaban de diversión.

—Los chicos sois los que hacéis todas las cosas interesantes —dijo con voz teatral—, como la esgrima y el tiro con arco. Ser una dama educada es tan aburrido... A mi padre le daría un ataque si alguna vez bebiese más de una copa de vino aguado con la comida.

—Nada comparado con el ataque que le dará si ten encuentran aquí —replicó Pug con creciente desesperación en su voz—. Carline, ¿por qué has venido?

Ella ignoró la pregunta.

—¿Qué estabais haciendo Roland y tú esta tarde? ¿Peleándoos? —Él asintió—. ¿Por mí? —preguntó ella con un brillo en los ojos.

Pug suspiró.

—Sí, por ti. —El aspecto complacido de ella ante esta afirmación lo enfadó, y la irritación se filtró en su voz—. Carline, lo has usado de mala manera.

—¿Es un idiota sin redaños! —le espetó ella—. Si le pidiera que se tirase desde la muralla, lo haría.

—Carline —Pug casi suplicó—. ¿Por qué has...?

Su pregunta quedó interrumpida cuando ella se inclinó hacia delante y le cubrió la boca con la suya. El beso fue sólo de una parte, porque Pug estaba demasiado aturdido para responder. Ella se echó hacia atrás rápidamente, dejándolo boquiabierto.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Pug, a falta de una respuesta original.

Los ojos de ella destellaron.

—El beso, tontaina.

—¡Oh! —dijo Pug aún conmocionado—. Ha sido... bonito.

Ella se levantó y lo miró desde arriba, sus ojos desencajados con una mezcla de ira y vergüenza. Cruzó los brazos y empezó a taconear con el pie, haciendo un sonido como un chaparrón de verano golpeando las contraventanas. Su voz era grave y seca.

—¡Bonito! ¿Es eso todo lo que tienes que decir?

Pug la observó mientras una variedad de emociones contrapuestas se

arremolinaban en su interior. En ese momento el pánico estaba luchando contra una percepción casi dolorosa de lo adorable que parecía ella a la tenue luz de la lámpara, sus rasgos vivos y animados, su pelo oscuro suelto alrededor de su rostro, y el fino camisón apretado contra su pecho por sus brazos cruzados. La propia confusión de Pug hizo que su actitud pareciese despreocupada, lo que sólo sirvió para aumentar la irritación de ella.

—Eres el primer hombre, sin contar a mi padre y a mis hermanos, que he besado, y todo lo que se te ocurre decir es «bonito».

Pug era incapaz de recobrase. Respondió todavía azotado por sus tumultuosas emociones.

—Muy bonito.

Ella puso los brazos en jaras, lo que movió su camisón en nuevas y perturbadores direcciones, y siguió mirándolo desde arriba con expresión de abierta incredulidad.

—Vengo aquí y me arrojó a ti —dijo controlando el tono—. ¡Me arriesgo a que me encierren en un convento de por vida! —Pug notó que ella no mencionaba el posible destino de él—. Todos los jóvenes, y no pocos de los nobles más maduros del Oeste, se mueren por llamar mi atención. Y todo lo que tú haces es tratarme como a una moza de cocina, una diversión pasajera para el joven señor.

A Pug se le aclararon las ideas, menos por sí mismas que por darse cuenta de que Carline estaba defendiendo su postura con cierta exageración. Repentinamente fue consciente de que había una buena dosis de teatro mezclado con su verdadera irritación.

—Carline, espera, dame un momento.

—¡Un momento! Te he dado semanas. Pensé... bueno, pensé que teníamos un entendimiento.

Pug trató de parecer comprensivo, mientras su mente se desbocaba.

—Siéntate, por favor. Deja que me explique.

Ella dudó, y luego volvió a sentarse a su lado. Él cogió torpemente las manos de ella entre las suyas. Inmediatamente fue asaltado por la proximidad de la chica, su calidez, el olor de su pelo y su piel. Los sentimientos de deseo que había experimentado en los acantilados volvieron con un impacto aturdidor, y tuvo que luchar para mantener su mente en lo que quería decir. Obligó a sus pensamientos a alejarse de la calentura que estaba experimentando.

—Carline, sí que me importas. Mucho. A veces pienso que te amo tanto como Roland, pero la mayor parte del tiempo lo único que hago cuando tú estás cerca es estar confundido. Ése es el problema: hay demasiada confusión dentro de mí. No comprendo mis sentimientos la mayoría de las veces.

Los ojos de ella se entrecerraron, puesto que obviamente ésta no era la respuesta que esperaba. Su tono de voz era seco.

—No sé lo que quieres decir. Nunca he conocido a un chico tan absorbido por la comprensión de las cosas.

Pug logró forzar una sonrisa.

—A los magos se nos enseña a buscar explicaciones. Comprender las cosas es muy importante para nosotros. —Vio un destello de comprensión en los ojos de ella y siguió—: Ahora tengo dos cargos, ambos nuevos para mí. Puede que no me convierta en mago, a pesar de los intentos de Kulgan por ello, puesto que tengo problemas con gran parte de mi trabajo. Verás, no es que te evite realmente, pero con los problemas que tengo, he de pasar tanto tiempo como pueda con mis estudios.

Al ver que su explicación le estaba granjeando escasa simpatía, cambió de táctica.

»En cualquier caso me queda poco tiempo para considerar mi otro cargo. Puede que acabe siendo otro noble de la corte de tu padre, administrando mis tierras por pequeñas que sean, preocupándome por mis vasallos, respondiendo a las llamadas a las armas y demás. Pero ni siquiera puedo pensar en eso hasta que resuelva el otro asunto, mis estudios mágicos. Debo seguir intentándolo hasta que me dé cuenta de si tomé la decisión equivocada. O hasta que Kulgan me eche —añadió en voz baja.

Se detuvo y estudió el rostro de ella. Sus grandes ojos azules lo observaban atentamente.

—Los magos tienen escasa importancia en el Reino. Quiero decir, que si me convirtiese en un maestro mago... bueno, ¿podrías verte casada con un mago, cualquier que fuese su rango?

Ella pareció un tanto alarmada. Rápidamente se inclinó y volvió a besarlo, destruyendo su ya tocada compostura.

—Pobre Pug —dijo ella, separándose un poco. Su suave voz sonaba dulcemente en los oídos de él—. No tienes que serlo. Mago, quiero decir. Tienes tierra y títulos, y sé que mi padre podría arreglar otros cuando llegase la hora.

—No es cuestión de lo que yo quiero, ¿no lo ves? Es cuestión de lo que soy. Parte del problema puede ser que no me he entregado del todo a mi trabajo. Kulgan me tomó como aprendiz tanto por pena como por necesidad, lo sabes. Y a pesar de lo que él y Tully han dicho, nunca he estado realmente convencido de tener un talento especial. Pero quizá necesito dedicarme, comprometerme con convertirme en mago. —Tomó aliento—. ¿Y cómo puedo hacerlo si me estoy preocupando con mis tierras y mis cargos? ¿O ganando algunos nuevos? —Hizo una pausa—. ¿O contigo?

Carline se mordió el labio inferior y Pug luchó contra el impulso de tomarla en sus brazos y decirle que todo iba a ir bien. No tenía duda de que una vez que lo hiciese, las cosas se iban a escapar de su control enseguida. Ninguna chica, en su limitada experiencia, ni siquiera la más bonita de la ciudad, había despertado en él unos sentimientos tan fuertes.

Ella bajó un poco las pestañas mientras miraba al suelo.

—Haré lo que tú me digas, Pug. —Pug se sintió aliviado por un instante, hasta que comprendió el verdadero significado de lo que ella acababa de decir. *¡Oh dioses!*, pensó. Ningún truco de mago podía mantenerlo centrado frente a la pasión juvenil. Buscó frenéticamente algún modo de alejar el deseo y entonces pensó en el padre de ella. Instantáneamente una imagen del duque de Crydee con el ceño fruncido frente a la soga del verdugo desvaneció su lujuria.

—A mi propia manera, te amo, Carline —dijo, respirando hondo. El rostro de la princesa se iluminó y, bordeando el desastre, él continuó—. Pero creo que debería encontrarme a mí mismo antes de intentar decidirme acerca de los demás. —Su concentración fue gravemente puesta a prueba mientras la chica parecía ignorar lo que decía, ya que estaba ocupada besándole la cara.

Entonces ella se detuvo y retrocedió. Su expresión de felicidad se desvaneció en un gesto pensativo cuando su inteligencia natural anuló su deseo infantil de salirse siempre con la suya. La comprensión asomó a sus ojos.

—Si elijo ahora, Carline, puede que me queden dudas acerca de la decisión para siempre. ¿Querías enfrentarte a la posibilidad de que llegase a estar resentido contigo por la elección que tomé?

Ella no dijo nada durante un rato, y cuando habló lo hizo en voz baja.

—No. No creo que pudiera soportarlo, Pug.

Él suspiró de alivio cuando sintió que la tensión se evaporaba. De repente la habitación pareció fría, y ambos tuvieron escalofríos. Carline le agarró las manos con una fuerza sorprendente. Se obligó a sonreír y habló con calma forzada.

—Lo comprendo, Pug. —Respiró hondo, y luego añadió en voz baja—: Creo que por eso te amo. Nunca podrías ser falso con nadie, y menos contigo mismo.

—Ni contigo, Carline. —Los ojos de ella se humedecieron, pero conservó la sonrisa—. Esto no es fácil —dijo Pug asaltado por sus sentimientos hacia la chica—. Por favor. Por favor, créeme, esto no es fácil.

De repente la tensión se rompió y Carline se rio, dulce música para Pug.

—Pobre, te he alterado —dijo ella, cogida a medio camino entre la risa y las lágrimas.

El rostro de Pug mostró su alivio ante la comprensión de ella. Se sintió lleno de afecto hacia la chica.

—No tienes ni idea, Carline. Ni idea —dijo agitando la cabeza lentamente, con una sonrisa de tensión liberada que le daba un aspecto algo tonto. Extendió la mano y le tocó con ternura el rostro—. Tenemos tiempo, no voy a ninguna parte.

Desde sus pestañas bajadas, unos ojos azules lo miraron con preocupación.

—Pronto te irás con mi padre.

—Quiero decir cuando vuelva. Estaré aquí durante años. —Dio un dulce beso en la mejilla de ella. Forzó un tono menos serio—. No puedo heredar hasta dentro de

tres años, esa es la ley. Y dudo que tu padre quiera separarse de ti al menos hasta que pasen los mismos años. —Intentó una sonrisa irónica—. Dentro de tres años puede que no quieras ni verme.

Ella se adelantó suavemente y lo abrazó fuerte, apoyando su cara en el hombro de él.

—Nunca, Pug. Nunca podría querer a otro. —Pug sólo podía estar maravillado ante la sensación. El cuerpo de ella tembló cuando dijo—: No tengo palabras, Pug. Eres el único que ha tratado de... comprenderme. Ves más que los demás.

Él retrocedió un poco, dulcemente, y le levantó la cara con la mano. De nuevo la besó, probando el sabor de las lágrimas saladas sobre sus labios. Ella respondió de repente, apretándolo más y besándolo apasionadamente. Pug podía sentir el calor de su cuerpo a través de la delgada tela del camisón, y oyó tenues sonidos de suspiros a la vez que se sentía de nuevo arrastrado hacia la pasión irracional; su cuerpo empezaba a responder. Afirmando su determinación, se separó suavemente del abrazo. Lentamente se obligó a alejarse de ella.

—Creo que deberías volver a tus habitaciones, Carline —dijo con pesar.

Carline miró a Pug, sus mejillas se sonrojaron y sus labios se abrieron un poco. Su respiración era entrecortada, y Pug sostuvo una lucha titánica para controlarse a sí mismo y a la situación.

—Más vale que vuelvas a tus habitaciones, *ahora* —repitió, con más firmeza.

Se levantaron poco a poco del catre, cada uno de ellos intensamente consciente del otro. Pug sostuvo la mano de ella un momento más, y luego la soltó. Se inclinó y recogió la capa, sosteniéndosela mientras se la ponía. La condujo hasta la puerta, la abrió y echó un vistazo a la escalera de la torre. Al no haber indicios de que hubiera alguien cerca, abrió la puerta de par en par. Ella salió y se dio la vuelta.

—Sé que a veces piensas que soy una chica tonta y vanidosa —dijo suavemente—, y hay momentos en los que lo soy, Pug. Pero te amo.

Antes de que él pudiera decir algo, ella se desvaneció escaleras abajo, con el eco del roce de su capa en la oscuridad. Pug cerró la puerta en silencio y apagó la lámpara. Se tumbó en el catre, mirando a la oscuridad. Seguía sintiendo su fresco olor en el aire en torno a él, y recordar el suave tacto de su cuerpo bajo sus manos le hacía estremecerse. Ahora que se había ido, y la necesidad del autocontrol con ella, dejó que sus sentimientos fluyeran en su interior. Podía ver su rostro lleno de deseo hacia él. Tapándose los ojos con el antebrazo, gimió para sí.

—Mañana me voy a odiar.

Pug se despertó con alguien aporreando la puerta. Su primer pensamiento mientras avanzaba con dificultad hacia la entrada fue que el duque se había enterado de la visita de Carline. *¡Ha venido para colgarme!*, fue todo lo que pudo pensar. Fuera

seguía oscuro, así que Pug abrió la puerta esperando lo peor. En vez del iracundo padre de la chica al frente de una compañía de guardias del castillo, lo que había al otro lado de la puerta era un sirviente del castillo.

—Lamento despertaros, escudero, pero el maestro Kulgan desea que os reunáis con él enseguida —dijo señalando hacia la habitación del mago—. Enseguida —repitió, confundiendo la expresión de alivio de Pug por un gesto de no haber entendido. Pug asintió y cerró la puerta.

Se hizo con la situación. Seguía vestido, puesto que se había quedado dormido sin desvestirse. Se quedó parado en silencio mientras su acelerado corazón volvía a la normalidad. Parecía que tenía los ojos llenos de tierra y sentía revuelto el estómago, lo que le dejaba un mal sabor de boca. Fue hasta su pequeña mesa y se echó agua fría en la cara, murmurando que nunca volvería a tomarse una jarra de cerveza.

Pug llegó hasta la habitación de Kulgan y encontró al mago de pie frente a una pila de efectos personales y libros. Sentado en un taburete junto al catre del mago estaba el padre Tully. El sacerdote observaba como el mago añadía más cosas a la creciente pila.

—Kulgan —dijo—, no puedes llevarte todos esos libros. Necesitarías dos mulas de carga, y no sé cómo ibas a meterlas en el barco.

Kulgan miró los dos libros que tenía en las manos, como una madre que mira a sus hijos.

—Pero debo llevármelos para poder avanzar en la educación del chico.

—¡Ja! Para tener algo sobre lo que pensar en torno a las hogueras y a bordo del barco, en todo caso. No me vengas con historias. Vais a tener que cabalgar a toda prisa para atravesar el Paso del Norte antes de que los cubra la nieve. ¿Y quien puede leer en un barco cruzando el Mar Amargo en invierno? El chico sólo va a estar alejado de sus estudios un mes o dos. Tendrá más de ocho años para estudiar después de esto. Dale un descanso.

Pug estaba asombrado por la conversación e intentó hacer una pregunta, pero fue ignorado por los dos viejos compañeros mientras seguían discutiendo. Tras varios argumentos más de Tully, Kulgan se rindió.

—Supongo que tienes razón —dijo tirando los libros sobre el catre. Vio a Pug esperando junto a la puerta—. ¿Qué? ¿Todavía ahí?

—Todavía no me has dicho por qué me has mandado buscar, Kulgan —respondió el chico.

—¿Eh? —dijo el mago, y sus ojos parpadearon como los de un lechuza atrapada en luz brillante—. ¿No lo he hecho? —Pug asintió—. Bueno. El duque ordena que estemos listos para cabalgar con las primeras luces del alba. Los enanos no han respondido, pero no piensa esperar. El Paso del Norte con toda seguridad está cerrado, y teme que ya haya nieve en el Paso del Sur. Temor fundado. Mi olfato para

el tiempo me dice que la nieve está al llegar. Nos espera un invierno temprano y duro.

Tully movió la cabeza mientras se levantaba.

—Y eso viene del hombre que predijo una sequía hace siete años, cuando tuvimos las peores inundaciones que se recuerdan. ¡Magos! ¡Charlatanes todos vosotros! —Anduvo lentamente hacia la puerta y se detuvo para mirar a Kulgan, su fingida irritación sustituida por una preocupación genuina—. Aunque esta vez estás en lo cierto. Me duelen mucho los huesos. El invierno se nos viene encima.

—¿Nos vamos? —preguntó Pug cuando Tully se hubo ido.

—¡Sí! —respondió Kulgan exasperado—. Te lo acabo de decir, ¿no? Reúne tus cosas pronto. Falta menos de una hora para que amanezca.

Pug se dio la vuelta para irse cuando Kulgan lo detuvo.

—Oh, espera un momento, Pug.

El mago cruzó hasta la puerta y miró a través de ella, asegurándose de que Tully había bajado las escaleras y estaba fuera del alcance del oído.

—No encuentro falta alguna en tu comportamiento... pero si en el futuro te encuentras con otra visita de madrugada, te sugiero que no te sometas a más... pruebas. No estoy seguro de que pudieras hacerlo tan bien una segunda vez.

Pug se puso blanco.

—¿Lo oíste?

Kulgan señaló un punto donde se unían el suelo y la pared.

—Esa cosa tuya del brasero sale por la pared a unos treinta centímetros por debajo de aquí, y conduce el sonido de forma maravillosa. —De forma ausente, dijo—. Tendré que mirar cómo conduce el sonido tan bien cuando vuelva. —Volvió al muchacho—. De cualquier modo, estuve trabajando hasta tarde y no quería fisgar, pero oí cada palabra. —Pug se sonrojó—. No tenía intención de avergonzarte, Pug. Hiciste bien y demostraste una sabiduría sorprendente. —Le puso las manos sobre los hombros—. Yo no soy quien para aconsejarte en estos asuntos, me temo, porque tengo escasa experiencia con las mujeres, de cualquier edad, y menos aún tan jóvenes y testarudas —miró a Pug a los ojos—. Pero esto sí que lo sé: es casi imposible en el calor del momento pensar en las consecuencias a largo plazo. Estoy orgulloso de que fueras capaz de hacerlo.

Pug sonrió orgulloso.

—Fue muy fácil, Kulgan, me limité a tener la mente concentrada en algo.

—¿En qué?

—La pena capital.

Kulgan se rio, un ladrido seco.

—Muy bien, pero las posibilidades de desastre también serían elevadas para la princesa, Pug. Una aristócrata urbana de la corte oriental puede permitirse cuantos

amantes quiera de cualquier posición social siempre que mantenga la discreción, pero la hija única de un noble fronterizo con un parentesco tan próximo al rey carece de ese lujo. Debe estar por encima de sospechas en todo momento. Incluso las sospechas podrían hacerle daño a Carline. Alguien que se preocupase por ella tomaría eso en cuenta. ¿Lo comprendes?

Pug asintió, completamente aliviado por el modo en el que había resistido la tentación la noche antes.

—Bien, sé que el futuro tendrás cuidado. —Kulgan sonrió—. Y no te preocupes por el viejo Tully. Es sólo que está fastidiado porque el duque le ha ordenado quedarse. Sigue pensando que es tan joven como sus acólitos. Ahora corre a prepararte. Falta menos de una hora para el amanecer.

Pug asintió y se fue a toda prisa, dejando a Kulgan mirando la pila de libros que tenía ante sí. Con pesar cogió el primero y lo colocó en una estantería cercana. Tras un momento, cogió otro y lo metió en un saco.

—Uno sólo no va a hacer daño —le dijo al invisible espectro de Tully que agitaba la cabeza en reproche. Devolvió el resto de los libros a la estantería, excepto el último volumen, que metió en el saco—. Vale entonces —dijo desafiante—. ¡Dos!

8

Viaje

Caía una nieve ligera y húmeda.

Pug tembló debajo de su gruesa capa, sentado a horcajadas sobre su caballo. Llevaba sobre la silla diez minutos, esperando mientras el resto de la compañía del duque se preparaba.

El patio de armas estaba lleno de hombres apresurándose y gritando, cargando suministros en las temblorosas mulas del tren de bagaje. El amanecer estaba clareando, proporcionándole al patio algo de color frente a los negros y grises que habían recibido a Pug cuando bajó de la torre. Los sirvientes ya habían bajado su equipaje y lo estaban cargando junto al resto de las cosas que llevaba la compañía.

Un «¡Ey!» de pánico resonó tras Pug, y éste se dio la vuelta para ver a Tomas tirando frenéticamente de las riendas de un temperamental potro, que levantaba la cabeza. Al igual que el esbelto caballo de guerra de Pug, estaba muy lejos del viejo animal de tiro en el que habían cabalgado hasta el lugar del naufragio.

—No tires tanto —gritó Pug—. Le harás daño en la boca y lo enfadarás. Tira suavemente y suéltalo un par de veces.

Tomas lo hizo y el caballo se tranquilizó, poniéndose junto al de Pug. Tomas montaba como si la silla estuviera erizada de clavos. Su rostro era un estudio sobre la concentración, mientras trataba de averiguar lo próximo que haría el caballo.

—Si no hubieras estado desfilando ayer por la tarde, podrías haber ido a montar, para coger algo de práctica. Ahora tendré que enseñarte sobre la marcha.

Tomas pareció agradecido ante la promesa de ayuda. Pug sonrió.

—Para cuando lleguemos a Bordon, cabalgarás como los Lanceros Reales.

—Y andaré como un pato mareado. —Tomas cambió de posición en la silla—. Ya me siento como si llevara horas sentado en un bloque de piedra. Y eso después de sólo un trecho desde el establo.

Pug bajó de un salto de su caballo y examinó la silla de Tomas, haciendo que éste moviese la pierna para poder mirar bajo las solapas de la silla.

—¿Quién te ha ensillado el caballo?

—Rulf, ¿por qué?

—Lo sabía. Te está devolviendo que le hayas amenazado por aquello de la espada, o porque somos amigos. Ya no se atreve a amenazarme porque soy escudero, pero no le importa anudarte los estribos. Un par de horas cabalgando así e ibas a tener que estar de pie en las comidas durante un mes, si no te caías de cabeza y te matabas. Venga, baja y te lo enseñaré.

Tomas desmontó, algo a medio camino entre un salto y una caída. Pug le mostró los nudos.

—Te habrían rozado el interior de las pantorrillas hasta dejártelas peladas al acabar el día. Y hacen que los estribos no sean lo bastante largos. —Pug deshizo los nudos y dejó los estribos a su largura apropiada—. Te vas a sentir muy raro durante un buen rato, pero tienes que mantener los talones abajo. Te lo recordaré hasta que estés harto de oírme, pero así no tendrás problemas cuando lo hagas sin pensar. Y *no* intentes agarrarte con las rodillas; eso está mal, y te dejará las piernas tan escocidas que mañana apenas podrás caminar. —Siguió con unas cuantas instrucciones básicas e inspeccionó la cincha, que estaba floja. Trató de apretarla y el caballo tomó aire. Le dio al potro un golpe en el costado, y el animal lo soltó. Pug apretó rápidamente la correa y dijo—: En algún momento de hoy, lo más seguro es que te hubieras encontrado cayéndote hacia un lado, una posición bastante incómoda.

—¡Ese Rulf! —Tomas se volvió hacia el establo—. ¡Le voy a dar una paliza de muerte!

Pug agarró el brazo de su amigo.

—Espera, no tenemos tiempo de pelear.

Tomas se quedó plantado con los puños cerrados, y luego se relajó con un suspiro de alivio.

—De todos modos no estoy en condiciones para pelear. —Se volvió para ver como su amigo seguía inspeccionando el caballo.

Pug agitó la cabeza, y luego hizo una mueca.

—Yo tampoco. —Acabó de inspeccionar la silla y las bridas y el caballo se asustó. Pug lo tranquilizó—. Rulf también te ha dado una montura temperamental. Este amigo posiblemente te hubiera tirado de la silla antes del mediodía, y estaría a medio camino del establo antes de que hubieses dado contra el suelo. Con las piernas escocidas y los estribos acortados no hubieras tenido ninguna posibilidad. Te lo cambiaré por el mío. —Tomas pareció aliviado y se subió a duras penas a la silla del otro caballo. Pug volvió a ajustar los estribos de ambos—. Podemos intercambiar el equipaje cuando paremos para comer. —Entonces Pug tranquilizó al nervioso caballo y se subió ágilmente a la silla. Sintiendo unas manos más seguras a las riendas y una pierna firme en cada lado, el potro se serenó.

—¡Eh, Martin! —gritó Tomas cuando apareció a la vista el Maestro de caza del

duque—. ¿Viajas con nosotros?

Una ancha sonrisa partió en dos el rostro del cazador, que llevaba su voluminosa capa gris sobre su ropa de cuero de montaraz.

—Durante un trecho, Tomas. Tengo que llevar algunos rastreadores a las fronteras de Crydee. Me dirigiré al este cuando llegemos al ramal sur del río. Hace una hora que salieron dos de mis rastreadores, abriendo camino para el duque.

—¿Qué piensas del asunto este de los tsurani, Martin? —preguntó Pug.

El rostro aún juvenil del Maestro de Caza se nubló.

—Si los elfos se preocupan es que hay algo de que preocuparse. —Se volvió hacia el frente de columna que se estaba formando—. Perdonadme, tengo que dar instrucciones a mis hombres. —Dejó solos a los muchachos.

—¿Cómo va tu cabeza esta mañana? —preguntó Pug a Tomas, que hizo una mueca.

—Ya tiene dos tallas menos que cuando me desperté. —Su rostro se alegró un poco—. Por lo menos, la excitación parece haber detenido los porrazos que sentía dentro. Casi me siento bien.

Pug miró hacia la torre del homenaje. Los recuerdos de su encuentro de la noche pasada seguían aferrados a su mente, y de repente se arrepintió de viajar con el duque.

Tomas notó la actitud pasiva de su amigo.

—¿Por qué estás tan callado?

—No es nada, sólo pensaba.

Tomas estudió a Pug durante algunos instantes.

—Creo que lo entiendo. —Con un gran suspiro se recostó en la silla y su caballo piafó y se quejó—. Yo, por ejemplo, me alegro de irme. Creo que Neala se ha enterado del pequeño asunto del que hablamos ayer.

Pug se rio.

—Eso te enseñará a ser más cuidadoso con quien escoltas a las despensas.

Tomas sonrió avergonzado.

Las puertas del torreón del homenaje se abrieron, y salieron el duque y Arutha, acompañados de Kulgan, Tully, Lyam y Roland. Carline les seguía, con Lady Marna detrás. El duque y sus acompañantes se abrieron paso hasta la cabeza de la columna, pero Carline fue a toda prisa hasta donde estaban Pug y Tomas. Los guardias la saludaban al pasar, pero ella no les hacía caso. Llegó al lado de Pug, y cuando éste se inclinó cortésmente, ella dijo:

—Oh, baja de ese estúpido caballo.

Pug bajó y Carline le echó los brazos al cuello, abrazándolo con fuerza durante unos instantes.

—Ten cuidado y que te vaya bien —dijo ella—. No dejes que te pase nada. —Lo soltó, y luego lo besó brevemente—. Y vuelve a casa. —Conteniendo las lágrimas se

apresuró a la cabeza de la columna, donde su padre y su hermano la esperaban para despedirse.

Tomas dejó escapar una exclamación teatral y se rio, mientras Pug volvía a montar; los soldados que había cerca trataron de contener su propia risa.

—Parece que la princesa tiene planes para vos, mi señor —dijo Tomas entre carcajadas.

Tuvo que agacharse para esquivar cuando Pug se estiró para darle un capirotazo. El movimiento hizo que el caballo empezase a avanzar, y de repente Tomas se encontró luchando por devolver su caballo a la columna. El caballo parecía estar dispuesto a moverse en cualquier dirección excepto la que Tomas quería; ahora fue el turno de Pug para reírse. Finalmente movió su caballo junto al de Tomas y condujo a la díscola yegua de vuelta a la caravana. La yegua bajó las orejas y se volvió para tratar de morder al caballo de Pug.

—Ambos tenemos cuentas que ajustar con Rulf —dijo el aprendiz de mago—; además nos ha dado dos caballos que no se gustan. Cambiaremos tu montura con uno de los guardias.

Con alivio, Tomas medio desmontó medio se cayó al suelo, y Pug se encargó del intercambio con un soldado de más adelante en la columna. El cambio se llevó a cabo y, mientras Tomas volvía a su sitio, Roland llegó hasta donde estaban los dos y les dio la mano.

—Ahora cuidaos los dos. Ya hay suficientes problemas esperando por ahí sin necesidad de que vayáis a buscarlos. —Afirmaron que así lo harían, y Roland se dirigió a Pug—. Yo le echaré un ojo a las cosas en tu nombre.

Pug notó una sonrisa irónica y echó un vistazo hacia donde se encontraba Carline con su padre.

—Sin duda. —Y luego añadió—: Roland, pase lo que pase, que tengas suerte.

—Gracias. Te tomo la palabra. —Se volvió hacia Tomas— Y las cosas van a estar muy aburridas sin tenerte por aquí.

—Considerando lo que pasa, el aburrimiento sería bienvenido —respondió Tomas.

—Siempre y cuando no sea demasiado aburrido ¿No? ¡Tened cuidado! Sois una parejita problemática, pero no me gustaría perderos.

Tomas se rio mientras Roland se apartaba despidiéndose con la mano de forma amistosa. Al ver como el escudero se acercaba al grupo del duque, y a Carline de pie junto a su padre, Pug se volvió hacia Tomas.

—Eso lo decide todo. Me alegro de irme. Necesito un descanso.

El sargento Gardan llegó cabalgando con órdenes de poner la columna en movimiento, y se pusieron en marcha. El duque y Arutha cabalgaban al frente, con Kulgan y Gardan detrás. Martin Arcolargo y sus hombres corrían junto al caballo del

duque. Veinte pares de guardias montados los seguían, con Tomas y Pug entre ellos y el tren de bagaje en retaguardia con sus cinco pares de guardias. Lentamente al principio, y luego con velocidad creciente, atravesaron las puertas del castillo y se dirigieron hacia la carretera del sur.

Llevaban cabalgando tres días, los dos últimos a través de bosques densos. Martin Arcolargo y sus hombres se habían desviado al este esa misma mañana nada más cruzar el ramal sur del río Crydee, llamado río Frontera. Marcaba el límite entre Crydee y la baronía de Carse, una de las provincias vasallas de lord Borric.

Las nevadas repentinas del temprano invierno habían cubierto el paisaje otoñal con un manto blanco. Muchos de los habitantes del bosque habían sido pillados desprevenidos por el repentino invierno: conejos cuyas pieles eran aún más marrones que blancas y patos y gansos que correteaban por estanques semihelados, descansando en su migración hacia el sur. La nieve caía en ráfagas de copos grandes y húmedos, derritiéndose ligeramente durante el día para volver a congelarse por la noche, creando una delgada capa de hielo. Cuando los cascos de los caballos y mulas rompían el hielo, se podía oír el sonido de las hojas aplastadas bajo él en el silencioso aire del invierno.

Por la tarde, Kulgan vio un grupo de dracos de fuego volando en círculos en lejanía, apenas visibles a través de los árboles. Las bestias de vivos colores, rojo, dorado, verde y azul, volaban a toda velocidad sobre las copas de los árboles y desaparecían de la vista entre ellas, para luego volver a emerger ascendiendo en espiral, con chillidos y pequeñas ráfagas de fuego. Kulgan detuvo su montura y dejó pasar la caravana para ponerse a la altura de Pug y Tomas. Cuando estuvieron juntos, señaló al grupo.

—Parece ser un vuelo de cortejo. Mirad, cuanto más agresivos son los machos, más caso les hacen las hembras. Oh, me gustaría tener tiempo para estudiar esto más de cerca.

Pug siguió a las criaturas con la mirada mientras cabalgaban atravesando un claro.

—Kulgan —dijo entonces algo sorprendido—, ¿no es Fantus ese de ahí, volando cerca del borde?

Los ojos de Kulgan se abrieron como platos.

—¡Por los dioses! Creo que sí.

—¿Lo llamo?

El mago soltó una risita.

—Teniendo en cuenta la atención que le están prestando esas hembras, no creo que sirviera de mucho.

Perdieron de vista la congregación de dracos cuando siguieron cabalgando tras la caravana del duque.

—A diferencia de la mayoría de las criaturas —explicó Kulgan—, los dracos se aparean con las primeras nieves. Las hembras depositarán sus huevos en el nido y luego dormirán durante el invierno, manteniéndolos calientes con sus cuerpos. Lo más posible es que Fantus pase los próximos días... ejem, siendo padre de una camada de crías. Luego volverá al castillo, a molestar a Megar y al resto de los cocineros durante el resto del invierno.

Tomas y Pug se rieron. El padre de Tomas hacía grandes aspavientos de que consideraba al juguetón draco una plaga desatada por los dioses sobre su bien ordenada cocina, pero en varias ocasiones ambos chicos habían visto a hurtadillas como Megar daba a la bestia las mejores sobras de la cena. En los quince meses desde que Pug se había convertido en aprendiz de Kulgan, Fantus se había tornado una mascota escamosa y alada para la mayoría de la gente de la casa del duque, aunque unos pocos, como la princesa, encontraban inquietante su aspecto dracónico.

Siguieron moviéndose al sudeste, tan rápido como lo permitía el terreno. Al duque le preocupaba alcanzar el Paso del Sur antes de que las nieves lo hicieran impracticable, dejándolos aislados del Este hasta la primavera. El olfato de Kulgan para el tiempo les había permitido tener buenas probabilidades de conseguirlo antes de que llegasen tormentas de importancia. Pronto llegarían al borde de la parte más profunda de los bosques del sur, el Corazón Verde.

En las profundidades de la arboleda, en lugares preestablecidos, les esperaban dos tropas de guardias del castillo de Carse con caballos de refresco. El duque Borric había enviado palomas mensajeras al sur con instrucciones para el barón Bellamy, que respondió por el mismo medio que los caballos estarían esperando. Los caballos de refresco y los guardias irían a toda prisa hasta los puntos de encuentro desde la guarnición de Jonril, que Bellamy y Tolburt de Tulan mantenían en el límite de los grandes bosques. Cambiando de monturas, el duque se ahorraría tres, o quizá cuatro días de viaje a Bordon.

Los rastreadores de Arcolargo habían dejado un rastro claro para que lo siguiera el duque, y debían llegar al primer punto de encuentro más tarde ese mismo día.

Pug se volvió hacia Tomas. Éste ya se sentaba sobre la silla algo mejor, aunque seguía moviendo los brazos como una gallina que intentara volar cada vez que se veían forzados a apretar el paso. Gardan llegó cabalgando hasta donde se encontraban los muchachos, delante de los guardias del bagaje.

—Manteneos atentos —gritó—. Desde aquí hasta las Torres Grises es la zona más oscura del Corazón Verde. Incluso los elfos pasan por aquí rápido y en grupos grandes. —El sargento de la guardia del duque dio la vuelta a su caballo y volvió al galope a la cabeza de la columna.

Viajaron durante el resto del día, con todos los ojos puestos en el bosque en busca de alguna señal de problemas. Tomas y Pug conversaban sobre cosas intrascendentes,

y Tomas comentaba la posibilidad de una buena lucha. La charla de ambos muchachos les parecía hueca a los soldados que había junto a ellos, que montaban en silencio y vigilantes. Llegaron al lugar de encuentro justo antes de la puesta de sol. Era un claro de tamaño considerable, con varios tocones de árbol cubiertos de maleza que sobresalían entre la nieve, mostrando que los árboles habían sido cortados hacía mucho.

Los caballos de refresco se encontraban agrupados en torno a una estaca, atados con cuerdas largas, mientras seis guardias vigilaban atentamente alrededor de ellos. Cuando el grupo del duque había aparecido a caballo, tenían las armas preparadas. Las bajaron al ver el familiar estandarte de Crydee. Estos eran hombres de Carse, que llevaban el tabardo escarlata del Barón Bellamy, cuartelado por una cruz dorada y con un grifo rampante también dorado sobre el corazón. El escudo de cada hombre llevaba el mismo diseño heráldico.

El sargento de los seis guardias saludó.

—Bienhallado, mi señor.

Borric devolvió el saludo.

—¿Los caballos? —preguntó.

—Están dispuestos, mi señor, e impacientes por la espera. Igual que los hombres.

Borric desmontó; otro soldado de Carse cogió las riendas de su caballo.

—¿Problemas?

—Ninguno, mi señor, pero este lugar es muy apropiado para gente no muy honesta. Toda la noche pasada montamos guardia de dos en dos y sentimos ojos sobre nosotros.

El sargento era un veterano curtido, que en sus tiempos había combatido contra trasgos y bandidos. No era del tipo que se dejara llevar por su imaginación, y el duque lo sabía.

—Doblad la guardia esta noche. Escoltaréis los caballos de vuelta a vuestra guarnición mañana. Me gustaría que descansasen un día, pero éste no es buen sitio.

El príncipe Arutha se adelantó.

—Yo también he sentido miradas sobre nosotros durante las últimas horas, padre.

Borric se volvió hacia el sargento.

—Puede que nos haya seguido una partida de bandidos, tratando de averiguar cuál era nuestra misión. Enviaré a dos hombres de vuelta con vosotros, porque entre cincuenta y cuarenta y ocho hay poca diferencia, pero ocho es un número mucho mejor que seis.

Si el sargento sintió algún alivio ante esto, no lo demostró, limitándose a decir:

—Se lo agradezco a mi señor.

Borric despidió al hombre y caminó con Arutha hasta el centro del campamento, donde ardía una gran hoguera. Los soldados estaban levantando toscos refugios

contra el viento de la noche, como habían hecho cada noche del viaje. Borric vio dos mulas junto a los caballos y se dio cuenta de que también habían traído balas de heno. Arutha siguió su mirada.

—Bellamy es un hombre prudente; sirve bien a Su Gracia.

Kulgan, Gardan y los chicos se acercaron a los dos nobles, que estaban de pie calentándose ante el fuego. La oscuridad se cernía rápidamente; incluso al mediodía había poca luz en el bosque envuelto por la nieve. Borric miró a su alrededor y tembló por algo más que por el frío.

—Este es un lugar de mal agüero. Haremos bien en alejarnos tan pronto como sea posible.

Tomaron una comida rápida y se acostaron. Pug y Tomas se tumbaron uno cerca del otro, sobresaltándose ante cualquier sonido extraño hasta que el cansancio los hizo dormirse.

La compañía del duque se adentró en las profundidades del bosque, atravesando arboledas tan densas que a menudo los rastreadores habían tenido que cambiar de camino, desandando sus pasos para encontrar otro paso para los caballos, marcando el sendero a medida que avanzaban. Gran parte de este bosque era oscura y retorcida, con una maleza asfixiante que dificultaba el paso.

—Dudo que aquí brille el sol alguna vez —dijo Pug a Tomas. Hablaba en voz baja.

Tomas asintió lentamente, con los ojos fijos observando los árboles. Desde que dejaron a los hombres de Carse, hacía ya tres días, habían sentido más tensión cada jornada que pasaba. Los ruidos del bosque habían disminuido a medida que se adentraban entre los árboles, y ahora cabalgaban en silencio. Era como si los propios animales y pájaros evitasen esta parte del bosque. Pug sabía que eso sólo se debía a que había muy pocos animales que no hubieran emigrado al sur o estuvieran hibernando, pero ese conocimiento no atenuaba su temor ni el de Tomas.

Éste empezó a ir más lento.

—Siento que algo terrible va a suceder.

—Ya llevas dos días diciendo eso. —Tras un minuto, Pug añadió—: Espero que no tengamos que luchar. No sé cómo usar esta espada, a pesar de lo que has tratado de enseñarme.

—Mira —dijo Tomas sacando algo. Pug lo cogió y se encontró con una pequeña bolsita dentro de la cual había un montoncito de guijarros lisos y una honda—. Pensé que te sentirías mejor con una honda. También he traído una para mí.

Cabalaron durante una hora más, y luego se detuvieron para que descansaran los caballos y tomar una comida fría. Era media mañana y Gardan inspeccionó cada uno de los caballos, asegurándose de que estaban bien. A ningún soldado se le dejaba la posibilidad de pasar por alto la menor herida o enfermedad. Si un caballo fallase, su

jinete tendría que montar con otro, y esos dos tendrían que volver lo mejor que pudieran, puesto que el duque no podía permitirse tal retraso. Tan lejos de cualquier lugar seguro, era algo en lo que nadie quería pensar ni discutir en voz alta.

Debían encontrarse con el segundo destacamento de caballos a media tarde. La marcha forzada de los cuatro primeros días había dejado paso a otra más cuidadosa, porque apresurarse entre la espesura podría ser peligroso. Al ritmo que avanzaban, llegarían a tiempo. Aun así, el duque se quejaba de la lentitud de la marcha.

Cabalgaban siempre avanzando, aunque a veces debían detenerse mientras los guardias sacaban las espadas y cortaban la maleza ante ellos; el eco de sus tajos se difundía por el silencio del bosque a la vez que seguían la estrecha senda que habían dejado los rastreadores.

Pug estaba perdido en sus pensamientos sobre Carline cuando, algo más tarde, un grito resonó al frente de la columna, fuera de la vista de los muchachos. De repente los jinetes que había junto a Pug y Tomas cargaban hacia delante, ignorando la maleza a su alrededor, esquivando instintivamente las ramas bajas.

Pug y Tomas espolearon sus caballos tras los demás, y pronto sus sentidos registraron una mancha borrosa de blanco y marrón cuando los árboles parecieron pasar volando ante ellos. Se agacharon en la silla, pegándose al cuello de sus monturas, evitando casi todas las ramas a la vez que luchaban por no caerse. Pug miró por encima del hombro y vio a Tomas quedarse retrasado. La capa de Pug se enredó entre las ramas al atravesar la arboleda hasta un claro. Los sonidos del combate asaltaron sus oídos, y el muchacho vio que se estaba desarrollando una lucha. Los caballos de refresco estaban tratando de liberarse de los postes mientras la trifulca estallaba en torno a ellos. Pug sólo pudo distinguir vagamente la silueta de los atacantes, formas oscuras y veladas que golpeaban desde el suelo a los jinetes con sus espadas.

Una figura se separó y se lanzó corriendo contra él, evitando el golpe de un guardia que se encontraba unos metros más adelantado que Pug. El extraño guerrero sonrió perversamente al joven, viendo sólo a un chico ante sí. Al levantar su espada para golpear, el guerrero gritó y se llevó la mano a la cara; le corrió sangre entre los dedos. Tomas había detenido su montura tras Pug y con un grito disparó otra piedra.

—Pensé que te meterías en problemas —gritó.

Espoleó su caballo hacia delante y pasó por encima de la figura caída. Pug se quedó clavado durante unos instantes, y luego espoleó también a su caballo. Sacó la honda y disparó contra un par de objetivos, pero no pudo estar seguro de si las piedras habían acertado.

Repentinamente Pug se encontró en un lugar de calma en medio de la lucha. Por todos los lados podía ver figuras ataviadas con capas grises y armaduras de cuero saliendo del bosque. Parecían elfos, salvo que su pelo era más oscuro, y gritaban en un

lenguaje que a Pug le resultaba desagradable. Volaron flechas de entre los árboles, vaciando sillas de jinetes de Crydee.

Había cuerpos tanto de atacantes como de soldados tirados acá y allá. Pug vio las formas sin vida de una decena de hombres de Carse, junto con los dos exploradores de Arcolargo, que habían sido atados a estacas alrededor del fuego para aparentar que estaban vivos. Manchas escarlata de sangre teñían la nieve junto a ellos. El ardid había funcionado, puesto que el duque había entrado en el claro, y ahora se había cerrado la trampa.

La voz de Lord Borric se alzó sobre el fragor de la batalla:

—¡A mí! ¡A mí! ¡Estamos rodeados!

Pug buscó a Tomas con la mirada a la vez que espoleaba frenéticamente a su caballo hacia el duque y los hombres que se reunían en torno a él. Las flechas llenaron el aire y en el claro resonó el eco de los gritos de los moribundos.

—¡Por aquí! —gritó Borric, y los supervivientes lo siguieron.

Irrumpieron entre los árboles, pasando por encima de los arqueros atacantes. Los gritos los siguieron mientras se alejaban al galope de la emboscada, agachados sobre el cuello de sus monturas, evitando las flechas y las ramas bajas.

Pug echó a un lado su caballo frenéticamente, evitando un gran árbol. Miró a su alrededor, pero no pudo ver a Tomas. Fijó la mirada en la espalda de otro jinete, determinado a concentrarse en una sola cosa, en no perderla de vista. Tras ellos pudieron oírse extraños gritos, y otras voces respondieron desde un lado. La boca de Pug estaba seca y sus manos sudando dentro de los gruesos guantes que llevaba.

Atravesaron el bosque a la carrera, con el eco de gritos y chillidos a su alrededor. Pug perdió la noción de la distancia recorrida, aunque pensó que sería un kilómetro y medio o más. Las voces seguían gritando en el bosque, indicando a los demás la ruta de huida del duque.

De repente Pug se encontró atravesando una densa maleza, forzando a su sudoroso y jadeante caballo a subir una pendiente corta pero empinada. Todo a su alrededor era una tiniebla de verdes y grises, rota sólo por algunas manchas blancas. Sobre la elevación esperaba el duque, con la espada desenvainada, mientras los demás se concentraban en torno a él. Arutha estaba junto a su padre, con el rostro cubierto de sudor a pesar del frío. Caballos jadeantes y guardias exhaustos se reunían a su alrededor. Pug se sintió aliviado al ver a Tomas junto a Kulgan y Gardan.

—¿Cuántos? —preguntó Borric cuando llegó el último jinete.

Gardan examinó con la mirada a los supervivientes.

—Hemos perdido dieciocho hombres, tenemos seis heridos y todas las mulas y el bagaje se han perdido.

Borric asintió.

—Que los caballos descansen un momento. Vendrán.

—¿Nos quedamos a luchar, padre? —preguntó Arutha.

Borric negó con la cabeza.

—Hay demasiados. Al menos cien atacaron en el claro. —Escupió—. Cabalgamos hacia la emboscada como conejos a una trampa. —Miró a su alrededor—. Hemos perdido casi la mitad de nuestra compañía.

—¿Quiénes eran? —preguntó Pug a un soldado que estaba sentado junto a él.

El soldado lo miró.

—La Hermandad de la Senda Oscura, escudero, que Ka-hooli les provoque almorranas a todos esos bastardos —respondió, invocando al dios de la venganza. El soldado indicó un círculo en torno a ellos con la mano—. Pequeñas partidas de ellos viajan por el Corazón Verde, aunque principalmente viven en las montañas al este de aquí, y más arriba en las Tierras del Norte. Esto ha sido más de lo que yo pensaba que habría por aquí, maldita sea mi suerte.

Sonaron voces por detrás, y el duque advirtió:

—¡Ya vienen! ¡A caballo!

Los supervivientes giraron y salieron cabalgando, de nuevo galopando entre los árboles delante de sus perseguidores. El tiempo quedó en suspenso para Pug mientras recorría el peligroso camino a través del denso bosque. Dos veces gritaron hombres que se encontraban cerca; si fue porque se habían golpeado contra ramas o por las flechas, Pug no lo supo.

De nuevo llegaron a un claro, y el duque ordenó parar.

—Su Gracia —dijo Gardan—, los caballos no pueden aguantar esto mucho más.

Borric golpeó el pomo de la silla en su frustración, el rostro oscurecido por la ira.

—¡Malditos sean! ¿Y dónde estamos?

Pug miró alrededor del grupo. No tenía ni idea de dónde se encontraban en relación con el lugar del ataque, y por el aspecto de las caras de los demás, ellos tampoco.

—Debemos dirigirnos al este, padre —dijo Arutha—, y tratar de alcanzar las montañas.

Borric asintió.

—Pero ¿dónde está el este?

Los altos árboles y el cielo encapotado que difuminaba la luz del sol conspiraban para negarles cualquier punto de referencia.

—Un momento, Su Gracia —intervino Kurgan, cerrando los ojos. De nuevo podía oírse el eco de los gritos de los perseguidores entre los árboles, mientras el mago abría los ojos y señalaba—. Por ahí, por ahí está el este.

Sin preguntas ni comentarios, el duque espoleó su caballo en la dirección indicada, haciendo un gesto a los demás para que lo siguieran. Pug sintió una fuerte necesidad de estar junto a alguien familiar y trató de unirse a Tomas, pero no pudo

atravesar a los jinetes apiñados. Tragó saliva y se admitió que estaba muy asustado. Los rostros lúgubres de los soldados cercanos le dijeron que no estaba sólo en ese sentimiento.

Pasó más tiempo mientras galopaban por los oscuros corredores del Corazón Verde. Cada avance por la ruta de huida venía acompañado por el eco de los gritos de los Hermanos Oscuros mientras alertaban a los demás de la ruta de los fugitivos. Ocasionalmente Pug podía entrever una forma que corría a grandes zancadas en la distancia, para perderse enseguida en la oscuridad de los árboles, mientras seguía un camino paralelo. Los corredores que les pisaban los talones no trataban de entorpecerlos, pero siempre iban cerca.

Una vez más, el duque ordenó parar y se volvió hacia Gardan.

—¡Hostigadores! Averiguad cuán de cerca nos siguen. Debemos descansar.

Gardan señaló a tres hombres, que saltaron rápidamente de los caballos y partieron a la carrera por el camino de su ruta de huida. Un solo golpe de acero y un grito señaló su encuentro con el rastreador enemigo más cercano.

—¡Malditos sean! —dijo el duque—. Están conduciéndonos en círculo, tratando de llevarnos contra su fuerza principal. Ya nos movemos más hacia el norte que hacia el este.

Pug aprovechó la oportunidad para ponerse junto a Tomas. Los caballos estaban jadeando y tiritando, y el vapor de su transpiración se elevaba en el frío. Tomas logró sonreír débilmente, pero no dijo nada.

Los hombres se movían rápidamente entre los caballos, comprobando si estaban heridos. En pocos minutos, los hostigadores volvieron a la carrera, jadeantes.

—Mi señor —dijo uno—, nos siguen muy de cerca, cincuenta, quizá sesenta.

—¿Cuánto tiempo?

El hombre se quedó parado, con el sudor cayéndole por el rostro.

—Cinco minutos, mi señor. —Con un humor lúgubre, añadió—: Los dos que matamos puede que les hagan parar un instante, pero no mucho más.

—Descansemos un momento —dijo Borric a la compañía—. Luego cabalgaremos.

—Un momento o una hora —replicó Arutha—, ¿qué importa? Los caballos están acabados. Deberíamos enfrentarnos a ellos antes de que acudan más Hermanos a la llamada.

Borric movió la cabeza.

—Debo llegar hasta Erland. Debe enterarse de la venida de los tsurani.

Una flecha, rápidamente seguida por una segunda, salió de entre los árboles cercanos, y otro jinete cayó.

—¡Cabalgad! —gritó el duque.

A medio galope adentraron a los caballos en el bosque, y luego ralentizaron la marcha al paso, mientras seguían vigilantes ante cualquier posible ataque. El duque

usó gestos de la mano para desplegar la columna de soldados de forma que pudieran girar hacia cualquiera de los dos flancos y cargar con una sola orden. Los caballos echaban espuma por la boca y tenían el hocico hinchado, y Pug supo que estaban al borde de caer reventados.

—¿Por qué no atacan? —susurró Tomas.

—No lo sé —respondió Pug—. Se limitan a hostigarnos desde los costados y detrás.

El duque levantó la mano y la columna se detuvo. No se oían sonidos de persecución. Se volvió y habló en voz baja.

—Puede que los hayamos perdido. Corred la voz de inspeccionar las monturas...

—Una flecha le pasó rozando la cabeza, fallando por poco—. ¡Adelante! —gritó, y comenzaron un trote exhausto a lo largo del camino que habían venido siguiendo.

—Mi señor —gritó Gardan—, parece que quieren que sigamos moviéndonos.

Borric maldijo en un seco susurro.

—Kulgan, ¿por dónde está el este? —preguntó.

El mago cerró los ojos, y Pug supo que se estaba agotando con este conjuro en particular. No era difícil si uno estaba de pie y tranquilo, pero en estas circunstancias tenía que ser fatigoso. Los ojos de Kulgan se abrieron y señaló hacia la derecha. La columna se dirigía hacia el norte.

—De nuevo vuelven a hacernos girar poco a poco, padre —señaló Arutha—, de vuelta hacia su fuerza principal.

—Sólo los tontos o los niños mantendrían esta ruta —dijo Borric alzando la voz—. A mi orden, giro a la izquierda y a la carga. —Esperó a que todos los hombres preparasen sus armas e hicieran plegarias silenciosas a los dioses para que los caballos aguantasen un galope más. Luego gritó—: ¡Ahora!

Como un solo hombre la columna giró hacia la derecha, y los jinetes espolearon a sus exhaustas monturas. Las flechas llovieron de entre los árboles, y hombres y caballos gritaron.

Pug se agachó para esquivar una rama, agarrándose desesperadamente a las riendas mientras trataba de que no se le cayesen la espada ni el escudo. Sintió como se le escurría el escudo y, mientras luchaba con él, que su caballo empezaba a ir más lento. No podía controlar al animal y usar las armas al mismo tiempo.

Pug detuvo al caballo, arriesgándose a parar un momento para colocarse bien el equipo. Un sonido le hizo mirar hacia la izquierda. De pie a menos de cinco metros había un arquero de la Hermandad de la Senda Oscura. Pug se quedó clavado un instante, al igual que el arquero. Pug quedó impresionado por su parecido con el príncipe élfico, Calin. Había muy poco que distinguiese a ambas razas, que casi eran de la misma altura y constitución, excepto el pelo y los ojos. La cuerda del arco de la criatura se había roto y estaba allí, con los ojos fijos en Pug mientras la cambiaba con

total calma.

El asombro de Pug al haberse encontrado al Hermano Oscuro tan cerca hizo que durante un instante se olvidara del motivo de haberse detenido. Se quedó como atontado observando como el arquero reparaba su arma, embelesado por la actitud de fría eficiencia del elfo.

Enseguida estaba sacando una flecha de la aljaba con movimientos fluidos y poniéndola en el arco. Una alarma repentina hizo actuar a Pug. Su titubeante caballo respondió a sus frenéticas patadas y volvió a ponerse en marcha. No vio la flecha del arquero, pero la oyó pasar junto a su oreja y entonces salió al galope, perdiendo tras de sí al arquero al acercarse a la compañía del duque.

Los ruidos que llegaban desde delante hicieron que Pug apremiase a su caballo, aunque el pobre animal estaba dando todas las indicaciones de que se estaba moviendo tan rápido como podía. Pug avanzó haciendo eses por el bosque, dificultado su avance por la oscuridad.

Repentinamente se encontró detrás de un jinete que vestía los colores del duque y adelantó al hombre, puesto que el caballo de Pug parecía más fresco por el menor peso de su jinete. El terreno se volvió más abrupto, y se preguntó si estarían entrando en las estribaciones de las Torres Grises.

El grito de un caballo hizo que volviese la cabeza. Vio al soldado al que acababa de adelantar cayendo al suelo mientras su montura se desplomaba, echando espumarajos y sangre por el hocico. Pug y otro jinete se detuvieron y el soldado se dio la vuelta, yendo hasta donde estaba el primer hombre. Alargó la mano para ofrecerle al hombre caído subir a su caballo. El soldado desmontado se limitó a negar con la cabeza y golpeó al caballo que estaba de pie en la grupa, volviendo a ponerlo en movimiento. Pug sabía que la montura del segundo hombre apenas podía llevar un jinete, y menos aún dos. El jinete caído desenvainó la espada y mató al caballo herido, y luego se volvió para esperar a los Hermanos Oscuros perseguidores. Pug se encontró con lágrimas en los ojos al contemplar el valor del hombre. El otro soldado gritó algo por encima del hombro que el muchacho no pudo oír, y luego partió repentinamente.

—¡Muévete escudero! —había gritado.

Pug picó espuelas a su caballo, y el animal empezó un trotar titubeante.

La columna en huida continuó su escapada penosa y exhausta, mientras Pug iba avanzando posiciones entre la compañía hasta un lugar cercano al duque. Tras algunos minutos, Lord Borric les hizo una señal para que se detuvieran. Entraron en otro claro y el duque inspeccionó la compañía. Una mirada de rabia impotente cruzó su rostro, para ser reemplazada por otra de sorpresa. Levantó la mano y los jinetes se quedaron inmóviles. En el bosque resonaban gritos, pero a cierta distancia.

—¿Los hemos perdido? —preguntó Arutha, con los ojos abiertos de asombro.

El duque asintió lentamente, con la atención puesta en los gritos distantes.

—Por el momento. Cuando atravesamos a los arqueros, debimos escurrirnos detrás de nuestros perseguidores. Lo descubrirán pronto y retrocederán. Tenemos diez minutos, quince como mucho. —Miró a su deshecha compañía—. Si pudiéramos encontrar un lugar donde escondernos...

Kulgan movió su tambaleante caballo junto al duque.

—Mi señor, yo podría tener una solución, aunque es arriesgada y podría ser fatal.

—No más fatal que esperar a que vengan a nosotros —dijo el duque—. ¿Cuál es tu plan?

—Tengo un amuleto que puede controlar el clima. Había pensado reservarlo para usarlo contra posibles tormentas en el mar, porque su uso es limitado. Podría ser capaz de ocultarnos con él. Que todos los hombres lleven sus caballos al extremo del claro, cerca de ese promontorio rocoso. Que silencien a los animales.

Borric ordenó que se hiciera, y los animales fueron llevados al otro extremo del claro. Manos apaciguadoras calmaron a los exhaustos y excitados animales, tranquilizándolos tras la larga huida.

Se habían reunido en el extremo más elevado de un claro, con la espalda contra un promontorio de granito que se elevaba como un puño gris. En tres lados el suelo descendía en una suave pendiente. Kulgan comenzó a andar por el perímetro de la apiñada compañía.

Salmodiaba en voz baja, formando con el amuleto diseños intrincados. Poco a poco, la gris luz del atardecer se desvaneció y se empezó a formar niebla en torno a él. Al principio sólo aparecieron tenues retazos, pero luego se formaron fragmentos más espesos de humedad, convirtiéndose en bruma.

Pronto el aire entre la compañía del duque y la línea de árboles se volvió nebuloso. Kulgan se movía más rápido y la niebla se fue espesando, llenado el claro de blancura, irradiando desde el mago hasta los árboles en todas direcciones. En pocos minutos era imposible ver más allá de unos metros.

Kulgan seguía andando, enviando una niebla cada vez más densa para tapar la luz entre los árboles. El claro pronto se oscureció a medida que la tenebrosa niebla se iba haciendo más densa con cada encantamiento del mago.

Entonces Kulgan se detuvo y se volvió hacia el duque.

—Todos debemos mantener el silencio —susurró—. Si los elfos oscuros se metieran en la niebla a ciegas, espero que el terreno en pendiente les lleve a rodearnos cuando se acerquen a las rocas. Pero que ningún hombre se mueva. Cualquier sonido nos descubrirá.

Todos los hombres asintieron, comprendiendo que el peligro se acercaba rápidamente. Permanecerían en el centro de esta densa niebla con la esperanza de que los Hermanos Oscuros pasaran de largo, dejando una vez más al duque y a sus hombres tras ellos. Era una apuesta de todo o nada, porque si lograban escaparse,

había buenas posibilidades de que estuviesen lejos de este punto cuando la Hermandad volviese a retroceder.

Pug miró a Tomas.

—Es bueno que sea una zona rocosa —susurró—, o íbamos a dejar una huellas preciosas.

Tomas asintió, demasiado asustado para hablar. Un guardia cercano le hizo un gesto a Pug para que se callase, y el joven escudero asintió.

Gardan y varios guardias, junto con el duque y Arutha, tomaron posiciones cerca del frente de la compañía, con las armas preparadas por si el truco fallaba. Los gritos subieron de tono a medida que la Hermandad Oscura desandaba el camino. Kulgan estaba junto al duque, salmodiando en silencio, reuniendo más niebla en torno a sí y luego irradiándola. Pug sabía que la niebla se expandiría rápidamente, cubriendo un área cada vez más grande, mientras Kulgan siguiera salmodiando. Cada minuto que pasase la niebla abarcaría una zona más amplia del Corazón Verde, haciendo cada vez más difícil que los atacantes los localizaran.

Pug sintió humedad en las mejillas y miró hacia arriba. Estaba empezando a nevar. Con aprensión miró a la niebla, para ver si la recién llegada nieve la estaba afectando. Observó durante un tenso minuto, y luego suspiró de alivio en silencio, porque en todo caso, la nieve estaba reforzando el efecto de la bruma.

Se pudo oír cerca una suave pisada. Pug se quedó inmóvil, al igual que todos los hombres que había a su lado. Sonó una voz en el extraño lenguaje de la Hermandad.

Pug sintió un picor entre los omoplatos, pero se negó a moverse, luchando para ignorar la molesta sensación en su espalda. Miró por el rabillo del ojo a Tomas. Éste estaba tieso como un poste, con la mano en el hocico de su caballo, y el aspecto de una estatua entre la niebla. Al igual que todos los caballos que quedaban, la montura de Tomas sabía que la mano en su cara era una orden para mantenerse en silencio.

Otra voz sonó entre la niebla, y Pug casi dio un salto. Sonaba como si quien hablaba estuviera justo frente a él. La llamada sonó de nuevo, algo más lejos.

Gardan estaba justo frente a Pug, que vio como la espalda del sargento se movía. Gardan se arrodilló poco a poco, dejando silenciosamente en el suelo su espada y su escudo. Se levantó, aún moviéndose con lentitud, mientras desenvainaba su cuchillo. De repente, se adentró en la niebla, con movimientos tan rápidos y fluidos como los de un gato que se desvanece en la oscuridad. Hubo un leve sonido y Gardan reapareció.

Ante él se debatía la forma de un Hermano Oscuro, con una de las enormes manos negras de Gardan tapándole la boca. El otro brazo lo estaba estrangulando. Pug pudo ver que el sargento no podía soltar la mano ni el breve instante que necesitaba para clavarle el cuchillo en la espalda. Gardan apretó los dientes de dolor cuando la criatura le arañó el brazo con unas uñas como garras. Sus ojos se

desorbitaron mientras intentaba respirar. Gardan se quedó clavado en el sitio, sosteniendo al Hermano Oscuro en vilo con su fuerza mientras éste forcejeaba para liberarse. El rostro de la criatura se puso rojo, y luego púrpura, a medida que Gardan lo asfixiaba. La sangre de las heridas provocadas por las uñas de la criatura corría por el brazo del sargento, pero el poderoso soldado apenas se movía. Entonces el Hermano Oscuro quedó inmóvil y Gardan le dio un último apretón para aplastarle la tráquea con el brazo antes de dejar que la criatura se deslizase en silencio hasta el suelo.

Los ojos de Gardan estaban abiertos como platos por el esfuerzo, y jadeó hasta que recuperó el aliento. Se volvió lentamente y envainó el cuchillo. Luego recuperó su espada y su escudo y se puso de pie, volviendo a vigilar la niebla.

Pug no sintió otra cosa que asombro y admiración por el sargento, pero al igual que los otros, sólo pudo observar en silencio. Pasó el tiempo, y las voces se hicieron menos audibles mientras transmitían sus enfadadas preguntas de uno a otro, buscando el escondite de los fugitivos. Las voces se alejaron y entonces, como un suspiro de alivio de todos los que estaban en el claro, sólo quedó el silencio. El duque susurró:

—Nos han pasado de largo —susurró el duque—. Coged los caballos. Vamos al este.

Pug miró alrededor en la oscuridad. Al frente, el duque Borric y el Príncipe Arutha encabezaban la marcha. Gardan iba junto a Kulgan, que seguía cansado de sus esfuerzos mágicos. Tomas caminaba en silencio junto a su amigo. De los cincuenta guardias que habían partido de Crydee con el duque quedaban trece. Sólo habían sobrevivido seis caballos. El resto, a medida que había ido cayendo había sido aliviado de su dolor por silenciosos jinetes de labios fruncidos.

Avanzaban a duras penas, ascendiendo por las estribaciones. El sol se había puesto, pero el duque les ordenó seguir avanzando, temeroso del retorno de sus perseguidores. Los hombres avanzaban con cuidado, vacilantes en el terreno abrupto por la noche. La oscuridad se veía perforada por los juramentos de los hombres cuando se resbalaban una y otra vez sobre las rocas heladas.

Pug avanzaba pesadamente, con el cuerpo abotargado por el cansancio y el frío. El día había parecido una eternidad, y no podía recordar la última vez que había parado o comido. Una vez, un soldado le había pasado un odre de agua, pero el solitario trago le parecía un recuerdo distante. Cogió un puñado de nieve y se lo metió en la boca, pero el hielo fundido le proporcionó poco alivio. La nieve caía más pesadamente, o al menos así le parecía a Pug; no podía verla caer, pero cada vez le daba en la cara más frecuentemente y más fuerte. Hacia mucho frío, y temblaba bajo su capa.

El susurro del duque sonó en la oscuridad como un estallido.

—Deteneos. Dudo que estén vagando en la oscuridad. Descansaremos aquí.

Se pudo oír el murmullo de Arutha desde algún lugar al frente.

—La nieve que está cayendo debería haber tapado nuestras huellas por la mañana.

Pug cayó de rodillas y se arrebujó en la capa.

—¿Pug? —La voz de Tomas sonó cerca.

—Aquí —respondió el muchacho en voz baja.

Tomas cayó pesadamente a su lado.

—Creo... —dijo entre jadeos—, que no voy a volver a moverme... nunca más.

Pug sólo pudo asentir. La voz del duque llegó desde cerca.

—Nada de fuegos.

—Es una mala noche para acampar sin fuego, Su Gracia —respondió Gardan.

—Estoy de acuerdo —dijo Borric—, pero si esos hijos del infierno están cerca, un fuego los echaría sobre nosotros de inmediato. Apretaos unos contra otros para manteneros calientes, y nadie se congelará. Coloca centinelas y dile al resto que se duerma. Cuando rompa el amanecer, quiero poner entre ellos y nosotros tanta distancia como sea posible.

Pug sintió cuerpos que empezaban a apretarse contra él, y no le importó la incomodidad a cambio del calor. Pronto se sumió en una agitada duermevela, despertándose a menudo durante la noche. Y luego, de repente, había amanecido.

Tres caballos más murieron durante la noche, y descubrieron sus cuerpos congelados tirados en la nieve. Pug se puso en pie, sintiéndose mareado y rígido. Temblaba incontrolablemente y daba pisotones, tratando de llevar algo de vida a su cuerpo helado y dolorido. Tomas se agitó y entonces se despertó bruscamente, y miró a ver qué pasaba. Se puso en pie con torpeza y se unió a Pug dando pisotones y agitando los brazos.

—Nunca he tenido tanto frío en mi vida —dijo a través de unos dientes que le castañeteaban.

Pug miró a su alrededor. Estaban en una depresión entre grandes peñascos de granito, aún desnudos y grises en algunas partes, que se alzaban a sus espaldas unos diez metros hasta alcanzar una cornisa más arriba. El suelo estaba en pendiente por el camino que habían seguido, y Pug se dio cuenta de que aquí los árboles eran menos densos.

—Ven —le dijo a Tomas mientras empezaba a subir a duras penas por las rocas.

—¡Maldición! —sonó tras ellos, y Pug y Tomas se dieron la vuelta para ver a Gardan arrodillado junto a la forma inmóvil de un guardia.

El sargento miró al duque.

—Murió por la noche, Su Gracia —dijo, sacudiendo la cabeza—. Recibió una herida y no lo dijo.

Pug contó; aparte de él, Tomas, Kulgan, el duque y su hijo, ahora sólo quedaban doce soldados. Tomas miró desde abajo a Pug, que se había adelantado en la subida.

—¿Adónde vamos?

Pug notó que había susurrado. Incluyó la cabeza hacia delante.

—A ver qué hay al otro lado.

Tomas asintió, y continuaron la escalada. Los dedos entumecidos protestaban contra la necesidad de aferrarse a la dura roca, pero pronto Pug volvió a sentir calor a medida que el esfuerzo calentaba su cuerpo. Estiró el brazo y se agarró al filo de la cornisa. Se subió a ella y esperó a Tomas.

Tomas llegó hasta la cornisa, jadeando, y miró más allá de Pug.

—¡Oh, cielos!

Alzándose majestuosamente ante ellos estaban las altas cimas de las Torres Grises. El sol se elevaba tras ellas, lanzando reflejos rosas y dorados sobre la cara norte de las montañas, mientras que las caras occidentales seguían cubiertas de una oscuridad índigo. El cielo estaba despejado, la nevada había acabado. Allá donde miraran, el paisaje estaba envuelto en blanco.

Pug llamó a Gardan con la mano. El sargento fue hasta la base de las rocas y trepó un poco.

—¿Qué es? —preguntó.

—¡Las Torres Grises! —respondió Pug—. A no más de ocho kilómetros.

Gardan les hizo un gesto a los muchachos para que volvieran, y estos bajaron, cayendo el último metro y aterrizando con un porrazo. Con su destino a la vista, se sentían revividos. Fueron hasta donde Gardan conversaba con el duque, Arutha y Kulgan. Borric hablaba en voz baja, sus palabras perfectamente audibles en el fresco aire de la mañana.

—Coged lo que quede de los animales muertos y divididlo entre los hombres. Traed los caballos que quedan, pero que nadie monte. No servirá de nada tapar los animales, porque de todos modos vamos a ir dejando un buen rastro.

Gardan saludó y empezó a circular entre los soldados. Estos estaban de pie, en parejas o solos, buscando con los ojos posibles señales de persecución.

—¿Tienes idea de dónde se encuentra el Paso del Sur? —preguntó Borric a Kulgan.

—Intentaré usar mi vista mágica, mi señor.

Kulgan se concentró y Pug lo observó atentamente, puesto que ver con el ojo de la mente era otra de las proezas que le había eludido en sus estudios. Era algo parecido a usar el cristal, pero menos gráfico, más una impresión de dónde se encontraba algo con respecto al mago. Tras algunos minutos de silencio, Kulgan respondió.

—No puedo decirlo, Sire. Si hubiera estado aquí antes, quizá, pero no recibo ninguna impresión de dónde pueda encontrarse el paso.

Borric asintió.

—Ojalá Arcolargo estuviera aquí. Él conoce los hitos del terreno. —Se volvió hacia el este, como si viera las Torres Grises a través de la cornisa que se interponía—. A mí todas las montañas me parecen iguales.

—Padre, ¿al norte? —preguntó Arutha.

Borric sonrió un poco ante la lógica de su hijo.

—Sí. Si el paso se encuentra hacia el norte, todavía podríamos tener una posibilidad de cruzarlo antes de que sea impracticable. Una vez que atravesemos las montañas, el clima será más suave en el este; al menos suele ser así en esta época del año. Deberíamos ser capaces de marchar hasta Bordon. Si ya estamos al norte del paso, entonces eventualmente llegaremos hasta los enanos. Ellos nos darán cobijo y quizá conozcan otra ruta hacia el este. —Inspeccionó a su exhausta compañía—. Con tres caballos y derritiendo nieve para beber deberíamos aguantar otra semana. —Miró a su alrededor, estudiando el cielo—. Si el tiempo se mantiene.

—Deberíamos librarnos del mal tiempo en dos días, quizá tres —opinó Kulgan—. No puedo ver más en el futuro.

Un grito distante sonó entre los árboles, proveniente de las profundidades del bosque bajo ellos. Instantáneamente todos se quedaron quietos. Borric miró a Gardan.

—Sargento, ¿a qué distancia cree que están?

Gardan escuchó.

—Es difícil de decir, mi señor. Un kilómetro y medio, quizá más. El sonido viaja de forma extraña en el bosque, y más aún con este frío.

Borric asintió.

—Reúna a los hombres. Nos vamos ahora.

Las puntas de los dedos de Pug sangraban a través de sus guantes desgarrados. Cada vez que se había presentado la oportunidad durante el día, el duque había hecho viajar a los hombres sobre terreno rocoso para impedir que los rastreadores de los Hermanos Oscuros los siguieran. Cada hora se mandaban guardias a dejar rastros falsos sobre el verdadero, arrastrando mantas cogidas de los caballos muertos para ocultar las huellas lo mejor que se podía.

Estaban en el borde de un claro, un círculo de roca desnuda rodeado de pinos y álamos dispersos. El arbolado se había vuelto cada vez menos denso a medida que subían por las montañas, permaneciendo en terreno más alto y abrupto para evitar que los siguieran. Desde el amanecer se habían movido al nordeste, siguiendo una cresta de escarpados cerros hacia las Torres Grises, pero para desesperación de Pug las montañas no parecían estar más cerca.

El sol estaba alto en el cielo, pero Pug sentía poco de su calor, porque de las alturas

de las Torres Grises soplaban un viento frío. Oyó la voz de Kulgan desde cierta distancia a su espalda.

—Mientras el viento venga del nordeste no tendremos nieve, puesto que la humedad habrá caído sobre las montañas. Si el viento variase y viniera del oeste o del noroeste, desde el Mar Sin Fin, tendríamos más nieve.

Pug jadeó mientras avanzaba dificultosamente por las rocas, manteniendo el equilibrio sobre una superficie resbaladiza.

—Kulgan, ¿también ahora debemos tener clases?

Varios hombres se rieron, y momentáneamente la lúgubre tensión de los últimos dos días se redujo. Llegaron a una zona llana, antes de otra subida, y el duque ordenó que se detuvieran.

—Haced fuego y matad a un animal. Esperaremos aquí a la retaguardia.

Gardan mandó rápidamente unos hombres a reunir leña entre los árboles, y a uno le dieron dos de los caballos para que se los llevase. Las nerviosas monturas tenían los cascos doloridos, estaban cansadas y no habían comido y, a pesar de su entrenamiento, Gardan las quería apartar del olor a sangre.

El caballo elegido relinchó, y luego quedó repentinamente en silencio. Cuando los fuegos estuvieron preparados, los soldados colocaron espetones sobre las llamas. Pronto el aroma de la carne asándose llenó el aire. A pesar de su presupuesto desagradado, Pug se encontró con que se le hacía la boca agua ante el olor. Poco después, le entregaron un palo con un trozo de hígado asado, que devoró ávidamente. Cerca, Tomas hacía los mismos honores con una porción de anca bien calentita.

Cuando acabaron de comer, la carne sobrante, aún caliente, fue envuelta con tiras de las mantas de los caballos y de tabardos rotos, y luego dividida entre los hombres.

Pug y Tomas se sentaron junto a Kulgan mientras los soldados levantaban el campamento, apagaban fuegos, cubrían los signos de paso y se preparaban para reanudar la marcha.

Gardan se acercó al duque.

—Mi señor, la retaguardia se retrasa.

Borric asintió.

—Lo sé. Deberían haber vuelto hace media hora. —Miró hacia debajo de la ladera, hacia el inmenso bosque envuelto en niebla—. Esperaremos cinco minutos más y nos iremos.

Esperaron en silencio, pero los guardias no volvieron. Finalmente Gardan dio la orden.

—Adelante nenes. Nos vamos.

Los hombres formaron tras el duque y Kulgan, y los muchachos se pusieron detrás. Pug contó. Sólo quedaban diez soldados.

Dos días después llegaron los aullantes vientos, cuchillos gélidos que cortaban la carne expuesta. Las figuras que avanzaban pesadamente hacia el norte se arrebujaron en sus capas, inclinándose contra el viento. Habían cortado tiras de tela y se habían envuelto con ellas los pies, en un débil intento de luchar contra la congelación. Pug intentó en vano mantener sus pestañas libres de hielo, pero el fuerte viento hacía que le llorasen los ojos, y las gotas se congelaban rápidamente, emborronando su visión.

Pug oyó la voz de Kulgan sobre el viento.

—Mi señor, se acerca una tormenta. Debemos encontrar refugio o pereceremos.

El duque asintió e hizo un gesto para que dos hombres se adelantasen a buscar cobijo. Los dos partieron corriendo a trompicones, moviéndose sólo un poco más rápido que los demás, pero poniendo valientemente las pocas fuerzas que les quedaban al servicio de la tarea encomendada.

Se empezaron a formar nubes en el noroeste, y los cielos se oscurecieron.

—¿Cuánto falta, Kulgan? —gritó el duque por encima del aullido del viento.

El mago agitó una mano sobre su cabeza, mientras el viento le apartaba de la cara el pelo y la barba, dejando expuesta su amplia frente.

—Una hora como mucho.

El duque asintió de nuevo y exhortó a sus hombres para que siguieran avanzando.

Un sonido triste, un relincho, atravesó el viento, y un soldado gritó que el último caballo había muerto. Borric se paró y con una maldición ordenó que se lo descuartizase lo más rápido posible. Los soldados despedazaron al animal, sacando trozos de carne que despedían vapor y tirándolos a la nieve para congelarlos antes de envolverlos. Cuando acabaron, la carne se dividió entre los hombres.

—Si logramos encontrar refugio, haremos un fuego y cocinaremos la carne —gritó el duque.

En silencio, Pug añadió que si no encontraban refugio de bien poco les iba a servir la carne. Reanudaron la marcha.

Un poco después volvieron los dos guardias con noticias de una cueva a menos de un cuarto de milla de distancia. El duque les ordenó que mostrasen el camino.

Empezó a caer la nieve, agitada por el viento. Ahora el cielo estaba oscuro, limitando la visibilidad a poco más de cien metros. Pug se sentía mareado y tenía que esforzarse para levantar los pies de la nieve que se le resistía. Tenía las manos entumecidas, y se preguntó si se estaría congelando.

Tomas parecía algo mejor, ya que por naturaleza era más fuerte, pero también estaba demasiado exhausto para hablar. Se limitaba a avanzar pesadamente al lado de su amigo.

De repente Pug estaba tirado bocabajo en la nieve, sintiéndose sorprendentemente caliente y adormilado. Tomas se arrodilló junto al caído aprendiz de mago. Agitó a Pug y el chico, casi inconsciente, gruñó.

—Levántate —gritó Tomas—. Sólo queda un poco más.

A Pug le costó levantarse, con la ayuda de Tomas y de uno de los soldados. Cuando estuvo de pie, Tomas le indicó al soldado que ya podía hacerse cargo de su amigo. El soldado asintió, pero se quedó cerca. Tomas soltó una de las muchas tiras de manta que llevaba atadas al cuerpo para calentarse, anudó un extremo al cinturón de Pug, y medio guio medio arrastró al otro muchacho.

Los chicos siguieron al guardia que los había ayudado alrededor de un saliente rocoso y se encontraron en la boca de una cueva. Se tambalearon unos pasos hacia delante, hacia el abrigo de la oscuridad, y luego se cayeron al suelo de piedra. En contraste con el viento cortante de afuera, la cueva parecía cálida, y cayeron en un sueño de agotamiento.

Pug se despertó con el olor de la carne de caballo asada. Abrió los ojos y vio que fuera, más allá del fuego, estaba oscuro. Cerca había apiladas ramas y trozos de madera, y los hombres estaban atendiendo el fuego. Había otros junto a él, asando trozos de carne. Pug dobló los dedos y los encontró doloridos, pero cuando se arrancó los destrozados guantes no vio signos de congelación. Despertó a Tomas, que se levantó sobre los codos, parpadeando ante el fuego.

Gardan estaba de pie al otro lado del fuego, hablando con un guardia. El duque se encontraba sentado cerca, conversando tranquilamente con su hijo y Kulgan. Más allá de Gardan y el guardia Pug sólo pudo ver oscuridad. No podía recordar qué hora era cuando encontraron la cueva, pero Tomas y él debían de haber estado durmiendo horas.

Kulgan vio que se estaban moviendo y se acercó.

—¿Cómo os sentís? —preguntó con gesto preocupado.

Los chicos indicaron que se sentían bien, considerando las circunstancias. Pug y Tomas se sacaron las botas a instancias de Kulgan, y este se alegró para informarles que no habían sufrido congelación, aunque uno de los soldados no había tenido tanta suerte.

—¿Cuánto hemos dormido? —preguntó Pug.

—Toda la noche pasada y todo este día —dijo el mago con un suspiro.

Entonces Pug notó signos de que se había trabajado bastante. Además de cortar arbustos, a Tomas y a él los habían tapado con algunas de las mantas. Un par de conejos cazados con lazo colgaba cerca de la boca de la cueva junto a una fila de odres de agua recién llenados.

—Podríais habernos despertado —dijo Pug con una nota de preocupación en la voz.

Kulgan agitó la cabeza.

—El duque no se iba a mover hasta que pasara la tormenta, y eso ha sido hace sólo

unas horas. En cualquier caso, Tomas y tú no erais los únicos cansados por aquí. Dudo que ni siquiera el duro sargento pudiera haber aguantado más de unos pocos kilómetros sin una noche de descanso. El duque verá cómo están las cosas mañana. Espero que partamos entonces si el tiempo se mantiene.

Kulgan se levantó y, con un pequeño gesto indicando que los muchachos debían volver a dormirse si podían, se fue al lado del duque. Pug se sorprendió de que, aunque había pasado durmiendo un día entero, volvía a sentirse cansado, pero pensó que sería mejor llenar el estómago antes de seguir durmiendo. Tomas asintió ante su pregunta no formulada y ambos se arrimaron al fuego. Uno de los soldados estaba ocupado cocinando la carne y les entregó porciones calientes.

Los chicos devoraron la comida y una vez acabaron se sentaron con la espalda contra una de las paredes de la gran cueva. Pug empezó a hablarle a Tomas, pero se distrajo cuando vio al guardia que se encontraba en la boca de la cueva. Una extraña mirada cruzó la cara del hombre mientras hablaba con el sargento Gardan, y entonces se le doblaron las rodillas. Gardan lo agarró y lo bajó al suelo. Los ojos del sargento se abrieron de par en par cuando vio la flecha que salía del costado del hombre.

El tiempo pareció quedar suspendido durante un instante, y luego Gardan gritó:
—¡Ataque!

Un aullido resonó fuera de la boca de la cueva y una figura entró de un salto hasta la luz, pasando por encima de los arbustos cortados, y luego volvió a saltar sobre el fuego, derribando al soldado que asaba la carne. Aterrizó cerca de los muchachos y se volvió para encararse con los que había dejado atrás. Estaba envuelto con una chaqueta y unos pantalones de pieles de animales. En un brazo llevaba un mellado escudo de hebilla, y el otro sostenía en alto una espada curva.

Pug se quedó inmóvil mientras la criatura observaba a la compañía reunida en la cueva, con un gruñido animal en los labios, los ojos brillando a la luz del fuego y enseñando los colmillos. El entrenamiento de Tomas se impuso, y la espada a la que se había aferrado durante la larga marcha salió de su vaina en un instante. La criatura lanzó un ataque hacia abajo contra Pug, que rodó por el suelo evitando el golpe. La hoja sonó cuando golpeó el suelo, y Tomas embistió desequilibrado, golpeando torpemente a la criatura en el pecho. Ésta cayó de rodillas y gorgoteó mientras la sangre encharcaba sus pulmones, antes de desplomarse hacia delante.

Otros atacantes entraban a saltos en la cueva y se enzarzaban rápidamente con los hombres de Crydee. Sonaron juramentos y maldiciones, y se oyó el sonido de las espadas en el espacio cerrado la cueva. Los guardias y los atacantes estaban cara a cara, incapaces de moverse más de unos pocos metros. Varios de los hombres del duque dejaron caer las espadas y sacaron dagas de los cinturones, ya que eran mejores para el combate a tan corta distancia.

Pug cogió su espada y buscó con la vista algún atacante, pero no encontró

ninguno. A la danzarina luz de las llamas pudo ver que los atacantes estaban superados en número por los guardias restantes, y cuando dos o tres hombres de Crydee se enzarzaban con cada atacante, éste era rápidamente derribado y muerto.

De repente la cueva quedó en silencio, excepto por la pesada respiración de los soldados. Pug miró y vio que sólo había caído un hombre, el que había recibido el flechazo. Unos pocos tenían heridas leves. Kulgan iba de acá para allá entre los hombres mirando las heridas.

—Mi señor —dijo—, no tenemos más heridos graves.

Pug miró a las criaturas muertas. Había seis de ellas tiradas en el suelo de la caverna. Eran más pequeñas que los hombres, pero no mucho. Sobre unas gruesas cejas, sus frentes prominentes estaban rematadas por un espeso pelo negro. Su piel azul verdosa era lisa, excepto por uno que parecía tener una barba incipiente en las mejillas. Sus ojos, abiertos en la muerte, eran enormes y redondos, con iris negros sobre amarillo. Todos murieron con un gruñido en sus horribles rostros, mostrando unos largos dientes que estaban muy cerca de ser colmillos de animales.

Pug atravesó la cueva hasta Gardan, que vigilaba la oscuridad de la noche en busca de signos de más criaturas.

—¿Qué son, sargento?

—Trasgos, Pug. Aunque no tengo ni idea de qué hacen tan lejos de su territorio.

El duque se puso a su lado.

—Sólo media docena, Gardan. Nunca he oído que los trasgos atacasen a hombres armados salvo que llevaran ventaja, esto ha sido un suicidio.

—Mi señor, mirad aquí —llamó Kulgan, que estaba arrodillado junto al cuerpo de un trasgo. Le había quitado la sucia chaqueta de piel y señalaba una herida larga y dentada en el pecho, malamente vendada—. Ésta no la hemos hecho nosotros. Tiene tres o cuatro días y está mal curada.

Los guardias inspeccionaron el resto de los cuerpos e informaron de que otros tres tenían heridas recientes, no causadas por esta lucha. Uno tenía el brazo roto y había luchado sin escudo.

—Sire, no llevan armaduras, sólo sus armas —dijo Gardan. Señaló a un trasgo muerto que llevaba un arco colgado a la espalda y una aljaba vacía en el cinturón—. Sólo tenían la flecha que usaron para herir a Daniel.

Arutha observaba la carnicería.

—Esto fue una locura. Una completa locura.

—Sí, Alteza; locura —dijo Kulgan—. Estaban agotados por el combate, helados y muertos de hambre. Por su aspecto diría que llevaban algún tiempo sin comer. Prefirieron arriesgarlo todo en un último y frenético asalto en vez de vernos comer mientras ellos se morían se frío.

Borric volvió a mirar a los trasgos, y ordenó a sus hombres que sacaran los

cuerpos de la cueva.

—¿Pero con quién han estado combatiendo? —preguntó a nadie en particular.

—¿La Hermandad? —respondió Pug.

Borric negó con la cabeza.

—Son criaturas de la Hermandad, y cuando no están aliados contra nosotros se dejan mutuamente en paz. No, era con alguien más.

Tomas miró a su alrededor cuando se unió a los que estaban cerca de la entrada. No se sentía tan cómodo hablando con el duque como Pug, pero finalmente intervino.

—Mi señor, ¿los enanos?

Borric asintió.

—Si ha habido una incursión enana sobre una aldea de trasgos, eso explicaría por qué no llevaban armaduras ni provisiones. Agarrarían las armas que tenían más a mano y se abrirían paso huyendo a la primera oportunidad. Sí, quizá fueran los enanos.

Los guardias que habían sacado los cuerpos a la nieve volvieron corriendo a la cueva.

—Su Gracia —dijo uno de ellos—. Hemos oído movimiento en los árboles.

Borric se volvió hacia los demás.

—¡Preparaos!

Todos los hombres de la cueva aprestaron rápidamente sus armas. Pronto todos pudieron oír el sonido de pisadas sobre la nieve. Se hizo más fuerte mientras esperaban, acercándose. Pug estaba de pie en tensión, sosteniendo su espada, tratando de reprimir el miedo en su interior.

Repentinamente el sonido de pisadas se detuvo, y los que estaban afuera se detuvieron. Entonces puso oírse el sonido de un par de botas que se acercaban. Surgiendo de la oscuridad vino una figura directa hacia la cueva. Pug levantó la cabeza para ver por encima de los soldados.

—¿Quién va? —dijo el duque.

Una figura baja, de no más de metro cincuenta de alto, echó hacia atrás la capucha de su capa, descubriendo un yelmo metálico asentado sobre una mata de denso cabello marrón. Dos brillantes ojos verdes reflejaron la luz del fuego. Gruesas cejas de pelo marrón rojizo se unían en un punto sobre una gran nariz ganchuda. La figura contempló al grupo, y luego hizo una señal a los que le seguían. De la noche aparecieron más figuras, y Pug se adelantó para verlas mejor, con Tomas a su lado. Por detrás pudieron ver que varios de los que llegaban traían mulas.

El duque y los soldados se relajaron visiblemente.

—¡Son enanos! —dijo Tomas.

Varios de los guardias rieron, al igual que el enano más próximo. Esté fijó una

mirada irónica en Tomas.

—¿Qué esperabas, chico? —le dijo—. ¿Una preciosa dríada que viniera a llevarte?

El enano en cabeza se acercó a la luz del fuego.

—Por vuestro tabardo veo que sois hombres de Crydee —dijo deteniéndose ante el duque. Se golpeó el pecho solemne—: Yo soy Dolgan, jefe de la aldea de Caldara y Caudillo Guerrero de los enanos de las Torres Grises.

Sacó una pipa de la capa, de debajo de una larga barba que le llegaba hasta el cinturón, y la llenó mientras observaba a los demás ocupantes de la cueva. Entonces, con un tono menos solemne, dijo:

—Y ahora, en nombre de los dioses, ¿qué ha traído a un grupo de aspecto tan penoso de gente alta a este lugar frío y desolado?

Mac Mordain Cadal

Los enanos montaban guardia.

Pug y los demás de Crydee estaban sentados alrededor del fuego devorando ávidamente la comida que les habían preparado los hombres de Dolgan. Una olla de estofado hervía cerca del fuego. Se devoraban a toda prisa hogazas calientes de pan del camino, rompiendo su gruesa y dura corteza para descubrir una miga oscura de masa endulzada con miel. El pescado ahumado, salido de las mulas de los enanos, proporcionó un bienvenido cambio frente a la dieta de carne de caballo de los últimos días.

Pug miró desde el sitio donde estaba, junto a Tomas, que se encontraba enfrascado comiéndose su tercera ración de pan y estofado. Pug observaba como los enanos trabajaban con gran eficiencia en todo el campamento. La mayoría de ellos estaba fuera de la cueva, puesto que parecían menos incomodados por el frío que los humanos. Dos de ellos atendían al soldado herido, que viviría, mientras que otros dos servían la comida caliente a los hombres del duque y otro llenaba vasos de cerveza, proveniente de un gran odre lleno del espumoso líquido marrón.

Había cuarenta enanos con Dolgan. El caudillo estaba flanqueado por sus hijos: Weylin, el mayor, y Udell. Ambos mostraban un parecido asombroso con su padre, aunque Udell tendía a la oscuridad puesto que tenía el pelo moreno en vez de marrón rojizo. Los dos parecían personas calladas en comparación con su padre, que gesticulaba con la pipa en una mano y un vaso de cerveza en la otra mientras hablaba con el duque.

Los enanos iban de algún tipo de patrulla a lo largo del límite del bosque, aunque a Pug le dio la impresión de que una patrulla tan lejos de sus aldeas era poco habitual. Se habían cruzado con el rastro de los trasgos que habían atacado hacía unos minutos y los habían seguido de cerca; de lo contrario, habrían pasado de largo del grupo del duque, al tapar la tormenta por completo las huellas del paso de los hombres de Crydee.

—Os recuerdo, Lord Borric —dijo Dolgan tomando un sorbo de su vaso de

cerveza—, aunque apenas erais más que un bebé cuando estuve por última vez en Crydee. Cené con vuestro padre. Puso una buena mesa.

—Y deberíais volver de nuevo a Crydee, Dolgan, espero que encontraréis mi mesa igualmente satisfactoria.

Habían hablado de la misión del duque, y Dolgan se había quedado en silencio durante los preparativos de la comida, perdido en sus pensamientos. De repente miró su pipa, que se había apagado. Suspiró abatido y la dejó a un lado, hasta que se dio cuenta de que Kulgan había sacado la suya y estaba produciendo unas respetables nubes de humo.

—¿Tendríais el lujo de una pipa de repuesto en vuestra persona, mago? —dijo alegrándose visiblemente.

Hablaba con el acento grave y marcando mucho las erres con el que los enanos hablaban la lengua real.

Kulgan sacó su bolsa de tabaco y se la entregó al enano.

—Por fortuna —dijo Kulgan—, mi pipa y mi bolsa son dos objetos que siempre llevo encima. Puedo soportar la pérdida de otros bienes, aunque la pérdida de mis dos libros me aflige profundamente, pero soportar cualquier circunstancia sin la comodidad de mi pipa es impensable.

—Sí —asintió el enano mientras encendía la suya—, en eso estáis en lo cierto. Excepto por la cerveza otoñal, y la compañía de mi amante esposa y una buena pelea, no hay nada que iguale a la pipa en el puro placer. —Dio una larga calada y expulsó una gran nube de humo para reforzar sus afirmaciones. Un gesto pensativo cruzó su curtido rostro—. Ahora vamos al asunto de las noticias que lleváis. Son cosas extrañas, pero explican algunos misterios con los que llevamos algún tiempo tratando.

—¿Qué misterios? —preguntó Borric.

Dolgan señaló a la boca de la cueva.

—Como os hemos dicho, hemos tenido que patrullar por esta zona. Esto es algo nuevo, puesto que en años pasados las tierras en torno a nuestras minas y nuestras granjas han estado libres de problemas. —Sonrió—. Ocasionalmente una partida de bandidos especialmente osados, o los *moredhel*, elfos oscuros los llamáis, o una tribu de trasgos más estúpidos de lo habitual, nos molestan de vez en cuando. Pero generalmente estas tierras suelen estar bastante tranquilas. Pero últimamente, las cosas se han puesto feas. Hace cosa de poco más de un mes, empezamos a ver signos de grandes movimientos de *moredhel* y trasgos desde sus aldeas al norte de las nuestras. Enviamos algunos chavales a investigar. Encontraron aldeas enteras abandonadas, tanto de trasgos como de *moredhel*. Algunas habían sido saqueadas, pero otras estaban vacías sin señal de problemas. No hace falta decir que los desplazamientos de esos malhechores nos trajeron cada vez más problemas. Nuestras

aldeas están en los prados y mesetas más altos, así que no se atreven a atacarlas, pero hacen incursiones contra nuestros rebaños en el fondo de los valles cuando pasan por allí, y por eso montamos patrullas en la falda de las montañas. Con el invierno encima, nuestros rebaños están en los prados más bajos, y debemos mantenernos alerta. Lo más probable es que vuestros mensajeros no llegasen a nuestras aldeas debido al gran número de trasgos y moredhel que huyen de las montañas hacia el bosque. Ahora al menos tenemos ciertas pistas de qué puede estar causando esta migración.

El duque asintió.

—Los tsurani.

—Tienen que tener un buen contingente ahí arriba —dijo Arutha.

Dolgan se quedó pensativo unos instantes.

Borric le dirigió a su hijo una mirada interrogativa, mientras Dolgan soltaba una risita.

—Vuestro chaval es inteligente, Lord Borric —asintió pensativo—. Sí, príncipe. Están ahí arriba, y con un buen contingente. A pesar de sus otros graves defectos los moredhel no carecen de habilidades para el combate. —Volvió a quedarse callado, perdido en sus pensamientos durante unos minutos. Luego, mientras vaciaba su pipa, dijo—: Los enanos no son considerados los mejores guerreros del Oeste por nada, pero carecemos del número necesario para eliminar a nuestros vecinos más molestos. Hacer huir a una hueste como la que ha estado pasando requeriría una gran fuerza de hombres, bien armados y aprovisionados.

—Daría cualquier cosa por saber como llegaron a estas montañas —dijo Kulgan.

—Yo preferiría saber cuántos hay —replicó el duque.

Dolgan volvió a llenar su pipa y, tras encenderla, miró pensativo al fuego. Weylin y Udell asintieron mutuamente.

—Lord Borric, puede que lleguen a los cinco mil —respondió Weylin.

Antes de que el sobresaltado duque pudiera responder, Dolgan salió de su ensoñación.

—¡Más cerca de los diez mil! —maldijo. Se volvió para mirar al duque, cuya expresión revelaba claramente que no entendía lo que estaban diciendo—. Hemos considerado todas las razones posibles para esta migración excepto la invasión. Epidemias, luchas internas entre facciones, plagas en sus cultivos que hayan provocado el hambre, pero un ejército invasor de alienígenas no era una de ellas. Por el número de ciudades vacías, suponemos que varios miles de trasgos y moredhel han bajado hasta el Corazón Verde. Algunas de esas aldeas eran un puñado de chozas que mis dos chicos podrían haber tomado sin ayuda. Pero otras eran fuertes amurallados sobre colinas, con uno o dos centenares de guerreros para defender la empalizada. Han arrasado una docena de esas en poco más de un mes. ¿Cuántos hombres creéis

que necesitaríais para completar tal hazaña, Lord Borric?

Esa fue la primera vez que Pug pudo recordar haber visto el miedo claramente reflejado en el rostro del duque. Borric se inclinó hacia delante, apoyando el brazo en la rodilla.

—Tengo mil quinientos hombres en Crydee, contando los de las guarniciones fronterizas. Puedo llamar a unos ochocientos o mil de cada una de las guarniciones de Carse y Tulan, aunque hacerlo las dejaría desprotegidas. Las levas de las aldeas y ciudades suman como mucho un millar, y la mayoría serían viejos veteranos del asedio de Carse o muchachos jóvenes sin habilidades.

Arutha tenía un aspecto tan lúgubre como su padre al hablar.

—Cuatro mil quinientos más o menos, un tercio sin ninguna experiencia, contra diez mil enemigos.

Udell miró a su padre, y luego a Lord Borric.

—Mi padre no presume de nuestras habilidades, ni de las de los moredhel, Su Gracia. Sean cinco o diez millares, han de ser guerreros duros y experimentados para poder expulsar tan fácilmente a nuestros enemigos ancestrales.

—Entonces creo —dijo Dolgan— que lo mejor sería que enviaseis mensajes a vuestro hijo mayor y vuestros barones vasallos diciéndoles que se queden tras la seguridad de los muros de los castillos, y os apresuréis hacia Krondor. Hará falta todo el Ejército del Oeste para resistir a los recién llegados esta primavera.

—¿Realmente es tan malo? —dijo de repente Tomas. Y luego se quedó azorado por haber interrumpido la reunión—. Lo siento, mi señor.

Borric desestimó la disculpa con un gesto de la mano.

—Puede ser que nosotros mismos estemos tejiendo las hebras del miedo en un tapiz más grande del que realmente existe, pero un buen soldado se prepara siempre para lo peor, Tomas. Dolgan tiene razón. Debo conseguir la ayuda del príncipe. —Miró a Dolgan—. Pero para llamar a las armas a los Ejércitos del Oeste, debo llegar a Krondor.

—El Paso del Sur está cerrado —dijo el enano— y vuestros capitanes humanos tienen demasiado sentido común para enfrentarse con los Estrechos de la Oscuridad en invierno. Pero hay otro camino, aunque es una senda difícil. Hay minas por todas estas montañas, galerías ancestrales bajo las Torres Grises. Muchas fueron excavadas por mi gente mientras buscábamos hierro y oro. Algunas son naturales, hechas cuando nacieron las montañas. Y otras estaban ya aquí cuando mi gente llegó por primera vez a estas montañas, excavadas por sólo los dioses saben quién. Hay una mina que atraviesa las montañas por completo, saliendo al otro lado de la cordillera, sólo a un día de camino de la carretera de Bordon. Llevará dos días atravesarla, y puede que haya peligros.

Los hermanos enanos miraron a su padre.

—Padre ¿La Mac Mordain Cadal? —dijo Weylin.

Dolgan asintió con la cabeza.

—Sí, la mina abandonada de mi abuelo, y de su padre antes que él. —Se dirigió al duque—. Hemos excavado muchos kilómetros de galerías bajo la montaña, y algunas se conectan con los antiguos pasadizos de los que he hablado. Hay cuentos oscuros y extraños acerca de Mac Mordain Cadal, puesto que está conectada con esos antiguos pasadizos. No pocos enanos se han aventurado en las profundidades de las viejas minas, buscando riquezas legendarias, y la mayoría de ellos han vuelto. Pero unos pocos se han desvanecido. Una vez que toma un camino, un enano no pierde nunca el de vuelta, así que no se perdieron en su búsqueda. Algo debió de sucederles. Os digo esto para que no haya malentendidos, pero si nos mantenemos en los pasadizos excavados por mis antepasados, debería haber poco riesgo.

—¿«Si nos», amigo enano? —dijo el duque.

Dolgan sonrió.

—Si me limitase a poner vuestros pies en el camino, os perderíais sin remedio en menos de una hora. No, no deseo viajar a Rillanon para explicarle a vuestro rey cómo me las arreglé para perder a uno de sus mejores duques. Os guiaré por mi propia voluntad, Lord Borric, por un pequeño precio. —Hizo un guiño a Pug y Tomas mientras decía esto último—. Digamos una bolsita de tabaco y una buena cena en Crydee.

El ánimo del duque se levantó un poco.

—Trato hecho, y mis agradecimientos, Dolgan —dijo con una sonrisa.

El enano se volvió hacia sus hijos.

—Udell, tú coge la mitad de la compañía y una de las mulas, y a los hombres del duque que estén demasiado enfermos o heridos para continuar. Ve al castillo de Crydee. Hay un tintero y pluma, envueltos en pergamino, en algún lugar del equipaje; búscalos para Su Señoría, para que pueda transmitir las órdenes a sus hombres. Weylin, lleva al resto de los nuestros a Caldara, y luego envía mensajeros a las otras aldeas antes de que lleguen las ventiscas invernales. Cuando llegue la primavera, los enanos de las Torres Grises irán a la guerra.

Dolgan miró a Borric.

—Nadie ha conquistado nunca nuestras aldeas de las tierras altas, no en la larga memoria del pueblo enano. Pero sería una gran molestia para el que lo intentase. Los enanos estarán junto al Reino, Su Señoría.

Largo tiempo habéis sido nuestro amigo, comerciando justamente y dando ayuda cuando se os pedía. Y nosotros nunca hemos huido de una batalla cuando se nos ha llamado.

—¿Y qué hay de Montaña de Piedra? —dijo Arutha.

Dolgan se rio.

—Agradezco a Su Alteza que ayude a mi memoria. El viejo Harthorn y sus clanes se sentirían muy molestos si hubiera una buena lucha y no se les invitase. También enviaré mensajeros a Montaña de Piedra.

Pug y Tomas observaron mientras el duque escribía mensajes para Lyam y Fannon; entonces, los estómagos llenos y el cansancio empezaron a adormecerlos, a pesar de todo lo que habían dormido. Los enanos les prestaron unos gruesos capotes, que usaron para envolver ramitas de pino y hacer jergones. Ocasionalmente Pug se despertó de su pesado sueño por la noche, y oyó voces que susurraban. Más de una vez, oyó el nombre Mac Mordain Cadal.

Dolgan conducía a la compañía del duque por las estribaciones rocosas de las Torres Grises. Habían partido con las primeras luces del alba, y los hijos de caudillo enano se habían dirigido hacia sus propios destinos con sus hombres. Dolgan caminaba delante del duque y su hijo, seguidos por el resoplante Kulgan y los muchachos. Cinco soldados de Crydee, los que aún eran capaces de continuar, bajo la supervisión de Gardan, cerraban la marcha conduciendo dos mulas.

—Kulgan, pide un descanso —dijo Pug, andando tras el mago, que avanzaba a duras penas—. Estás mal.

—No, muchacho. Estaré bien. Una vez que entremos en las minas bajaremos el ritmo, y deberíamos llegar pronto.

Tomas observaba la maciza figura de Dolgan, marchando en cabeza del grupo, dando grandes zancadas con sus cortas piernas, marcando un fuerte ritmo.

—¿No se cansa nunca?

Kulgan movió la cabeza.

—El pueblo enano es renombrado por su fuerte constitución. En la Batalla del Castillo de Carse, cuando el castillo casi cayó en manos de la Hermandad Oscura, los enanos de Montaña de Piedra y las Torres Grises iban de camino en auxilio de los sitiados. Un mensajero les llevó noticias de la inminente caída del castillo, y los enanos corrieron un día, una noche y medio día más para caer sobre la Hermandad por detrás, y sin perder nada de su habilidad de lucha. La Hermandad quedó rota, y nunca ha vuelto a organizarse bajo un solo líder. —Jadeó un poco—. No había ninguna fanfarronada cuando Dolgan habló de la ayuda de los enanos, puesto que no hay duda de que son los mejores guerreros del Oeste. Aunque son pocos comparados con los hombres, sólo los montañeses hadati se acercan a igualarlos luchando en las montañas.

Pug y Tomas miraron con un nuevo respeto al enano mientras éste avanzaba con paso firme. Aunque el ritmo de marcha era fuerte, la comida de la noche anterior y otra esta mañana habían restablecido las menguantes energías de los muchachos, que no tenían problemas para mantener el paso.

Llegaron hasta la entrada de la mina, que había quedado cubierta por la maleza. Los soldados la limpiaron, descubriendo un túnel ancho y bajo. Dolgan se volvió hacia la compañía.

—Puede que tengáis que agacharos un poco aquí y allá, pero los mineros enanos han traído bastantes mulas aquí abajo. Debería haber suficiente espacio.

Pug sonrió. Los enanos resultaron ser más altos de lo que los relatos le habían hecho esperar, con una altura media de entre un metro treinta y un metro cincuenta. Aparte de que eran cortos de piernas y anchos de hombros, tenían el mismo aspecto que el resto de la gente. Les iba a resultar apretado al duque y a Gardan, pero Pug sólo era varios centímetros más alto que el enano, así que podría arreglárselas.

Gardan ordenó que se encendieran antorchas, y cuando el grupo estuvo preparado Dolgan los condujo al interior de la mina.

—Permaneced alerta —dijo el enano mientras entraban en las tinieblas del túnel—, porque sólo los dioses saben lo que habita en estas galerías. No deberíamos tener problemas, pero más vale ser cauteloso.

Pug entró y, mientras lo envolvía la oscuridad, miró por encima del hombro. Vio a Gardan recortado sobre la luz que retrocedía. Durante un breve instante pensó en Carline, y en Roland, y luego se preguntó cómo podía ella parecer tan lejana tan pronto, y cómo podía él sentirse tan indiferente ante las atenciones de su rival. Agitó la cabeza, y su mirada volvió al oscuro túnel que tenía al frente.

Los túneles estaban húmedos. Cada poco tiempo pasaban de largo por una galería que salía de la principal hacia un lado u otro. Pug las miraba cuando pasaban a su lado, pero pronto quedaban envueltas en las tinieblas. Las antorchas despedían sombras titilantes que danzaban sobre las paredes, expandiéndose y contrayéndose a medida que ellos se acercaban o separaban unos de otros, o a medida que el techo subía y bajaba. En varios sitios tuvieron que hacer que las mulas agacharan las cabezas, pero en la mayor parte del pasadizo había espacio más que suficiente.

—No me gustaría quedarme aquí abajo —oyó Pug murmurar a Tomas, que caminaba ante él—; he perdido por completo el sentido de la orientación.

Pug no dijo nada, puesto que las minas le provocaban una sensación opresiva.

Tras algún tiempo llegaron a una gran caverna con varias galerías que salían de ella. La columna se detuvo y el duque ordenó que se organizaran guardias. Se colocaron antorchas en grietas en la roca y se dio agua a las mulas. Pug y Tomas se quedaron con la última guardia, y Pug pensó cien veces que había formas moviéndose justo más allá de la luz del fuego. Pronto llegaron unos soldados a sustituirlos y los muchachos se unieron a los demás, que estaban comiendo. Para comer, les dieron carne seca y galletas.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Tomas a Dolgan.

El enano dio una calada a su pipa.

—Es un pozo de gloria, chaval. Cuando mi gente excavó esta zona hicimos muchos sitios como este. Cuando las vetas grandes de hierro, oro, plata y otros metales se unían, también lo hacían las galerías. Y a medida que se extraían los metales, se formaban estas cavernas. Aquí abajo hay cavernas naturales igual de grandes, pero su aspecto es diferente. Tienen grandes espiras de piedra que se alzan del suelo, y otras que cuelgan del techo, a diferencia de ésta. Verás una cuando pasemos por allí.

Tomas miró hacia arriba.

—¿Qué altura tiene?

Dolgan levantó la vista.

—No puedo decirlo con seguridad. Quizá unos treinta metros, quizá el doble o el triple. Estas montañas siguen siendo ricas en metales, pero cuando el abuelo de mi abuelo excavó aquí por primera vez, los metales eran abundantes más allá de la imaginación. Hay cientos de galerías por estas montañas, con muchos niveles arriba y debajo de éste. Por ese túnel de ahí —señaló uno que estaba al nivel del suelo del pozo de gloria— se va a otro túnel que conecta con otro túnel, y luego con otro. Sigue ese último, y acabarás en la Mac Bronin Alroth, otra mina abandonada. Pasando por ella, podrías abrirte paso hasta la Mac Owyn Dur, donde alguna de mi gente te preguntaría cómo lograste entrar en su mina de oro —se rio—. Aunque dudo que pudieras encontrar el camino, a menos que hubieras nacido enano. —Dio otra calada a la pipa, y el resto de los guardias vino a comer—. Bueno, mejor que nos pongamos en camino.

Tomas pareció sorprendido.

—Pensé que íbamos a pararnos para pasar la noche.

—El sol sigue alto en el cielo, muchachito. Todavía nos queda medio día antes de dormir.

—Pero yo pensaba...

—Lo sé. Es fácil perder el sentido del tiempo aquí abajo, a menos que tengas la habilidad.

Reunieron su equipo y partieron de nuevo. Tras caminar algo más entraron en una serie de galerías serpenteantes que parecían descender. Dolgan explicó que la entrada en la fachada oriental de las montañas estaba a unos cientos de metros por debajo de la del oeste, así que la mayor parte del viaje sería cuesta abajo.

Más tarde atravesaron otro de los pozos de gloria, más pequeño que el último, pero aun así impresionante por el número de galerías que salían de él. Dolgan escogió una sin dudar y los guio por ella.

Pronto pudieron oír el sonido del agua, que llegaba desde delante.

—Pronto veréis una vista que ningún hombre vivo y pocos enanos han contemplado —dijo Dolgan por encima del hombro.

Mientras caminaban, el sonido del fluir del agua se hizo más alto. Entraron en otra caverna, ésta natural y varias veces más grande que la primera. El túnel por el que habían venido se convertía en una cornisa, de unos seis o siete metros de ancho, que transcurría por el lado derecho de la caverna. Todos miraron por el borde y abajo sólo pudieron ver la oscuridad.

El camino doblaba una esquina en la pared y, cuando la pasaron, fueron saludados por una vista que los dejó con la boca abierta. Al otro lado de la caverna, una grandiosa catarata surgía desde un inmenso promontorio de piedra. Desde cien metros por encima de donde ellos estaban se derramaba por la caverna, chocando contra la cara de piedra de la pared opuesta antes de desaparecer en la oscuridad. Llenaba la caverna con reverberaciones que hacían imposible oírla golpear en el fondo, confundiendo cualquier intento de estimar la altura de la caída. Por toda la cascada danzaban colores luminosos, brillando con una luz interna. Rojos, dorados, verdes, azules y amarillos titilaban entre la blanca espuma, derramándose por la pared, resplandeciendo con breves estallidos de intensa luminosidad cuando el agua golpeaba la pared, pintando un cuadro fantástico en la oscuridad.

Dolgan gritó por encima del rugido.

—Hace eras el río Wynn-Ula iba desde las Torres Grises hasta el Mar Amargo. Un gran terremoto abrió una grieta bajo el río, y ahora éste cae en un inmenso lago subterráneo ahí abajo. Mientras corre por entre las rocas, arrastra los minerales que le dan esos colores brillantes.

Permanecieron en silencio durante un rato, maravillados ante la vista de las cataratas de Mac Mordain Cadal.

El duque hizo un gesto para reanudar la marcha, y continuaron. Además del espectáculo de la catarata, habían quedado refrescados por las salpicaduras y el viento fresco que salía de ella, puesto que las cavernas eran oscuras y húmedas, y siguieron avanzando hacia las profundidades de la mina, pasando innumerables galerías y pasadizos. Tras un tiempo, Gardan preguntó a los chicos cómo se encontraban. Pug y Tomas respondieron que estaban bien, aunque algo cansados.

Más tarde llegaron a otra caverna, y Dolgan dijo que era hora de pasar la noche. Se encendieron más antorchas.

—Espero que tengamos suficientes teas para todo el viaje —dijo el duque—. Arden rápido.

—Dadme algunos hombres y buscaré maderos viejos para hacer un fuego —respondió Dolgan—. Hay muchos por ahí si sabes buscarlos sin hacer que el techo caiga sobre tu cabeza.

Gardan y otros dos hombres siguieron al enano a una galería lateral, mientras que los demás descargaban las mulas y clavaban estacas en el suelo para atarlas. Les dieron agua de los odres y un poco del grano que llevaban para cuando no pudieran pastar.

Borric se sentó junto a Kulgan.

—He tenido una sensación extraña durante las últimas horas. ¿Es mi imaginación o hay algo que presagia el mal en este lugar?

Kulgan asintió mientras Arutha se les unía.

—Yo también he sentido algo, pero viene y va. No es algo a lo que pueda poner un nombre.

Arutha se agachó y usó su daga para hacer garabatos en la tierra.

—Este lugar le provocaría a cualquiera un ataque de terror. Quizá todos sentimos lo mismo: el miedo a estar donde los hombres no pertenecen.

—Espero que sólo sea eso —respondió el duque—. Éste sería un mal sitio donde luchar... o del que huir.

Los chicos estaban de guardia, pero pudieron enterarse de la conversación, al igual que el resto de los hombres, puesto que nadie más hablaba en la caverna y el sonido se transmitía bien.

—A mí también me gustaría acabar con esta mina —dijo Pug en voz baja.

Tomas sonrió a la luz de las antorchas, con una mueca maligna en el rostro.

—¿Tienes miedo de la oscuridad, pequeñuelo?

Pug gruñó.

—No más que tú, si admitieras el que tienes. ¿Crees que podrías encontrar la salida?

Tomas perdió la sonrisa. La conversación se vio interrumpida por la vuelta de Dolgan y los demás. Llevaban un buen lote de maderos rotos, de los que se habían usado para apuntalar las galerías en el pasado. Rápidamente se hizo una hoguera con la madera vieja y seca, y pronto la caverna estuvo brillantemente iluminada.

Los muchachos fueron relevados de sus tareas de guardia y comieron. Tan pronto como acabaron de cenar, extendieron sus capas para dormir. Pug se encontró con que el duro suelo de tierra era incómodo, pero estaba muy cansado y el sueño pronto se lo llevó.

Condujeron a las mulas hacia las profundidades de las minas, mientras los cascos de los animales sonaban contra la piedra, y el eco del sonido se extendía por las oscuras galerías. Llevaban el día entero caminando, con sólo un pequeño descanso para comer al mediodía. Ahora se acercaban a la caverna donde Dolgan había dicho que pasarían la segunda noche. Pug sentía una sensación extraña, como si recordara un intenso frío. Lo había sentido varias veces en la última hora, y estaba preocupado. Cada vez, se había vuelto a mirar tras él.

—Yo también lo siento, chico —dijo esta vez Gardan—, como si algo estuviese cerca.

Entraron en otro gran pozo de gloria, y Dolgan se detuvo levantando la mano.

Todos los movimientos cesaron mientras el enano escuchaba en busca de algo. Pug y Tomas se esforzaron por oír también, pero no les llegó sonido alguno. Finalmente, el enano dijo:

—Por un momento pensé haber oído... pero supongo que no. Acamparemos aquí.

Habían llevado con ellos maderos sobrantes y los usaron para hacer un fuego.

Cuando Pug y Tomas dejaron su guardia, encontraron a un grupo muy callado en torno al fuego:

—Esta parte de Mac Mordain Cadal es la más cercana a las galerías más antiguas y profundas —decía Dolgan—. La próxima caverna a la que lleguemos tiene varios pasadizos que llevan directamente a las viejas minas. Una vez pasada esa caverna, el camino hacia la superficie será rápido. Deberíamos estar fuera de la mina para el mediodía de mañana.

Borric miró a su alrededor.

—Este lugar puede ser adecuado a vuestra naturaleza, maese enano, pero yo me alegraré de dejarlo atrás.

Dolgan rio, un sonido rico y sincero que hizo eco en las paredes de la cueva.

—No es que el lugar sea adecuado a mi naturaleza, Lord Borric, sino que mi naturaleza es adecuada al lugar. Puedo viajar con facilidad bajo las montañas, y mi pueblo ha sido minero desde siempre. Pero si tengo que elegir, prefiero pasar el tiempo en los altos pastos de Caldara cuidando de mi rebaño, o sentado en mi salón con mis hermanos, bebiendo cerveza y cantando baladas.

—¿Pasáis mucho tiempo cantando baladas? —preguntó Pug.

Dolgan le miró fijamente y con una sonrisa amistosa, mientras sus ojos brillaban a la luz del fuego.

—Sí, porque los inviernos son largos y duros en las montañas. Una vez que los rebaños se encuentran seguros en los pastos de invierno, hay poco que hacer, así que cantamos nuestras canciones, bebemos cerveza de otoño y esperamos la primavera. Es una buena vida.

Pug asintió.

—Me gustaría ver algún día vuestra aldea, Dolgan.

El enano dio una calada a su sempiterna pipa.

—Quizá algún día, chaval.

Se acostaron para pasar la noche y Pug se durmió. Una vez, en plena noche, cuando el fuego era ya un rescoldo, se despertó experimentando la gélida sensación que le había turbado antes. Se sentó, con un sudor frío empapando su cuerpo, y miró a su alrededor. Pudo ver a los guardias que estaban de servicio, de pie junto a sus antorchas. En torno a sí vio las siluetas de los cuerpos dormidos. La sensación se hizo más fuerte por unos instantes, como si algo terrible se aproximara, y estaba a punto

de despertar a Tomas cuando se le pasó, dejándolo cansado y exhausto. Se dejó caer y pronto estuvo dormido, aunque sin poder soñar.

Se despertó frío y rígido. Los guardias estaban preparando las mulas, y pronto todos partirían. Pug despertó a Tomas, que se quejó de que lo sacaran del sueño.

—Estaba en casa en la cocina, y madre estaba preparando una fuente grandísima de salchichas y pastelitos de maíz rebosantes de miel —dijo adormilado.

Pug le lanzó una galleta.

—Confórmate con esto hasta Bordon. Entonces comeremos.

Reunieron sus escasas provisiones, cargaron las mulas y partieron. Mientras avanzaban, Pug comenzó a experimentar la gélida sensación de la noche anterior. Varias veces se fue y vino. Pasaron las horas, y llegaron a la última gran caverna. Aquí, Dolgan se detuvo mientras miraba hacia las tinieblas.

—Por un momento pensé... —pudo oírle decir Pug.

De repente, a Pug se le puso de punta el vello de la nuca, y una sensación de terror helado lo abrumó, más horrible aún que antes.

—¡Dolgan! ¡Lord Borric! —gritó—. ¡Algo terrible está pasando!

Dolgan se quedó quieto como un muerto, escuchando. De una galería llegó el leve eco de un gemido.

—Yo también siento algo —gritó Kulgan.

De repente se repitió el sonido, más cerca, un gemido escalofriante que resonaba en el techo curvo de la caverna, haciendo imposible distinguir su origen.

—¡Por los dioses! —gritó el enano—. ¡Es un espectro! ¡Deprisa! ¡Formemos un círculo o se nos echará encima y estaremos perdidos!

Gardan empujó a los muchachos hacia delante, y los guardias movieron las mulas hasta el centro de la caverna. Clavaron unas estacas para atar a las mulas y formaron un círculo alrededor de los nerviosos animales. Se desenvainaron las armas. Gardan se colocó delante de los dos chicos, obligándolos a retroceder junto a las acémilas. Los dos jóvenes habían sacado las espadas, pero las sostenían inseguros. Tomas sintió que el corazón se le desbocaba, y Pug estaba bañado en un sudor frío. El terror que lo atrapaba no había aumentado desde que Dolgan le había dado nombre, pero tampoco se había reducido.

Oyeron el susurro de alguien aguantando la respiración y miraron a la derecha. Ante el soldado que había hecho el sonido, se alzaba desde la oscuridad una figura: una cambiante forma humanoide de oscuridad más negra que el resto, con dos luces como carbones ardiendo donde deberían haber estado los ojos.

—Manteneos juntos y proteged a los que tengáis al lado —avisó Dolgan—. No podréis matarlo, pero no les gusta sentir el contacto del hierro frío. No dejéis que os toque, porque absorberá la vida de vuestro cuerpo. Así es como se alimenta.

La criatura se acercó a ellos lentamente, como si no le hiciera falta apresurarse. Se detuvo un momento, como si inspeccionase la defensa que tenía ante él.

El espectro emitió otro grave y largo gemido, que sonó como si a todo el terror y a toda la desesperanza del mundo se le hubiera dado voz. De repente uno de los guardias lanzó un tajo, golpeando al ser. Un estridente aullido surgió de la criatura cuando la espada la golpeó, y un frío fuego azul recorrió la hoja de la espada por un instante. La criatura retrocedió, y luego con repentina velocidad atacó al guardia. Una sombra con forma de brazo se extendió de su cuerpo, y el guardia chilló mientras caía al suelo.

Las mulas se soltaron, arrancando las estacas, aterrorizadas por la presencia del espectro. Algunos guardias fueron derribados y reinó la confusión. Pug perdió de vista a la aparición durante un instante, más preocupado por los cascos que volaban. Con las mulas coceando, Pug se encontró esquivando entre el tumulto. Oyó la voz de Kulgan tras él y vio al mago de pie junto al príncipe Arutha.

—Manteneos todos unidos —ordenó el mago.

Obedeciendo, Pug se acercó a Kulgan junto con los demás mientras el grito de otro guardia resonaba en la cueva. En un momento empezó a aparecer en torno a ellos una gran nube de humo blanco que emanaba del cuerpo de Kulgan.

—Debemos abandonar las mulas —dijo el mago—. El muerto viviente no entrará en el humo, pero no puedo mantenerlo mucho tiempo ni moverme demasiado. Debemos huir. ¡Ahora!

Dolgan señaló un túnel, en el extremo opuesto de la caverna al que habían empleado para entrar.

—Debemos ir por ahí.

Manteniéndose junto, el grupo empezó a avanzar hacia la galería cuando sonó un relincho aterrorizado. Había cuerpos en el suelo: las dos mulas y los guardias caídos. Las antorchas parpadeaban en el suelo, dándole a la escena un aspecto de pesadilla, mientras la forma negra se acercaba al grupo. Al alcanzar el borde del humo, se retiró de su contacto. Se quedó por fuera, al no querer o no poder entrar en el humo blanco.

Pug miró más allá de la criatura, y se le hizo un nudo en el estómago.

Bien visible a la luz de la antorcha que sostenía en la mano se hallaba Tomas, detrás de la criatura. Tomas miró impotente al otro lado del espectro a Pug y al grupo que huía.

—¡Tomas! —lanzó un grito desgarrado Pug, seguido de un sollozo.

El grupo se detuvo durante un breve instante.

—No podemos detenernos —dijo Dolgan—. Todos moriríamos por culpa del muchacho. Debemos seguir. —Una mano firme se aferró al hombro de Pug cuando éste empezó a avanzar para ayudar a su amigo. Miró hacia atrás y vio que era Gardan quien lo retenía.

—Debemos dejarlo, Pug —dijo con una expresión lúgubre en su rostro de ébano—. Tomas es un soldado, lo comprende. —Pug fue arrastrado sin poder hacer nada. Vio como el espectro los seguía durante un momento, y luego se detenía y se volvía hacia Tomas.

Fuese alertado por los gritos de Pug o por algún sentido maligno, el muerto viviente empezó a dirigirse hacia Tomas, acechándolo lentamente. El muchacho dudó, y luego se dio la vuelta y echó a correr hacia otra galería. El espectro chilló y salió tras él. Pug vio como el brillo de la antorcha de Tomas desaparecía túnel abajo, y luego parpadeaba hasta desvanecerse.

Tomas vio la expresión de dolor en el rostro de Pug mientras Gardan retenía a su amigo. Cuando las mulas se habían soltado, había esquivado alejándose de los demás, y ahora se encontraba separado de ellos. Había buscado alguna manera de rodear al espectro, pero la criatura se hallaba demasiado cerca de la galería que estaban tomando sus compañeros.

Mientras Kulgan y los demás escapaban por el túnel, Tomas vio como el espectro se volvía hacia él. Empezó a acercarse y el joven dudó un instante, antes de salir corriendo hacia otro túnel.

Las sombras y las luces danzaban descontroladas en las paredes mientras Tomas huía por el pasadizo, con el eco de sus pisadas resonando en las tinieblas. Sostenía la antorcha en la mano izquierda y aferraba la espada con su derecha. Miró por encima del hombro y vio que los dos ojos brillantes lo perseguían, aunque no parecían ganar terreno. Con una lúgubre determinación, pensó que si lo cazaba a él cazaría al corredor más rápido de todo Crydee. Suavizó el ritmo en una serie de largas zancadas para ahorrar aliento y fuerzas. Sabía que, si tenía que volverse y enfrentarse a la criatura, seguramente moriría. El miedo inicial se redujo, y ahora sentía una fría claridad apoderarse de su mente, el astuto razonamiento de la presa que sabe que es imposible luchar. Toda su energía se concentró en la huida. Iba a intentar despistar a la criatura como fuera posible.

Se escurrió por un pasillo lateral y lo recorrió a toda prisa, mirando si el espectro lo perseguía. Los ojos de color rojo brillante aparecieron en la entrada de la galería que había tomado, siguiéndolo. La distancia entre ellos parecía haber aumentado. El pensamiento de que mucha gente podía haber muerto a manos de aquella cosa por estar demasiado asustados para huir cruzó su mente. La fuerza del espectro radicaba en el terror abrumador que provocaba.

Otra galería y otro giro. El espectro seguía persiguiéndolo. Al frente había una gran caverna, y Tomas se encontró entrando en la misma estancia en la que el espectro había atacado al grupo. Había dado un rodeo y aparecido por otro túnel. Atravesando la cámara a la carrera, vio los cuerpos de mulas y guardias tirados en su

camino. Se paró lo justo para coger una antorcha nueva, puesto que la suya estaba casi agotada, y la encendió con la antigua.

Miró hacia atrás y vio como el muerto viviente se le acercaba, así que se puso en marcha de nuevo. La esperanza se agitó brevemente en su pecho, puesto que si podía tomar la galería adecuada, podría alcanzar a los demás. Dolgan había dicho que desde esta caverna era un camino recto hasta la superficie. Escogió la que supuso que sería la galería correcta, aunque se encontraba desorientado y no estaba seguro.

El espectro dejó escapar un aullido de ira cuando su presa volvió a escapársele, y la siguió. Tomas sintió un terror que bordeaba la excitación mientras sus largas piernas devoraban la distancia ante él. Recuperó el aliento y cogió un ritmo uniforme. Nunca había corrido tan bien... pero es que nunca había tenido una razón tan buena.

Tras lo que pareció un tiempo interminable corriendo, llegó a una serie de galerías laterales, muy juntas. Sintió como la esperanza moría, porque éste no era el camino recto que había mencionado el enano. Escogiendo una al azar, se metió por ella y se encontró con más galerías las unas junto a las otras. Pasando por varias, dio vueltas tan rápido como pudo, abriéndose camino por un laberinto de pasadizos. Tras rodear una pared formada entre dos de dichas galerías, se detuvo brevemente y tomó aliento. Escuchó durante unos instantes y sólo oyó el sonido de su corazón palpitante. Había estado demasiado ocupado para mirar atrás y ahora no estaba seguro de por dónde andaba el espectro.

De repente le llegó por las galerías el tenue eco de un grito de rabia, sonando lejano. Tomas cayó al suelo del túnel y sintió que el cuerpo se le quedaba inerte. Le llegó otro grito aún más tenue, y Tomas estuvo seguro de que el espectro le había perdido el rastro e iba en otra dirección.

Una sensación de alivio lo inundó, y casi le hizo empezar a reír de alegría. Repentinamente se dio cuenta de su situación. Se sentó y puso en claro sus ideas. Si lograba encontrar el camino de vuelta hasta los animales muertos, al menos tendría comida y agua. Pero mientras se levantaba, se dio cuenta de que no tenía ni idea de hacia dónde se encontraba la caverna. Maldiciéndose por no haber contado los giros a medida que los hacía, trató de recordar la dirección general que había seguido. Principalmente había girado hacia la derecha, se recordó, así que si desandaba sus pasos principalmente hacia la izquierda, debería ser capaz de encontrar uno de los muchos túneles que conducían al pozo de gloria. Mirando cautelosamente desde la primera esquina, se puso en marcha, buscando el camino por el laberinto de pasadizos.

Después de que pasara un tiempo indeterminado, Tomas se detuvo y miró a su alrededor en la segunda gran caverna a la que había llegado desde que huyó del espectro. Al igual que la primera, en ésta no había ni mulas ni hombres, ni las

deseadas comida y agua. Tomas abrió su zurrón y sacó la pequeña galleta que se había guardado para mordisquear durante la marcha. Alivió poco su hambre.

Cuando acabó, volvió a ponerse en marcha, intentando encontrar alguna pista de la salida. Sabía que le quedaba poco tiempo hasta que se le agotase la antorcha, pero se negaba a simplemente sentarse y esperar la muerte anónima en la oscuridad.

Tras algún tiempo, pudo oír el eco del sonido del agua que le llegaba por la galería. Apresurándose hacia delante, espoleado por la sed, entró en una gran caverna, la más grande hasta ahora por lo que a él le parecía. A lo lejos podía oír el distante sonido de las cataratas de Mac Mordain Cadal, pero no podía estar seguro de en qué dirección. En algún lugar más arriba, en la oscuridad, se encontraba la senda que habían seguido hacía dos días. Tomas sintió que se le encogía el corazón; había descendido en las profundidades de la tierra más de lo que había pensado.

La galería se ensanchaba hasta llegar a una plataforma de algún tipo y desaparecía bajo lo que parecía ser un gran lago, que chapoteaba constantemente contra las paredes de la caverna, llenándola de suaves ecos. Rápidamente se arrodilló y bebió. El agua era rica en minerales, pero limpia y fresca.

En cuclillas, miró a su alrededor. La plataforma era de tierra y arena prensadas y tenía más aspecto de fabricada que de natural. Tomas supuso que quizá los enanos habrían usado barcas para cruzar el lago subterráneo, pero sólo pudo preguntarse qué habría al otro lado. Entonces se le vino a la cabeza el pensamiento que quizá alguien que no fueran los enanos podría haber usado barcas para cruzar el lago, y volvió a sentir miedo.

A su izquierda pudo ver una pila de madera, situada en la unión entre la plataforma y la pared de la caverna. Acercándose a ella, sacó varios trozos e hizo una pequeña fogata. La madera era en su mayor parte de las vigas usadas para apuntalar las galerías, pero mezcladas había varias ramas y ramitas. Debían haber sido arrastradas por las cataratas de arriba, donde el río entraba en la montaña, pensó. Bajo la pila se encontró con que crecían varios tallos fibrosos. Maravillándose ante la capacidad de las plantas para crecer sin luz, el chico estuvo agradecido, porque tras cortarlas con su espada fue capaz de fabricar varias toscas antorchas con los tallos envueltos en torno a algunos restos de madera. Las ató en un manojo usando el cinturón de la espada, lo que le obligó a desechar la vaina. Al menos, pensó, tendría un poco más de luz. Algo más de tiempo para ver hacia dónde iba le resultaba reconfortante.

Echó algunos trozos grandes de madera a la pequeña fogata, que pronto ardía con intensidad. De repente la caverna pareció iluminarse, y Tomas miró a su alrededor. La cámara entera brillaba con una luz destellante, como si algún tipo de mineral o de cristal atrapase la luz y la reflejase para ser de nuevo atrapada y reflejada. Era un brillante y centelleante arco iris de colores que se derramaba por paredes y techo,

dándole a la cueva un aspecto de fantasía hasta donde el ojo podía alcanzar.

Tomas se quedó pasmado de la impresión durante un minuto, bebiéndose la vista, porque sabía que nunca sería capaz de explicar con palabras lo que estaba contemplando. Le vino a la cabeza el pensamiento de que quizá fuera el único humano que había contemplado este espectáculo.

Le costó apartar los ojos del esplendor de la visión, pero se obligó a ello. Usó la iluminación adicional para examinar la zona en la que se encontraba. No había nada más allá de la plataforma, pero vio otra galería que salía por la izquierda, abandonando la caverna al otro extremo de la arena.

Recogió sus antorchas y atravesó la plataforma. A la vez que alcanzaba el túnel, su hoguera se extinguió, ya que los maderos secos fueron consumidos rápidamente. Otra gloriosa visión asaltó sus ojos, puesto que el techo y las paredes cristalinas siguieron brillando y resplandeciendo. De nuevo se quedó en silencio contemplando el espectáculo. Lentamente el brillo se fue apagando, hasta que la caverna volvió a estar a oscuras, exceptuando su antorcha y el tenue brillo rojo de los rescoldos de su hoguera.

Tuvo que estirarse para alcanzar la otra galería, pero lo hizo sin que se le cayeran la espada ni las otras antorchas, y sin mojarse las botas. Alejándose de la caverna, reanudó su viaje.

Se abrió camino durante horas, mientras la antorcha se agotaba. Encendió una de las nuevas y comprobó que daba una luz satisfactoria. Seguía asustado, pero se sentía contento por haber mantenido la cabeza fría en esas condiciones, y estaba seguro de que el Maestre de Armas Fannon aprobaría sus acciones.

Tras caminar durante un rato, llegó a una intersección. Encontró en el polvo los huesos de una criatura, cuyo final le resultó desconocido. Vio las huellas de otra criatura pequeña que se alejaban, pero apenas eran visibles por la antigüedad. Sin otra idea que la necesidad de un rumbo claro, Tomas las siguió. Pronto, éstas también se desvanecieron en el polvo.

No tenía medio alguno de determinar el paso del tiempo, pero pensó que ya debía estar bien entrada la noche. Había una sensación de intemporalidad dentro de aquellos pasadizos, y se sintió perdido sin remedio. Combatiendo lo que sabía que era un pánico creciente, siguió andando. Mantuvo su mente en los agradables recuerdos del hogar y sus sueños para el futuro. Encontraría una salida y se convertiría en un gran héroe en la guerra que se aproximaba. Y el sueño máspreciado de todos: viajaría a Elvandar y volvería a ver a la bella señora de los elfos.

Siguió la galería hacia abajo. Esta zona parecía diferente de las demás cavernas y túneles, ya que su construcción era diferente. Pensó que Dolgan podría confirmárselo, y decir quién había hecho el trabajo.

Entró en otra caverna y la recorrió con la mirada. Algunos de los túneles que accedían a ella apenas eran lo bastante altos para que un hombre caminase erguido.

Otros eran lo bastante amplios para que una compañía de soldados marchase por ellos en fila de a diez, con las lanzas largas al hombro. Tuvo la esperanza de que esto significase que los enanos habían abierto los túneles más pequeños, y de que pudiera seguir uno de ellos hacia arriba, de vuelta a la superficie.

Mirando a su alrededor, vio una cornisa en la que podría descansar, a suficiente altura para subirse de un salto. Se acercó a ella y arrojó allí su espada y el manojo de antorchas. Luego lanzó la tea encendida con cuidado de no apagarla, y se subió. Era lo bastante grande para dormir en el repecho sin caerse. A poco más de un metro sobre su cabeza había un agujero en la pared, de casi un metro de diámetro. Mirando por él, Tomas vio que se ensanchaba enseguida hasta alcanzar un tamaño que permitía estar de pie y que se perdía en la oscuridad.

Satisfecho de que no hubiera nada acechando sobre él, y de que cualquier cosa que viniese por debajo lo despertaría, se envolvió en su capa, descansó la cabeza en una de las manos y apagó la antorcha. Estaba asustado, pero el cansancio del día le hizo dormirse rápidamente. Yació entre sueños entrecortados de ojos rojos brillantes que lo perseguían a través de interminables pasillos negros, inundado de terror. Corrió hasta que llegó a un lugar verde donde pudo descansar, sintiéndose seguro, bajo la mirada de una bella mujer de cabellos pelirrojos y ojos azul claro.

Se empezó a despertar ante algún tipo de llamada indescriptible. No tenía ni idea de cuánto había dormido, pero se sentía como si hubiera sido lo suficiente para que su cuerpo pudiera volver a correr si le hacía falta.

Tanteó en la oscuridad en busca de su antorcha y sacó la yesca y el pedernal de su zurrón. Empezó a provocar chispas sobre la cabeza de la tea, haciéndola prender. Rápidamente se acercó el fuego y sopló hasta que la chispa se convirtió en una llama. Mirando a su alrededor, vio que la caverna no había cambiado. Todo lo que pudo oír fue un leve eco de sus propios movimientos.

Se dio cuenta de que sólo tendría posibilidades de sobrevivir si seguía moviéndose y encontraba un camino hacia arriba. Se puso de pie y se preparaba para bajar de la cornisa cuando oyó un tenue sonido en el agujero de arriba.

Miró a través de él, pero no pudo ver nada. De nuevo llegó el débil ruido, y Tomas se esforzó por oír qué era. Se parecía a un sonido de pisadas, pero no podía estar seguro. Casi gritó, pero se contuvo, ya que no había seguridad alguna de que fuesen sus amigos que habían vuelto para buscarlo. Su imaginación le proporcionó otras muchas posibilidades, todas ellas desagradables.

Meditó un momento, y luego se decidió. Lo que quiera que fuese que estaba haciendo el ruido quizá lo condujese fuera de las minas, aunque sólo fuera dándole un rastro que seguir. Sin otra opción que le resultase atrayente, se encaramó por el pequeño agujero, entrando en la nueva galería.

Rescate

Era un grupo desmoralizado el que salió de la mina.

Los supervivientes se derrumbaron en el suelo, casi exhaustos. Pug había luchado contra las lágrimas durante horas después de la huida de Tomas, y ahora estaba tumbado en el suelo húmedo con la mirada perdida en el cielo, sintiéndose abotargado. Kulgan era el que estaba peor de todos, ya que el conjuro que había usado para repeler al espectro había agotado casi todas sus energías. Los demás lo habían llevado apoyado en los hombros casi todo el camino, y mostraban el precio de la carga. Todos cayeron en un sueño agotado, excepto Dolgan, que encendió una hoguera y montó guardia.

Pug se despertó con el sonido de voces a una noche clara y estrellada. El olor de la comida haciéndose lo saludó. Cuando Gardan y los tres guardias que quedaban se hubieron despertado, Dolgan los había dejado vigilando a los demás y había cazado un par de conejos. Estos estaban ahora asándose sobre el fuego. Los demás se despertaron, excepto Kulgan, que roncaba sonoramente.

Arutha y el duque vieron despertarse al muchacho y el príncipe se acercó a donde estaba sentado. El hijo menor del duque, ignorando la nieve, se sentó en el suelo junto a Pug, que estaba envuelto en su capa.

—¿Cómo te sientes, Pug? —preguntó Arutha, mostrando preocupación en sus ojos.

Esta era la primera vez que Pug veía el lado amable de Arutha. Intentó hablar y se encontró con que se le saltaban las lágrimas. Tomas había sido su amigo desde que podía recordar, más hermano que amigo. Cuando trató de hablar, grandes y desgarradores sollozos salieron de su garganta, y sintió como las lágrimas calientes y saladas llegaban hasta su boca.

Arutha rodeó a Pug con su brazo, dejando que el muchacho llorase sobre su hombro. Cuando la oleada inicial de llanto hubo pasado, el príncipe habló.

—No hay nada vergonzoso en llorar la pérdida de un amigo, Pug. Mi padre y yo compartimos tu dolor.

Dolgan se puso al lado del príncipe.

—Yo también, Pug, porque era un chaval agradable. Todos compartimos tu pérdida. —Al enano pareció ocurrírsele algo y se fue a hablar con el duque.

Kulgan acababa de despertarse, y estaba sentado como un oso que acabase de salir de hibernación. Se despejó y, al ver a Arutha con Pug, se olvidó enseguida de sus doloridas articulaciones y se unió a ellos.

Había poco que pudieran decir, pero Pug se encontró reconfortado por su proximidad. Finalmente recuperó la compostura y se apartó del príncipe.

—Gracias, Su Alteza —dijo sorbiendo—. Estaré bien.

Se unieron a Dolgan, Gardan y el duque junto al fuego. Borric negaba con la cabeza ante algo que había dicho el enano.

—Os agradezco vuestro valor, Dolgan, pero no puedo permitirlo.

Dolgan dio una calada a su pipa, y una sonrisa amistosa partió en dos su barba.

—¿Y cómo pretende detenerme Su Gracia? ¿Por la fuerza?

Borric agitó la cabeza.

—No, por supuesto que no. Pero ir sería la temeridad más absoluta.

Kulgan y Arutha intercambiaron miradas interrogativas. Pug puso poca atención, perdido en un mundo frío e insensible. A pesar de acabar de despertarse, se sentía dispuesto para volverse a dormir, dando la bienvenida a su cálido y dulce alivio.

—Este enano loco quiere volver a las minas —les dijo Borric.

—Sé que sólo hay una mínima esperanza —dijo Dolgan antes de que Kulgan y Arutha pudieran emitir una protesta—, pero si el chico se ha escapado del execrable espíritu, estará vagando perdido y solo. Hay túneles ahí abajo que nunca han conocido la pisada de un enano, y menos la de un chico. Una vez que entro en un pasadizo, no tengo problemas para desandar el camino, pero Tomas no tiene esa orientación natural. Si logro encontrar su rastro, podría encontrarlo a él. Si quiere tener alguna posibilidad de escapar de las minas, va a necesitar mi guía. Llevaré a casa al muchacho si está con vida, en esto tenéis la palabra de Dolgan Togarson, jefe de la aldea de Caldara. No podría descansar en mi salón este invierno si no lo intentara.

Las palabras del enano sacaron a Pug de su letargo.

—¿Creéis que podéis encontrarlo, Dolgan?

—Si alguien puede, soy yo —dijo. Luego se inclinó hacia Pug—. Pero no te dejes llevar por la esperanza, porque es poco probable que Tomas escapase del espectro. Te haría un flaco favor si te dijera lo contrario, chico. —Al ver como las lágrimas asomaban a los ojos de Pug, añadió rápidamente—: Pero si hay una forma, la encontraré.

Pug asintió, buscando un camino intermedio entre la desolación y la renovada esperanza. Comprendía lo que le había dicho, pero no podía abandonar la pequeña chispa de esperanza que el empeño de Dolgan le proporcionaría.

Dolgan fue hasta donde estaban su escudo y su hacha, y los recogió.

—Cuando amanezca, bajad rápidamente por el sendero que desciende de las colinas atravesando el bosque. Aunque no es el Corazón Verde, este lugar es bastante peligroso para un grupo tan reducido. Si os perdéis, dirigíos al este. Así llegaréis a la carretera de Bordon. Desde allí, son unos tres días de marcha. Que los dioses os protejan.

Borric asintió, y Kulgan se acercó a donde el enano se estaba preparando para partir. Le entregó un saquito a Dolgan.

—Puedo conseguir más tabaco en la ciudad, amigo enano. Por favor, aceptad esto. Dolgan lo cogió y le sonrió a Kulgan.

—Gracias mago. Estoy en deuda con vos.

Borric se puso frente al enano y le colocó una mano en el hombro.

—Somos nosotros los que estamos en deuda, Dolgan. Si venís a Crydee, disfrutaremos de la comida que os prometí. Eso, y más. Que la buena fortuna os acompañe.

—Gracias, Su Señoría. Lo esperaré. —Y sin decir más, se adentró en la oscuridad de Mac Mordain Cadal.

Dolgan se detuvo junto a las mulas muertas, parándose sólo lo necesario para coger comida, agua y una linterna. El enano no necesitaba luz para moverse bajo tierra, ya que su gente hacía mucho que había adaptado otros sentidos para la oscuridad. Pero pensó que las posibilidades de encontrar a Tomas aumentarían si el muchacho podía ver una luz, sin importarle el riesgo de atraer atenciones no deseadas. Siempre que siguiera vivo, añadió lúgubrementemente para sí.

Tras entrar en el túnel donde lo había visto por última vez, Dolgan buscó señales del paso del muchacho. La capa de polvo era fina, pero aquí y allá podía distinguir alguna pequeña perturbación, quizá una pisada. Siguiéndolas, el enano llegó a unos pasadizos más polvorientos donde las pisadas del chico estaban claramente marcadas. Apresurándose, las siguió.

Volvió a la misma caverna tras unos pocos minutos, y maldijo.

Tenía pocas esperanzas de volver a encontrar el rastro del muchacho entre todo el jaleo causado por la lucha con el espectro. Tras hacer una breve pausa, se dispuso a examinar todas las galerías que salían de la caverna en busca de pistas. Tras una hora encontró una sola pisada que se dirigía lejos de la caverna, a través de un túnel a la derecha del túnel que él había usado para entrar la primera vez. Avanzando por éste, encontró varias pisadas más, separadas, y dedujo que el chico debía de ir corriendo. Apretando el paso, vio varias huellas más a medida que el pasadizo se volvía más polvoriento.

Dolgan llegó a la caverna del lago y estuvo a punto de volver a perder el rastro,

hasta que vio el túnel cerca del borde de la plataforma. Atravesó el agua, se encaramó al pasadizo y vio las huellas de Tomas. La tenue luz de su linterna era insuficiente para iluminar los cristales de la caverna. Pero incluso si lo hubiera hecho, no se habría detenido a admirar la vista, tan concentrado estaba en hallar al chico.

Siguió camino abajo, sin descanso. Sabía que Tomas hacía mucho que se había escapado del espectro. Había señales de que la mayor parte de su viaje había sido a un ritmo más lento: las pisadas en el polvo mostraban que había ido andando, y la hoguera fría demostraba que se había detenido. Pero aquí abajo había otros horrores aparte del espectro, e igual de terribles.

Dolgan volvió a perder el rastro en la última caverna, y sólo lo encontró después de descubrir la cornisa que había encima del punto donde desaparecían las huellas. Le costó trepar, pero cuando lo hizo, encontró el punto ennegrecido donde el muchacho había apagado su antorcha. Aquí tenía que haber descansado. Recorrió con la mirada la caverna vacía. El aire no se movía en un sitio tan profundo bajo las montañas. Incluso el enano, que estaba acostumbrado a dicho fenómeno, encontró inquietante este lugar. Miró a la marca oscura en la cornisa. Pero ¿cuánto tiempo se había quedado Tomas? ¿Adónde había ido?

Vio el agujero en la pared y, puesto que no había huellas que se alejasen de la cornisa, decidió que ese era el camino que había seguido. Trepó por él y siguió el pasadizo hasta que llegó a uno más amplio, que descendía hacia las entrañas de la montaña.

Siguió lo que parecía ser un grupo de huellas, como si una banda de hombres hubiera ido por ese camino. Las huellas de Tomas estaban mezcladas con ellas, y se preocupó, puesto que el muchacho podía haber ido por aquí antes o después de los otros, o podía haber estado con ellos. Si el chico era prisionero de alguien, Dolgan sabía que cada momento iba a ser crítico.

El túnel descendía, y pronto se transformó en una estancia construida con grandes sillares de piedra bien aparejados y pulidos. En todos sus años nunca había visto nada parecido. El pasadizo se nivelaba y caminó en silencio. Las huellas se habían desvanecido, porque la piedra era dura y estaba limpia de polvo. En el alto techo, pudo entrever la primera de varias lámparas de araña de cristal, colgadas del techo por cadenas. Podían bajarse mediante una polea, para que se pudieran encender las velas. El sonido de sus botas provocaba un suave eco.

Al fondo de la habitación distinguió un gran portón de doble hoja hecho de madera, con refuerzos de hierro y una gran cerradura. Estaba entreabierto, y se podía ver salir luz.

Sin hacer ruido, se escurrió hasta las puertas y echó un vistazo al interior. Lo que vio lo dejó con la boca abierta, y preparó el escudo y el hacha instintivamente.

Sentado en una pila de monedas de oro y gemas del tamaño de un puño estaba

Tomas, comiendo algo que parecía un pescado. Frente a él había una figura que hizo que Dolgan dudara de sus ojos.

Una cabeza del tamaño de una carreta pequeña descansaba sobre el suelo. Estaba cubierta de escamas del tamaño de escudos y de un color dorado oscuro, y el cuello largo y fuerte conducía hasta un cuerpo inmenso que se extendía por la oscuridad de la gigantesca estancia. Tenía unas alas enormes plegadas a la espalda, y sus puntas tocaban el suelo. Dos orejas puntiagudas coronaban su cabeza, separadas por una cresta de aspecto delicado y vetada de plata. Su largo morro mostraba una sonrisa lobuna, con colmillos del tamaño de espadas; y una lengua bífida chasqueó un instante.

Dolgan luchó contra el repentino y extraño impulso de correr, porque Tomas estaba sentado y, según todas las apariencias, compartiendo una comida, con el enemigo ancestral más temido por el pueblo enano: un gran dragón. Dio un paso al frente y sus botas hicieron ruido sobre el suelo de piedra.

Tomas se volvió hacia el sonido, y la gran cabeza del dragón se levantó. Gigantescos ojos de rubí contemplaron al pequeño intruso. Tomas se puso en pie de un salto, con expresión de alegría en el rostro.

—¡Dolgan! —Bajó como pudo de la pila de riquezas y corrió hacia el enano.

La voz del dragón retumbó por la gran estancia, con el eco del trueno sobre los valles.

—Sed bienvenido enano. Vuestro amigo habíame dicho que vuestras mercedes no lo abandonarían.

Tomas estaba frente al enano, haciendo docenas de preguntas, mientras los sentidos de Dolgan daban vueltas. Tras el muchacho, el príncipe de todos los dragones se sentaba tranquilo observando la conversación, y el guerrero tenía problemas para mantener su calma característica. Haciendo poco caso a las preguntas de Tomas, lo apartó a un lado amablemente para ver mejor al dragón.

—He venido solo —le susurró al muchacho—. Los otros se resistían a dejarme la búsqueda a mí solo, pero tenían que seguir adelante. Su misión es muy importante.

—Lo comprendo —dijo Tomas.

—¿Qué clase de magia es ésta? —preguntó Dolgan suavemente.

El dragón soltó una risita, y la habitación retumbó con el ruido.

—Venid a mi hogar, enano, y os lo contaré. —La cabeza del dragón descansó en el suelo, aunque sus ojos seguían estando por encima de la cabeza de Dolgan. El enano se acercó lentamente, con el hacha y el escudo preparados de forma inconsciente. El dragón se rio con un sonido profundo, como el de los rápidos del agua en un cañón—. Tened vuestra mano, pequeño guerrero. No os heriré a vos ni a vuestro amigo.

Dolgan dejó el escudo y se colgó el hacha del cinturón. Miró a su alrededor y vio que se encontraban en una vasta estancia, excavada en la roca viva de la montaña. En

todas sus paredes podían verse grandes tapices y estandartes, descoloridos y desgarrados; algo acerca de su aspecto hizo que a Dolgan se le pusieran los dientes largos, puesto que eran tan extraños como antiguos; ninguna criatura que él conociera, humano, elfo o trasgo, había fabricado esos estandartes. Había más arañas de cristal colgadas de vigas en el techo. En el fondo de la estancia, podía verse un trono sobre un pedestal, y largas mesas con sillas para muchos comensales. Sobre las mesas había jarras de cristal y platos de oro. Y todo estaba cubierto por el polvo de las eras.

Por todo el resto de la estancia había pilas de riqueza: oro, gemas, coronas, plata, ricas armaduras, balas de raros tejidos y cofres tallados de maderas preciosas, lacados con esmaltes de gran calidad.

Dolgan se sentó en la fortuna de toda una vida en oro, haciéndose un hueco para estar lo más cómodo posible. Tomas se sentó junto a él mientras el enano sacaba su pipa. No lo demostró, pero necesitaba calmarse y la pipa siempre le relajaba los nervios. Encendió una varilla de madera en su linterna y la aplicó a su pipa. El dragón le observó antes de hablar.

—¿Es que podéis exhalar fuego y humo, enano? ¿Sois vos los nuevos dragones? ¿Ha sido vez alguna tan pequeño un dragón?

Dolgan movió la cabeza.

—Sólo es mi pipa. —Le explicó el uso del tabaco.

—Ésta es una cosa extraña, pero la vuestra es una gente extraña, eso es cierto.

Dolgan levantó una ceja ante este comentario, pero no dijo nada.

—Tomas, ¿cómo llegaste hasta este sitio?

A Tomas parecía no preocuparle el dragón, y Dolgan encontró eso tranquilizador. Si la gran bestia hubiera querido hacerles daño, lo habría hecho con poco esfuerzo. Los dragones eran sin duda alguna las criaturas más poderosas de Midkemia. Y éste era el dragón más poderoso que había conocido Dolgan, una vez y media más grande que los que él había combatido en su juventud.

Tomas terminó con el pescado que había estado comiendo.

—Estuve vagando bastante tiempo —explicó— y llegué hasta un sitio en el que pude descansar.

—Sí, lo encontré.

—Me desperté con un ruido y encontré unas huellas que conducían hasta aquí.

—Eso también lo vi. Temí que hubieras sido capturado.

—No. Era un grupo de trasgos y Hermanos Oscuros, que venían aquí. Estaban tan preocupados con lo que tenían delante que no prestaron atención a lo que llevaban detrás, así que pude seguirlos bastante de cerca.

—Eso fue algo muy peligroso.

—Lo sé, pero estaba desesperado por encontrar una salida. Pensé que podrían

conducirme hasta la superficie, y yo hubiera esperado hasta que hubieran estado lejos, y luego salir. Si hubiera podido salir de las minas, me habría dirigido al norte hacia vuestra aldea.

—Un plan osado, Tomas —dijo Dolgan con una mirada de aprobación en los ojos.

—Llegaron hasta este sitio y yo los seguí.

—¿Qué les pasó?

El dragón habló:

—Los mandé muy lejos, enano, porque no eran compañía de mi agrado.

—¿Muy lejos? ¿Cómo?

El dragón levantó un poco la cabeza, y Dolgan pudo ver que sus escamas estaban descoloridas y apagadas en algunas partes. Los ojos rojos estaban algo desvaídos, y de repente Dolgan se dio cuenta de que el dragón era ciego.

—Largo tiempo han poseído magia los dragones, aunque muy diferente a las demás. Es mediante mis artes que puedo veros, enano, porque la luz hace mucho que me fue negada. Cogí a las abyectas criaturas y las mandé lejos, al norte. No saben como llegaron allí, ni recuerdan este sitio.

Dolgan dio una calada a su pipa, pensando acerca de lo que estaba oyendo.

—En las historias de mi gente hay leyendas de dragones magos, aunque sois el primero que veo.

El dragón bajó la cabeza hasta el suelo lentamente, como si estuviese cansado.

—Porque soy uno de los últimos de los dragones dorados, enano, y ninguno de los dragones menores posee el arte de la hechicería. He jurado no tomar nunca una vida, pero no toleraré que esa chusma invada mi lugar de descanso.

—Rhuagh ha sido amable conmigo, Dolgan —dijo Tomas—. Me dejó quedarme hasta que me encontrasen, porque sabía que alguien vendría. —Dolgan miró al dragón, preguntándose acerca de esa premonición—. Me dio algo de pescado ahumado para comer, y un sitio para descansar.

—¿Pescado ahumado?

—Los kóbolds —dijo el dragón—, esos a quienes vos conocéis como gnomos, me adoran como a un dios y me traen ofrendas, pescado capturado en el profundo lago y ahumado, y tesoros sacados de las estancias más profundas.

—Sí —dijo Dolgan—. Los gnomos nunca han sido conocidos por su excesiva brillantez.

El dragón soltó una risita.

—Cierto. Los kóbolds son tímidos y sólo hacen daño a quienes les molestan en sus profundos túneles. Son un pueblo sencillo, y les gustaba tener un dios. No siendo yo capaz de cazar, es un buen acuerdo.

Dolgan consideró su siguiente pregunta.

—No deseo faltáros al respeto, Rhuagh, pero mi experiencia con los dragones me dice que os desagradan los que no son de vuestra especie. ¿Por qué habéis ayudado al muchacho?

El dragón cerró los ojos por un instante, y luego los abrió, para mirar sin ver al enano.

—Sabed esto, enano, que ése no siempre fue el signo de las cosas. Vuestro pueblo es antiguo, pero el mío es el más antiguo de todos, salvo uno. Estábamos aquí antes que los elfos y los moredhel. Servíamos a aquellos cuyo nombre no debe ser pronunciado, y éramos un pueblo feliz.

—¿Los Señores de los Dragones?

—Así los llaman vuestras leyendas. Eran nuestros amos, y nosotros éramos sus sirvientes, al igual que los elfos y los moredhel. Cuando abandonaron esta tierra en un viaje más allá de toda imaginación, nos convertimos en el más poderoso de los pueblos libres, en un tiempo antes de que los enanos y los hombres llegasen a estas tierras. Nuestro era el dominio de los cielos y de todas las cosas, porque éramos más poderosos que nadie. Hace eras, los hombres y los enanos llegaron a nuestras montañas, y durante algún tiempo vivimos en paz. Pero las cosas cambiaron, y pronto llegó la guerra. Los elfos expulsaron a los moredhel del bosque que hoy se llama Elvandar, y los hombres y los enanos fueron a la guerra contra los dragones. Éramos fuertes, pero los humanos son como los árboles del bosque, un número incontable. Poco a poco mi gente huyó al sur, y yo soy el último que queda en estas montañas. He vivido aquí durante eras, porque no deseaba abandonar mi hogar. Mediante la magia podía expulsar a los que buscaban el tesoro, y matar a aquellos cuyas artes me impedían nublarles la mente. Me asqueé de matar y juré no tomar más vidas, ni siquiera las de aquellos tan odiosos como los moredhel. Por eso les envié lejos, y por eso ayudé al muchacho, pues no merece ser dañado.

Dolgan estudió al dragón.

—Os lo agradezco, Rhuagh.

—Vuestro agradecimiento es bienvenido, Dolgan de las Torres Grises. Me alegro de que vos también hayáis venido. Sólo hubiera podido acoger al muchacho un poco más, puesto que invoqué a Tomas a mi lado mediante artes mágicas, para que velase mi muerte.

—¿Qué? —exclamó Tomas.

—Es un don de los dragones el conocer la hora de su muerte, Tomas, y la mía se acerca. Soy viejo incluso para la medida de mi pueblo, y he tenido una vida plena. Me alegro de que sea así. Así somos.

Dolgan parecía preocupado.

—Aun así, me siento extraño sentado aquí y oyéndoos hablar de esto.

—¿Por qué, enano? ¿No es cierto que vuestra gente, cuando uno fallece, suele

recordar cómo vivió en vez de cuánto vivió?

—En eso estáis en lo cierto.

—Entonces, ¿por qué debería importar si se conoce la hora de la propia muerte o no? Sigue siendo lo mismo. He tenido todo lo que alguien de mi especie podría haber deseado: salud, compañeras, crías, riquezas y descanso. Eso es todo lo que siempre quise, y lo he tenido.

—Es de sabios saber lo que se quiere, y de más sabios aún saber cuándo se ha conseguido —dijo Dolgan.

—Cierto. Y todavía de más sabios saber cuando algo es irrealizable, puesto que entonces intentarlo es estúpido. Es la costumbre de mi gente velar la muerte, pero no hay nadie de mi especie cerca para llamarlo. Os pediría que esperaseis mi final antes de partir. ¿Lo haríais?

Dolgan miró a Tomas, que asentía con la cabeza.

—Sea, dragón, lo haremos, aunque no es algo que regocije nuestros corazones.

El dragón cerró los ojos; Tomas y Dolgan pudieron ver que estaban empezando a hincharse.

—Gracias a vos, Dolgan, y a vos también, Tomas.

El dragón se quedó tumbado y les habló de su vida, volando por los cielos de Midkemia, de tierras lejanas donde los tigres vivían en ciudades y de montañas donde las águilas podían hablar. Se narraron relatos de maravilla y sobrecogimiento, hasta bien entrada la noche.

Cuando la voz le empezó a fallar, Rhuagh dijo:

—Una vez llegó hasta este lugar un hombre, un mago de poderosas artes. No pude expulsarlo de aquí con mi magia, ni tampoco matarlo. Durante tres días combatimos, sus artes contra las mías, y cuando acabamos me había derrotado. Pensé que me mataría y se llevaría mis riquezas, pero en vez de eso se quedó, puesto que su única idea era aprender mi magia, para que no se perdiera cuando yo muriese.

Tomas estaba sentado absolutamente maravillado, porque con lo poco que sabía de magia a través de Pug, consideraba esto algo maravilloso. En su mente podía ver la titánica contienda y los grandes poderes desatados.

—Con él tenía una extraña criatura, muy parecida a un trasgo, aunque erguida y de rasgos más finos. Durante tres años se quedó conmigo, mientras su sirviente iba y venía. Aprendió todo lo que pude enseñarle, puesto que no pude negarle nada. Pero él también enseñó, y su sabiduría me reconfortó. Fue por él que aprendí a respetar la vida, sin importar lo mezquino que fuera su carácter, y juré no tomar ninguna más de las que vinieran a mí. Él también había sufrido a manos de otros, al igual que yo en las guerras con los hombres, puesto que mucho de lo que yo quería se perdió. Este hombre poseía el don de curar las heridas del corazón y de la mente, y cuando se fue, yo me sentí vencedor y no vencido. —Hizo una pausa y tragó saliva, y Tomas pudo

ver que cada vez le costaba más hablar—. Si un dragón no pudiera haber velado mi muerte, me hubiera gustado que él se sentase aquí, porque él fue el primero de tu especie, muchacho, al que llamé amigo.

—¿Quién era, Rhuagh? —preguntó Tomas.

—Se llamaba Macros.

Dolgan miró, pensativo.

—He oído su nombre, un mago de las artes más poderosas. Es casi un mito, y se supone que vivió en algún lugar del este.

—Mito no es, Dolgan —dijo Rhuagh—. Pero puede ser que haya muerto, porque vivió conmigo hace eras. —El dragón hizo una pausa—. Mi hora se acerca, así que debo acabar. Os pediría un servicio, enano. —Señaló con la cabeza y dijo—: En esa caja hay un regalo del mago, para usarlo llegado este momento. Es un cetro hecho con magia. Macros lo dejó para que cuando yo muriese no quedasen huesos para que los royeran los carroñeros. ¿Lo traeríais aquí?

Dolgan fue hasta el cofre indicado. Lo abrió y descubrió un cetro de metal negro que descansaba sobre un paño de terciopelo azul. Cogió el cetro y se encontró con que era muy pesado para su tamaño. Se lo llevó al dragón.

El dragón habló, y sus palabras fueron casi ininteligibles porque se le había hinchado la lengua.

—En un momento, tocadme con el cetro, Dolgan, porque entonces será mi fin.

—Sea —dijo Dolgan—, aunque me causa escaso placer ver vuestro final, dragón.

—Antes de eso tengo una última cosa que decir. En una caja junto a la otra hay un regalo para vos, enano. Podéis coger cualquier otra cosa que deseéis, puesto que a mí ya no me va a hacer falta. Pero de todo lo que hay en esta estancia, lo que hay en la caja es lo que deseo que tengáis. —Intentó mover la cabeza hacia Tomas pero no pudo—. Tomas, gracias a ti, por pasar conmigo mis últimos momentos. En la caja con el regalo del enano hay otro para ti. Coge cualquier otra cosa que desees, puesto que tu corazón es bueno. —Tomó aliento, y Tomas pudo oír un gorgoteo en su garganta—. Ahora, Dolgan.

Dolgan extendió el cetro y tocó suavemente al dragón en la cabeza con él. Al principio no pasó nada. Rhuagh dijo en un susurro:

—Fue el último regalo de Macros.

De repente, empezó a formarse alrededor del dragón una suave luz dorada. Podía oírse un leve zumbido, como si las paredes de la estancia reverberasen con una música fantástica. El sonido aumentó a medida que la luz se hacía más intensa y empezaba a parpadear con energía. Tomas y Dolgan observaron como los parches descoloridos desaparecían de las escamas de Rhuagh. Su piel brilló con un resplandor dorado, y sus ojos empezaron a aclararse. Elevó lentamente la cabeza, y supieron que de nuevo podía ver la estancia a su alrededor. Levantó la cresta, y abrió las alas,

mostrando el precioso brillo plateado de su reverso. Los dientes amarillentos se volvieron de un blanco brillante, y sus garras de negro desvaído brillaron como el ébano pulido cuando se alzó sobre dos patas, levantando alto la cabeza.

—Es la vista más grandiosa que he contemplado en mi vida —murmuró Dolgan.

Poco a poco la luz creció en intensidad a medida que Rhuagh volvía a la imagen de su poderío juvenil. Se alzó a toda su impresionante altura, mientras su cresta bailaba con reflejos plateados. El dragón echó atrás la cabeza, con un movimiento vigoroso y juvenil, y con un grito de alegría lanzó un poderoso estallido de llamas contra el alto techo abovedado. Con un rugido como un centenar de trompetas, gritó:

—Te lo agradezco, Macros. Sí que es un regalo valioso.

Entonces el extraño ritmo cambió de tono, haciéndose más insistente, más alto. Por un breve instante tanto Dolgan como Thomas pensaron oír una voz entre los pulsantes tonos, un eco grave y hueco: «*De nada, amigo*».

Tomas sintió humedad en la cara, y la tocó. Lágrimas de alegría ante la pura belleza del dragón corrían por sus mejillas. Las grandiosas alas doradas de la criatura se desplegaron, como si estuviese a punto de lanzarse a volar. La luz se hizo tan brillante que Tomas y Dolgan apenas podían mirar, aunque tampoco podían apartar los ojos del espectáculo. El sonido de la habitación llegó a un volumen tan alto que empezó a caer polvo el techo sobre sus cabezas, y podían sentir como vibraba el suelo. El dragón se lanzó hacia arriba, con las alas desplegadas, y entonces se desvaneció en un estallido cegador de luz blanca y fría. De repente, la habitación estuvo como había estado antes y el sonido había desaparecido.

El vacío de la caverna era opresivo tras desvanecerse el dragón, y Tomas miró al enano.

—Vamos, Dolgan. Tengo pocos deseos de quedarme.

Dolgan parecía pensativo.

—Sí, Tomas, yo también tengo pocos deseos de quedarme. Pero, está el asunto de los regalos del dragón. —Atravesó la estancia hasta la caja que les había dicho el dragón y la abrió.

Los ojos de Dolgan se abrieron como platos mientras metía la mano y sacaba un martillo enano. Lo sostuvo ante sí, mirándolo con devoción. La cabeza estaba hecha con un metal plateado que brillaba a la luz de la linterna con reflejos azulados. En su costado había tallados símbolos enanos. El mango era de roble tallado, con tracerías en forma de pergamino a todo lo largo. Estaba pulido, lo que le daba un acabado lujoso.

—Es el martillo de Tholin —dijo en voz baja—. Largo tiempo separado de mi gente. Su vuelta causará alegría en todas las estancias de los enanos del Oeste. Es el símbolo de nuestro último rey, perdido hace eras.

Tomas se acercó para observar y vio algo más en la caja. Pasó junto a Dolgan y

sacó un gran hatillo envuelto en tela blanca. Lo desenvolvió y descubrió que la tela era un tabardo blanco, con un dragón dorado emblazonado en el frente. Dentro había un escudo con el mismo diseño y un yelmo dorado. Lo más maravilloso de todo era una espada dorada con la empuñadura blanca. Su vaina estaba fabricada de un suave material blanco parecido al marfil, pero más fuerte, como el metal. Bajo el hatillo había una cota de mallas dorada, que sacó con un suspiro maravillado.

—Cógelo, muchacho —dijo Dolgan—. El dragón dijo que eran tu regalo.

—Son demasiado buenas para mí, Dolgan. Le pertenecen a un príncipe o un rey.

—Me parece que a su anterior propietario ahora le sirven más bien de poco, chaval. Fueron dadas libremente, y puedes hacer lo que quieras, pero creo que hay algo especial en ellas, o no habrían estado en la misma caja que el martillo. El martillo de Tholin es un arma de poder, forjada en las antiguas fraguas de Mac Cadman Adair, la mina más vieja de estas montañas. En él yace una magia que no ha sido superada en toda la historia de los enanos. Es muy posible que la espada y la armadura doradas también sean así. Puede que haya un propósito en que te lleguen a ti.

Tomas pensó durante un momento y luego se quitó rápidamente la gruesa capa. Su blusa no era un jubón acolchado, pero la malla dorada se deslizó sobre ella con facilidad, al estar fabricada para alguien de mayor envergadura. Se colocó el tabardo sobre ella y se puso el yelmo en la cabeza. Tras recoger la espada y el escudo, se puso frente a Dolgan.

—¿Parezco ridículo?

El enano lo miró de cerca.

—Te están algo grandes, pero no hay duda de que crecerás hasta llenarlas. —Pensó ver algo en la forma en la que el muchacho estaba de pie y sostenía la espada en una mano y el escudo en la otra—. No, Tomas, no pareces ridículo. Quizá incómodo, pero no ridículo. Son grandes, y llegarás a llevarlas tal y como se pretendía que fueran llevadas, creo.

Tomas asintió, recogió su capa y se volvió hacia la puerta, envainando la espada. La armadura era sorprendentemente ligera, mucho más que la que había llevado en Crydee.

—No creo que deba coger nada más, Dolgan —dijo—. Supongo que parece raro.

Dolgan se le acercó.

—No, chico, porque yo tampoco quiero nada de las riquezas del dragón. —Miró hacia atrás a la estancia—. Aunque llegarán noches en las que dude de la sabiduría de esta decisión. Puede que algún día vuelva, pero lo dudo. Ahora busquemos el camino a casa.

Partieron y pronto se encontraron en galerías que Dolgan conocía bien, y que les llevarían hasta la superficie.

Dolgan agarró el brazo de Tomas como aviso silencioso. El chico sabía lo suficiente como para no hablar. También sentía la misma sensación de alarma que había experimentado justo antes de que el espectro hubiera atacado el día anterior. Pero esta vez la sensación era casi física. El muerto viviente estaba cerca. Dejando la linterna en el suelo, Tomas la tapó. Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, puesto que en vez de la oscuridad que esperaba, podía ver tenuemente la silueta del enano avanzando lentamente.

—Dolgan... —dijo sin pensar.

El enano se dio la vuelta y de repente una forma oscura surgió a su espalda.

—¡Detrás de ti! —gritó Tomas.

Dolgan se volvió para enfrentarse al espectro, levantando instintivamente su escudo y el martillo de Tholin. El muerto viviente atacó al enano, y sólo los entrenados reflejos de combate de Dolgan y su habilidad de percibir el movimiento en la opaca oscuridad le salvaron, ya que la criatura golpeó en su escudo reforzado con hierro. El ser aulló de ira ante el contacto con el metal. Entonces Dolgan golpeó con el arma legendaria de sus ancestros, y la criatura chilló cuando el martillo alcanzó su forma. Una luz azul verdosa surgió de la cabeza del arma y la criatura se retiró, gimiendo de agonía.

—Quédate detrás de mí —gritó Dolgan—. Si el hierro le molesta, el martillo de Tholin le causa dolor. Quizá logre hacerlo huir.

Tomas empezó a obedecer al enano, y luego se dio cuenta de que su mano derecha estaba desenfundado la espada de su vaina en la cadera izquierda. Repentinamente la desajustada armadura pareció descansar más cómodamente sobre sus hombros, y el escudo se equilibró en su brazo, como si lo hubiera llevado durante años. Sin poder hacer nada para evitarlo, Tomas se puso detrás de Dolgan, y luego lo adelantó, aprestando la espada dorada.

La criatura pareció dudar, y entonces se movió hacia Tomas. Éste levantó la espada, preparándose para golpear. Con un sonido de absoluto terror, el espectro se dio la vuelta y huyó. Dolgan miró a Tomas, y algo que vio lo preocupó, ya que el muchacho parecía volver en sí y envainaba la espada.

—¿Por qué has hecho eso, chaval? —dijo el enano, yendo hacia la linterna.

—Yo... no lo sé. —Se dio cuenta de que había desobedecido las órdenes recibidas—. Pero funcionó. La cosa se fue.

—Sí, funcionó —asintió Dolgan mientras destapaba la linterna. A la luz, estudió al muchacho.

—Creo que el martillo de tu ancestro fue demasiado para él —opinó Tomas.

Dolgan no dijo nada, porque sabía que ese no era el caso. La criatura había huido ante la visión de Tomas con su armadura blanca y dorada. En ese momento, se le vino otra cosa a la cabeza.

—Chico, ¿cómo supiste que la criatura estaba detrás de mí?

—La vi.

Dolgan miró a Tomas con abierto asombro.

—¿La viste? ¿Cómo? Habías tapado la linterna.

—No lo sé, simplemente la vi.

Dolgan volvió a tapar la linterna y se levantó. Se alejó algunos metros.

—¿Dónde estoy ahora, chaval?

Sin dudar, Tomas se puso ante él y le colocó una mano en el hombro.

—Aquí.

—¿Qué...?

Tomas tocó el yelmo y luego el escudo.

—Dijiste que eran especiales.

—Sí, chaval, pero no pensé que fueran *tan* especiales.

—¿Debería quitármelos? —dijo el preocupado muchacho.

—No, no. —Depositó la linterna en el suelo—. Podremos movernos más rápidamente si no tengo que preocuparme de lo que puedes o no puedes ver. —Forzó una nota de buen humor en su voz—. Y a pesar de que no hay dos guerreros mejores en estas tierras, es mejor que no anunciemos nuestra presencia con esa luz. Me preocupa lo que dijo el dragón de los moredhel aquí abajo en nuestras minas. Si una partida fue lo suficientemente osada para desafiar la cólera de mi gente, puede que haya más. El espectro puede que se haya asustado de tu espada dorada y de mi antiguo martillo, pero una veintena de moredhel quizá no queden tan impresionados.

Tomas no supo qué decir, así que empezaron a moverse en la oscuridad.

Tres veces se detuvieron y se ocultaron mientras pasaban cerca apresurados grupos de trasgos y Hermanos Oscuros. Desde su segura posición en la oscuridad podían ver que muchos de ellos estaban heridos o eran ayudados a avanzar por sus camaradas mientras cojeaban. Después de que pasase el último grupo, Dolgan se volvió hacia Tomas.

—Nunca en la historia se habían atrevido los trasgos y los moredhel a entrar en nuestras minas en esta cantidad. Temen demasiado a mi gente para arriesgarse.

—Parecen bastante apaleados, Dolgan, y tienen con ellos mujeres y niños, y también llevan grandes equipajes. Están huyendo de algo.

El enano asintió.

—Todos vienen desde la dirección del valle del norte en las Torres Grises y van en dirección al Corazón Verde. Algo sigue empujándolos al sur.

—¿Los tsurani?

Dolgan asintió.

—Yo también lo creo. Ven. Más vale que volvamos a Caldara tan rápido como

podamos.

Partieron y pronto se encontraron en galerías que Dolgan conocía bien, y que les llevaron hasta la superficie y a casa.

Ambos estaban exhaustos cuando llegaron a Caldara cinco días después. Había mucha nieve en las montañas, y la marcha era lenta. Cuando se acercaban a la aldea fueron vistos por los centinelas, y pronto la comunidad entera salió a saludarlos.

Los llevaron a la estancia principal de la aldea, y a Tomas le dieron una habitación. Estaba tan cansado que cayó dormido enseguida, e incluso el robusto enano estaba fatigado. Los enanos acordaron reunir a los ancianos de la aldea en asamblea al día siguiente para discutir las últimas noticias que habían llegado al valle.

Tomas se despertó sintiendo un voraz apetito. Se estiró al levantarse y se sorprendió de no encontrarse entumecido. Se había quedado dormido con la cota de mallas puesta y debería haberse despertado con las articulaciones y los músculos doloridos. En vez de eso se sentía descansado y bien. Abrió la puerta y salió al pasillo. No vio a nadie hasta que llegó a la estancia principal. Había varios enanos sentados en torno a una gran mesa, con Dolgan a la cabeza. Tomas vio que uno era Weylin, uno de los hijos. Dolgan le hizo un gesto al muchacho para que se sentase en una silla y le presentó a la concurrencia.

Todos los enanos saludaron a Tomas, que respondió cortésmente. Principalmente miraba con fijeza el gran banquete que había dispuesto en la mesa.

Dolgan rio al verlo.

—Sírverte, chaval, no hay motivo para que estés hambriento con la mesa llena.

El joven atiborró un plato con ternera, queso y pan y cogió una jarra de cerveza, aunque no tenía cuerpo para ella y era demasiado temprano. Consumió rápidamente lo que había en el plato y se sirvió otra ración, mientras miraba por si alguien no se lo tomaba bien. La mayoría de los enanos estaban enzarzados en una complicada discusión de naturaleza desconocida para Tomas, acerca del reparto de los suministros de invierno entre las diferentes aldeas de la zona.

Dolgan detuvo la discusión.

—Ahora que Tomas está con nosotros —dijo—, creo que es mejor que hablemos de esos tsurani. —Tomas aguzó las orejas ante eso, y volvió su atención de lleno a lo que se decía. Dolgan siguió—. Desde que me fui de patrulla, hemos recibido mensajeros desde Elvandar y Montaña de Piedra. Ha habido numerosos avistamientos de esos alienígenas cerca del Paso del Norte. Han acampado en las colinas al sur de Montaña de Piedra.

—Ése es asunto de Montaña de Piedra —dijo uno de los enanos—, a menos que nos llamen a las armas.

—Cierto, Orwin —respondió Dolgan—, pero también hay noticias de que se les

ha visto entrar y salir del valle que hay justo al sur del paso. Han entrado en tierras que son tradicionalmente nuestras, y ése es asunto de las Torres Grises.

El enano llamado Orwin asintió.

—Sí que lo es, pero no podemos hacer nada hasta la primavera.

Dolgan puso los pies sobre la mesa y encendió su pipa.

—Y eso también es cierto. Pero debemos estar agradecidos por que los tsurani tampoco puedan hacer nada hasta la primavera.

Tomas dejó una rodaja de ternera que tenía en la mano.

—¿Ya ha llegado la ventisca?

Dolgan lo miró.

—Sí, chaval. Los pasos están cubiertos por la nieve, puesto que la primera ventisca del invierno llegó la noche pasada. Nada puede salir de aquí, y menos aún un ejército.

Tomas miró a Dolgan.

—Entonces...

—Sí. Serás nuestro huésped este invierno, puesto que ni siquiera nuestro corredor más fuerte podría abrirse paso desde estas montañas hasta Crydee.

Tomas se recostó en su asiento, puesto que a pesar de las comodidades de las estancias de los enanos, deseaba un entorno más familiar. Aun así, no se podía hacer nada. Se resignó ante eso y devolvió su atención a la comida.

La Isla del Hechicero

El agotado grupo entró en Bordon caminando penosamente.

A su alrededor cabalgaba una compañía de Montaraces Nataleses, vestidos con sus tradicionales blusas, pantalones y capas grises. Estaban de patrulla cuando habían encontrado a los viajeros a más de un kilómetro de la ciudad, y ahora los escoltaban. Borric estaba irritado por que los montaraces no hubieran ofrecido a los exhaustos viajeros la posibilidad de compartir las monturas, pero lo escondía bien. Tenían pocos motivos para reconocer a este grupo de desharrapados como el duque de Crydee y su séquito, y aunque hubiese llegado con toda la parafernalia, había poco calor entre las Ciudades Libres de Natal y el Reino.

Pug miraba Bordon maravillado. Era una ciudad pequeña para los estándares del reino, poco más que una villa portuaria, pero mucho más grande que Crydee. Por todos los sitios a los que miraba, la gente iba y venía apresuradamente a tareas desconocidas, ocupados y preocupados. Prestaron poca atención a los viajeros excepto la ocasional mirada de un tendero o de una mujer en el mercado. El muchacho nunca había visto tanta gente, tantos caballos, tantas mulas y tantas carretas todo en el mismo sitio. Era una confusión de colores y sonidos que abrumaba sus sentidos. Algunos perros corrían ladrando tras los caballos de los montaraces, esquivando con agilidad las coces de las irritadas monturas. Unos cuantos chicos que había en la calle gritaron obscenidades contra el grupo, por su obvio aspecto de extranjeros, y porque posiblemente fueran prisioneros de la patrulla. A Pug le molestó un poco la rudeza, pero su atención pronto quedó distraída por la novedad de la ciudad.

Bordon, al igual que el resto de las ciudades de la zona, no tenía un ejército permanente, y en vez de eso mantenía una guarnición de Montaraces Nataleses, descendientes de los legendarios Guías Imperiales Keshianos y que se encontraban entre los mejores jinetes y rastreadores del Oeste. Podían alertar de cualquier problema que se aproximara con el tiempo suficiente para que la milicia local se preparase. Al ser oficialmente independientes, los montaraces eran libres de disponer

de forajidos y renegados en el sitio, pero tras oír la historia del duque y la mención del nombre de Martin Arcolargo, al que conocían bien, el jefe de la patrulla decidió traspasar el asunto al prefecto local.

El prefecto era un hombre bajito y moreno, muy dado a vestir coloridos fajines en torno a su amplia cintura y gruesos anillos de oro en sus dedos. Se alisó su barba oscura y aceitada mientras el capitán de los montaraces explicaba el encuentro de su compañía con el grupo del duque. Mientras los montaraces se alejaban a caballo, el prefecto saludó fríamente a Borric. Cuando el duque le dejó claro que los esperaba Talbott Kilrane, el armador más importante de la ciudad y agente comercial de Borric en las Ciudades Libres, la actitud del prefecto cambió repentinamente. Fueron conducidos de la oficina hasta las habitaciones privadas del prefecto y les ofrecieron tazas de café negro caliente. El prefecto envió a uno de sus hombres con un mensaje para la casa de Kilrane y esperó en silencio, limitándose a hacer de vez en cuando algún comentario intrascendente con el duque.

Kulgan se inclinó hacia Pug.

—Nuestro anfitrión es de esos que mira en qué dirección sopla el viento antes de tomar una decisión; espera la contestación del mercader antes de decidir si somos prisioneros o huéspedes. —El mago soltó una risita—. Cuando crezcas te darás cuenta de que todos los funcionarios de bajo nivel son iguales por todo el mundo.

Una tormenta iracunda en la persona de Meecham apareció de repente en la puerta de la casa del prefecto un poco después, con uno de los escribientes de Kilrane del brazo. El escribiente pronto aclaró que este era de hecho el duque de Crydee, y sí, lo estaba esperando Talbott Kilrane. El prefecto se disculpó servilmente y manifestó su esperanza de que el duque perdonase las inconveniencias, pero bajo las presentes circunstancias, en estos tiempos difíciles, ¿cómo podía no entenderlo? Sus modales eran adaladores y su sonrisa afectada.

Borric indicó que sí, que lo comprendía, demasiado bien. Sin más retrasos, dejaron al prefecto y salieron afuera, donde les esperaba un grupo de criados con caballos. Montaron rápidamente, y Meecham y el escribiente los guiaron a través de la ciudad hacia una zona de colinas donde había imponentes mansiones.

La casa de Talbott Kilrane se alzaba sobre la colina más alta que dominaba toda la ciudad. Desde la carretera, Pug pudo ver navíos anclados. Había decenas de ellos parados y con los mástiles quitados, obviamente fuera de servicio durante el duro invierno. Unos pocos barcos de cabotaje con destino a Ylith, al norte de las Ciudades Libres, salían cautelosamente de la rada, pero en su mayor parte ésta estaba tranquila.

Llegaron hasta la casa y entraron por una gran puerta abierta en un muro bajo, y unos sirvientes corrieron a hacerse cargo de sus caballos. Mientras desmontaban, su anfitrión salió por la puerta de la casa.

—Bienvenido, Lord Borric, bienvenido —dijo con una amplia sonrisa que partía

en dos un rostro demacrado.

Talbott Kilrane tenía el aspecto de un buitre reencarnado en forma humana, con una cabeza calva, rasgos afilados y ojos pequeños y oscuros. Sus caras ropas hacían poco por ocultar su extrema delgadez, pero había una amabilidad en su actitud y una preocupación en sus ojos que suavizaban su poco atractivo aspecto.

A pesar de la apariencia del hombre, Pug lo encontró agradable. Despidió a los sirvientes para que fueran a preparar habitaciones y comida caliente para el grupo, y se negó a escuchar cuando el duque intentó explicarle su misión.

—Más tarde, Su Gracia —dijo, levantando una mano—. Ya hablaremos largo y tendido después de que hayáis descansado y comido. Os esperaré esta noche para la cena, pero por ahora hay baños cálidos y camas limpias para vuestro grupo. Haré que os lleven comida caliente a vuestras habitaciones. Buena comida, descanso y ropas limpias, y os sentiréis un hombre nuevo. Entonces hablaremos.

Dio una palmada y llegó un sirviente para mostrarles sus habitaciones a los viajeros. Al duque y a su hijo les dieron cuartos separados, mientras que Pug y Kulgan compartían otra. A Gardan lo llevaron a la habitación de Meecham, y los soldados del duque fueron conducidos a las habitaciones del servicio.

Kulgan le dijo a Pug que se bañase primero mientras él hablaba un rato con su sirviente. Meecham y Kulgan se fueron a la habitación del vasallo, y Pug se quitó la ropa sucia. En el centro de la habitación había una gran bañera metálica, llena de agua perfumada, caliente y despidiendo vapor. Empezó a meter el pie, pero tuvo que sacarlo enseguida. Tras tres días caminando por la nieve, el agua parecía que estaba hirviendo. Poco a poco fue metiendo el pie y, cuando se acostumbró al calor, entró en el agua lentamente.

Se recostó en la bañera, apoyado en el respaldo. El interior estaba esmaltado, y a Pug le pareció extraña la sensación resbaladiza y suave frente a las bañeras de madera de casa. Se frotó con un jabón dulce y se lavó la suciedad del pelo; luego se puso de pie y se echó por encima un cubo de agua fría para enjuagarse.

Se secó y se puso el camisón limpio que habían dejado para él. A pesar de que era temprano, se metió en la cálida cama. Su último pensamiento fue para el chico rubio siempre sonriente. Mientras Pug se sumía en el sueño, se preguntó si Dolgan habría encontrado a su amigo.

Se despertó una vez durante el día, oyendo el tarareo de una melodía inidentificable mientras se chapoteaba en el agua con gran determinación, a medida que Kulgan enjabonaba su rechoncho cuerpo. Pug cerró los ojos y volvió a dormirse enseguida.

Estaba completamente dormido cuando Kulgan lo despertó para cenar. Le habían limpiado la blusa y los pantalones y habían remendado los pequeños rotos. Le habían limpiado las botas, que relucían con un negro brillante. Cuando se paró ante el espejo

para inspeccionarse, se dio cuenta por primera vez de un tenue sombra negra en sus mejillas. Se acercó al espejo y vio las primera señales de una barba.

Kulgan lo observó.

—Bien Pug, ¿hago que te traigan una cuchilla de afeitar para que puedas mantener tus mejillas limpias como el príncipe Arutha, o deseas cultivar una luenga barba? — Atusó exageradamente su propia barba gris.

Pug sonrió por primera vez desde que abandonaron Mac Mordain Cadal.

—Creo que puedo pasar algún tiempo antes de preocuparme por eso.

Kulgan rio, satisfecho de ver que el buen ánimo del chico volvía. El mago se había sentido preocupado ante la intensidad del sufrimiento de Pug por Tomas, y estaba aliviado al ver que la naturaleza resistente del muchacho se estaba afirmando. Kulgan abrió la puerta.

—¿Me acompañáis?

Pug inclinó la cabeza, imitando una reverencia cortesana.

—Ciertamente, Maestro Mago, tras vos —y rompió a reír.

Llegaron hasta el comedor, una estancia grande y bien iluminada, aunque ni de lejos tan grande como el del castillo de Crydee. El duque y el príncipe Arutha ya estaban sentados, y Kulgan y Pug rápidamente tomaron asiento.

Borric estaba terminando su narración de los acontecimientos en Crydee y en el gran bosque cuando Pug y Kulgan se sentaron.

—Así que —dijo— he decidido llevar las noticias yo mismo, tan importantes creo que son.

El comerciante se recostó en su asiento mientras los sirvientes traían una gran variedad de platos para los comensales.

—Lord Borric —dijo Talbott—. Cuando vuestro hombre, Meecham, vino a mí por primera vez, su petición en vuestro nombre era un tanto vaga, debido, según creo, al modo en que se transmitió la información. —Se refería a la magia empleada por Kulgan para contactar con Belgan, que a su vez le había enviado el mensaje a Meecham—. Nunca creí que vuestro deseo de llegar hasta Krondor sería tan vital para mi propia gente como ahora veo que es. —Hizo una pausa, y luego siguió—. Por supuesto, estoy alarmado por las noticias que traéis. Estaba dispuesto a actuar como intermediario para conseguir un barco, pero ahora os enviaré en uno de los míos. —Cogió una campanilla que había cerca de su mano y la hizo sonar. En un momento había un sirviente de pie junto a él—. Manda decir al capitán Abram que prepare la *Reina de las Tormentas*. Partirá mañana con la marea de la tarde hacia Krondor. Más tarde le enviaré instrucciones detalladas.

El sirviente hizo una reverencia y se fue.

—Os lo agradezco, Maese Kilrane —dijo el duque—. Tenía esperanzas de que lo entenderíais, pero no esperaba encontrar una nave tan pronto.

El mercader miró a Borric a la cara.

—Duque Borric, dejadme ser franco. Hay poco aprecio entre las Ciudades Libres y el Reino. Y, para ser aún más franco, menos aprecio todavía por el apellido conDoin. Fue vuestro abuelo el que devastó Walinor y asedió Natal. Fue detenido sólo a quince kilómetros al norte de esta ciudad, y ese recuerdo todavía nos persigue a muchos. Somos keshianos por ascendencia, pero hombres libres por nacimiento, y sentimos poco afecto por los conquistadores. —Kilrane continuó mientras el duque se envaraba en su silla—. Aun así, estamos obligados a admitir que vuestro padre antes y vos ahora habéis sido buenos vecinos, tratando con justicia a las Ciudades Libres, a veces incluso con generosidad. Creo que sois un hombre de honor y me doy cuenta de que esos tsurani son posiblemente todo lo que decís que son. No os creo de la clase de hombres dados a la exageración.

El duque se relajó un poco ante esto. Talbott dio un sorbo al vino, y luego volvió a la conversación.

—Seríamos tontos si no nos diéramos cuenta de que nuestros intereses coinciden con los del Reino, puesto que solos estamos indefensos. Cuando hayáis partido, convocaré una reunión del Concejo de Gremios y Mercaderes y solicitaré que apoyemos al reino en esto. —Sonrió, y todos cuantos estaban a la mesa pudieron darse cuenta de que aquí había un hombre tan confiado en su influencia y su capacidad como el duque—. Creo que tendré pocas dificultades en hacer que el Concejo vea la sabiduría en esto. Una breve mención de esa galera de guerra tsurani y una pequeña conjetura sobre el destino de nuestros barcos ante una flota de naves como esa deberían bastar.

Borric rio, y dio una palmada en la mesa.

—Maestro Comerciante, puedo ver que no adquiristeis vuestra riqueza por azares del destino. Vuestra astuta mente rivaliza con la de mi consejero el padre Tully. Al igual que vuestra sabiduría. Os doy las gracias.

El duque y el comerciante siguieron conversando hasta bien entrada la noche, pero Pug seguía cansado y volvió a la cama. Cuando Kulgan llegó horas después, se encontró al muchacho durmiendo tranquilamente, con expresión serena en el rostro.

El Reina de las Tormentas corría ante el viento, con sus juanetes y sobrejuanetes haciéndola atravesar el agitado mar. La lluvia, arremolinada y gélida, hacía que la noche fuera tan oscura que la parte superior de sus altos mástiles se perdía en una oscuridad nebulosa para aquellos que estaban en cubierta.

En el puente, unas figuras se acurrucaban bajo gruesas capas de hule forradas de piel, tratando de mantenerse secas y calientes en medio de la fría humedad. Por dos veces en las últimas dos semanas se habían encontrado con la mar encrespada, pero éste era de lejos el peor tiempo que habían tenido. Llegó un grito desde la arboladura,

comunicándole al capitán que dos hombres habían caído desde las vergas.

—¿No se puede hacer nada? —gritó el duque Borric al capitán Abram.

—No, mi señor. Son hombres muertos y buscarlos sería inútil, aunque pudiéramos, que no podemos —respondió gritando el capitán, alzando su voz sobre el rugido de la tormenta.

Había una guardia completa en la peligrosa arboladura, quitando el hielo que se formaba en las vergas y amenazaba con romperlas por el peso añadido, inmovilizando la nave. El capitán Abram se sujetaba a la barandilla del puente con una sola mano, alerta en busca de posibles problemas, su cuerpo en perfecta sintonía con el barco. Junto a él estaban el duque y Kulgan, en un equilibrio más precario en la cubierta, que cabeceaba de un lado a otro. Desde abajo llegó un sonido fuerte de ruptura, como un gruñido, y el capitán maldijo. Momentos después apareció ante ellos un marinero.

—Capitán, se ha roto un madero y está entrando agua.

El capitán hizo un gesto a uno de los contramaestres que estaba en cubierta.

—Llévate un grupo abajo y tapa la vía, luego informa.

El contramaestre reunió enseguida a cuatro hombres para que le acompañasen abajo. Kulgan pareció entrar en trance durante un minuto antes de hablar.

—Capitán, esta tormenta arreciará durante al menos tres días más.

El capitán maldijo la suerte que le habían enviado los dioses.

—No puedo conducir el barco por la tormenta durante tres días con una vía de agua —dijo al duque—. He de encontrar un lugar donde fondear y reparar el casco.

El duque asintió, gritando por encima de la tormenta.

—¿Va a virar hacia Queg?

El capitán negó con la cabeza, lo que hizo desprenderse nieve y agua de su barba negra.

—Con este viento no puedo virar hacia Queg. Tendremos que dirigirnos a la Isla del Hechicero.

Kulgan agitó la cabeza, aunque los otros no notaron el gesto.

—¿No hay otro sitio en el que fondear? —preguntó.

El capitán miró al mago y al duque.

—No tan cerca. Nos arriesgaríamos a perder un mástil. Y entonces, si no nos fuésemos a pique perderíamos seis días en vez de tres. El mar está cada vez peor, y temo perder más hombres. —Gritó una serie de órdenes al timonel, y tomaron un rumbo más hacia el sur, en dirección a la Isla del Hechicero.

Kulgan bajó con el duque. El brusco balanceo del barco hizo que recorrer la escalera y el estrecho pasillo fuera difícil, y el rechoncho mago fue arrojado de un lado a otro mientras se abrían paso hacia sus respectivos camarotes. El duque entró en el suyo, que compartía con su hijo, y Kulgan entró en el propio. Gardan, Meecham y Pug estaban tratando de descansar en sus literas durante el zarandeo. El muchacho lo

estaba pasando mal, puesto que había pasado mareado los dos primeros días. Se había acostumbrado un tanto al balanceo del barco, pero seguía sin soportar el cerdo salado y las galletas que se veían obligados a consumir. Debido al estado de la mar, el cocinero de a bordo había sido incapaz de cumplir con sus deberes habituales.

Los maderos del barco gruñeron en protesta frente al aporreamiento de las olas, y desde el frente pudieron oír el sonido de los martillos mientras la tripulación trataba de reparar la vía de agua.

Pug se dio la vuelta en la cama y miró a Kulgan.

—¿Qué hay de la tormenta?

Meecham se incorporó sobre un codo y miró a su amo. Gardan hizo lo mismo.

—Durará tres días más. Fondearemos en una isla y allí esperaremos hasta que amaine.

—¿Qué isla? —preguntó Pug.

—La Isla del Hechicero.

Meecham se levantó de su litera como impulsado por un resorte, golpeándose la cabeza con el techo bajo.

—¿La isla de Macros el Negro? —exclamó, maldiciendo y frotándose la cabeza mientras Gardan se aguantaba la risa.

Kulgan asintió, al tiempo que usaba una mano para sostenerse ante el brusco cabecear del barco al atravesar la cresta de una gran ola.

—A mí tampoco me gusta la idea, pero el capitán teme por el barco. —Como si quisiera apoyar el argumento, el casco crujió y gruñó durante unos momentos de forma alarmante.

—¿Quién es Macros? —preguntó Pug.

Kulgan quedó pensativo unos instantes, en parte escuchando a los tripulantes que trabajaban en la bodega, y en parte por la pregunta del muchacho.

—Macros es un gran hechicero, Pug —dijo entonces—. Quizá el más grande que el mundo haya conocido nunca.

—Sí —añadió Meecham—, y el engendro de algún demonio de los pozos más profundos del infierno. Sus artes son las más negras, y hasta los sanguinarios sacerdotes de Lims-Kragma temen poner el pie en su isla.

Gardan rio.

—Todavía tengo que ver algún mago que logre intimidar a los sacerdotes de la diosa de la muerte. Tiene que ser un mago poderoso.

—Eso son sólo historias, Pug —dijo Kulgan—. Lo que sabemos acerca de él es que cuando la persecución de los magos alcanzó su punto culminante en el Reino, Macros huyó a esta isla. Desde entonces nadie ha ido ni ha vuelto de ella.

Pug se sentó en su litera, interesado en lo que oía, ignorando el terrible ruido de la tempestad. Observó como el rostro de Kulgan quedaba bañado en un torbellino de

luces y sombras por la lámpara, que danzaba sin control con el vaivén del barco.

—Macros es muy viejo —siguió Kulgan—. Con qué artes se mantiene vivo, eso sólo él lo sabe, pero lleva viviendo allí unos trescientos años.

—O es que allí han vivido varios hombres que se llamaban igual —se mofó Gardan.

Kulgan asintió.

—Quizá. En cualquier caso no se sabe nada con certeza sobre él, excepto los terribles relatos que cuentan los marinos. Sospecho que, incluso si Macros practica el lado más oscuro de la magia, su reputación está muy inflada, quizá como forma de mantener su privacidad.

Un fortísimo crujido, como si otro de los maderos del casco se hubiera roto, los hizo callar. El camarote se sacudió con la tormenta, y Meecham dijo lo que todos estaban pensando:

—Tengo la esperanza de que todos podamos llegar a la Isla del Hechicero.

La nave entró renqueando en la bahía meridional de la isla. Tendrían que esperar a que la tormenta amainase antes de poder mandar buceadores para inspeccionar los daños en el casco.

Kulgan, Pug, Gardan y Meecham salieron a cubierta. El tiempo era algo más agradable debido a que los acantilados contenían la furia de la tormenta. Pug anduvo hasta donde estaban el capitán y Kulgan. Siguió su mirada hasta la cima de los acantilados.

En las alturas sobre la bahía se asentaba un castillo, con altas torres recortadas contra el cielo por la gris luz del día. Era un lugar extraño, con espiras y escaraguaitas que apuntaban hacia arriba como una mano huesuda. El castillo estaba oscuro, excepto por una ventana en una torre alta que parpadeaba con una luz azul, como si el habitante hubiera capturado un rayo y lo estuviera haciendo funcionar.

—Allí, sobre el acantilado, Macros —oyó decir Pug a Meecham.

Tres días más tarde, los buceadores salían a la superficie y le gritaban al capitán su apreciación de los daños. Pug estaba en la cubierta principal con Meecham, Gardan y Kulgan. El príncipe Arutha y su padre estaban junto al capitán aguardando el veredicto sobre el estado del navío. Sobre ellos planeaban las aves marinas, buscando los despojos y la basura que anunciaba un barco en dichas aguas. Las tormentas invernales no contribuían precisamente a la exigua dieta de las aves, y un barco era una bienvenida fuente de comida.

Arutha bajó hasta la cubierta principal donde los otros esperaban.

—Hará falta todo el día de hoy y la mitad de mañana para reparar los daños, pero

el capitán cree que aguantará bien hasta que llegemos a Krondor. Desde aquí deberíamos tener pocos problemas.

Meecham y Gardan se miraron con intención. Sin querer dejar pasar la oportunidad, Kulgan intervino.

—¿Podremos bajar a la orilla, Su Alteza?

Arutha se frotó la afeitada barbilla con una mano enguantada.

—Sí, aunque ningún marinero nos llevará en bote.

—¿Nos? —preguntó el mago.

Arutha sonrió con su sonrisa torcida.

—Ya estoy harto de camarotes, Kulgan. Necesito estirar las piernas en tierra firme. Además, sin supervisión pasarías el día vagando por sitios que no son asunto tuyo. — Pug levantó la mirada, hacia el castillo, y el mago notó su mirada.

—Nos mantendremos lejos de ese castillo y del camino que sube desde la playa, eso seguro. Los relatos acerca de esta isla sólo hablan de los males que caen sobre los que intentan entrar en los aposentos del hechicero.

Arutha le hizo un gesto a un marinero. Prepararon un bote, y los cuatro hombres y el muchacho subieron a bordo. El bote fue pasado por la borda y bajado por una tripulación que estaba sudando a pesar del viento frío que seguía soplando tras la tormenta. Por las miradas que lanzaban continuamente hacia la cresta de los acantilados, Pug sabía que no estaban sudando por el tiempo ni por el esfuerzo.

—Puede que haya una gente más supersticiosa que los marinos en Midkemia — dijo Arutha, como si le leyera los pensamientos—, pero no podría decir quiénes son.

Cuando el bote estuvo en el agua, Meecham y Gardan soltaron los cabos que colgaban suspendidos del pescante. Los dos hombres cogieron torpemente los remos y empezaron a remar hacia la playa. Al principio era un ritmo roto y titubeante, pero con las miradas de desaprobación del príncipe, junto con algunos comentarios acerca de cómo los hombres podían pasar toda su vida en una ciudad costera y no saber remar, finalmente lograron que el bote se moviera satisfactoriamente.

Llegaron hasta una playa arenosa, una pequeña cala que interrumpía los acantilados de la bahía. Un sendero ascendía hasta el castillo, y se cruzaba con otro que se alejaba hacia el interior de la isla.

Pug saltó del bote y ayudó a llevarlo a la orilla. Cuando estuvo varado, los otros se bajaron y estiraron las piernas.

Pug sentía como si los estuvieran observando, pero cada vez que miraba a su alrededor no había más que rocas a la vista, y las pocas aves marinas que pasaban el invierno en grietas de la pared del acantilado.

Kulgan y el príncipe estudiaron los dos senderos que se alejaban de la playa. El mago miró al otro sendero, el que no iba hacia el castillo del hechicero.

—No debería haber problemas en explorar el otro camino —dijo—. ¿Vamos?

Los días de aburrimiento y encierro se impusieron a cualquier miedo que pudieran haber sentido. Con un brusco asentimiento, Arutha encabezó la marcha por el sendero.

Pug iba el último, tras Meecham. El vasallo de anchos hombros iba armado con una espada ancha, sobre cuya empuñadura descansaba la mano. Pug mantenía su honda a mano, puesto que seguía sin sentirse cómodo con una espada, aunque Gardan le daba lecciones cuando era posible. El chico cogía la honda de forma ausente, con los ojos puestos en la escena que había frente a ellos.

A lo largo del sendero asustaron a varias colonias de vuelvepedras y chorlitos, que echaron a volar cuando se acercó el grupo. Los pájaros graznaron su protesta y volaron sobre sus nidos hasta que pasaron los paseantes, y luego volvieron a la escasa comodidad de la ladera de la colina.

Llegaron a la cima de la primera de una serie de colinas, desde donde se veía al sendero que se alejaba del castillo descender desde otra cima.

—Debe llevar hasta algún sitio —dijo Kulgan—. ¿Continuamos?

Arutha asintió, y los otros no dijeron nada. Continuaron el viaje hasta que llegaron a un pequeño valle, poco más que una hondonada, entre dos hileras de colinas bajas. En el fondo del valle había varios edificios.

—¿Qué crees, Kulgan? —susurró Arutha—. ¿Estarán habitados?

El mago los estudió durante un momento, y luego se volvió hacia Meecham, que dio un paso al frente. El vasallo inspeccionó la vista que tenían abajo, y su mirada viajó desde el fondo del valle a las colinas que lo rodeaban.

—No lo creo. No hay señales de humo de las cocinas, ni sonidos de gente trabajando.

Arutha reanudó la marcha hacia el fondo del valle, y los demás lo siguieron. Meecham se volvió para observar a Pug un instante, y se dio cuenta de que el muchacho iba desarmado excepto por su honda. El vasallo sacó un largo cuchillo de monte de su cinturón y se lo entregó al chico sin decir ni palabra. Pug inclinó la cabeza una vez en agradecimiento y cogió el cuchillo en silencio.

Llegaron a una meseta desde la que se dominaban los edificios, y Pug pudo ver una casa de aspecto extraño, con el edificio central rodeado por un gran patio y varios edificios accesorios. El complejo entero estaba rodeado por una tapia baja, de algo más de un metro de altura.

Bajaron por la ladera hasta una puerta que había en el muro. En el patio crecían varios árboles frutales secos, y un jardín cubierto por maleza. Cerca de la fachada del edificio central había una fuente, rematada con una escultura de tres delfines. Se acercaron a la fuente y vieron que su interior estaba cubierto con azulejos azules, desvaídos y descoloridos por el paso del tiempo. Kulgan examinó la construcción de la fuente.

—Está fabricada de forma muy inteligente. Creo que el agua salía por la boca de los delfines.

Arutha estuvo de acuerdo.

—He visto las fuentes reales en Rillanon y son parecidas, aunque carecen de la gracia de ésta.

Había poca nieve en el suelo, porque al parecer el abrigado valle y la isla al completo recibían poca incluso en los inviernos más duros. Pero seguía haciendo frío. Pug se alejó un poco y estudió la casa. Tenía un solo piso, con ventanas a lo largo de la pared cada tres metros. Sólo había una apertura para una puerta doble en la pared frente a la que él se encontraba, aunque las puertas hacía mucho que se habían caído de las bisagras.

—Quienquiera que viviese aquí no esperaba problemas.

Pug se volvió y vio a Gardan de pie junto a él, también mirando a la casa.

—No hay torre para centinelas —siguió el sargento—. Y esa tapia baja es más para mantener los animales fuera del jardín que para defenderse.

Meecham se unió a ellos, y oyó la última afirmación del sargento.

—Sí, aquí hay poca preocupación por la defensa. Este es el punto más bajo de la isla, exceptuando el arroyuelo que pudimos ver detrás de la casa cuando bajábamos por la colina. —Se giró para mirar al castillo, cuyas torres más altas podían verse incluso desde el valle—. Allí es donde construyes para evitar problemas. Este sitio —dijo recorriendo el conjunto de edificios con un gesto de la mano— fue construido por gente que sabía poco de luchas.

Pug asintió mientras se alejaba. Gardan y Meecham fueron en una dirección diferente, hacia un establo abandonado.

Pug rodeó la casa hasta su parte trasera y encontró varios edificios más pequeños. Aferró el cuchillo con la mano derecha y entró en el más cercano. Estaba abierto al cielo, puesto que el techo se había hundido. Unas tejas rojas, hechas añicos y descoloridas, estaban tiradas por el suelo, en lo que parecía ser un almacén, con grandes estanterías de madera a lo largo de tres de sus paredes. Pug investigó el resto de las habitaciones, y vio que eran parecidas. Todo el edificio era algún tipo de almacén.

Fue al edificio siguiente y se encontró con una gran cocina. Contra una pared había un fogón de piedra, lo bastante grande para cocinar sobre él con varias ollas a la vez, mientras que en un espetón que colgaba encima de una apertura sobre el fuego había un costado de ternera o un cordero entero. En el centro de la habitación había una enorme tabla de carnicero, mellada por incontables tajos de cuchilla de carnicero y cuchillo.

Pug examinó una olla de bronce de aspecto extraño que había en un rincón, cubierta de polvo y telarañas. Le dio la vuelta y encontró una cuchara de madera.

Cuando levantaba la vista, pensó haber visto fugazmente a alguien fuera de la puerta de la cocina.

—¿Meecham? ¿Gardan? —preguntó mientras se acercaba lentamente a la puerta.

Cuando salió afuera no había nadie a la vista, pero captó un movimiento en la puerta trasera de la casa principal.

Corrió hacia dicha puerta, suponiendo que sus compañeros ya habían entrado en el edificio. Mientras entraba en la casa principal, vio algo moverse en un pasillo lateral. Se detuvo unos instantes para inspeccionar la extraña casa.

La puerta que había ante él estaba abierta, una puerta corredera que se había desprendido de las guías que la mantenían en su sitio. A través de la puerta pudo ver un gran patio central abierto al cielo. La casa era de hecho un cubo hueco, con pilares que sostenían el techo parcial. Otra fuente y un pequeño jardín ocupaban el centro del patio. Al igual que la fuente de fuera, ésta estaba en mal estado, y el jardín también estaba ahogado por la maleza.

Pug se volvió hacia el pasillo por el que había visto movimiento. Atravesó una baja puerta lateral hasta un sombrío pasillo. En algunas partes el techo había perdido tejas, así que de aquí y allá bajaban rayos de luz, que permitieron al muchacho abrirse camino. Pasó dos habitaciones vacías, que supuso que eran dormitorios.

Torció una esquina y se encontró frente a la puerta de una habitación de aspecto extraño, y entró. Las paredes eran mosaicos de azulejos, criaturas marinas retozando en la espuma con hombres y mujeres ligeros de ropa. El estilo artístico le resultaba nuevo. Los pocos tapices y las escasas pinturas que había en las salas del duque eran muy realistas, con colores mates y un acabado muy detallista. Estos mosaicos sugerían gentes y animales sin capturar los detalles.

En el centro había una gran depresión, como un estanque, con escalones que conducían a ella. De la pared de enfrente salía una cabeza de pez de latón, que colgaba sobre la piscina. La naturaleza de la habitación superaba a Pug.

Como si alguien hubiera leído sus pensamientos, una voz dijo desde detrás:

—Es un tepidarium.

Pug se volvió y vio a un hombre de pie ante él. Era de altura media, con la frente amplia y ojos negros y hundidos. Tenía algunas canas en las sienes de su pelo oscuro, pero su barba era negra como la noche. Vestía una túnica marrón de tela sencilla, anudada a la cintura con una cuerda. En la mano izquierda sostenía un robusto cayado de roble. Pug se puso en guardia, poniendo el largo cuchillo de monte ante sí.

—No, joven. Deja tu puñal. No te deseo mal alguno. —Sonreía de un modo que hizo tranquilizarse a Pug.

—¿Cómo ha llamado a esta habitación?

—Tepidarium —dijo entrando en la sala—. Aquí se traía agua tibia hasta la piscina, y los bañistas se quitaban la ropa y la dejaban en esas estanterías —señaló a

unas estanterías que había en la pared del fondo—. Los sirvientes lavaban y secaban las ropas de los invitados a la comida mientras se bañaban aquí.

A Pug le hizo gracia la idea de que los invitados a una comida se bañasen en grupo en casa del anfitrión, pero no dijo nada.

—Por esa puerta —siguió el hombre, señalando una puerta que había junto a la piscina— se iba a una piscina de agua muy caliente, en una habitación llamada calidarium. Al otro lado había otra piscina de agua fría en una habitación llamada frigidarium. Había una cuarta habitación llamada el unctorium, donde los sirvientes untaban a los bañistas con aceites perfumados. Y se frotaban la piel con palos de madera. Entonces no usaban jabón.

Pug estaba confundido por todas las diferentes salas de baño.

—Parece que pasaban mucho tiempo bañándose. Todo eso es muy raro.

El hombre se apoyó en su bastón.

—Es normal que te parezca así, Pug. Y supongo que a los que construyeron esta casa también les parecerían raras las estancias de vuestros castillos.

—¿Cómo sabe mi nombre?

El hombre volvió a sonreír.

—Oí al soldado alto llamarte por tu nombre mientras os acercabais al edificio. Os estaba observando, manteniéndome fuera de vuestra vista hasta estar seguro de que no erais piratas venidos en busca de antiguos botines. Pocos piratas son tan jóvenes, así que supuse que sería más seguro hablar contigo.

Pug estudió al hombre. Había algo en él que sugería que sus palabras tenían significados ocultos.

—¿Y por qué querría hablar conmigo?

El hombre se sentó en el borde de la piscina vacía. Se remangó la túnica, descubriendo unas resistentes sandalias de tiras.

—Casi siempre estoy solo, y la posibilidad de hablar con extranjeros es algo raro. Así que pensé ver si seríais mis invitados, un rato al menos, hasta que volváis a vuestro barco.

Pug también se sentó, pero mantuvo las distancias entre él y el extraño.

—¿Vive usted aquí?

El hombre recorrió la habitación con la mirada.

—No, aunque lo hice hace mucho. —Había cierto tono meditabundo en su voz, como si esa afirmación estuviese invocando recuerdos largo tiempo enterrados.

—¿Quién es usted?

El hombre volvió a sonreír, y Pug sintió que sus nervios se desvanecían. Había algo tranquilizador en la actitud del hombre, y Pug se dio cuenta de que no tenía malas intenciones.

—Me suelen llamar el viajero, puesto que he visto muchas tierras. Aquí a veces se

me conoce como el ermitaño, puesto que vivo como tal. Puedes llamarme como quieras, da igual.

Pug lo miró detenidamente.

—¿No tiene usted nombre propio?

—Muchos, tantos que me he olvidado de algunos. Cuando nací me pusieron un nombre, igual que a ti, pero entre los de mi tribu ese nombre sólo corresponde saberlo a mi padre y al mago-sacerdote.

Pug reflexionó acerca de eso.

—Todo eso es muy raro, igual que esta casa. ¿Quiénes son su gente?

El hombre llamado el viajero se rio, una risita amable.

—Tienes una mente curiosa, Pug, llena de preguntas. Eso está bien. —Hizo una pausa—. ¿De dónde venís tú y tus compañeros? El barco de la bahía lleva la bandera natalesa de Bordon, pero tu acento y tus ropas son del Reino.

—Somos de Crydee —dijo Pug, y le hizo al hombre una breve descripción del viaje. El extraño le hizo algunas preguntas sencillas y Pug se dio cuenta de que, sin querer, le había hecho un relato completo de los acontecimientos que les habían conducido a la isla, y de los planes para el resto del viaje.

—Realmente es una historia asombrosa —dijo el viajero al terminar Pug—, y creo que habrá más asombro antes de que finalice este encuentro entre mundos.

Pug lo miró interrogante.

—No comprendo.

El viajero negó con la cabeza.

—No espero que lo hagas, Pug. Digamos que están pasando cosas que sólo podrán ser entendidas examinándolas después de que hayan sucedido, con una distancia en el tiempo que separe a los participantes de la participación.

Pug se rascó la rodilla.

—Se parece usted a Kulgan tratando de explicar el funcionamiento de la magia.

El viajero asintió.

—Una buena comparación. Aunque a veces la única forma de comprender el funcionamiento de la magia es haciendo magia.

Pug se animó.

—¿Usted también es mago?

El viajero se acarició la larga barba negra.

—Algunos han creído que lo soy, pero dudo que Kulgan y yo compartamos el mismo entendimiento de dichas cosas.

La expresión de Pug demostró que consideraba insatisfactoria la explicación, aunque no se atreviera a decirlo. El viajero se inclinó hacia delante.

—Puedo hacer uno o dos conjuros, si eso responde a tu pregunta, joven Pug.

Pug oyó como gritaban su nombre desde el patio.

—Ven —dijo el viajero—. Tus amigos te llaman. Más vale que vayamos para asegurarles que estás bien.

Salieron de la sala de baños y cruzaron el jardín del patio interior. Una gran antesala separaba el jardín de la parte delantera de la casa, y la atravesaron para salir. Cuando los demás vieron a Pug en compañía del viajero, miraron a su alrededor rápidamente y desenfundaron las armas. Kulgan y el príncipe atravesaron el patio para ponerse frente a ellos. El viajero levantó las manos haciendo el gesto universal de que iba desarmado.

El príncipe fue el primero en hablar.

—¿Quién es tu acompañante, Pug?

Pug presentó al viajero.

—No tiene malas intenciones. Se ocultó hasta que comprobó que no éramos piratas. —Le entregó el cuchillo a Meecham.

Si la explicación le pareció insatisfactoria, Arutha no hizo ningún gesto.

—¿Qué hace aquí?

El viajero extendió los brazos, con el báculo apoyado en el pliegue del codo izquierdo.

—Yo vivo aquí, príncipe de Crydee. Soy yo quien debería hacer esa pregunta.

El príncipe se envaró cuando le hablaron de esa manera, pero tras un momento tenso, se relajó.

—Si es así tenéis razón, porque nosotros somos los intrusos. Vinimos buscando alivio de los espacios cerrados del barco, nada más.

El viajero asintió.

—Entonces sois bienvenidos a Villa Beata.

—¿Qué es Villa Beata? —preguntó Kulgan.

El viajero hizo un amplio movimiento con su mano derecha.

—Esta casa es Villa Beata. En el idioma de los constructores quiere decir «hogar bendito», y lo fue durante muchos años. Como podéis ver, ha conocido tiempos mejores.

Todos se estaban relajando con el viajero, puesto que se sentían confiados por su actitud tranquila y su sonrisa amistosa.

—¿Qué fue de los que construyeron este extraño lugar? —prosiguió el mago.

—Murieron... o se fueron. Pensaron que esta era la ínsula Beata, o Isla bendita, cuando llegaron aquí por primera vez. Huían de una terrible guerra, que cambió la historia de su mundo. —Sus ojos oscuros se ensombrecieron, como si el dolor de recordar fuera grande—. Un gran rey murió... o se le creyó muerto, porque algunos afirman que quizá vuelva. Fueron tiempos terribles y muy tristes. Aquí buscaron vivir en paz.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Pug.

El viajero se encogió de hombros.

—¿Piratas o trasgos? ¿Enfermedad o locura? ¿Quién lo sabe? Yo vi esta casa como vosotros la veis ahora, y aquellos que habían vivido aquí se habían ido.

—Hablas de cosas extrañas, amigo viajero —dijo Arutha—. Sé poco de esto, pero parece que este lugar ha estado desierto durante eras. ¿Cómo es que conoces a los que vivían aquí?

El viajero sonrió.

—No hace tanto tiempo como imagináis, príncipe de Crydee. Y yo soy más viejo de lo que parezco. Es una de las ventajas de una buena alimentación y de un baño regular.

Meecham llevaba todo el tiempo estudiando al extraño, porque de todos los que habían bajado a tierra, él era el de naturaleza más desconfiada.

—¿Y que hay del Negro? ¿No te molesta?

El viajero miró por encima del hombro al castillo.

—¿Macros el Negro? El mago y yo tenemos pocos motivos para estar enfrentados. Me consiente que vague por la isla siempre que no interfiera con su trabajo.

A Pug se le pasó por la cabeza una sospecha, pero no dijo nada mientras el viajero continuaba.

—Un hechicero tan poderoso y terrible tiene poco que aprender de un simple ermitaño; estoy seguro de que todos estaréis de acuerdo. —Se inclinó hacia delante y añadió en tono de complicidad—. Además, creo que gran parte de su reputación son exageraciones y fanfarronadas, para alejar a los intrusos. Dudo que sea capaz de las proezas que se le atribuyen.

—Entonces creo que deberíamos visitar a este hechicero —dijo Arutha.

El ermitaño miró al príncipe.

—No creo que encontraseis una bienvenida en el castillo. El hechicero suele estar concentrado en su trabajo y no se toma muy bien las interrupciones. Puede que no sea el mítico artífice de todas las maldades del mundo, como algunos creen que es, pero aun así podría causar demasiados problemas como para que mereciera la pena visitarlo. Además suele ser una compañía bastante sosa. —Había un leve indicio de ironía en sus palabras.

Arutha miró a su alrededor.

—Creo que ya hemos visto todo lo que había de interés. Quizá deberíamos volver al barco. —Nadie se opuso—. ¿Y qué hay de ti, amigo viajero?

El extraño abrió los brazos.

—Sigo con mis costumbres solitarias, Su Alteza. He disfrutado de esta pequeña visita, y de las noticias que me ha dado el muchacho sobre lo que pasa en el mundo exterior, pero dudo que me encontraseis mañana si vinierais a buscarme.

Era evidente que no pensaba dar más información, y Arutha se dio cuenta de que

empezaban a irritarle las poco claras respuestas del hombre.

—Entonces nos despedimos, amigo viajero. Que los dioses velen por ti.

—Y por vosotros también, príncipe de Crydee.

Cuando se daban la vuelta para irse, Pug sintió que algo se le enganchaba en el tobillo, y se cayó sobre Kulgan. Ambos fueron al suelo en un amasijo de cuerpos, y el viajero ayudó al muchacho a levantarse. Meecham y Gardan ayudaron a ponerse en pie al rechoncho mago. Kulgan se apoyó en el pie y empezó a caerse. Arutha y Meecham lo sostuvieron.

—Parece que te has torcido el tobillo, amigo mago. Toma —dijo el viajero, ofreciéndole su báculo—. Mi bastón es de roble fuerte y te servirá de apoyo mientras llegas al barco.

Kulgan cogió el bastón que le ofrecían y se apoyó en él. Probó a dar un paso y vio que podría hacer el camino con su ayuda.

—Gracias, pero ¿qué pasa contigo?

El extraño se encogió de hombros.

—Sólo es un bastón, fácil de reemplazar, amigo mago. Quizá algún día tenga la oportunidad de que me lo devuelvas.

—Lo guardaré en espera de ese día.

El viajero se dio la vuelta.

—Bueno. Entonces, hasta ese día, adiós de nuevo.

Observaron como entraba en el edificio, y luego se volvieron para mirarse unos a otros, con expresiones de asombro en sus caras. Arutha fue el primero en hablar.

—Un hombre extraño, este viajero.

Kulgan asintió.

—Más extraño de lo que creéis, príncipe. Con su partida he sentido como se levantaba un encantamiento, como si llevase sobre sí un conjuro, uno que hace que todos los que estén cerca confíen en él.

Pug se volvió hacia Kulgan.

—Yo quería hacerle muchas preguntas, pero no podía.

—Sí, yo también he sentido lo mismo —dijo Meecham.

—Tengo un pensamiento en la mente —intervino Gardan—. Creo que hemos estado hablando con el hechicero en persona.

—Eso creo yo —respondió Pug.

Kulgan se apoyó en el bastón.

—Quizá. Si es así, entonces tiene sus propias razones para ocultar su identidad.

Hablaron sobre esto mientras subían por el camino que se alejaba de la villa. Cuando llegaron a la cala donde estaba varado el bote, Pug sintió que algo le rozaba el pecho. Se metió la mano dentro de la blusa y encontró un pequeño trozo de pergamino doblado. Lo sacó, asustado por el hallazgo. Hasta donde podía recordar, él

no había cogido nada. El viajero tenía que habérselo metido cuando lo ayudó a levantarse.

Kulgan miró hacia atrás mientras se dirigía al bote.

—¿Qué tienes ahí? —dijo al ver la expresión de Pug.

El aprendiz le entregó el pergamino, mientras los otros se reunían en torno al mago. Kulgan lo desdobló. Lo leyó, y una expresión de sorpresa cruzó su rostro. Lo volvió a leer en voz alta.

—Doy la bienvenida a aquellos que acuden sin malicia en sus corazones. Sabréis en los días por venir que nuestro encuentro no fue casual. Hasta que volvamos a encontrarnos, guardad el bastón del ermitaño como signo de amistad y de buena voluntad. No me busquéis hasta el momento indicado, porque eso también está decidido con antelación. Macros.

Kulgan le entregó el mensaje a Pug, que lo leyó.

—¡Entonces el ermitaño era Macros!

Meecham se rascó la barba.

—No lo entiendo.

Kulgan miró hacia el castillo, donde las luces aún parpadeaban en la ventana.

—Y yo tampoco, viejo amigo. Pero sea lo que sea que signifique, creo que el hechicero nos manda sus buenos deseos, y creo que eso es buena cosa.

Volieron al barco y se retiraron a sus camarotes. Tras una noche de descanso, encontraron el barco presto para partir con la marea del mediodía. Mientras izaban las velas, fueron recibidos por unas brisas extrañamente suaves, que los llevaron directamente a Krondor.

Reuniones

Pug estaba inquieto.

Estaba sentado mirando por una ventana del palacio del príncipe, en Krondor. Fuera estaba nevando, como los tres últimos días. El duque y Arutha habían mantenido reuniones con el príncipe de Krondor a diario. El primer día, Pug había narrado el relato de cómo encontraron el navío tsurani, y luego lo habían despedido. Recordaba la extraña entrevista.

Le había sorprendido la juventud del príncipe, que tenía poco más de treinta años, aunque no era un hombre vigoroso y fuerte. Pug se había asustado durante su entrevista cuando las preguntas del príncipe quedaron interrumpidas por un violento ataque de tos. Su rostro pálido, encharcado en sudor, mostraba que tenía peor salud de la que indicaba su actitud.

Había rechazado la sugerencia de Pug para irse y volver cuando le resultara más conveniente. Erland de Krondor era una persona reflexiva que escuchó pacientemente la narración de Pug, disminuyendo la incomodidad del muchacho por encontrarse frente al presunto heredero del trono del Reino. Sus ojos lo miraban de forma tranquilizadora y comprensiva, como si fuera cosa común tener chicos torpes frente a él. Tras escuchar el relato de Pug, pasó algún tiempo hablando con él acerca de pequeños detalles, como sus estudios y su fortuito ascenso a la nobleza, como si fueran asuntos de importancia para el Reino.

Pug decidió que le gustaba el príncipe Erland. El segundo hombre más poderoso del Reino, y el más poderoso del Oeste, era simpático y amistoso y se preocupaba por la comodidad del menos importante de sus huéspedes.

Pug miró a su alrededor por la habitación, todavía sin acostumbrarse al lujo del palacio. Incluso esta pequeña habitación estaba ricamente decorada, con una cama con dosel en vez de un catre. Era la primera vez que había dormido en una, y le había resultado difícil ponerse cómodo en el profundo y blando colchón relleno de plumas. En un rincón de la habitación había un armario con más ropa de la que había pensado que se pondría en toda su vida, toda ella de telas caras y excelente corte, y

toda al parecer de su talla. Kulgan había dicho que era un regalo del príncipe.

El silencio de su habitación le recordó a Pug lo poco que había visto a Kulgan y a los demás. Gardan y sus soldados habían partido esa misma mañana con varios despachos para el príncipe Lyam de parte de su padre, y Meecham estaba alojado con la guardia palaciega. Kulgan estaba en las reuniones a veces sí y a veces no, así que Pug pasaba bastante tiempo solo. Deseaba tener sus libros consigo, puesto que así por lo menos podría aprovechar el tiempo. Desde su llegada a Krondor había tenido poco que hacer.

Más de una vez había pensado en cómo a Tomas le habría gustado la novedad de este sitio, aparentemente fabricado de cristal y magia más que de piedra, y de la gente que vivía en él. Pensó en su amigo perdido, con la esperanza de que Dolgan lo hubiera encontrado de algún modo, pero sin creérselo. El daño de la pérdida era ahora un dolor sordo, pero la herida seguía abierta. Incluso después del mes transcurrido, se encontraba dándose la vuelta y esperando ver a Tomas a su lado.

Como no quería seguir sentado sin hacer nada, abrió la puerta y miró por el pasillo que recorría de un extremo a otro el ala este del palacio del príncipe. Necesitaba encontrar un rostro familiar que rompiera la monotonía.

Un guardia pasó junto a él, en dirección contraria, y se cuadró. Pug seguía sin acostumbrarse a que los guardias se cuadraran cuando pasaba, pero como miembro del séquito del duque y por su condición de escudero era tratado con todos los honores por el personal de la casa.

Al llegar a un pasillo más pequeño, decidió explorar. Un camino tan bueno como cualquier otro, pensó. El príncipe le había dicho personalmente que podía ir donde quisiera por el palacio, pero Pug no se había atrevido para no propasarse. Ahora el aburrimiento lo impulsaba a la aventura, o al menos a toda la aventura que era posible en dichas circunstancias.

Encontró un pequeño nicho con una ventana, que ofrecía una vista diferente de los terrenos del palacio. Se sentó junto a la ventana. Al otro lado de las murallas del palacio podía ver el puerto de Krondor extendiéndose como una aldea de juguete envuelta por la niebla. Salía humo de muchos de los edificios, el único signo de vida en la ciudad. Los barcos en la rada parecían miniaturas, anclados esperando condiciones más propicias para navegar.

Una voz infantil a su espalda sacó a Pug de su ensoñación.

—¿Eres el príncipe Arutha?

Una niña estaba de pie tras él, de unos seis o siete años, con grandes ojos verdes y el pelo de color rojizo oscuro recogido con una redecilla de plata.

Su vestido era sencillo pero de aspecto fino, de tela roja con encaje blanco en las mangas. Su rostro era bonito, pero estaba enfrascado en una expresión de profunda concentración que le daba cierta cómica solemnidad.

Pug dudó un instante antes de responder:

—No, soy Pug. He venido con el príncipe.

La niña no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desilusión. Encogiendo los hombros se acercó y se sentó junto a él. Levantó la vista para mirarlo con la misma expresión de solemnidad.

—Esperaba que fueras el príncipe, porque quería verlo antes de que partáis para Salador.

—Salador —dijo Pug en un tono de voz neutro. Había tenido la esperanza de que el viaje acabase con la visita al príncipe. Últimamente había estado pensando en Carline.

—Sí, padre dice que os vais a ir todos a Salador, y luego cogéis un barco a Rillanon para ver al rey.

—¿Quién es tu padre?

—El príncipe, tonto. ¿Es que no sabes nada?

—Supongo que no. —Pug miró a la niña, y vio otra Carline en ciernes—. Debes de ser la princesa Anita.

—Por supuesto, y también soy una princesa de verdad. No la hija de un duque, sino de un príncipe. Mi padre podría haber sido rey si hubiera querido, pero no quiso. Si lo hubiera hecho, yo sería reina algún día. Pero no lo seré. ¿Tú que haces?

La pregunta, que venía tan repentina y sin preámbulos, cogió a Pug con la guardia baja. La cháchara de la niña no era muy fastidiosa y no le estaba prestando demasiada atención, ya que estaba más atento a la escena que se divisaba por la ventana. Dudó, y luego dijo:

—Soy el aprendiz del mago del duque.

Los ojos de la princesa se abrieron como platos.

—¿Un mago de verdad?

—Lo bastante de verdad.

Su carita se iluminó de ilusión.

—¿Puede convertir a la gente en sapo? Mami dice que los magos convierten en sapo a la gente que se porta mal.

—No lo sé, se lo preguntaré cuando lo vea... si lo vuelvo a ver —añadió por lo bajo.

—Oh, ¿lo harías? Me gustaría mucho saberlo. —Parecía completamente fascinada ante la idea de saber si el cuento era cierto—. ¿Y puedes decirme por favor dónde puedo ver al príncipe Arutha?

—No lo sé. Yo mismo llevo sin verlo dos días. ¿Para qué quieres verlo?

—Mami dice que a lo mejor me caso con él algún día. Quiero ver si es un hombre agradable.

La idea de que esta niña pequeña se casase con el hijo más joven del duque dejó a

Pug confundido un momento. No era una práctica infrecuente que los nobles comprometieran a sus hijos en matrimonio años antes de que llegasen a la mayoría de edad. En diez años sería una mujer, y el príncipe aún sería un hombre joven, conde de algún señorío menor en el Reino. Aun así, Pug encontró la idea fascinante.

—¿Crees que te gustaría vivir con un conde? —preguntó Pug, dándose cuenta al momento de que era una pregunta estúpida. La princesa confirmó esa opinión con una mirada que le habría venido al pelo al padre Tully.

—¡Tonto! —dijo—. ¿Cómo voy a saber eso cuando ni siquiera sé con quién me van a casar mami y padre?

La niña se puso en pie de un salto.

—Bueno, tengo que irme. Se supone que no debo estar aquí. Si me encuentran fuera de mis habitaciones, me castigarán. Espero que tengas buen viaje a Salador y Rillanon.

—Gracias.

—No le dirás a nadie que estuve aquí, ¿no? —dijo ella con una repentina expresión de preocupación.

Pug le dedicó una sonrisa de complicidad.

—No, tu secreto está a salvo. —Con un gesto de alivio ella sonrió y miró a ambos lados del pasillo. Cuando empezaba a irse, Pug dijo—: Es un hombre agradable.

La princesa se detuvo.

—¿Quién?

—El príncipe. Es un hombre agradable. Algo pensativo y melancólico, pero en general una persona agradable.

La princesa frunció el ceño durante unos instantes mientras digería la información. Luego mostró una radiante sonrisa.

—Eso está bien. No me gustaría casarme con un hombre que no fuera agradable. —Con una risita, torció la esquina y se fue.

Pug se quedó sentado un rato más, viendo caer la nieve, pensando acerca de los niños que se preocupaban por asuntos de estado, y en una niña de ojos verdes grandes y serios.

Esa noche, el príncipe dio un banquete en honor del grupo entero. Todos los nobles de la corte y la mayoría de los plebeyos ricos de Krondor fueron invitados a la gala. Se sentaron a la mesa unas cuatrocientas personas, y Pug se encontró en una mesa con completos desconocidos que, por respeto a la calidad de su ropa y el sencillo hecho de que para empezar estaba allí, lo ignoraron cortésmente. El duque y el príncipe Arutha estaban sentados a la mesa principal con el príncipe Erland y su esposa, la princesa Alicia, junto con el duque Dulanic, Canciller del Principado y Caballero-Mariscal de Krondor. Debido a la mala salud de Erland, los asuntos militares de Krondor

quedaban para Dulanic, y el hombre estaba absorto en una conversación con Lord Barry, el Lord Almirante de la flota krongoriana de Erland. Había otros ministros reales sentados cerca, mientras que el resto de los invitados estaba en mesas más pequeñas. Pug estaba sentado en la más alejada de la mesa real.

Los sirvientes iban y venían de la estancia, llevando grandes bandejas de comida y jarras de vino. Los juglares recorrían el salón, cantando las baladas y tonadillas más recientes. Había malabaristas y acróbatas actuando entre las mesas, generalmente ignorados por los invitados a la cena pero haciendo todo lo que podían, puesto que el Maestro de Ceremonias no los volvería a llamar si consideraba que no se esforzaban al máximo.

Las paredes estaban cubiertas con gigantescos estandartes y ricos tapices. Los estandartes eran de todas las casas nobiliarias importantes del Reino, desde el dorado y el marrón de Crydee en el lejano oeste, hasta el blanco y el verde de Ran, al este. Tras la mesa real colgaba el estandarte del Gran Reino, un león rampante dorado sosteniendo una espada con una corona sobre su cabeza, sobre campo de púrpura, el ancestral estandarte de los reyes conDoin. A su lado colgaba el estandarte de Krongor, un águila sobrevolando el pico de una montaña, en plata sobre la púrpura real. Sólo el príncipe y el rey en Rillanon podían usar el color real. Borric y Arutha llevaban mantos rojos sobre sus blusas indicando que eran príncipes del Reino, parientes de la familia real. Era la primera vez que Pug veía a ambos portando los distintivos formales de su posición.

Por todos sitios había signos y sonidos de alegría, pero incluso desde el otro extremo de la habitación Pug se daba cuenta de que la charla en la mesa del príncipe era en voz baja. Borric y Erland pasaron la mayor parte de la cena con las cabezas juntas, hablando en privado.

Pug se asustó cuando le pusieron una mano en el hombro y se dio la vuelta para ver un rostro casi de muñeca que se asomaba entre dos cortinas, a medio metro de él. La princesa Anita se llevó un dedo a los labios y le hizo un gesto para que fuera con ella. Pug vio que los otros comensales de su mesa estaban atentos a los potentados y no tan potentados que había en la sala, y no notarían la desaparición de un muchacho anónimo. Se levantó y atravesó la cortina, encontrándose en un pequeño cuarto de servicio. Ante él había otra cortina, que conduciría a la cocina, supuso, a través de la cual estaba mirando la pequeña fugitiva de la cama. Pug fue hacia donde Anita lo esperaba, descubriendo que en realidad era un largo pasillo que conectaba la cocina con el salón principal. Una larga mesa cubierta de platos y copas estaba pegada a la pared.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el joven.

—¡Shhh! —dijo ella en un susurro—. Se supone que no debo estar aquí.

Pug sonrió a la niña.

—No creo que tengas que preocuparte porque te oigan, hay demasiado ruido.

—He venido a ver al príncipe. ¿Cuál es?

Pug le indicó con un gesto que entrase en la pequeña habitación, y luego apartó un poco la cortina. Señalando hacia la mesa principal, dijo:

—Está a dos personas de tu padre, es el de la blusa negra y plateada y el manto rojo.

La niña se puso de puntillas.

—No veo.

Pug aupó a la niña durante unos instantes. Ella le sonrió.

—Estoy en deuda con vos.

—Por supuesto que no —dijo Pug con burlona solemnidad. Ambos rieron.

La princesa empezaba a irse cuando sonó una voz cerca de la cortina.

—¡Debo irme volando! —Atravesó la habitación como una flecha, pasó la segunda cortina y desapareció de la vista en dirección a la cocina y su vía de escape.

La cortina que daba al salón de banquetes se abrió, y un asustado sirviente miró fijamente a Pug. Inseguro acerca de qué decir, el sirviente inclinó la cabeza. El muchacho no tenía por qué estar aquí, pero por su vestimenta tenía que ser alguien.

Pug miró a su alrededor sin mucha convicción.

—Estaba buscando el camino a mi habitación —dijo al fin—. Debo de haberme perdido.

—El ala de los huéspedes es por la primera puerta de la izquierda en el salón principal, joven señor. Eh... por aquí se va a la cocina. ¿Querría que le mostrase el camino?

El sirviente obviamente no tenía ninguna gana de hacerlo, y Pug tampoco quería un guía.

—No, gracias. Puedo encontrarlo —dijo.

Pug volvió a su mesa, inadvertido por los otros comensales. El resto de la comida transcurrió sin incidentes, exceptuando la ocasional mirada extrañada de un sirviente.

Pug pasó algún tiempo después de la cena charlando con el hijo de un comerciante. Los dos jóvenes se encontraron en la abarrotada habitación donde se celebraba la recepción del príncipe tras la comida.

Pasaron una penosa hora siendo corteses el uno con el otro antes de que llegara el padre del muchacho y se lo llevase. Pug se quedó un rato siendo ignorado por el resto de los invitados a la cena del príncipe, y entonces decidió que podía escabullirse de vuelta a sus aposentos sin ofender a nadie; no lo iban a echar de menos. Además, no había visto al príncipe, a Lord Borric ni a Kulgan desde que dejaron la mesa del comedor. El grueso de la recepción parecía estar a cargo de una veintena de funcionarios de palacio y de la princesa Alicia, una mujer encantadora que había

hablado cortésmente con Pug durante un instante cuando éste pasó por la cola de la recepción.

Cuando volvió, Pug se encontró con Kulgan esperándolo en su habitación.

—Nos vamos a primera hora, Pug, —dijo el mago sin preámbulos— el príncipe Erland nos manda a Rillanon a ver al rey.

—¿Por qué nos manda el príncipe a *nosotros*? —Su tono era de fastidio, porque sentía una profunda nostalgia.

Antes de que Kulgan pudiera responder, la puerta se abrió de sopetón y entró el príncipe Arutha echando pestes. Pug quedó sorprendido por su expresión de cólera desatada.

—¡Kulgan! Ahí estás —dijo el príncipe dando un portazo—. ¿Sabes lo que piensa hacer nuestro real primo acerca de la invasión tsurani? —Antes de que Kulgan pudiera hablar, Arutha proporcionó la respuesta—. ¡Nada! No va a mover ni un dedo para enviar ayuda a Crydee hasta que mi padre vea al rey. Eso va a llevar por lo menos dos meses.

Kulgan levantó la mano. En vez de a un consejero del duque, Arutha vio a uno de los profesores de su infancia. Kulgan, igual que Tully, aún podía ejercer autoridad sobre los dos hijos del duque cuando hacía falta.

—Tranquilo, Arutha.

Éste negó con la cabeza mientras cogía una silla.

—Lo siento, Kulgan, debería haber controlado mi temperamento. —Notó la confusión de Pug—. También te pido disculpas, Pug. Aquí hay muchas implicaciones que tú desconoces. Quizá... —miró interrogativamente a Kulgan.

El mago sacó su pipa.

—Más vale que se lo digas, va a venir con nosotros en el viaje. Se va a enterar de todas formas.

Arutha tamborileó con los dedos en el brazo de la silla durante un momento, y luego se echó hacia delante.

—Mi padre y Erland han estado durante días discutiendo sobre cómo enfrentarse a esos ultramundanos si vienen. El príncipe incluso está de acuerdo en que es muy probable que vengan. —Hizo una pausa—. Pero no va a hacer nada para reunir los Ejércitos del Oeste hasta que el rey le haya dado permiso.

—No lo comprendo —dijo Pug—. ¿No puede el príncipe mandar a los Ejércitos del Oeste como le venga en gana?

—Ya no —dijo Arutha con una sonrisa que se asemejaba a una mueca—. El rey ordenó, hace menos de un año, que los ejércitos no podían reunirse sin su permiso. —Arutha se recostó en la silla mientras Kulgan emitía una nube de humo—. Es una violación de la tradición. Los Ejércitos del Oeste nunca han tenido más comandante que el príncipe de Krondor, al igual que los Ejércitos del Este son los del rey.

Pug seguía sin entender el significado de todo esto.

—El príncipe es el Lord Mariscal del rey en el Oeste —dijo Kulgan—, el único hombre aparte del monarca que puede dar órdenes al duque Borric y los demás Caballeros-Generales. Si él hiciese la llamada, todos los duques desde el Cruce de Malac hasta Crydee responderían, con sus guarniciones y sus levas. El rey Rodric, por sus propios motivos, ha decidido que nadie pueda reunir los ejércitos sin su autorización.

—A pesar de todo —siguió Arutha—, mi padre acudiría a la llamada del príncipe, al igual que los demás duques.

Kulgan asintió.

—Eso puede ser lo que teme el rey, puesto que los Ejércitos del Oeste hace mucho que son más del príncipe que del rey. Si tu padre hiciera la llamada, la mayoría de ellos lo seguiría, puesto que le veneran casi tanto como a Erland. Y si el rey se negase... —Dejó la frase inacabada.

Arutha asintió.

—Luchas dentro del Reino.

Kulgan miró su pipa.

—Quizá incluso la guerra civil.

Pug estaba preocupado por la discusión. A pesar de su recién adquirido título, seguía siendo un mozo del castillo.

—¿Incluso si es en defensa del Reino?

Kulgan negó con la cabeza lentamente.

—Incluso entonces. Para algunos hombres, reyes incluidos, tiene tanta importancia la forma de hacer las cosas como lo que se hace en sí. El duque Borric no habla de ello, pero desde hace tiempo viene habiendo problemas entre él y varios duques orientales, especialmente su primo Guy du Bas-Tyra. Estos problemas entre el rey y el príncipe sólo aumentarán las tensiones entre el Oeste y el Este.

Pug se recostó en su asiento. Sabía que esto tenía más importancia que la que él llegaba a comprender, pero había espacios en blanco en la imagen que se hacía de cómo eran las cosas. ¿Cómo podía el rey tomarse mal que el príncipe convocase a los ejércitos en defensa del Reino? No lo entendía, a pesar de las explicaciones de Kulgan. ¿Y de qué clase de problemas en el Este no quería hablar el duque Borric?

El mago se puso en pie.

—Mañana tenemos que levantarnos temprano, así que más nos vale dormir un poco. Va a ser una cabalgada larga hasta Salador, y luego otro largo viaje en barco hasta Rillanon. Para cuando lleguemos al rey, ya habrá llegado a Crydee el primer deshielo.

El Príncipe Erland deseó buen viaje al grupo cuando todos estuvieron montados en

sus caballos en el patio del castillo. Parecía pálido y muy preocupado mientras se despedía. La pequeña princesa estaba en una ventana de uno de los pisos superiores, y saludó a Pug ondeando un pequeño pañuelito. A Pug le recordó a otra princesa, y se preguntó si Anita crecería para ser como Carline o tendría un carácter más apacible.

Salieron cabalgando del patio, hasta donde los esperaba una escolta de Lanceros Reales Krondorianos para acompañarlos a Salador. Sería una cabalgada de tres semanas por las montañas y cruzando los pantanos de Páramo Oscuro, atravesando el Cruce de Malac, el punto divisorio entre los reinos occidental y oriental, hasta Salador. Allí tomarían un barco y, tras otras dos semanas, llegarían a Rillanon.

Los lanceros iban envueltos en gruesas capas grises, pero bajo ellas podían verse los tabardos de púrpura y plata del príncipe de Krondor, y sus escudos llevaban el escudo de armas de la casa real. El duque estaba siendo honrado con una escolta de la propia guardia personal del príncipe, en lugar de un destacamento de la guarnición de la ciudad.

Cuando salían de la urbe empezó a nevar de nuevo, y Pug se preguntó si algún día volvería a ver la primavera en Crydee. Iba en silencio a lomos de su caballo, mientras éste avanzaba pesadamente por la carretera que conducía al este, intentando clasificar las impresiones de los últimos días; entonces renunció, resignándose a lo que viniera.

La cabalgada hasta Salador llevó cuatro semanas en vez de tres, porque había habido una tormenta de inusual intensidad en las montañas al oeste del Páramo Oscuro. Se habían visto obligados a alojarse en una posada de las afueras de dicha villa, que tomaba su nombre de las ciénagas. Era una posada pequeña y se habían visto obligados a apelotonarse juntos, sin importar rango ni posición, durante varios días. La comida había sido sencilla y la cerveza mediocre, y para cuando pasó la tormenta se alegraron de dejar tras ellos el Páramo Oscuro.

Habían perdido otro día cuando por casualidad pasaron junto a una aldea que estaba siendo acosada por bandidos. A la vista de caballería acercándose los bandidos habían huido, pero el duque ordenó una batida por la zona para asegurarse de que no volvieran tan pronto como se fuesen los soldados. Los aldeanos abrieron sus puertas al grupo del duque, dándoles la bienvenida y ofreciéndoles su mejor comida y sus camas más calientes. Pobres ofrecimientos para lo que acostumbraba el duque, pero aun así aceptó con agradecimiento su hospitalidad, porque sabía que era todo lo que tenían. Pug disfrutó de la comida sencilla y de la compañía, lo más parecido a casa desde que había salido de Crydee.

Cuando les faltaba menos de medio día para llegar a Salador, se encontraron con una patrulla de la guardia de la ciudad. El capitán de la guardia se adelantó a caballo.

—¿Qué asunto trae a la guardia del príncipe a las tierras de Salador? —preguntó, deteniendo su montura. Había escaso cariño entre ambas ciudades, y los krondorianos iban sin estandarte. Su tono no dejaba dudas de que consideraba su

presencia como una intrusión en su territorio.

El duque Borric se echó hacia detrás la capa, descubriendo su tabardo.

—Manda decir a tu señor que Borric, duque de Crydee, se acerca a la ciudad y solicita la hospitalidad de Lord Kerus.

El capitán de la guardia se quedó desconcertado.

—Mis disculpas, Su Gracia —tartamudeó—. No tenía ni idea... Como no lleváis estandarte...

—Lo perdimos en un bosque hace algún tiempo dijo secamente Arutha.

El capitán parecía confundido.

—¿Mi señor?

—No importa capitán —lo tranquilizó Borric—, simplemente mandad avisar a vuestro señor.

El capitán hizo un saludo.

—Enseguida, Su Gracia.

Hizo girar su caballo e indicó con un gesto que se adelantara un jinete. Le dio instrucciones, y el soldado espoleó su caballo hacia la ciudad y pronto desapareció de la vista.

El capitán volvió con el duque.

—Si Su Gracia da su permiso, mis hombres están a vuestra disposición.

El duque miró a los krondorianos cansados por el viaje, todos los cuales parecían estar disfrutando de la incomodidad del capitán.

—Creo que treinta hombres de armas son suficientes, capitán. La guardia de la ciudad de Salador es famosa por mantener el contorno de la ciudad libre de bandidos.

El capitán, que no se dio cuenta de que se estaban burlando de él, pareció hincharse ante esto.

—Muy agradecido, Su Gracia.

—Usted y sus hombres pueden continuar la patrulla —dijo el duque.

El capitán volvió a hacer un saludo y regresó con sus hombres. Gritó la orden de ponerse en marcha, y la columna de guardias pasó junto al grupo del duque. Al hacerlo, el capitán ordenó un saludo y presentaron armas ante Borric. Éste devolvió el saludo con un perezoso gesto de la mano.

—Ya basta de pamplinas —dijo cuando hubieron pasado—, vamos a Salador.

—Padre —rio Arutha—, necesitamos hombres como esos en el Oeste.

Borric se volvió hacia él.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué?

—Para pulir escudos y botas —respondió Arutha mientras los caballos avanzaban.

El duque sonrió y los krondorianos se rieron. Los soldados occidentales tenían en poca estima a los del Este. El Este había sido pacificado mucho antes de que el Oeste se abriera a la expansión del Reino, y había pocos problemas en el Reino Oriental que

requiriesen verdaderas aptitudes guerreras. Los guardias del príncipe de Kronдор eran veteranos curtidos, mientras que los de Salador eran considerados por los guardias del oeste como tropas de desfile.

Pronto vieron signos de que se estaban acercando a la ciudad: tierras de labor cultivadas, aldeas, tabernas junto al camino y carromatos llenos de mercancías. A la puesta de sol ya podían ver las murallas de la distante Salador.

Cuando entraron en la ciudad, una compañía completa de la guardia personal del duque Kerus se alineaba en las calles que conducían al palacio. Al igual que en Kronдор, no había castillo, puesto que la necesidad de disponer de una pequeña fortaleza fácilmente defendible había pasado cuando las tierras aledañas se civilizaron.

Atravesando la ciudad a caballo, Pug se dio cuenta de hasta qué punto era Crydee una ciudad fronteriza. A pesar del poder político de Lord Borric, seguía siendo el señor de una provincia distante.

A lo largo de las calles, los ciudadanos miraban con la boca abierta al duque occidental de la salvaje frontera de la Costa Lejana. Algunos vitoreaban, porque parecía un desfile, pero la mayoría estaban en silencio, desilusionados porque el duque y su grupo parecían hombres normales, no bárbaros cubiertos de sangre.

Cuando llegaron al patio del palacio, unos sirvientes corrieron a encargarse de sus caballos. Un guardia condujo a los soldados de Kronдор hasta los barracones de los soldados, donde podrían descansar antes de volver a la ciudad del príncipe. Otro, con una insignia de capitán en la guerrera, condujo al grupo de Borric por las escaleras del edificio.

Pug miraba maravillado, porque este palacio era incluso más grande que el del príncipe de Kronдор. Atravesaron varias habitaciones exteriores, y llegaron a un patio interior. Aquí había fuentes y árboles decorando un jardín, al otro lado del cual se encontraba el palacio central. Pug se dio cuenta de que el edificio que acababan de atravesar no era más que uno de los que rodeaban los alojamientos del duque. Se preguntó para qué quería Lord Kerus tantos edificios y tanta gente a su servicio.

Atravesaron el jardín y subieron otra serie de escalones hacia un comité de recepción que se encontraba en las puertas del palacio central. Puede que una vez este edificio hubiera sido una ciudadela, que protegiese la ciudad circundante, pero Pug no podía llegar a imaginar cómo habría sido hace eras, puesto que las numerosas reformas a lo largo de los años habían convertido un antiguo castillo en una mole brillante de cristal y mármol.

El chambelán del duque Kerus, un palo seco de hombre con una aguda mirada, conocía de vista a todos los nobles de importancia, desde la frontera con Kesh al sur hasta Tyr-Sog al norte. Su memoria para las caras y los datos había salvado muchas veces al duque Kerus de situaciones embarazosas. Para cuando Borric hubo subido la ancha escalinata desde el patio, el chambelán ya había proporcionado a Kerus algunos

datos personales y una rápida evaluación de la cantidad de adulación necesaria.

Kerus estrechó la mano de Borric.

—Ah, Lord Borric, me hacéis un gran honor con esta inesperada visita. Si hubieseis avisado de vuestra venida, habría preparado una bienvenida más apropiada.

Entraron en la antecámara de palacio, con los duques a la cabeza.

—Siento causaros problemas, Lord Kerus —dijo Borric—, pero me temo que nuestra misión depende de la velocidad y que tendremos que dejar a un lado las formalidades. Llevo mensajes para el rey y debo hacerme a la mar hacia Rillanon lo más pronto posible.

—Por supuesto, Lord Borric, pero seguramente podréis quedaros un poco, digamos ¿una o dos semanas?

—Me temo que no. Me haría a la mar esta misma noche si pudiera.

—Esas son malas noticias. Esperaba que pudierais ser nuestro huésped durante algún tiempo.

El grupo llegó a la cámara de audiencias del duque, donde el chambelán dio instrucciones a una compañía de sirvientes de palacio, que se pusieron a toda prisa con la misión de preparar habitaciones para los huéspedes. Al entrar en la enorme estancia, con su alto techo abovedado, gigantescos candelabros y grandes ventanas de cristal rematadas por arcos, Pug se sintió empujado. La habitación era la más grande que había visto nunca, más que el gran salón del príncipe de Krondor.

Habían puesta una mesa enorme con frutas y vino, y los viajeros se lanzaron a ellas con vigor. Pug se sentó con poca gracia, ya que su cuerpo era un amasijo de dolores. Se estaba convirtiendo en un avezado jinete sencillamente por todo el tiempo que pasaba sobre la silla, pero ese hecho no aliviaba sus cansados músculos.

Lord Kerus trató de sonsacarle al duque el motivo de su apresurado viaje, y entre bocados de fruta y tragos de vino, Borric le informó de los acontecimientos de los tres últimos meses. Cuando hubo acabado, Kerus parecía preocupado.

—Estas sí que son noticias graves, Lord Borric. Las cosas van mal en el Reino. Estoy seguro de que el príncipe os ha contado algunos de los problemas que han aparecido desde la última vez que vinisteis al Este.

—Sí, lo hizo. Pero a duras penas y muy por encima. Recordad, hace trece años desde que viajé a la capital, a la coronación de Rodric, cuando vine a renovar mi vasallaje. Entonces me pareció un joven brillante, bien capaz de aprender a gobernar. Pero por lo que he oído en Krondor, parece que ha habido un cambio.

Kerus recorrió la habitación con la mirada, y luego hizo un gesto a sus sirvientes para que se fueran. Mirando fijamente a los compañeros de Borric y levantó una ceja interrogativamente.

—Tienen mi confianza y no traicionarán una confidencia —aseguró Borric.

Kerus asintió.

—Si deseáis estirar las piernas antes de retiraros, quizá os gustaría ver mi jardín.

Borric frunció el ceño, e iba a hablar cuando Arutha le puso la mano en el hombro, asintiendo con la cabeza.

—Eso parece interesante —dijo entonces Borric—. A pesar del frío me vendría bien un corto paseo.

El duque hizo un gesto para que Kulgan, Meecham y Gardan se quedaran, pero Lord Kerus indicó que Pug debería ir con ellos. Borric pareció sorprendido, pero estuvo de acuerdo. Salieron al jardín por una pequeña puerta doble, y, una vez afuera, Kerus susurró:

—Parecerá menos sospechoso si el muchacho viene con nosotros. Ya ni siquiera puedo confiar en mis criados. El rey tiene agentes en todos los sitios.

Borric parecía furioso.

—¿El rey tiene espías en *vuestra* casa?

—Sí, Lord Borric. Nuestro rey ha cambiado mucho. Sé que Erland no os ha contado toda la historia, pero debéis conocerla entera.

El duque y sus acompañantes observaron a Lord Kerus, que parecía incómodo. Éste se aclaró la garganta mientras miraba a su alrededor por el jardín cubierto de nieve. Entre las luces del palacio y la gran luna que flotaba en el cielo, el jardín era un paisaje invernal de cristales blancos y azulados, casi inalterado por las pisadas.

Kerus señaló un juego de pisadas que había en la nieve.

—Las dejé yo esta tarde cuando vine a pensar qué podría decirlos que fuera seguro. —Miro a su alrededor una vez más, viendo si había alguien que pudiera oír la conversación, y luego continuó—. Cuando Rodric III murió, todos esperábamos que Erland subiera al trono. Tras el luto oficial, los sacerdotes de Ishap llamaron a todos los posibles herederos para que presentasen sus candidaturas. Se esperaba que vos fuerais uno de ellos.

Borric asintió.

—Conozco la costumbre. Me retrasé en llegar a la ciudad. Hubiera renunciado a mi candidatura de todos modos, así que mi ausencia no fue importante.

Kerus asintió.

—La historia podría haber sido diferente si hubierais estado allí, Borric. —Bajó la voz—. Arriesgo el cuello al decir esto, pero muchos, incluso aquí en el Este, os hubiéramos pedido que reclamaseis la corona.

La expresión de Borric demostraba que no le gustaba oír esto, pero Kerus continuó.

—Para cuando llegasteis, ya se había hecho todo el politiquero entre bastidores, y la mayoría de los grandes señores estaban de acuerdo en darle la corona a Erland, pero fue un día tenso y durante algunos momentos el asunto estuvo en duda. Por qué Rodric el Viejo no nombró heredero, eso no lo sé. Pero cuando los sacerdotes

hubieron echado a todos los parientes lejanos sin derechos reales, quedaron ante ellos tres hombres: Erland, Rodric el Joven y Guy du Bas-Tyra. Los sacerdotes pidieron a cada uno de ellos que expusiera sus derechos, y cada uno de ellos lo hizo. Rodric y Erland tenían firmes credenciales, mientras que Guy estaba allí por pura formalidad, como hubierais estado vos si hubierais llegado a tiempo.

Arutha terció secamente.

—La duración del luto se encarga de que ningún señor occidental sea rey.

Borric dirigió a su hijo una mirada de desaprobación, pero Kerus intervino:

—No del todo. Si hubiera habido cualquier duda con los derechos sucesorios, los sacerdotes hubieran pospuesto la ceremonia hasta la llegada de tu padre, Arutha. Ya se ha hecho antes. —Miró a Borric y bajó la voz—. Como iba diciendo, se esperaba que Erland subiera al trono. Pero cuando le entregaron la corona, la rechazó en favor de Rodric. Nadie conocía entonces la mala salud de Erland, así que la mayoría de los grandes señores juzgaron que la decisión era una generosa afirmación de los derechos de Rodric como único hijo del rey. Cuando Guy du Bas-Tyra respaldó al muchacho, el Consejo de Los Grandes Señores ratificó la sucesión. Entonces empezó la lucha de verdad, hasta que al fin el tío de vuestra difunta esposa fue nombrado Regente Real.

Borric asintió. Recordaba la batalla por quién debía ser nombrado Regente Real del chico. Su odiado primo Guy casi había conseguido el cargo, pero la oportuna llegada de Borric y su apoyo a Caldric de Rillanon, junto con el apoyo del Duque Brucal de Yabon y del príncipe Erland, decantó la mayoría de los votos en contra de Guy.

—Durante los cinco años siguientes sólo hubo alguna que otra escaramuza fronteriza con Kesh. Las cosas estuvieron tranquilas. Hace ocho años... —Kerus volvió a hacer una pausa para mirar a su alrededor—, Rodric se embarcó en un programa de mejoras públicas, como él las llama, mejorando las carreteras y los puentes, construyendo presas, etcétera. Al principio no resultaba muy gravoso, pero los impuestos han aumentado anualmente hasta que ahora los campesinos y los hombres libres, e incluso los nobles menores, se están desangrando. El rey ha ampliado sus programas hasta el punto de que ahora está reconstruyendo por completo la capital, para convertirla en la ciudad más grandiosa en la historia de la humanidad, dice. Hace dos años, una delegación de nobles se presentó ante el rey y le pidió que rebajase estos gastos excesivos y aliviase la carga que cae sobre el pueblo. El rey se puso furioso, acusó a los nobles de traición y los hizo ejecutar de forma sumarísima.

Los ojos de Borric se abrieron como platos. La nieve bajo su bota crujió secamente cuando se volvió de forma brusca.

—¡En el oeste no hemos oído nada de esto!

—Cuando Erland oyó las noticias, acudió inmediatamente al rey y exigió

reparaciones para las familias de los nobles que habían sido ejecutados, y la rebaja de los impuestos. El rey, o al menos eso se rumorea, estaba dispuesto a apresar a su tío, pero lo contuvieron los pocos consejeros en los que aún confiaba. Le aconsejaron a su majestad que tal acto, inaudito en la historia del Reino, seguramente provocaría que los señores occidentales se alzasen contra el rey.

El gesto de Borric se ensombreció.

—Estaban en lo cierto. Si ese muchacho hubiera ahorcado a Erland, el Reino se hubiera dividido de forma irreversible.

—Desde entonces el príncipe no ha puesto el pie en Rillanon, y de los asuntos del Reino se encargan delegados, porque ambos hombres no se hablan entre ellos.

El duque miró hacia el cielo, y su voz se tornó preocupada.

—Esto es mucho peor de lo que había oído. Erland me habló de los impuestos y de su negativa a cobrarlos en el Oeste. Dijo que el rey estuvo de acuerdo, porque comprendía la necesidad de mantener las guarniciones del Norte y el Oeste.

Kerus negó lentamente con la cabeza.

—El rey sólo estuvo de acuerdo cuando sus consejeros le pintaron cuadros de ejércitos de trasgos llegando en tromba desde las Tierras del Norte y saqueando las ciudades de su reino.

—Erland me habló de la tensión que había entre él y su sobrino, pero, ni siquiera al oír las noticias que traigo, dijo nada acerca de las acciones de Su Majestad.

Kerus tomó aliento y empezó a caminar de nuevo.

—Borric, paso tanto tiempo con los sicofantes de la corte real que me olvido de que los del Oeste soléis hablar claro. —Kerus se calló un momento—. Nuestro rey ya no es el hombre que una vez fue. A veces parece ser el de antes, risueño y abierto, lleno de grandes planes para el Reino; a veces es... otra persona, como si un oscuro espíritu hubiera tomado posesión de su corazón. Tened cuidado, Borric, porque sólo Erland está más cerca del trono que vos. Nuestro rey lo sabe más que de sobra, aunque vos no penséis en ello, y ve puñales y venenos donde no los hay.

El silencio cayó sobre el grupo, y Pug vio que Borric estaba abiertamente preocupado. Kerus continuó.

—Rodric teme que otros ambicionen su corona. Eso es posible, pero no de los que sospecha el rey. Hay sólo cuatro varones conDoin aparte del rey, todos los cuales son hombres de honor. —Borric inclinó su cabeza ante el cumplido—. Pero hay quizá una docena más que pueden esgrimir derechos al trono, a través de la familia materna del rey. Todos son señores orientales, y a muchos no les importaría presentar sus exigencias ante el Consejo de Grandes Señores.

Borric estaba enfadadísimo.

—¡Habláis de traición!

—Traición en los corazones de los hombres, si no en sus actos... aún.

—¿Cómo han llegado a pasar estas cosas en el Este sin que nos enterásemos en el Oeste?

Kerus asintió mientras llegaban al otro extremo del jardín.

—Erland es un hombre honorable, y como tal querría mantener los rumores infundados lejos de sus súbditos, incluso de vos. Como habéis dicho, hace trece años desde que estuvisteis por última vez en Rillanon. Todos los decretos y misivas del rey siguen pasando por la corte del príncipe. ¿Cómo podríais haberlo sabido? Me temo que es sólo cuestión de tiempo antes de que uno u otro de los consejeros del rey se alce sobre las cabezas cortadas de aquellos de nosotros que mantenemos la creencia de que la nobleza es la guardiana del bienestar de la nación.

—Entonces os arriesgáis mucho al hablar con esa franqueza.

El duque Kerus se encogió de hombros, indicando que deberían volver al palacio.

—No siempre he sido de los hombres que dicen lo que piensan, pero estos son tiempos difíciles. Si alguien hubiera pasado junto a nosotros, hubiera oído una simple conversación de cortesía. Sois único, puesto que con el príncipe peleado con su sobrino, sois el único hombre del Reino con la fuerza y la posición para poder influenciar al rey. No envidio el peso de esa carga, amigo mío. Cuando Rodric III era rey, yo estaba entre los nobles más poderosos del Este, pero con la influencia que tengo ahora en la corte de Rodric IV, casi podría ser un filibustero sin tierra. —Kerus hizo una pausa—. Vuestro malvado primo Guy du Bas-Tyra es ahora el más próximo al rey, y el duque de Bas-Tyra y yo no nos apreciamos mucho que digamos. Nuestras razones para caernos mal no son tan personales como las vuestras. Pero a medida que su estrella sube, la mía decae cada vez más. —Kerus palmeó las manos, puesto que el frío empezaba a notarse—. Pero hay una pequeña buena noticia. Guy está pasando el invierno en sus propiedades cerca de Cabo Puntero, así que por el momento el rey está libre de sus intrigas. —Kerus aferró el brazo de Borric—. Usad toda la influencia que podáis reunir para contener la naturaleza impulsiva del rey, Lord Borric, puesto que con esta invasión de la que traéis noticias, tenemos que estar unidos. Una guerra larga agotaría las pocas reservas que tenemos, y si el Reino fuese puesto a prueba, no sé si lo superaría.

Borric no dijo nada, puesto que incluso sus peores miedos desde que dejó a Erland fueron sobrepasados por las afirmaciones de Kerus.

—Una última cosa, Borric. Como Erland rechazó la corona hace trece años, y con los rumores de su mala salud, muchos de los grandes señores del Consejo acudirán a vos en busca de guía. A donde vos vayáis, muchos otros os seguirán, incluso algunos de nosotros los del Este.

—¿Estáis hablando de guerra civil? —dijo Borric fríamente.

Kerus hizo un gesto con la mano, con expresión dolida en el rostro. Sus ojos parecían húmedos, como si estuviera a tiempo de llorar.

—Siempre he sido y seré leal a la corona, Borric, pero si llegamos al fondo de las cosas, el Reino debe prevalecer. Ningún hombre es más importante que el Reino.

Borric apretó los dientes.

—El rey es el Reino.

—No seríais la clase de hombre que sois si hubierais dicho otra cosa —respondió Kerus—. Espero que podáis dirigir las energías del rey hacia los problemas en el oeste, porque si el Reino peligrá, hay otros que no se aferrarán a tan nobles creencias.

El tono de Borric se suavizó un poco mientras subían las escaleras hasta la salida del jardín.

—Sé que tenéis buenas intenciones, Lord Kerus, y que en vuestro corazón sólo hay amor por el Reino. Tened fe y rezad, porque haré lo que pueda para asegurar la supervivencia del Reino.

Kerus se paró frente a la puerta que conducía al palacio.

—Me temo que pronto todos vamos a estar con el agua al cuello, mi señor Borric. Rezo para que esa invasión de la que habláis no sea la ola que nos ahogue. Si puedo ayudaros de cualquier forma, lo haré. —Se volvió hacia la puerta, que había abierto un sirviente—. Les deseo una buena noche, porque veo que todos están cansados —dijo en voz alta.

El ambiente en la habitación era tenso cuando Borric, Arutha y Pug volvieron a entrar, y el duque estaba sumido en oscuros pensamientos. Vinieron unos sirvientes a llevar a los huéspedes a sus habitaciones, y Pug siguió a un chico casi de su misma edad, vestido con la librea de Kerus. Pug miró por encima del hombro y vio al duque y a su hijo juntos de pie, hablando con Kulgan en voz baja.

Fue conducido a una habitación pequeña pero elegante e, ignorando la riqueza de las colchas de la cama, se derrumbó sobre ellas, aún vestido.

—¿Deseáis ayuda para desvestiros, escudero? —preguntó el sirviente.

Pug se sentó y miró al muchacho con una expresión de extrañeza tan sincera que el criado retrocedió un paso.

—Si eso es todo, escudero —dijo, obviamente incómodo.

Pug se limitó a reírse. El chico se quedó de pie sin saber qué hacer durante unos instantes, luego hizo una reverencia y se fue a toda prisa. Pug se quitó la ropa, preguntándose por los nobles orientales y los sirvientes que los ayudaban a desnudarse. Estaba demasiado cansado para doblar la ropa, y se limitó a dejarla apilada en el suelo.

Tras apagar de un soplo la vela que había junto a la cama, se quedó tumbado en la oscuridad durante unos instantes, preocupado por la discusión nocturna. Sabía poco de las intrigas cortesanas, pero sí sabía que Kerus tenía que estar muy preocupado para hablar como lo había hecho en presencia de extraños, a pesar de la reputación de Borric como hombre extremadamente honorable.

Pug pensó en todas las cosas que habían pasado en los últimos meses y supo que sus sueños de que el rey acudiera a la llamada de Crydee con los estandartes ondeando al viento eran otra fantasía infantil hecha pedazos contra la dura roca de la realidad.

Rillanon

El navío entró en el puerto.

El clima del Mar del Reino era más clemente que el del Mar Amargo, y el viaje desde Salador había sido tranquilo. Durante gran parte de la travesía tuvieron que abrirse paso contra un viento del nordeste, así que habían pasado tres semanas en vez de dos.

Pug estaba en el castillo de proa del barco, acurrucado en su capa. El punzante viento invernal había dejado paso a un frío más suave, como si faltaran pocos días para la primavera.

A Rillanon se la llamaba la Joya del Reino, y Pug consideró que el nombre era bien merecido. A diferencia de las achaparradas ciudades del oeste, Rillanon se alzaba como una masa de altas espiras, puentes grácilmente arqueados y carreteras serpenteantes, desparramada sobre una serie de colinas bajas en una deliciosa confusión. Sobre unas torres de proporciones heroicas ondeaban pendones y gallardetes, como si la ciudad celebrase el simple hecho de su existencia. Para Pug, incluso los barqueros que trabajaban en las barcazas que iban y venían de los navíos anclados en el puerto parecían más pintorescos por encontrarse dentro del encantamiento de Rillanon.

El duque de Salador había ordenado que se bordase un estandarte ducal para Borric, que ahora ondeaba en el palo mayor del barco, informando a los funcionarios de la ciudad real de que el duque de Crydee había llegado. La nave de Borric recibió trato prioritario del práctico del puerto a la hora de atracar, y pronto estuvo amarrada en el muelle real. El grupo desembarcó y le salió al encuentro una compañía de la Guardia Real. A la cabeza de los soldados iba un hombre viejo y canoso, pero aún erguido, que saludó cálidamente a Borric.

Los dos hombres se abrazaron y el hombre mayor, vestido con los colores púrpura y dorado de la guardia pero con un emblema ducal sobre su corazón, los saludó:

—Borric, me alegro de verte de nuevo. ¿Cuánto hace? ¿Diez... once años?

—Caldric, viejo amigo, hace trece años. —Borric lo miró cariñosamente. Tenía los

ojos azul claro y una barba entrecana.

El hombre agitó la cabeza y sonrió.

—Hace demasiado.

Miró a los demás, y al ver a Pug, dijo:

—¿Es éste tu hijo menor?

Borric rio.

—No, aunque no me avergonzaría de que lo fuera. —Señaló la delgada silueta de Arutha—. Éste es mi hijo. Arutha, ven y abraza a tu tío abuelo.

Arutha avanzó y ambos se abrazaron. El duque Caldric, Señor de Rillanon, Caballero-General de la Guardia Real y Canciller Real, hizo retroceder a Arutha y lo contempló sujetándolo con los brazos extendidos.

—No eras más que un niño cuando te vi por última vez. Debería haberte reconocido, porque aunque te pareces a tu padre, también te pareces mucho a mi querido hermano, el padre de tu madre. Honras a mi familia.

—Y bien, viejo caballo de guerra —dijo Borric—, ¿cómo va tu ciudad?

—Hay mucho de lo que hablar, pero no aquí. Te conduciremos al palacio real y te alojaremos cómodamente. Tendremos mucho tiempo para vernos. ¿Qué te trae aquí a Rillanon?

—Tengo asuntos urgentes que tratar con Su Majestad, pero no es algo de lo que se pueda hablar en la calle. Vamos a palacio.

Proporcionaron monturas al duque y a su grupo, y la escolta se encargó de apartar a la multitud mientras atravesaban la ciudad a caballo. Si Krondor y Salador habían impresionado a Pug con su esplendor, Rillanon lo dejó sin habla.

La ciudad isleña estaba construida sobre una multitud de colinas, con varios riachuelos corriendo entre ellas hacia el mar. Parecía ser una ciudad de puentes y canales, tanto como de puentes y espiras. Muchos de los edificios parecían nuevos, y Pug pensó que eso sería debido al plan del rey para reconstruir la ciudad. En varios puntos a lo largo del trayecto vio trabajadores quitando piedras viejas de un edificio, o levantando nuevas paredes y techos. Los nuevos edificios estaban cubiertos de una colorista cantería, muchos de ellos de mármol o cuarzo, lo que les daba un suave color blanco, azul o rosa. Los adoquines de las calles estaban limpios, y las alcantarillas estaban libres de los atascos y los desechos que Pug había visto en las otras ciudades. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, pensó el muchacho, el rey está consiguiendo una ciudad maravillosa.

Ante el palacio corría un río, así que la entrada era mediante un alto puente que se arqueaba atravesando el agua hasta el patio principal. La heredad consistía en una colección de edificios grandiosos conectados entre sí por largos pasillos, asentado en la ladera de una colina en el centro de la ciudad. Estaba revestido con piedras multicolores, lo que le daba un aspecto de arco iris.

Cuando entraron en el patio, sonaron trompetas desde los muros, y la guardia se puso firme. Llegaron unos criados a hacerse cargo de las monturas, mientras que cerca de la entrada de palacio un grupo de nobles y funcionarios palaciegos hacía de comité de bienvenida.

Al acercarse, Pug se dio cuenta de que el saludo de dichos hombres era formal y carecía de la calidez personal de la bienvenida del duque Caldric. Desde detrás de Kulgan y Meecham, pudo oír la voz de Caldric.

—Mi señor Borric, duque de Crydee, permitid que os presente al Barón Gray, Mayordomo de la Casa Real de Su Majestad. —Éste era un hombre bajo y gordo con una blusa ajustada de seda roja, y unas calzas de color gris pálido con bolsas en las rodillas—. El conde Selvec, Primer Lord de la Marina Real. —Un hombre alto y demacrado con un bigote fino y engominado hizo una rígida reverencia. Y así todo el resto de la comitiva. Cada uno de ellos hizo una corta declaración del placer que le provocaba la llegada de Lord Borric, pero Pug notó que había poca sinceridad en lo que decían.

Los llevaron hasta sus habitaciones. Kulgan tuvo que armar un escándalo para que Meecham se quedase junto a él, puesto que el barón Gray había querido mandarlo a la lejana ala del servicio de palacio, pero se echó atrás cuando Caldric impuso su condición de Canciller Real.

La habitación a la que condujeron a Pug sobrepasaba con mucho todo lo que había visto hasta entonces. El suelo era de mármol pulido, y las paredes estaban construidas del mismo material, pero vetado de algo que parecía ser oro. Un gran espejo colgaba en una pequeña habitación a un lado del dormitorio, donde había una gran bañera dorada. Un mayordomo colocó sus pocas pertenencias, las que había ido reuniendo a lo largo del viaje, ya que las suyas se habían perdido en el bosque, en un gigantesco armario que podría haber contenido doce veces todo lo que Pug poseía.

—¿Le preparo el baño, señor? —preguntó el hombre al terminar.

Pug asintió, porque después de tres semanas a bordo del barco parecía que la ropa se le había pegado al cuerpo.

—Lord Caldric espera para cenar al grupo del duque dentro de cuatro horas, señor —anunció el mayordomo una vez listo el baño—. ¿Debería volver entonces?

Pug dijo que sí, impresionado por la diplomacia del hombre. Sólo sabía que Pug había llegado con el duque, y había dejado en sus manos el decidir si la invitación a cenar lo incluía o no.

Mientras se metía en el agua caliente, Pug dejó escapar un largo suspiro de alivio. Nunca le habían gustado especialmente los baños cuando era mozo del castillo, y prefería lavarse en el mar y en los arroyos que había junto al castillo. Ahora podría aprender a disfrutar de ellos. Se preguntó lo que Tomas habría pensado acerca de esto. Se sumió en una cálida duermevela de recuerdos, uno muy placentero, de una

adorable princesa de pelo moreno, y uno triste, de un muchacho de pelo rubio.

La cena de la noche anterior había sido una ocasión informal, con el duque Caldric como anfitrión del grupo de Borric. Ahora, se encontraban en la sala del trono real esperando ser presentados ante el rey. La sala era inmensa, con un alto techo abovedado y la pared sur entera cuajada de suelo a techo por ventanas, desde las que se dominaba la ciudad. Había reunidos centenares de nobles mientras el grupo del duque era conducido por un pasillo central entre los espectadores.

Pug no había pensado que fuese posible considerar al duque Borric como alguien mal vestido, puesto que siempre había llevado las mejores ropas de Crydee. Pero con el lujo que había en la habitación, Borric parecía un cuervo entre pavos reales. Aquí una chaqueta incrustada de perlas, allí una blusa bordada en oro... Cada noble parecía querer superar al anterior. Todas las damas vestían las sedas y brocados más costosos, pero apenas destacaban por encima de los hombres.

Se detuvieron frente al trono, y Caldric anunció al duque. El rey sonrió y Pug pudo distinguir un cierto parecido con Arutha, aunque la actitud del rey era más relajada. Se inclinó hacia delante en su trono para hablar.

—Bienvenido a nuestra ciudad, primo. Es bueno ver a Crydee en estos salones después de tantos años.

Borric dio un paso al frente y se arrodilló ante Rodric IV, monarca del Reino de las Islas.

—Me alegra ver que Su Majestad se encuentra bien.

Una breve sombra pasó sobre el rostro del monarca, que luego volvió a sonreír.

—Presentadnos a vuestros compañeros. —El duque presentó primero a su hijo—. Vaya, es cierto que otro de la línea conDoin lleva la sangre del linaje de nuestra madre, aparte de nos.

Arutha hizo un reverencia y retrocedió. Kulgan fue el siguiente, como uno de los consejeros del duque. Meecham, que no tenía cargo alguno en la corte del duque, se había quedado en su habitación. El rey dijo una cortesía, y entonces Pug fue presentado.

—El escudero Pug de Crydee, Su Majestad, Señor de Bosque Profundo y miembro de mi corte.

El rey tocó las palmas y se rio.

—El chico que mata trolls. ¡Qué maravilloso! Los viajeros han traído el relato desde las lejanas costas de Crydee, y nos gustaría oírlo narrado por el autor de la valiente hazaña. Tenemos que vernos más tarde para que puedas contarnos esa maravilla.

Pug hizo una torpe reverencia, mientras sentía mil ojos clavados sobre él. Ya antes había habido momentos en los que había deseado que la historia de los trolls no se

hubiera difundido, pero nunca tanto como ahora.

Pug retrocedió, y el rey prosiguió:

—Esta noche celebraremos un baile para honrar la llegada de nuestro primo Borric.

Se puso de pie arreglándose la túnica púrpura, y se quitó el medallón de oro de su cargo. Un paje colocó la cadena sobre un cojín de terciopelo púrpura. Luego el rey se quitó la corona de oro de su cabeza de pelo moreno y se la entregó a otro paje.

La muchedumbre se inclinó cuando el monarca bajó del trono.

—Ven, primo —le dijo a Borric—. Retirémonos a mi terraza privada, donde podemos hablar sin los rigores del protocolo. La pompa me cansa.

Borric asintió y se fue junto a él, haciendo un gesto a Pug y a los demás para que lo esperasen. El duque Caldric anunció que la audiencia del día había finalizado, y que aquellos que tuvieran peticiones para el rey deberían esperar hasta el día siguiente.

Lentamente, la multitud salió por los dos grandes portones que había al fondo de la sala, mientras que Arutha, Kulgan y Pug se quedaron donde estaban. Caldric se acercó a ellos.

—Os conduciré a una habitación donde podréis esperar —dijo—. Será mejor que os quedéis cerca, por si Su Majestad requiriera vuestra presencia.

Un mayordomo de la corte los condujo por una pequeña puerta junto a la que habían usado el rey y Borric. Entraron en una habitación grande y confortable que tenía en el centro una gran mesa, atiborrada de fruta, quesos, pan y vino. Junto a la mesa había muchas sillas, y rodeando la habitación se habían situado varios divanes, con mullidos colchones amontonados sobre ellos.

Arutha atravesó la habitación hasta unas grandes puertas de cristal y miró por ellas.

—Puedo ver a mi padre y al rey sentados en la terraza real.

Kulgan y Pug se unieron a él y miraron hacia donde señalaba Arutha. Ambos hombres estaban sentados a una mesa desde la que se dominaba la ciudad y el mar más allá. El rey hablaba y gesticulaba, y Borric asentía mientras escuchaba.

—No me esperaba que Su Majestad se pareciese a vos, Su Alteza —dijo Pug.

Arutha replicó con una sonrisa irónica.

—No es tan sorprendente si consideras que, igual que mi padre era primo de su padre, mi madre era prima de su madre.

Kulgan colocó las manos sobre los hombros de Pug.

—Muchas familias nobles tienen más de un vínculo entre ellas, Pug. Los primos muy lejanos se casan por razones políticas y vuelven a acercarse a las familias. Dudo que haya una sola familia noble en el Este que no pueda presumir de algún parentesco con el trono, aunque sea distante y por un camino enrevesado.

Volvieron a la mesa, y Pug empezó a roer un trozo de queso.

—El rey parece estar de buen humor —dijo, acercándose con cuidado al tema que todos tenían en mente.

A Kulgan pareció complacerle el tacto de su aprendiz, puesto que tras abandonar Salador, Borric les había advertido a todos sobre la información del duque Kerus. Había acabado su parrafada con el viejo proverbio: «En las estancias del poder no hay secretos, y hasta los sordos oyen».

—Nuestro monarca es un hombre temperamental —respondió Arutha—; esperemos que siga de buen humor cuando escuche las noticias de mi padre.

La tarde transcurrió lentamente mientras esperaban noticias del duque. Cuando fuera casi había oscurecido, Borric apareció repentinamente en la puerta. Atravesó la habitación para ponerse ante ellos, con expresión preocupada en el rostro.

—Su Majestad ha pasado la mayor parte de la tarde explicándome sus planes para el renacimiento del Reino.

—¿Le hablaste de los tsurani? —preguntó Arutha.

El duque asintió.

—Me escuchó y luego me informó tranquilamente de que estudiaría el asunto. Todo lo que dijo fue que hablaríamos dentro de un día o poco más.

—Al menos parecía de buen humor —opinó Kulgan.

Borric miró a su viejo consejero.

—Me temo que demasiado bueno. Me esperaba alguna señal de alarma. Yo no atravesaría el Reino a caballo por una nadería, pero lo que tenía que decirle no pareció alterarlo.

Kulgan pareció preocuparse.

—Ya vamos con retraso en este viaje. Esperemos que Su Majestad no tarde demasiado en decidir un curso de acción.

Borric se dejó caer pesadamente en una silla y cogió un vaso de vino.

—Ojalá.

Pug entró por la puerta de las habitaciones privadas del monarca, con la boca seca de los nervios. En pocos minutos tendría una entrevista con el rey Rodric, y se sentía intranquilo por estar a solas con el gobernante del Reino. Cada vez que había estado en presencia de otros nobles poderosos se había escondido a la sombra del duque o de su hijo, apareciendo para narrar brevemente lo que sabía de los tsurani, y luego desapareciendo en el paisaje. Y ahora era el único invitado del hombre más poderoso al norte del Imperio de Kesh la Grande.

Un mayordomo lo condujo hasta la terraza privada del rey. Había varios sirvientes de pie en torno a la gran terraza abierta, y el monarca estaba sentado a la única mesa, un mueble de marfil tallado bajo un gran dosel.

El día estaba claro. La primavera se adelantaba, igual que el invierno que la había

precedido, y había un leve indicio de calidez en la brisa. Por debajo de la terraza, al otro lado de los setos y paredes que marcaban sus límites, Pug pudo ver la ciudad de Rillanon y el mar más allá. Los coloridos techos resplandecían bajo el sol del mediodía, ya que las nieves más tardías se habían derretido por completo en los últimos cuatro días. Los barcos entraban y salían del puerto, y las calles bullían de ciudadanos. Los gritos de los mercaderes y los vendedores ambulantes, que levantaban la voz sobre el ruido de las calles, flotaban hasta convertirse en un tenue zumbido donde almorzaba el rey.

Cuando Pug se acercó a la mesa, un sirviente le sacó una silla.

—¡Ah! Escudero Pug, por favor, sentaos —dijo el monarca, dándose la vuelta.

Pug empezó una reverencia, pero el rey lo interrumpió.

—Nada de eso. No me gustan las formalidades cuando ceno con un amigo.

Pug dudó mientras se sentaba.

—Su Majestad me honra.

Rodric le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Recuerdo lo que significa ser un niño en compañía de adultos. Cuando era sólo un poco mayor que tú, subí al trono. Hasta entonces sólo había sido el hijo de mi padre. —Por unos instantes, su mirada estuvo perdida—. El príncipe, es cierto, pero aun así sólo un niño. Mi opinión nunca se tenía en cuenta, y nunca lograba satisfacer las expectativas de mi padre en la caza, la monta, la navegación ni la esgrima. Muchas veces me escondía de mis tutores, Caldric entre ellos. Todo eso cambió cuando me convertí en rey, pero sigo recordando cómo era. —Se volvió hacia Pug, y su expresión distante se desvaneció al sonreír— Y deseo que seamos amigos. —Apartó la mirada, y su expresión volvió a ser distante—. Uno nunca tiene suficientes amigos, ¿no? Y como soy el rey, hay muchos que afirman ser mis amigos pero no lo son. —Se quedó callado unos instantes, y luego salió de su ensoñación—. ¿Qué opinas de mi ciudad?

—Nunca he visto nada igual, Majestad. Es maravillosa.

Rodric miró la vista que se extendía ante ellos.

—Sí, lo es, ¿no?

Hizo un gesto con la mano y un criado sirvió vino en unas copas de cristal. Pug tomó un sorbo del suyo; seguía sin gustarle mucho el vino, pero éste le pareció bueno, ligero y afrutado con un toque de especias.

—He intentado con todas mis fuerzas convertir Rillanon en un lugar maravilloso para todos cuantos viven en ella —siguió Rodric—. Llegará el día en el que todas las ciudades del reino sean tan magníficas como esta, donde en cualquier sitio en el que se pone la vista, hay belleza. Llevaría cien vidas conseguirlo, así que yo sólo puedo sentar el precedente, dando ejemplo a los que vengan detrás para que lo imiten. Pero donde encuentro ladrillo, dejo mármol. Y los que lo vean lo reconocerán como lo que es: mi legado.

El rey empezó a desbarrar un poco, y Pug no estaba seguro de lo que iba diciendo mientras seguía hablando de edificios y jardines y de eliminar la fealdad de la vista. Bruscamente, el rey cambió de tema.

—Cuéntame cómo mataste a los trolls.

Pug se lo explicó, y el rey pareció absorber cada palabra.

—Es un relato fantástico —dijo cuando el muchacho hubo acabado—. Es mejor que las versiones que han llegado hasta la corte, porque aunque no es ni la mitad de heroico, es el doble de impresionante por ser cierto. Tienes un corazón fuerte, escudero Pug.

—Gracias, Majestad.

—En tu relato has mencionado a la princesa Carline.

—¿Sí, Majestad?

—No la he visto desde que era un bebé en los brazos de su madre. ¿En qué clase de mujer se ha convertido?

Pug encontró sorprendente el cambio de tema.

—Se ha convertido en una mujer bella, Majestad, como su madre. Es inteligente y despierta, aunque de carácter algo fuerte.

El rey asintió.

—Su madre era una mujer bellísima. Si la hija es la mitad de adorable, es muy adorable. ¿Sabe razonar?

Pug estaba confundido.

—¿Majestad?

—¿Tiene buena cabeza para razonar, para la lógica? ¿Sabe discutir?

Pug asintió vigorosamente.

—Sí, Su Majestad. Eso se le da muy bien a la princesa.

El rey se frotó las manos.

—Bien. Tengo que hacer que Borric la mande de visita. La mayoría de estas damas orientales son superficiales, sin sustancia. Tenía esperanzas de que Borric le hubiera dado una buena educación a la chica. Me gustaría conocer a una joven que supiera de lógica y filosofía, y pudiera discutir y declamar.

Pug se dio cuenta de repente que el discutir al que se refería el rey no era el que él había pensado. Decidió que sería mejor no mencionar dicha discrepancia.

—Mis ministros —siguió el monarca— me apremian a buscar una esposa y darle un heredero al reino. He estado ocupado y, francamente, me interesan muy poco las damas de la corte; bueno, están bien para pasear a la luz de la luna y... para otras cosas. ¿Pero como madre de mis herederos? Creo que no. Tengo que ponerme en serio a buscar una reina. Quizá la única hija conDoin sea el sitio más lógico para empezar.

Pug empezó a mencionar otra hija de la casa conDoin, pero reprimió el impulso al

recordar la tensión entre el rey y el padre de Anita. Además, la chica sólo tenía siete años.

El rey volvió a cambiar de tema.

—Durante cuatro días el primo Borric me ha regalado con relatos de esos alienígenas, esos tsurani. ¿Qué opinas de este asunto?

Pug se sobresaltó. No había pensado que el rey fuera a pedirle su opinión sobre nada, y menos sobre un asunto de tanta importancia para la seguridad del Reino. Pensó durante un rato, tratando de articular su repuesta lo mejor que pudiera.

—Por todo lo que he visto y oído, Su Majestad, creo que esos tsurani no están planeando una invasión, sino que ya están aquí.

El rey levantó una ceja.

—¿Sí? Me gustaría oír tus razones.

Pug pensó con cuidado lo que iba a decir.

—Si ha habido tantos avistamientos como los que conocemos, Majestad, considerando el sigilo que esa gente está empleando, ¿no sería lógico suponer que hay muchos más movimientos de los que conocemos?

El rey asintió.

—Buen argumento. Continúa.

—Entonces, ¿no podría ser que una vez que hubieran caído las nieves, nos costara más encontrar señales de ellos, ya que se mantienen en zonas remotas? —Rodric asintió y Pug continuó—. Si son tan belicosos como el duque y los demás han dicho que son, creo que han estado elaborando mapas del Oeste para encontrar un buen sitio donde agrupar sus soldados durante el invierno, para lanzar su ofensiva esta primavera.

El rey dio una palmada en la mesa.

—Un buen ejercicio de lógica, Pug. —Hizo un gesto a los criados—. Ahora comamos.

Trajeron comida de una variedad y en una cantidad asombrosa para sólo dos comensales, y Pug probó un poco de todo, para no parecer indiferente ante la generosidad del rey. Rodric le hizo algunas preguntas mientras cenaban, y Pug las respondió lo mejor que pudo.

Mientras Pug finalizaba su almuerzo, el rey apoyó el codo en la mesa y se llevó la mano a su barbilla afeitada. Se quedó mirando al vacío durante un largo rato y Pug empezó a sentirse incómodo, ya que no conocía lo que dictaba el protocolo para cuando un rey se quedaba perdido en sus pensamientos. Optó por seguir sentado en silencio.

Tras un rato, Rodric salió de su ensoñación. Había un tono de preocupación en su voz cuando miró a Pug.

—¿Por qué viene ahora esa gente a molestarnos? Hay mucho por hacer. No puedo

consentir que una guerra estorbe a mis planes. —Se levantó y se puso a andar por el balcón, dejando a Pug de pie, ya que se había levantado cuando lo hizo el rey. Rodric se volvió hacia Pug—. Debo mandar llamar al duque Guy. Él me aconsejará. Tiene buena cabeza para estas cosas.

El rey estuvo andando arriba y abajo, mirando a la ciudad durante algunos minutos más, mientras Pug estaba de pie junto a su silla. Oyó como el monarca murmuraba para sí acerca de los grandes trabajos que no debían interrumpirse, y entonces sintió que le tiraban de la manga. Se volvió y vio a un mayordomo del palacio que estaba a su lado en silencio. Con una sonrisa y un gesto señalando a la puerta, el mayordomo indicó que la entrevista había acabado. Pug siguió al hombre hasta la puerta, maravillado ante la habilidad del servicio para reconocer los estados de ánimo del rey.

Pug fue conducido de vuelta a su habitación, y solicitó a los sirvientes que notificasen a Lord Borric que deseaba verlo si no estaba muy ocupado. Entró en la habitación y se sentó a pensar. Poco después, una llamada a la puerta lo sacaba de sus pensamientos. Dio permiso para que entraran, y apareció el mismo criado que había llevado el mensaje al duque, con el recado de que Borric vería a Pug enseguida.

Pug siguió al hombre fuera de su habitación y lo despidió, diciendo que no necesitaba guía para encontrar la habitación del duque. Caminó lentamente, pensando en lo que iba a decir. El muchacho tenía dos cosas muy claras: al rey no le alegraba oír que los tsurani eran una posible amenaza contra su reino, y Lord Borric tampoco iba a sentirse muy satisfecho al saber que Guy du Bas-Tyra iba a ser llamado a Rillanon.

Como en todas las cenas de los últimos días, en la mesa reinaba el silencio. Los cinco hombres de Crydee estaban comiendo en las habitaciones del duque rodeados por sirvientes, todos los cuales llevaban la enseña púrpura y dorada del rey en sus trajes oscuros.

El duque estaba ansioso por partir de Rillanon hacia el Oeste. Ya habían pasado casi cuatro meses desde que salieron de Crydee; el invierno entero. La primavera se les venía encima y, si los tsurani iban a atacar, como todos creían, ahora sólo era cuestión de días. La impaciencia de Arutha igualaba a la de su padre. Incluso Kulgan mostraba signos de que la espera lo estaba afectando. Sólo Meecham, que nunca demostraba sus sentimientos, parecía conformarse esperando.

Pug también echaba de menos su hogar. Se aburría en el palacio. Deseaba estar de vuelta en la torre con sus estudios. También ansiaba volver a ver a Carline, aunque de esto no hablaba con nadie. Últimamente la recordaba bajo una luz más amable, olvidando las cualidades de ella que antes lo habían irritado. También sabía, con una mezcla de sentimientos de nerviosismo, que podría conocer el destino de Tomas.

Dolgan debería mandar pronto nuevas a Crydee, si el deshielo llegaba pronto a las montañas.

Borric había soportado varios encuentros más con el Rey a lo largo de la última semana, cada uno de los cuales había acabado de forma poco satisfactoria por lo que a él respectaba. El último había sido hacía unas horas, pero no iba a hablar de él hasta que la habitación estuviera vacía de sirvientes.

Cuando se estaban llevando los últimos platos, y los sirvientes servían el mejor brandy keshiano del rey, llamaron a la puerta y entró el duque Caldric, ordenando a los sirvientes que salieran con un gesto. Cuando la habitación estuvo libre, se volvió hacia el duque.

—Borric, lamento interrumpir tu cena, pero tengo noticias.

Borric se puso en pie, al igual que hicieron los demás.

—Por favor, únete a nosotros. Toma un vaso.

Caldric tomó el brandy que le ofrecían y se sentó en la silla de Pug, mientras el chico cogía otra. El duque de Rillanon dio un sorbo al brandy.

—Han llegado hace menos de una hora unos mensajeros del duque de Bas-Tyra. Guy expresa alarma ante la posibilidad de que el rey sea «innecesariamente» molestado por esos «rumores» de problemas en el Oeste.

Borric se levantó y tiró su vaso contra la pared, haciéndolo añicos.

El fluido ambarino chorreó por la pared mientras el duque de Crydee casi rugía de ira.

—¿A qué juega Guy? ¿Qué significa eso de *rumores y molestias innecesarias*?

Caldric levantó una mano y Borric se calmó un poco, volviéndose a sentar.

—Yo mismo escribí el mensaje del rey a Guy —dijo—. Todo lo que tú habías contado, cada fragmento de información y cada suposición, fue incluido. Lo que yo creo es que Guy intenta que el rey no tome ninguna decisión hasta que él llegue a palacio.

Borric tamborileó con los dedos en la mesa y miró a Caldric con los ojos ardiendo de ira.

—¿Qué hace Bas-Tyra? Si llega la guerra, vendrá a Crydee y Yabon. Mi gente sufrirá, mis tierras quedarán arrasadas.

Caldric movió la cabeza lentamente.

—Te voy a hablar claro, viejo amigo. Desde la pelea entre el rey y su tío Erland, Guy planea situar su casa en una posición de primacía en el Reino. Creo que, si la salud de Erland fallase, Guy se ve vistiendo la púrpura de Krondor.

—Entonces escúchame claramente, Caldric —respondió Borric con los dientes apretados—. No haría caer dicha carga sobre mí y los míos si no es por el propósito más elevado. Pero si Erland está tan enfermo como yo creo, a pesar de lo que él dice, será Anita quien se sienta en el trono de Krondor, no Guy el Negro. Si tengo que

conducir los Ejércitos del Oeste hasta Krondor y asumir la regencia yo mismo, así será, aunque Rodric diga lo contrario. Sólo si el rey tiene descendencia podrá otro asumir el trono de Krondor.

Caldric miró tranquilamente a Borric.

—¿Y ser considerado traidor a la corona?

Borric dio una palmada en la mesa.

—Maldito sea el día en que nació ese villano. Me avergüenzo de tener que llamarlo pariente.

Caldric esperó un minuto hasta que Borric se calmó.

—Te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo, Borric. No levantarías el estandarte de guerra del Oeste contra el rey, aunque no te importaría estrangular a tu primo Guy. Siempre he lamentado que los dos mejores generales del reino se odiasen tanto.

—Sí, y con motivo. Cada vez que hay una llamada de auxilio del Oeste, es el primo Guy quien se opone. Cada vez que hay una intriga y se pierde un título, es uno de los favoritos de Guy quien lo gana. ¿Es qué no lo ves? Sólo gracias a que tú, Brucal de Yabon y yo nos mantuvimos firmes, el consejo no nombró regente a Guy para los tres primeros años de Rodric. Se alzó delante de todos los duques del reino y dijo que eras un anciano cansado que no servía para gobernar en nombre del rey. ¿Cómo puedes olvidarlo?

Caldric sí que parecía cansado y viejo allí sentado en la silla, cubriéndose los ojos con una mano, como si la luz de la habitación fuera demasiado intensa.

—Lo sé, y no lo he olvidado —dijo en voz baja—. Pero también es familiar mío por su matrimonio, y si yo no estuviese aquí, ¿cuánta influencia más crees que tendría sobre Rodric? Cuando niño, el rey lo idolatraba, veía en él a un héroe intrépido, un luchador de primera categoría, un defensor del Reino.

Borric se recostó en la silla.

—Lo siento, Caldric —dijo mientras su voz perdía el tono cortante—. Sé que actúas por el bien de todos nosotros. Y Guy hizo el héroe desbandando al ejército keshiano en las Profundidades de Taunton, hace años. No debería hablar de cosas que no conozco de primera mano.

Arutha había estado sentado pasivamente todo el tiempo, pero sus ojos demostraban que sentía la misma cólera que su padre. Se inclinó hacia delante en su asiento, y los duques lo miraron.

—¿Tienes algo que decir, hijo mío? —preguntó Borric.

Arutha abrió los brazos.

—En todo esto hay algo que me escama: si los tsurani viniesen, ¿en qué beneficiaría a Guy que el rey dudara?

Borric tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Ese es el enigma, porque a pesar de sus intrigas, Guy no pondría al Reino en peligro, no para agraviarme.

—¿Y no le convendría —dijo Arutha— dejar que el Oeste sufriera un poco, hasta que la situación estuviera en duda, para luego llegar al frente de los Ejércitos del Este, el héroe salvador, como en las Profundidades de Taunton?

Caldric reflexionó acerca de esto.

—Ni siquiera Guy subestimaría a esos alienígenas, espero.

Arutha andaba arriba y abajo por la habitación.

—Pero tengamos en cuenta lo que sabe. Los desvaríos de un hombre moribundo. Unas suposiciones acerca de un barco que sólo Pug de los aquí presentes ha visto y al que yo apenas pude echarle una ojeada antes de que lo arrastrara el mar. Algunas conjeturas de un mago y un sacerdote, vocaciones ambas por las que Guy tiene poco respeto. La migración de algunos Hermanos Oscuros. Podría darle poca importancia a estas noticias.

—Pero está todo ahí para el que quiera verlo —protestó Borric.

Caldric observó al joven príncipe recorrer la habitación.

—Quizá tengas razón. Puede que lo que falte sea la urgencia de vuestras palabras, una urgencia que no tiene la sequedad del mensaje en tinta y pergamino. Cuando llegue, tenemos que convencerlo.

Borric casi escupió las palabras.

—¡La decisión es del rey, no de Guy!

—Pero el rey presta mucha atención a los consejos de Guy —respondió Caldric—. Si vas a conseguir el mando de los Ejércitos del Oeste, es Guy a quien hay que convencer.

Borric estaba fuera de sí.

—¿Yo? Yo no quiero el estandarte de los ejércitos. Yo sólo quiero que Erland sea libre de ayudarme, si hiciera falta.

Caldric colocó ambas manos sobre la mesa.

—Borric, a pesar de toda tu sabiduría, sigues siendo un noble rural. Erland no puede ponerse al mando de los ejércitos. No está bien. E incluso si pudiera, el rey no lo permitiría. Ni autorizaría al mariscal de Erland, Dulanic. Últimamente habéis visto el lado más amable de Rodric. Cuando está de malas teme por su vida. Nadie se atreve a decirlo, pero el rey sospecha que su tío planea hacerse con la corona.

—¡Ridículo! —exclamó Borric—. Erland pudo hacerse con la corona hace trece años. No había una sucesión clara. El padre de Rodric no lo había nombrado heredero, y los derechos de Erland eran tan claros como los del rey, o incluso más. Sólo Guy y los que querían aprovecharse del chico apoyaron la causa de Rodric. La mayoría del Consejo habría apoyado como rey a Erland.

—Lo sé, pero los tiempos cambian, y el chico ya no es un chico. Ahora es un

hombre joven y asustado, enfermo de miedo. Si eso se debe a la influencia de Guy y los demás o a alguna enfermedad mental, no lo sé. El rey no piensa del mismo modo que los demás hombres. Ningún rey lo hace, y Rodric menos que ninguno. Por muy ridículo que parezca, no entregará los Ejércitos del Oeste a su tío. También me temo que, una vez llegue Guy, tampoco te los dará a ti.

Borric abrió la boca para decir algo, pero Kulgan interrumpió.

—Excúsenme Sus Gracias. ¿Puedo sugerir algo?

Caldric miró a Borric, que asintió. Kulgan se aclaró la garganta.

—¿Entregaría el rey los Ejércitos del Oeste al duque Brucal de Yabon?

Poco a poco, la comprensión iluminó los rostros de Borric y Caldric, hasta que el duque de Crydee echó la cabeza hacia atrás y se rio. Dando un puñetazo en la mesa, casi gritó.

—¡Kulgan! Si no me hubieras servido bien en todos los años en los que te he conocido, esta noche lo habrías compensado. —Se volvió hacia Caldric—. ¿Qué opinas?

Caldric sonrió por primera vez desde que había entrado en la habitación.

—¿Brucal? ¿Ese viejo perro de guerra? No hay un hombre más honrado en el Reino. Y no está en la línea sucesoria. Estaría por encima de cualquier intento de Guy de desacreditarlo. Si recibiera el mando de los ejércitos...

Arutha acabó la idea.

—Llamaría a padre como principal consejero. Sabe que es el mejor comandante del Oeste.

Caldric se puso de pie en la silla, con excitación en el rostro.

—Incluso tendrías el mando de los ejércitos de Yabon.

—Sí —dijo Arutha—, y de LaMut, Zün, Ylith y el resto.

Caldric se puso de pie.

—Creo que funcionará. No le digáis nada mañana al rey. Yo encontraré el momento apropiado para hacerle la «sugerencia». Recemos porque Su Majestad esté de acuerdo.

Caldric se fue, y Pug pudo ver que por primera vez había esperanzas de que este viaje acabara bien. Incluso Arutha, que había estado gruñendo como una negra tempestad, casi parecía contento.

A Pug lo despertó un golpeteo en la puerta. Somnoliento, gritó a quien estuviese fuera que entrase, y la puerta se abrió. Un mayordomo real asomó la cabeza.

—Señor, el rey ordena que todos los del séquito del duque se reúnan con él en la sala del trono. Enseguida. —Sostenía una lámpara para Pug.

Pug dijo que iría enseguida y se vistió a toda prisa. Afuera aún estaba oscuro, y estaba nervioso acerca de qué habría causado esta llamada por sorpresa. La sensación

de esperanza de la noche anterior, cuando Caldric se fue, quedó sustituida por la preocupación de que el impredecible rey se hubiera enterado de alguna forma del plan para sortear la llegada del duque de Bas-Tyra.

Todavía estaba abrochándose el cinturón cuando salió de su habitación. Recorrió el pasillo a la carrera, con el mayordomo a su lado sosteniendo una lámpara contra la oscuridad, ya que todas las antorchas y velas que solían estar encendidas al anochecer estaban ya apagadas.

Cuando alcanzaron el salón del trono, también llegaban en ese momento el Duque, Arutha y Kulgan, todos los cuales miraban con aprensión a Rodric, que andaba arriba y abajo junto a su trono, todavía vestido con su camisa de dormir. El duque Caldric estaba a un lado, con una expresión grave en el rostro. La habitación estaba a oscuras, excepto por las lámparas que llevaban los criados.

Tan pronto como estuvieron reunidos alrededor del trono, Rodric montó en cólera.

—¡Primo! ¿Sabes qué tengo aquí? —gritó, sosteniendo un fajo de pergaminos.

Borric dijo que no. La voz de Rodric sólo bajó un poco.

—¡Es un mensaje de Yabon! Ese viejo tonto de Brucal ha dejado que osos alienígenas tsurani ataquen y destruyan una de sus guarniciones. ¡Mira! —casi chilló, lanzando los pergaminos hacia Borric. Kulgan los recogió y se los entregó al duque—. No importa —dijo el rey, mientras su voz volvía a un tono casi normal—. Yo te diré lo que dicen. Esos invasores han atacado las Ciudades Libres cerca de Walinor. Han atacado el bosque élfico. Han atacado Montaña de Piedra. Han atacado Crydee.

—¿Qué noticias hay de Crydee? —preguntó Borric sin pensar.

El rey se detuvo. Miró a Borric y, por un instante, Pug vio la locura en sus ojos. Los cerró brevemente y los volvió a abrir, y Pug pudo ver que el monarca volvía a ser él mismo. Agitó la cabeza levemente y se llevó un mano a la sien.

—Sólo tengo noticias de segunda mano de Brucal. Cuando salieron esos mensajes, hace seis semanas, sólo había habido un ataque contra Crydee. Tu hijo Lyam informa de que la victoria fue total y los alienígenas fueron expulsados hacia las profundidades del bosque.

Caldric dio un paso al frente.

—Todos los informes dicen lo mismo. Compañías de soldados de infantería armados hasta los dientes atacaron por la noche, antes de que las nieves se hubieran fundido, tomando a las guarniciones por sorpresa. Se sabe poco más, salvo que una guarnición de LaMutianos, cerca de Montaña de Piedra, ha sido arrollada. Todos los demás ataques parecen haber sido rechazados. —Miró a Borric con intención—. No hay indicios de que los tsurani usen caballería.

—Entonces quizá Tully estaba en lo cierto, y no tienen caballos —respondió el duque.

El rey parecía estar mareado, puesto que retrocedió titubeando y se sentó en el trono. De nuevo, se llevó una mano a la sien.

—¿Qué es esta charla de caballos? Mi reino está siendo invadido. Esas criaturas se atreven a atacar a mis soldados.

Borric miró al rey.

—¿Qué desea Su Majestad que haga yo?

El rey levantó la voz.

—¿Hacer? Iba a esperar a que llegase mi leal duque de Bas-Tyra antes de tomar ninguna decisión. Pero ahora debo actuar. —Hizo una pausa, y su rostro adquirió un aspecto zorruno cuando sus ojos brillaron a la luz de las lámparas—. Estaba pensando entregar el mando de los Ejércitos del Oeste a Brucal, pero ese imbécil vejestorio ni siquiera puede proteger sus propias guarniciones.

Borric estaba a punto de protestar en favor de Brucal pero Arutha, que conocía a su padre, lo agarró por el brazo y el duque se quedó callado.

—Borric —dijo el rey—, debes dejarle Crydee a tu hijo. Es lo bastante capaz, espero. Hasta ahora, nos ha dado nuestra única victoria. —Se le perdió la mirada y emitió una risita. Agitó la cabeza durante unos instantes, y su voz perdió el matiz histérico—. Oh dioses, los dolores. Parece que me va a explotar la cabeza. —Cerró brevemente los ojos—. Borric, deja Crydee en manos de Lyam y Arutha; te entrego el estandarte de los Ejércitos del Oeste; ve a Yabon. Brucal está bajo mucha presión, ya que la mayor parte del ejército alienígena avanza hacia LaMut y Zün. Cuando llegues allí, pide lo que necesites. Esos invasores deben ser expulsados de nuestras tierras. —El rostro del rey estaba pálido, y el sudor brillaba su frente—. Es un mal momento para empezar, pero he enviado órdenes al puerto para que os preparen un barco. Debéis partir enseguida. Vamos.

El duque hizo una reverencia y se dio la vuelta.

—Acompañaré a Su Majestad hasta su habitación —dijo Caldric—. Iré con vosotros hasta el puerto cuando estéis preparados.

El viejo canciller ayudó al rey a levantarse del trono y el grupo del duque salió del salón. Volvieron a toda prisa a sus habitaciones y se encontraron con que ya había sirvientes empaquetando sus pertenencias. Pug estaba excitado, porque al fin volvía a casa.

Estaban de pie en el muelle, despidiéndose de Caldric. Pug y Meecham esperaban.

—Bueno, chaval —dijo el vasallo—. Puede que tardemos algún tiempo en volver a casa, ahora que estamos en guerra.

Pug levantó la vista hacia el rostro curtido del hombre que lo había encontrado en la tormenta, hacía tanto tiempo.

—¿Por qué? ¿No vamos a casa?

Meecham negó con la cabeza.

—El príncipe cogerá un barco en Krondor y atravesará los Estrechos de la Oscuridad para unirse a su hermano, pero el duque irá hasta Ylith, y de allí al campamento de Brucal en algún lugar cerca de LaMut. Donde va Lord Borric, va Kulgan. Y donde va mi amo, voy yo. ¿Y tú?

Pug sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Lo que el vasallo había dicho era cierto. Su sitio estaba con Kulgan, no con la gente de Crydee, aunque sabía que si lo pedía lo dejarían irse a casa con el príncipe. Se resignó ante una nueva señal de que su infancia estaba acabando.

—Adonde va Kulgan, voy yo.

Meecham le dio una palmada en el hombro.

—Bueno, por lo menos te voy a poder enseñar a usar esa maldita espada que empuñas como si fuera la escoba de una verdulera.

Sintiendo escasa ilusión ante la idea, Pug sonrió débilmente. Pronto subieron a bordo del barco y se hicieron a la mar hacia Salador, y la primera etapa del largo viaje hacia el oeste.

Invasión

Las lluvias de primavera estaban siendo fuertes ese año.

El negocio de la guerra se veía obstaculizado por el omnipresente fango. Iba a estar húmedo y frío casi un mes más, antes de que llegase el corto y caluroso verano.

El duque Brucal de Yabon y Lord Borric estaban de pie contemplando una mesa atestada de mapas. La lluvia martilleaba el techo de la tienda, la parte central del pabellón de los comandantes. A ambos lados de la tienda se habían fijado otras dos, para servir como dormitorios de ambos nobles. La tienda estaba llena de humo, de las linternas y de la pipa de Kulgan. El mago había demostrado ser un capaz consejero para los duques, y su ayuda mágica había resultado muy útil. Podía detectar las tendencias del tiempo, y su vista de mago podía detectar algunos de los movimientos de tropas de los tsurani, aunque no muy a menudo. Y a lo largo de los años, su costumbre de leer todo libro que se encontrara lo había convertido en un decente conocedor de las tácticas y la estrategia.

Brucal señaló el mapa más nuevo de la mesa.

—Han tomado este punto de aquí, y otro aquí. Se mantienen en este punto — señaló otra situación en el mapa— a pesar de todos nuestros esfuerzos por desalojarlos. También parecen estar avanzando a lo largo de una línea que va desde aquí hasta aquí. —Su dedo recorrió una línea a lo largo de la cara oriental de las Torres Grises—. Siguen un patrón coordinado, pero que me aspen si puedo anticipar dónde van a atacar la próxima vez. —El viejo duque parecía cansado. La lucha duraba ya dos meses de forma esporádica, y ninguno de los dos bandos parecía conseguir una ventaja clara.

Borric estudió el mapa. Unos puntos rojos marcaban los bastiones conocidos de los tsurani: parapetos de arena prensada excavados a mano con un mínimo de doscientos defensores. También constaban supuestas compañías de refuerzo, con su localización aproximada indicada por puntos amarillos. Se sabía que cualquier posición atacada tardaba poco en recibir refuerzos, a veces en cuestión de minutos. Los puntos azules indicaban la situación de los destacamentos del Reino, aunque la

mayor parte de las fuerzas de Brucal se encontraban agrupadas alrededor de la colina sobre la que se asentaba la tienda del comandante.

Hasta que llegasen la infantería pesada y los ingenieros de Ylith y Tyr-Sog para construir y ocupar fortificaciones permanentes, el Reino estaba combatiendo principalmente una guerra móvil, puesto que la mayoría de las tropas reunidas eran de caballería. El duque de Crydee se mostró de acuerdo con la evaluación del otro hombre.

—Parece que su táctica sigue siendo la misma: traer un contingente pequeño, hacerse fuertes y aguantar. Impiden que entren nuestras tropas, pero no nos persiguen cuando nos retiramos. Hay un patrón. Pero por mi vida que yo tampoco puedo verlo.

Entró un centinela.

—Mis señores, fuera hay un elfo que solicita ser recibido.

—Que entre —ordenó Brucal.

El guardia abrió la solapa de la tienda y entró un elfo. Llevaba el pelo marrón rojizo pegado a la cabeza, y su capa chorreaba agua sobre el suelo de la tienda. Hizo una leve reverencia a los duques.

—¿Qué noticias traes de Elvandar?

—Mi reina os envía sus saludos. —Rápidamente se giró hacia el mapa. Señaló el paso entre las Torres Grises al sur y Montaña de Piedra al norte, el mismo paso que las tropas de Borric bloqueaban ahora en su extremo oriental—. Los ultramundanos están moviendo muchos soldados por este paso. Han avanzado hasta el borde de los bosques élficos, pero no han intentado entrar. Han hecho que sea difícil llegar hasta aquí. —Sonrió de oreja a oreja—. Me llevé a unos cuantos en una bonita persecución durante medio día. Corren casi tan bien como los enanos, pero no pudieron mantener el ritmo en el bosque. —Devolvió su atención al mapa—. Han llegado noticias desde Crydee de que ha habido escaramuzas con algunas patrullas de exploradores, pero nada cerca del castillo. No hay noticias de actividad en las Torres Grises, Carse ni Tulan. Parecen contentarse con fortificarse en torno a este paso. Vuestras fuerzas del oeste no podrán reunirse con vos, porque no podrían abrirse paso.

—¿De qué fuerzas disponen los alienígenas? —preguntó Brucal.

—No se sabe, pero he visto varios miles a lo largo de esta ruta. —Su dedo indicó una ruta a lo largo del borde septentrional del paso, entre el bosque élfico y el campamento del Reino—. A los enanos de Montaña de Piedra los dejan en paz, mientras que no se aventuren al sur. Los ultramundanos también les deniegan el uso del paso.

—¿Ha habido algún informe de que los tsurani usen caballería? —preguntó Borric.

—Ninguno, todos los informes se refieren sólo a infantería.

—La suposición del padre Tully de que carecían de caballos al parecer ha resultado cierta —intervino Kulgan.

Brucal cogió un pincel y tinta y anotó la información en el mapa. Kulgan miraba lo que hacía por encima del hombro del duque.

—Después de que hayas descansado —dijo Borric al elfo—, llévale mis saludos a tu señora, y mis deseos de buena salud y prosperidad. Si mandáis correos al oeste, por favor, envíadle el mismo mensaje a mis hijos.

El elfo hizo una reverencia.

—Como desee mi señor. Volveré a Elvandar enseguida. —Se dio la vuelta y salió de la tienda.

—Creo que ya lo veo —dijo Kulgan. Señaló los nuevos puntos rojos del mapa. Formaban aproximadamente un semicírculo, cerrando el paso—. Los tsurani tratan de mantener esta zona de aquí. Ese valle es el centro del círculo. Creo que están tratando de impedir que alguien se acerque.

Ambos duques lo miraron intrigados.

—Pero ¿por qué motivo? —preguntó Borric—. Ahí no hay nada de valor militar. Es como si nos estuvieran invitando a dejarlos acorralados en ese valle.

—Es una cabeza de puente —terció Brucal de repente—. Piensa en ello como si fuera el cruce de un río. Tienen puesto el pie en este lado de la fractura, como la llama el mago. Sólo tienen tantos suministros como sus hombres pueden acarrear a sus espaldas. No tienen suficiente control de la zona para forrajear, así que necesitan ampliar el territorio que controlan y acumular suministros antes de lanzar una ofensiva. —Se volvió hacia el mago—. ¿Qué opinas, Kulgan? Esto está más dentro de tu provincia.

El mago miró al mapa como si estuviera tratando de adivinar una información que hubiera oculta en él.

—No sabemos nada de la magia que hay involucrada en esto. No sabemos la velocidad a la que pueden cruzar los hombres ni los suministros, puesto que nadie ha presenciado nunca una aparición. Puede que necesiten un área grande, que les proporcionaría el valle. O puede que tengan algún límite de tiempo para que las tropas crucen.

El duque Borric reflexionó sobre el asunto.

—Entonces sólo hay una cosa que podamos hacer. Debemos enviar un grupo al valle para ver qué están haciendo.

Kulgan sonrió.

—Yo también iré, si Su Gracia lo permite. Los soldados posiblemente no tendrían ni idea de lo que están viendo si eso implica magia.

Brucal empezó a objetar, a la vez que su mirada abarcaba el amplio perímetro del

mago. Borric lo cortó.

—No dejes que su aspecto te engañe. Cabalga como un soldado. —Se volvió hacia Kulgan—. Mejor que te lleves a Pug, así si uno cae, el otro traerá las noticias.

Kulgan no pareció muy contento ante la idea, pero vio que era inteligente.

—Si atacamos en el Paso del Norte y luego en este valle —dijo el duque de Yabon—, atrayendo sus tropas hasta acá, una compañía pequeña y rápida podría abrirse paso por aquí. —Señaló un pequeño paso que se adentraba en el extremo sur del valle desde el este.

—Es un plan bastante osado —opinó Borric—. Llevamos mucho tiempo bailando con los tsurani, manteniendo un frente estable. No creo que se lo esperen.

El mago sugirió que se retirasen a descansar el resto de la tarde, porque el día siguiente sería largo. Cerró brevemente los ojos y luego informó a ambos líderes de que la lluvia iba a parar y el día siguiente sería soleado.

Pug estaba tumbado envuelto en una manta, tratando de dormir algo, cuando Kulgan entró en la tienda. Meecham estaba sentado frente al fuego, preparando la cena e intentando mantenerla lejos de las hambrientas fauces de Fantus. El draco de fuego había llegado buscando a su amo hacía una semana, provocando los gritos de miedo de los soldados cuando pasó volando sobre las tiendas. Sólo los autoritarios gritos de Meecham habían impedido que un arquero le clavase una flecha al juguetero draco. A Kulgan le había alegrado ver a su mascota, pero no tenía ni idea de cómo los había encontrado. El draco se había mudado directamente a la tienda del mago, contento de dormir junto a Pug y sisar comida a pesar de la atenta mirada de Meecham.

Pug se sentó mientras el mago se quitaba la mojada capa.

—Hay una expedición que se va a adentrar en el territorio que controlan los tsurani, para atravesar el círculo que han establecido alrededor de un pequeño valle y descubrir cuáles son sus intenciones. Tú y Meecham vendréis conmigo en este viaje. Quiero amigos a mi espalda y a mi lado.

Pug se sintió excitado por las noticias. Meecham había pasado largas horas entrenándolo en el uso de la espada y el escudo, y el viejo sueño de ser soldado había vuelto.

—He mantenido mi espada afilada, Kulgan.

Meecham emitió un resoplido que pasaba por una risa, y el mago le dirigió una mirada severa.

—Bien, Pug. Pero con suerte no vamos a combatir. Iremos en un grupo pequeño junto a una fuerza más grande que atraerá a los tsurani. Entraremos a toda prisa en su territorio y descubriremos lo que ocultan. Entonces volveremos tan rápido como sea posible para traer la información. Doy gracias a los dioses de que no tengan caballos, o nunca tendríamos siquiera la esperanza de llevar a cabo un golpe tan osado.

Pasaremos galopando a su lado antes de que sepan lo que está ocurriendo.

—Quizá podamos tomar algún prisionero —dijo el muchacho esperanzado.

—Sería un cambio —respondió Meecham. Los tsurani habían demostrado ser feroces guerreros, y preferían morir antes que ser capturados.

—Quizá entonces descubramos por qué han venido a Midkemia —aventuró Pug. Kulgan lo miró pensativo.

—Sabemos muy poco de estos tsurani. ¿De qué sitio vienen? ¿Cómo cruzan entre su mundo y el nuestro? Y, como tú has señalado, la pregunta más difícil de todas: ¿por qué han venido? ¿Por qué invadir nuestras tierras?

—Metal.

Kulgan y Pug miraron a Meecham, que removía el estofado con una cuchara a la vez que mantenía un ojo sobre Fantus.

—Ellos no tienen metal, así que quieren el nuestro.

Cuando Pug y Kulgan lo miraron con expresión de asombro, movió la cabeza.

—Pensé que ya os habíais dado cuenta, por eso no lo he mencionado antes. —Dejó a un lado las escudillas para el estofado, alargó una mano a su espalda, y sacó una flecha roja de debajo de su catre—. Un recuerdo —dijo mostrándola para que la examinaran—. Mirad la punta. Está hecha de la misma cosa que sus espadas, de algún tipo de madera endurecida como el acero. Estuve rebuscando entre un montón de cosas que habían caído en manos de los soldados, y no he visto ninguna cosa hecha por esos tsurani que llevara algo de metal.

Kulgan estaba anonadado.

—¡Por supuesto! Y es tan sencillo... Encontraron un modo de viajar entre su mundo y el nuestro, mandaron exploradores y encontraron una tierra rica en los metales que a ellos les faltan. Así que enviaron un ejército invasor. También explica por qué han tomado posiciones en los altos valles de las montañas, en vez de en las tierras más bajas de los bosques. Eso les da acceso libre a... ¡Las minas enanas! —Se levantó de un salto— Tengo que informar a los duques enseguida. Debemos enviar mensajes a los enanos para que vigilen posibles incursiones contra las minas.

Pug se quedó sentado sumido en sus pensamientos cuando Kulgan se desvaneció por la entrada de la tienda.

—Meecham —dijo tras un momento—, ¿por qué no han intentado comerciar?

Meecham negó con la cabeza.

—¿Los tsurani? Por lo que yo he visto, chico, me apuesto a que el comercio nunca se les ha pasado por la cabeza. Son una panda muy belicosa. Esos bastardos luchan como seiscientos demonios. Si tuvieran caballería, habrían ido detrás de todos estos hasta LaMut, y luego probablemente hubieran quemado la ciudad a su alrededor. Pero si podemos agotarlos, como hace un sabueso, aguantando hasta que se cansen, puede que solucionemos esto pasado un tiempo. Mira lo que le sucedió a Kesh. Perdió

la mitad de Bosnia frente al Reino en el norte porque la Confederación agotó al imperio con una rebelión tras otra en el sur.

Tras un tiempo, Pug renunció a esperar que Kulgan volviera pronto, cenó solo y se acostó. Meecham renunció a intentar mantener la cena del mago lejos del draco, y también se acostó.

En la oscuridad, Pug se quedó tumbado mirando fijamente al techo de la tienda, escuchando el sonido de la lluvia y el alegre sonido del draco masticando. Pronto se sumergió en el sueño, donde soñó con un túnel oscuro, al fondo del cual se desvanecía una luz trémula.

La arboleda era espesa y el aire rezumaba una densa bruma mientras la columna atravesaba lentamente el bosque. Cada pocos minutos iban y venían batidores, buscado señales de que los tsurani hubieran preparado una emboscada. El sol estaba perdido en lo alto, al otro lado de las copas de los árboles, y la escena entera tenía una tonalidad gris verdosa, haciendo que fuera difícil ver a más de unos pocos metros de distancia.

A la cabeza de la columna cabalgaba un joven capitán del ejército de LaMut, Vandros, hijo del viejo conde de LaMut. También era uno de los oficiales jóvenes más sensatos y competentes del ejército de Brucal.

Cabalgaban en fila de a dos, con Pug junto a un soldado, detrás de Kulgan y Meecham. Desde delante llegó la orden de alto, y Pug detuvo su caballo y desmontó. Sobre un jubón acolchado ligero llevaba una cota de mallas bien engrasada. Sobre ella iba un tabardo del ejército de LaMut, con la cabeza de lobo gris inscrita en un círculo azul en el centro. Llevaba gruesos pantalones de lana remetidos en las botas. Tenía un escudo en el brazo izquierdo, y su espada colgaba del cinturón; se sentía un verdadero soldado. La única nota discordante era su casco, que era un poco grande y le daba una apariencia un tanto cómica.

El capitán Vandros llegó hasta donde estaba esperando Kulgan, y desmontó.

—Los exploradores han descubierto un campamento a un kilómetro delante de nosotros. Creen que los guardias no los han visto. —El capitán sacó un mapa—. Estamos aproximadamente aquí. Llevaré a mis hombres y atacaremos la posición enemiga. La caballería de Zün nos apoyará por los flancos. El teniente Garth estará al mando de la columna en la que irán ustedes. Pasarán de largo del campamento enemigo y seguirán hacia las montañas. Intentaremos seguirlos si podemos, pero si no nos hemos reunido con ustedes al amanecer, deberán seguir solos. Muévanse constantemente, aunque sea al paso. Fuercen a los caballos, pero traten de mantenerlos vivos. A caballo se puede evitar a esos alienígenas, pero a pie no tendrían ninguna oportunidad de volver. Corren como demonios. Una vez lleguen a las montañas, han de atravesar el paso. Entren en el valle una hora después del alba. El

Paso del Norte será atacado al amanecer, así que si consiguen entrar en el valle espero que encuentren poca oposición entre ustedes y el Paso del Norte. Una vez dentro del valle, no se paren por nada. Si un hombre cae, hay que abandonarlo. La misión es llevar la información de vuelta a los comandantes. Ahora intenten descansar. Puede ser su última oportunidad en algún tiempo. Atacaremos dentro de una hora.

Volvió con su caballo al frente de la columna. Kulgan, Meecham y Pug se sentaron en silencio. El mago no llevaba armadura porque afirmaba que interferiría su magia. Pug se sentía más inclinado a pensar que interferiría con su considerable cintura. Meecham llevaba una espada al cinto, como los demás, pero sostenía un arco de jinete. Prefería disparar con el arco al cuerpo a cuerpo, aunque Pug sabía, por las largas horas de entrenamiento a sus órdenes, que las espadas no le resultaban ajenas.

La hora pasaba lentamente y Pug sentía una creciente excitación, porque aún estaba poseído por infantiles ideas de gloria. Había olvidado el terror de la lucha con los Hermanos Oscuros antes de llegar a las Torres Grises.

Se corrió la voz y volvieron a montar. Al principio cabalgaron lentamente, hasta que tuvieron a los tsurani a la vista. Cuando los árboles empezaron a clarear, tomaron velocidad, y cuando alcanzaron el claro pusieron los caballos al galope. Se habían dispuesto grandes terraplenes de tierra como defensa contra las cargas de caballería. Pug también pudo ver los coloridos cascos de los tsurani apresurándose a defender su campamento. Mientras los jinetes cargaban, se pudo oír el eco de los sonidos de la lucha entre los árboles, al enzarzarse las tropas zünesas con otros campamentos enemigos.

El suelo retumbaba bajo los caballos mientras cabalgaban directos hacia el campamento, con el sonido de una tempestad que se acercaba. Los soldados tsurani se quedaron detrás de los terraplenes disparando flechas, la mayoría de las cuales se quedaron cortas. Cuando el primer grupo de la columna llegó a los terraplenes, el segundo grupo viró a la izquierda, alejándose en ángulo del campamento. Aquí había algunos soldados tsurani fuera de los terraplenes, que fueron segados como el trigo por una guadaña. Dos estuvieron a punto de golpear a los jinetes con sus espadones a dos manos, pero fallaron. Meecham, que conducía su caballo con las piernas, los derribó con dos rápidos flechazos.

Pug oyó relinchar a un caballo entre los sonidos de lucha a su espalda, y de repente se encontró atravesando la maleza y entrando en el bosque. Cabalgaban tan rápido como podían, acortando camino entre los árboles, agachándose para esquivar las ramas bajas, la escena un calidoscopio de verdes y marrones.

La columna cabalgó durante casi media hora, y entonces redujo el ritmo porque los caballos empezaban a cansarse. Kulgan llamó al teniente Garth, y se detuvieron para comprobar su posición en el mapa. Si se movían lentamente durante el resto del día y de la noche, llegarían a la boca del paso antes del amanecer.

Meecham miró por encima de las cabezas del teniente y de Kulgan mientras éstos estaban arrodillados en el suelo.

—Conozco este sitio. Yo cazaba por aquí cuando niño, cuando vivía cerca de Hüsh.

Pug se sorprendió. Era la primera vez que Meecham mencionaba algo acerca de su pasado. Pug había supuesto que Meecham era de Crydee, y le sorprendió descubrir que había vivido su juventud en las Ciudades Libres. Pero lo difícil era imaginarse a Meecham de niño.

—Hay un sendero sobre la cresta de las montañas —siguió el vasallo—, una senda que lleva entre dos de los picos menores. Es poco más que un camino de cabras, pero si conducimos a los caballos toda la noche, podemos estar en el valle al amanecer. Este camino es difícil de encontrar desde este lado si no sabes dónde está. Desde el lado del valle, es casi imposible. Me apuesto a que los tsurani no saben nada de él.

El teniente miró a Kulgan con expresión interrogativa. El mago se volvió hacia Meecham.

—Merece la pena intentarlo. Podemos marcar nuestra ruta para Vandros. Si avanzamos lentamente, podría alcanzarnos antes de que llegemos al valle.

—Está bien —dijo el teniente—, nuestra principal ventaja es la movilidad, así que pongámonos en movimiento. Meecham ¿por dónde saldremos?

El grandullón se inclinó sobre el hombro del teniente y señaló un punto en el mapa cerca del extremo meridional del valle.

—Por aquí. Si nada más salir nos dirigimos al oeste durante un kilómetro más o menos, y luego torcemos hacia el norte, llegaremos al corazón del valle. —Indicaba con el dedo mientras hablaba—. Este valle es sobre todo boscoso al norte y al sur, con una pradera en el centro. Allí es donde estarán si tienen un campamento grande. Es terreno abierto, así que si los alienígenas no han montado algo sorprendente, deberíamos ser capaces de atravesarlo a caballo antes de que puedan organizarse para detenernos. Lo peliagudo va a ser atravesar el bosque del norte si tienen soldados desplegados allí. Pero si los atravesamos, estaremos en el Paso del Norte.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó el teniente. Cuando nadie dijo nada, dio órdenes para que los hombres fueran a pie guiando a los caballos, y Meecham se puso al frente como guía.

Llegaron a la entrada del paso, o a lo que Pug pensó que Meecham había llamado acertadamente «camino de cabras», una hora antes de la puesta de sol. El teniente dispuso centinelas y ordenó que se desensillase a los caballos. Pug frotó a su montura con un manojo de hierba, y luego clavó una estaca en el suelo y la ató. Los treinta soldados estaban ocupados encargándose de sus caballos y sus armaduras. Pug podía sentir la tensión en el aire. La carrera a través del campamento tsurani había excitado a los soldados, y estaban ansiosos por luchar.

Meecham mostró a Pug cómo envolver la espada y el escudo con tiras de tela de las mantas de los soldados para amortiguar el ruido.

—No vamos a usar las mantas esta noche, y nada resuena más entre las colinas que el entrechocar de metal contra metal, chico. Excepto quizá el sonido de los cascos sobre la roca.

Pug observó cómo envolvía los cascos de los caballos con una especie de calcetines de cuero diseñados con tal propósito que llevaban en las alforjas. Pug se puso a descansar mientras el sol empezaba a ponerse. Esperó durante el corto crepúsculo primaveral hasta que escuchó la orden de volver a ensillar los caballos. Los soldados estaban empezando a formar una fila cuando él acabó.

Meecham y el teniente recorrían la columna, repitiendo las instrucciones a cada hombre. Se moverían en fila india, con Meecham al frente, el teniente segundo, y así hasta el último soldado. Pasaron una cuerda por los estribos izquierdos de los caballos, y cada hombre la agarró fuertemente a la vez que tomaba a su caballo de las riendas. Una vez que todos estuvieron en posición, Meecham inició la marcha.

El camino tenía una fuerte pendiente, y en algunos sitios los caballos sólo podían seguir a duras penas. En la oscuridad avanzaban lentamente, con cuidado de no salirse del sendero. En ocasiones, Meecham detenía la columna para otear al frente. Tras varias de esas paradas, la senda llegaba a su cima en un estrecho paso y empezaba a descender.

Una hora más tarde se ensanchaba, y pararon para descansar. Meecham y dos soldados se adelantaron para explorar la ruta, mientras que el resto de la columna se dejaba caer en el suelo para aliviar las cansadas piernas. Pug se daba cuenta de que el cansancio era tan resultado de la tensión creada por la silenciosa marcha como de la subida, pero eso no hacía que sus piernas se sintieran mejor.

Tras lo que pareció ser un descanso demasiado corto volvieron a ponerse en movimiento. Pug andaba trastabillando; la fatiga nublabla su mente hasta el punto en el que el mundo se convirtió en una rutina sin fin de levantar un pie y ponerlo delante del otro. Varias veces el caballo que iba delante de él estuvo literalmente remolcándolo por la cuerda que llevaba atada al estribo a la que estaba agarrado.

De repente Pug se dio cuenta de que la fila se había detenido y de que se encontraban en un hueco entre dos pequeñas colinas, desde donde se divisaba el suelo del valle. Desde aquí sólo llevaría unos minutos cabalgar ladera abajo.

Kulgan retrocedió hasta donde se encontraba el muchacho con su caballo. El rechoncho mago apenas parecía afectado por la subida, y Pug se preguntó por los músculos que debía haber bajo las capas de grasa.

—¿Qué tal estás, Pug?

—Viviré, supongo, pero creo que la próxima vez iré a caballo, si no hay inconveniente.

Hablaban en voz baja, pero al mago se le escapó una leve carcajada.

—Te comprendo por completo. Nos quedaremos aquí hasta las primeras luces. Eso será dentro de menos de dos horas. Te sugiero que duermas un poco, porque nos espera una cabalgada muy dura.

Pug asintió y se tumbó sin decir palabra. Usó el escudo de almohada y, antes de que el mago se hubiera alejado un paso, ya estaba completamente dormido. Ni siquiera se inmutó cuando llegó Meecham y le quitó los calcetines de cuero a su caballo.

Un suave zarandeo despertó a Pug. Se sentía como si acabara de cerrar los ojos sólo un momento antes. Meecham estaba agachado junto a él, ofreciéndole algo.

—Toma chico, come esto.

Pug cogió la comida que le ofrecían. Era un pan tierno, con un sabor que recordaba a las nueces. Tras dos mordiscos, empezó a sentirse mejor.

—Come rápido —dijo Meecham—, salimos en unos minutos.

Avanzó hacia donde estaban el teniente y el mago junto a sus caballos. Pug terminó con el pan y montó. El cansancio había abandonado sus piernas, y para cuando estuvo sobre su montura se sentía ansioso de partir.

El teniente dio la vuelta a su caballo y encaró a sus hombres.

—Cabalgaremos hacia el oeste; luego, a mi señal, hacia el norte. Combatid sólo si os atacan. Nuestra misión es volver con información acerca de los tsurani. Si cualquier hombre se cae, no podemos detenernos. Si alguno se separa de los demás, tendrá que volver como pueda. Recordad tanto de lo que veáis como sea posible, puesto que cada uno de vosotros puede ser el único que llegue hasta los duques con la información. Que los dioses nos protejan.

Varios de los soldados rezaron cortas plegarias a diversos dioses, principalmente a Tith, dios de la guerra, y luego se pusieron en marcha. La columna descendió por la ladera y llegó hasta el suelo del valle. El sol empezaba a asomarse por las colinas tras ellos, y un brillo rosáceo bañaba el paisaje. Al pie de las colinas cruzaron un pequeño arroyuelo y entraron en una pradera de hierba alta. A lo lejos al frente había una arboleda, y podía verse otra al norte. En el extremo norte del valle, el humo de los fuegos de campamento flotaba en el aire. El enemigo sí que estaba ahí, pensó Pug, y por la cantidad de humo debía haber una concentración grande de ellos. Deseó que Meecham estuviera en lo cierto y todos estuviesen desplegados en el terreno abierto, donde los soldados del reino tenían buenas posibilidades de sobrepasarlos al galope.

Tras un rato, el teniente hizo correr la voz y la columna viró hacia el norte. Iban trotando, reservando a los caballos para cuando realmente necesitasen la velocidad.

Pug pensó haber visto retazos de color entre los árboles que había ante ellos, pero no estaba seguro. Cuando se acercaban al bosque, surgió un grito de entre los árboles.

El teniente alzó la voz.

—Ya nos han visto. Al galope y manteneos juntos.

Espoleó su caballo, y pronto la compañía entera irrumpió como un trueno en el bosque. Pug vio que los caballos que iban delante de él torcían hacia la izquierda y los siguió, viendo un claro entre los árboles. El sonido de las voces se fue haciendo más fuerte a medida que los primeros árboles pasaban a su lado y sus ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad del bosque. Tuvo la esperanza de que su caballo viera mejor que él, pues de lo contrario terminaría estampándose contra un tronco.

El caballo, rápido y entrenado para el combate, avanzaba entre los árboles, y Pug pudo empezar a ver destellos de color entre las ramas. Los soldados tsurani corrían a interceptar a los jinetes, pero se veían obligados a navegar por la espesura, lo que lo hacía imposible. Atravesaban los bosques más rápido de lo que los tsurani podían correr la voz y reaccionar. Pug sabía que esta ventaja de la sorpresa no duraría mucho más; estaban haciendo demasiado jaleo como para que el enemigo no se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Tras una enloquecida carrera entre la floresta, irrumpieron en otro claro donde los esperaban algunos soldados tsurani. Los jinetes cargaron y la mayoría de los defensores se dispersaron para evitar ser arrollados. Sin embargo, uno mantuvo la posición a pesar del terror que tenía escrito en la cara, y golpeó con el espadón azul que empuñaba. Un caballo relinchó y el jinete fue derribado cuando la espada rebanó la pata derecha de la montura. Pug perdió de vista la lucha cuando siguió adelante a galope tendido.

Una flecha pasó por encima de su hombro, zumbando como una abeja enfadada. Pug se encorvó sobre su montura para dar a los arqueros que había a su espalda un blanco lo más pequeño posible. Frente a él, un soldado cayó de la silla, con una flecha roja clavada en el cuello.

Pronto estuvieron fuera del alcance de los arcos y cabalgando hacia un parapeto que bloqueaba una vieja carretera hacia las minas del sur. Cientos de figuras de brillantes colores se movían tras él. El teniente hizo una señal para que los rodeasen por el oeste.

Tan pronto como fue evidente que iban a rodear el parapeto y no a cargar contra él, varios arqueros tsurani subieron a duras penas a las paredes del reducto y corrieron a interceptar a los jinetes. Tan pronto llegaron al alcance de los arcos, el cielo se llenó de flechas rojas y azules. Pug oyó relinchar a un caballo, pero no pudo ver al animal herido ni a su jinete.

Galopando fuera del alcance de los arqueros, entraron en otra densa arboleda. El teniente detuvo su montura un instante.

—De aquí en adelante —gritó—, siempre en dirección norte. Casi estamos en la pradera, así que no habrá cobertura y la velocidad será nuestra única aliada. Una vez

que estéis en los bosques del norte, seguid moviéndoos. Nuestras tropas ya deberían haberse abierto paso por allí, y si lográsemos atravesar esa espesura, deberíamos estar a salvo.

Meecham había dicho que los bosques tenían unos tres o cuatro kilómetros de diámetro. Desde allí, eran cinco kilómetros de terreno abierto hasta la entrada del Paso del Norte por las colinas.

Redujeron al paso el ritmo de los caballos, tratando de que descansaran tanto como fuera posible. Podían ver las diminutas siluetas de los tsurani viniendo por detrás, pero estos no lograrían alcanzarlos antes de que los caballos volvieran a galopar. Al frente Pug podía ver los árboles del bosque, haciéndose más grandes con cada minuto que pasaba. Podía sentir los ojos que seguramente habría allí, observando, esperando.

—Tan pronto como llegemos al alcance de sus arcos, galopad tan rápido como podáis —gritó el teniente.

Pug vio que los soldados sacaban las espadas y los arcos, y desenvainó su propia espada. Sintiéndose incómodo con el arma aferrada en la mano derecha, hizo trotar a su caballo hacia los árboles.

De repente el aire se llenó de flechas. Pug sintió que una le daba de refilón en el casco, pero aun así le lanzó la cabeza hacia atrás e hizo que le lloraran los ojos. Apremió al caballo a ciegas, parpadeando para intentar aclararse la vista. Tenía el escudo en la mano izquierda y la espada en la derecha, y para cuando hubo parpadeado lo suficiente para poder ver, se encontró en el bosque. Su caballo de guerra respondió a la presión de sus piernas mientras se adentraba en la arboleda.

Un soldado vestido de amarillo salió bruscamente de detrás de un árbol y le lanzó un tajo al muchacho. Pug paró el golpe con el escudo, lo que transmitió la fuerza del impacto por su brazo izquierdo, adormeciéndoselo. Levantó la espada y la descargó contra el soldado, que saltó a un lado, esquivando el golpe. Espoleó a su caballo antes de que el soldado pudiera ponerse en posición para volver a atacar. A su alrededor, el bosque era un clamor de sonidos de batalla. Apenas podía distinguir a los demás jinetes entre los árboles.

En varias ocasiones arrolló a soldados tsurani que intentaron cerrarle el paso. Una vez, uno de ellos trató de agarrarse a las riendas del caballo, pero Pug se lo quitó de encima con un fuerte golpe en el casco, parecido a una olla. A Pug le parecía que todos estaban metidos en un loco juego del escondite, con soldados de infantería saltando desde detrás de casi todos los árboles.

Un fuerte dolor lo golpeó en la mejilla derecha. Tanteando con el dorso de la mano de la espada mientras se abría paso por el bosque, sintió algo húmedo, y cuando retiró la mano pudo ver sangre. Sintió una curiosidad indiferente. Ni siquiera había oído la flecha que le había hecho el corte.

Dos veces más derribó a soldados que fueron echados a un lado por el caballo. Repentinamente, estuvo fuera del bosque y fue asaltado por un calidoscopio de imágenes. Se detuvo unos instantes para hacerse cargo de la escena. A menos de un centenar de metros al oeste del sitio por el que había salido se encontraba un aparato de unos treinta metros de largo, con postes de siete metros de alto a cada extremo. A su alrededor había reunidos varios hombres, los primeros tsurani que había visto Pug que no llevaban armadura. Estos hombres vestían túnicas negras e iban completamente desarmados. Entre los postes el aire estaba cubierto por una neblina gris igual que la que había visto en la habitación de Kulgan, tapando la zona que estaba directamente detrás. De la neblina emergía un carromato tirado por dos bestias grises y achaparradas con seis patas, conducidas por dos soldados con armaduras rojas. Había varios carromatos más junto a la máquina, y se podía ver algunas de las extrañas bestias paciendo al otro lado de los carromatos.

Junto al extraño ingenio, un enorme campamento se extendía por toda la pradera, con más tiendas de las que Pug pudo contar. Sobre ellas ondeaban al viento estandartes con extraños dibujos de colores chillones, y el humo que se alzaba de los fuegos de campamento asaltó su nariz con un olor acre que arrastraba la brisa.

Más jinetes salían de entre los árboles, y Pug espoleó a su caballo para que avanzara, alejándose del extraño dispositivo. Las bestias de seis patas levantaron sus cabezas y se apartaron de los caballos que se les venían encima, haciendo el esfuerzo mínimo necesario para apartarse del camino de los jinetes.

Uno de los hombres ataviado con una túnica negra corrió hacia ellos. Se paró y se quedó a un lado mientras estos pasaban. Pug pudo ver su rostro durante un instante, afeitado, sus labios en movimiento y su mirada fija en algo detrás del muchacho. Oyó un grito y al mirar atrás vio a un jinete derribado en el suelo, su caballo paralizado como una estatua. Varios centinelas se lanzaban a capturar al hombre cuando el muchacho se dio la vuelta. Una vez pasado de largo el extraño aparato, pudo ver a la izquierda una serie de grandes tiendas de colores vivos. Al frente, el camino estaba despejado.

Pug encontró con la mirada a Kulgan, y dirigió a su caballo para acercarse al mago. A unos treinta metros a la derecha pudo ver otros jinetes. Mientras estos se alejaban a toda marcha, Kulgan le gritó algo que no pudo oír. El mago se señaló la mejilla, y luego señaló a Pug, que se dio cuenta de que le preguntaba si estaba bien. Agitó la espada y sonrió, y el mago le respondió con otra sonrisa.

De repente, a unos cien metros al frente, un fuerte zumbido llenó el aire, y un hombre ataviado con una túnica negra apareció como de la nada. El caballo de Kulgan se lanzó contra él, pero el hombre empuñaba un objeto de aspecto extraño con el que apuntó al mago.

El aire crepité con energía. El caballo de Kulgan relinchó y cayó como si le

hubieran dado un hachazo. El orondo mago salió despedido por encima de la cabeza del animal y cayó sobre su hombro. Con una asombrosa exhibición de agilidad, se puso en pie y se lanzó contra el hombre de negro.

Pug se detuvo a pesar de la orden de seguir adelante. Hizo girar a su caballo y volvió para encontrarse a Kulgan sentado sobre el pecho del enemigo, cada uno de ellos aferrando la muñeca izquierda del otro con su mano derecha. Pug pudo ver que estaban enzarzados, mirándose fijamente, en un duelo de voluntades. Kulgan le había explicado antes a Pug este extraño poder mental. Era una forma en la que un mago podía doblegar la voluntad de otro ante la suya propia. Requería una gran concentración y era muy peligroso. Pug saltó de su montura y corrió hasta donde los dos hombres estaban enzarzados en su lucha. Con el plano de la espada, golpeó al hombre de negro en la sien. El brujo cayó inconsciente.

Kulgan se puso en pie a duras penas.

—Gracias Pug. No creo que pudiera haberlo superado. Nunca me había encontrado con tanta fuerza mental. —Kulgan miró a su caballo que yacía temblando en el suelo—. Ya no sirve. Escucha bien, porque tendrás que llevarle las noticias a Lord Borric. Por la velocidad con la que ese carromato salía de la brecha, calculo que pueden traer varios centenares de hombres al día, quizá muchos más. Dile al duque que sería suicida tratar de apoderarse la máquina. Sus magos son demasiado poderosos. No creo que podamos destruir el artilugio que usan para mantener abierta la fractura. Si tuviera tiempo de estudiarla... debe llamar refuerzos de Krondor, quizá del Este.

Pug agarró a Kulgan por el brazo.

—No me voy a acordar de todo, iremos los dos en mi caballo.

Kulgan empezó a protestar pero estaba demasiado débil para impedir que el muchacho lo arrastrase hasta donde estaba su montura. Ignorando las protestas de Kulgan, obligó a su maestro a subir a la silla. Pug dudó un momento, dándose cuenta del cansancio del animal, y entonces tomó una decisión.

—Si nos tiene que llevar a los dos nunca lo conseguirá, Kulgan —gritó a la vez que le daba una palmada en el costado al animal—. Ya encontraré otro.

Pug rastreó la zona con la mirada mientras el caballo que llevaba a Kulgan se iba al galope. Una montura sin jinete vagaba cerca, a menos de seis metros, pero cuando se le acercó, el caballo se encabritó. Maldiciendo, Pug se dio la vuelta y se encontró de frente con el tsurani de la túnica negra que se estaba poniendo en pie. El hombre parecía confuso y débil, y Pug le embistió. Sólo había un pensamiento en su mente: capturar un prisionero, y según todas las apariencias, un mago tsurani. Pug cogió por sorpresa al brujo, derribándolo.

El hombre se arrastró hacia atrás alarmado cuando Pug levantó la espada de forma amenazadora. El hombre extendió la mano, en lo que Pug tomó como un gesto

de rendición, y el muchacho se detuvo. De repente una sacudida de dolor lo atravesó, y tuvo que esforzarse por mantenerse en pie. Avanzó tambaleándose sin rumbo fijo, y a través de la agonía vio a una figura familiar que cabalgaba hacia él, gritando su nombre.

Pug agitó la cabeza, y de repente el dolor se desvaneció. Meecham galopaba hacia él, y supo que el vasallo podía llevarse al tsurani al campamento del duque si él le impedía la huida. Así que se dio la vuelta y se acercó al tsurani que aún estaba en el suelo. Una mirada de espanto cruzó el rostro del mago cuando vio que el muchacho volvía a avanzar hacia él. Pug oyó como Meecham gritaba su nombre desde detrás, pero no apartó los ojos del tsurani.

Varios soldados enemigos atravesaron corriendo el prado, tratando de ayudar al mago caído, pero Pug estaba a pocos metros de distancia y Meecham llegaría en unos instantes.

El brujo se puso en pie de un salto y se metió la mano en la túnica. Sacó un pequeño aparato y lo activó. El objeto emitió un sordo zumbido. Pug se lanzó contra el hombre decidido a quitarle el chisme de la mano, fuera lo que fuese. El objeto zumbó más fuerte, y pudo oír como Meecham volvía a gritar su nombre mientras él golpeaba al mago, hundiendo su hombro en el estómago del hombre.

De repente, el mundo explotó en blanco y azul, y se sintió caer a través de un arco iris de colores hasta un pozo de negrura.

Pug abrió los ojos. Durante unos instantes se esforzó por enfocarlos, porque todo lo que había en su campo visual parecía estar parpadeando. Entonces se despertó por completo y se dio cuenta de que era de noche y el parpadeo provenía de los fuegos de campamento que había a poca distancia de donde se encontraba tumbado. Trató de sentarse y se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda. Oyó un gruñido junto a él. En la tenue luz pudo distinguir los rasgos de un soldado de caballería de LaMut que estaba tumbado a pocos metros de distancia. También estaba atado. Su rostro estaba macilento, y tenía un corte de bastante mal aspecto desde el cuero cabelludo hasta el pómulo, cubierto con una costra de sangre seca.

La atención de Pug quedó distraída por el sonido de voces que susurraban tras él. Se dio la vuelta y vio a dos centinelas tsurani equipados con armaduras azules montando guardia. Había varios prisioneros atados más entre el muchacho y los dos alienígenas, que conversaban en su idioma musical. Uno se dio cuenta de los movimientos de Pug y le dijo algo al otro, que asintió y se alejó a paso rápido.

En un momento, volvió con otro soldado, éste ataviado con una armadura roja y amarilla con un gran penacho en el casco, que ordenó a los otros guardias que levantaran a Pug. Lo pusieron en pie bruscamente, y el recién llegado se puso ante él y le echó un vistazo. El hombre tenía el pelo oscuro y los ojos rasgados y separados que

Pug había visto antes entre los muertos tsurani. Sus mejillas eran chatas y tenía una frente ancha, rematada por una densa cabellera. A la tenue luz de las hogueras, su piel parecía de un color casi dorado.

Excepto por su baja estatura, la mayoría de los soldados tsurani podían pasar por ciudadanos de muchas de las naciones de Midkemia, pero esos hombres dorados, como los llamaba Pug, se parecían a unos mercaderes keshianos que Pug había visto en Crydee unos años antes, provenientes de la lejana ciudad comercial de Shing Lai.

El oficial inspeccionó la ropa de Pug. Luego se arrodilló e inspeccionó las botas que llevaba puestas. Se puso de pie y le ladró una orden al soldado que había ido a buscarlo, que saludó y se volvió hacia Pug. Cogió al atado muchacho y se lo llevó, siguiendo una ruta serpenteante por el campamento tsurani.

En el centro del castro colgaban de sus mástiles grandes pendones, dispuestos en círculo alrededor de una gran tienda. Todos tenían extraños dibujos, criaturas de formas estrafalarias pintadas en colores chillones. Varios tenían escritos caracteres de un extraño lenguaje. Fue hasta este sitio al que medio empujaron y medio arrastraron a Pug, pasando junto a centenares de soldados tsurani que estaban tranquilamente sentados puliendo sus armaduras de cuero y reparando sus armas. Varios levantaron la vista cuando él pasó, pero el campamento estaba desprovisto del habitual ruido y el bullicio de los acuartelamientos de su ejército. Había algo más que los coloridos y extraños estandartes para dar a este sitio un ambiente de otro mundo. Pug trató de fijarse en los detalles, por si podía escaparse e informar de algo útil al duque Borric, pero se encontró con que sus sentidos se veían traicionados por tantas imágenes poco familiares. No sabía qué cosas de las que veía eran importantes.

A la entrada de la gran tienda, al soldado que lo conducía le salieron al paso otros dos, que llevaban armaduras naranjas y negras. Un rápido intercambio de palabras tuvo como resultado que levantaran la solapa de la entrada y Pug fuera empujado al interior. Cayó hacia delante sobre una gruesa pila de pieles y esterillas. Desde donde estaba tirado, podía ver más estandartes colgados en las paredes de la tienda. El interior estaba ricamente decorado, con colgaduras de algo parecido a la seda, gruesas alfombras y cojines.

Unas manos lo pusieron bruscamente en pie, y pudo ver que había varios hombres observándolo. Todos vestían la ostentosa armadura y los yelmos emplumados de los oficiales tsurani excepto dos. Estaban sentados en una plataforma elevada cubierta de cojines. El primero llevaba una sencilla túnica negra con la capucha echada hacia detrás, revelando un rostro enjuto y pálido bajo una calva: un mago tsurani. El otro vestía una túnica naranja de aspecto lujoso con resaltes en negro, cortada un poco por debajo de las rodillas y los codos, lo que le daba un aspecto de mayor comodidad. Por su aspecto fibroso y musculoso, y varias cicatrices visibles, Pug supuso que este hombre era un guerrero que se había quitado la

armadura para pasar la noche.

El hombre de negro dijo algo a los otros en un idioma agudo y musical. Ninguno de los demás habló, pero el de la túnica anaranjada asintió. La gran tienda estaba iluminada por un solo brasero que se hallaba cerca de donde se sentaban los dos hombres vestidos con túnicas. El individuo delgado de la túnica negra se adelantó, y la luz del brasero iluminó su rostro desde abajo, dándole un aspecto decididamente demoníaco. Sus palabras sonaron altivas, y con un fuerte acento.

—Sé sólo... un poco... tu idioma. ¿Tú comprendes?

Pug asintió. Su corazón palpitaba con intensidad mientras su mente trabajaba furiosamente. El entrenamiento con Kulgan empezaba a ponerse en funcionamiento. Primero se calmó, aclarando la niebla que había atenazado su mente. Entonces extendió todos sus sentidos, automáticamente, recogiendo hasta el último fragmento de información disponible, buscando cualquier mínimo conocimiento que pudiera aumentar sus posibilidades de supervivencia. El soldado más cercano a la entrada parecía estar descansando, con el brazo izquierdo detrás de la cabeza y tumbado sobre una pila de cojines, apenas prestando atención al cautivo. Pero Pug se dio cuenta de que su otra mano nunca estaba a más de unos pocos centímetros de la empuñadura de una daga de aspecto perverso. Un breve destello de la luz sobre el esmalte reveló la presencia de la empuñadura de otra daga, que sobresalía de debajo de un cojín junto al codo derecho del hombre de naranja.

El hombre de negro habló despaciosamente.

—Escucha, porque yo te digo algo. Entonces tú preguntado preguntas. Si tú mientes, tú mueres. Lentamente. ¿Comprendes?

Pug asintió. No tenía duda alguna.

—Este hombre —dijo el individuo de la túnica negra señalando al de la corta prenda naranja— es un... gran hombre. Él es... un hombre alto. Él es... —El hombre usó una palabra que Pug no pudo identificar. Cuando negó con la cabeza, el mago dijo—: Su familia grande... Minwanabi. Él segundo de... —se quedó parado buscando el término exacto, y luego movió la mano en un círculo, como si indicase a todos los hombres que había en la tienda, oficiales a juzgar por sus penachos— hombre que manda.

Pug asintió.

—Tu señor —dijo en voz baja.

El mago entrecerró los ojos, como si estuviese a punto de quejarse porque Pug hablara sin que se lo indicaran, pero en su lugar hizo una pausa.

—Sí —dijo al fin—, Señor de la Guerra. Por la voluntad de él aquí estamos. Éste es el segundo del Señor de la Guerra. —Señaló al hombre vestido de naranja, que asistía impasible—. Tú no nada para este hombre.

Era obvio que se sentía frustrado ante su incapacidad para comunicar lo que

deseaba. Estaba claro que este señor era algo muy especial para su propia gente, y el intérprete estaba tratando de que Pug fuera consciente de ello.

El señor cortó al intérprete y dijo varias cosas, luego inclinó la cabeza en dirección a Pug. El mago calvo inclinó la cabeza en señal de obediencia, y luego volvió su atención hacia Pug.

—¿Tú eres señor?

Pug se sorprendió, y tartamudeó una negativa. El mago asintió, tradujo y recibió instrucciones por parte del señor. Se volvió hacia Pug.

—¿Tú llevas ropa como señor, verdad?

Pug asintió. Su blusa era de un tejido de mayor calidad que el casero del que estaban hechas las camisas de los soldados. Intentó explicar su posición como miembro de la corte del duque. Tras varios intentos se resignó ante la conclusión que sacaron de que era algún tipo de sirviente de alto rango.

El mago cogió un pequeño objeto y se lo enseñó. Tras dudar unos instantes, el muchacho alargó la mano y lo cogió. Era un cubo de algún material cristalino, atravesado por vetas rosáceas. Tras sostenerlo un momento en la mano, adquirió un tenue resplandor rosado. El hombre vestido de naranja dio una orden, y el mago tradujo.

—Este señor dice, ¿cuántos hombres pasaron por...? —dudó y señaló.

Pug no tenía ni idea de dónde estaba, ni de hacia dónde estaba señalando.

—No sé dónde estoy —dijo—. Estaba inconsciente cuando me trajeron aquí.

El mago se sentó pensativo durante unos instantes, luego se levantó.

—Por ahí —dijo señalando en ángulo recto respecto a la dirección hacia la que había señalado antes— hay montaña alta, más alta que las demás. Por ahí —mover la mano un poco—, en el cielo, están cinco fuegos, así. —Sus manos trazaron una forma.

Tras un momento, Pug comprendió. El hombre había señalado hacia donde se encontraba Montaña de Piedra, y hacia donde colgaba en el cielo la constelación de las Cinco Joyas. Se encontraba en el valle donde habían efectuado la incursión. El paso indicado era la ruta de escape.

—Yo... realmente no sé cuantos.

El mago miró de cerca el cubo que Pug tenía en la mano. Seguía brillando con su suave tono rosado.

—Bueno. Tú dices verdad.

Entonces, Pug comprendió que sostenía algún tipo de dispositivo que informaría a sus captores si trataba de engañarlos. Sintió que la negra desesperación caía sobre él. Supo que cualquier esperanza de sobrevivir que tuviera implicaría traicionar de algún modo a su tierra.

El mago le hizo algunas preguntas más sobre la naturaleza de la fuerza que se encontraba en el exterior del valle. Cuando la mayoría quedaron sin respuesta, puesto

que Pug no había participado en las reuniones de planificación estratégica, las preguntas cambiaron a temas más generales, acerca de cosas comunes en Midkemia, pero que parecían fascinar a los tsurani.

La entrevista duró varias horas. Pug se sintió desfallecer en varias ocasiones al mezclarse la presión de la situación con el simple cansancio. En una de dichas ocasiones le dieron a beber una bebida fuerte que restauró sus fuerzas durante algún tiempo, pero que lo dejó algo mareado.

Respondió a todas las preguntas. En algunas ocasiones logró superar el detector de mentiras contando sólo parte de la información que le pedían, sin decir nada voluntariamente. Algunas de esas veces, se dio cuenta de que tanto el señor como el mago estaban molestos por no poder entender las respuestas incompletas o demasiado complicadas. Finalmente el señor indicó que la entrevista había finalizado, y arrastraron afuera a Pug. El mago fue tras él.

Fuera de la tienda, el mago se plantó frente a Pug.

—Mi señor dice: «Yo creo que este sirviente —señaló al pecho de Pug— él es... — le costó encontrar la palabra— él es listo». Mi señor no le importan los sirvientes listos, porque trabajan bien. Pero él cree que tú demasiado listo. Él dice que diga que tú tengas cuidado, porque ahora eres esclavo. Esclavo listo puede vivir mucho tiempo. Esclavo demasiado listo, muere enseguida si es... —Se paró de nuevo, y entonces una amplia sonrisa cruzó el rostro del mago—. Si es afortun... afortunado. Sí... esa es la palabra. —Repitió la palabra una vez más, como si la saboreara—. Afortunado.

A Pug lo condujeron de vuelta al área de confinamiento y lo dejaron solo con sus pensamientos. Miró a su alrededor y vio que algunos otros prisioneros estaban despiertos. La mayoría tenía aspecto confuso y desanimado. Uno lloraba abiertamente. Pug levantó la vista hacia el cielo y vio el brillo rosado en las montañas del este, anunciando la llegada del amanecer.

Conflictos

La lluvia era incesante.

Acurrucado cerca de la boca de la cueva, un grupo de enanos se sentaba alrededor de un pequeño fuego para cocinar, con las tinieblas del día reflejadas en sus rostros. Dolgan fumaba su pipa y los otros estaban trabajando en sus armaduras, reparando los cortes y las roturas en el cuero, limpiando y aceitando el metal. Una olla de estofado se cocía al fuego.

Tomas estaba sentado al fondo de la cueva, con la espada cruzada sobre las rodillas. Miraba a los otros sin verlos, ya que su atención estaba perdida, fija en algún punto más allá.

En siete ocasiones los enanos de las Torres Grises habían hecho salidas contra los invasores, y las siete veces les habían causado graves pérdidas. Pero en cada ocasión había quedado claro que el número de los tsurani seguía sin disminuir. Ahora faltaban muchos enanos y los enemigos habían pagado un elevado precio por sus vidas, pero el pagado por las familias de las Torres Grises había sido aún más alto. Los longevos enanos tenían menos hijos, y más separados en el tiempo, que los humanos. Cada pérdida perjudicaba a su raza mucho más de lo que los humanos hubieran podido imaginar.

Cada vez que los enanos se habían reunido y atacado el valle a través de las minas, Tomas había estado en la vanguardia. Su yelmo dorado era una señal para los demás. Su espada dorada se alzaba sobre la refriega y luego descendía para cobrarse su tributo sobre el enemigo. En la batalla el muchacho del castillo se transformaba en una figura poderosa, un héroe luchador cuya presencia en el campo causaba un temor reverencial en los tsurani. Si le hubiera quedado duda alguna acerca del carácter mágico de su arma y su armadura tras expulsar al espectro, éstas habían quedado disipadas la primera vez que las portó en combate.

Se habían reunido treinta guerreros enanos de Caldara y se habían aventurado por las minas hasta una entrada en el extremo meridional del valle. Sorprendieron a una patrulla tsurani no muy lejos de las minas y acabaron con ella. Pero durante el

transcurso de la lucha, Tomas había quedado separado de los enanos por tres guerreros tsurani. Cuando se lanzaban contra él, con las espadas levantadas por encima de sus cabezas, sintió como si algo se apoderara de su ser. Escurriéndose entre dos de ellos, como un acróbata enloquecido, los había matado a ambos con un solo golpe transversal. Al tercero lo había liquidado por detrás antes de que tuviera tiempo de recuperarse del rápido movimiento.

Tras la refriega, Tomas se había encontrado lleno de una excitación que le resultaba novedosa, y de algún modo también le asustaba. Desde aquella batalla se había encontrado lleno de un energía desconocida.

En cada una de las luchas que habían seguido, había demostrado el mismo poder y la misma habilidad con las armas. Pero la excitación se había vuelto más urgente, y las dos últimas veces habían empezado las visiones. Ahora, por primera vez, las visiones llegaban espontáneamente. Eran transparentes, como imágenes sobrepuestas.

Podía ver a los enanos a través de ellas, igual que el bosque que se encontraba al otro lado. Pero sobre ellos se desarrollaba una escena de gente largo tiempo muerta y lugares desvanecidos de la memoria de los vivos. Estancias decoradas con tapices de oro estaban iluminadas por antorchas que hacían destellar el cristal que había en las mesas. Copas que nunca habían sido tocadas por mano humana se alzaban hasta unos labios que se curvaban en sonrisas poco familiares. Los grandes señores de una raza largo tiempo muerta celebraban un banquete ante sus ojos. Eran extraños, y a pesar de todo familiares. De aspecto parecido al humano, pero con orejas y ojos de elfo. Altos como los elfos, pero más anchos de hombros y de brazos más fuertes. Las mujeres eran bellas, pero de una forma alienígena.

El sueño tomó forma y sustancia, más vivido que ninguno de los que había experimentado antes. Tomas se esforzó por oír las tenues risas, el sonido de la extraña música y las palabras pronunciadas por dicha gente.

La voz de Dolgan lo sacó de su ensoñación.

—¿Quieres comer algo, chavalín?

Sólo pudo responder con una parte de su consciencia, mientras se levantaba y cruzaba el espacio que los separaba para coger la escudilla de estofado de ternera que le ofrecían. Cuando su mano tocó la escudilla, la visión se desvaneció, y agitó la cabeza para despejarla.

—¿Estás bien, Tomas?

Sentándose lentamente, el joven miró a su amigo por unos instantes.

—No estoy seguro —dijo dubitativo—. Hay algo. Yo... yo no estoy completamente seguro. Sólo estoy cansado, supongo.

Dolgan miró al muchacho. Los estragos del combate se mostraban en su joven rostro. Ya parecía menos un muchacho y más un hombre.

Pero aparte del normal endurecimiento del carácter que cabía esperar por los

combates, algo más le estaba pasando. Dolgan todavía no había decidido si el cambio era para bien o para mal, o siquiera si podía considerarse en dichos términos. Seis meses observando a Tomas no eran suficientes para llegar a una conclusión.

Desde que se había puesto la armadura que le regaló el dragón, se había convertido en un guerrero de proporciones épicas. Y el chico... no, el joven, estaba ganando peso, aunque a menudo la comida fuera escasa. Era como si algo estuviera actuando para hacerlo crecer lo suficiente como para adaptarse a la armadura. Y sus rasgos estaban adquiriendo un matiz extraño. Su nariz había adoptado una forma un poco más aguileña, más finamente cincelada que antes. Sus cejas se habían vuelto más arqueadas, y los ojos se le habían hundido un poco en el cráneo. Seguía siendo Tomas, pero Tomas con un pequeño cambio de apariencia, como si llevase puesta la expresión de otra persona.

Dolgan dio una larga calada a su pipa y miró el tabardo blanco que llevaba su camarada. Siete veces en combate, y libre de manchas. Era como si la suciedad, la sangre y cualquier otro tipo de contaminación fuesen repelidos por la tela. Y el motivo del dragón dorado brillaba tan intensamente como cuando lo habían encontrado. Y lo mismo pasaba con el escudo que llevaba en combate. Lo habían golpeado múltiples veces y seguía sin mella. Los enanos estaban extrañados por este asunto, puesto que desde hacía mucho tiempo, su raza había usado la magia para fabricar poderosas armas. Pero esto era algo más. Esperarían a ver qué traía consigo antes de juzgar.

Mientras acababan su exigua comida, llegó al claro de delante de la cueva uno de los centinelas del perímetro del campamento.

—Alguien viene.

Los enanos tomaron las armas y se prepararon rápidamente. Pero en vez de los tsurani de estrafalarias armaduras, apareció un hombre vestido con la chaqueta y la capa de color gris oscuro de los Montaraces Nataleses. Caminó directamente hasta el centro del claro y gritó, con la voz ronca de haber pasado días corriendo por los húmedos bosques:

—Saludos, Dolgan de las Torres Grises.

Dolgan dio un paso al frente.

—Saludos, Grimsworth de Natal.

Los montaraces servían de exploradores y mensajeros desde que los invasores se habían apoderado de la Ciudad Libre de Walinor. El hombre anduvo hasta la boca de la cueva y se sentó. Le dieron una escudilla de estofado.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Dolgan.

—Ninguna buena, me temo —respondió el otro entre cucharadas de estofado—. Los invasores mantienen un frente firme alrededor del valle, en el noroeste en dirección a LaMut. Walinor ha sido reforzada con tropas nuevas de su tierra, y

permanece como un cuchillo entre las Ciudades Libres y el Reino. Cuando me fui hace dos semanas, habían hecho tres incursiones contra el campamento principal del Reino. Hostigan a las patrullas de Crydee. Vengo a decir que se cree que pronto empezarán un avance en vuestra zona.

Dolgan estaba perplejo.

—¿Por qué piensan eso los duques? Nuestros vigías no han visto ningún aumento en la actividad de los alienígenas en esta zona. Todas las patrullas que mandan, las atacamos. Si acaso parece que nos dejan en paz.

—No estoy seguro. Oí que el mago Kulgan cree que los tsurani van detrás de los metales de vuestras minas, aunque el porqué lo desconozco. En cualquier caso, esto es lo que han dicho los duques. Creen que habrá un asalto contra las entradas a las minas que hay en el valle. También tengo que decir que puede que al extremo sur del valle estén llegando nuevas tropas tsurani, puesto que en el norte no ha habido asaltos de importancia, sólo las pequeñas incursiones. Ahora, debéis hacer lo que creáis mejor. —Y diciendo esto, devolvió su atención al estofado.

Dolgan pensó.

—Dime, Grimsworth, ¿qué noticias hay de los elfos?

—Pocas. Desde que los alienígenas han invadido el sur de los bosques élficos, estamos aislados. El último mensajero elfo había llegado una semana antes de que yo partiera. Lo último que sabemos es que habían detenido al enemigo en los vados del río Crydee, por donde éste atraviesa el bosque. También hay rumores de criaturas alienígenas que luchan junto a los invasores. Pero por lo que yo sé, sólo unos pocos aldeanos desmoralizados han visto a esas criaturas, así que yo no haría mucho caso de lo que dicen. Sin embargo, hay una noticia interesante. Parece que una patrulla de Yabon hizo un reconocimiento inusualmente amplio, llegando hasta las cercanías del Lago del Cielo. En las orillas encontraron los restos de algunos tsurani y de una partida de incursores trasgos de las Tierras del Norte. Por lo menos, no tenemos que preocuparnos por la frontera norte. Quizá podamos conseguir que se peleen entre ellos algún tiempo y nos dejen en paz.

—O que hagan causa común contra nosotros —dijo Dolgan—. Pero creo que eso es improbable, porque los trasgos suelen matar primero y negociar después.

Grimsworth se rio a mandíbula batiente.

—En cierto sentido es de justicia que esos dos pueblos sanguinarios se vayan el uno contra el otro.

Dolgan asintió. Esperaba que Grimsworth estuviera en lo cierto, pero le preocupaba que las Naciones del Norte, como los enanos conocían las Tierras del Norte, se unieran al conflicto.

Grimsworth se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Sólo me quedará esta noche, porque si quiero atravesar las líneas sin peligro he

de moverme con rapidez. Están incrementando sus patrullas hacia la costa, dejando Crydee aislado a veces durante días. Pasaré allí algún tiempo, y luego desandaré el largo camino hasta el campamento de los duques.

—¿Volverás? —preguntó Dolgan.

El montaraz sonrió, y su sonrisa brilló contrastando con su piel oscura.

—Quizá, si los dioses son generosos. Y si no soy yo, quizá lo haga alguno de mis hermanos. Puede que veáis a León el Largo, porque lo mandaron a Elvandar y, si está bien, puede que venga trayendo misivas de la reina Aglaranna. Estaría bien saber cómo les va a los elfos.

La cabeza de Tomas se levantó, saliendo de sus pensamientos, ante la mención del nombre de la reina de los elfos.

Dolgan dio una calada a su pipa y asintió. Grimsworth se volvió hacia Tomas y le habló directamente por primera vez.

—Te traigo un mensaje de Lord Borric, Tomas.

Había sido Grimsworth el que había llevado los primeros mensajes de los enanos junto con las noticias de que Tomas estaba vivo y bien. Tomas había querido volver con las fuerzas del Reino junto a Grimsworth, pero el Montaraz Natales se había negado alegando su necesidad de viajar rápida y sigilosamente. Grimsworth siguió con su mensaje:

—El duque se alegra de tu buena suerte y de tu buena salud. Pero también envía malas noticias. Tu amigo Pug cayó en la primera incursión contra el campamento tsurani y fue capturado. Lord Borric comparte tu pérdida.

Tomas se quedó sin palabras y fue hacia el interior de la cueva. Se sentó al fondo y durante unos instantes estuvo tan quieto como las rocas que había a su alrededor, y luego comenzó un leve temblor en sus hombros. Fue aumentando de intensidad hasta que Tomas se agitó violentamente, con los dientes castañeteando como si tuviera frío. Las lágrimas llegaron a sus mejillas sin que él las llamara, y sintió un ardiente dolor que subía desde sus entrañas hasta la garganta, oprimiéndole el pecho. Sin un sonido, trató de tomar aire y se vio sacudido por unos violentos sollozos. A medida que el dolor se hacía casi insoportable, una semilla de cólera fría se fue formando en el centro de su ser, pujando por salir, desplazando el ardiente dolor de la pena.

Dolgan, Grimsworth y los demás levantaron la vista cuando Tomas reapareció ante la luz de la hoguera.

—¿Le dirías al duque que le agradezco que haya pensado en mí, por favor? —le preguntó al montaraz.

Grimsworth asintió.

—Sí, chaval. Creo que estaría bien que te arriesgaras a hacer el viaje a Crydee, si deseas volver a tu casa. Estoy seguro de que tu espada le vendría bien al príncipe Lyam.

Tomas pensó. Le gustaría volver a ver su hogar, pero en el castillo sería un aprendiz más, aunque llevase armas. Sólo le dejarían luchar si atacaban el castillo, pero seguro que no le permitirían participar en las incursiones.

—Gracias, Grimsworth, pero me quedo. Hay mucho que hacer aquí, y quiero ser parte de ello. Te pediría que le dijeras a mi madre y mi padre que estoy bien y que pienso en ellos. —Se sentó—. Si es mi destino volver a Crydee, lo haré.

Grimsworth miró muy serio a Tomas, pareció a punto de hablar y entonces se dio cuenta de una leve inclinación de cabeza de Dolgan. Más que ningún otro humano del Oeste, los Montaraces de Natal eran sensibles ante las costumbres de los elfos y los enanos. Allí pasaba algo que Dolgan pensaba que era mejor dejar para otro momento, y Grimsworth se inclinó ante la sabiduría del jefe enano.

Tan pronto finalizó la comida, se colocaron centinelas y los demás se prepararon para dormir. Mientras moría el fuego, Tomas pudo oír el débil sonido de la música inhumana y vio a las sombras bailar de nuevo. Antes de que el sueño se lo llevase, vio con claridad una figura separada del resto, un guerrero alto, de rostro cruel y aspecto poderoso, vestido con un tabardo blanco blasonado con un dragón dorado.

Tomas estaba de pie con la espalda pegada a la pared de la galería. Sonreía, una sonrisa cruel y terrible. Tenía los ojos desorbitados, con el blanco brillando alrededor de sus pupilas azul pálido. Su cuerpo estaba casi rígido mientras él permanecía erguido, inmóvil. Sus dedos se apretaban y se relajaban en torno a la empuñadura de su espada blanca y dorada.

Unas imágenes titilaban ante sus ojos: gentes altas y gráciles que cabalgaban a lomos de dragones y vivían en estancias en las profundidades de la tierra. En su mente podía oír la débil música y las extrañas voces. La raza largo tiempo muerta lo llamaba, una poderosa estirpe que había fabricado esa armadura, y no con la intención de que la portara un ser humano.

Más y más llegaron las visiones. Podía mantener su mente libre de ellas casi siempre, pero cuando sentía crecer el ansia de lucha, como ahora, las imágenes tomaban volumen, color y sonido. Se esforzaba por oír las palabras. Le llegaban débilmente, y casi podía comprenderlas.

Agitó la cabeza, trayéndose de nuevo al presente. Miró a su alrededor por el oscuro pasadizo; ya no se sorprendía de su capacidad para ver en la oscuridad. Le hizo un gesto a través de la intersección de las galerías a Dolgan, que estaba en silencio esperando en su posición con sus hombres a unos quince metros, y le respondió con un movimiento de la mano. A cada lado del gran túnel aguardaban sesenta enanos para hacer saltar la trampa. Esperaban al puñado de enanos que corrían ante un contingente tsurani, conduciendo al enemigo hacia la celada.

El sonido de pisadas retumbando por el túnel los alertó. En un momento, se le

unió el sonido del entrec chocar de armas. Tomas se puso en tensión. Varios enanos aparecieron a la vista, retrocediendo mientras luchaban. Al cruzar frente a los pasadizos laterales, los enanos no dieron ninguna indicación de que supieran que sus hermanos estaban a ambos lados.

Tan pronto hubieron pasado los primeros soldados tsurani, Tomas gritó «¡Ahora!» y dio un salto al frente. De repente el túnel se llenó de cuerpos que daban vueltas y lanzaban tajos. Los tsurani estaban armados principalmente con espadas anchas, que no eran apropiadas para el combate en distancias tan cortas, y los enanos empuñaban con pericia hachas de mano y martillos. Tomas se lanzó y varios cuerpos cayeron. Las trémulas antorchas tsurani proyectaban danzantes sombras enloquecidas en lo alto de las paredes del túnel, creando confusión para los ojos.

Sonó un grito en la retaguardia de los tsurani, y los alienígenas empezaron a retroceder por la galería. Los que llevaban escudos pasaron al frente y formaron una barrera sobre la que podían golpear los espaderos. Los enanos no tenían el suficiente alcance para causar daños. Cada vez que un enano atacaba, el muro de escudos aguantaba y al atacante le respondían espadazos desde detrás de la barrera. Poco a poco, el enemigo retrocedía.

Tomas se puso en vanguardia, puesto que su alcance era mayor y le permitía golpear a los soldados que llevaban los escudos. Derribó a dos, pero cada vez que caía uno, otro tomaba su lugar. Aun así, los enanos seguían presionando y el enemigo se retiraba.

Llegaron a un pozo de gloria, entrando en él por el nivel inferior, y los tsurani rápidamente tomaron posiciones en el centro de la gran caverna, formando un tosco círculo de escudos. Los enanos pararon un momento, y luego se lanzaron a la carga contra la posición.

Tomas captó un leve destello de movimiento y levantó la vista hacia una de las cornisas que había en lo alto. En la oscuridad de la mina era imposible ver con claridad, pero una sensación repentina lo alertó.

—¡Mirad atrás! —gritó.

La mayoría de los enanos había conseguido atravesar el muro de escudos y estaban demasiado ocupados para hacerle caso, pero unos pocos que se encontraban cerca de él detuvieron el ataque y levantaron la vista. Uno que estaba junto a Tomas gritó:

—¡Desde arriba!

Desde el techo venía una oleada de formas negras, aparentemente reptando por las paredes de roca. Otras formas, humanas, llegaban corriendo desde los pasadizos que conducían a los niveles superiores. Arriba aparecieron luces a medida que los guerreros tsurani que estaban en los niveles superiores fueron destapando lámparas y encendiendo antorchas.

Tomas se detuvo impresionado. Directamente detrás de los pocos tsurani supervivientes que había en el centro de la caverna podía ver criaturas entrando desde todos los huecos que había arriba, como un enjambre de hormigas, a las que eran casi idénticas. A diferencia de las hormigas, sin embargo, iban erguidas a partir del centro del cuerpo, con brazos humanoides que empuñaban armas. Sus rostros, de aspecto insectoide, tenían grandes ojos compuestos pero bocas muy humanas. Se movían con una velocidad increíble, esquivando a la vez que avanzaban para atacar a los enanos, quienes, sorprendidos como estaban, respondieron sin dudar; comenzó la batalla.

La refriega fue aumentando en intensidad, y en varias ocasiones Tomas se enfrentó a dos oponentes; tsurani, monstruos o uno de cada. Las criaturas eran obviamente inteligentes, puesto que luchaban de forma organizada y se podían oír sus voces inhumanas gritando en la lengua tsurani.

Tomas levantó la mirada tras despachar a uno de los seres y vio como desde arriba llegaba una nueva oleada de guerreros.

—¡A mí! ¡A mí! —gritó, y los enanos empezaron a avanzar luchando hacia él.

Cuando casi todos estuvieron cerca de él, pudo oírse gritar a Dolgan:

—¡Retirada! ¡Retirada! ¡Son demasiados!

Los enanos empezaron a retroceder lentamente hasta la galería por la que habían entrado, y su relativa seguridad. Allí podrían enfrentarse a un menor número de criaturas y tsurani y, esperaban, despistarlos en las minas. Al ver que los enanos retrocedían, los tsurani y sus aliados intensificaron el ataque. Tomas vio como un gran número de las criaturas se interponía entre los enanos y la ruta de escape. Dio un salto al frente y oyó como de sus labios escapaba un extraño grito de guerra, palabras que no comprendía. Su espada dorada destelló, y con un golpe cayó una de las extrañas criaturas. Otra le lanzó un tajo con una espada ancha, y él la detuvo con el escudo. El brazo de un ser inferior se habría roto, pero el impacto resonó en el escudo blanco y la criatura retrocedió, golpeando de nuevo.

De nuevo paró el golpe, y con un tajo lateral golpeó a la criatura en el cuello, separando la cabeza del cuerpo. El ser se quedó rígido durante algunos instantes y luego se derrumbó a sus pies. Tomas saltó sobre su cadáver y aterrizó ante tres asombrados guerreros tsurani. Uno de ellos sostenía dos lámparas y los otros dos iban armados. Antes de que el hombre de las linternas pudiera soltarlas, Tomas dio un salto al frente y acabó con los otros dos. El tercero murió tratando de desenvainar su espada.

Dejando el escudo colgar del brazo, Tomas se agachó y recogió una lámpara. Se dio la vuelta y vio a los enanos pasando por encima de los cuerpos de las criaturas que había matado. Varios cargaban con camaradas heridos. Un puñado de enanos, con Dolgan a la cabeza, contuvieron al enemigo mientras los demás huían. Los enanos que transportaban heridos pasaron a toda prisa junto a Tomas.

Uno, que se había quedado retrasado en la galería durante el combate, avanzó corriendo cuando sus camaradas estaban en obvia retirada. En vez de armas llevaba dos grandes odres llenos de líquido.

La retaguardia retrocedía acosada hacia la ruta de escape, y en dos ocasiones algunos soldados trataron de rodearla para dejar aislados a los enanos. Ambas veces atacó Tomas, y los guerreros cayeron. Cuando Dolgan y sus guerreros estuvieron sobre los cadáveres de los monstruos caídos, Tomas gritó:

—Preparaos para saltar.

Cogió los dos pesados odres que llevaba el enano.

—¡Ahora! —gritó.

Dolgan y los demás saltaron hacia atrás y los tsurani quedaron al otro lado de los cuerpos. Sin dudar, los enanos salieron corriendo por la galería mientras Tomas lanzaba los odres contra los cadáveres. Los habían tenido que transportar con cuidado, porque los recipientes habían sido pensados para romperse al impacto. Ambos contenían nafta, que los enanos habían recogido de negros depósitos en las profundidades de las montañas. Ardería sin mecha, a diferencia del aceite.

Tomas levantó la linterna y la estrelló en medio del charco de líquido inflamable. Los tsurani, que sólo habían dudado un instante, estaban avanzando cuando estalló la lámpara. Hubo una explosión de calor asfixiante cuando la nafta empezó a arder. Los enanos, cegados, podían oír los gritos de los tsurani alcanzados por las llamas. Cuando recuperaron la vista, pudieron ver una figura solitaria que avanzaba por la galería. Tomas, una silueta negra recortada contra las llamas casi blancas.

—Se nos echarán encima en cuanto se apaguen las llamas —dijo Dolgan cuando llegó hasta ellos.

Se abrieron camino rápidamente a través de una serie de galerías y se dirigieron hacia la salida en la cara occidental de las montañas. Después de recorrer alguna distancia, Dolgan detuvo al grupo. Él y algunos más se quedaron parados, escuchando el silencio en las galerías.

Uno se echó al suelo y pegó en él la oreja, pero inmediatamente se puso en pie de un salto.

—¡Vienen! Por el ruido hay centenares de ellos, y de criaturas también. Tienen que estar montando una ofensiva importante.

Dolgan se hizo cargo de la situación. De los ciento cincuenta enanos que habían comenzado la emboscada, aquí sólo había setenta, y de estos, doce estaban heridos. Podía tenerse la esperanza de que los demás hubieran escapado por otros pasadizos, pero por el momento todos estaban en peligro. Dolgan actuó rápidamente.

—Debemos llegar al bosque.

Empezó a andar a paso ligero, con los demás siguiéndolo de cerca. Tomas corría con facilidad, pero su mente estaba llena de imágenes. En el calor de la batalla lo

habían asaltado, más vividas y claras que nunca. Podía ver los cuerpos de sus enemigos caídos, pero no se parecían en nada a los tsurani. Podía sentir el sabor de la sangre de los caídos, las energías mágicas que venían a él mientras bebía de sus heridas abiertas en la ceremonia de la victoria. Agitó la cabeza para librarse de las imágenes. *¿Qué ceremonia?*, se preguntó.

Dolgan habló, y Tomas obligó a su atención a dirigirse hacia las palabras del enano.

—Debemos encontrar otra fortaleza —dijo mientras corrían—. Quizá lo mejor sería probar en Montaña de Piedra. Nuestras aldeas aquí están seguras, pero no tenemos base desde la que combatir, porque creo que los tsurani pronto tendrán el control de estas minas. Esas criaturas tuyas luchan bien en la oscuridad, y si tienen muchas pueden seguirnos hasta los pasadizos más profundos.

Tomas asintió, incapaz de hablar. Ardía en su interior un frío fuego de odio hacia esos tsurani. Habían devastado su patria y se habían llevado al que era su hermano en todo excepto en el nombre, y ahora muchos amigos enanos yacían muertos bajo la montaña por su culpa. Su rostro era lúgubre cuando hizo el juramento silencioso de destruir a esos invasores, sin importar el precio.

Avanzaban cautelosamente entre los árboles, vigilando en busca de signos de los tsurani. Habían sostenido tres escaramuzas en seis días, y ahora sólo quedaban cincuenta y dos enanos. A los heridos más graves los habían llevado a la relativa seguridad de las aldeas en las alturas, donde era poco probable que los siguieran sus enemigos.

Ahora se acercaban a la parte sur de los bosques élficos. Al principio habían tratado de ir al este, hacia el paso, buscando un camino hacia Montaña de Piedra. La ruta estaba abarrotada de campamentos y patrullas tsurani, y habían sido empujados constantemente hacia el norte. Al final se había decidido probar con Elvandar, donde podrían encontrar descanso de la lucha constante.

Un explorador volvió de su puesto, veinte metros adelantado.

—Un campamento, en el vado —dijo en voz baja.

Dolgan reflexionó. Los enanos no eran nadadores, y necesitaban cruzar por un vado. Lo más probable era que los tsurani tuvieran defendidos todos los vados en esta orilla. Tendrían que encontrar algún sitio sin guardias, si lo había.

Tomas miró a su alrededor. El anochecer se acercaba, y si tenían que cruzar el río sigilosamente tan cerca de las líneas tsurani, mejor sería hacerlo en la oscuridad. Tomas le susurró esto a Dolgan, que asintió. El enano le hizo un gesto al explorador para que se dirigiera al oeste del campamento espiado, para encontrar un lugar que pareciera apropiado para refugiarse.

Tras una corta espera el explorador volvió con noticias de unos matorrales que

había junto a una roca hueca, donde podrían esperar la caída de la noche. Se apresuraron hasta el lugar y encontraron un peñasco de granito que salía del suelo, de unos cuatro metros de alto, y que se ensanchaba en la base hasta unos ocho o diez metros. Cuando apartaron los arbustos, encontraron una oquedad en la que podrían caber, algo apretados. Sólo tenía unos seis metros de ancho, pero se adentraba bajo el promontorio de roca unos doce o trece metros. Cuando todos estuvieron apretujados con seguridad, Dolgan hizo una observación:

—En algún momento esto tiene que haber estado bajo el río, mirad lo pulida que está la cara de la roca. Se está apretado, pero deberíamos estar seguros algún tiempo.

Tomas apenas le oía, porque de nuevo estaba librando su batalla contra las imágenes, soñando despierto, como él llamaba esos momentos. Cerró los ojos y de nuevo vinieron las visiones, y la débil música.

La victoria había sido rápida, pero Ashen-Shugar estaba melancólico. Algo preocupaba al gobernante de las Estribaciones de las Águilas. Todavía sentía en sus labios el sabor salado de la sangre de Algon-Kokoon, tirano del Valle del Viento, y las consortes de éste ahora eran suyas. Pero aun así, le faltaba algo.

Estudió a las bailarinas moredhel, que se movían en perfecto unísono con la música para divertirlo. Eso era como debía ser. No, la carencia la sentía Ashen-Shugar en lo más profundo de su interior.

Alengwan, una a quien los elfos llamaban su princesa, y su última favorita, estaba sentada en el suelo junto a su trono, esperando complacerlo. Él apenas notó su adorable rostro y su grácil cuerpo, vestido con ropas de seda que servían más para acentuar su belleza que para ocultarla.

—¿Qué os preocupa, amo? —preguntó ella en voz baja, el miedo que le tenía tan poco oculto como su cuerpo.

Él apartó la mirada. La mujer había notado su incertidumbre; eso le había granjeado la muerte, pero la mataría más tarde. Los apetitos de la carne se habían desvanecido últimamente, tanto los placeres de la cama como los de la matanza. Ahora pensaba en esa sensación sin nombre, esa emoción fantasmal tan extraña en su interior. Ashen-Shugar levantó la mano y las bailarinas se postraron en el suelo, con la frente pegada a la piedra. Los músicos habían dejado de tocar en mitad de una nota, al parecer, y la caverna había quedado en silencio. Con un casi imperceptible movimiento de la mano los despidió y huyeron del gran salón, pasando junto al poderoso dragón dorado, Shuruga, que pacientemente esperaba a su amo...

—Tomas —lo llamó la voz.

Los ojos de Tomas se abrieron bruscamente. Dolgan tenía la mano sobre el brazo

del joven.

—Es la hora. Ha caído la noche. Has estado durmiendo, chavalín.

Tomas agitó la cabeza para aclarársela, y lo que quedaba de las imágenes se fue. Sintió que se le revolvía el estómago mientras se desvanecía la visión de un guerrero vestido de blanco y dorado de pie frente al cadáver ensangrentado de una princesa elfa.

Con los demás, se arrastró fuera de la oquedad de la roca y volvieron a ponerse en marcha hacia el río. El bosque estaba en silencio, e incluso las aves nocturnas parecían temer descubrir su posición.

Llegaron al río sin incidentes, excepto porque tuvieron que ocultarse cuando pasó una patrulla tsurani. Siguieron el curso del río, con un explorador adelantado. Tras algunos minutos, el explorador volvió.

—Hay un brazo de arena que cruza el río.

Dolgan asintió; los enanos avanzaron en silencio y entraron en el agua en fila india. Tomas esperó mientras Dolgan y los otros cruzaban. Cuando el último enano entraba en el río, sonó un grito de interrogación más arriba en la orilla. Los enanos se quedaron quietos. Tomas se adelantó a la carrera y sorprendió a un centinela tsurani que estaba tratando de ver en la oscuridad. El hombre chilló mientras caía, y a cierta distancia estalló un griterío.

Tomas vio luces de linterna que se aproximaban a toda velocidad, se dio la vuelta y salió corriendo. Se encontró con Dolgan esperando en la orilla y gritó.

—¡Rápido, que vienen!

Varios enanos permanecieron indecisos mientras Tomas y Dolgan entraban chapoteando en el río. El agua estaba fría y pasaba con fuerza sobre el brazo de arena. Tomas tenía que esforzarse por mantener el equilibrio mientras avanzaba. A él el agua le llegaba sólo hasta la cintura, pero los enanos estaban cubiertos casi hasta la barbilla. Nunca serían capaces de luchar en el río.

Cuando los primeros centinelas tsurani saltaron al agua, Tomas se volvió para contenerlos mientras los enanos escapaban. Dos tsurani atacaron, y acabó con los dos. Varios más saltaron al río, y sólo tuvo un breve instante para ver a los enanos. Estaban casi en la orilla opuesta, y pudo ver a Dolgan, con la frustración claramente reflejada en el rostro a la luz de las linternas tsurani.

Atacó a los soldados enemigos. Cuatro o cinco estaban tratando de rodearlo, y lo más que lograba era contenerlos. Cada vez que intentaba matar a uno, dejaba un flanco abierto.

El sonido de nuevas voces le dijo que sólo era cuestión de instantes el que fueran arrollados. Juró hacérselo pagar caro y lanzó un tajo contra un hombre, cortándole el escudo y seccionándole el brazo. El guerrero cayó con un grito.

Tomas apenas había parado un golpe de respuesta cuando un sonido silbante pasó

junto a su oreja y un centinela tsurani cayó con un chillido, con una larga flecha saliéndole del pecho. De repente el aire se llenó de saetas. Varios tsurani más cayeron y el resto retrocedió. Todos los soldados que había en el agua murieron antes de poder alcanzar la orilla.

—Rápido, humano —lo llamó una voz—. Responderán con la misma moneda.

Como para demostrar la afirmación, una flecha pasó rozando la cara de Tomas desde la otra orilla. Corrió hacia la seguridad de la ribera opuesta. Una flecha tsurani le impactó en el casco y le hizo trastabillar. Mientras se enderezaba, otra le alcanzó en la pierna. Se cayó de cara y sintió el suelo arenoso de la orilla del río bajo él. Unas manos lo agarraron y lo arrastraron bruscamente.

Una sensación de mareo, de náusea, lo abrumó, y escuchó una voz que decía:

—Envenenan las flechas. Debemos...

El resto se perdió en la oscuridad.

Abrió los ojos. Durante unos momentos no tuvo ni idea de dónde estaba. Se sentía mareado y tenía la boca seca. Un rostro flotaba sobre él, y una mano le levantó la cabeza a la vez que le acercaban agua a los labios. Bebió ávidamente, y se sintió mejor después. Volvió la cabeza un poco y vio a dos hombres sentados cerca de él. Durante unos instantes temió que lo hubieran capturado, pero entonces se dio cuenta de que esos hombres vestían camisas de cuero de color verde oscuro.

—Has estado muy enfermo —dijo el que le había dado agua. Entonces Tomas se dio cuenta de que aquellos hombres eran elfos.

—¿Dolgan? —preguntó con voz ronca.

—Los enanos han sido conducidos a la presencia de nuestra señora. No nos atrevimos a moverte, por miedo al veneno. Los ultramundanos tienen un veneno desconocido para nosotros, que mata rápidamente. Lo tratamos lo mejor que podemos, pero los heridos es tan fácil que mueran como que vivan.

Poco a poco, sintió que le volvían las fuerzas.

—¿Cuánto hace?

—Tres días. Has estado a las puertas de la muerte desde que te pescamos del río. Te hemos traído lo más lejos que nos hemos atrevido.

Tomas miró a su alrededor y vio que lo habían desnudado y estaba tumbado bajo un refugio hecho de ramas de árbol, tapado con una manta. Olió comida haciéndose al fuego y vio la olla de la que emanaba el delicioso aroma. Su anfitrión se dio cuenta e hizo un gesto para que le acercaran un cuenco.

Tomas se sentó, y la cabeza le dio vueltas por un instante. Le dieron un gran trozo de pan que usó como cuchara. La comida era deliciosa, y cada bocado parecía llenarlo de nuevas fuerzas. Mientras comía, observó a los que estaban cerca. Los dos elfos silenciosos lo miraban con expresión indiferente. Sólo el hablante mostraba algún

signo de hospitalidad. Tomas lo miró.

—¿Qué hay del enemigo? —dijo.

El elfo sonrió.

—Los ultramundanos siguen temiendo cruzar el río. Aquí nuestra magia es más fuerte, y se encuentran perdidos y confusos. Ningún ultramundano ha alcanzado nuestra orilla y ha vuelto al otro lado.

Tomas asintió. Cuando acabó de comer, se sintió sorprendentemente bien. Trató de ponerse en pie, y descubrió que sólo estaba un poco débil. Tras unos cuantos pasos, sintió como la fuerza volvía a sus miembros, y que su pierna ya había sanado. Pasó unos cuantos minutos estirándose y sacudiéndose la rigidez de haber dormido tres días en el suelo, y luego se vistió.

—Eres el príncipe Calin. Te recuerdo de la corte del duque.

Calin le contestó con una sonrisa.

—Y yo a ti, Tomas de Crydee, aunque has cambiado mucho en un año. Estos otros son Galain y Algavins. Si te sientes dispuesto, podemos reunirnos con tus amigos en la corte de la reina.

Tomas sonrió.

—Vamos.

Levantaron el campamento y se pusieron en marcha. Al principio se movían lentamente, dándole a Tomas tiempo para recuperar el aliento, pero tras algún tiempo quedó muy claro que estaba bastante bien para haber tenido un encuentro tan próximo con la muerte.

Pronto las figuras corrían entre los árboles. Tomas, a pesar de su armadura, mantenía el ritmo. Sus anfitriones se miraban intrigados unos a otros.

Corrieron la mayor parte de la tarde antes de detenerse. Tomas miró a su alrededor, al bosque.

—Que lugar más maravilloso.

—La mayor parte de tu raza no estaría de acuerdo, hombre —respondió Galain—. Temen al bosque, un lugar lleno de extrañas formas y sonidos horripilantes.

Tomas rio.

—La mayoría de los hombres no tienen imaginación, o tienen demasiada. El bosque es silencioso y tranquilo. Creo que es el lugar más tranquilo que he conocido.

Los elfos no dijeron nada, pero una mirada algo sorprendida cruzó el rostro de Calin.

—Más vale que sigamos, si queremos llegar a Elvandar antes de que oscurezca.

Cuando caía la noche, llegaron a un claro gigante. Tomas se detuvo y se quedó paralizado por la vista que se extendía ante él. A lo largo del claro se alzaba una inmensa ciudad de árboles. Unos árboles gigantescos, que empequeñecían a cualquier roble que pudiera imaginar, se erguían unos junto a otros. Estaban unidos por

puentes de ramas grácilmente arqueadas, pero planas en su cara superior, sobre los que podían verse elfos cruzando de un árbol a otro. Levantó la vista y vio que los troncos se alzaban hasta perderse en un mar de hojas y ramas. Las hojas eran de color verde oscuro, pero acá y allá podía verse un árbol con follaje dorado, plateado o incluso blanco, centelleando con luces. La zona entera estaba cubierta de un suave resplandor, y Tomas se preguntó si aquí oscurecería alguna vez.

Calin colocó su mano sobre su hombro.

—Elvandar —se limitó a decir.

Atravesaron el claro de prisa, y Tomas pudo ver que la ciudad arbórea de los elfos era más grande de lo que había pensado al principio. Se extendía en todas direcciones y tenía que tener algo así como un kilómetro y medio de diámetro. Sintió la emoción de la maravilla ante este lugar mágico, una excitación singular.

Alcanzaron una escalera tallada en el tronco de un árbol que subía hasta las ramas. Empezaron a subir los escalones, y Tomas volvió a sentir una sensación de alegría, como si el enloquecido frenesí que lo llenaba durante el combate tuviera una contrapartida de naturaleza más amable.

Subieron y, a medida que pasaban junto a las grandes ramas que les servían de caminos, Tomas pudo ver elfos y elfas por todos sitios. Muchos de los hombres llevaban armaduras de cuero como sus guías, pero otros vestían túnicas ligeras o blusas de colores vivos. Todas las mujeres eran bellas, y llevaban el pelo largo y suelto, a diferencia de las damas de la corte del duque. Muchas tenían joyas entretreídas en el pelo, que brillaban cuando pasaban cerca. Todos eran altos y gráciles.

Llegaron a una rama gigantesca y abandonaron las escaleras. Calin fue a avisarle de que no mirara hacia abajo, porque sabía que los humanos tenían problemas en los caminos altos, pero Tomas estaba cerca del borde, mirando hacia abajo sin señal alguna de incomodidad o vértigo.

—Éste es un lugar maravilloso —dijo.

Los tres elfos intercambiaron miradas intrigadas, pero no pronunciaron palabra alguna.

Volvieron a ponerse en marcha, y cuando llegaron a un cruce de ramas los dos elfos se apartaron del camino, dejando solos a Tomas y Calin. Cada vez se adentraron más y más, y Tomas se movía por la rama con tanta seguridad como el elfo, hasta que llegaron a un gran espacio abierto. Aquí un círculo de árboles formaba un patio central para la reina de los elfos. Un centenar de ramas se encontraban y se entrelazaban para formar una inmensa plataforma. Aglaranna estaba sentada en un trono de madera, rodeada por su corte. Un solo humano, vestido con el gris de los Montaraces Nataleses, estaba junto a la reina, y su piel negra brillaba con el resplandor de la noche. Era el hombre más alto que Tomas había visto en su vida, y el joven de Crydee supo que éste debía ser León el Largo, el montaraz del que había

hablado Grimsworth.

Calin condujo a Tomas al centro del claro y lo presentó ante la reina Aglaranna. Ésta mostró cierta sorpresa cuando vio la figura del joven ataviado de blanco y dorado, pero se recompuso rápidamente. Con su musical voz, dio a Tomas la bienvenida a Elvandar y lo invitó a quedarse tanto como quisiera.

La audiencia se pospuso, y Dolgan fue hasta donde se encontraba Tomas.

—Bueno, chavalín, me alegro de verte recuperado. Todavía no se sabía lo que pasaría cuando te dejamos. No me gustó hacerlo, pero espero que lo comprendas. Era necesario que trajera las noticias de la lucha cerca de Montaña de Piedra.

Tomas asintió.

—Lo entiendo. ¿Qué noticias hay?

Dolgan movió la cabeza.

—Malas, me temo. Estamos aislados de nuestra gente. Creo que tendremos que quedarnos con los elfos durante algún tiempo, y estas alturas me gustan más bien poco.

Tomas estalló en carcajadas ante eso. Dolgan sonrió, porque era la primera vez desde que el muchacho se había puesto la armadura del dragón que había oído ese sonido.

Incursión

Los carromatos gemían bajo sus pesadas cargas.

Los látigos restallaban y las ruedas crujían mientras los parsimoniosos bueyes tiraban de su carga por la carretera que descendía hasta la playa. Arutha, Fannon y Lyam cabalgaban al frente de los soldados que escoltaban las carretas que viajaban entre el castillo y la orilla. Tras los carromatos marchaba una ajada muchedumbre de ciudadanos. Muchos acarreaban fardos o empujaban carros, siguiendo a los hijos del duque hasta los barcos que esperaban.

Giraron hacia el camino que partía de la carretera de la ciudad, y la mirada de Arutha recorrió las señales de la destrucción. La que una vez fue próspera ciudad de Crydee estaba ahora cubierta por una acre neblina azulada. Los sonidos de martillos y serruchos retumbaban en el aire de la mañana mientras los trabajadores intentaban reparar lo que podían de los daños.

Los tsurani habían efectuado una incursión al anochecer hacía dos días, atravesando a toda prisa la ciudad, arrollando a los pocos guardias que estaban en sus puestos antes de que los aterrorizados ancianos, mujeres y niños dieran la alarma. Los alienígenas habían cruzado corriendo la ciudad, y no se habían detenido hasta que llegaron junto a los muelles, donde habían prendido fuego a tres barcos, dañando gravemente dos de ellos. Las naves afectadas estaban en ese momento navegando a duras penas hacia Carse, mientras que los barcos de la bahía que no habían sido dañados habían sido trasladados siguiendo la costa hasta su emplazamiento actual, al norte del Lamento del Marino.

Los tsurani habían prendido fuego a la mayoría de los edificios cercanos a los muelles, pero aunque estos habían resultado dañados, se los podía reparar. El incendio se había extendido hasta el centro de la ciudad, provocando allí las mayores pérdidas. La Cámara de los Maestros Artesanos, las dos posadas y decenas de edificios menores eran ahora ruinas calcinadas. Maderos ennegrecidos, tejas rotas y piedras chamuscadas marcaban su antigua ubicación. Un tercio de Crydee había ardido antes de que se pudiera controlar el fuego.

Arutha había permanecido en la muralla, observando el infernal resplandor reflejarse en las nubes a medida que las llamas se propagaban. Luego, al amanecer, había conducido a la guarnición en una batida, encontrándose que los tsurani ya se habían desvanecido en los bosques.

Arutha seguía irritado con el recuerdo. Fannon le había aconsejado a Lyam que no hiciera salir a la guarnición hasta el amanecer, porque temía que fuera una treta para conseguir que se abrieran las puertas del castillo o para llevar a la guarnición hasta los bosques, donde esperaba una fuerza tsurani mayor, y Lyam había accedido a la petición del viejo Maestre de Armas. Arutha estaba seguro de que podía haber prevenido gran parte del daño si le hubieran permitido repeler a los tsurani.

Mientras cabalgaba por la carretera de la costa, Arutha estaba perdido en sus pensamientos. El día antes habían llegado órdenes diciéndole a Lyam que abandonara Crydee. El ayudante de campo del duque había muerto y, con la guerra entrando en su tercer año esa primavera, quería que Lyam se uniese a él en su campamento de Yabon. Por razones que Arutha no comprendía, el duque Borric no le había dado el mando a él como esperaba; en vez de eso había nombrado al Maestre de Armas comandante de la guarnición. Pero, pensaba el príncipe, al menos Fannon tendría menos fuerza para darle órdenes sin el respaldo de Lyam. Agitó levemente la cabeza en un intento de sacudirse la irritación. Quería a su hermano, pero le hubiera gustado que Lyam hubiera mostrado mayor disposición a afirmarse. Desde el comienzo de la guerra, Lyam había estado al mando en Crydee, pero había sido Fannon el que había tomado todas las decisiones. Ahora Fannon tenía el puesto a la vez que la influencia.

—¿Pensativo, hermano?

Lyam había retenido a su caballo y ahora se encontraba al lado de Arutha, que movía la cabeza y sonreía levemente.

—Sólo envidioso.

Lyam le dedicó su sonrisa más cálida a su hermano menor.

—Sé que deseas venir, pero las órdenes de padre fueron claras. Aquí eres necesario.

—¿Cómo puedo ser necesario en un sitio donde todas mis sugerencias son ignoradas?

La expresión de Lyam era conciliadora.

—Sigues molesto por la decisión de padre de nombrar a Fannon comandante de la guarnición.

Arutha miró enfadado a su hermano.

—Ahora tengo la edad que tú tenías cuando padre te nombró comandante de Crydee. Padre era comandante de pleno derecho y segundo Caballero-General del Oeste cuando tenía mi edad, y sólo le faltaban cuatro años para ser nombrado Protector Real del Oeste. El abuelo confiaba en él lo suficiente para darle el mando.

—Padre no es el abuelo, Arutha. Recuerda, el abuelo creció en una época en la que todavía se estaba en guerra en Crydee, pacificando tierras recién conquistadas. Creció en medio de una guerra. Padre no. Él aprendió todo lo que sabe de la guerra en el Valle de los Sueños, contra Kesh, no defendiendo su propia tierra como el abuelo. Los tiempos cambian.

—Y cómo cambian, hermano —dijo Arutha secamente—. El abuelo, igual que su padre antes que él, no se habría quedado sentado tras la seguridad de los muros. En los dos años desde que comenzó la guerra, no hemos organizado ninguna ofensiva de importancia contra los tsurani. No podemos seguir dejándoles dictar el curso de la guerra, o es seguro que vencerán.

Lyam miró a su hermano con la preocupación reflejada en los ojos.

—Arutha, sé que estás deseoso de atacar al enemigo, pero Fannon tiene razón al decir que no debemos arriesgar la guarnición. Debemos aguantar y proteger lo que tenemos.

Arutha lanzó una rápida mirada a la ajada multitud que los seguía.

—Les diré a los que nos siguen lo bien que los hemos protegido.

Lyam vio la amargura en Arutha.

—Sé que me echas la culpa a mí, hermano. Si hubiera seguido tu consejo en vez del de Fannon...

Arutha abandonó su actitud hosca.

—No es culpa tuya —admitió—. Simplemente es que el viejo Fannon es cauteloso. También es de la opinión de que el valor de un soldado se mide por el gris de su barba. Sigo siendo el chico del duque. Me temo que desde ahora mis opiniones recibirán poca atención.

—Moderad vuestra impaciencia, jovenzuelo —dijo Lyam con burlona seriedad—. Quizá entre tu osadía y la cautela de Fannon pueda seguirse un camino intermedio y seguro. —Se rio.

Arutha siempre había encontrado la risa de su hermano contagiosa, y no pudo reprimir una amplia sonrisa.

—Quizá, Lyam —dijo riendo.

Llegaron hasta la playa donde esperaban botes para transportar a los refugiados hasta los barcos anclados a cierta distancia. Los capitanes no iban a acercarse a la orilla hasta que se les asegurase que sus naves no iban a ser atacadas, así que la gente que huía se vio obligada a meterse en el agua para abordar los botes. Hombres y mujeres empezaron a cruzar hasta las embarcaciones, con los fardos de pertenencias y los niños pequeños sostenidos sobre sus cabezas. Los niños mayores nadaban juguetones, convirtiendo el acontecimiento en una diversión. Hubo muchas tristes despedidas, puesto que la mayoría de los hombres de la ciudad se quedaban para reconstruir sus casas quemadas y servir en el ejército del duque. Las mujeres, niños y

ancianos que se iban serían transportados siguiendo la costa hasta Tulan, la ciudad más meridional del ducado, que hasta entonces no había tenido problemas ni con los tsurani ni con los desmanes de los Hermanos Oscuros en el Corazón Verde.

Lyam y Arutha desmontaron, y un soldado se hizo cargo de sus caballos. Los hermanos observaron como los soldados cargaban cuidadosamente cajas llenas de palomas mensajeras en el único bote que habían sacado a la orilla. Los pájaros serían transportados a través de los Estrechos de la Oscuridad hasta el campamento del duque. Otras palomas, entrenadas para volar hasta el acuartelamiento, ya estaban de camino hacia Crydee, y con su llegada se aliviaría parte de la responsabilidad del transporte de información hacia y desde el campamento de los duques, que ahora recaía en los rastreadores de Martin Arcolargo y los Montaraces Nataleses. Éste era el primer año en el que había disponibles palomas criadas en el campamento, algo indispensable para que desarrollaran su instinto de orientación hacia allí.

Pronto se cargaron el bagaje y los refugiados, y llegó el momento de la partida de Lyam. Fannon se despidió de él rígida y formalmente, pero su actitud controlada permitía entrever que el viejo Maestro de Armas estaba preocupado por el hijo mayor del duque. Como no tenía familia propia, Fannon había sido algo así como un tío para los niños cuando estaban creciendo, y los había entrenado personalmente en la esgrima, el mantenimiento de las armaduras y las teorías de la guerra. Mantenía su postura formal, pero ambos hermanos podían ver allí el genuino afecto.

Cuando Fannon se fue, los hermanos se abrazaron.

—Cuida de Fannon. —Arutha pareció sorprendido. Lyam sonrió—. No quiero ni pensar lo que pasaría si padre te ignorase una vez más y nombrase a Algon comandante de la guarnición.

Arutha gruñó, y luego se rio junto con su hermano. Como Maestro de Caballerizas, Algon era técnicamente el segundo al mando tras Fannon. Todos en el castillo le tenían auténtico afecto al hombre, y un gran respeto por sus enormes conocimientos sobre los caballos, pero todo el mundo coincidía en su absoluta falta de conocimientos sobre cualquier cosa *excepto* los caballos. Tras dos años de guerra, seguía resistiéndose a la idea de que los invasores venían de otro mundo, una actitud que provocaba a Tully no poca irritación.

Lyam se metió en el agua, donde dos marinos le aguantaban el bote.

—Y cuida de nuestra hermana —gritó por encima del hombro.

Arutha dijo que lo haría. Lyam saltó a bordo, junto a las valiosas palomas, y el bote fue empujado fuera de la orilla. Arutha miró como la barcaza se empequeñecía en la distancia.

Caminó lentamente hasta donde un soldado cuidaba de su montura. Paró para mirar la playa. Al sur se levantaban los altos acantilados, dominados por el Lamento del Marino, que se alzaba contra el cielo de la mañana. Maldijo en silencio el día en

que el barco tsurani se estrelló contra esas rocas.

Carline estaba sobre la torre sur del castillo, observando el horizonte envuelta en su capa para protegerse de la brisa marina. Se había quedado en el castillo, despidiéndose de Lyam antes, ya que no había querido cabalgar hasta la playa. Prefería que sus temores no nublasen la felicidad de Lyam por ir a unirse con su padre en el campamento de los duques. Muchas veces a lo largo de los dos últimos años se había regañado por tales pensamientos. Sus hombres eran soldados, todos ellos entrenados para la guerra desde la infancia. Pero desde que había llegado a Crydee la noticia de la captura de Pug, había temido por ellos.

Un carraspeo femenino hizo que Carline se diera la vuelta. Lady Glynis, la acompañante de la princesa durante los últimos cuatro años, sonrió levemente y señaló con una inclinación de cabeza al recién llegado que entraba por la trampilla que conducía abajo a la torre.

Roland emergió de la puerta en el suelo. Había crecido en los dos últimos años, y ahora era tan alto como Arutha. Seguía siendo delgado, pero sus rasgos infantiles se estaban convirtiendo en los de un hombre.

—Alteza —dijo con una inclinación.

Carline asintió en respuesta al saludo y le hizo un gesto a Lady Glynis para que los dejara a solas. Glynis se escabulló por la escalera hacia la torre.

—¿No has cabalgado hasta la playa con Lyam? —preguntó Carline en voz baja.

—No, Alteza.

—¿Hablaste con él antes de que se fuera?

Roland volvió la vista hacia el lejano horizonte.

—Sí, Alteza, aunque debo confesar que su partida me ha llenado de mal humor.

Carline asintió comprensiva.

—Porque tienes que quedarte.

Él habló con amargura.

—Sí, Alteza.

—¿Por qué eres tan formal, Roland? —preguntó ella con amabilidad.

Roland miró a la princesa, que acababa de cumplir diecisiete años el último día de Medio Verano. Ya no era una niña irritable dada a los arrebatos de mal humor, estaba cambiando para convertirse en una bella y joven mujer de carácter más pensativo. Pocos en el castillo desconocían las muchas noches de llanto que se habían vivido en la habitación de Carline después de que las noticias de la pérdida de Pug llegaran al castillo. Tras casi una semana de soledad, Carline había emergido como una persona cambiada, más tranquila, menos testaruda. En su apariencia había poco que mostrara cómo se sentía, pero Roland sabía que le había quedado una cicatriz.

—Alteza, cuando... —Se detuvo—. No importa.

Carline le puso la mano en el brazo.

—Roland, a pesar de todo siempre hemos sido amigos.

—Me gusta pensar que es cierto.

—Entonces dime por qué ha surgido este muro entre nosotros.

Roland suspiró, y no hubo nada de su pícaro sentido del humor en la respuesta.

—Si lo hay, no soy yo quien lo ha levantado.

Una chispa de la antigua personalidad de la chica salió a la superficie, y respondió con un matiz temperamental.

—Entonces, ¿soy yo el arquitecto de nuestro aislamiento?

La cólera irrumpió en la voz de Roland.

—¡Sí, Carline! —Se pasó la mano por el pelo castaño y ondulado—. ¿Te acuerdas del día que me peleé con Pug? Fue justo el día antes de que se fuera.

Ante la mención del nombre de Pug, ella se puso en tensión.

—Sí, me acuerdo —dijo con rigidez.

—Bueno, fue algo estúpido, cosa de críos, esa pelea. Le dije que si alguna vez te hacía daño le pegaría una paliza. ¿Te lo contó?

La humedad llegó de improviso hasta los ojos de ella.

—No, nunca lo mencionó —susurró.

Roland contempló el bello rostro del que llevaba años enamorado.

—Al menos entonces conocía a mi rival. —Bajó la voz, y la ira desapareció de ésta—. Me gusta pensar que entonces, casi al final, él y yo nos hicimos amigos. Aun así, juré que nunca dejaría de intentar ganarme tu corazón.

Tiritando, Carline se arrebujó en su capa, aunque el día tampoco estaba tan frío. Sentía el conflicto de emociones en su interior.

—¿Y por qué lo dejaste, Roland? —respondió trémula.

La ira repentina estalló dentro de Roland, y por primera vez perdió su máscara de ingenio y buenos modales ante la princesa.

—Porque no puedo competir con un recuerdo, Carline. —Los ojos de ella se abrieron como platos y las lágrimas fluyeron por sus mejillas—. A otro hombre de carne y hueso puedo enfrentarme, pero con esta sombra del pasado no puedo hacer nada. —La cólera ardiente explotó en palabras—. Está muerto, Carline. Desearía que no fuese así; era mi amigo y lo echo de menos, pero lo he dejado ir. Pug está muerto. Hasta que admitas que es la verdad, vivirás con una falsa esperanza.

Ella se tapó la boca con la mano, la palma hacia fuera; sus ojos lo miraban con una expresión de rechazo silencioso. Bruscamente, se dio la vuelta y huyó escaleras abajo.

Solo, Roland apoyó los codos en la fría piedra del parapeto de la torre, sosteniendo la cabeza con las manos.

—¡Ay, en qué tonto me he convertido!

—¡Patrulla! —gritó un guardia desde la muralla del castillo. Arutha y Roland acudieron desde donde se encontraban observando como los soldados instruían a los reclutas de las aldeas circundantes.

Llegaron hasta la puerta, y la patrulla entró cabalgando lentamente, una decena de jinetes sucios y cansados, con Martin Arcolargo y otros dos rastreadores caminando a su lado. Arutha saludó al Maestre de Caza.

—¿Qué tienes ahí?

Señalaba a tres hombres vestidos con túnicas cortas grises, que estaban entre la columna de jinetes.

—Prisioneros, Alteza —respondió el cazador apoyado en su arco.

Arutha indicó a los cansados jinetes que podían irse mientras otros guardias se colocaban alrededor de los prisioneros. Anduvo hasta donde estos esperaban, y cuando llegó junto a ellos los tres se postraron de rodillas, pegando la frente al suelo de tierra. Arutha enarcó las cejas sorprendido ante la exhibición.

—Nunca he visto ninguno como estos.

Arcolargo asintió, dándole la razón.

—No llevan armadura, y ni lucharon ni corrieron cuando los encontramos en el bosque. Hicieron lo mismo que ahora, sólo que entonces farfullaron como verduleras.

—Trae al padre Tully —dijo Arutha a Roland—. Puede que sea capaz de sacar algo de su idioma.

Roland corrió a buscar al sacerdote. Arcolargo despidió a sus dos rastreadores, que se dirigieron hacia la cocina. Se despachó un guardia para que fuese a buscar al Maestre de Armas Fannon y lo informase acerca de los prisioneros.

Pocos minutos después, Roland volvió con el padre Tully. El viejo sacerdote de Astalón iba vestido con una túnica azul marino, casi negra, y nada más verlo los tres prisioneros empezaron a farfullar y murmurar. Cuando Tully miró en su dirección, quedaron en completo silencio. Arutha observó sorprendido a Arcolargo.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el sacerdote.

—Prisioneros —dijo Arutha—. Como eres el único de por aquí que ha tenido algún trato con su idioma, pensé que podrías sacarles algo.

—No recuerdo mucho de mi contacto mental con el tsurani Xomich, pero puedo intentarlo.

El sacerdote pronunció unas pocas palabras altisonantes, que provocaron una confusión cuando los tres prisioneros empezaron a hablar a la vez. El del centro hizo callar a sus compañeros. Era bajo, como los otros, pero de cuerpo musculoso. Su pelo era castaño y su piel morena, pero sus ojos eran de un verde impresionante. Habló lento con Tully, de manera un tanto menos servil que sus compañeros. El sacerdote movió la cabeza.

—No estoy seguro, pero creo que quiere saber si soy un Grande de este mundo.

—¿Un Grande? —preguntó Arutha.

—El soldado moribundo sentía pavor hacia un hombre a bordo del barco al que llamaba el «Grande». Creo que era un título más que una persona concreta. Quizá Kulgan estuviera en lo cierto en que esta gente siente un temor reverencial por sus magos o sacerdotes.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó el príncipe.

Tully volvió a hablarles con palabras altisonantes. El hombre del centro habló lentamente, pero tras un rato Tully lo cortó con un gesto de la mano.

—Son esclavos —dijo al príncipe.

—¿Esclavos?

Hasta ahora no había habido ningún contacto con un tsurani que no fuera guerrero. Fue todo un descubrimiento el hecho de que practicaran la esclavitud. Aunque no era desconocida en el Reino, no estaba extendida y se limitaba a criminales convictos. A lo largo de la Costa Lejana, era casi inexistente. Arutha encontraba la idea extraña y repugnante. Había hombres nacidos de clase baja, pero incluso el siervo más ínfimo tenía derechos que la nobleza se veía obligada a respetar y proteger. Los esclavos eran cosas.

—Diles que se levanten, por el amor de los dioses —ordenó con desagrado.

Tully habló y los hombres se levantaron lentamente. Los dos de los extremos parecían niños asustados. El otro estaba de pie, sereno, con los ojos agachados. De nuevo, Tully interrogó al hombre, sintiendo que recuperaba la comprensión del idioma.

El del centro habló largo y tendido, y cuando acabó, Tully dijo:

—Estaban asignados a trabajar en los enclaves cercanos al río. Dice que su campamento fue destruido por la gente del bosque, supongo que se refiere a los elfos, y los bajos.

—Enanos, sin duda —agregó Arcolargo con una sonrisa.

Tully le dirigió una mirada petrificadora. El alto y delgado montaraz se limitó a seguir sonriendo. Martin era uno de los pocos jóvenes del castillo que nunca se había sentido intimidado por el viejo clérigo, ni siquiera antes de entrar al servicio el duque.

—Como iba diciendo —continuó el sacerdote—, los elfos y los enanos destruyeron su campamento. Ellos huyeron, temiendo que los mataran. Vagaron por los bosques durante días hasta que la patrulla los encontró esta mañana.

—Este tipo del centro parece algo diferente de los demás —dijo Arutha—. Pregúntale por qué.

Tully habló lentamente con el hombre, que respondió con escasa inflexión en su tono. Cuando hubo acabado, Tully habló con cierta sorpresa.

—Dice que su nombre es Tchakachakalla. ¡Una vez fue oficial tsurani!

—Esto puede ser un golpe de suerte —opinó el príncipe—. Si coopera, puede que

por fin aprendamos cosas acerca del enemigo.

El Maestre de Armas Fannon salió de la torre del homenaje y llegó hasta donde estaba Arutha interrogando a los prisioneros.

—¿Qué tenéis aquí? —preguntó.

Arutha explicó lo que sabían de los prisioneros...

—Bien —dijo Fannon cuando hubo acabado—, seguid con el interrogatorio.

—Pregúntale cómo se convirtió en esclavo —indicó Arutha a Tully.

Sin mostrar signo alguno de vergüenza, Tchakachakalla contó su historia. Cuando terminó, el sacerdote se quedó negando con la cabeza.

—Era Líder de Ataque. Puede que nos lleve algo de tiempo averiguar la equivalencia de su puesto en nuestro ejército, pero parece que era al menos Caballero-Teniente. Dice que sus hombres huyeron en una de las primeras batallas y que su «casa» perdió mucho honor. Alguien conocido como el Jefe de Guerra no le permitió quitarse la vida. En vez de eso, fue hecho esclavo para expiar la vergüenza de sus hombres.

Roland silbó.

—Sus hombres huyeron y él fue hecho responsable.

—Hay más de un conde que ha pifiado una orden y se ha encontrado con que su duque lo enviaba a servir con uno de los Barones Fronterizos en las Marcas del Norte —intervino Arcolargo.

Tully dirigió a Martin y Roland una mirada torva.

—Si han acabado... —Se volvió hacia Arutha y Fannon—. Por lo que ha dicho, parece claro que se lo quitaron todo. Podría sernos útil.

—Esto podría ser un truco —indicó Fannon—. No me gusta la pinta que tiene.

El hombre levantó la cabeza y miró fijamente al comandante de la guarnición. La boca de Martin se abrió de par en par.

—¡Por Kilian! Creo que ha comprendido lo que acaba de decir.

Fannon se puso frente a Tchakachakalla.

—¿Me comprendes?

—Un poco, amo. —Su acento era fuerte, y hablaba la lengua real con un alienígena tono musical—. Muchos esclavos del Reino en Kelewan. Saber un poco lengua real.

—¿Por qué no has hablado antes? —dijo Fannon.

De nuevo sin demostrar emoción alguna, respondió:

—No ordenado, esclavo obedecer. No... —se volvió hacia Tully y le dijo algo.

—Dice que no es cosa de esclavos demostrar iniciativa.

—Tully ¿crees que es de confianza? —preguntó Arutha.

—No lo sé. Su historia es muy rara, pero son una gente rara desde nuestro punto de vista. Mi contacto mental con el soldado moribundo me mostró muchas cosas que

aún no entiendo.

Tully habló con el hombre, y éste se dirigió a Arutha.

—Tchakachakalla contar. —Luchaba por encontrar las palabras—. Yo Wedewayo. Mi casa, familia. Mi clan Hunzan. Viejo, mucho honor. Ahora esclavo. No casa, no clan, no Tsuranuanni. No honor. Esclavo obedecer.

—Creo que lo entiendo. Si vuelves con los tsurani, ¿qué te pasaría?

—Ser esclavo, quizá. Morir, quizá. Ser lo mismo.

—¿Y si te quedas aquí?

—¿Ser esclavo? ¿Morir? —se encogió de hombros mostrando escasa preocupación.

—Nosotros no tenemos esclavos —respondió Arutha lentamente—. ¿Qué haríais si os liberásemos?

Un destello de alguna emoción cruzó el rostro del esclavo, que se volvió hacia Tully y le habló rápidamente. Tully tradujo:

—Dice que eso no es posible en su mundo. Pregunta si puedes hacer tal cosa.

Arutha asintió. Tchakachakalla señaló a sus compañeros.

—Ellos trabajar. Ellos siempre esclavos.

—¿Y tú? —preguntó Arutha.

Tchakachakalla miró fijamente al príncipe y habló con Tully, pero sin apartar la mirada de Arutha.

—Está exponiendo su linaje —explicó el sacerdote—. Dice que es Tchakachakalla, Líder de Ataque de los Wedewayo, del clan Hunzan. Su padre era Líder de Fuerza y su abuelo Jefe de Guerra del clan Hunzan. Ha luchado honorablemente y sólo ha fallado en su deber una vez. Ahora sólo es un esclavo, sin familia, ni clan, ni nación, ni honor. Pregunta si vas a devolverle su honor.

—Si los tsurani vienen, ¿qué haréis? —preguntó el príncipe.

Tchakachakalla señaló a sus compañeros.

—Estos hombres esclavos. Tsurani venir, ellos hacer nada. Esperar, ir con... —Él y Tully intercambiaron unas palabras y Tully le proporcionó el término que necesitaba—, vencedores. —Miró a Arutha y sus ojos se llenaron de vida—. Tú liberar Tchakachakalla. Tchakachakalla ser hombre tuyo, señor. Honor tuyo ser honor de Tchakachakalla. Dar vida si tú desear. Luchar tsurani si tú desear.

—Una historia factible —dijo Fannon—. Más probable aún que sea un espía.

El musculoso tsurani miró enfadado a Fannon y entonces, con un repentino movimiento, se puso de una zancada delante del Maestro de Armas y, antes de que nadie pudiera reaccionar, cogió el cuchillo de Fannon del cinturón de éste.

Arcolargo tenía desenvainado el suyo un momento después, y la espada de Arutha estaba saliendo de su vaina. Roland y los demás soldados sólo les iban un momento a la zaga. El tsurani no hizo ningún gesto amenazador, sino que se limitó a darle la

vuelta al cuchillo y ofrecerle la empuñadura a Fannon.

—¿Amo pensar Tchakachakalla enemigo? Amo matar. Dar muerte de guerrero, devolver honor.

Arutha devolvió su espada a la funda y tomó el cuchillo de la mano de Tchakachakalla.

—No. No te mataremos —dijo devolviéndole el cuchillo a Fannon. Se dirigió a Tully—. Creo que este hombre puede ser útil. Por ahora, me inclino a creerlo.

Fannon no parecía muy complacido.

—Puede ser un espía muy listo, pero tienes razón. No pasará nada si lo mantenemos bien vigilado. Padre Tully, ¿por qué no lleva a estos hombres a los barracones de los soldados y mira a ver qué puede sacar de ellos? En seguida me uniré a usted.

Tully habló con los tres esclavos y les indicó que debían seguirlo. Los dos más retraídos se movieron en seguida, pero Tchakachakalla dobló la rodilla ante Arutha. Habló rápidamente en la lengua tsurani; Tully tradujo:

—Acaba de pedir que o lo mates o lo conviertas en uno de tus guerreros. Ha preguntado que cómo puede un hombre ser libre sin casa, clan ni honor. En su mundo esos hombres son conocidos como guerreros grises y no tienen honor.

—Nuestras costumbres no son las vuestras —replicó Arutha—. Aquí un hombre puede ser libre sin familia ni clan y seguir teniendo honor.

Tchakachakalla inclinó levemente la cabeza mientras escuchaba, luego asintió y se levantó.

—Tchakachakalla comprender. —Sonrió ampliamente—. Pronto yo ser hombre tuyo. Buen señor necesitar buen guerrero. Tchakachakalla buen guerrero.

—Tully, llévatelos y entérate de lo que sabe Tchak... Tchakal... —Arutha rio—. No puedo pronunciarlo. —Se dirigió al esclavo—. Si vas a servir aquí, necesitarás un nombre del reino.

El esclavo miró a su alrededor e inclinó la cabeza brevemente.

—Llamadlo Charles —dijo Arcolargo—. Es lo más parecido a su nombre que se me ocurre.

—Un nombre tan bueno como cualquier otro —aceptó Arutha—. De ahora en adelante te llamarás Charles.

—¿Tcharles? —preguntó el recién liberado. Se encogió de hombros y asintió. Sin decir nada más, se puso junto al padre Tully, que conducía a los esclavos hacia los barracones de los soldados.

—¿Qué te parece? —dijo Roland mientras los esclavos desaparecían doblando la esquina.

—El tiempo dirá si nos han engañado —respondió Fannon.

Arcolargo se rio.

—Yo le echaré un ojo a Charles, Maestro de Armas. Es un tipejo duro. Viajó a buen ritmo mientras los traíamos aquí. Quizá lo convierta en rastreador.

Arutha interrumpió.

—Pasará algún tiempo antes de que me sienta cómodo dejándolo salir fuera de las murallas del castillo.

Fannon cambió de tema, dirigiéndose a Arcolargo.

—¿Dónde los encontraste?

—Al norte, en la ribera del ramal del Arroyo Claro. Seguíamos el rastro de un grupo numeroso de guerreros que se dirigía hacia la costa.

Fannon reflexionó acerca de esto.

—Gardan está al mando de otra patrulla cerca de allí. Quizá los vea y descubramos lo que planean estos bastardos para este año.

Sin otra palabra más, volvió a entrar en el torreón del homenaje.

Martin se rio. Arutha se sorprendió al oírlo.

—¿Qué te hace tanta gracia, Maestro de Caza?

Martin agitó la cabeza.

—Una cosita, Alteza: el propio Maestro de Armas. No habla de eso con nadie, pero apuesto a que daría todo lo que tiene para que vuestro padre volviera a estar al mando. Es un buen soldado, pero no le gusta la responsabilidad.

Arutha contempló la espalda del Maestro de Armas mientras se alejaba.

—Creo que tienes razón, Martin. —Su voz tenía un matiz pensativo—. Últimamente he discutido tanto con Fannon que no he caído en la cuenta de que él no pidió el mando.

—Una sugerencia, Arutha —dijo Arcolargo, bajando la voz.

Arutha asintió y Martin señaló a Fannon.

—Si le pasase algo a Fannon, nombrad otro Maestro de Armas enseguida, no esperéis la autorización de vuestro padre. Porque si esperáis, Algon asumirá el mando, y es un imbécil.

Arutha se envaró ante la propuesta del Maestro de Caza, mientras que Roland trataba de silenciar a Martin con una mirada de aviso.

—Pensaba que eras amigo del Maestro de Caballerizas —respondió el príncipe con frialdad.

Martin sonrió, y sus ojos dejaron entrever un extraño sentido del humor.

—Sí, lo soy, como todos los del castillo. Pero a cualquiera al que le preguntéis os dirá lo mismo. Sacadlo de sus caballos y Algon no destaca por sus luces.

—¿Y quién debería asumir el puesto? —preguntó Arutha, molesto por la actitud de Martin—. ¿El Maestro de Caza?

Martin se rio, un sonido de diversión tan clara y abierta ante la idea, que Arutha se encontró menos enfadado ante su sugerencia.

—¿Yo? No lo quiera el cielo, Alteza. Yo soy un simple cazador, nada más. No, si hiciera falta, nombrad a Gardan. Con mucho es el soldado más capaz de Crydee.

Arutha sabía que Martin tenía razón, pero se dejó llevar por la impaciencia.

—Ya basta. Fannon está bien y confío en que siga así.

Martin asintió.

—Que los dioses lo protejan... y a todos nosotros. Por favor, excusadme, no era más que una preocupación pasajera. Ahora, con el permiso de Su Alteza, no he comido caliente en una semana.

Arutha le indicó que podía irse, y Martin se dirigió hacia la cocina.

—Sólo se ha equivocado en una cosa, Arutha —dijo Roland.

Arutha estaba con los brazos cruzados, observando a Arcolargo mientras doblaba la esquina.

—¿En qué?

—En que ese hombre es mucho más que el simple cazador que pretende ser.

Arutha se quedó callado un instante.

—Así es. Hay algo acerca de Martin Arcolargo que siempre me ha inquietado, aunque nunca he tenido motivo de queja.

Roland rio ante el comentario.

—¿Y ahora qué te hace tanta gracia a ti? —preguntó el príncipe.

Roland se encogió de hombros.

—Sólo que muchos creen que tú y él os parecéis mucho.

Arutha le dirigió a Roland una mirada fúnebre, y éste negó con la cabeza.

—Se dice muy a menudo que lo que más nos ofende de los demás es lo que vemos de nosotros reflejado en ellos. Y es cierto, Arutha. Los dos tenéis ese ácido sentido del humor, casi burlón, y ninguno de los dos toleráis las tonterías. —La voz de Roland se puso seria—. No hay ningún misterio en eso, pienso. Te pareces mucho a tu padre, y ya que Martin no tiene familia, es normal que haya tomado como modelo al duque.

Arutha permaneció pensativo.

—Quizá tengas razón. Pero hay algo más que me preocupa acerca de ese hombre...

Dejó la frase inacabada y se volvió hacia el torreón.

Roland se puso a caminar junto al pensativo príncipe y se preguntó si no se habría propasado.

La noche tronaba. Zigzagueantes rayos desgarraban la oscuridad mientras los nubarrones venían desde el oeste. Roland estaba de pie en la torre sur, observando el espectáculo. Desde la cena su ánimo había estado tan oscuro como el cielo occidental. El día no había ido bien. Primero se había sentido mal por su conversación con Arutha junto a la puerta. Luego Carline lo había tratado en la cena con el mismo

silencio de muerte que había tenido que soportar desde su encuentro en esa misma torre hacía dos semanas. Carline había parecido más tranquila de lo habitual, pero Roland había sentido una puñalada de ira contra sí mismo cada vez que la miraba. Aún podía ver el dolor en los ojos de la princesa.

—Menudo imbécil que soy —dijo en voz alta.

—Imbécil no, Roland.

Carline estaba de pie a unos pasos de distancia, mirando hacia la tormenta que se acercaba. Tenía un chal echado sobre los hombros, aunque el aire estaba templado. El trueno había ocultado sus pisadas.

—Es una mala noche para estar en la torre, mi señora.

Ella se puso a su lado.

—¿Lloverá? Estas noches calurosas traen rayos y truenos, pero suele llover poco.

—Lloverá. ¿Dónde están tus damas?

Ella señaló la puerta de la torre.

—En las escaleras. Le tienen miedo a los rayos. Y además, quería hablar contigo a solas.

Roland no dijo nada, y Carline se mantuvo en silencio durante unos momentos. La noche era rota por violentos estallidos de energía que desgarraban los cielos, seguidos del retumbar del trueno.

—Cuando era pequeña —dijo ella al fin—, mi padre solía decir que en noches como ésta los dioses jugaban en el cielo.

Roland miró su rostro, iluminado por la solitaria linterna que colgaba de la pared.

—Mi padre me decía que hacían la guerra.

Ella sonrió.

—Roland, tenías razón el día en que Lyam se fue. Me he perdido en mi propia pena, incapaz de ver la verdad. Pug habría sido el primero en decirme que nada es para siempre. Que vivir en el pasado es estúpido y nos roba el futuro. —Bajó la cabeza un poco—. Quizá tenga algo que ver con mi padre. Cuando mamá murió, nunca se recuperó por completo. Yo era muy pequeña, pero aún recuerdo como fue. Reía mucho cuando ella vivía. Era más como Lyam entonces. Después... bueno, se volvió más como Arutha. Se reía, pero había un filo cortante en su risa, una amargura.

—Algo burlón.

Ella asintió, pensativa.

—Sí, burlón. ¿Por qué has dicho eso?

—Algo que he notado... Algo que le dije hoy a tu hermano. Acerca de Martin Arcolargo.

Ella suspiró.

—Sí, lo comprendo, Arcolargo también es así.

—Pero seguro que no has venido a hablar de tu hermano ni de Martin —dijo

Roland en voz baja.

—No, he venido a decirte cuánto siento la forma en la que me he comportado. He estado enfadada contigo dos semanas pero no tenía derecho. Tú sólo dijiste lo que era cierto. Te he tratado mal.

Roland se sorprendió.

—No me has tratado mal, Carline. Actué como un maleducado.

—No, nunca has hecho otra cosa que ser un amigo para mí, Roland. Me dijiste la verdad, no lo que yo quería oír. Debe de haber sido duro... considerando lo que sientes. —Miró la tormenta que se aproximaba—. Cuando me enteré de la captura de Pug, pensé que se había acabado el mundo.

—El primer amor es el más difícil —citó Roland, tratando de ser comprensivo.

Carline sonrió ante el refrán.

—Eso dicen. ¿Y tú, qué tal?

Roland reunió todas sus fuerzas en una postura despreocupada.

—Eso parece, princesa.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Ninguno de nosotros dos es libre para sentir de forma distinta a como lo hacemos, Roland.

La sonrisa de él se hizo triste.

—Eso es cierto, Carline.

—¿Serás siempre mi buen amigo?

Había una nota de genuina preocupación en la voz de la princesa que llegó al corazón del joven escudero. Ella estaba intentando arreglar las cosas entre ellos, pero sin las argucias que había usado cuando era más joven. Su intento sincero echó a un lado todas las frustraciones de él por su afecto no plenamente correspondido.

—Lo haré, Carline. Siempre seré tu buen amigo.

Ella cayó en sus brazos y Roland la abrazó fuerte, la cabeza de ella contra el pecho de él.

—El padre Tully —susurró la princesa— dice que algunos amores vienen sin que los llamen como los vientos marinos, y otros crecen de las semillas de la amistad.

—Esperaré que llegue el momento de esa cosecha, Carline. Pero si no llegase, seguiría siendo tu buen amigo.

Se quedaron uno junto al otro en silencio, reconfortándose mutuamente por diferentes motivos, pero compartiendo una ternura que les había sido negada los dos últimos años. Ambos estaban perdidos en el consuelo de la proximidad del otro, y ninguno de los dos vio lo que el resplandor de un relámpago descubrió durante un breve instante. Desde el horizonte, a gran velocidad, venía un barco.

Los vientos azotaban los estandartes en los parapetos de las murallas del castillo

mientras la lluvia empezaba a caer. A medida que el agua se reunía en pequeños charcos, las lámparas lanzaban reflejos amarillos que daban un aspecto sobrenatural a los dos hombres que estaban de pie en la muralla.

El resplandor de un relámpago iluminó el mar, y un soldado anunció:

—¡Allí! Alteza, ¿lo habéis visto? Al sur de las Rocas del Guardián. —Alargó el brazo señalando el sitio.

Arutha trató de atravesar la oscuridad con su mirada, con el ceño fruncido por la concentración.

—No veo nada con esta oscuridad. Ahí afuera está más negro que el alma de un sacerdote de Guis-Wan. —Distraídamente, el soldado hizo un gesto de protección ante la mención del dios asesino—. ¿Hay señales desde la torre del faro?

—Ninguna, Alteza. Ni con la luz ni con mensajeros.

El resplandor de otro relámpago iluminó la noche, y Arutha vio la nave recortada en la distancia. Maldijo.

—Necesitaré el faro de Puntalarga para alcanzar a salvo el puerto.

Sin decir nada más, bajó corriendo las escaleras que conducían al patio. Cerca del portón principal dio instrucciones a un soldado para que trajera su caballo y a dos jinetes que lo acompañaran. Mientras esperaba allí, la lluvia pasó, dejando la noche con un ambiente claro, pero húmedo y caluroso. Pocos minutos después, Fannon aparecía desde los barracones de los soldados.

—¿Qué es esto? ¿Un paseo a caballo?

—Una nave se dirige al puerto, y el faro de Puntalarga no está encendido.

—Entonces más vale que vayas —dijo Fannon mientras un caballerizo traía el caballo de Arutha, seguido por otros dos jinetes—. Y dile a esos mentecatos haraganes del faro que voy a tener unas palabritas con ellos cuando acaben la guardia.

Arutha había esperado una discusión con Fannon, y se sintió aliviado de que no la hubiera. Montó, y abrieron el portón. Lo atravesaron y se dirigieron hacia la ciudad por la carretera.

La breve lluvia había hecho que la noche se llenase de olores frescos —las flores a los lados del camino y el olor a salitre del mar, pronto enmascarado por el acre olor de la madera quemada proveniente de los restos calcinados de edificios incendiados— a medida que se acercaban a la ciudad.

Atravesaron a toda prisa la silenciosa urbe, tomando la carretera del puerto. Una pareja de guardias estacionados junto a los muelles saludaron apresuradamente cuando vieron al príncipe pasar como una exhalación. Los edificios cerrados a cal y canto cerca de los muelles eran el testimonio mudo de los que habían huido tras la incursión.

Salieron de la ciudad y se dirigieron al faro siguiendo una curva de la carretera. Al otro lado pudieron ver el faro, sobre un islote natural de roca unido al continente por

un espigón de piedra, sobre el que discurría una carretera de albero prensado. Los cascos de los caballos dejaron impreso en el terreno un borroso tatuaje a medida que se aproximaban a la alta torre. El estallido de un relámpago iluminó el cielo, y los tres jinetes pudieron ver que el barco se dirigía hacia el puerto a toda vela.

—¡Se irán contra las rocas sin el faro! —gritó Arutha a los otros.

—¡Mirad, Alteza! ¡Alguien les hace señales! —respondió uno de los guardias.

Detuvieron los caballos y vieron unas siluetas cerca de la base de la torre. Un hombre vestido de negro estaba de pie balanceando una linterna adelante y atrás. Los del barco podían verlo claramente, pero no así los que estaban en las murallas del castillo. En la tenue luz, Arutha vio las formas inmóviles de soldados de Crydee tiradas en el suelo. Cuatro hombres, también vestidos de negro y con capuchas que les tapaban las caras, corrieron hacia los jinetes. Tres desenvainaron espadas largas que llevaban colgadas a la espalda, mientras que el cuarto apuntó con un arco. El soldado que estaba a la derecha de Arutha gritó cuando una flecha lo alcanzó en el pecho. Arutha embistió con su caballo a los tres que venían a la carga, derribando a dos mientras lanzaba un tajo con su espada, alcanzando al tercero en la cara. El hombre cayó sin un sonido.

El príncipe se dio la vuelta y vio que su otro compañero también estaba enzarzado, golpeando desde arriba al arquero. Más hombres enmascarados salieron corriendo de la torre y avanzaron aprisa y en silencio.

El caballo de Arutha relinchó. Pudo ver una flecha saliéndole del cuello. Mientras se derrumbaba bajo él, el príncipe sacó los pies de los estribos y pasó su pierna izquierda sobre el cuello del animal, saltando mientras éste caía al suelo. Cayó y rodó, poniéndose en pie frente a una silueta de baja estatura vestida de negro que tenía una espada larga empuñada a dos manos y levantada sobre la cabeza. La larga hoja cayó, y Arutha saltó a su izquierda, lanzando una estocada con su propia arma. Alcanzó al hombre en el pecho, y luego liberó su espada. Como los demás antes que él, el hombre cayó sin articular sonido alguno.

Otro relámpago mostró a unos hombres que corrían hacia Arutha desde la torre. El príncipe se dio la vuelta para ordenar al jinete que quedaba que volviera a avisar al castillo, pero la orden murió antes de nacer cuando vio un enjambre de figuras de negro desmontando al soldado. Arutha esquivó un ataque del primer hombre que llegó a su lado, y se escabulló corriendo de tres sorprendidas figuras. Golpeó el rostro del cuarto hombre con la cazoleta de su espada, tratando de apartarlo a un lado. Su único pensamiento era abrirse paso para huir y avisar al castillo. El hombre golpeado cayó de espaldas, y Arutha trató de saltar sobre él. Su enemigo alargó una mano y atrapó la pierna del príncipe mientras éste saltaba.

Arutha cayó duramente contra la piedra y sintió unas manos que se aferraban frenéticamente a su pie derecho. Dio una patada con su pie izquierdo y alcanzó al

hombre en la garganta con la bota. El sonido de la tráquea aplastada fue seguido por convulsiones.

Arutha se puso de pie cuando otro atacante llegaba hasta él, con más de ellos a solo un paso de distancia. Saltó hacia atrás, tratando de coger distancia. El tacón de su bota se enganchó en una roca, y de repente el mundo dio vueltas sin control. Se encontró suspendido en el aire durante un instante, y luego sus hombros dieron contra la roca cuando cayó por el costado del espigón. Golpeó varias rocas más, y el agua helada lo engulló.

La conmoción del agua le impidió quedar inconsciente. Aturdido, aguantó la respiración por puro reflejo, pero tenía poco aire. Sin pensar, se empujó hacia arriba y salió a la superficie con un sonoro y entrecortado jadeo. Aunque aturdido, a pesar de todo conservaba la suficiente lucidez para sumergirse bajo la superficie cuando las flechas golpearon el agua junto a él. No podía ver nada en la tenebrosa oscuridad del puerto, pero se aferró a las rocas, avanzando agarrado a ellas más que nadando. Retrocedió hasta el extremo del faro del espigón, con la esperanza de que los incursos pensasen que iría en la otra dirección. Salió a la superficie en silencio y parpadeó para sacudirse el agua salada de los ojos. Ojeando desde el cobijo de una gran roca, vio siluetas negras que buscaban en la oscuridad del agua. Arutha se movió rápidamente, cubriéndose con las rocas. Los músculos y articulaciones magullados le hacían entornar los ojos al moverse, pero nada parecía roto.

Otro relámpago iluminó el puerto. Pudo ver que el barco se ponía a salvo a toda velocidad en la rada de Crydee. Era un mercante, aunque modificado para conseguir velocidad y equipado para la guerra. Quienquiera que pilotase la nave era un genio loco, porque se libró de las rocas por un margen muy escaso, y se fue derecho hacia el muelle que había al inicio del espigón. Arutha pudo ver hombres en la arboladura, manejando frenéticamente las velas. Sobre la cubierta había una compañía de guerreros vestidos de negro con las armas dispuestas.

Arutha devolvió su atención a los hombres del espigón y vio como uno les hacía un gesto silencioso a los demás. Salieron corriendo en dirección a la ciudad. Ignorando su cuerpo dolorido, Arutha subió, encaramándose a las resbaladizas rocas para alcanzar el camino de albero del espigón. Trastabillando un poco, se puso de pie y miró hacia a ciudad. Aún no había signos de problemas, pero sabía que iban a estallar pronto.

Medio trastabilló, medio corrió hacia la torre del faro, y se obligó a subir las escaleras. Por dos veces estuvo a punto de desvanecerse, pero legó hasta el último piso de la torre. Vio que el vigía estaba muerto junto al fuego de señales. La madera empapada de aceite estaba protegida de los elementos por una cubierta que colgaba suspendida sobre ella. El viento frío entraba por las ventanas abiertas en todos los lados del edificio.

Arutha encontró la bolsa del centinela muerto y cogió el pedernal, el acero y la yesca. Abrió la pequeña puerta en un costado de la cubierta metálica, usando su cuerpo para escudar la madera del viento. La segunda chispa que consiguió prendió en la madera, y surgió un pequeño fuego. Se propagó con rapidez, y cuando estuvo ardiendo plenamente Arutha tiró de la cadena que levantaba la cubierta. Con un sonido audible, las llamas llegaron al techo cuando el viento dio sobre el fuego.

Contra una pared había una vasija con polvos que había mezclado Kulgan para una emergencia de este tipo. Arutha combatió el mareo mientras se inclinaba para coger el cuchillo del cinturón del centinela muerto. Lo usó para abrir la tapa de la vasija y luego lanzó todo el contenido de ésta sobre el fuego.

De repente, las llamas se volvieron de un escarlata oscuro, una señal de aviso que nadie confundiría con una luz normal. Arutha se volvió hacia el castillo, manteniéndose lejos de la ventana para no bloquear la luz. Las llamas ardieron más y más brillantes mientras Arutha se sentía más y más débil. Durante un largo rato la noche estuvo en silencio, y de repente sonó la alarma en el castillo. El príncipe sintió alivio. La luz roja era la señal para saqueadores en el puerto, y la guarnición del castillo había sido entrenada para enfrentarse a tales incursiones. Fannon podía ser cauteloso a la hora de perseguir incursores tsurani al interior de los bosques por la noche, pero un barco pirata en su puerto era algo ante lo que no dudaría en responder.

Arutha bajó a duras penas las escaleras, y se paró para apoyarse en la puerta. Le dolía todo el cuerpo, y el mareo lo abrumaba. Respiró hondo y se encaminó hacia la ciudad. Cuando llegó hasta donde estaba su caballo muerto buscó su espada, y entonces se acordó de que se la había llevado con él a las aguas. Trastabilló hasta donde yacía uno de sus jinetes, junto a un arquero vestido de negro. Arutha se agachó para recoger la espada del soldado caído, y casi perdió el sentido al levantarse. Se mantuvo erguido durante unos instantes, temiendo perder el conocimiento si se movía, y esperó a que pasase el martilleo en su cabeza. Poco a poco alargó la mano y se tocó la cabeza. Un punto especialmente dolorido, en el que se estaba formando un gran chichón, le dijo que se había golpeado fuerte al menos una vez al caerse del espigón. Retiró sus dedos pegajosos por la sangre a medio coagular.

Empezó a andar hacia la ciudad, pero al moverse volvió el martilleo en su cabeza. Anduvo titubeante durante algún tiempo y luego intentó obligarse a correr, pero tras sólo tres tambaleantes pasos volvió a su torpe caminar. Iba tan aprisa como podía, recorriendo la curva de la carretera para llegar a la vista de la ciudad. Oyó débiles sonidos de lucha. En la distancia podía ver la luz roja de los fuegos que se alzaban hacia el cielo a medida que se incendiaban los edificios. Los gritos de hombres y mujeres llegaban extrañamente remotos y embotados a los oídos de Arutha.

Se obligó a andar deprisa, y a medida que se acercaba a la ciudad la anticipación

de la lucha aclaró gran parte de la niebla que cubría su mente. Fue hacia el puerto; con los edificios que había junto a éste ardiendo, había tanta luz como de día, pero no se veía a nadie. El barco de los incursores descansaba junto a al muelle, con una pasarela que conducía al embarcadero. Arutha se aproximó en silencio, temiendo que hubieran dejado guardias para protegerla. Cuando llegó hasta la pasarela, todo estaba en silencio. Los sonidos de lucha eran distantes, como si todos los atacantes se hubieran adentrado en la ciudad.

—¡Dioses de la piedad! ¿Hay alguien ahí? —surgió un grito de la nave cuando empezaba a alejarse.

La voz era grave y potente, aunque con una nota de terror controlado.

Arutha corrió pasarela arriba, con la espada lista. Se detuvo cuando llegó a cubierta. Por la entrada a la bodega de proa podía ver el fuego ardiendo con fuerza. Miró a su alrededor; en todos los lados donde ponía los ojos había marinos muertos empapados en su propia sangre. Desde la popa de la nave la voz gritó:

—¡Tú! Si eres un hombre del Reino y temeroso de los dioses, ven y ayúdame.

Aruthase abrió camino entre la masacre y se encontró a un hombre sentado apoyado contra la barandilla de popa. Era grande, ancho de hombros y de pecho fuerte y musculoso. Podía tener cualquier edad entre veinte y cuarenta años. Se aguantaba un costado de su amplia barriga y la sangre se le escurría entre los dedos. El pelo negro y rizado estaba peinado hacia atrás desde una frente con entradas, y llevaba corta la barba negra. Logró sonreír débilmente mientras señalaba a una figura vestida de negro tirada cerca.

—Los bastardos mataron a mi tripulación y le prendieron fuego a mi barco. Ese cometió el error de no matarme del primer golpe. —Señaló un trozo de verga caído que le tenía atrapadas las piernas—. No puedo quitarme esa maldita verga y aguantarme las tripas al mismo tiempo. Si la levantas un poco, creo que puedo soltarme.

Arutha vio el problema: el hombre estaba atrapado bajo el extremo corto de la verga, enredado en una masa de cuerdas y poleas. Agarró el extremo largo y lo levantó, moviéndolo sólo algunos centímetros, pero lo suficiente. Con algo a medio camino entre gruñido y gemido, el hombre herido sacó las piernas.

—No creo que se me hayan roto las piernas, chaval. Dame la mano y veremos.

Arutha le dio la mano y casi perdió el equilibrio poniendo de pie al voluminoso marino.

—Vaya, pues —dijo el hombre herido—, tú tampoco estas en muchas condiciones de luchar, ¿no?

—Estaré bien —dijo Arutha, ayudando al hombre mientras combatía un ataque de náuseas.

El marinero se apoyó sobre el príncipe.

—Entonces mejor que nos demos prisa. El fuego se está extendiendo.

Con la ayuda de Arutha, logró sortear la pasarela. Cuando llegaron al muelle, jadeando en busca de aire, el calor se estaba haciendo intenso.

—¡Movámonos! —dijo el marino.

Arutha asintió y se pasó el brazo del hombre por el hombro. Se alejaron del embarcadero, tambaleándose como una pareja de marineros borrachos en la ciudad.

De repente llegó un rugido y ambos hombres fueron lanzados al suelo. Arutha agitó su aturdida cabeza y miró hacia atrás. Tras él saltaba al cielo una gran torre de llamas. El barco era una silueta apenas visible en el corazón de la columna de fuego blanco y amarillo. Las oleadas de calor los cubrieron como si estuvieran ante la puerta de un horno gigantesco.

—¿Qué ha sido eso? —logró articular Arutha con voz ronca.

Su compañero emitió una respuesta igualmente débil:

—Doscientos barriles de aceite inflamable quegano.

—No dijiste nada de que hubiera aceite inflamable a bordo de la nave.

—No quería que te pusieras nervioso. Ya estabas medio ido. Supuse que o lo lograríamos... o no.

Arutha intentó levantarse, pero se cayó de espaldas. De repente se sintió muy cómodo descansando en la fría piedra del embarcadero. Vio como el fuego empezaba a perder intensidad ante sus ojos, y entonces todo se oscureció.

Arutha abrió los ojos y vio formas borrosas sobre él. Parpadeó y las imágenes se aclararon. Carline estaba junto a su catre, mirando ansiosa mientras el padre Tully lo examinaba. Tras Carline observaba Fannon, y junto a él había un hombre que no le era familiar. Entonces Arutha lo recordó.

—El hombre del barco.

El otro sonrió.

—Amos Trask, antiguo patrón del *Sidonie*, hasta que esos bast..., pido perdón a la princesa, esas malditas ratas de tierra le prendieron fuego. Aquí presente gracias a Su Alteza.

Tully interrumpió.

—¿Cómo te sientes?

Arutha se sentó, descubriendo que su cuerpo era una masa de dolores sordos. Carline colocó cojines bajo su hermano.

—Molido, pero sobreviviré. —Sintió náuseas—. Pero estoy un poco mareado.

Tully bajó la vista hasta la cabeza de Arutha.

—No es de extrañar. Te has hecho una buena brecha. Puede que te sientas mareado ocasionalmente en los próximos días, pero no creo que sea grave.

Arutha miró al Maestre de Armas.

—¿Cuánto tiempo?

—Una patrulla te trajo la noche pasada —respondió Fannon—. Ahora es por la mañana.

—¿La incursión?

Fannon negó con la cabeza, entristecido.

—La ciudad está arrasada. Logramos matarlos a todos, pero no queda un edificio en pie en Crydee. La aldea de pescadores que hay al sur del puerto está intacta, pero todo lo demás se ha perdido.

Carline revoloteaba junto a Arutha, arreglándole las sábanas y mulléndole los cojines.

—Deberías descansar.

—Ahora mismo tengo hambre —dijo él.

Ella trajo un cuenco de caldo caliente. Él se conformó con el caldo en vez de una comida más sólida, pero se negó a que ella le diera de comer.

—Contadme lo que pasó —dijo entre cucharadas.

Fannon parecía preocupado.

—Fueron los tsurani.

La mano de Arutha se detuvo, con la cuchara a medio camino entre la escudilla y su boca.

—¿Tsurani? Pensé que eran saqueadores de las Islas del Crepúsculo.

—Al principio nosotros también, pero después de hablar con el capitán Trask aquí presente, y con los esclavos tsurani que tenemos con nosotros, hemos podido reconstruir más o menos lo que pasó.

Tully cogió el hilo de la historia.

—Según cuentan los esclavos, esos hombres fueron especialmente escogidos. Lo llaman una incursión mortal. Fueron seleccionados para entrar en la ciudad, destruir todo lo que pudieran y luego morir sin huir. Quemaron la nave tanto como símbolo de su misión como para que nosotros no pudiéramos usarla. Por lo que dicen, deduzco que esto se considera un gran honor.

Arutha miró a Amos Trask.

—¿Cómo pudieron apoderarse de tu nave, capitán?

—Ah, esa es una triste historia, Alteza.

Se inclinó un poco a la derecha y Arutha recordó la herida.

—¿Cómo está el costado?

Trask sonrió ampliamente, con alegría en sus ojos oscuros.

—Una herida escandalosa, pero no grave. El buen padre me dejó mejor que nuevo, Alteza.

Tully emitió un sonido de protesta.

—Este hombre debería estar en cama. Está más gravemente herido que tú. No ha

querido irse hasta no ver que estabas bien.

Trask ignoró el comentario.

—Las he tenido peores. Una vez tuvimos un combate con una galera de guerra quegana que se había dado a la piratería y... bueno, esa es otra historia. Me habéis preguntado por mi barco. —Cojeó hasta el catre de Arutha—. Veníamos de Palanque con una carga de armas y aceite inflamable. Considerando la situación aquí, pensé que tendría un buen mercado. Nos atrevimos con los estrechos todavía no entrada la estación, para adelantar a los demás barcos, o eso esperábamos. Pero mientras hacíamos el paso antes de tiempo, pagamos el precio. Una monstruosa tormenta vino del sur y nos arrastró durante una semana. Cuando acabó, nos dirigimos al este, buscando la costa. Supuse que no tendríamos problemas en averiguar nuestra posición a partir de hitos del terreno conocidos. Cuando avistamos tierra, ninguno fue capaz de reconocer nada. Como ninguno de nosotros había estado al norte de Crydee, pensamos con razón que nos habíamos desviado más de lo que habíamos pensado. Íbamos costeando durante el día y anclábamos por la noche, porque no quería arriesgarme con bajíos y arrecifes desconocidos. La tercera noche, los tsurani llegaron nadando desde la costa como un grupo de delfines. Bucearon bajo el barco y subieron por ambos lados. Para cuando me despertó el jaleo en cubierta, había media docena de los bast..., pido perdón a la princesa, de estos tsurani echándose encima. Sólo tardaron unos minutos en hacerse con mi barco. —Sus hombros se hundieron un poco—. Es triste perder tu barco, Alteza.

Hizo una mueca de dolor y Tully se levantó, haciendo que Trask se sentara en un taburete junto a Arutha. Trask continuó su historia.

—No podíamos comprender lo que decían; su lengua es más apropiada para los monos que para los hombres; yo mismo hablo cinco idiomas civilizados y puedo chapurrear una decena más. Pero como digo, no podíamos entender ese galimatías, aunque dejaron bastante claras sus intenciones. Registraron mis cartas de navegación. —Hizo una mueca ante el recuerdo—. Se las compré legalmente y al contado a un capitán jubilado de Durbin. Cincuenta años de experiencia en esas cartas de navegación, había, desde aquí en Crydee hasta las lejanas costas orientales de la Confederación Keshiana, y las tiraron por mi camarote como si fueran trapos viejos hasta que encontraron las que querían. Tenían algún marino entre ellos, porque tan pronto reconocieron las cartas de navegación, dieron a conocer sus planes. Llamadme marinero de agua dulce, pero habíamos llegado sólo a unas pocas millas de los cabos que hay al norte de vuestro faro. Si hubiéramos navegado un poco más, habríamos llegado a salvo al puerto de Crydee hace dos días. —Arutha y los demás no dijeron nada. Trask siguió—. Fueron a mi bodega y empezaron a tirar cosas por la borda, sin importar lo que fuera. Cerca de quinientas excelentes espadas anchas queganas, por la borda.

»Picas, lanzas, arcos largos, todo; supongo que para impedir que llegasen a Crydee de algún modo. No supieron qué hacer con el aceite inflamable quegano; los barriles hubieran necesitado una grúa para sacarlos de la bodega, así que los dejaron allí. Pero se aseguraron de que no quedase un arma a bordo que no estuviera en sus manos. Entonces algunos de esos ratones enanos de tierra se vistieron con esos trapajos negros, nadaron hasta la orilla y se dirigieron por la costa hacia el faro. Mientras iban, el resto estaba rezando, de rodillas y meciéndose adelante y atrás, excepto unos pocos que estaban vigilando a mi tripulación con arcos. Entonces, de repente, unas tres horas tras la puesta de sol, se levantan y empiezan a patear a mis hombres, señalando al puerto que había en el mapa. Levamos anclas y bajamos por la costa. El resto ya lo saben. Creo que pensaron que no se esperaba un ataque por mar.

—Y tenían razón —dijo Fannon—. Desde su última incursión hemos patrullado bastante los bosques. No podrían acercarse a un día de marcha de Crydee sin que nos enterásemos. Así nos pillaron por sorpresa. —El Maestre de Armas sonaba cansado y amargado—. Ahora la ciudad ha sido destruida y tenemos el patio de armas lleno de ciudadanos aterrorizados.

Trask también sonó amargado.

—La mayoría de los hombres desembarcaron rápidamente, pero dejaron dos decenas para matar a mis hombres. —Una expresión de dolor cruzó su rostro—. Eran gente dura, mis chavales, pero eran buenos hombres. No supimos lo que estaba pasando hasta que los primeros de mis muchachos empezaron a caer de la arboladura con flechas tsurani clavadas, ondeando como pequeñas banderitas mientras caían al agua. Pensábamos que nos necesitarían para salir. Entonces mis muchachos lucharon, pueden apostar por ello. Pero no hubo nada que hacer. Los pasadores y las cabillas no son rivales para hombres armados con espadas y arcos. —Trask suspiró hondo, su rostro tan dolorido por su historia como por su herida—. Treinta y cinco hombres. Escoria de los muelles, matones y asesinos todos ellos, pero eran *mi* tripulación. Yo fui el único que pude matar. Le abrí la cabeza al primer tsurani que vino a mi, cogí su espada y maté a otro. Pero el tercero me desarmó y me atravesó. —Ladró una risa corta y seca—. Le rompí el cuello. Perdí el conocimiento un rato. Me darían por muerto. Lo siguiente que supe era que todo estaba ardiendo y empecé a gritar. Luego te vi subir por la pasarela.

—Eres un hombre osado, Amos Trask —dijo Arutha.

Una mirada de intenso dolor cruzó el rostro del hombretón.

—No lo bastante osado para conservar mi barco, Alteza. Ahora no soy más que otro marinero en tierra.

—Ya basta por ahora, Arutha —interrumpió Tully—. Necesitas descansar. —Puso la mano en el hombro de Amos Trask—. Capitán, haría usted bien en seguir su ejemplo. Su herida es más seria de lo que usted admite. Lo llevaré a una habitación

donde podrá descansar.

El capitán se levantó.

—Capitán Trask —lo detuvo Arutha.

—¿Sí, Alteza?

—Necesitamos hombres buenos aquí en Crydee.

Un destello de humor cruzó el rostro del marino.

—Os lo agradezco, Alteza. Pero sin un barco, no sé que utilidad tendría yo.

—Entre Fannon y yo, ya encontraremos como mantenerlo ocupado.

El hombre hizo una leve reverencia, limitado por su costado herido. Se fue con Tully. Carline besó a Arutha en la mejilla.

—Ahora, descansa —le dijo.

Se llevó el caldo y Fannon la escoltó fuera de la habitación. Arutha estaba dormido antes de que se cerrara la puerta.

Ataque

Carline atacó.

Lanzó una estocada baja con la punta de su espada, dirigiendo un golpe mortal al estómago. Roland apenas evitó la acometida con un fuerte golpe de su hoja, desviando la de ella. Dio un salto hacia atrás, y por un momento perdió el equilibrio. Carline vio la duda y volvió a lanzarse adelante.

Roland se rio mientras saltaba repentinamente, desviando la hoja de ella una vez más, y luego poniéndose fuera de su alcance. Con rapidez se pasó la espada de la mano derecha a la izquierda, luego alargó el brazo y agarró por la muñeca el brazo de la espada de ella, haciéndola perder el equilibrio a su vez. La hizo dar la vuelta y se colocó a su espalda. Le rodeó la cintura con el brazo izquierdo, teniendo cuidado con el filo de la espada, y la apretó contra él. Ella luchó contra su fuerza superior, pero mientras él estuviera a su espalda, lo único que podía hacer era maldecirlo.

—¡Era un truco! ¡Un asqueroso truco! —escupió.

La princesa pataleaba indefensa mientras él se reía.

—No te confíes de esa manera, aunque parezca una presa segura. Tienes una buena velocidad, pero presionas demasiado. Aprende a tener paciencia. Espera una apertura clara, y entonces ataca. Si te desequilibras tanto estarás muerta.

Le dio un rápido beso en la mejilla y la empujó de forma poco ceremoniosa. Carline tropezó, recuperó el equilibrio y se dio la vuelta.

—¡Bribón! ¡Te tomas libertades con mi real persona!

Ella avanzó sobre él con la espada dispuesta, girando lentamente hacia la izquierda. Con su padre lejos, Carline había incordiado a Arutha para que permitiera a Roland enseñarle esgrima. Su argumento final había sido: «¿Qué hago si los tsurani entran en el castillo? ¿Atacarlos con las agujas de bordar?».

Arutha había cedido más por el cansancio de sus constantes protestas que por una verdadera convicción de que fuera a necesitar el arma.

De repente Carline lanzó un furioso ataque alto, obligando a Roland a retirarse a través del pequeño patio que había detrás de la torre del homenaje. Se encontró

acorralado contra una tapia baja y esperó. Ella volvió a lanzarse, él se echó a un lado ágilmente y la punta embotada del estoque de Carline golpeó en la pared un instante después de que él hubiera abandonado el sitio. Roland se colocó a su espalda de un salto, y le dio un golpecito juguetón en el trasero con el canto de la espada.

—Y no pierdas la calma o también perderás la cabeza.

—¡Oh! —gritó ella dándose la vuelta para encararlo. Su expresión era un punto intermedio entre el enfado y la diversión—. ¡Monstruo!

Roland se preparó, con una mirada de burlón arrepentimiento en el rostro. Ella midió la distancia entre ambos y empezó a avanzar lentamente. Llevaba unos pantalones masculinos ajustados, para desesperación de Lady Marna, y una blusa de hombre ceñida en la cintura por el cinturón de la espada. En el último año su figura se había desarrollado, y el ajustado conjunto bordeaba lo escandaloso.

Cumplidos los dieciocho años, no había nada de Carline que fuese infantil. Las botas hechas a medida que llevaba, negras y hasta los tobillos, pisaban el suelo con cuidado a medida que recorría la distancia que los separaba, y su pelo largo y lustroso estaba recogido en una sola trenza que le colgaba libremente sobre los hombros.

A Roland le alegraban estas sesiones con ella. Habían redescubierto gran parte de su antigua diversión así, y Roland mantenía la esperanza de que sus sentimientos por él estuvieran convirtiéndose en algo más que amistad. En el año que había pasado desde la partida de Lyam habían entrenado juntos, o habían salido a montar cerca del castillo, cuando se había considerado seguro. El tiempo pasado con ella había fortalecido un sentimiento de compañerismo entre ambos que él antes no había conseguido despertar. Aunque era más seria que antes, la princesa había recuperado su chispa y su sentido del humor.

Roland se quedó un momento perdido en sus pensamientos. La niña pequeña, mimada y consentida había desaparecido. La niña de carácter malo y exigente por el aburrimiento de su papel en la vida era ahora una cosa del pasado. En su lugar había una joven mujer de mente y voluntad fuertes, templada por duras lecciones.

Roland parpadeó, y se encontró con la punta de la espada de ella en la garganta. Divertido, dejó caer su espada.

—Señora, me rindo.

Ella se rio.

—¿Con qué estabas soñando, Roland?

Él apartó suavemente la punta de la espada de ella.

—Recordaba cómo se puso Lady Marna cuando saliste a montar por primera vez con esas ropas y volviste toda sucia y con más bien poco aspecto de señorita.

Carline sonrió ante el recuerdo.

—Pensé que iba a quedarse una semana en cama. —Envainó la espada—. Me gustaría encontrar razones para llevar estas ropas más a menudo. Son tan cómodas...

Roland asintió, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y muy cautivadoras. —Miró de forma abiertamente lasciva la forma en la que abrazaban el curvilíneo cuerpo de Carline—. Aunque supongo que se debe al tiempo.

Ella levantó la nariz en señal de desaprobación.

—Sois un bribón y un adulator, señor mío. Y un lascivo.

Con una risita, él recogió su espada.

—Creo que ya basta por hoy, Carline. Esta tarde sólo puedo soportar una derrota. Otra más y tendré que abandonar el castillo avergonzado.

Los ojos de ella se abrieron como platos mientras desenfundaba su espada, y él vio que su pulla había dado en el blanco.

—¡Oh! Avergonzado por una simple chica ¿no? —dijo ella avanzando con la espada dispuesta.

Riendo, él preparó la suya, retrocediendo.

—Por favor, señora. Esto es totalmente impropio.

Equilibrando la espada, ella le dirigió una mirada de enfado.

—Ya tengo a Lady Marna para que se preocupe de mis modales, Roland. No necesito que un bufón como tú me dé lecciones.

—¡Bufón! —gritó él dando un salto al frente.

Ella paró su espada y contraatacó, casi alcanzándolo. Él paró la estocada con su hoja, deslizándola contra la de ella hasta que estuvieron *corps a corps*. Él le agarró la muñeca de la espada con su mano libre y sonrió.

—No quieres encontrarte nunca en esta posición. —Ella luchó para liberarse, pero él la aguantó fuerte—. A menos que los tsurani empiecen a mandar a sus mujeres contra nosotros, casi cualquiera contra el que te enfrentes será más fuerte que tú, y desde tan cerca podrá hacer lo que quiera. —Diciendo esto, se la acercó bruscamente y la besó.

La princesa retrocedió, con expresión sorprendida en el rostro. De repente la espada cayó de sus dedos y ella lo agarró. Aferrándolo con una fuerza sorprendente, lo besó con una pasión que respondía a la de él.

Cuando Roland retrocedió, Carline lo contempló con una mirada de sorpresa mezclada con deseo. Una sonrisa apareció en su rostro, mientras le brillaban los ojos.

—Roland, yo... —dijo en voz baja.

La alarma resonó por todo el castillo, y se pudo oír el grito de «¡Ataque!» desde las murallas al otro lado del castillo.

Roland maldijo en voz baja y dio un paso atrás.

—De todos los momentos inoportunos...

Se dirigió hacia el pasillo que conducía al patio de armas y se volvió con una sonrisa.

—Recordad lo que ibais a decir, señora. —Su buen humor se desvaneció cuando

vio que ella lo seguía espada en mano—. ¿Adónde vas? —preguntó, toda ligereza ausente de su voz.

—A las murallas —lo desafió ella—. No me pienso quedarme otra vez sentada en las bodegas.

—No —dijo él con firmeza—. Nunca has experimentado la lucha de verdad. Como deporte no lo haces mal con la espada, pero no pienso arriesgarme a que quedes paralizada la primera vez que huelas sangre. Irás a las bodegas con el resto de las damas y te encerrarás allí por seguridad.

Roland nunca le había hablado antes en ese tono. Antes siempre había sido el pícaro provocador, o el amigo amable. Ahora repentinamente era un hombre distinto. Ella empezó a protestar, pero él la cortó. Cogiéndola del brazo, medio llevándola medio arrastrándola, anduvo en dirección a las puertas de la bodega.

—¡Roland! —gritó Carline—. Suéltame.

—Tú iras a donde se te ha ordenado —respondió él con tranquilidad—. Y yo iré a donde se me ha ordenado. Sin discusiones.

Ella trató de sacudirse de su presa, pero era imposible.

—¡Roland, quítame las manos de encima enseguida! —le ordenó.

Él siguió ignorando sus protestas y la arrastró por el pasillo. Ante la puerta de las bodegas, un sorprendido guardia vio aproximarse a la pareja. Roland se detuvo y lanzó a Carline hacia la puerta con un empujón poco caballeroso. Con los ojos desorbitados por el enfado, la princesa se volvió hacia el guardia.

—¡Arréstalo, enseguida! —El enfado elevó su voz hasta un tono impropio de una señorita—. ¡Me ha puesto las *manos* encima!

El guardia dudó, miró a un lado y a otro, y empezó a andar inseguro hacia el escudero. Roland levantó un dedo en señal de advertencia y señaló con él al guardia, a pocos centímetros de su nariz.

—Llevarás a Su Alteza a lugar seguro. Ignorarás sus protestas, y si tratase de irse la retendrás. ¿Comprendes? —Su voz no dejaba dudas de que iba completamente en serio.

El guardia asintió, pero seguía resistiéndose a agarrar a la princesa. Sin apartar la mirada de la cara del soldado, Roland empujó suavemente a Carline hacia la puerta.

—Si me entero de que ha abandonado la bodega antes de que haya sonado la señal de que está todo tranquilo, me aseguraré de que el príncipe y el Maestre de Armas sean informados de que permitiste que la princesa se pusiera en peligro.

Eso fue suficiente para el guardia. Puede que no comprendiera quién tenía más autoridad durante los ataques, si la princesa o el escudero, pero no tenía duda alguna sobre lo que le haría el Maestre de Armas en dichas circunstancias. Se volvió hacia la puerta de la bodega antes de que Carline pudiera girarse, obligándola a bajar.

—Alteza, por aquí.

Carline bajó de espaldas las escaleras echando pestes. Roland cerró la puerta tras ellos. Ella se dio la vuelta tras descender otro escalón, y bajó las escaleras altivamente. Cuando llegó hasta la habitación preparada para las mujeres del castillo en caso de ataque, se encontró a las demás damas esperando, acurrucadas unas con otras, aterrorizadas.

El guardia hizo un incómodo saludo de disculpa.

—Mis disculpas, Alteza, pero el escudero parecía muy decidido.

Repentinamente, la mueca de desagrado de Carline se desvaneció, y en su lugar apareció una pequeña sonrisa.

—Sí lo parecía, ¿no?

Los jinetes entraron al galope en el patio mientras las inmensas puertas se cerraban tras ellos. Arutha observaba desde la muralla y se volvió hacia Fannon.

—Qué mala suerte... —dijo el comandante.

—La suerte no tiene nada que ver en esto —respondió Arutha—. Los tsurani no nos atacarían si la ventaja fuera nuestra.

Todo parecía tranquilo, excepto la ciudad incendiada, que se alzaba como recordatorio constante de la guerra. Pero él sabía que al otro lado de la ciudad, en los bosques del norte y el nordeste, se estaba reuniendo un ejército. Y según todos los informes al menos dos mil tsurani más marchaban hacia Crydee.

—¡Adentro, perro sarnoso y bastardo!

Arutha bajó la vista hacia el patio y vio a Amos Trask pateando la figura de un pescador presa del pánico, que entró corriendo dentro de una de las toscas cabañas que se habían levantado dentro de las murallas del castillo para albergar a los últimos ciudadanos desplazados que no se habían ido al sur. La mayoría de la gente se había embarcado hacia Carse tras la incursión, pero unos pocos se habían quedado a pasar el invierno. Excepto algunos pescadores que iban a quedarse para ayudar a alimentar a la guarnición, el resto debía embarcarse para Carse y Tulan esa misma primavera. Pero los primeros barcos de la estación entrante no se esperaban hasta dentro de algunas semanas. A Amos lo habían dejado a cargo de esa gente desde que su barco había ardido el año anterior, para impedir que se fueran de las manos y causasen demasiados problemas en el castillo. El antiguo capitán había sido un regalo durante las primeras semanas tras el incendio de la ciudad. Amos tenía el talento necesario para el mando y metió en cintura a los duros, desabridos e individualistas pescadores. Arutha lo consideraba un fanfarrón, un embustero y muy posiblemente un pirata, pero le caía bien.

Gardan subió las escaleras desde el patio, seguido de Roland. El sargento saludó al príncipe y al Maestre de Armas.

—Esa es la última patrulla, señor.

—Entonces sólo debemos esperar a Arcolargo —dijo Fannon.

Gardan negó con la cabeza.

—Ninguna patrulla lo ha visto, señor.

—Eso es porque Arcolargo está sin duda más cerca de los tsurani de lo que lo estaría cualquier soldado con sentido común —aventuró Arutha—. ¿Cuánto crees que tardará en llegar el resto de los tsurani?

—Menos de una hora, si avanzan directamente —dijo Gardan, señalando hacia el nordeste. Miró al cielo—. Tienen menos de cuatro horas de luz. Podríamos esperar un ataque al anochecer. Pero lo más probable es que tomen posiciones, descansen sus tropas y ataquen con las primeras luces.

Arutha miró a Roland.

—¿Están seguras las mujeres?

Roland sonrió ampliamente.

—Todas, aunque tu hermana puede que tenga algunas palabras duras para mí cuando esto acabe.

Arutha le devolvió la sonrisa.

—Cuando esto acabe, ya me encargaré. —Miró a su alrededor—. Ahora, esperemos.

Los ojos del Maestre de Armas Fannon recorrieron el paisaje engañosamente tranquilo que se extendía ante ellos. Había una nota de preocupación mezclada con determinación en su voz cuando dijo:

—Sí, ahora esperamos.

Martin levantó la mano. Sus tres rastreadores se detuvieron. Por lo que ellos podían percibir, los bosques estaban tranquilos, pero los tres sabían que los sentidos de Martin eran más agudos que los suyos. Tras un momento, él avanzó, adelantándose para explorar.

Desde hacía diez horas, desde antes del amanecer, habían ido siguiendo la ruta de los tsurani. Por lo que creían, los tsurani habían sido repelidos una vez más de Elvandar en los vados del río Crydee y ahora volvían su atención al castillo de Crydee. Durante tres años habían estado ocupados en cuatro frentes: contra los ejércitos del duque al este, contra los elfos y los enanos al norte, contra Crydee al oeste y contra la Hermandad de la Senda Oscura y los trasgos al sur.

Los rastreadores se habían mantenido cerca de los batidores tsurani, a veces demasiado cerca. En dos ocasiones se habían visto obligados a huir de ataques, al mostrarse los guerreros enemigos tenazmente dispuestos a seguir al Maestre de Caza de Crydee y a sus hombres. Sólo los habían alcanzado una vez, y Martin había perdido a uno de sus hombres en la lucha.

Imitó el graznido del cuervo, y en unos minutos sus tres rastreadores restantes se

unieron a él.

—Se dirigen más hacia el oeste de donde pensé que virarían —dijo uno, un muchacho de rostro alargado llamado Garret.

Arcolargo reflexionó.

—Sí, parece que planean rodear todas las tierras que circundan el castillo. O sencillamente puede que quieran atacar desde una dirección inesperada. —Entonces, con una sonrisa sarcástica dijo—: Pero lo más seguro es que estén haciendo un barrido de la zona antes de iniciar el ataque, asegurándose de que no queda ninguna fuerza hostigadora a sus espaldas.

—Seguramente saben que estamos siguiendo su camino —dijo otro rastreador.

La sonrisa torcida de Arcolargo se ensanchó.

—Sin duda. Creo que no les preocupan nuestras idas y venidas. —Movi6 la cabeza—. Esos tsurani son una panda arrogante —señal6—. Garret vendrá conmigo. Vosotros dos iréis derechos al castillo. Informad al Maestre de Armas de que unos dos mil tsurani más marchan sobre Crydee.

Sin una palabra más, ambos hombres partieron a buen paso hacia el castillo.

Al compañero que se había quedado, le habló en voz baja.

—Vamos, volvamos con el avance enemigo y veamos qué planean.

Garret movió la cabeza.

—Tu actitud alegre hace más bien poco por aliviar mi mente preocupada, Maestre de Caza.

—A la muerte le da igual un momento que otro —dijo Arcolargo mientras volvían por donde habían venido—. Viene cuando quiere, así que, ¿para qué preocuparse?

—Sí —dijo Garret, y su rostro alargado demostró que no estaba muy convencido—. ¿Para qué? Lo que me preocupa no es que la muerte venga cuando quiera; lo que me hace temblar es que tú la invites.

Martin se rio entre dientes. Le hizo un gesto a Garret para que lo siguiera. Partieron al trote, avanzando con zancadas largas y sueltas. El bosque estaba brillantemente iluminado por la luz del día, pero entre los anchos troncos había muchos lugares oscuros donde podía acechar un enemigo atento. Garret dejó a la discreción de Arcolargo si era seguro pasar al lado de esos escondites o no. Entonces, como uno solo, ambos hombres se detuvieron bruscamente ante el sonido de un movimiento al frente. Sin hacer ruido alguno, se fundieron con unos umbríos matorrales. Un minuto pasó lentamente sin que ninguno de los dos hombres hablara. Entonces les llegó un débil murmullo, palabras imperceptibles.

Dos figuras entraron en su campo visual, avanzando cautelosamente en un rumbo norte-sur perpendicular al sendero que seguía Martin. Ambos iban vestidos con capas grises oscuras y llevaban arcos preparados. Se detuvieron, y uno se agachó para estudiar las huellas dejadas por Arcolargo y sus rastreadores. Señaló en dirección al

sendero y habló con su compañero, que asintió y volvió por el camino por el que habían venido.

Arcolargo oyó a Garret sisear mientras aguantaba la respiración. Fisgando por la zona había un rastreador de la Hermandad de la Senda Oscura. Tras un momento buscando, siguió a su compañero.

Garret empezó a moverse y Martin lo agarró del brazo.

—Aún no —susurró Arcolargo.

—¿Qué hacen tan al norte? —susurró Garret.

Martin movió la cabeza.

—Se han escurrido por detrás de nuestras patrullas en las colinas. Nos hemos relajado en el sur, Garret. Nunca pensamos que irían al norte por aquí, tan al oeste de las montañas. —Esperó en silencio durante un momento—. Quizá estén cansados del Corazón Verde e intentan llegar a las Tierras del Norte para unirse a sus hermanos.

Garret empezó a hablar pero se detuvo cuando un Hermano Oscuro llegó al sitio que antes había ocupado el otro. El Hermano miró a su alrededor, y luego hizo un gesto levantando la mano. Aparecieron otras figuras siguiendo un camino perpendicular al que habían seguido los hombres de Martin. Solos, en parejas y en tríos, los Hermanos Oscuros cruzaron el sendero y desaparecieron entre los árboles.

Garret estaba sentado aguantando la respiración. Podía ver a Martin contar en voz baja mientras las figuras cruzaban su campo visual.

—... diez, doce, quince, dieciséis, dieciocho...

El flujo de siluetas con capas oscuras continuó, haciéndosele interminable a Garret.

—... treinta y uno, treinta y dos, treinta y cuatro...

A medida que continuaba la marcha, iban apareciendo más Hermanos Oscuros, y tras un tiempo, Martin susurró:

—Hay más de cien.

Y seguían viniendo; ahora algunos transportaban fardos a la espalda o al hombro. Muchos llevaban las capas de montaña de color gris oscuro, pero otros vestían con ropas verdes, marrones o negras. Garret se inclinó hacia Martin.

—Estás en lo cierto —susurró—. Es una migración al norte. Cuento más de doscientos.

Martin asintió.

—Y siguen viniendo.

Durante muchos minutos más los Hermanos Oscuros cruzaron el sendero, hasta que los guerreros fueron sustituidos por mujeres y jóvenes de aspecto ajado. Cuando estos hubieron pasado, una compañía de veinte guerreros cruzó el sendero, y la zona quedó tranquila.

Esperaron un momento en silencio.

—Tienen que ser parientes de los elfos para poder moverse por los bosques en tan gran número sin que los descubran —dijo Garret.

Martin sonrió.

—Te aconsejo que no le menciones ese hecho al próximo elfo que te encuentres.

Se levantó lentamente, estirando los músculos agarrotados por haber estado tanto tiempo agazapado entre los arbustos. Les llegó el débil eco de un sonido desde el este, y la expresión de Martin se volvió pensativa.

—¿A qué distancia del camino crees que van los Hermanos Oscuros?

—La retaguardia a unos cien metros; la vanguardia quizá a un kilómetro o menos. ¿Por qué?

Martin sonrió y Garret se encontró incomodado por el humor burlón de sus ojos.

—Ven, creo que sé dónde podemos divertirnos.

Garret gimió en voz baja.

—Ay, Maestro de Caza, me pica la piel cuando mencionas diversión.

Martin le dio al hombre un golpecito amistoso en el pecho con el dorso de la mano.

—Vamos, robusto amigo.

El Maestro de Caza abría la marcha, con Garret tras él. Avanzaron a grandes zancadas por el bosque, evitando con facilidad obstáculos que habrían puesto en problemas a montaraces menos experimentados.

Hicieron una parada en el sendero, y ambos hombres se detuvieron. Algo más adelante en el sendero, justo al fondo del alcance de su vista, venía una compañía de batidores tsurani. Martin y Garret se desvanecieron entre los árboles.

—La columna principal va por detrás —dijo Arcolargo—. Cuando lleguen al cruce por el que pasaron los Hermanos Oscuros, puede que los sigan.

Garret movió la cabeza.

—O puede que no, así que nos aseguraremos de que lo hagan. —Tomando aliento, añadió—: Bueno —y elevó una corta plegaria en silencio a Kilian, la Cantora de los Silencios Verdes, diosa de los montaraces, mientras ambos sacaban los arcos.

Martin salió al sendero y apuntó, y Garret siguió su ejemplo. Los tsurani llegaron a la vista, mientras cortaban la densa maleza para que el cuerpo principal pudiera seguirlos con facilidad. Martin esperó hasta que los tsurani estuvieron incómodamente cerca y entonces disparó, justo cuando el primer batidor se apercibía de ellos. Los dos primeros hombres cayeron, y antes de que dieran contra el suelo ya se habían disparado otras dos flechas. Martin y Garret sacaban las flechas de las aljabas que llevaban a la espalda con movimientos fluidos, las ponían en los arcos y las disparaban con una rapidez y una precisión poco comunes. Martin no había elegido a Garret hacía cinco años por un acto de caridad. En el ojo del huracán se mantenía tranquilo, hacía lo que le mandaban y lo hacía de forma competente.

Diez sorprendidos tsurani cayeron antes de poder dar la alarma. Tranquilamente, Martin y Garret se echaron los arcos al hombro y esperaron. Entonces apareció por el sendero un verdadero muro de armaduras coloreadas. Los oficiales tsurani en vanguardia se detuvieron conmocionados al ver a los batidores muertos. Entonces vieron a los dos montaraces tan tranquilos más adelante en el sendero y gritaron algo. Todo el frente de la columna se lanzó hacia delante, las armas desenvainadas.

Martin saltó entre los matorrales del lado norte del sendero, con Garret un paso por detrás. Atravesaron a toda prisa los árboles, con los tsurani persiguiéndolos de cerca.

La voz de Martin llenaba el bosque con el salvaje sonido de una llamada de cazador. Garret gritaba tanto por una excitación innombrable y enloquecida como por el miedo. El ruido tras ellos era tremendo, a medida que una horda de tsurani los perseguía entre los bosques.

Martin los condujo hacia el norte, siguiendo un curso paralelo al de la Hermandad Oscura. Tras algún tiempo se detuvo.

—Lentamente —dijo con aliento entrecortado—, no queremos despistarlos.

Garret miró hacia atrás y vio que los tsurani se habían perdido de vista. Se apoyaron en un árbol y esperaron. Un momento después apareció el primer enemigo, corriendo en un rumbo que se desviaba al noroeste.

—Tenemos que haber matado a todos los rastreadores buenos de su maldito mundo —dijo Martin con una mirada de disgusto.

Cogió su cuerno de caza del cinturón y lo sopló con tal fuerza que el soldado tsurani se quedó helado, con una expresión sorprendida en el rostro que podía verse claramente incluso desde donde estaban Martin y Garret.

El tsurani miró a su alrededor y vio a los dos cazadores. Martin hizo un gesto para que el hombre los siguiera, y él y Garret partieron de nuevo. Los tsurani gritaron llamando a los que venían detrás y salieron en persecución. Durante medio kilómetro condujeron a los tsurani a través del bosque, y entonces giraron hacia el oeste.

—Los Hermanos Oscuros... sabrán... que venimos —dijo Garret entrecortadamente.

—A menos que se hayan... quedado todos sordos... de repente —gritó Martin, logrando sonreír—. Los tsurani tienen... una ventaja... de seis a uno. Creo... que es justo... que la Hermandad... tenga la emboscada.

Garret pudo reunir suficiente aliento para gruñir por lo bajo y continuó siguiendo el camino que marcaba su jefe. Salieron con estrépito de entre unos arbustos y Martin se detuvo, agarrando a Garret de la blusa. Inclino la cabeza a un lado.

—Están por ahí —dijo.

—No sé cómo... cómo puedes oír algo con... todo este maldito jaleo ahí detrás.

Por el sonido parecía que la mayor parte de la columna tsurani los había seguido,

aunque el bosque amplificaba el ruido y confundía su ubicación.

—¿Sigues llevando... esa ridícula camiseta roja? —preguntó Martin.

—Sí. ¿Por qué?

—Arráncale una tira.

Sin hacer preguntas, Garret se levantó la blusa verde de montaraz. Bajo ella había una chillona camiseta roja de algodón. Cortó una tira larga de la parte baja, y luego se remeti6 la prenda a toda prisa. Mientras Garret se arreglaba, Martin at6 la tira a una flecha. Mir6 atr6s, hacia donde los tsurani armaban estr6pito entre los matorrales.

—Tienen que ser esas piernas cortas. Puede que sean capaces de correr todo el d6a, pero no pueden mantener el ritmo dentro de un bosque. —Le entreg6 la flecha a Garret—. ¿Ves ese olmo tan grande al otro lado del claro peque6o?

Garret asintió.

»¿Ves el peque6o abedul que hay detr6s, a la izquierda? —Garret volvi6 a asentir—. ¿Crees que puedes darle con la tira de tela atada a la flecha?

Garret sonri6 mientras sacaba el arco, ponía la flecha y la disparaba. La flecha vol6 con precisi6n, clav6ndose en el 6rbol.

—Cuando nuestros zambos amigos lleguen aqu6, ver6n ese destello de color y se lanzar6n en tromba. A menos que est6 muy equivocado, la Hermandad est6 unos quince metros m6s all6 de tu flecha. —Sac6 el cuerno mientras Garret volvi6 a echarse el arco al hombro—. Partimos de nuevo —dijo, mientras hac6a sonar una larga y grave llamada.

Los tsurani se lanzaron como avispones, pero Arcolargo y Garret ya iban hacia el suroeste antes de que la nota del cuerno se hubiera extinguido en el aire. Corrieron para asegurarse de que los tsurani no los vieran, anulando el ardid.

De repente atravesaron unos arbustos y cayeron en medio de un grupo de mujeres y ni6os que se movían aqu6 y all6. Una joven de la Hermandad estaba dejando un fardo en el suelo. Se detuvo al ver a los dos hombres. Garret tuvo que echarse a un lado para evitar arrollarla.

Los grandes ojos marrones de ella lo estudiaron durante un instante mientras 6l la rodeaba.

—Lo siento, se6orita —dijo Garret sin pensar, llev6ndose la mano al cabello.

Entonces parti6 tras el Maestre de Caza mientras a su espalda estallaban gritos de sorpresa e ira.

Martin se detuvo despu6s de que hubieron cubierto otro medio kil6metro y escuch6. Del nordeste llegaban sonidos de batalla, gritos y alaridos, el entrecocar de las armas. Martin sonri6 ampliamente.

—Van a estar ocupados un buen rato.

Garret se derrumb6 agotado al suelo.

—La pr6xima vez m6ndame a m6 al castillo, ¿vale, Maestre de Caza?

Martin se arrodilló al lado del rastreador.

—Eso debería impedir que los tsurani llegasen a Crydee antes de bien entrada la noche. No podrán montar un ataque hasta mañana. Cuatrocientos Hermanos Oscuros no es algo que puedan dejar tras ellos sin problemas. Descansaremos un poco, y luego volveremos a Crydee.

Garret se apoyó en un árbol.

—Noticias bienvenidas. —Emitió un suspiro de alivio—. Estuvo cerca, Maestre de Caza.

Martin sonrió enigmático.

—La vida entera está cerca, Garret.

Garret movió la cabeza lentamente.

—¿Viste a esa chica?

Martin asintió.

—¿Qué pasa con ella?

Garret parecía asombrado.

—Era bonita... no, más bien preciosa, pero de una forma extraña, quiero decir. Tenía el pelo largo y negro, y los ojos del color de la piel de las nutrias. Y tenía la boca de piñón y una mirada coqueta. Lo suficiente para que cualquier hombre la mirara más de una vez. No es lo que me esperaba de la Hermandad.

Martin asintió.

—Los moredhel son una gente bella, eso es cierto, al igual que lo elfos. Pero recuerda, Garret —dijo con una sonrisa—, si alguna vez te llegases a encontrar de nuevo intercambiando cortesías con una mujer moredhel, sería tan fácil que te besara como que te arrancase el corazón.

Descansaron algún tiempo mientras les llegaba el eco de los alaridos y los gritos desde el nordeste. Luego se levantaron lentamente y emprendieron la vuelta a Crydee.

Desde el inicio de la guerra, los tsurani habían limitado sus actividades a las zonas inmediatamente adyacentes al valle de las Torres Grises. Algunos informes de los elfos y los enanos revelaban que estaba teniendo lugar una actividad minera en las Torres. Habían establecido enclaves fuera del valle, desde los que realizaban incursiones contra las posiciones del Reino. Una o dos veces al año montaban una ofensiva contra los ejércitos del duque en el Oeste, los elfos en Elvandar o Crydee, pero generalmente se mostraban satisfechos con mantener lo que habían conseguido.

Y cada año ampliaban sus posesiones, construyendo nuevos enclaves, expandiendo la zona bajo su control y consiguiendo una posición más fuerte desde la que lanzar su campaña del año siguiente. Desde la caída de Walinor, la esperada ofensiva hacia la costa del Mar Amargo no se había materializado, y los tsurani tampoco habían vuelto a intentar nada contra las fortalezas LaMutianas cerca de

Montaña de Piedra. Walinor y Crydee fueron saqueadas y abandonadas, más para negárselas al Reino y a las Ciudades Libres que para proporcionar ganancias a los tsurani. Para la primavera del tercer año de la guerra, los jefes de las fuerzas del Reino habían desesperado de un ataque de envergadura, uno que rompiera el estancamiento. Aquí estaba. Y vino en el lugar más lógico, el frente más débil de los aliados, la guarnición de Crydee.

Arutha observó desde las murallas al ejército tsurani. Estaba junto a Gardan y Fannon, con Martin Arcolargo tras ellos.

—¿Cuántos? —preguntó sin apartar la mirada de la hueste reunida.

—Mil quinientos, dos mil, es difícil de decir —respondió Martin—. Ayer venían dos mil más, menos los que quitase de en medio la Hermandad Oscura.

Desde los distantes bosques retumbaban los sonidos de los trabajadores talando árboles. El Maestre de Armas y el de Caza pensaban que los tsurani cortaban árboles para construir escalas.

—Nunca pensé que me iba a oír decir esto —dijo Martin—, pero me hubiera gustado que ayer hubiera habido cuatro mil Hermanos Oscuros en el bosque.

Gardan escupió por la muralla.

—A pesar de todo, estuvo bien hecho, Maestre de Caza. Vino bien que tuvieran un encontronazo unos con otros.

Martin se rio sin ganas.

—También es buena cosa que los Hermanos Oscuros maten nada más ver. Aunque estoy seguro de que no lo hacen por el cariño que nos tienen, nos vigilan el flanco sur.

—A menos que el grupo de ayer no fuera un caso aislado —intervino Arutha—. Si la Hermandad está abandonando el Corazón Verde, puede que pronto tengamos que temer por Tulan, Jonril y Carse.

—Me alegro de que no parlamenten —dijo Fannon—, si acordaran una tregua...

Martin negó con la cabeza.

—Los moredhel sólo negocian con traficantes de armas y con renegados que trabajen para ellos por dinero. Por lo demás no les servimos de nada. Y según todas las evidencias, los tsurani vienen con intenciones de conquista. Los moredhel no están más exentos de su ambición que nosotros.

Fannon volvió a mirar el creciente contingente tsurani. A lo largo de la primera línea del ejército estaban situados estandartes de colores vivos con extraños diseños. Cientos de guerreros con armaduras de diferentes colores se agrupaban bajo cada estandarte.

Sonó un cuerno, y los soldados tsurani se encararon hacia las murallas. Cada estandarte fue adelantado una docena de pasos y clavado en el suelo. Un puñado de soldados, que llevaban los yelmos de altos penachos que las fuerzas del Reino

pensaban que designaban a los oficiales, avanzaron y se quedaron a medio camino entre el ejército y los portaestandartes. Uno, que llevaba una armadura azul brillante, gritó algo y señaló al castillo. De la hueste tsurani reunida se alzó un grito, y luego otro oficial, éste vestido con una armadura de color rojo brillante, empezó a andar lentamente hacia el castillo.

Arutha y los demás observaban en silencio mientras el hombre cruzaba la distancia hasta el portón. No miró ni a izquierda ni a derecha, ni a la gente que había en las murallas, sino que anduvo con la vista al frente hasta que llegó a la puerta. Allí, sacó un gran hacha de mano y llamó tres veces con el mango.

—¿Qué hace? —preguntó Roland, que acababa de subir las escaleras.

De nuevo, el tsurani llamó a la puerta del castillo.

—Creo —dijo Arcolargo— que nos está ordenando que abramos y entreguemos el castillo.

Entonces el tsurani se echó hacia atrás y clavó el hacha en el portón, dejándola vibrando en la madera. Sin prisa, se dio la vuelta y empezó a andar hacia donde lo animaban los tsurani que estaban observando.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fannon.

—Creo que lo sé —dijo Martin, descolgando el arco del hombro. Sacó una flecha y la puso en la cuerda. Repentinamente, la disparó. El dardo se clavó en el suelo entre las piernas del oficial tsurani y el hombre se detuvo—. Los montañeses hadati de Yabon tienen rituales como éste. Dan mucho valor a mostrar valentía frente al enemigo. Tocar a uno de ellos y vivir es más honorable que matarlo. —Señaló al oficial, que permanecía inmóvil—. Si lo mato no tendré honor, porque nos está mostrando lo valiente que es. Pero podemos mostrarle que sabemos jugar al juego.

El oficial tsurani se dio la vuelta, cogió la flecha y la partió en dos. Se encaró hacia el castillo, sosteniendo en alto la flecha rota mientras gritaba desafiando a los que había en las murallas. Arcolargo cogió otra saeta y la disparó. La segunda flecha voló y cortó las plumas del penacho del oficial. El tsurani se calló cuando las plumas se derramaron por su cara.

Roland gritó ante el disparo, y entonces las murallas del castillo estallaron en gritos de júbilo. El tsurani se quitó el yelmo lentamente.

—Ahora nos está invitando a que uno de nosotros lo mate —dijo Martin—, demostrando que no tenemos honor, o salga del castillo y se atreva a enfrentarse a él.

—¡No permitiré que se abran las puertas del castillo para esta competición infantil! —protestó Fannon.

Arcolargo sonrió de oreja a oreja.

—Entonces cambiaremos las reglas. —Se inclinó hacia el otro lado del adarve y gritó al patio—: ¡Garret, roma de caza!

Garret, que estaba abajo en el patio, sacó de su aljaba una flecha de caza y se la

lanzó a Arcolargo. Martin les enseñó a los demás la pesada bola de hierro que servía de punta, usada para cazar aves cuando una flecha afilada las destrozaría, y luego la puso en el arco. Apuntando al oficial, disparó.

La flecha golpeó al tsurani en el estómago, lanzándolo de espaldas. Todos cuantos estaban en el muro pudieron imaginarse el sonido hecho por el aliento del hombre al serle arrancado del cuerpo. Los soldados tsurani gritaron ofendidos, pero se callaron cuando el hombre se levantó, obviamente aturdido pero por lo demás no mostrando herida alguna. Entonces se dobló, apoyó las manos en las rodillas y vomitó.

—Demasiado para la dignidad de un oficial —señaló Arutha secamente.

—Bueno —dijo Fannon—. Creo que es hora de que les demos otra lección acerca de cómo hacemos la guerra en el Reino. —Levantó el brazo sobre su cabeza—. ¡Catapultas! —gritó.

En respuesta ondearon banderas en las torres que había en las murallas y en el torreón del homenaje. Bajó el brazo, y los poderosos ingenios fueron disparados. En las torres más pequeñas, las balistas, que parecían ballestas gigantes, lanzaron proyectiles similares a lanzas, mientras que desde el techo del torreón del homenaje los maganeles arrojaron cubos de pesadas rocas. La lluvia de piedras y proyectiles cayó en medio de los tsurani, aplastando cabezas y miembros, desgarrando agujeros en sus filas. Los defensores pudieron oír los gritos de los hombres heridos, mientras las dotaciones de las catapultas preparaban y cargaban sus mortíferos ingenios.

Los tsurani quedaron sumidos en la confusión y, cuando la segunda lluvia de piedras y proyectiles los golpeó, rompieron a correr. Un grito de alegría se elevó de los defensores de las murallas, y murió cuando los tsurani se reagruparon fuera del alcance de los ingenios.

—Maestre de Armas —dijo Gardan—, creo que pretenden asediarnos.

—Creo que te equivocas —replicó Arutha señalando.

Los demás miraron: un gran número de tsurani se separaba del cuerpo principal, avanzando hasta quedar justo fuera del alcance de los proyectiles.

—Parecen estar preparando un ataque —dijo Fannon—. ¿Pero por qué sólo con una parte de su fuerza?

Un soldado se acercó a ellos.

—Alteza, no hay señales de tsurani frente a ninguna de las demás posiciones.

Arutha miró a Fannon.

—¿Y por qué atacar sólo una muralla? Creo que hay unos mil.

—Más posiblemente mil doscientos —dijo Fannon. Vio como aparecían escalas detrás de los atacantes, avanzando—. Ya vienen.

Mil defensores esperaban tras los muros. Otros hombres de Crydee seguían apostados en guarniciones periféricas y puestos de vigía, pero el grueso de la fuerza del ducado estaba allí.

—Podemos resistir a esta fuerza siempre que no logren abrir brecha en los muros —explicó Fannon—. Podemos enfrentarnos a cualquier ventaja menor de diez a uno.

Llegaron más mensajeros de las otras murallas.

—Siguen sin organizar nada contra las murallas este, norte y sur, Maestre de Armas —informó uno de ellos.

—Parecen dispuestos a hacerlo de la forma más dura. —Fannon se quedó pensativo unos instantes—. Poco de lo que hemos visto es comprensible. IncurSIONES mortales, agrupar a las tropas dentro del alcance de las catapultas, perder el tiempo con juegos de honor. Aun así, no carecen de habilidades y no podemos dar nada por seguro. —Se dirigió al guardia—. Corre la voz de que las demás murallas se mantengan alerta, y que se preparen para defenderse si esto resultara ser una finta.

Los mensajeros se fueron, y la espera continuó. El sol se movió en el cielo hasta una hora antes del ocaso, cuando se sentó sobre los hombros de los atacantes. De repente, sonaron los cuernos y redoblaron los tambores, y los tsurani se lanzaron a la carrera contra la muralla. Las catapultas cantaron y aparecieron grandes huecos en las filas de los atacantes. Pero siguieron avanzando, hasta que llegaron al alcance de los arcos de los defensores que esperaban pacientemente. Una tormenta de flechas cayó sobre los atacantes, y hasta el último hombre de la primera fila cayó derribado, pero los que venían detrás siguieron, con grandes escudos de colores brillantes sostenidos sobre sus cabezas mientras se arrojaban contra la muralla. Media docena de veces cayeron hombres que sostenían escalas, sólo para ser sustituidos por otros y que el ataque continuase.

Los arqueros tsurani respondían a los de la muralla con su propia lluvia de flechas, y algunos hombres de Crydee caían de los parapetos. Arutha se agachó tras las almenas mientras las flechas le pasaban por encima, y luego se arriesgó a echar un vistazo entre los merlones. Una horda de atacantes llenaba su campo visual, y la parte superior de una escala apareció repentinamente delante de él. Un soldado que había cerca del príncipe agarró la parte superior de la escalera y la empujó, ayudado por un segundo que empuñaba un arma de poste. Arutha pudo oír los gritos de los tsurani mientras caían de la escala. El primer soldado trastabilló entonces hacia atrás, con una flecha tsurani clavada en el ojo, y desapareció en el patio.

Un grito repentino se elevó desde abajo y Arutha se puso en pie de un salto, arriesgándose a recibir un flechazo para mirar. Por toda la base del muro los guerreros tsurani se retiraban, corriendo hasta la seguridad de sus propias líneas.

—¿Qué hacen? —se preguntó Fannon.

Los tsurani corrieron hasta estar a salvo de las catapultas, y entonces se detuvieron, dieron la vuelta y se pusieron en formación. Había oficiales caminando arriba y abajo, arengando a los hombres. Tras un momento, los tsurani prorrumpieron en vítores.

—¡Que me aspen! —sonó a la izquierda de Arutha, que vio por el rabillo del ojo a Amos Trask junto a su hombro, empuñando un sable de abordaje—. Los maniacos se están felicitando por haber sido masacrados.

La escena que había bajo ellos era dantesca. Los soldados tsurani yacían como juguetes tirados por el descuidado hijo de un gigante.

Unos pocos se movían débilmente o gemían, pero la mayoría estaban muertos.

—Me apuesto a que han perdido un centenar o más —dijo Fannon—. Esto no tiene sentido. —Se dirigió a Roland y Martin—. Comprobad las otras murallas. —Ambos se fueron corriendo—. ¿Qué hacen ahora? —dijo observando a los tsurani. Bajo el rojizo brillo del ocaso podía ver que seguían en formación, mientras los hombres encendían antorchas y las pasaban—. Seguramente no pretenderán atacar tras la puesta de sol. Caerán sobre sí mismos en la oscuridad.

—¿Quién sabe lo que planean? —dijo Arutha—. Nunca he oído que un ataque se organizase tan mal.

—Con el permiso de Su Alteza —intervino Amos—, pero yo sé una o dos cosas acerca de la guerra, de cuando era joven, y yo tampoco he oído nunca nada parecido a esto. Ni siquiera los keshianos, que lanzan a los soldados perros como un marinero borracho gasta el dinero, ni siquiera ellos intentarían un asalto frontal como éste. Yo mantendría los ojos abiertos ante cualquier posible truco.

—Sí —respondió Arutha—. ¿Pero de qué clase?

Durante toda la noche los tsurani atacaron, lanzándose de frente contra las murallas para morir a su base. Sólo un puñado logró subir las murallas, pero fueron rápidamente muertos y las escalas derribadas. Al amanecer los enemigos se retiraron.

Arutha, Fannon y Gardan observaron como los tsurani llegaban a la seguridad de sus propias líneas, más allá del alcance de los arcos y las catapultas. Con la salida del sol apareció un mar de coloridas tiendas, y los guerreros alienígenas se retiraron a su campamento. Los defensores quedaron asombrados por la cantidad de enemigos muertos a los pies de las murallas del castillo.

Tras algunas horas, el hedor de los cadáveres se hizo insoportable. Fannon discutió con un exhausto Arutha mientras el príncipe se preparaba para un muy retrasado sueño.

—Los tsurani no han hecho ningún intento de reclamar a sus caídos.

—No tenemos un idioma común en el que parlamentar —respondió el príncipe—, a menos que quieras mandar afuera a Tully con una bandera de tregua.

—Él iría, por supuesto —dijo Fannon—, pero yo no lo arriesgaría. En todo caso los cuerpos podrían empezar a dar problemas en uno o dos días. Además de la peste y las moscas, con los muertos sin enterrar vienen las enfermedades. Es la forma que tienen los dioses de demostrar su desagrado si no se honra a los caídos.

—Entonces —dijo Arutha poniéndose la bota que acababa de quitarse— más vale que veamos lo que puede hacerse.

Volvió al portón y vio que Gardan ya estaba haciendo planes para quitar los cadáveres. Una docena de voluntarios esperaba junto a la puerta para ir a reunir los cuerpos en una pira funeraria.

Arutha y Fannon subieron a la muralla mientras Gardan conducía a los hombres a través del portón. Los arqueros se alinearon en las murallas para cubrir la retirada de los hombres en el exterior si hiciera falta, pero pronto se hizo evidente que los tsurani no iban a molestar al grupo. Varios salieron hasta el límite de sus líneas, para sentarse y observar a los soldados del Reino trabajando.

Tras media hora estuvo claro que los hombres de Crydee no podrían completar el trabajo antes de caer exhaustos. Arutha consideró mandar fuera más hombres, pero Fannon se negó, opinando que eso era lo que esperaban los tsurani.

—Si tiene que pasar por la puerta un grupo grande, podría ser desastroso. Si la cerramos, perdemos los hombres de fuera, si la dejamos abierta demasiado tiempo, los tsurani abren brecha en el castillo.

Arutha se vio obligado a coincidir, y se conformaron con observar a los hombres de Gardan trabajando en la calurosa mañana.

Entonces, cerca del mediodía, una docena de guerreros tsurani, desarmados, atravesaron despreocupadamente sus líneas y se acercaron al grupo de trabajo. Los que estaban en las murallas observaron en tensión, pero cuando los tsurani alcanzaron el punto donde trabajaban los hombres de Crydee, empezaron a recoger cadáveres en silencio y a llevarlos a donde se estaba levantando la pira.

Con la ayuda de los tsurani los restos fueron apilados en una enorme pira. Se prendieron antorchas y pronto los cuerpos de los muertos estaban envueltos en llamas. Los tsurani que habían ayudado a preparar la pira observaron como el soldado que mandaba a los voluntarios se alejaba de las llamas. Entonces, uno de los guerreros tsurani pronunció una palabra y él y sus compañeros se inclinaron en señal de respeto por los que ardían en el fuego.

—¡Honores para los muertos! —dijo el soldado que mandaba a los de Crydee.

Los doce hombres de Crydee adoptaron posición de firmes y saludaron. Entonces, los tsurani se volvieron hacia los defensores del Reino e hicieron una reverencia de nuevo.

—¡Devuelvan el saludo! —gritó el soldado al mando, y los doce hombres de Crydee saludaron a los tsurani.

Arutha negó con la cabeza, observando a los hombres que habían tratado de matarse mutuamente trabajando codo con codo como si fuera la cosa más natural del mundo, y luego presentándose sus respetos.

—Mi padre suele decir que, entre los extraños empeños de la humanidad, la

guerra era con mucho el más extraño.

A la puesta de sol volvieron de nuevo, oleada tras oleada de atacantes, lanzándose contra el muro oeste para morir a su base. Cuatro veces durante la noche atacaron, y cuatro veces fueron repelidos. Ahora venían de nuevo, y Arutha se sacudió el cansancio para seguir luchando. Podían ver más tsurani uniéndose a los que había frente al castillo, largas serpientes de antorchas llegando desde el bosque al norte. Tras el último asalto era claro que la situación se estaba decantando a favor de los tsurani. Los defensores estaban cansados tras dos noches de combate, y los invasores seguían lanzando tropas de refresco a la refriega.

—Quieren agotarnos sin importar el coste —dijo un fatigado Fannon.

Empezó a decirle algo a un guardia cuando una extraña expresión cruzó su rostro. Cerró los ojos y se derrumbó. Arutha lo cogió. Tenía una flecha clavada en la espalda. Un soldado de aspecto asustado que estaba arrodillado cerca miró al príncipe, preguntando claramente: «¿qué hacemos?».

—Llévalo a la torre del homenaje, al padre Tully —gritó el príncipe.

El hombre y otro soldado recogieron al inconsciente Maestro de Armas y se lo llevaron abajo.

—¿Cuáles son sus órdenes, Alteza? —preguntó un tercer soldado.

Arutha giró y vio las expresiones preocupadas de los soldados de Crydee que se hallaban cerca.

—Como antes. Defender la muralla.

La lucha fue dura. En media decena de ocasiones Arutha se encontró en duelo con guerreros tsurani que habían escalado la muralla. Luego, tras una batalla interminable, los tsurani se retiraron.

El príncipe estaba jadeando y tenía la ropa empapada de sudor bajo la armadura del pecho. Gritó pidiendo agua, y un criado del castillo llegó con un cubo. Bebió, igual que los que estaban junto a él, y se dio la vuelta para mirar a la hueste tsurani.

De nuevo se encontraban justo fuera del alcance de las catapultas, y la cantidad de antorchas encendidas no parecía disminuir.

—Príncipe Arutha —llegó una voz desde detrás. Se dio la vuelta. El Maestro de Caballerizas Algon estaba tras él—. Acabo de enterarme del estado de Fannon.

—¿Cómo se encuentra?

—Ha estado cerca. La herida es grave, pero no mortal. Tully cree que si logra vivir un día más, se recuperará. Pero no podrá dar órdenes durante semanas, quizá más tiempo.

Arutha sabía que Algon esperaba una decisión de su parte. El príncipe era Caballero-Capitán del ejército real y, sin Fannon, el comandante de la guarnición. También era poco experimentado y podía entregar el mando al Maestro de

Caballerizas. Arutha miró a su alrededor.

—¿Dónde está Gardan?

—Aquí, Alteza —llegó un grito cercano, más allá en la muralla.

Arutha quedó sorprendido ante el aspecto del sargento. Su piel oscura estaba casi gris por el polvo que tenía adherido, pegado por el sudor. Su jubón y su tabardo estaban empapados en sangre, que también cubría sus brazos hasta los codos.

Arutha miró sus propias manos y brazos y se encontró con que estaban igual de cubiertos.

—¡Más agua! —gritó, y se dirigió a Algon—. Gardan será mi segundo al mando. Si me pasara algo, él tomará el mando de la guarnición. Gardan será Maestro de Armas en funciones.

Algon dudó como si fuera a decir algo, y entonces un gesto de alivio cruzó su rostro.

—Sí, Alteza. ¿Órdenes?

Arutha devolvió la vista a las líneas tsurani, y luego al este. Las primeras luces del amanecer ya estaban apareciendo, y el sol se alzaría sobre las montañas en menos de dos horas. Pareció sopesar las circunstancias durante unos momentos, mientras se limpiaba la sangre de los brazos y la cara.

—Traed a Arcolargo —dijo finalmente.

Se llamó al Maestro de Caza, que llegó minutos después seguido de Amos Trask, que lucía una amplia sonrisa.

—¡Que me aspen si no saben luchar! —dijo el marino.

Arutha ignoró el comentario.

—Me parece claro que pretenden mantener una presión constante sobre nosotros. Con el poco aprecio que muestran por sus vidas, nos agotarán en pocas semanas. Esto es una cosa que no hemos tenido en cuenta, esta disposición de sus hombres a acudir a una muerte segura. Dejad los muros norte, sur y este libres, sólo con los hombres necesarios para vigilar y contener a los atacantes hasta que puedan llegar refuerzos. Traed aquí a los hombres de todos los muros, y ordenad que los que están aquí bajen. Quiero guardias de seis horas rotando a lo largo del día. Martin, ¿ha habido más noticias de la migración de los Hermanos Oscuros?

Arcolargo se encogió de hombros.

—Hemos estado un poco ocupados, Alteza. Todos mis hombres han estado en los bosques del norte las últimas semanas.

—¿Podrías sacar sigilosamente fuera de las murallas algunos rastreadores antes de que salga el sol?

Arcolargo reflexionó.

—Si parten enseguida, y si los tsurani no están vigilando el muro oriental demasiado de cerca.

—Hazlo. Los Hermanos Oscuros no son tan tontos como para atacar una fuerza como ésta, pero si puedes encontrar algunas partidas del tamaño de la de la última vez y repetir la trampa...

Martin sonrió de oreja a oreja.

—Los conduciré yo mismo. Más vale que nos vayamos ya, antes de que haya más luz. —Arutha lo despidió y Martin bajó las escaleras corriendo—. ¡Garret! —gritó—. Vamos chaval, vamos a divertirnos. —Los que estaban sobre el muro pudieron oír un gruñido mientras Martin reunía a sus rastreadores.

Arutha se volvió hacia Gardan.

—Quiero que se envíen mensajes a Carse y a Tulan. Usa cinco palomas para cada uno. Ordena a los Barones Bellamy y Tolburt que reúnan sus tropas y se embarquen para Crydee enseguida.

—Alteza, eso dejará esas guarniciones casi indefensas —replicó el sargento.

Algon se unió a la protesta.

—Si la Hermandad Oscura se mueve hacia las Tierras del Norte, los tsurani tendrán el paso libre hacia los castillos del sur el año que viene.

—Si los Hermanos Oscuros se están trasladando en masa —respondió Arutha—, que quizá no, y si los tsurani se enteran de que han abandonado el Corazón Verde, que puede que no. Me preocupa esta amenaza conocida, no una posible para el año que viene. Si mantienen esta presión constante, ¿cuánto podremos aguantar?

—Unas pocas semanas, quizá un mes, no más —respondió Gardan.

Arutha estudió de nuevo el campamento tsurani.

—Se atreven a plantar sus tiendas junto al borde de la ciudad. Recorren nuestros bosques, sin duda construyendo escalas y máquinas de asedio. Saben que no podemos hacer una salida con fuerzas suficientes. Pero con mil ochocientos soldados frescos de los castillos del sur atacando la carretera de la costa, y haciendo una salida, podemos expulsarlos de Crydee. Una vez roto el asedio, tendrán que retirarse a sus enclaves orientales. Podemos hostigarlos continuamente con jinetes, impedirles reagruparse. Luego podremos devolver esas fuerzas a los castillos del sur, y estarán preparados para cualquier ataque tsurani que haya contra Carse o Tulan la próxima primavera.

—Un plan bastante osado, Alteza —dijo Gardan, tras lo cual saludó y bajó de la muralla con Algon.

—Vuestros comandantes son hombres cautos, Alteza —comentó Amos Trask.

—¿Estás de acuerdo con mi plan? —preguntó Arutha.

—Si cae Crydee, ¿qué importará cuándo caigan Carse o Tulan? Si no es este año, seguro que el que viene. Podría ser en una batalla, o en dos o en tres. Como dijo el sargento es un plan osado. Y como suele decirse, nunca se tomó un barco sin acercarse para abordarlo. Tenéis las hechuras de un excelente corsario si algún día os cansaseis de ser príncipe, Alteza.

Arutha miró a Amos Trask con una sonrisa escéptica.

—¿Corsario, no? Pensé que habías afirmado ser un mercader honrado.

Amos pareció cogido a contrapié. Luego empezó a reírse abiertamente.

—Sólo dije que traía una carga para Crydee, Alteza. No cómo la conseguí.

—Ahora no tenemos tiempo para tu pasado pirata.

Amos pareció ofendido.

—Nada de pirata, Sire. La *Sidonie* llevaba patente de corso de Kesh la Grande, otorgada por el gobernador de Durbin.

Arutha se rio.

—¡Por supuesto! Y todo el mundo sabe que no hay grupo más decente y honesto en los mares que los capitanes de la costa de Durbin.

Amos se encogió de hombros.

—Suelen ser un grupo difícil, es cierto. Y a veces se toman libertades con el concepto del libre paso en alta mar, pero preferimos el término *corsario*.

Sonaron los cuernos y repicaron los tambores, y con sus chillones gritos de guerra llegaron los tsurani. Los defensores esperaron; entonces, cuando la hueste atacante cruzó la línea invisible que marcaba el alcance máximo de las máquinas de guerra del castillo, llovió muerte sobre los tsurani. Pero siguieron adelante.

Los tsurani cruzaron la segunda línea invisible que marcaba el alcance de los arqueros del castillo, y murieron a decenas. Pero siguieron adelante.

Los atacantes alcanzaron las murallas y los defensores les lanzaron rocas y derribaron las escalas, matando a los que estaban abajo. Pero siguieron adelante.

Rápidamente, Arutha ordenó un redespliegue de sus reservas, dirigiéndolas para que estuvieran listas cerca del punto donde el ataque era más intenso. Los hombres se apresuraron a cumplir sus órdenes.

De pie sobre la muralla oeste, en el fragor de la lucha, el príncipe respondió ataque con ataque, repeliendo guerrero tras guerrero a medida que alcanzaban los adarves. Incluso en mitad de la batalla, Arutha era consciente de la escena que se desarrollaba a su alrededor, gritando órdenes, oyendo las respuestas, viendo por el rabllo del ojo cómo le iba a los demás. Vio a Amos Trask, desarmado, golpear de lleno en la cara a un tsurani y tirarlo del muro. Entonces Trask se arrodilló cuidadosamente y recogió su sable de abordaje como si sólo se le hubiera caído mientras paseaba por la muralla. Gardan se movía entre los hombres, animando a los defensores, reforzando los ánimos que flaqueaban e impulsando a los soldados más allá del punto en el que el cansancio los habría hecho ceder.

Arutha ayudó a dos hombres a derribar otra escala, y se quedó confundido por unos instantes mirando como uno de ellos se daba la vuelta lentamente y se sentaba, con el rostro sorprendido mirando la flecha tsurani que tenía clavada en el pecho. El soldado se inclinó contra el parapeto y cerró los ojos, como si hubiera decidido

echarse una siesta.

Arutha oyó como alguien gritaba su nombre. Gardan estaba a unos metros de distancia, señalando la sección norte del muro occidental.

—¡Han escalado el muro!

Arutha pasó corriendo junto a Gardan.

—¡Ordena a las reservas que vengan! —gritó.

Corrió por la muralla hasta que alcanzó la brecha en las defensas. Una decena de tsurani controlaba ambos extremos de un tramo de muralla, y empujaban para abrir un espacio por el que los siguieran sus camaradas. Arutha se lanzó a la primera línea, adelantando a los cansados y sorprendidos guardias que estaban siendo forzados a retroceder por el adarve. Lanzó una estocada por encima del primer escudo tsurani, alcanzando al hombre en la garganta. El rostro del enemigo reflejó su sorpresa, y entonces se arrodilló y cayó al patio. Arutha atacó al hombre que había junto al primero.

—¡Por Crydee! ¡Por el Reino! —gritaba.

Y entonces Gardan estuvo junto a ellos, como un gigante negro, repartiendo golpes a todos los que tenía delante. De repente los hombres de Crydee avanzaron, una ola de carne y acero sobre el estrecho adarve. Los tsurani aguantaron su posición, rehusando abandonar la brecha recién abierta, y fueron muertos hasta el último guerrero.

Arutha golpeó a un hombre con la cazoleta de su estoque, haciéndolo caer al patio, y se volvió para encontrarse el muro una vez más en posesión de los defensores. Sonaron cuernos en las líneas tsurani y los atacantes se retiraron.

Arutha se dio cuenta de que el sol ya había salido tras las montañas del este. La mañana había llegado finalmente. Contempló la escena que había a sus pies y repentinamente se sintió más cansado de lo que podía recordar. Volviéndose poco a poco, vio que todos y cada uno de los hombres que había en el muro lo estaban mirando. Entonces uno de los soldados gritó:

—¡Salve, Arutha! ¡Salve, príncipe de Crydee!

Y de repente el castillo estalló en un rugido.

—¡Arutha! ¡Arutha!

—¿Por qué? —preguntó el príncipe a Gardan.

El sargento le contestó con una mirada satisfecha.

—Vieron como vos personalmente llevabais la lucha a los tsurani, Alteza, o se lo han oído decir a otros. Son soldados y esperan ciertas cosas de un comandante. Ahora son realmente vuestros hombres, Alteza.

Arutha se quedó en pie, callado, mientras los gritos llenaban el castillo. Entonces levantó una mano y el patio quedó en silencio.

—Lo habéis hecho bien. Crydee está bien servida por sus soldados. —Se dirigió a

Gardan—. Cambia la guardia que hay sobre las murallas. Puede que tengamos poco tiempo para disfrutar de la victoria.

Como si sus palabras fueran una profecía, llegó el grito de un centinela que se encontraba en la torre más alta.

—Alteza, mirad el campo.

Arutha vio que las líneas tsurani se habían recompuesto.

—¿Es que no tienen límites? —dijo, cansado.

En vez del esperado ataque, un hombre se adelantó entre las líneas enemigas, aparentemente un oficial, a juzgar por su yelmo con penacho. Señaló hacia las murallas y los tsurani empezaron a vitorear. Avanzó más, hasta ponerse a tiro de arco, deteniéndose varias veces para señalar a las murallas. Su armadura azul brillaba a la luz del sol mientras los atacantes vitoreaban cada vez que señalaba al castillo.

—¿Un desafío? —se preguntó Gardan, observando el extraño espectáculo, pues el hombre les daba la espalda sin preocuparse por su seguridad personal y volvía andando a sus líneas.

—No —dijo Amos Trask poniéndose al lado de Gardan—. Creo que presentan sus respetos a un enemigo valiente. —Amos agitó levemente la cabeza—. Una gente extraña.

—¿Los comprenderemos alguna vez? —preguntó Arutha.

Gardan puso la mano sobre el hombro del príncipe.

—Lo dudo. Mirad, abandonan el campo.

Los tsurani marchaban de vuelta a sus tiendas ante los restos de la ciudad de Crydee. Dejaron unos pocos vigías para observar el castillo, pero estaba claro que el contingente principal había recibido órdenes de retirarse a descansar.

—Yo hubiera ordenado otro asalto —dijo Gardan. Su voz traicionaba su incredulidad—. Tienen que saber que estamos al borde del agotamiento. ¿Por qué no siguen atacando?

—¿Quién puede decirlo? —respondió Amos—. Quizá ellos también estén cansados.

—Estos ataques nocturnos tienen un significado que desconozco —señaló Arutha. Negó con la cabeza—. En su momento sabremos lo que planean. Dejad una guardia en las murallas, pero que los hombres se retiren al patio. Está claro que prefieren no atacar durante el día. Ordena que traigan comida de la cocina, y agua para lavarse.

Las órdenes fueron transmitidas y los hombres dejaron sus puestos; algunos se sentaron en el adarve, demasiado cansados para bajar las escaleras. Otros, llegaron al patio y tiraron a un lado sus armas, sentándose a la sombra de los contrafuertes mientras los criados del castillo correteaban entre ellos con cubos de agua fresca. Arutha se apoyó contra la muralla.

—Volverán —dijo para sí.

Volvieron esa noche.

Los heridos gemían al amanecer.

Por duodécima noche consecutiva los tsurani habían asaltado el castillo, sólo para retirarse al alba. Gardan seguía sin ver ninguna razón clara para los peligrosos ataques nocturnos mientras observaba a los tsurani recoger a sus muertos y volver a sus tiendas.

—Son extraños —dijo—. Sus arqueros no pueden disparar contra las murallas una vez que han levantado las escalas por miedo a darle a sus propios hombres. Nosotros no tenemos ese problema, porque sabemos que todo el que está abajo es el enemigo. No comprendo a esos hombres.

Arutha estaba sentado, abstraído, lavándose la suciedad y la sangre de la cara, ignorando la escena que se desarrollaba a su alrededor. Estaba demasiado cansado incluso para responderle a Gardan.

—Toma —le dijo una voz cercana, y se apartó el trapo húmedo de la cara para ver una copa que le ofrecían. Tomó la copa y se la bebió de un trago, saboreando el gusto del vino fuerte.

Carline estaba plantada delante de él, vestida con blusa y pantalones, con la espada al cinto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Arutha, y el cansancio hizo que su voz sonase dura incluso para sus propios oídos.

La respuesta de Carline fue cortante.

—Alguien tiene que acarrear el agua y la comida. Con todos los hombres en las murallas toda la noche, ¿quién crees que está en condiciones de trabajar por la mañana? Desde luego, seguro que no ese patético puñado de criados demasiado viejos para luchar.

Arutha miró a su alrededor y vio a otras mujeres, damas del castillo junto a sirvientas y esposas de los pescadores, caminado entre los hombres, que agradecían la comida y la bebida que recibían. El príncipe mostró su sonrisa torcida.

—¿Cómo te va?

—Lo bastante bien. Pero quedarse sentada en la bodega a su manera es tan duro como estar en la muralla, o eso creo. Cada sonido del combate que nos llega hace que una u otra dama rompa a llorar. —Su voz tenía un leve tono de reproche—. Se acurrucan juntas como conejos. Estoy tan harta... —Se quedó callada un rato—. ¿Has visto a Roland?

Él miró a su alrededor.

—Ayer por la noche. —Se tapó la cara con la reconfortante humedad del paño y la descubrió unos momentos más tarde—. O quizá fue hace dos noches. He perdido la noción del tiempo. —Señaló al lienzo de muralla más cercano—. Debería andar por ahí. Lo puse a cargo de la guardia. Es el responsable de vigilar por si se produce un ataque por el flanco.

Carline sonrió. Sabía que Roland estaría ansioso por entrar en combate, pero con esas responsabilidades tal cosa sería poco probable a menos que los tsurani atacasen por todos los frentes.

—Gracias, Arutha.

Arutha fingió ignorancia.

—¿Por qué?

Ella se arrodilló y lo besó en una mejilla húmeda.

—Por conocerme mejor de lo que yo misma me conozco a veces.

Se puso de pie y se fue.

Roland recorría el parapeto, observando el distante bosque que había al otro lado del claro y que recorría la muralla este del castillo. Se aproximó a un centinela que estaba junto a una campana de alarma.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Nada, escudero.

Roland asintió.

—Estate atento. Ésta es la zona de terreno abierto más estrecha que hay antes de alcanzar las murallas. Si vienen contra un segundo flanco, aquí es donde yo esperaría el asalto.

—Escudero, ¿por qué sólo atacan una muralla y por qué la más fuerte?

Roland se encogió de hombros.

—No pretendo saberlo, quizá para demostrar desprecio, o valentía. O por otra extraña razón.

El centinela se cuadró y saludó. Carline se había acercado silenciosamente por detrás. Roland la cogió por el brazo y se la llevó apresuradamente.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí arriba? —dijo en un tono de voz poco amable.

La mirada de alivio al verlo vivo e ileso se convirtió en una de enfado.

—Vine a ver si estabas bien —dijo desafiante.

—No estamos tan lejos del bosque como para que un arquero tsurani no pueda reducir en uno la familia del duque —respondió él conduciéndola por las escaleras que bajaban hasta el patio—. Y no pienso tener que explicarle a tu padre y a tus hermanos las razones que me impulsaron a dejarte estar ahí arriba.

—¡Oh! ¿Esa es tu única razón? No quieres enfrentarte a mi padre.

Él sonrió y su voz se suavizó.

—No, por supuesto que no.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Estaba preocupada.

Roland se sentó en los escalones de abajo y empezó a tirar de unos hierbajos que crecían cerca de la base de las piedras, arrancándolos y tirándolos a un lado.

—No hay motivo, Arutha se ha ocupado de que no me arriesgue mucho.

—Pero éste es un puesto importante —dijo Carline apaciguadora—. Si atacan aquí tendrás que aguantar con pocos soldados mientras llegan los refuerzos.

—Si atacan. Gardan vino ayer y cree que pronto se cansarán de esto y se atrincherarán para un asedio largo, esperando que nos muramos de hambre.

—Peor para ellos, entonces. Tenemos suministros para aguantar el invierno, y ellos encontrarán pocos víveres que forrajear ahí fuera cuando lleguen las nieves.

—¿Qué tenemos aquí? —replicó Roland con tono chusco—. ¿Una estudiosa de la estrategia?

Ella lo miró como un maestro harto de un estudiante especialmente lento.

—Escucho, y tengo cabeza. ¿Crees que no hago más que estar sentada todo el día esperando a que los hombres me digáis lo que pasa? Si lo hiciera no sabría nada.

Él unió las manos en señal de súplica.

—Lo siento Carline, definitivamente no eres tonta. —Se levantó y le cogió la mano—. Pero me tienes hecho un tonto por ti.

Ella le apretó la mano.

—No, Roland, yo he sido la tonta. He tardado casi tres años en comprender lo buen hombre que eres. Y lo buen amigo. —Ella se inclinó y le dio un leve beso, que él devolvió con ternura—. Y más —añadió en voz baja.

—Cuando esto acabe...

Ella le puso la mano sobre los labios.

—Ahora no, Roland. Ahora no.

Él indicó que lo comprendía con una sonrisa.

—Más vale que vuelva a la muralla, Carline.

Ella volvió a besarlo y se fue hacia el patio principal y el trabajo que quedaba por hacer. Roland subió a la muralla y reanudó su vigilancia.

Era bien entrada la tarde cuando un guardia gritó:

—¡Escudero, en el bosque!

Roland miró en la dirección en que le indicaban y vio dos figuras que venían corriendo a toda marcha por el terreno abierto. De los árboles llegaban gritos y el clamor de la batalla.

Los arqueros de Crydee prepararon sus armas, pero Roland los detuvo.

—¡Alto, es Arcolargo! —Se volvió hacia el guardia que estaba a su lado—. Traed cuerdas, rápido.

Arcolargo y Garret llegaron a la muralla cuando se bajaban las cuerdas, y tan pronto estuvieron firmemente aferrados, se apresuraron a subir. Cuando estuvieron a salvo tras los muros, se hundieron exhaustos tras el parapeto. Les ofrecieron unos odres de agua, y los montaraces bebieron ávidamente.

—¿Qué tal? —dijo Roland.

Arcolargo le dedicó una amplia sonrisa.

—Nos encontramos con otro grupito de viajeros que se dirigían al norte a unos cincuenta kilómetros al sur de aquí, y lo arreglamos para que visitasen a los tsurani.

Garret miró a Roland con grandes cercos negros alrededor de los ojos por el cansancio.

—Un grupito, dice. Cerca de quinientos malditos moredhel moviéndose en masa. Nos tienen que haber perseguido por el bosque por lo menos un centenar los últimos dos días.

—Arutha estará complacido —dijo Roland—. Los tsurani nos han atacado cada noche desde que os fuisteis. Nos vendría bien que algo distrajera su atención.

Arcolargo asintió.

—¿Dónde está el príncipe?

—En el muro oeste, donde han sido todos los combates.

Arcolargo se levantó y puso en pie al agotado Garret.

—Vamos, mejor que presentemos nuestro informe.

Roland dio instrucciones a los guardias para que extremasen la vigilancia y siguió a los dos cazadores. Se encontraron con Arutha supervisando el reparto de armas para los que necesitaban sustituir otras rotas o melladas. Gardell el herrero y sus aprendices reunieron las que se podían reparar y las echaron en un carro, yendo luego a la fragua a empezar el trabajo.

—Alteza —dijo Arcolargo—, otra banda de moredhel ha venido hacia el norte. Los he conducido aquí, así que los tsurani estarán demasiado ocupados para atacar esta noche.

—Esas son noticias bienvenidas —respondió el príncipe—. Ven, tomaremos una copa de vino y me contarás lo que viste.

Arcolargo mandó a Garret a la cocina y siguió a Arutha y a Roland al interior del

torreón del homenaje. El príncipe hizo llamar a Gardan para que se uniera a ellos en la sala el consejo y, cuando estuvieron todos allí le pidió a Arcolargo que contara sus viajes.

Arcolargo bebió un gran sorbo de la copa de vino que tenía ante sí.

—Durante mucho tiempo fue un toma y daca. Los bosques están atestados de tsurani y moredhel. Y hay muchas señales de que se tienen poco aprecio. Contamos al menos un centenar de muertos en cada bando.

Arutha miró a los otros tres hombres.

—Sabemos poco de sus costumbres, pero parece temerario por su parte pasar tan cerca de Crydee.

Arcolargo negó con la cabeza.

—Tienen poca elección, Alteza. Deben de haber agotado los recursos del Corazón Verde, y no pueden volver a sus montañas debido a los tsurani. Los moredhel van hacia las Tierras del Norte, y no se arriesgarán a pasar cerca de Elvandar. Con el resto del paso bloqueado por las fuerzas tsurani, su único camino son los bosques cercanos, para luego seguir el río hacia el oeste y la costa. Una vez que lleguen al mar, podrían torcer de nuevo hacia el norte. Deben llegar a las Grandes Montañas del Norte antes del invierno para poder alcanzar a sus hermanos en las Tierras del Norte sin problemas. —Se bebió el resto de la copa y esperó mientras un sirviente volvía a llenarla—. Según todos los indicios, hasta el último moredhel del sur se dirige hacia las Tierras del Norte. Parece que algo más de un millar ya ha cruzado sin obstáculo por aquí. Cuántos más vendrán por este camino el verano y el otoño, no podemos saberlo. —Volvió a beber—. Los tsurani tendrán que vigilar su flanco oriental, y harían bien en vigilar también el sur. Los moredhel están hambrientos y podrían atreverse a una incursión contra el campamento tsurani mientras el grueso del ejército se encuentre contra las murallas del castillo. Si hubiera una batalla a tres bandas, sería engorroso.

—Para los tsurani —dijo Gardan.

Martin levantó su copa en un brindis.

—Para los tsurani.

—Has hecho bien, Maestre de Caza —dijo Arutha.

—Gracias, Alteza. —Se rio—. Nunca pensé que llegaría el día en que agradecería ver a la Hermandad Oscura en los bosques de Crydee.

Arutha tamborileó con los dedos en la mesa.

—Pasarán unas dos o tres semanas antes de que podamos esperar los ejércitos de Tulan y Carse. Si los Hermanos Oscuros hostigan a los tsurani lo suficiente, podríamos tener algún alivio. —Miró a Martin—. ¿Qué pasa al este?

Arcolargo abrió las manos sobre la mesa.

—No pudimos acercarnos mucho cuando pasamos a la carrera, pero preparan

algo. Tienen un buen número de hombres dispersos por los bosques desde el borde del claro hasta casi un kilómetro más adentro. Si no hubiera sido por los moredhel que nos pisaban los talones, puede que Garret y yo no hubiéramos podido llegar a la muralla.

—Me gustaría saber lo que están haciendo ahí fuera —dijo Arutha—. Estos ataques nocturnos en exclusiva seguro que ocultan algún truco.

—Me temo que lo sabremos pronto —intervino Gardan.

Arutha se puso en pie y los demás también se levantaron.

—En cualquier caso tenemos mucho que hacer. Pero si no vienen esta noche, todos deberíamos aprovechar para descansar. Ordena que se dispongan centinelas y que los hombres vuelvan a los barracones a dormir. Si me necesitan, estaré en mi habitación.

Los otros lo siguieron fuera de la sala del consejo, y Arutha caminó lentamente hasta su cuarto mientras su mente fatigada trataba de asimilar hechos que sabía que eran importantes, pero sin lograrlo. Sólo se quitó la armadura y se tumbó vestido en el catre. Enseguida estuvo dormido, pero fue una duermevela agitada y llena de sueños.

Durante una semana no hubo ataques, puesto que los tsurani estaban preocupados por las migraciones de la Hermandad de la Senda Oscura. Como Martin había predicho, los moredhel estaban envalentonados por el hambre y en dos ocasiones atacaron el campamento tsurani.

En la octava tarde tras el primer ataque moredhel, los tsurani estaban de nuevo agrupándose en el campo frente al castillo, con sus filas de nuevo reforzadas por tropas venidas del este. Los mensajes transportados por las palomas entre Arutha y su padre hablaban de que los combates también se habían intensificado en el este. Lord Borric especulaba que Crydee estaba siendo atacado por tropas frescas provenientes del mundo de los tsurani, puesto que no había habido informes de movimientos a lo largo de su frente. Llegaron palabras de alivio de Carse y Tulan. Los soldados del barón Tolburt habían partido de Tulan dos días después de recibir el mensaje de Arutha, y su flota se uniría con la del barón Bellamy en Carse. Dependiendo de los vientos predominantes, pasarían una o dos semanas antes de que llegara la flota de auxilio.

Arutha estaba en su lugar habitual sobre la muralla oeste, con Martin Arcolargo a su lado. Observaban como los tsurani tomaban posiciones mientras el sol se hundía en el oeste, un faro rojo que bañaba el paisaje de escarlata.

—Parece —dijo Arutha— que están organizando un ataque total esta noche.

—Según parece han limpiado la zona de vecinos problemáticos —respondió Arcolargo—, al menos por el momento. Los moredhel nos han permitido ganar un poco de tiempo, pero no más.

—Me pregunto cuántos llegarán a las Tierras del Norte.

Arcolargo se encogió de hombros.

—Uno de cada cinco, quizá. Desde el Corazón Verde hasta las Tierras del Norte es un viaje largo y peligroso en las mejores circunstancias. Ahora... —dejó inacabada la frase.

Gardan llegó del patio por la escalera.

—Alteza, los vigías de la torre informan que los tsurani están en formación.

Mientras hablaba, los tsurani hicieron sonar sus gritos de guerra y comenzaron a avanzar. Arutha desenvainó la espada y dio la orden para que dispararan las catapultas. Las siguieron los arqueros, desatando una tormenta de flechas sobre los atacantes, pero los tsurani siguieron adelante.

Durante toda la noche, oleada tras oleada de alienígenas con brillantes armaduras se arrojaron contra la muralla oeste del castillo de Crydee. La mayoría murieron en el campo ante el muro, o en la base de éste, pero unos pocos lograron subir hasta el parapeto. Ellos también murieron, pero siguieron adelante.

En seis ocasiones los tsurani habían sido repelidos por las defensas de Crydee, y ahora se preparaban para el séptimo asalto. Arutha, cubierto de polvo y sangre, dirigía el despliegue de tropas descansadas sobre la muralla. Gardan miraba hacia el este.

—Si aguantamos una vez más, el amanecer estará aquí. Entonces tendremos algún descanso —dijo con la fatiga reflejada en su voz.

—Aguantaremos —respondió Arutha, y su voz sonó tan fatigada a sus oídos como la de Gardan.

—¿Arutha?

Arutha vio a Roland y Amos subiendo las escaleras con otro hombre tras ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó el príncipe.

—No vemos actividad frente a las demás murallas —dijo Roland—, pero aquí hay algo que deberías ver.

Arutha reconoció al otro hombre, Lewis, el cazador de ratas del castillo. Su responsabilidad era mantener el castillo libre de alimañas. Sostenía con ternura algo en sus manos.

Arutha miró de cerca: era un hurón, que temblaba débilmente a la luz de las antorchas.

—Alteza —dijo Lewis, con la voz sofocada por la pena—, es...

—¿Qué, hombre? —replicó Arutha impaciente. Con el ataque a punto de comenzar, tenía poco tiempo para llorar a una mascota perdida.

Roland habló, puesto que Lewis estaba obviamente demasiado afectado por la pérdida de su hurón.

—Los hurones del cazarratas no volvieron hace dos días. Éste se arrastró hasta el almacén que hay junto a la cocina en algún momento desde entonces. Lewis lo

encontró allí hace unos minutos.

—Todos están bien entrenados —respondió éste con la voz entrecortada—. Si no volvieron fue porque algo se lo impidió, Sire. A este pobre lo han pisado. Tiene la espalda rota. Debe de haberse arrastrado durante horas para poder volver.

—No consigo ver la importancia de esto —insistió Arutha.

Roland agarró al príncipe por el brazo.

—Arutha, cazan en las madrigueras de ratas que hay *bajo el castillo*.

Arutha comprendió y se volvió hacia Gardan.

—¡Zapadores! Los tsurani deben estar cavando bajo la muralla este.

—Eso explicaría los constantes ataques contra la muralla oeste, para distraernos —respondió el sargento.

—Gardan, toma el mando de las murallas; Amos, Roland, venid conmigo.

Arutha corrió escaleras abajo y atravesó el patio. Gritó a un grupo de soldados que lo siguieran y trajeran palas. Llegaron al pequeño patio que había detrás del torreón del homenaje.

—Tenemos que encontrar ese túnel y derrumbarlo —dijo el príncipe.

—Vuestras murallas son más anchas en la base —caviló Amos—. Se darán cuenta de que no pueden prenderle fuego a los contrafuertes de su túnel para derrumbarlo ellos y hacer una brecha en el muro. Intentarán introducir una tropa dentro del castillo o incluso dentro del torreón del homenaje.

Roland se alarmó.

—¡Carline! Ella y las demás mujeres están en la bodega.

—Coge algunos hombres y vete a la bodega —ordenó Arutha.

Roland se fue corriendo. El príncipe se puso de rodillas y colocó la oreja en el suelo. Los otros siguieron su ejemplo, moviéndose por allí, tratando de escuchar sonidos de excavación.

Carline estaba sentada, nerviosa, junto a Lady Marna. La gorda y antigua gobernanta hacía exhibición de dedicarse tranquilamente a su costura a pesar de los murmullos y la agitación de las demás mujeres que había en la bodega. Los sonidos de la lucha en la muralla les llegaban como ecos débiles y distantes, amortiguados por las gruesas paredes del torreón. Ahora había una tranquilidad igualmente enervante.

—¡Buf! Estar sentada aquí como un pájaro enjaulado... —resopló Carline.

—Las murallas no son lugar para una dama —vino la respuesta de Lady Marna.

Carline se puso de pie.

—Puedo poner vendas y llevar agua —dijo mientras caminaba por la habitación—. Todas nosotras podríamos.

Las otras damas de la corte se miraron entre ellas como si la princesa hubiera perdido la razón. Ninguna de ellas podía imaginar someterse a dicho trago.

—Alteza, por favor —dijo Lady Marna—, deberías tranquilizaros y esperar. Habrá mucho que hacer cuando acabe la batalla. Ahora deberíais descansar.

Carline empezó a contestar, pero se detuvo. Levantó la mano.

—¿Oís algo?

Las otras dejaron de moverse y todas escucharon. Del suelo llegaba un débil sonido de golpeteo. Carline se arrodilló sobre las losas.

—Mi señora, eso es poco apropiado... —empezó a decir lady Marna.

Carline detuvo la protesta con un imperioso gesto de la mano.

—¡Silencio! —colocó la oreja sobre las losas—. Hay algo...

Lady Glynis tembló.

—Posiblemente son las ratas. Hay cientos de ellas ahí abajo. —Su expresión demostraba que esta revelación era un hecho tan desagradable como pudiera imaginarse.

—¡Calla! —ordenó Carline.

Entonces del suelo llegó un sonido de ruptura y Carline se puso en pie de un salto. Su espada salió de la vaina mientras aparecía una grieta en las losas del suelo. La punta de un cincel atravesó la losa, y de repente ésta fue empujada arriba y a un lado.

Las damas gritaron cuando apareció un agujero en el suelo. Un rostro sorprendido salió a la luz y luego un guerrero tsurani, con el pelo sucio por el polvo del túnel, intentó subir. La espada de Carline lo alcanzó en la garganta.

—¡Salid! —gritó—. ¡Llamad a los guardias!

La mayoría de las mujeres se quedaron sentadas, heladas de miedo, negándose a moverse. Lady Marna levantó su imponente volumen del banco en el que se sentaba y le dio un revés a una chica de la ciudad que estaba chillando. La chica miró a Lady Marna con los ojos desorbitados por el terror, y entonces salió corriendo hacia las escaleras. Como si fuera una señal, las otras corrieron tras ella, pidiendo ayuda a gritos.

Carline vio como el tsurani caía lentamente, bloqueando el agujero del suelo. Aparecieron más grietas alrededor del boquete, y unas manos empezaron a arrancar trozos de losa y meterlos en la entrada, que cada vez era más amplia. Lady Marna estaba a medio camino de la escalera cuando vio que Carline mantenía la posición.

—¡Princesa! —chilló.

Otro hombre subía trabajosamente, y Carline lo mató de una estocada. Entonces se vio obligada a retroceder cuando las losas que había a sus pies se colapsaron. Los tsurani habían acabado su túnel en un amplio agujero y ahora estaban ensanchando la salida, arrancando losas para poder surgir en masa y abrumar a los defensores.

Un hombre luchó por subir, empujando a Carline a un lado y permitiendo que otro pudiera empezar su ascenso hacia fuera. Lady Marna corrió junto a su antigua protegida y agarró un gran trozo de losa suelta, que estrelló contra la cabeza sin casco

del segundo hombre. De la boca del túnel llegaron gruñidos y palabras extrañas cuando el hombre cayó sobre los que venían tras él.

Carline atravesó al otro soldado, y a otro más lo pateó en la cara.

—¡Princesa! —gritó Lady Marna—. ¡Debemos huir!

Carline no respondió. Esquivó un golpe contra sus pies lanzado por un tsurani que luego salió del agujero con un ágil salto. Luego lanzó una estocada y el hombre la esquivó. Otro soldado salió a duras penas del agujero, y Lady Marna chilló.

El primer hombre se volvió hacia el grito en un acto reflejo, y Carline le clavó la espada en el costado. El segundo levantó una espada de filo aserrado para golpear a lady Marna y Carline saltó hacia él, lanzándole una estocada al cuello. El hombre tembló y cayó, y sus dedos soltaron la espada. Carline agarró el brazo de Lady Marna y la empujó hacia la escalera.

Los tsurani salían en tromba del socavón, y Carline se dio la vuelta en la base de las escaleras. Lady Marna permaneció detrás de su amada princesa, sin querer irse. Los tsurani se acercaron con cuidado. La chica había matado a suficientes de sus compañeros para ganarse su respeto y su cautela.

De repente, un cuerpo pasó como una exhalación junto a Carline cuando Roland cargó contra los tsurani, con soldados del castillo corriendo tras él. El joven escudero estaba frenético por proteger a la princesa, y en su carrera arrojó a tres enemigos. Estos cayeron hacia atrás, desapareciendo en el hoyo junto con él.

—¡Roland! —gritó Carline mientras el escudero se perdía de vista.

Otros guardias pasaron junto a la princesa para enzarzarse con los tsurani que quedaban en la bodega, y más saltaron valientemente dentro del agujero. Gruñidos y gritos, alaridos y juramentos, resonaron en el túnel.

Un guardia cogió a Carline del brazo y empezó a llevársela por las escaleras. Ella lo siguió, indefensa en la fuerte presa del hombre, gritando:

—¡Roland!

Gemidos de cansancio llenaban el oscuro túnel mientras los soldados de Crydee cavaban furiosamente. Arutha había encontrado la mina tsurani y había ordenado que se abriera un pozo junto a ella. Ahora estaban cavando una contramina para interceptar a los tsurani, cerca de la muralla. Amos había estado de acuerdo con la opinión de Arutha de que necesitaban hacer retroceder a los tsurani al otro lado de las murallas antes de derrumbar la mina, negándoles el acceso al castillo.

Una pala atravesó el suelo, y los hombres empezaron a apartar la tierra frenéticamente para poder entrar en el túnel de los tsurani. Apresuradamente se colocaron unos tablones, soportes improvisados, para impedir que el pozo se colapsara sobre ellos.

Los hombres de Crydee entraron en tromba en el bajo túnel y se enzarzaron en un

cuerpo a cuerpo furioso y terrible. Los guerreros tsurani y la escuadra de soldados de Roland estaban enfrascados en una desesperada lucha mano a mano en la oscuridad. Los hombres peleaban y morían en las tinieblas bajo la tierra. Era imposible traer algo de orden a la refriega con la lucha en un espacio tan cerrado. Una linterna volcada parpadeaba, proporcionando escasa iluminación.

—¡Trae más hombres! —ordenó Arutha a un soldado que iba tras él.

—¡Enseguida, Alteza! —respondió el soldado volviéndose hacia el pozo.

Arutha se adentró en la mina de los tsurani. Sólo tenía un metro cincuenta de altura, así que debía moverse encorvado. Era bastante ancha, con suficiente espacio para que avanzaran tres hombres juntos. Arutha pisó algo blando, que gimió de dolor. Pasó al lado del hombre moribundo, hacia el sonido de la lucha.

Era una escena sacada de sus peores pesadillas, débilmente iluminada por antorchas muy separadas. Con el poco espacio, sólo los primeros tres hombres podían luchar contra el enemigo al mismo tiempo.

—¡Cuchillos! —gritó, dejando caer su estoque. En un espacio tan cerrado las armas más cortas serían más efectivas.

Llegó hasta dos hombres que luchaban en la oscuridad y agarró a uno. Su mano palpó armadura quitinosa, y hundió el cuchillo en el cuello desprotegido del hombre. Quitándole el cadáver de encima al otro, vio una ensalada de cuerpos a pocos metros de distancia, donde los soldados de Crydee y los tsurani luchaban unos contra otros. Las maldiciones y los gritos llenaban el túnel, y el olor de la tierra húmeda se mezclaba con el de la sangre y los excrementos.

Arutha luchó enloquecido, ciegamente, lanzando tajos contra enemigos a los que apenas veía. Su propio miedo amenazaba con dominarlo mientras sus instintos más primarios le gritaban que saliera del túnel y de la amenazadora tierra que lo sepultaba. Obligó a su pánico a remitir y siguió encabezando el ataque contra los zapadores.

Una voz familiar gruñó y maldijo a su lado, y Arutha supo que Amos Trask estaba cerca.

—¡Otros diez metros, chaval! —gritó éste.

Arutha confió en la palabra del hombre, ya que él había perdido toda noción de la distancia. Los hombres de Crydee seguían presionando, y muchos murieron matando a los tsurani que se resistían. El tiempo se convirtió en un borrón y la lucha en un oscuro montaje de imágenes.

—¡Paja! —gritó bruscamente, Amos, y se pasaron al frente fajinas de paja seca—. ¡Antorchas! —y se pasaron antorchas encendidas. Apiló la paja cerca de un grupo de contrafuertes de madera y metió la tea en la bala. Las llamas surgieron hasta el techo—. ¡Salid del túnel!

La lucha se detuvo. Todos los hombres, tanto de Crydee como tsurani, se dieron la vuelta y huyeron de las llamas. Los zapadores sabían que el túnel estaba perdido sin

medios para apagar el fuego, y corrieron por sus vidas.

Un humo asfixiante inundó el túnel, y los hombres empezaron a toser mientras salían del espacio cerrado. Arutha siguió a Amos, y ambos se pasaron la salida de la contramina, llegando hasta la bodega. Los guardias, sucios y ensangrentados, se derrumbaban sobre las losas tratando de recuperar el aliento. Retumbó un ruido sordo, y un estallido de aire y humo salió por el agujero. Amos sonrió ampliamente, con el rostro manchado de tierra.

—Los maderos se han derrumbado. El túnel está sellado.

Arutha asintió débilmente, cansado y todavía algo mareado por el humo. Le entregaron una taza de agua y se la bebió de un trago, para aclararse la irritada garganta.

Carline se plantó ante él.

—¿Estás bien? —preguntó con el rostro preocupado. Él asintió. Ella miró a su alrededor—. ¿Dónde está Roland?

Arutha agitó la cabeza.

—Era imposible ver ahí abajo. ¿Estaba en el túnel?

Ella se mordió el labio inferior. Las lágrimas se acumularon en sus ojos azules mientras asentía.

—Puede que haya salido del túnel por el patio —dijo el príncipe—. Vamos a ver.

Se levantó, y Amos y Carline lo siguieron escaleras arriba. Salieron de la torre del homenaje, y un soldado los informó de que el ataque contra la muralla había sido repelido. Arutha recibió el informe y siguió rodeando el torreón hasta llegar al pozo que había ordenado abrir. Había soldados tirados en la hierba del patio, tosiendo y escupiendo, tratando de limpiarse los pulmones del ardiente humo. En el aire flotaba una acre neblina motivada por los vapores del fuego que seguían emanando del pozo. Sonó otro fuerte ruido, y Arutha pudo sentirlo a través de las suelas de sus botas. Cerca de la muralla había aparecido una depresión donde el túnel se había derrumbado.

—¡Escudero Roland! —gritó Arutha.

—¡Aquí, Alteza! —llegó el grito de respuesta de un soldado.

Carline pasó corriendo junto a Arutha y llegó a Roland antes que el príncipe. El escudero estaba tumbado en el suelo, atendido por el soldado que había respondido. Tenía los ojos cerrados, la piel pálida y sangraba de un costado.

—Tuve que arrastrarlo los últimos metros, Alteza. Se cayó. Pensé que habría sido el humo hasta que vi la herida.

Carline acunó la cabeza de Roland, mientras Arutha cortaba las correas de la coraza pectoral de éste y le desgarraba el jubón. Tras un momento, el príncipe se puso en cuclillas.

—Es una herida superficial. Se pondrá bien.

—Oh, Roland —susurró Carline.

Los ojos de Roland se abrieron y sonrió débilmente. Su voz sonaba cansada, pero se obligó a introducir una nota de humor.

—¿Qué es todo esto? ¿Pensabais que me habían matado?

—Monstruo insensible —dijo Carline. Lo sacudió dulcemente, pero no lo soltó mientras le sonreía—. ¡Bromeando en un momento así!

Él hizo una mueca de dolor cuando trató de moverse.

—Aay, eso duele.

Ella lo detuvo colocándole una mano sobre el hombro.

—No intentes moverte. Tenemos que vendar la herida —dijo a medio camino entre el alivio y el enfado.

Con la cabeza en el regazo de ella, Roland sonrió.

—No me movería ni por medio ducado de tu padre.

Carline lo miró enfadada.

—¿Qué hacías lanzándote así contra el enemigo?

Roland tenía un aspecto genuinamente azorado.

—En realidad tropecé bajando los escalones y no pude pararme.

Ella le colocó la mejilla en la frente mientras Arutha y Amos reían.

—Eres un embustero. Y te amo —dijo en voz baja.

Arutha se levantó y se llevó a Amos, dejando a Roland y Carline juntos. Al llegar a la esquina se encontraron con el antiguo esclavo tsurani, Charles, que llevaba agua para los heridos. Arutha detuvo al hombre.

Éste llevaba un yugo sobre los hombros, del que colgaban dos grandes cubos de agua. Estaba sangrando por varias pequeñas heridas y cubierto de tierra.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Arutha.

—Buena lucha —dijo Charles con una amplia sonrisa—. Saltar en agujero. Charles buen guerrero.

El antiguo esclavo tsurani estaba pálido y se balanceaba un poco mientras estaba allí de pie. Arutha se quedó mudo, y le indicó que siguiera con su trabajo. Felizmente, Charles se fue a toda prisa.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó el príncipe a Amos.

Amos soltó una carcajada.

—He tenido muchos tratos con bribones y escoria, Alteza. Sé poco de esos tsurani, pero creo que ese hombre es de confianza.

Arutha observó como Charles dispensaba agua a los demás soldados, ignorando sus propias heridas y su cansancio.

—No fue una nimiedad eso de saltar dentro del pozo sin que se le hubiera ordenado. Tendré que considerar la propuesta de Arcolargo de incluirlo en el servicio.

Siguieron con su camino, Arutha supervisando el cuidado de los heridos, mientras Amos quedaba a cargo de la destrucción definitiva del túnel.

Cuando llegó el amanecer el patio estaba en silencio, y sólo un trozo de tierra removida, donde había estado el pozo que conducía fuera de las murallas, mostraba que algo inusual había pasado esa noche.

Fannon avanzaba pegado a la pared, cargando el peso sobre el lado derecho de su cuerpo. La herida de su espalda casi se había curado, pero seguía siendo incapaz de caminar sin ayuda. El padre Tully ayudó al Maestro de Armas hasta que llegaron a donde los demás los esperaban.

Arutha sonrió al Maestro de Armas y lo cogió cariñosamente por el otro brazo, ayudando a Tully a sostenerlo. Gardan, Amos Trask, Martin Arcolargo y un grupo de soldados estaban cerca.

—¿Qué es esto? —preguntó Fannon, y su exhibición de gruñón enfado fue bienvenida por los que estaban en la muralla—. ¿Tenéis tan poco seso todos vosotros que tenéis que sacarme de mi descanso para que me haga cargo?

Arutha señaló al mar. En el horizonte podían verse decenas de pequeños destellos contra el azul del mar y el cielo, destellos de blanco que brillaban al reflejar el sol de la mañana.

—La flota de Carse y Tulan se aproxima a las playas del sur. —Señaló al campamento tsurani en la distancia—. Hoy los expulsaremos. Mañana a esta misma hora habremos limpiado esta zona entera de alienígenas. Los hostigaremos hacia el este, sin darles un momento de alivio. Pasará tiempo antes de que vuelvan a venir con un buen contingente.

—Creo que tienes razón —dijo Fannon con tranquilidad. Se quedó callado algún tiempo—. He oído informes acerca de tu mando, Arutha. Lo has hecho bien. Eres un orgullo para tu padre, y para Crydee.

Conmovido por las palabras del Maestro de Armas, Arutha trató de quitarle hierro al asunto, pero Fannon lo interrumpió.

—No, has hecho todo lo necesario, y más. Estabas en lo cierto. Con esta gente no hay que andarse con cautelas. Hay que llevar la lucha hasta ellos. —Suspiró—. Soy viejo, Arutha. Es momento de que me retire y deje la guerra para los jóvenes.

Tully hizo un ruido burlón.

—No eres tan viejo. Yo ya era sacerdote cuando tú aún gateabas.

Fannon se rio con los demás ante la obvia mentira de la afirmación.

—Debes saber que si lo he hecho bien ha sido debido a tus enseñanzas —respondió el príncipe.

Tully agarró el codo de Fannon.

—Puede que no seas un hombre anciano, pero eres un hombre enfermo. De

vuelta al torreón, ya has paseado lo suficiente. Mañana podrás empezar a caminar regularmente. En pocas semanas podrás ir por ahí avasallando y gritándole órdenes a todo el mundo como solías.

Fannon logró sonreír un poco y permitió que Tully lo condujera escaleras abajo.

—El Maestre de Armas tiene razón, Alteza —dijo Gardan cuando se hubo ido—. Vuestro padre estará orgulloso.

Arutha observaba los navíos que se aproximaban, y sus rasgos angulosos estaban fijos en una expresión de reflexión silenciosa.

—Si lo he hecho bien ha sido porque he tenido la ayuda de buenos hombres —dijo en voz baja—, muchos de los cuales ya no están con nosotros. —Respiró hondo—. Tú has tenido un papel muy importante en que aguantásemos el asedio, Gardan, y tú, Martin.

Ambos hombres sonrieron y le dieron las gracias.

—Y tú, pirata. —Arutha sonrió de oreja a oreja—. Tú también has cumplido sobradamente. Estamos en deuda contigo.

Amos Trask trató de parecer modesto, pero fracasó.

—Bueno, Alteza, me limitaba a proteger mi propio pellejo, aparte del de los demás. —Le devolvió la amplia sonrisa a Arutha—. Fue una buena pelea.

Arutha volvió a mirar al mar.

—Esperemos que se acaben pronto las buenas peleas. —Abandonó el parapeto y empezó a bajar las escaleras—. Dad órdenes de prepararse para el ataque.

Carline estaba sobre la torre sur del castillo, con el brazo alrededor de la cintura de Roland. El escudero estaba pálido por su herida, pero por lo demás con buen ánimo.

—Se acabó el asedio, ahora que ha llegado la flota —dijo aferrándose fuertemente a la princesa.

—Ha sido una pesadilla.

Él sonrió, mirándola a sus ojos azules.

—No del todo. Ha habido alguna compensación.

—Eres un bribón —dijo ella en voz baja, y lo besó. Luego se separaron—. Me pregunto si esa valentía temeraria no era más que un truco para ganarte mis simpatías.

—Señora, me habéis herido —respondió él, fingiendo una mueca de dolor.

Carline lo abrazó.

—Estaba tan preocupada por ti... No sabía si estabas muerto en el túnel. Yo...

Su voz se fue desvaneciendo mientras su mirada iba hacia la torre norte del castillo, enfrente de la que ellos estaban. Podía ver la ventana del segundo piso, la ventana del cuarto de Pug. La curiosa chimenea metálica que constantemente humeaba cuando él estaba estudiando, ahora no era más que un recordatorio mudo

de lo vacía que estaba la torre.

Roland siguió su mirada.

—Lo sé —dijo—. Yo también lo echo de menos, y a Tomas también.

Ella suspiró.

—Parece que eso fue hace tanto, Roland... Entonces yo era una niña, una niña con las ideas de una niña acerca de lo que eran la vida y el amor. —Bajó la voz—. Algunos amores vienen como los vientos marinos, mientras que otros crecen lentamente de las semillas de la amistad y la amabilidad. Alguien me dijo algo así una vez.

—El padre Tully, y tenía razón. —Le apretó la cintura—. En cualquier caso, mientras tengas sentimientos significará que estás viva.

Ella observó como los soldados de la guarnición se preparaban para la salida que se avecinaba.

—¿Lo acabará esto?

—No, volverán de nuevo. Esta guerra está destinada a durar mucho tiempo.

Se quedaron juntos de pie, reconfortándose con el simple hecho de la existencia del otro.

Kasumi de los Shinzawai, Líder de Fuerza de los ejércitos del clan Kanazawai, del Partido de la Rueda Azul, observaba al enemigo sobre las murallas del castillo.

Apenas podía distinguir las siluetas que caminaban por los adarves, pero los conocía bien. No podía ponerle nombre a ninguno, pero cada uno de ellos le resultaba tan familiar como sus propios hombres. El esbelto joven que estaba al mando, que luchaba como un demonio, que llevaba el orden a la refriega cuando era necesario. El gigante negro que nunca estaba lejos de su lado, el que se alzaba como un bastión contra cada ataque sobre los muros. Y el que vestía de verde, que corría por los bosques como un aparecido, provocando a los hombres de Kasumi con la libertad con la que atravesaba sus líneas, él también estaría allí. Sin duda el de los anchos hombros estaría cerca, el hombre que se reía con la espada curva y la sonrisa de maniaco. Kasumi los saludó en silencio a todos como valientes enemigos, aunque sólo fueran unos bárbaros.

Chingari de los Omechkel, el Líder de Ataque más veterano, se puso al lado de Kasumi.

—Líder de Fuerza, la flota de los bárbaros se acerca. Desembarcarán sus hombres en menos de una hora.

Kasumi miró el pergamino que tenía entre las manos. Lo había leído una decena de veces desde que le había llegado al amanecer. Volvió a mirarlo una vez más, estudiando de nuevo el corte que tenía en la base, la marca de su padre, Kamatsu, señor de los Shinzawai. Aceptando en silencio su destino personal, Kasumi dijo:

—Ordena que se preparen para marchar. Levantad el campamento enseguida y empezad a reunir a los guerreros. Se nos ordena volver a Kelewan. Envía una avanzadilla de batidores.

La voz de Chingari traicionó su amargura.

—Ahora que el túnel ha sido destruido, ¿abandonamos tan mansamente?

—No hay vergüenza, Chingari. Nuestro clan se ha retirado de la Alianza para la Guerra, como los demás clanes del Partido de la Rueda Azul. El Partido de la Guerra se ha vuelto a quedar solo para llevar a cabo esta invasión.

—De nuevo la política interfiere con una conquista —respondió Chingan con un suspiro—. Hubiera sido una gloriosa victoria tomar un castillo tan magnífico.

Kasumi rio.

—Cierto. —Observó la actividad en la fortaleza—. Son los mejores a los que nos hemos enfrentado hasta ahora. Ya hemos aprendido mucho de ellos. Las murallas ensanchadas en la base, para impedir que los zapadores las derrumben, esto es algo nuevo e inteligente. Y esas bestias que montan. Sí, cómo se mueven, como los thün corriendo por las tundras de nuestro hogar. Conseguiré algunos de esos animales. Sí, esta gente son algo más que simples bárbaros. —Reflexionó durante unos momentos—. Que nuestros exploradores y batidores permanezcan alerta en busca de señales de los diablos del bosque.

Chingari escupió.

—Los execrables se desplazan en gran número hacia el norte de nuevo. Siguen siendo una espina clavada en nuestro costado, como los bárbaros.

—Cuando este mundo sea conquistado, tendremos que ocuparnos de esas criaturas. Los bárbaros son esclavos fuertes. Algunos puede que sean lo bastante valiosos como para convertirse en vasallos libres que juren lealtad a nuestras casas, pero esos execrables deben ser eliminados. —Se calló un momento—. Deja que los bárbaros crean que huimos aterrorizados de su flota. Este sitio ahora es asunto de los clanes que quedan en el Partido de la Guerra. Deja que Tasio de los Minwanabi se preocupe por una guarnición a su retaguardia si avanza hacia el este. Hasta que los Kanazawai vuelvan a tomar partido en el Alto Consejo, hemos acabado con esta guerra. Ordena empezar la marcha.

Chingari saludó a su comandante y se fue, y Kasumi reflexionó sobre las implicaciones del mensaje de su padre. Sabía que la retirada de todas las fuerzas del Partido de la Rueda Azul sería un grave revés para el Señor de la Guerra y su partido. Las repercusiones de dicho movimiento se dejarían sentir por todo el imperio en los años venideros. Ya no habría victorias aplastantes para el Señor de la Guerra, puesto que con la partida de las fuerzas leales a los señores Kanazawai y los otros clanes del Partido de la Rueda Azul, los demás clanes se lo pensarían dos veces antes de unirse a una ofensiva total. No, pensó Kasumi, era un movimiento osado pero peligroso.

Ahora el conflicto sería prolongado. El Señor de la Guerra había sido privado de una conquista espectacular; ahora se encontraba demasiado extendido, con muy pocos hombres manteniendo demasiado territorio. Sin nuevos aliados sería incapaz de seguir adelante con la ofensiva. Ahora sólo le quedaban dos opciones: retirarse de Midkemia y arriesgarse a la humillación frente al Alto Consejo, o sentarse y esperar, a la expectativa de otro cambio en la política interna.

Era un movimiento importante a favor de la Rueda Azul, pero el riesgo era grande. Y el riesgo de las próximas maniobras en el Juego del Consejo sería incluso mayor.

—Oh, padre mío —se dijo en silencio—, ahora estamos firmemente implicados en el Gran Juego. Arriesgamos mucho: nuestra familia, nuestro clan, nuestro honor, y quizá incluso el mismísimo imperio.

Arrugando el pergamino, lo tiró a un brasero cercano, y cuando estuvo totalmente consumido por las llamas dejó a un lado sus pensamientos acerca de los riesgos y volvió a su tienda.